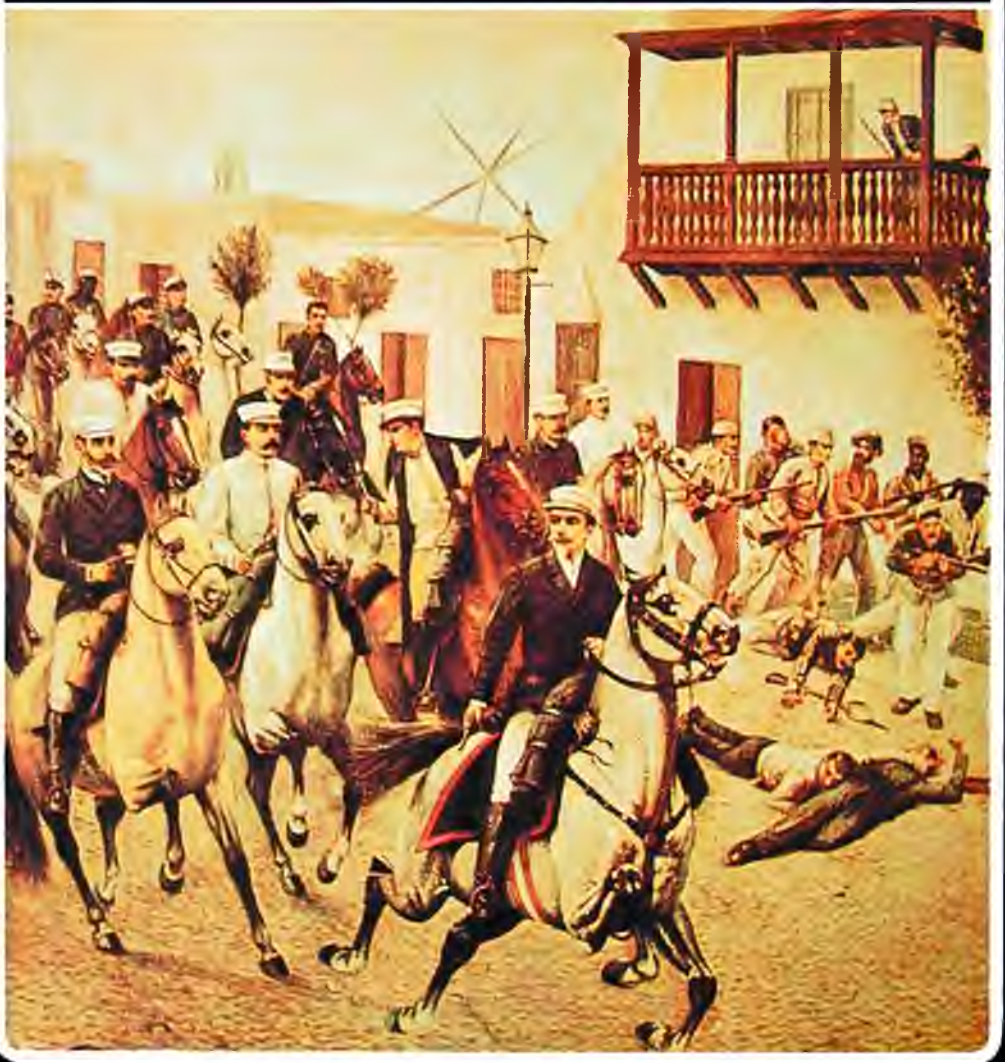
FRANCISCO GARCIA CALDERON

LAS DEMOCRACIAS LATINAS DE AMERICA

LA CREACION DE UN CONTINENTE



PROLOGO

SON POCAS las literaturas que, como la del Perú, mantienen bajo riguroso inédito en el idioma obras de indudable significación nacional, continental y mundial: tal es el caso de *Les démocraties latines de l'Amérique* y *Le Pérou contemporain* de Francisco García Calderón, publicadas en francés en el año de 1912 y el de 1907 respectivamente. [1] La primera de ellas ha sido traducida al inglés bajo el título de *Latin America: its Rise and Progress*. La señalada omisión resulta incomprensible si tenemos en cuenta los alcances y calidades de ambas obras y el prestigio de su autor, quien, allá por los años 20 y 30 tenía fama de ser el mejor intérprete de las realidades del continente.

Tal vez el propio autor se desinteresó de obtener o realizar una traducción al castellano, por cuanto las ideas que rigen *Les démocraties latines* conducen a la alabanza de sistemas elitistas, es decir, que robustece la tesis del gobierno de las minorías aptas y aun de los dictadores que en determinado instante podrían encarnar los anhelos populares. El propio autor se encontró, allá por los años de 1920, víctima de sus teorías, compartidas entonces por escritores como Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, Chocano, Carlos Arturo Torres, Manuel Domínguez, Justo Sierra y más tarde por Alcides Arguedas y Alberto Edwards. En efecto, la dictadura "ilustrada" de Leguía, en el Perú, chocó con los García Calderón y otros connotados miembros de su generación. La edición del libro en castellano habría podido servir entonces de sustento a la teoría providencialista de Augusto B. Leguía y, por tanto, ser usada contra el autor de *Les démocraties latines de l'Amérique*. La vida tiene esos sarcasmos. Sin embargo, el tiempo y aquellas vicisitudes no han mellado en lo absoluto el filo del examen espectral de la política latinoamericana que García Calderón hace

[1] F. García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, Flammarion, 1912. En situación análoga está *Le Livre des Incas* de N. della Rocca de Vergalo, París, 1879.

aquí y de los riesgos que la rodean: es la razón de que la presentemos en su texto íntegro, por primera vez, en nuestra lengua.

Francisco García Calderón Rey nació, por un azar luctuoso, en Valparaíso el 8 de abril de 1883. Su padre, presidente de la República del Perú, se hallaba prisionero en Chile, y, al par que sufría el cautiverio,[1] disfrutaba de las delicias de su luna de miel.

Don Francisco, padre, era un jurisconsulto arequipeño de gran prestigio. Había publicado en 1879 un importante *Diccionario de Legislación peruana,* precisamente en el año en que se inició la Guerra del Pacífico, y había sido presidente y fundador del Club Literario, entre cuyos miembros se contaban los más importantes escritores peruanos de la generación de 1830, la de Ricardo Palma. Cuando la guerra se decidió en favor de Chile y Lima fue ocupada militarmente (enero de 1881), el país se encontró descabezado, pues el jefe supremo, Nicolás de Piérola, que trasladó la sede de su ya efímero gobierno a las serranías andinas, se vio obligado a reconocer que no ejercía el mando sobre los restos del ejército. Exasperado por el rumbo de la contienda, un grupo de vecinos de Lima decidió erigir un gobierno provisorio para que negociara la paz con Chile, y estableció su sede en Magdalena Vieja (hoy Pueblo Libre), bajo la atenta observación de las autoridades chilenas de ocupación. García Calderón, jefe de aquel provisoriato, se negó a aceptar las condiciones de paz que pretendía Chile, entre ellas una cesión territorial, visto lo cual dichas autoridades disolvieron el gobierno de Magdalena y embarcaron compulsivamente a su presidente con rumbo a Chile, donde permanecería cautivo hasta que se firmó la paz. Tal es la razón por la que Francisco, el mayor de los hijos del presidente cautivo, nació en territorio chileno, pero con todas las prerrogativas y derechos de un ciudadano plenamente peruano, y aún más, con la aureola del sacrificio de su padre.

Para firmar la paz, después de dos años de ocupación parcial del Perú, se produjo un movimiento revolucionario, comandado por el coronel Miguel Iglesias, héroe de la batalla de Chorrillos. Su designio inmediato era obtener la desocupación del territorio peruano por cualquier medio: en ello reside su miseria y su grandeza. Francisco García Calderón (padre) no podía regresar. Además, la situación se complicó al ratificarse el Tratado en 1884: hubo entonces un levantamiento castrense y civil, encabezado por el militar que dirigió la resistencia contra los invasores, el general Andrés Avelino Cáceres. Don Francisco no tenía nada que hacer en el Perú. Además le sujetaba el amor a su joven esposa Carmen Rey y Basadre, (con quien se había casado en 1882); era tan bella que, en carta fisgona a Nicolás de Piérola, don Ricardo Palma, la califica con su gracejo habitual, no de "boccato de cardenale", sino como "boccato de concilio".[2] Como se

[1] F. García Calderón (padre) *Memorias del cautiverio,* Lima, 1949.

[2] Ricardo Palma, *Cartas inéditas,* Colección Rubén Vargas Ugarte, Lima, Milla Batres, 1964.

presentaron en Chile dificultades para bautizar como peruano a Francisco sus padres se trasladaron a Buenos Aires, donde apadrinó al niño Domingo Faustino Sarmiento. Para distraer su forzado nuevo ostracismo, Don Francisco se dirigió a París. En la capital de Francia nació su segundo hijo, Ventura, futuro gran escritor, en el año 1886. [1]

Don Francisco regresó a Lima en 1889. Seis años después sería electo rector de la Universidad Mayor de San Marcos. En ella matricularía a sus dos hijos mayores. Pero, antes los inscribió en el Colegio de los Padres Franceses recién fundado en Lima (1891): el de los Sagrados Corazones (Recoleta). Francisco se matriculó en 1891, junto con José de la Riva Agüero que era 2 años menor que él. [2] También ingresaron con Ventura, el novelista chileno-peruano Eduardo Barrios Hudtwalcker, el aristócrata limeño Juan Bautista de Lavalle y García, el acomodado rentista Manuel C. Gallagher, Fernando Melgar, el "cholo" Granadino y otros adolescentes de linaje conocido.

En 1886 don Francisco (padre) fue electo en ausencia senador por Arequipa y rector de la Universidad de San Marcos. Ocupó ambos cargos al regresar a fines de ese año y fue presidente del senado.

En esos días (hablamos ya de 1891-1900), cristalizaba la primera promoción del Colegio, contemporánea del *Ariel* de Rodó. Francisco, ligeramente mayor de edad que sus compañeros, y mucho mayor en lecturas, ejercía un honorario y honroso priorato cultural. Había acuñado la frase: "El Perú se salvará sólo bajo el polvo de una biblioteca" (1910). La familia García Calderón vivía en la calle de la Amargura, a pocos metros del Colegio de la Recoleta, y a cuatro cuadras de la Universidad de San Marcos. La casa era amplia, de dos patios. Tenía revestimientos de mármol en la fachada y columnas de cedro en el traspatio. Había un bello jardín con macetas de rosas y claveles y macizos de geranios. Por las paredes trepaban olorosos jazmines de novia y preciosas madreselvas. Después de la sala, estaba la gran biblioteca. Don Francisco solía ceder este lugar a su hijo mayor y a la turba adolescente, embriagada de versos decadentes y de ideas americanistas. Esos amigos se llamaban José Gálvez, Felipe Sassone, a veces José Lora y Lora, Luis Navarro Neyra, Leonidas Madueño, Víctor Andrés Belaúnde, entre los que no pertenecían a la Recoleta; los otros eran: su hermano Ventura, Riva Agüero, Lavalle, Barrios, los "recoletanos". Francisco distribuía lecturas y hacía comentarios. De hecho, se constituyó en el mentor del grupo. Para reafirmarlo, en 1904 publicó un librito de glosas a lecturas. *De litteris:* apareció en Lima con una carta prólogo de Rodó. No se necesitaba más: era el Bautista ungido desde Montevideo por la bendición del Señor.

[1] Francisco García Calderón, *José de la Riva Agüero: Recuerdos.* Lima, Impr. Santa María, 1949, p. 8.

[2] L. A. Sánchez, *Escritores representativos de América,* 2a. serie, 1a. ed., Madrid, Gredos, 1964, Vol. III.

Francisco concluyó sus estudios de Filosofía y Letras en San Marcos en 1903. El joven filósofo, ya doctorado, dio rienda suelta a su vocación americanista. Debió ingresar a la docencia universitaria. Se le cruzó un grave incidente. En 1905, frescos los laureles de la carta de Rodó, condecoración inesperada, viajó a Chile y publicó allí un estudio sobre *Menéndez Pidal y la cultura española.* Ese mismo año acaeció la muerte de don Francisco (padre). Además, ese año se inauguraba el primer monumento recordatorio de la Guerra del Pacífico, original del escultor catalán Querol y dedicado al coronel Francisco Bolognesi, héroe de Arica, a quien había cantado Chocano en *La Epopeya del Morro.* [1] Coincidió todo aquello con una crisis sicológica de Francisco (hijo). Desesperado por ese deceso y por un drama personal, decidió quitarse la vida, se lanzó por sobre el pretil del colonial Puente de Piedra. Cayó ileso, salvo la inevitable perturbación nerviosa. La familia decidió trasladarse a París (1906) a donde Francisco fue designado canciller de la Legación del Perú. Francisco tenía veintitrés años, Ventura veinte, José diecisiete, María quince y Juan era un adolescente. Los dos mayores regresarían al Perú por corto tiempo; los menores no volvieron más.

En 1907 aparecieron, en Valencia, *Hombres e ideas de nuestro tiempo* y en París, *Le Pérou Contemporain.* Francisco concurrió a un congreso de filosofía en Heidelberg (1908); ya había aprendido el alemán. En 1909 publica *Profesores de idealismo.* Todavía tentado por su lejano Perú, se reintegra a la patria momentáneamente (1910). Entiendo que su largo y venturoso matrimonio con Rosa Amalia Lores se realizó en 1910. Ya Ventura ha publicado su primer "cronicario", *Frívolamente...* El retorno de Francisco se realiza en condiciones muy especiales.

En San Marcos Francisco había tenido como maestros de filosofía a Alejandro Deustúa (1849-1945), introductor del bergsonismo, o sea del neoidealismo francés; y a Javier Prado Ugarteche (1871-1921), expositivista, precoz maestro, convertido por Deustúa al bergsonismo. La tarea del grupo bergsoniano de San Marcos antecedió a la del Ateneo de la Juventud de México, que plasmó las ideas de la Revolución de aquel país. Deustúa ofreció con un discurso solemne el banquete que los intelectuales peruanos brindaron al hijo pródigo. Empero, hay prodigalidades que no se reembolsan ni restañan. Francisco pronunció palabras promisorias, tendió la mirada sobre el continente en aquel año de los Centenarios, en que Rubén también había regresado fugazmente a América. Resultado de ese viaje serían dos libros, que confirmarían la doctrina de *Profesores de idealismo* (1909); *La creación de un continente* (1913) y *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912).

Conviene reexaminar la doctrina de ambos libros así como la actitud de la generación arielista con respecto al Nuevo Mundo.

[1] Cfr.: A. de Muret, *Grandeur des élites,* París, 1938.

Precisamente en 1910, Rodó, quebrando su terco aislamiento sólo interrumpido para visitar a la vecina Buenos Aires, donde pronunció el discurso de recepción a Anatole France, viajó a Chile, como invitado de honor a las fiestas conmemorativas del Centenario de la Independencia. Desde 1907, las juventudes universitarias de América Latina, venían celebrando Congresos Internacionales para discutir sus problemas y sembrar fraternidad. Se habían reunido esos congresos en Montevideo, Buenos Aires y, en 1912, Lima. La idea de la unidad espiritual del continente tomaba el camino de las juventudes universitarias. Aquellos dos libros de Francisco García Calderón calzaban con los ideales expresados por sus cofrades generacionales: solidaridad continental, idealismo, latinismo, gobierno de las élites; [1] lo ratificaría poco antes de morir, en su elogio a Riva Agüero. Debemos recalcar tales conceptos porque sin ellos sería incomprensible la problemática americana de la década del 10.

La tesis idealista de *La creación de un continente* se inspira parcialmente en Renán. Fue éste un constante e involuntario maestro de la generación arielista; lo fue también de los radicales del tiempo de González Prada, quien llamaba a Renán "un Ariel que lleva en sus alas el polvo de una biblioteca". [2] Renán había discurrido en *Souvenir d'enfance et de jeunesse* (oración frente a la Acrópolis) sobre "el milagro griego": de retruque, García Calderón habló del "milagro americano". Este "milagro" se basaría en la acción concertada y fecunda del paisaje, el hombre, la cultura, y la solidaridad. No se hablaba de la política; sí de las razas. Estaban muy cerca los conceptos expresados por Gumplowicz, en *La lucha de razas* (1889), y por Jean Finot en su *Le préjugé des races* (1909). Sobre ellos se basa el autor. En América no puede haber discriminación étnica, afirma, contradiciendo a John Stewart Chamberlain; nadie podría negar que los países son mestizos (indoafrosinoibero, el Perú). Las bases raciales son el ibero, el indio y el negro; forman el tronco; desde éste parten las ramas múltiples y multicolores. Nadie puede negar la fuerza de la naturaleza: García Calderón pasa revista al romanticismo y al indianismo hispano y lusoamericano. La voluntad de constituir un todo compacto viene desde la independencia. Los propósitos de organizar un Zollverein o unión aduanera representan un programa modesto, acaso el menos realizable, pero racional. Subraya el lema argentino "América para la Humanidad" de Roque Sáenz Peña como respuesta al "América para los americanos", de James Monroe. En un estilo elocuente, saturado de lirismo, *La creación de un continente* se alza como una tea iluminando el ámbito del futuro. No sabemos aún por qué no se había reeditado libro tan estimulante.

Otra lección de Renán preside *Les démocraties latines de l'Amérique*. Había escrito aquel maestro, dirigiéndose a los obreros, que éstos debían

[1] F. García Calderón, *José de la Riva Agüero: Recuerdos*, cit. passim.

[2] M. González Prada. "Renán en: *Páginas libres*, París, Dupont, 1894, y "Escuchando a Renán" en: *Nuevas Páginas libres*, Santiago, Ercilla, 1937.

dejar a los intelectuales: "que hagamos nuestra tarea y la vuestra". [1] Es decir, que los intelectuales, como auténticos *clercs,* disponían del monopolio de la verdad, y en ellos debía confiarse, como en una nueva aristocracia de la inteligencia. Por eso, el libro refuerza la tesis de los gobiernos fuertes, ilustrados, de las monocracias progresistas, y hace el elogio de algunos de sus representantes más notorios como Porfirio Díaz, Diego Portales, Manuel Pardo, Andrés de Santa Cruz, e inclusive no se pronuncia contra García Moreno ni contra Rosas, El pensamiento conservador se hace presente sin ambages. Era el de su generación elitista e intelectualizada. El mismo título crea una diferencia básica: no habla de la democracia en la América Latina, sino de las *democracias latinas* en América, con lo cual afirma implícitamente que hay otra u otras democracias "no latinas", acaso las sajonas, en América, y que a ésa o ésas les corresponden otros rasgos. Es evidente la duda en Tocqueville. Para García Calderón, el tratadista franconorteamericano refleja un modo de ser democrático, no el nuestro. [2]

El autor propone un tipo de unidad dividida: el Plata, la Gran Colombia, el Pacífico Sur, las Antillas, México y Centroamérica, Brasil. Nos contará más tarde que su amigo Riva Agüero se oponía al grupo grancolombiano por celos retrospectivos. [3]

Intelectualmente, es desde este mirador aristócrata, utópico y amoroso desde el cual proyecta García Calderón su magisterio ubicuo; literariamente, su estilo corresponde al de las mejores prosas de Díaz Rodríguez, Torre, Larreta y desde luego Rodó, cuyos amplificados períodos imita en sus primeros libros. El francés de los dos libros directamente redactados en ese idioma posee un inocultable ritmo de elocuencia castellana. Largos párrafos; abundantes punto y coma; el uso de un tiempo presente a menudo hostigoso, creador de confusiones; una verba definitivamente hispanoamericana, cuando no afrancesada. El ideal de todo sudamericano del 900 era parecer lo más francés posible, porque era como para los revolucionarios teóricos del día, parecer más rusos o chinos que de sus propias naciones. Rubén encarnó el alma americana de su tiempo, porque todo ser pensante y sensible de América soñaba en París como su sede nacional, como la Meca de la cultura Occidental. Los que ahora la tienen en Nueva York, Moscú, Pekín, o La Habana, sin haber nacido norteamericanos, rusos, chinos ni cubanos ¿pueden reprochar esa proclividad a los arielistas del 900?

Les démocraties latines de l'Amérique fue prologado por Raymond Poincaré, quien fue presidente de la República Francesa. Francisco era Ministro en Londres y en Bruselas; dirigía *La Revista de América;* era colaborador del Mensuario *Mundial* de Darío y los argentinos Guido. Publicaba en *La*

[1] Los libros de J. S. Chamberlain, Gumplowicz y Finot habían sido traducidos al castellano entre 1900 y 1909; eran la cultura del momento.

[2] E. Renan, *La reforma intelectual y moral,* passim. Hay reed., castellana, Barcelona, 1972.

[3] F. García Calderón, *José de la Riva Agüero: Recuerdos,* cit.

Nación de Buenos Aires y otros importantes diarios del idioma. Discernía celebridad. Muerto Rodó, lo que acaeció en 1917, Francisco era el indiscutido capitán general de los pensadores del Nuevo Mundo Hispanoparlante. Pero le esperaban las duras experiencias de la Primera Guerra.

En ella, los García Calderón pagaron una contribución muy alta: José, el tercero de los hermanos, que había sido estudiante de la Escuela de Arquitectura de París, se alistó en la Legión Extranjera. Durante la tremenda batalla de Verdún, a órdenes de Petain, tuvo la misión de observador desde un globo. Lo abatieron los aviones alemanes. Murió en acción a los 28 años. Lima, su ciudad nativa, inauguraba poco después una placa de bronce dedicada a su memoria, en la misma Plaza de la Recoleta donde estaba aún el Colegio en que estudiaron él y sus hermanos. Ese año, 1917, se realizó la inauguración de la primera Universidad Católica del Perú en el mismo local recoletano.

La participación activa de las tropas norteamericanas, y la propagación de los *14 Puntos* del presidente Woodrow Wilson, cambiaron el criterio de García Calderón sobre el equilibrio mundial. Ya en 1919 había lanzado un folleto optimista *El wilsonismo.* Concluida la contienda, edita un libro en francés (que sería traducido al instante al castellano): *Le dilemme de la grande guerre* (1920): para los hombres del 900, aquélla, la guerra del 14, era por antonomasia la Gran Guerra. Cuán lejos estaban de suponer lo pronto que vendría la siguiente: Francisco la experimentó tan en lo vivo que le costó la salud y aceleró el dramático preámbulo de su muerte. *El dilema de la Gran Guerra* es más bien una alternativa entre Europa y América.

Francisco García Calderón había sido hasta 1918 ministro del Perú en Bélgica; en 1918 fue nombrado ministro en Francia y participó como delegado del Perú en las discusiones de Versalles. Disfrutaba de sólido prestigio como intelectual; tenía muchas y valiosas amistades europeas; hablaba varios idiomas modernos y latín. Pero, mientras su *background* europeo favorecía su ascenso en la carrera, en el Perú las cosas no andaban bien para él, vástago de una familia "civilista". Había sobrevenido un nuevo golpe de Estado. Don Augusto B. Leguía, de la rama civilista disidente, adversa a la tradicional de los Pardo, a la que estaba ligado el autor de *Le Pérou Contemporain,* ganó las elecciones presidenciales de 1919, lo que significaba su triunfal *rentrée* a la presidencia, que había ejercido de 1908 a 1912. Como surgieran innecesarias dificultades oficiales para reconocer *ipso facto* aquel triunfo, y como Leguía quería tener las manos libres para emprender una serie de reformas constitucionales, prefirió interrumpir el proceso normal con un golpe de mano y, a la cabeza de un grupo de oficiales generales, entre ellos el famoso general Cáceres y de las fuerzas de la gendarmería, ocupó el Palacio de Gobierno. El presidente Pardo, a quien faltaban sólo dos meses para concluir su mandato, fue encerrado en la Penitenciaría y luego deportado. De inmediato se inició una poda de funcionarios. Algunos

renunciaron. En 1920, promulgada la nueva constitución, se designó ministro en París y delegado ante la Sociedad de Naciones, a don Mariano H. Cornejo, diplomático y político de prestigio, quien había publicado en 1907, en Madrid, un excelente tratado de *Sociología General* (2 vols.) con prólogo de don José Echegaray, Premio Nobel de Literatura.

Cornejo era culto y feo, elocuente y desgarbado, indio de origen y ceceante de pronunciación; García Calderón era culto y arrogante; de origen hispánico quizá con algo de hebraico; apuesto, polígloto, de leve acento francés. Cornejo era un político; García Calderón, un intelectual. Algo más: Cornejo era un positivista recalcitrante de la escuela de Spencer; García Calderón, un neoidealista de la escuela de Bergson, de Boutroux, de Eucken y Guyau. El choque iba más allá de las fronteras burocráticas: era generacional e ideológico. Cornejo había nacido en las serranías de Puno; García Calderón que debió ser limeño, vio la luz en el Puerto de Valparaíso. Francisco García Calderón y su hermano Ventura renunciaron a todo, menos al odio a Leguía en que desde entonces se matricularon. Las pasiones, ha dicho alguien, son más encendidas cuanto más inmune parece el apasionado a las exigencias de la pasión.

Aquel defenestramiento burocrático obligó a Francisco a acelerar su producción periodística y literaria. Del período que va entre 1920 y 1930, en que cayó Leguía, derribado por el oscuro comandante de ejército, Luis M. Sánchez Cerro, García Calderón publicó, aparte de centenares de crónicas macizas e instructivas, los volúmenes titulados *Europa inquieta, La herencia de Lenin, El espíritu de la nueva Alemania* (1928), *Testimonios y comentarios, Ideas e impresiones, Ideologías.* Su reputación se expandió y creció. Era un legítimo sucesor del maestro de *Ariel.* Era un escritor sereno, cuidadoso de su expresión, algo barroco, pero con la gracia de Francia atenuando su elocuencia. Con esa hermosa locura que nos caracteriza a los latinos, cuando en 1932 se trataba de buscar sucesor presidencial para el tempestuoso Sánchez Cerro, muchos pensaron en Francisco García Calderón.

Fue naturalmente una tentativa de pocos, el designio de una *élite.* Nadie, entre el pueblo votante, pensó en remontarse ni a tan lejos ni tan alto. La política no es arte de mudarse; es arte de concretar. Francisco García Calderón en 1930 ocupó la Legación del Perú en París, reemplazando a Cornejo. La delegación ante la Sociedad de Naciones la desempeñaría Alfredo González Prada, flamante ministro en Londres, gran escritor e hijo de don Manuel González Prada, el Maestro del nuevo Perú.

Los menesteres diplomáticos embargaron totalmente a Francisco. Por otra parte se había iniciado en él una rara esquizofrenia en que alternaba su antigua curiosidad intelectual con una tardía fiebre erótica; el hecho es que, entre 1932 y 1939, fecha del estallido de la guerra, García Calderón no publica sino dos colecciones de artículos. El autor no llegaba a los sesenta. Cierto es que la actividad de las cancillerías horqueteadas por los acontecimientos que significaban la aparición del fascismo, el implacable auge de

Hitler, la guerra de España, la claudicación de Munich, la ocupación de Austria, la toma de Checoslovaquia, la sinuosa marcha de América Latina, los nuevos hechos económicos de los Estados Unidos, significaban mucho, muchísimo para un Próspero tan atento como Francisco, y tan sensible a las diferencias entre Ariel y Calibán, dos términos ya superados. Como una anécdota: Cornejo, perdida su Plenipotencia, prefirió quedarse en París, enamorado de la patria de los héroes de su juventud: Danton, Robespierre, Saint-Just. Cornejo moriría en París, siempre esperanzado, allá en vísperas de la Recuperación.

La invasión de Francia obligó a los diplomáticos representantes de países oficialmente adversos al nazismo, a recluirse en Vichy. La declaratoria de guerra de los Estados Unidos y la subsiguiente adhesión conjunta de los Estados Americanos en Río de Janeiro, a mediados de enero de 1942, colocó a éstos, excepto Argentina y Chile, en la condición de enemigos de Hitler. Las autoridades nazis obligaron a Francisco García Calderón, como a otros, a confinarse en el castillo de Aud Godesborg, a orillas del Rin, cerca de Bonn. Eran prisioneros de guerra. No saldría de allí hasta que se produjo la liberación de Francia. Entonces, mentalmente enfermo, resolvió regresar al Perú, de donde faltaba sin interrupción desde 1910. Habían pasado treinta y seis años. El Congreso de la República, formado por una mayoría de adversarios del civilismo (principalmente por apristas) dictó una ley por la cual el antiguo diplomático y gran escritor continuaría recibiendo su sueldo de ministro en dólares, no al cambio de soles como lo establecen los reglamentos. Poco después, Francisco ingresó al Asilo Colonia Larco Herrera para enfermedades mentales. Ahí lo visitó el autor de este comentario, en el año de 1948. Y allí murió el 1º de julio de 1953.

¿Qué significó y por qué no significó más García Calderón, a quien Rodó había reconocido como su más auténtico continuador ideológico? El problema tiene varias fases. Ellas se refieren a la idiosincrasia misma del hombre, al medio en que debió actuar, al medio en que actuó, a las perplejidades y variantes de su época. Examinemos estos extremos.

El pensamiento predominante en García Calderón, como en toda su generación, fue, siguiendo a Renán, partidario del gobierno de una *élite,* minoría selecta, de una aristocracia de los más capaces. Jorge Basadre, su pariente, confidente de sus últimos años en Lima y de algunas etapas en Europa, ha destacado unas afirmaciones de Francisco en un libro que éste publicó con seudónimo en 1945 bajo el título de *Memorias.* Fue cuando salió del confinamiento a que lo redujeron los nazis. Corresponde sin duda a un período ingrato y negativo de su vida. Se le habían presentado los síntomas de la esquizofrenia que harían su crisis final en Lima. En ese documento, rechazado *in toto,* aunque este párrafo sea reivindicable por cierta rectificación explícita que contiene, afirma Francisco que en el Perú sobrevendría el gobierno de un mestizo que exaltaría a la clase media y que

castigaría a las clases altas incomprensivas y egoístas. Desde 1945, con la excepción de uno, todos los gobernantes del Perú han sido mestizos. [1]

En cambio, en forma clara y concreta, en su folleto *José de la Riva Agüero: Recuerdos* (1949), en forma brillante, amorosa y fatigada, confirma su antigua tesis sobre la necesaria prioridad de la élite pensante. Ese era el criterio de Riva Agüero, a quien rinde pleito homenaje, y ese era sin duda el de García Calderón, como fue el de Rodó, el de Carlos Arturo Torres, el de Baldomero Sanín Cano, Alcides Arguedas, Guillermo Valencia, Ricardo Jaimes Freyre, José Vasconcelos.

El cuadro general de América, según estos pensadores frente a una multitud analfabeta, era desalentador. Requería capacidades.

Desde el punto de vista internacional, hay una variante fundamental entre sus primeros libros y los de 1949. En aquellos influyeron la política del *big stick,* la toma del Canal de Panamá, la absorción de Puerto Rico; en lo segundo, la ayuda de Estados Unidos a Francia, el desembarco en Normandía, la inauguración de la "Good Neighbor Policy".

En cuanto a las relaciones con España, en ese discurso sobre Riva Agüero, hace un vivísimo elogio de lo que España había significado para América. No se limitó a idioma y religión, España había transferido al Nuevo Mundo todo su ser. España, Francia, Estados Unidos, últimamente el mestizo son los temas preferidos de García Calderón quien concede poca atención al indio, personaje central de la historia hispanoamericana. Lo mismo hizo Rodó, quien, sólo al final de su vida en el ensayo sobre Montalvo en *El mirador de Próspero,* se acuerda nítidamente del indio. Ahora bien, se explica que para un uruguayo, el charrúa fuese un elemento decorativo, se comprende que para Buenos Aires-Cosmópolis, el italiano tuviese tanta importancia como el español y ambos más que el guaraní y el pampa; pero, en Perú, Bolivia, México, Ecuador, Colombia, Centroamérica, Brasil y el mismo Chile, resulta inverosímil prescindir de quien dio tono fundamental a la nación: el indio. Considerar esto como reproche sería, por otra parte, absurdo. Cada generación trae su *motto,* que es su limitación y su carácter.

Desde el punto de vista del estilo, insistimos, Francisco García Calderón, erudito en todas las literaturas, da un ejemplo de la manera en que se hace posible expresar un pensamiento claro, con un estilo diáfano y musical.

Los últimos años de García Calderón fueron dolorosos. Había salido del confinamiento con una ecolalia progresiva y una esquizofrenia cabalgante. Su hermano Juan, médico reputado, le prescribió diversos tratamientos. Uno de ellos le condujo de vuelta al Perú. Regresaba tan pobre como lo estuviera su glorioso padre en aquellos días de 1883 durante su cautiverio en Chile. El Congreso de la República, dominado por adversarios políticos

[1] Jorge Basadre, *Realce e infortunio de Francisco García Calderón,* en: F. García Calderón, *En torno al Perú y América,* Lima, 1954.

de su generación, le otorgó, según dijimos, una pensión especial en moneda extranjera. Nos cupo el honor de proponerlo y hacerlo triunfar. Notamos que el nombre del escritor sonaba raro para muchos. Era en 1946. Después, sobrevienen episodios difundidos por la maledicencia limeña. Aquella apresurada, bella y agotante conferencia sobre Riva Agüero, en 1949 fue el canto del cisne. Solía ya recluirse a menudo, en busca de salud y paz en el Sanatorio donde le visitamos en 1948. Estuvimos tres horas con él. Recordaba nimios detalles de nuestra antigua correspondencia. Saltaba de un punto a otro, pero todo sin coherencia y sin tomar respiración. Durante esas tres horas, él lo habló todo. Así ocurría siempre que encontraba interlocutor. El mal avanzaba. Murió al cumplir los setenta años. La Universidad de San Marcos, cuyo rector carecía de sensibilidad universitaria, se abstuvo de contribuir al sepelio, porque Francisco "no era empleado ni profesor de la institución"; él, que debió ser rector como su padre.

El gobierno —un gobierno castrense— se abstuvo también, porque no era embajador en servicio. Los jóvenes, porque no le conocían. Los adultos, porque habían perdido el hábito de leerlo. Los viejos porque es tan pesado, ay, ir al cementerio. Menos de una veintena de sus amigos rodearon el féretro, junto al cual elevaba sus preces y su angustia Rosa Amelia Lares, desde entonces y hasta que se la llevó también la muerte, viuda del gran escritor. En 1954 los amigos publicaron un libro de homenaje conteniendo páginas selectas y un prólogo de Basadre. Y ahora, surge de nuevo el debate en derredor de tan plural y vigorosa figura del pensamiento y las letras de América. [1]

Corresponde ahora volver a *Les démocraties latines de l'Amérique.* La primera traducción al castellano, después de 64 años de aparecida la primera edición en francés, ha sido hecha con excelente resultado por la Sra. Ana María Delaitre de Julliand.

El libro no ha perdido su actualidad, aunque su estilo se resienta de ser conservador y de haber sido pensado en castellano y escrito en francés por un autor peruano. Las anfibologías propias de nuestro idioma chocan con la transparencia lógica del francés. No obstante, atendiendo sólo al fondo del asunto, debemos reconocer que el problema latinoamericano tal cual lo analiza García Calderón, sigue en pie. Las dictaduras militares y las

[1] Obras de Francisco García Calderón: *De litteris,* prólogo de J. E. Rodó, Lima, Gil, 1904; *Menéndez Pidal y la cultura española,* folleto, Santiago de Chile, 1905; *Hombres e ideas de nuestro tiempo,* pról. de Emile Boutroux, Valencia, 1907; *Le Pérou contemporain, études sociales,* prólogo de G. Jedailles, París 1907; *Les conditions sociologiques,* 1908; *Profesores de idealismo,* París Ollendorff, 1909; *Les démocraties latines de l'Amérique,* Pról. de R. Poincaré, París, Flammarion, 1912 (traducción inglesa, London, 1913; al alemán, Leipzig, 1913); *La creación de un continente,* París, Ollendorff, 1913; *El panamericanismo, su pasado y su porvenir,* New York, París, 1916; *Ideologías,* París, 1918; *El Wilsonismo,* 1919; *Ideas e impresiones,* 1919; *El dilema de la gran guerra,* París, 1920 (1a. edición en francés); *Europa inquieta,* París, 1926; *El espíritu de la Nueva Alemania,* 1928; *La Herencia de Lenin,* 1938; *Testimonios y comentarios,* 1938; *José de la Riva Agüero: Recuerdos,* 1949.

presiones oligárquicas no han cambiado de veras, aunque en algunos casos la apariencia sea otra. También siguen siendo vigentes muchas de las apreciaciones acerca del peligro norteamericano y el peligro amarillo. No se veía entonces el peligro soviético, y era natural. En primer término porque no habían nacido los Soviets, y porque Rusia, la Santa Rusia de los Zares, vivía en un atraso que de ningún modo podía augurar el cambio que la Revolución de 1917 le impuso. En efecto Marx afirma en *El Capital* que los países más industrializados serían los naturales viveros de la Revolución Social; Rusia vivía una etapa agraria retrasada como lo demuestra Lucien Laurat en *La Economía Soviética,* libro publicado en los años 30 y de cuyos informes estadísticos resulta evidente el atraso económico de la patria de Iván el Terrible y Vladimir Ilich Lenin.

Si en Europa era imprevisible en 1916 la posibilidad de que Rusia fuera el primer país marxista, ¿cómo exigir en 1912 a Francisco García Calderón, que previera el fenómeno del imperialismo soviético, parejo al imperialismo norteamericano?

El análisis de este libro es sin duda favorable a las *élites* y sigue siendo válido: son pocos los libros que al cabo de 64 años de publicados conservan su actualidad y su vigor.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

CRITERIO DE ESTA EDICION

EN ESTE VOLUMEN se publica la primera versión al español del libro que escribiera originariamente en francés Francisco García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique,* Paris, Flammarion, 1912.

Se completa el volumen con la publicación de otro libro no reeditado, y que completa al anterior, habiendo sido escrito y publicado en la misma época: *La creación de un Continente.* Se reproduce la versión de la editorial Ollendorff, París, 1913, modernizando las grafías.

Las notas del autor se señalan por el uso de asteriscos y las del traductor Ana María Julliand o del prologuista Luis Alberto Sánchez, por el uso de números.

B. A.

LAS DEMOCRACIAS LATINAS DE AMERICA

Al Sr. Emile Boutroux, del Institut

Permítame ofrecerle este libro en homenaje de admiración y de gratitud. A menudo, de tarde, en la hora grave del crepúsculo, al oirle comentar una página de Platón o un verso de Goethe, al explicarme con inagotable benevolencia, con maravillosa claridad, las inquietudes de la hora actual, he comprendido mejor la magnífica irradiación del genio francés. Y siempre, al separarnos, me complacía en repetir el pensamiento de Emerson, del Emerson que Ud. ama, sobre la utilidad de los grandes hombres: "They make the earth wholesome. They who lived with them found life glad and nutritions".

F. G. C.

París, noviembre de 1911.

PROLOGO

HAY DOS AMÉRICAS: al Norte, "Allende el Mar" según Bourget, una república industrial, poderosa, un vasto territorio de recia energía, de *strenous life:* al Sur, veinte estados indolentes, de civilización desigual, turbados por la anarquía y el mestizaje. El brillo de los Estados Unidos, su imperialismo, su riqueza, hicieron que se olvidara y menospreciara a esas repúblicas del Sur, inquietas y latinas. El nombre de América parece aplicarse a la grande democracia imperial.

Empero, se encuentran entre aquellas naciones americanas, pueblos ricos cuya organización interior ha mejorado considerablemente, tales como Argentina, Brasil, Chile, el Perú, Bolivia y Uruguay. No se les podría confundir con las repúblicas centroamericanas, Haití o el Paraguay. Escritores y políticos franceses, Anatole France, Clemenceau, Jaurés que han visitado Argentina, Brasil y Uruguay encontraron, junto con una sólida cultura latina, nobles esfuerzos por afianzar la paz interior, y maravillosas riquezas. De común acuerdo declaran que existen en esos países jóvenes, fuerzas económicas y un optimismo que les abren las puertas de un brillante porvenir. Algunos de estos Estados acaban de celebrar su primer centenario. Lograron su independencia durante las primeras décadas del siglo XIX. El año 1810 marca el punto de partida de una nueva era durante la cual, sobre las ruinas del poder español se forman trágicamente repúblicas autónomas.

Ha llegado pues la hora de estudiar a estos pueblos, su evolución, sus progresos, si no queremos aceptar de rondón y sin discusión, que los Estados Unidos son en América el único foco de civilización y de energía.

Es nuestro propósito hacer un balance de estas repúblicas latinas: he aquí el objeto de este libro. Preguntamos a la historia de dichos estados las razones de su inferioridad y sus cálculos para el porvenir.

En primer lugar debemos estudiar la raza conquistadora que descubrió y colonizó América. Analizaremos entonces el genio español y el portugués, el genio ibérico, entre africano y europeo. Después de la conquista, nuevas

sociedades se constituyen bajo la fuerte dominación de Portugal y de España. Son las teocracias de allende el mar, celosamente aisladas de cualquier comercio europeo. Contrariamente a la América sajona, donde los inmigrantes ingleses y holandeses segregaron al indio empujándolo hacia el Oeste, en América del Sur, conquistadores y conquistados se mezclan. Los mestizos por su número dominan, sedientos de poder; odian a los españoles y a los portugueses orgullosos y dominantes. La guerra entre iberos y americanos estalló: fue una guerra civil. Nuevos estados se organizan entonces, rápidamente, sin tradición de gobierno, sin sólidas clases sociales. Estos estados son dominados por jefes militares, por caudillos. De la barbarie, de la anarquía periódica nacen los dictadores. Estudiaremos algunas individualidades representativas de este período, separando del desarrollo monótono de los acontecimientos, la historia de algunas naciones como el Brasil y Chile donde el principio de autoridad domina la confusión social. Distinguimos en Argentina, en el Brasil, en México, en el Perú, en Bolivia, en Chile, un nuevo régimen industrial en el cual la vida política se sosiega y los caudillos pierden su autoridad. (Libros I y II).

El estudio de la evolución intelectual nos enseña cuán poderosas son las ideologías en estas democracias nacientes. Imitan la Revolución francesa, experimentan la influencia de las ideas de Rousseau y de los Románticos, la de las doctrinas individualistas. América, española y portuguesa por su origen, por sus tradiciones, se hace francesa por la cultura. (Libro III).

Y aquí hemos llegado al punto de estudiar cuál es el porcentaje de espíritu latino —sus defectos y sus cualidades— en la formación de estos pueblos, los peligros que los amenazan, bien vinieran de los Estados Unidos, de Alemania o el Japón. (Libro IV). Analizaremos después los problemas y el porvenir de América Latina. (Libro V).

Una conclusión se desprende de tal estudio: la vida política de los pueblos iberoamericanos es todavía confusa, pero algunos de ellos se han librado ya de una herencia deprimente. Allende el mar, la libertad y la democracia se van transformando en realidad. En las futuras guerras el aporte de América será útil a los grandes pueblos del Mediterráneo que luchan por la supremacía latina.

LIBRO I

FORMACION DE LAS SOCIEDADES AMERICANAS

CUANDO LOS iberos llegaron a América encontraron ora tribus, ora pueblos medio civilizados. Los indígenas eran tan diferentes de los conquistadores que la conquista española y portuguesa crearon verdaderamente nuevas sociedades sobre las ruinas de antiguos estados bárbaros. Antes de analizar los diversos aspectos de la historia americana, es necesario conocer el genio de la raza conquistadora.

Conquistadores y conquistados se mezclaron, el territorio modificó el espíritu de los amos y andando el tiempo las colonias pensaron en conquistar su autonomía. Luego de una guerra de veinte años, la república vino a ser el régimen político de estas sociedades cansadas de la tiranía española. Dos períodos, el uno de anarquía militar, el otro de orden interior, de riqueza, de industrialismo, se sucedieron en los nuevos estados.

CAPITULO I

La raza conquistadora.
Sus características psicológicas. El individualismo: sus aspectos. El sentimiento de la igualdad. El fanatismo africano.

Viajeros y psicólogos siguen encontrando en el griego moderno la astucia de Ulises, la habilidad retórica de los sofistas de Atenas, la anarquía de las brillantes democracias agrupadas alrededor del mar azul. En la raza degene-

rada por el contacto con Africa y los turcos, subsiste sin embargo el antiguo espíritu griego. Se observa en América una vitalidad semejante. El criollo allende el mar es un español del siglo heroico, enervado por el mestizaje y el clima. Es imposible explicar su carácter sin tener en cuenta el genio español. Las guerras de independencia dieron al Nuevo Mundo latino la libertad política, engañosa novedad de formas y de instituciones porque, latente, subsiste el espíritu de la raza: la República reproduce las normas esenciales del régimen colonial. En las ciudades sobrecogidas por el cosmopolitismo subsiste la vida antigua, silenciosa y monótona alrededor de un campanario secular. Las mismas pequeñas inquietudes agitan a los hombres que ya no ostentan la altanera rigidez moral de los antiguos hidalgos. Creencias, charlas, intolerancias conservan la estrechez de miras que les fue impuesta durante tres siglos de aislamiento por el espíritu español orgullosamente exclusivista. Estudiar la historia política y religiosa del siglo pasado en las democracias americanas, es escribir un capítulo de la evolución ibérica. Al otro lado del océano y de las columnas legendarias derribadas por las picas de los conquistadores, vive otra España, dividida y tropical y donde la gracia andaluza venció a la austeridad castellana. *

Si pudiésemos reducir a una simple fórmula la inquieta existencia de la metrópoli, esta fórmula explicaría a la vez la historia atormentada de veinte repúblicas americanas, así como se descubre en germen, en la raíz profunda, el vicioso desarrollo de un árbol tropical. Pero nada tan difícil como reducir el turbio desarrollo español, hecho de anarquía y de sangre, a una unidad abstracta y violenta. La península dividida en regiones hostiles entre sí, refugio de razas enemigas, presenta en su pasado contradicciones rebeldes a cualquier síntesis. En este pueblo teocrático, las libertades municipales se desarrollaron prematuramente. Mientras la feudalidad extendía sobre toda Europa su rudo vasallaje, en España se formaban ciudades libres. Paralelamente al eterno quijotismo que renuncia al vulgar reino de lo útil para abismarse en lo ideal, sabios refranes populares expresan un realismo denso, positivo, prosaico. El pueblo católico por excelencia suministró al duque de Alba tropas que conquistarán Roma. Al cabo de largos años de monarquía absoluta, el antiguo espíritu democrático resucita en las juntas peninsulares contra la invasión francesa. Del Cantábrico a Cádiz, existe dentro de la unidad castellana, una espléndida variedad de tipos provincianos. A la aspereza asturiana se opone el ritmo andaluz; a la fogosidad extremeña, la parquedad catalana; a la tozudez vasca, la orgullosa indolencia castellana. Una vida turbulenta nace de esta geografía compleja: lucha secular para alcanzar la unidad nacional, generosa epopeya católica contra el Islam, conquista de continentes misteriosos, tenebrosa búsqueda de la unidad religiosa por intermedio de los autos de fe. La historia misma de Europa se trans-

* Puede decirse que los portugueses conquistadores se parecían a los españoles por su individualismo y su espíritu aventurero. Eran menos fanáticos, quizás porque no tuvieron que luchar contra los enemigos de su fe.

forma allende los Pirineos. La feudalidad se detiene, la cruzada contra los infieles dura ocho siglos, la religión y el imperio se hacen uno, como en las teocracias orientales. En la riqueza de este desarrollo nacional, persisten esenciales caracteres de la raza que es menester fijar: el individualismo, la democracia, el espíritu local receloso de vastas unidades, el fanatismo africano que encuentra su satisfacción solamente en sensaciones excesivas y soluciones extremas; en una palabra, los dones de una raza grave y heroica, en perpetua lucha vital, arrogante frente a Dios, el Rey y el Destino.

El individualismo es la nota fundamental de la psicología española. Rasgo ibérico, tiene la fuerza de un imperioso atavismo. Exalta todas las formas de acción, de afirmación del ser e inspira una confianza desmedida en la propia fuerza; tiende a desarrollar la energía humana, a defender la independencia nacional contra cualquier presión externa, contra el rigor de la ley, la moral imperativa, el deber inflexible; crea en las almas exaltadas, una ardiente voluntad de dominación. Strabon observa entre los iberos primitivos, divididos en tribus hostiles un inmenso orgullo contrario a la unión y a la disciplina. El español muestra en su vida y en su actitud todas las formas interiores y exteriores del individualismo. La austeridad, la arrogancia manifiestas en los pliegues de la capa de los hidalgos, en su caminar majestuoso, en la lengua sonora, en el ademán señoril, el valor personal que transforma la historia en epopeya. La audacia, el espíritu aventurero, el aislamiento, son formas de exaltación personal. "Los españoles están persuadidos de ser los amos absolutos", decía el escudero Marcos de Obregón.

El individualismo explica las analogías entre la historia ibérica y la evolución inglesa: la civilización peninsular recuerda por algunos caracteres, aquella que brilló en la isla sajona. En ambas, encontramos la afirmación prematura de la libertad, una excesiva soberbia, y la larga lucha contra las invasiones. De todo aquello surge una imperialismo agresivo: comercial en el Norte, religioso en el Sur. En Inglaterra, el individualismo, por el clima y el territorio tiende a ser utilitario; en España, por la guerra contra el Islam, se hizo guerrero. El idealismo, la vida interior, la exaltación imaginativa crean en Inglaterra los puritanos; en España, los místicos e inquisidores. Pero en la conquista del medio hostil, el sajón adquiere un sentido realista; y el ibero, bajo las caricias del sol, se vuelve en España y en América cazador de quimeras. La semejanza entre las dos historias se concreta en un símbolo: Ariel y Calibán; Don Quijote y Sancho Panza representan la misma eterna dualidad del idealismo y del realismo. Calibán dio a Inglaterra un vasto imperio; el Caballero Andante tornó a su Mancha natal, cansado por su estéril aventura.

La evolución española, los aspectos morales y religiosos de la vida peninsular se explican por esta perpetua exaltación del individuo. El estoicismo es la forma moral del individualismo. Predica la virilidad *(esto vir,* dijo Séneca); desarrolla la voluntad humana contra el destino; es un evangelio de austeridad frente al dolor y de heroísmo silencioso frente a la muerte.

Séneca fue un profesor de energía para la España romana: de sus lecciones dimana esta fe tenaz en el carácter que da a la historia peninsular este señorío. El cristianismo que proclama la dignidad humana, se extiende al otro lado de los Pirineos hasta llegar a ser la religión nacional. Para los estoicos, los hombres son iguales frente al destino; para Jesucristo, son iguales frente a Dios: un orgullo formidable resulta de estas dos doctrinas. Por último, en el misticismo, expresión original del genio religioso español, nada recuerda el panteísmo oriental, la anonadación del hombre frente al Absoluto. Los místicos peninsulares exaltan su individualidad; de los coloquios con el Amigo extraen fortaleza, se divinizan en el éxtasis y anhelan sumergirse en Dios con la fogosidad de los conquistadores. En oposición a la Reforma alemana que creía en la predestinación, los teólogos españoles defendían el libre albedrío, la eficacia de la acción, la dignidad y el mérito del esfuerzo. Las luchas de la Península tienen un significado religioso: los héroes son místicos y los místicos, son caballeros de la "orden divina". Ignacio de Loyola y Santa Teresa sueñan con empresas heroicas a la vez que leen novelas de caballería. El misticismo inspira a los guerreros mientras que la fe purifica la codicia de los conquistadores.

Voluntarioso y místico, el temperamento español es activo, por ende se exterioriza en conflictos y se manifiesta en comedias y tragedias. El genio peninsular es dramático: la aventura, el movimiento, el choque de las pasiones se desarrollan en un escenario amplio donde se dan todos los aspectos del individualismo exacerbado. Se lucha no sólo por la independencia sino también por el prestigio del apellido, para conservar frente a los demás la integridad del honor. Este sentido del honor, celoso, agresivo, en suma profundamente español, inspira un sinnúmero de tragedias. Antagonismos, disociaciones, tesis y antitesis llenan la historia española: el positivismo de Sancho, el idealismo del Quijote, la porfía y la pereza, la pachorra y la violencia, la gorronería y la aventura, la seriedad tétrica y la tristeza secular de los cuadros de Zurbarán y de Rivera y por otro lado, la frivolidad, las danzas armoniosas, fiesta y vértigo bajo el sol; la fe en la voluntad y la aceptación del destino, la exaltación de los místicos y de los conquistadores, el cinismo de los mendigos y los pícaros, el desprendimiento heroico y la codicia avasalladora, he aquí las irreductibles contradicciones del alma española que explican la zozobra y la intensidad de su drama interior.

Aquellas luchas, las voluntades curtidas, las pasiones sutiles, la soberbia, los temperamentos altaneros, las tragedias con rasgos cómicos y las comedías ribeteadas de misticismo están plasmadas en el teatro. La literatura caballeresca, las novelas, los rudos poemas primitivos, El Cid, Los Infantes de Lara son dechados de individualismo y de acción. Los grandes tipos literarios como el héroe, el aventurero, el místico, el jefe de una gran empresa, el caballero, el galán son individualidades exaltadas. El pícaro mismo pertenece a esta gallarda familia: es tan arrogante como un caballero a la vez que pícaros son muchos caballeros. Sutil y escéptico, se vale de la

astucia y del heroísmo en su diaria lucha por sobrevivir. Refiriéndose al gongorismo, escuela literaria española, Martínez Ruiz escribió que es la expresión del movimiento en la lengua, que es una poesía dinámica para hombres de acción. Los dramas y novelas con nervio, las epopeyas violentas y sin la antigua serenidad son las que forman la verdadera literatura española.

En arte, filosofía y literatura, no existen las escuelas, pero sí escritores, filósofos, artistas y genios como el Greco que no dejan imitadores: son personalidades solitarias, como Gracián o Quevedo. Sólo las organizaciones políticas y militares en las cuales el individuo es el más libre, es decir el pueblo, la tribu, la guerrilla, la montonera, son las que triunfan en España. Por doquier se rinde culto a la energía rebelde y exuberante. Hasta en las relaciones entre el rey y sus súbditos encontramos el mismo individualismo peninsular:

"Por besar mano de rey
no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado".

rezan algunos versos españoles. La obediencia al rey es condicional: descansa sobre el respeto que el monarca tiene al orden supremo de la justicia, y a un contrato tácito o expreso entre él y el pueblo. Las cartas, los usos y las tradiciones limitan el absolutismo real. En las cortes de Ocaña, en 1469, el rey fue declarado "mercenario" de sus súbditos que le pagaban un estipendio. *

Toda la obediencia española está impregnada de arrogancia; los nobles aragoneses como individuos se sienten iguales al rey y en conjunto se consideran superiores a él. Las ciudades confederadas en "hermandades" o en uniones discuten con el monarca: en buena cuenta constituyen un estado dentro del Estado, se alzan contra el gobierno imponiéndole el reconocimiento de sus fueros. En 1226, las ciudades de Aragón y de Cataluña exigen de Jaime I que reconozca los derechos populares. Las insurrecciones contra el poder son comunes y se encarnan en un héroe: el Cid. Por otro lado, Mariana, el historiador, autoriza cualquier tipo de violencia contra la tiranía real.

Tal individualismo resguarda la justicia de los formalismos legales y de las discusiones bizantinas de los legistas, eleva un cerco protector contra las sentencias, las penas y los tribunales.

Los poemas y los refranes son la expresión de este duelo entre el ideal jurídico y la ley: la conciencia peninsular condena la justicia relativa y precaria de los códigos.

Joaquín Costa escribió: "De todas las epopeyas que conozco, sean nacionales o de raza, la española es la que más ha exaltado el principio de

* Cf. Joaquín Costa. *Concepto del Derecho en la Poesía Española.* (Estudios jurídicos y políticos. Madrid 1884).

justicia y le ha rendido el más entusiasta tributo". Austero e inviolable, el derecho representa un orden de relaciones eternas frente al cual cualquier individualidad es insignificante, aun la del rey y cualquier institución quebradiza, aun la Iglesia.

Estoica porque cree en la justicia pura, nutrida de fieros heroísmos, de visiones interiores, de novelas y de leyendas, divinizadas por diálogos místicos, curtida por siglos de guerras religiosas, el alma española se asoma, llena de ímpetu, al Renacimiento, en el siglo XVI y desafiando el Océano, descubre continentes, o descorriendo los velos del misterio, revela leyes naturales y crea personalidades imperiosas que desafían el destino. El individualismo español estalla pues en misticismo, en audacia, en aventuras: es la época de los conquistadores, de los políticos e inquisidores: Jiménez y Pizarro, Torquemada, Loyola y Cortés. España derriba el cerco del mundo antiguo: defiende la civilización cristiana en Lepanto, el catolicismo en Alemania y Flandes, ambiciona el dominio del Mediterráneo, coloniza un mundo inmenso y desconocido e impone su voluntad al Papa gracias a las legiones del duque de Alba; simultáneamente el imperialismo religioso de Carlos V y Felipe II es una amenaza para Europa. La política de aquel tiempo tiene la majestad y enjundia romanas, la literatura culminó en el siglo de oro y la filosofía propuso extensas soluciones armoniosas con Fox Morcillo, sentó las bases del derecho natural y de gentes con Francisco de Vitoria y Domingo de Soto. Es una etapa pletórica de energía y de creación, de conquista y de heroísmo, el fin de una historia de estoicismo violento anunciadora de una larga y majestuosa decadencia.

Receloso de jerarquías, el individualismo español crea formas sociales democráticas. Las tradiciones, doctrinas, costumbres y leyes señalan un sentido preciso de la igualdad humana.

Hablando de España, Menéndez Pelayo la llama democracia monacal porque en la nivelación de todos encontramos rasgos conventuales y porque existe un trasfondo cristiano en este fervor igualitario; Salillas le dice democracia picaresca aludiendo a la igualdad entre el caballero y el pícaro, a la dualidad de un pueblo arrogante, con ínfulas de nobleza y de una nobleza despreocupada que se transforma constantemente en democracia por falta de una clase media y por la tradicional pereza de los hidalgos. Unamuno, en su análisis "En torno al Casticismo" la ve una democracia anarquista, contraria a la jerarquía, indisciplinada y soberbia; por su lado Oliveira Martins piensa que es un cesarismo democrático pues el absolutismo de los monarcas no es una realeza feudal sino un principado romano. El rey preside una democracia de caballeros, de místicos, de aventureros y de pícaros. Este espíritu igualitario se puede observar en la formación de la aristocracia española: la nobleza gótica, hereditaria y feudal es extraña a la evolución peninsular. La aristocracia nacional se encuentra en el seno de la Iglesia; es electiva, abierta a las turbulentas corrientes populares, a punto tal que los Concilios tienen más abolengo que los Consejos militares y las Asambleas. La servidumbre es menos penosa en la España medieval que en el

resto de Europa: los colonos foreros, casi libres se multiplican de este lado del Pirineo mientras que al otro lado desaparecen bajo la presión del feudalismo. Por otra parte como hay nobles tributarios se puede inferir que entre la democracia y la nobleza no existen divisiones irreductibles.

Dicho desarrollo igualitario es notorio en el orden político. Efectivamente el feudalismo no fue en España una institución nacional y el espíritu de los reyes godos se transformó bajo la influencia ibérica. En León y Castilla, la nobleza era menos poderosa que en Francia o en otras regiones españolas, como Cataluña, Navarra o Aragón. * Las clases sociales no se superponían en un orden riguroso y como las ciudades adquirieron franquicias se fueron formando señoríos proletarios.

La monarquía nivela y democratiza. El César persigue el equilibrio en la igualdad, para eso destruye los privilegios excesivos tanto de la aristocracia como del pueblo y en la lucha política se inclina alternativamente a un lado y al otro. El lenguaje popular ratifica la igualdad de las clases sociales: "Cada cien años, dicen, los reyes se vuelven villanos y al cabo de ciento seis años, los villanos son reyes". "Todos y el rey son iguales si no fuera por el dinero". Los concilios españoles perduraron porque han sido el centro de esta gran democracia.

Desde los orígenes de la historia peninsular, la ciudad ha luchado por su independencia. Se rastreó en el djemaa del Atlas, en las tribus berberiscas, parientes de los Iberos, el antecedente africano del concilio español: ambos distribuyen los bienes equitativamente y procuran evitar la miseria. Los Djemaa, municipalidad o concejo, aislados y autónomos constituyen la unidad política y el Estado es una confederación de ciudades libres. Las villas españolas defendieron su independencia contra toda unidad artificial, fenicia, griega o romana. Si Roma reinó durante siete siglos es porque reconoció parcialmente la autonomía de los municipios, por ende la democracia española. Extendió los derechos civiles, estableció pequeñas repúblicas que elegían a sus magistrados, administraban las finanzas municipales y debatían sobre los impuestos y la distribución de las tierras de la curia de tal suerte que así se hallaba satisfecho el individualismo español. Durante el Imperio, el gobierno se hizo centralizador y absorbente y se destruyó la libertad local, sin embargo una corriente oculta y arraigada restableció la autonomía de los pueblos en cuanto decreció el poder romano. Más tarde, bajo los godos, asambleas de ciudadanos libres gobernaban las ciudades y aquéllos, siguiendo los consejos de la iglesia nacional respetaban la organización municipal. Se fue formando así un régimen híbrido, feudal por el carácter germánico de la aristocracia dominante y democrático por los concilios, la Iglesia y el poder tenaz de las ciudades. Durante las luchas contra los moros, los reyes pactaron con ellas, otorgándoles cartas y fueros a cambio de un tributo de oro y sangre.

* Altamira: *Historia de España y de la Civilización española*, tomo I, p. 229 y ss.

La libertad y la democracia son más antiguas en España que en Inglaterra. La carta de León de 1020, anterior a la Carta Magna inglesa, otorgaba a las municipalidades una jurisdicción administrativa y judicial. En ella, reconocía al siervo el derecho hereditario a la tierra que cultivaba y su entera libertad de cambiar de señor: he aquí un feudalismo atenuado. Las primeras Cartas de Castilla reconocían los derechos de las ciudades. En los concilios de Burgos en 1169 y de León en 1188, figuraban delegados de las municipalidades, más, en las cortes mismas de Aragón donde reinaba la tradición germánica, los representantes de las ciudades eran admitidos ya en el siglo XII. El señor que extiende su protectorado sobre una villa no la despoja de su anterior soberanía, precisamente las Behetrías son ciudades o grupos de ciudades que escojen el tutelaje de un barón o un jefe guerrero sin por ello perder su autonomía. Las ciudades, altaneras y celosas de sus privilegios se unieron al poder real en su lucha contra la nobleza: treinta y cuatro de ellas constituyeron en 1295 la "Hermandad" de Castilla, a la cual se sumaron posteriormente hasta cien más.

En la España antigua, descubrimos siempre algo de contractual, un concierto de voluntades libres, un perpetuo convenio entre gobernantes y gobernados. De la tribu ibérica a la urbe romana, de la ciudad libre a los villorrios que se agrupan en hermandades y de aquéllos a las juntas populares que defendieron España contra la dominación francesa y organizaron una épica resistencia, hay una evidente continuidad histórica. El patriotismo local es contrario a las ambiciosas construcciones políticas. Diversos pueblos: judíos, bereberes, árabes, coptos, tuareg, sirios, celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, francos, suevos, vándalos y godos invadieron la península sobreponiéndose como los estratos geológicos o se esparcieron a través de esta España montañosa y luego convirtieron las querellas de provincias y las rivalidades de las ciudades en batallas de regiones y en antagonismos de razas.

Tanto en el enfrentamiento de las individualidades españolas como en la violenta afirmación de las prerrogativas municipales y en la evolución democrática hostil a la jerarquía, trasunta un patriotismo africano, semítico que convierte la historia en tragedia sangrienta. En el árido páramo castellano, hombres soberbios defienden principios absolutos con una fe agresiva, bajo un sol abrasador. Hablando de España, Miguel de Unamuno * escribe que "es un pueblo más fanático que supersticioso, para el cual conviene mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ario". En nombre de ideas simples y rígidas cuya intolerancia es a la vez religiosa y política, judíos y moros fueron expulsados de la Península. Se obtuvo la integridad espiritual de España pero la industria decayó, la miseria aumentó; en seguida llegó la decadencia y en la España desangrada por los autos de fe y las emigraciones, se alzó una cruz solitaria, símbolo de un cristianismo africano de espaldas a la caridad.

* M. de Unamuno, *En torno al Casticismo*, Madrid, 1902, p. 115.

España es africana desde su prehistoria. El ibero se parece a los habitantes del Atlas. Como ellos es moreno y dolicocéfalo. Los caseríos españoles y los kabilas presentan grandes analogías. Convulsiones geológicas separaron por un estrecho dos territorios semejantes pero invasiones sucesivas infundieron sangre africana en la sangre peninsular. Fenicios y cartagineses establecieron colonias sobre las costas españolas; en 711, siete mil bereberes sentaron sus reales en el sur de la península. En 1145, con la invasión de los almohades se unen nuevamente iberos y africanos. Durante los largos siglos de lucha entre cristianos y árabes, las dos razas se cruzan bajo la elegante tolerancia de los califas.

Los reyes godos, en sus pleitos, piden ayuda a los jefes árabes y el Cid fue un condottiero que luchó alternativamente en los ejércitos musulmanes y cristianos, listo para servir a los jefes compradores del heroísmo de sus huestes. A su vez los monarcas españoles intervinieron en las luchas entre los califas y Alfonso VI se unió al rey moro de Sevilla para conquistar Toledo en 1185. En las capitales españolas, los árabes se desempeñan como adivinos y maestros mientras que los españoles estudian el árabe para iniciarse a las ciencias orientales. La lengua conserva huellas de esta convivencia. Los árabes escépticos y refinados, señores enervados por la gracia andaluza gobiernan sin fanatismo: permiten a los vencidos conservar su religión y sus usos, sus leyes, sus autoridades y sus jueces y libertan a los esclavos cristianos que se convierten a la religión musulmana. Los mozárabes, cristianos que vivían en los estados musulmanes, sin renegar de su fe ni renunciar a sus costumbres, prepararon la fusión de las razas enemigas. A pesar de las guerras, vencedores y vencidos experimentaron como los primeros reyes godos la influencia nacional bajo la mirada indiferente de árabes extranjeros. Se reconstituía, por obra de la convivencia, el tipo primitivo de los hombres que poblaron Iberia desde los Pirineos hasta el Atlas.

Frente al desarrollo de las naciones indoeuropeas, la originalidad española es el producto de Africa, del atavismo ibérico, de la larga dominación mora y del Oriente semítico.

La anarquía de la tribu persiste: el clero es todopoderoso tanto como los morabitos africanos. A la nobleza feudal y a los parlamentos europeos, la Península opone los Concilios; a las luchas del Sacerdocio y del Imperio responde con la fusión oriental de la religión y la monarquía; contra la Reforma, las coaliciones de católicos y protestantes y la liga de príncipes cristianos y del Sultán arremeten con un cristianismo fanático que realiza la unidad nacional expulsando moros y judíos y quemando brujos y heréticos en crepitantes autos de fe. Al iniciarse la decadencia de España, sus antiguos caracteres: el individualismo, el espíritu municipal, el fervor democrático desaparecen para dejar lugar a las influencias semíticas y africanas.

Bajo la teocracia, el pueblo conquistador degenera: en Villalar, la monarquía vence a las ciudades libres y a la nobleza arrogante. El clero reina sobre las escuelas y en los palacios: es la casta superior como en Oriente.

Los rufianes y los pícaros suceden a los héroes y a los aventureros y el parasitismo oriental invade la Península con las legiones de mendigos orgullosos que pueblan los caminos de Castilla. Es el ocaso del quijotismo heroico. La venganza de los moros vencidos fue imponer a la Península empobrecida su fanatismo africano. Allende el mar, nuevas Españas se alzan contra la metrópoli decadente. Cansada de crear naciones, la raza conquistadora descansa y veinte democracias se alistan para recoger su herencia moral.

CAPITULO II

Las colonias allende el mar. Los conquistadores - las razas vencidas - influencia de la religión en las nuevas sociedades - la vida colonial.

La raza española conquistó los diversos reinos de América en el siglo XVI y fundó nuevas sociedades sobre las ruinas de antiguos imperios, improvisando ciudades en el desierto y multiplicando leyes y expediciones guerreras durante el siglo siguiente. Entre la recia epopeya de la conquista y la chata existencia de las disciplinadas colonias, observamos un extraño contraste.

En la primera época, el lucro es el *deus ex machina* del vasto poema iniciado por los conquistadores: la lucha se torna cruenta contra la tierra desconocida, los indios enemigos, las selvas misteriosas, los ríos avasallantes y los desiertos que devoran los ejércitos. Después de estas maravillosas jornadas sobreviene una vida monótona, mojigata y pueril en las ciudades silenciosas. Cansada de tanto heroísmo, la raza decae, se mezcla con los indios, importa de Africa esclavos negros, obedece a los inquisidores y a los virreyes, chismorrea en las yermas plazas sobre los oscuros acontecimientos de su lamentable existencia. Lo que llamamos la Colonia fue una época deslucida, porque las inquietas sociedades americanas no eran más que un reflejo de la vida española; en cambio, la Conquista, toda sangre y codicia, durante la cual impetuosos aventureros pasearon desde México hasta la Patagonia su sueño heroico y brutal, según el soneto de Heredia, fue intensa. El español y el portugués del siglo XVI eran hombres del Renacimiento, esa edad desconcertada por espectáculo renovado del mundo. Los viajes y descubrimientos, los mitos de Grecia, los versos clásicos que llenaban el pasado de heroísmo y de leyenda, empujaron a los latinos del Mediterráneo a explorar tierras y océanos. La individualidad se desarrolla enérgicamente hasta llegar al crimen. Tiranos y conquistadores ansiosos de poder y de aventuras, rebasaron los límites del bien y del mal. Místicos también, porque la tristeza medieval pesa todavía sobre Europa, unieron la codicia y la

fe y dejando a un lado la meditación, ensancharon los límites del mundo. Herederos de la ambición fenicia, los portugueses recorrieron Africa antes de descubrir América y muchos capitanes españoles, antes de invadir los dominios de ultramar, combatieron en Flandes, saquearon Roma y volvieron sobre los pasos del Quijote a través de la Mancha. En el alma del conquistador se amalgaman audacia y codicia, supersticiones y crueldades, orgullo de hidalgo y rigor de ascetas, riguroso individualismo, ansias de gloria y confianza inquebrantable en la grandeza del propio destino. Fueron maestros de energía, como el condottiero italiano o los capitanes de la epopeya napoleónica. Un grupo de aventureros sometió el imperio mexicano, destruyó el poder de los Incas, y subyugó al indómito araucano. Cortés quemó sus naves en cuanto se enteró de que sus compañeros estaban por abandonar la empresa. Pizarro, con doce de los suyos, en una isla desierta, resolvió invadir el Perú.

Cortés conquistó México; los Pizarro y Almagro, el Perú; Valdivia y Almagro, Araucania; Jiménez de Quesada y Benalcázar, Colombia; Pedro de Alvarado, Guatemala; Martínez de Irala, Paraguay; Juan de Garay, la provincia de la Plata; Martín Alfonso, los Souzas y otros capitanes, el Brasil. Algunos importaron de Italia el espíritu del Renacimiento, cual Pedro de Mendoza que se enriqueció en el saqueo de Roma y organizó en 1544 una expedición al Río de la Plata. El siglo XVI, siglo de los descubrimientos, lo fue también de las conquistas. Arribaron a América aventureros procedentes de todas las provincias de España y Portugal; entre ellos los enérgicos vascos fueron los más numerosos pero también vinieron muchos extremeños fogosos, adustos castellanos, circunspectos lusitanos y agudos andaluces. Vinieron a triunfar y para avanzar hacia la conquista fue menester destruir ciudades y matar indios. En su inverosímil proeza, se arriesgaron a morir en la tierra misma de la cual fueron exploradores intrusos.

América dominada por españoles y portugueses era poblada por diversas razas y era asiento de diferentes civilizaciones. Los invasores unificaron todas estas regiones al imponerles una religión, leyes y costumbres uniformes. En el Brasil existían tribus diseminadas como los tupis, tupinambas y caribes; en el Paraguay los guaraníes y en Uruguay los charrúas. La organización social de estos pueblos cazadores y pescadores era simple: obedecían a sus caciques en la guerra y en la paz. Estos dilatados territorios presentaban diversidad de lenguas, de tribus y estados sociales desde el canibalismo hasta las primitivas formas de cultura, del estado nómada a la vida sedentaria. Los araucanos de Chile, pueblo guerrero, se reunían en asambleas para decidir la guerra, se confederaban y obedecían a un cacique, el más fuerte y valiente entre los hombres de la tribu y se aislaban para cultivar su independencia.

Tres monarquías bárbaras, los chibchas o muiscas de Colombia, los incas en el Perú y los aztecas en México en las cuales existían leyes, ciudades majestuosas, clases sociales, colegios de sacerdotes, dinastías reinantes, ejércitos organizados, mitos escolares y hasta jeroglifos y astrólogos

como en Asiria se diferenciaban hondamente de las tribus americanas por su complicada organización política. A pesar de que no fueron los incas los príncipes liberales que soñó Marmontel, ni la historia de su dominación, un idilio, su tiranía minuciosa y benefactora organizó en el viejo Tahuantinsuyo después de largas conquistas, un gran imperio obediente y silencioso, que era la realización anticipada de los ideales de un socialismo de Estado. La propiedad era colectiva y la vida sometida a rígidos reglamentos. Los incas hicieron compulsivo el trabajo, presidieron las faenas agrícolas, y al extender sus dominios, respetaron los ritos y las costumbres de las razas vencidas.

Si la monarquía incaica recuerda los grandes imperios de Asia, China y Asiria, México, en cambio, se parece más a un reino feudal en el cual se mantuvieron al lado del rey absoluto, caciques que gobernaban extensas provincias. Como lo observa Cortés, no había un "señor, señor de todos". Existía una autoridad central como en el Perú pero el despotismo mexicano era más violento y bárbaro que el incaico, en aras humeantes corría la sangre de víctimas humanas. Por otra parte la organización social no llegó al grado de perfección alcanzado por la monarquía incaica.

Los conquistadores españoles y portugueses, con sus ideas medievales, su fanatismo africano, sus arrogantes carabelas, la violencia de sus armas atemorizaron aquellos pueblos todavía en la edad de bronce o de la piedra pulida. Los historiadores nos informan de la sorpresa que se llevaron aquellos famélicos aventureros al ver las riquezas de México y del Perú. Atahualpa le ofreció a Pizarro llenar de oro el aposento donde este último lo tenía cautivo. La corte de Montezuma [1] ostentaba un boato asiático; rodeado de mujeres y de bufones, de ídolos y de aves extrañas, avanzaba el rey azteca, bajo un palio resplandeciente y cargado de oro como en un cuento oriental. A su lado orgullosos príncipes. La villa imperial donde abundan los templos, las calzadas y los lagos era melancólica y suntuosa. Sabemos por los cronistas cómo se exacerba la codicia de los conquistadores que dejando una España arruinada, descubrieron en América fabulosos tesoros: escribieron para hidalgos venidos a menos y temieron que no dieran fe a sus asombrosos relatos. Desde los tiempos de Ofir y de la reina de Saba, dice uno de ellos "no se había señalado en ningún escrito antiguo que el oro, la plata y las riquezas" habían sido descubiertas en la cantidad que Castilla iba a recibir de sus nuevas colonias.

Los soldados de la conquista violaron estos tesoros, saquearon templos y palacios y se trabaron en luchas trágicas por la posesión de estos tesoros. Alrededor de las minas fundaron ciudades y partidos; es así como en Potosí, Vicuñas y Vascongados, enardecidos por el metal que satisfacía su codicia, prolongaron el rigor de las primeras batallas. Allí donde

[1] Conservamos las expresiones del autor: en este caso, hoy se escribe Moctezuma o Moctezuhoma, pero entonces se decía Montezuma (A. M. J.).

existían minerales, la vida colonial fue inestable, violenta, cruel; en los países pobres como Chile o Argentina, se formaron lentamente sociedades que cultivaban la tierra, oligarquías tenaces arraigadas a la nueva patria por sólidos intereses. Diferentes entre sí fueron las razas vencidas y los conquistadores, lo que explica, en medio de la unidad política y moral, los caracteres divergentes y los antagonismos prematuros. Españoles y portugueses se aparearon con las indias: los capitanes se casaron con princesas aztecas y ñustas en el Perú; y los soldados fundaron hogares inestables propios de las colonias. Los andaluces llegaron al Trópico; los vascos buscaron las regiones temperadas y en las ciudades se instalaron los castellanos. Una curiosa afinidad de raza como la existente entre vascos y araucanos o analogías en el clima y el paisaje, o a falta de ello la marcha errante de los conquistadores explican esa original diversidad de las provincias americanas. ¿Acaso podrían ser idénticos los vástagos de los mansos indios quechuas y fogosos andaluces y los de los viriles araucanos con los sesudos vascos? Allí donde la población indígena es más poderosa como consecuencia de una organización política más complicada, como en México o en el Perú, su influencia sobre el mestizaje fue más poderosa que en las colonias donde el indio fue aniquilado —charrúas de Uruguay, tribus nómadas del Brasil— por el avance atropellador de la civilización. El clima, en las alturas riguroso y propicio al desarrollo de la energía, en la costa, suave y enervante, contribuyó a la diversidad de razas. En las primeras familias fruto de la sensualidad de los conquistadores a través del nuevo continente, hallamos ya los elementos del futuro desarrollo americano.

Fue una época de creación: razas y ciudades, nuevos ritos y costumbres surgieron de la unión entre iberos e indios. La diversidad de elementos cuya fusión prepara el advenimiento de una nueva casta da a los nuevos pobladores rasgos de una interesante variedad. El negro importado por los españoles para cultivar las tierras calientes se sumó al intríngulis de las primeras uniones de castas. Peregrinas generaciones con todos los matices de color de piel y formas craneanas nacieron en América de estas uniones estimuladas por los reyes de España. En las provincias sajonas de América del Norte sólo el clima transformó a los invasores; en las colonias ibéricas, la raza vencida, el territorio, el medio ambiente modificaron a los conquistadores. Creación, síntesis de elementos humanos, acción y reacción entre la tierra y el hombre que la domina, laboratorio continuamente estremecido, insólitas fusiones de razas, todo aquello da a la evolución sudamericana la intensidad y la apariencia perenne. Desde el negro "bozal" recientemente importado de Africa hasta el "quinterón", vástago de esclavos depurado por sucesivas uniones con blancos; desde el indio que llora en la soledad de la sierra su monótona servidumbre hasta el mestizo inscrito en las universidades, encontramos tanto en el siglo XVII como en el XIX, en la colonia y en la república todas las variaciones de esta mezcla de iberos, indios y negros.

Desde el punto de vista social el rango corresponde generalmente al color de la piel. "En América, escribía Humboldt a comienzos del siglo XIX, la piel más o menos blanca decide del lugar que ocupa el hombre en la sociedad".

El español degeneró en las colonias. La lenta decadencia del invasor, bajo la presión del clima y del contacto con las razas vencidas se manifiesta en la transición de una época de violencia a otra de paz conventual. El criollo, español nacido en América, perdió los caracteres angulosos del hidalgo: el soberbio individualismo, la afición a la aventura brutal, el estoicismo, la tenacidad en la resistencia y en la lucha, la rigidez de su fe: pero sí ganó en ductilidad, sutileza y donosura; empero su esfuerzo no es sostenido ni firme su voluntad y sus odios son tan efímeros como sus amores. La nueva raza no engendra ni místicos ni hombres de acción sino poetas, oradores, magníficos intrigantes, frívolos doctores, comentaristas rebosantes de ideas exóticas que suceden, ya en el siglo XVII, a la primera generación de colonos audaces, de monjes heroicos y de avezados capitanes. Para extender los dominios del monarca y "para que los indios vivan en el conocimiento de nuestra fe católica", los españoles conquistaron América, y con la conquista trajeron una religión, un régimen político, universidades y un sistema económico, todos los elementos, en fin, de una civilización tradicional cuya base era un gobierno absoluto, el monopolio financiero, la intolerancia religiosa y moral, el tutelaje y el aislamiento riguroso.

Los métodos empleados por los holandeses y los sajones en sus colonias no fueron en el fondo muy diferentes. Tocqueville y Boutmy estudiaron las consecuencias, en Estados Unidos, de la intolerancia calvinista y del monopolio comercial. Recordaron también la esclavitud de los negros en las colonias agrícolas de Virginia y la codicia de los inmigrantes que perseguían a los indios con un ardor puritano.

El virrey, representante del monarca, ejercía su gobierno en las colonias sin limitación alguna. Presidió la "Real Audiencia", tribunal del rey, era superintendente de finanzas, protector de la iglesia y jefe del ejército. Todos los poderes le eran subordinados, el eclesiástico, el militar y el civil. Se rodeaba de una corte suntuosa cuya adulación lo embriagaba y a la cual domina con el soborno. A veces, los virreyes personificaban las aspiraciones verdaderas de sus colonos, en ese caso eran graves legisladores como Francisco de Toledo en el Perú; o defendían las colonias amenazadas por las correrías de filibusteros con tanta fiereza, que de estas recias campañas surgió el sentimiento de la nacionalidad. Otras veces, se enriquecieron venciendo plazas, consumieron el tesoro ultramarino o atravesaban, orgullosos y rodeados de boato, las ciudades recogidas.

Al despotismo político corresponde, en el orden económico, el monopolio comercial que España estableció en sus dominios. Humboldt define

en su *"Ensayo sobre el gobierno de la Nueva España* * el ideal de los antiguos pueblos conquistadores: "Durante siglos, la metrópoli consideró útil una colonia en la medida en que ésta le proporciona gran número de materias primas y a su vez consumía gran cantidad de artículos de consumo y mercadería, transportados en sus propios barcos". Inglaterra, Holanda, España y Portugal obedecieron al mismo exclusivismo. Sobre este punto, las ordenanzas de Cromwell fueron tan inflexibles como las cédulas de Felipe II. La libertad comercial y la competencia industrial eran tan reprochables como la herejía y la rebelión.

La política y la economía se subordinaron a la religión; en ella se reúnen el absolutismo de la primera y el monopolio de la segunda. La conquista de América fue un apostolado. Los capitanes españoles lucharon para convertir a los infieles de allende el mar. El imperialismo de Carlos V y Felipe II tuvo un carácter religioso. Para resguardar de la herejía sus colonias, cerró los puertos, prohibió el comercio con extranjeros e impuso a todo un mundo la reclusión conventual. La iglesia era el centro de la vida colonial. En el orden espiritual, gobernaba aplicando castigos y azotes, o excomulgando y dejando a incrédulos y brujos en manos de la Inquisición purificadora. En el orden moral, conservaba las buenas costumbres; en política, defendía a los indios y se alzaba contra los gobernadores. Virreyes y caciques la temían por igual. Con su formidable poder moral, contribuyó a disciplinar a los inquietos criollos, unificar clases y razas y a conformar naciones. Las ciudades se enorgullecían de sus templos y de sus conventos a los cuales, frecuentemente, piadosos hidalgos dejaban sus bienes al morir. Es así como los monjes monopolizaron la propiedad; de allí la superabundancia de religiosos y la acumulación de riquezas en México y en Lima. En el Perú, la renta anual del arzobispo alcanzó hasta 40.000 pesos —200.000 francos— y la de algunos obispos hasta 100.000. Obispos y virreyes rivalizaban en lujo. Un catolicismo sensual y rumboso satisfizo la fantasía de los criollos, el temor supersticioso del indio y el materialismo alegre de los negros. El azteca y el quechua aceptaron del cura un dogma extraño, bizantino, mezcla de las ideas de Aristóteles y de los misterios de Oriente. Pronto el indígena confunde estas dos mitologías. En México, según Humboldt, "el Espíritu Santo es el Aguila sagrada de los aztecas".

Nuevos ritos suntuosos eran añadidos a la religión tradicional. Procesiones y fiestas, especie de verbena divina unificaron todas las razas. Lo que les gusta de la religión son las ceremonias, las manifestaciones externas, las vírgenes cargadas de milagros, los cristos dolientes, los santos engalanados, la lluvia de oro y de sedas.

Como confesor, el sacerdote ejercía su influencia sobre la familia, dirigía la educación de los niños y desde el púlpito condenaba la inmora-

* Humboldt, A. *Ensayo sobre el gobierno de la Nueva España,* Tomo IV, p. 285; París, 1811.

lidad y juzgaba a los gobernantes. Como en Constantinopla o en la Florencia de Savonarola, el monje de la colonia, hablando en nombre del pueblo explotado, era un adusto profesor de virtud. El criollo admiraba su ciencia eclesiástica y apreciaba su actitud inflexible frente al poder; por su parte, el indio lo consideraba su protector.

Las colonias de América se distinguían por sus riquezas y su composición social. Los negros, numerosos en el Perú y en Cuba, desaparecieron pronto en Chile y Argentina. La pobreza del araucano contrastaba con la opulencia de Caracas, de Lima y de Méjico. Algunos terratenientes gozaban, en la capital azteca, de una renta de un millón de francos. Frezier tasó las joyas de una rica limeña en 240.000 libras de plata. La sierra, melancólica y poblada por indios era el reverso de la costa relumbrante donde fastuosas metrópolis atraían a los viajeros. Encontramos en las ciudades del interior, Córdoba o Charcas, tradiciones más estables, tenacidad y tristeza; por el contrario, en las capitales de la costa, todo es lujo, inestabilidad y licencia.

España puso todo su esfuerzo en acabar con esta variedad imponiendo leyes uniformes. * Para ella, la originalidad era tan odiosa como la herejía, por ende, idénticas serán las costumbres y las creencias, la jerarquía y los privilegios; luego, la vida colonial se fue desarrollando, grave y monótona. Las ciudades dormitaban arrulladas por el murmullo de las oraciones y el agua de los surtidores. La ociosidad es la condición natural de los criollos: dilatadas comidas y una siesta diaria limitan la escasa actividad. Un largo silencio envuelve las plazas yermas. Se decretaban las festividades por carteles, hasta la alegría era una imposición. Diríase que el correr de los días iba a detenerse en la metrópoli con sus calles paralelas y que el ideal de todos era la paz absoluta.

El hidalgo de alcurnia, dueño de vastos dominios, señoreaba sobre sus hijos y sus esclavos con la severidad de un patricio romano. No podrá ser ni un industrial ni un comerciante, "innobles artes". La abogacía, la sutileza de los doctores, la erudición y la poesía cortesana lo atraían. Sea en la Universidad o en el Cabildo, su existencia era la misma. Alababa a los virreyes en rimas gongorinas o comentaba a Duns Scoto o elaboraba minuciosamente acrósticos y silogismos. En el café, en las reuniones sociales y en las tertulias literarias, murmuraba en contra de los gobernantes y los obispos, argumentaba sobre los títulos de nobleza de un marqués reciente o la limpieza de sangre de un mulato enriquecido. Se apasionaba por los pleitos entre un obispo y un virrey, un capítulo conventual y una corrida de toros. En la mañana, a misa y en la tarde, en suntuosas calesas y por suntuosas alamedas, el altivo caballero se aburría majestuosamente. En la noche, al regresar a su hogar, encontraba a su mujer rezando el rosario rodeada de esclavas sumisas.

* La colonización portuguesa en Brasil, fue menos rígida, el aislamiento comercial menos estrecho y la religión menos fanática y omnipotente como en las colonias españolas.

La sensualidad y el misticismo agitaban a los colonos. Ni los mismos conventos, a pesar de sus elevados muros, pudieron resguardarse de esta aguda voluptuosidad. Monjes disolutos, religiosas que se abandonaban a sus amantes, alegres abates, como en los cuentos italianos, figuran en las crónicas de la época. El claustro con sus ricos arabescos, con su patio oloroso a azahares y su surtidor evocaban la pasión andaluza. La sociedad beata pagaba su tributo a los conventos insaciables, en doncellas y riquezas; el amor, huyendo de las ciudades amodorradas, encontraba asilo en las celdas remecidas por las ambiciones y los turbios deseos.

La mujer, como en Oriente, estaba a buen recaudo en una casa tan adusta como una fortaleza, pero en los salones y entre graves doctores subyugaba y brillaba por su gracia versallesca, su amenidad y sutiliza. Su fidelidad para con el hidalgo era una cuestión de honor. El esposo burlado se vengaba de las ofensas con tremendos castigos como en los dramas calderonianos, en cuanto el heroico amante llevaba su deseo exacerbado hasta el balcón morisco donde lo esperaba la angustiada dama. Fuera del hogar, abundaban bastardas uniones, los concubinatos y los amores clandestinos. La pasión era trágica y la devoción voluptuosa; en lugar de místicos había iluminados. El demonio era el personaje central de esta minuciosa religión: gracias a él, la chata existencia colonial se vio envuelta de misterio, sus apariciones y sus maniobras estremecían a los criollos. Atareada estaba la Inquisición con duendes, brujos y sortilegios, robos de hostias sacramentadas y exorcismos. Las historias de demonios de ambos sexos, de pactos con Satanás, de almas penando en abandonadas casonas, absurdos milagros de santos, la macumba, los templos abigarrados, los ritos parasitarios que acogotaban las creencias tradicionales, despojaban el catolicismo español de su rigidez semítica.

Lo maravilloso envuelve la vida de los piadosos colonos. Aman la naturaleza con una fe ingenua y creen en la intervención de santos y demonios en su apacible existencia.

Un ruido inesperado revelaba la presencia de un alma en pena y los temblores era la prueba de la cólera divina; una enfermedad, obra de diabólicas influencias y la salud, el resultado de la eficacia de un amuleto. En las farmacias vendían productos quiméricos: grasa de cóndor, caza de unicornio o uñas de la "gran bestia".

Pasaban las horas monótonas en devociones y futilidades, creaciones y pleitos conventuales o largas ceremonias y vanidosas reuniones. Alguna que otra vez interrumpían el curso llano de la vida, una proeza turbadora o una fiesta donde se prodigaba el oro y el servilismo: las cédulas reales acababan de llegar o una princesa había nacido en España; se había descubierto un tesoro, un puerto había sido saqueado por atrevidos piratas, brujos o judíos portugueses ardían en un imponente auto de fe. Las ciudades provinciales recorridas lentamente por suntuosas procesiones, sólo entonces se inquietaban; pero esta deslumbradora visión pasaba rápido y

pronto volvían la uniformidad, las pendencias, la indolencia y los ritos fabulosos.

Las cédulas reales llegaban bajo palio y un caballo lujosamente enjaezado avanzaba cargando el tesoro. Los espectadores se arrodillaban delante del símbolo de la majestad monárquica y el incienso expresaba, como a los pies de un ícono bizantino, la adoración de los creyentes. El virrey entraba también bajo palio, en una solemne procesión por las ciudades sumisas, mientras que un vuelo de campanas celebraba su llegada y un hierático desfile de cabildantes de golilla, graves oidores, religiosos de todas las órdenes y doctores cantaban loas a la gloria del mensajero real. En las fiestas religiosas, engalanadas madonas, santos que se saludan como ceremoniosos hidalgos y cristos que lloran delante de la multitud maravillada eran llevados en andas por beatos en señal de penitencia. Alrededor de estos pasos bailaban los esclavos mientras los monjes cantaban una triste melopea y enajenados, hombres y mujeres se daban azotes hasta sangrar. El grito de dolor se confundía con la oración monocorde en medio del estremecimiento religioso de los fieles.

Los autos de fe eran una apoteosis de la muerte. Los cronistas de la época alababan el "maravilloso" espectáculo. La fúnebre procesión se acercaba a la hoguera en medio de grupos burlescos y fanatizados. Monjes plañideros acompañaban a los brujos, los herejes, los blasfemos: unos llevaban un sanbenito ora amarillo, ora verde, adornado de llamas, otros llevaban corozas que enardecían a las gentes. Cuando los condenados subían a la hoguera, una turba, ávida de martirio, ebria de sol vitoreaba el holocausto bajo el ojo impasible de los inquisidores. La farsa y la invención grotesca se mezclaban con la tragedia, el boato oriental con el terror místico y la misma dama que bailaba la pavana en un salón, inhalaba piadosamente el áspero perfume de la carne carbonizada.

CAPITULO III

Las luchas por la Independencia

I. Aspecto económico y político de estas luchas - Monarquía y República - Los jefes: Miranda, Belgrano, Francia, Iturbide, el rey Pedro I, Artigas, San Martín, Bolívar - Bolívar, el Libertador: sus ideas, su acción. II. La ideología revolucionaria - Influencia de Rousseau - Los derechos del hombre - El ejemplo de los Estados Unidos - Las ideas inglesas en los proyectos de Constitución de Miranda y de Bolívar - La acción europea: Canning - Nacionalismo contra americanismo.

I. Oprimidos por la teocracia y los monopolios, las castas privilegiadas y los funcionarios peninsulares, las colonias españolas y portuguesas aspiraban a independizarse. Las provincias sajonas del norte se separaron de Inglaterra por razones prácticas; se observa en las luchas del Sur la dualidad económica y política. En algunos virreinatos, como el de la Plata, la lucha se debía a intereses antagónicos; en otras provincias como en Venezuela, las ideas de reforma política eran las que predominaron. Se ha querido explicar la unanimidad del movimiento libertador con un "materialismo histórico", análogo al de Karl Marx y de Labriola; pero la realidad, más rica y más compleja, no se somete a esta lógica simplicidad, la revolución no fue únicamente una protesta económica sino también se nutrió de concretas ambiciones sociales. Movimiento igualitario, persiguió la destrucción de los privilegios, la arbitraria jerarquía española, y finalmente, cuando su instinto nivelador hubo llegado al paroxismo, la destrucción de la autoridad en provecho de la anarquía. Los criollos apartados de todas las funciones públicas se rebelaron; condenaban, en el orden económico, los impuestos excesivos y los monopolios; en el orden político, la servidumbre, la Inquisición y el tutelaje moral. Carlos III había reconocido a pesar de los consejos de su ministro Aranda, la independencia de los Estados Unidos, que establecería un precedente para sus propias colonias y por otra parte, expulsó a los jesuitas, defensores de los indios contra la opresión de los gobernadores peninsulares. La corrupción de los tribunales, el negociado de las plazas y la tiranía de los virreyes se sumaron a los demás motivos de descontento, inquietud y miseria.

Los criollos instituyeron la nacionalidad contra los españoles; los mestizos crearán luego la democracia contra los oligarcas. Esas son las dos fases de una gran revolución. En 1830 terminó la primera lucha y enseguida comenzó la pugna entre la clase privilegiada y la democracia. Llegó a su punto álgido hacia 1860 con la emancipación de los esclavos, siguió a lo

largo de todo el siglo y engendró una interminable discordia civil. Las provincias españolas, sometidas al absolutismo político se transformaron en repúblicas: semejante cambio de régimen no se verifica sin una crisis moral. Al par que dirigían batallas, los criollos exaltados buscaban afanosamente una forma nueva para su liberalismo. Frente al desorden cada vez más extendido, pensaron en la monarquía, en la república oligárquica, en la presidencia vitalicia, todas formas diversas de la necesaria estabilidad. Podemos distinguir tres etapas en el movimiento libertador: colonial, monárquica y republicana.

En la primera, los colonos manifestaron su lealtad para con el monarca peninsular.

Las primeras juntas coloniales, en 1809 y 1810, deseaban que prosiguiera el señorío español. Invocaban el lazo feudal que las unía al monarca prisionero, Fernando VII; triunfante los franceses en la Península, juraron obediencia al rey ausente. La invasión extranjera puso término al vasallaje, con lo cual las colonias, de acuerdo con una ley de "las partidas" adquirieron el derecho de autogobernarse: las reservaron para el rey. Las juntas ocultaban su ambición radical bajo formas legales. Su esfuerzo tradicionalista fue quizá sincero en algunas ocasiones, pero la corriente revolucionaria que se había formado en las entrañas de la historia, acabó con estas intenciones provisionales. Es así como el Cabildo de Buenos Aires declaró que "no se reconocerán otras obligaciones que las debidas a Su persona", (la del rey); españoles y americanos juraron fidelidad a Fernando VII. El capitán general de Venezuela, destituido de sus funciones en 1810, fue reemplazado en el gobierno por una "junta suprema, que conservaba al soberano sus derechos": se juró fidelidad al monarca. En 1809, la junta tuitiva de La Paz que emancipó a los criollos y la revuelta de Quito reconocieron la tutela real. El reglamento chileno de 1811 estableció que el poder ejecutivo gobernase en nombre del rey. En 1821, Iturbide proclamó al fundar el imperio de México su obediencia al monarca.

Efímera fue la lealtad para un rey que abdicó, fue exiliado y que, después de las cortes liberales de Cádiz, restableció un gobierno despótico. Las inmensas colonias no se subyugaron para devolverle el trono a un príncipe inhábil. Mientras que generales improvisados ganaban batallas, la autonomía política se realizaba. Los criollos que dirigían el movimiento revolucionario ocultaron al pueblo pasivo, rutinario y a veces realista, la audacia de sus ambiciones. La élite americana era monarquista. Al liberar un continente, generales y estadistas pretendieron asegurar a las flamantes naciones la estabilidad de las monarquías. Iturbide fue emperador en México. Los generales de Bolívar le ofrecieron una corona; Páez le sugirió reiteradamente ambicionar un trono. Por su parte, Belgrano decía en 1816, en el congreso de Tucumán, que la forma de gobierno más adecuada para las provincias argentinas era una "monarquía moderada": y numerosos diputados en esta asamblea pidieron la restauración del trono de los Incas y de su sede tradicional, Cuzco: era la creación de una dinastía americana.

Bolívar deseaba para Colombia y América española monarquías constitucionales con príncipes extranjeros. Los ministros tendrían que estudiar un plan de "vigilancia o salvaguardia, de mediación o influencia, de protección o tutela" por parte de los grandes estados europeos con respecto a Colombia. Partidarios de establecer una monarquía eran también Flores, Sucre, Monteagudo, García del Río, Riva-Agüero, el argentino Posadas deseoso de establecer el orden en las provincias de la Plata "sobre bases sólidas y permanentes", el deán Funes, los colombianos Nariño, Mosquera, Briceño Méndez... Los fundadores de la Independencia entendieron que sólo un régimen fuerte podía arrancar las jóvenes naciones de las garras de la demagogia, de la anarquía, y librarlas de las guerras entre generales y de las ambiciones prematuras de las provincias. Querían la autonomía sin licencia, la monarquía sin despotismo, la solidez política sin la tutela española. A pesar de esta convicción de los revolucionarios, la República nació. Alberdi escribe que tuvo un origen involuntario y que se explica por la indiferencia europea y el egoísmo yanqui: fue más espontánea que involuntaria. Los demagogos y las multitudes la aceptaron como la negación de la monarquía. Esta última simbolizaba el despotismo godo, la antigua dominación humillante, la continuidad de las castas y los fueros. En el pensamiento popular, naturalmente simplificador, la monarquía equivalía a la servidumbre; la anarquía y la república eran la libertad; ninguna distinción entre el rey español y otros príncipes, entre el absolutismo de Fernando VII y la monarquía constitucional de Inglaterra. Un odio uniforme condenaba a todos los reyes. La república no fue pues una organización, un sistema político, sino una negación. A ello se sumaba indisolublemente las ideas cardinales de patria, igualdad y libertad.

La monarquía ofrecía a América la estabilidad y la independencia; hubiera impedido las guerras civiles y ahorrado medio siglo de anarquía. Era la única tradición americana. Las batallas de la revolución dieron hegemonía a ambiciosos generales: contra ellos, un gobierno central por encima de las pendencias de partidos hubiera defendido las instituciones liberales. Un príncipe constitucional ofrecía a estas naciones divididas la unidad y la continuidad bajo cuya presión se hubieran organizado finalmente las ambiciones, los partidos y las clases. La ascensión social de los mestizos y mulatos hubiera sido menos violenta bajo un régimen así.

Finalmente América monárquica entraba en el grupo de las naciones occidentales y la doctrina de Monroe no la hubiera aislado políticamente de Europa que le manda hombres, capitales e ideas.

¿Pero era acaso posible fundar en América dinastías respetables y duraderas?

La caída de dos imperios, en México y en Brasil, nos dice que la república estaba ocultamente unida al destino del continente. Los flamantes estados no tenían nobleza para rodear a un príncipe, como tampoco podían mantener el boato de una corte.

El instinto igualitario condenaba en América toda jerarquía y los reyes nacionales, creadores de la Patria, como en Europa moderna no existieron. Los virreyes y los señores semifeudales ejercían un imperio efímero y no eran americanos: las colonias se habían acostumbrado al frecuente cambio de autoridades. A estas razones en favor de la república, se sumaba el peligro que monarcas extranjeros pudiesen entregar el continente al juego de las complicaciones diplomáticas de Europa. Y quién sabe si la Santa Alianza no hubiese devuelto sus colonias a España como regresa un hijo pródigo a la casa de sus padres.

Bolívar señaló los defectos de una monarquía extranjera. Prefería al rey importado, la presidencia vitalicia, el senado inglés; y si alguna vez pensó frente a la anarquía avasalladora, en príncipes europeos, comprendió pronto que no constituían una solución radical para los problemas del nuevo mundo. "No hay poder más difícil de conservar que el de un príncipe nuevo" decía a los bolivianos. Creía que en América no había "grandes nobles ni grandes prelados y sin el apoyo de ambos ningún monarca es permanente". Los reyes simbolizaban para el Libertador la tiranía; para él, la independencia iba de la mano con la república y pensaba que la naturaleza misma se oponía en el continente al régimen monárquico. En 1829, en una carta a Vergara, canciller de Colombia, formuló con mucha precisión sus argumentos en contra de la monarquía: "Ningún príncipe extranjero —escribe— aceptaría como patrimonio un principado anarquizante y sin garantías; las deudas nacionales y la pobreza del país no permiten mantener a un príncipe y su corte, sino miserablemente; las clases menos favorecidas se alarmarían, temiendo las consecuencias de la aristocracia y la desigualdad; los generales y los ambiciosos de toda laya no soportarían la idea de verse apartados del mando supremo; la nueva nobleza, indispensable en una monarquía, saldría del mismo pueblo, con todos los celos de una parte y toda la altanería de la otra. Nadie soportaría sin impaciencia esta vergonzosa aristocracia ignorante y pobre y por si fuera poco llena de ridículas pretensiones". Creador de cinco naciones, Bolívar conocía a fondo la nueva masa social, desorganizada y turbia. Comprendió que la ambición de sus generales y la tendencia igualitaria de las multitudes se oponían a una monarquía americana o a un principado extranjero: Iturbide y Maximiliano, emperadores destronados y fusilados justificaron esta crítica. Inglaterra que hubiera podido fundar monarquías constitucionales en América frente a la Santa Alianza, perseguía una influencia más comercial que política.

Lord Aberdeen anunció en 1829 que su gobierno no admitiría el establecimiento de un príncipe inglés o francés ni de otra dinastía europea en Colombia. Aceptaría solamente un príncipe español o en su defecto la monarquía de Bolívar mismo. El conde de Aranda propuso al rey de España la división de América en naciones gobernadas por infantes pero su plan no fue adoptado. Una vez la Independencia verificada, y el despotismo de Fernando VII restablecido, ningún príncipe español podía ser popular en Argentina o en Colombia. Frente a la indiferencia europea, las tentativas

monarquistas mueren en América y el continente adquirió su originalidad definitiva. Frente a las monarquías de derecho divino, se alza un mundo liberal: naciones incoherentes, prematuras que adoptan constituciones igualitarias y que, en un futuro remoto juntarán sobre su territorio desolado inmensas fuerzas materiales y morales.

De México a Chile, un mismo fervor revolucionario engendró movimientos parciales desde 1808 hasta 1811. Conspiradores parecidos a los *carbonari* de Italia, logias donde se hablaba de libertad en medio de ritos ingenuos y universitarios que habían leído a los Enciclopedistas prepararon la gran cruzada. El año 1809 es el primero de la Revolución. El 1º de Enero, una agitación popular se produjo en Buenos Aires; el 16 de julio, estalló una revuelta en La Paz; el 2 de Agosto, se reunió una asamblea en Quito. En 1806, una expedición inglesa atacó Buenos Aires. En pos de aventura, de regreso de Africa, Sir Home Popham, un capitán sediento de nuevos dominios y de nuevas riquezas, invadió la capital del virreinato de La Plata. La ciudad no fue defendida por la legítima autoridad española sino por un noble caudillo que pronto sería un virrey popular, Santiago de Liniers, el héroe de la Reconquista. En esta lucha contra el invasor imperialista, el pueblo argentino descubrió de pronto el significado de la patria. Se liberó de los ingleses primero y luego de los españoles. El 25 de mayo de 1810, el cabildo abierto reunido el 22 proclamó la independencia, exigiendo la renuncia del virrey y eligió una junta de gobierno revolucionaria, indecisa y patriota. Ya en 1808 en Montevideo, una junta formada bajo la presión de un inmenso movimiento popular se había sublevado contra el virrey de Buenos Aires.

España implacablemente condenó a los precursores de la Independencia. Desterró o condenó a muerte a los rebeldes. Zela en el Perú, el doctor Espejo en Ecuador, Gual y España en Venezuela, dos curas indómitos Hidalgo y Morelos en Méjico, el padre Camilo Henríquez y el doctor Martínez de Rosas en Chile; Tiradentes en el Brasil, Nariño en Colombia lucharon entre 1780 y 1810 contra los gobernadores y los virreyes y anunciaron en su entusiasmo liberal la audacia de las futuras guerras. El más notable de estos precursores es un personaje byroniano: el venezolano Francisco de Miranda. Había nacido en Caracas en 1750. Recorrió Europa en una deslumbrante carrera, conoció ministros y monarcas, fue amigo de Catalina de Rusia, luchó con Dumouriez en los ejércitos de la Revolución Francesa y se fue a los Estados Unidos con la Legión mandada por España para combatir por la independencia americana; obtuvo del ministro Pitt su protección para dirigir las expediciones revolucionarias contra las autoridades españolas de Venezuela, y ejerció su influencia sobre todos los movimientos libertadores de su época tanto en Caracas como en Buenos Aires. Asoció los destinos del continente a la ambición inglesa, al oro de los bancos de Londres, al interés de los mercaderes sajones y contribuyó así, mejor que por sus empresas fallidas, a la libertad americana.

El ciclo de los precursores cerrado, se abre el de los libertadores. La reacción española no venció el principio revolucionario. Los primeros caudillos murieron pero surgieron nuevos líderes, enérgicos y apasionados: Belgrano y San Martín en Argentina; el doctor Francia, en el Paraguay; Artigas en Uruguay; Iturbide en Méjico; el general Morazán en Centro América; el rey Pedro I en Brasil; Bolívar, el libertador de cinco repúblicas.

Belgrano, que reformó el orden económico por ser partidario de la libertad comercial y fundó escuelas, fue el general de la emancipación argentina. Combatió en Paraguay donde esparció sus ideas sobre la autonomía, en Uruguay, en la sierra argentina, en los linderos del Alto Perú. Sin embargo no fue un general afortunado: ganó la batalla de Tucumán pero fue derrotado por los realistas en otros combates: Vilcapugio y Ayohuma. Se retiró pero volvió y tomó parte en las guerras civiles contra los jefes disidentes, defendió en el Congreso de Tucumán la monarquía constitucional y de 1808 a 1820 personificó la marcha titubeante de la revolución argentina.

San Martín lo superó en éxitos guerreros y por la amplitud de su acción libertadora: es una figura continental. Gran general, supo organizar ejércitos y dirigir combates; espíritu conservador y metódico, enemigo de abstracciones, concreto y positivo en sus planes, libertó Chile y contribuyó a la independencia del Perú. Mientras que otros redactaban programas políticos, él ganaba batallas. Se parece a Washington por su desasimiento y la nobleza de su carácter: renunció al poder después de libertar dos naciones y se autodesterró, rodeado de generales ambiciosos que se disputaban el mando. Su acción fue simple, ordenada, ascendente; dando pruebas de un admirable sentido guerrero, venció a los españoles en San Lorenzo en 1813; luego dirigió el ejército del norte que combatía en el Alto Perú y nombrado intendente de la provincia argentina de Cuyo en 1814, organizó allí un ejército y se decidió cruzar los Andes para ayudar a los patriotas chilenos. De acuerdo con un crítico militar francés, Charles Malo, "el Paso de los Andes no desmerece al lado del más glorioso paso de los Alpes por los franceses". Las cumbres de la Cordillera se alzan a cuatro mil metros: por allí, el ejército de San Martín heroico y diezmado y sobreponiéndose al cansancio y al frío, se dirigió a Chile. A partir de este momento, él que era un simple jefe argentino ya es un general americano. Al pie de la Cordillera, en Chacabuco, asestó un golpe decisivo a los españoles en 1817, los desalojó de las cumbres que ocupaban y entró triunfante a Santiago donde lo aclamaron jefe supremo de Chile. Aceptó solamente el mando militar e inmediatamente, en Maipo en 1818, su artillería victoriosa desbandó a los realistas. Una vez la independencia chilena asegurada, quiso ganar otras victorias en el Perú. La autonomía americana, he aquí su tenaz ambición.

El virreinato peruano era el centro del poder español, tesoro y arsenal de los realistas. Bolívar, en Colombia y San Martín, en Chile, comprendieron que todas sus victorias serían inútiles si no vencían a España en el más rico y más inexpugnable de sus dominios. Lord Cochrane, marinero inglés y noble corsario en el Mediterráneo, concentró una escuadra en

aguas chilenas para imponerse en el Pacífico (1819). Venció a la flota española en el Callao y asedió todos los puertos peruanos hasta Guayaquil. Mientras tanto, San Martín preparaba con soldados argentinos y chilenos su expedición libertadora; por su lado los revolucionarios peruanos lo estaban esperando. Desembarcó en Pisco con su ejército (1820), y proclamó la independencia del Perú en Lima, abandonada por los españoles, el 28 de julio de 1821. Nombrado protector de la flamante república, promulgó una constitución provisional. Del norte, llegaba también otro libertador, Bolívar, para discutir con San Martín, en la misteriosa entrevista de Guayaquil, sobre los destinos del nuevo mundo español.

San Martín, estoico y silencioso, se rindió frente a la impetuosidad de Bolívar y le cedió el Perú, teatro de futuras hazañas; renunció al poder (1822) y abandonó América. Su ambición era limitada como su genio: prefería la gloria militar a las dictaduras, creía en las bondades de la monarquía extranjera y organizaba ejércitos, pero, frente a la anarquía, se mostró impotente.

Bolívar es el más grande de los libertadores americanos. En ambición y en heroísmo, superó a unos y otros, y a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio. Fue, en medio de gloriosos generales y caudillos enemigos, el héroe de Carlyle, "fuente de luz, de íntima y nativa originalidad, virilidad, nobleza y heroísmo, a cuyo contacto todas las almas se sienten en su elemento". Todos los poderes cedían ante él. "A veces, escribía el general Santander, me acercaba a él lleno de rencor, y con sólo verlo, me apaciguo y salgo lleno de admiración". El pueblo con un instinto seguro, comprendió su misión heroica y lo endiosaba, el clero lo exaltó y en las iglesias católicas se cantaban loas a Bolívar. Era estadista y guerrero, criticó la oda de Olmedo a la batalla de Junín, determinaba la forma de un periódico y planeaba batallas, organizaba ejércitos, redactaba estatutos, daba consejos de diplomacia, dirigía grandes campañas: en fin, su genio era tan rico y tan diverso como el de Napoleón. Las cinco naciones que arrebató a la dominación española le parecían un escenario estrecho para su magnífica acción: concibió un vasto plan de confederación continental. Reunió en Panamá a los embajadores de diez naciones y soñaba ya con una liga anfictiónica de estas naciones que ejerciera su influencia sobre el destino del mundo.

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de Julio de 1783, vástago de una noble familia vasca. De joven viajó por Europa en compañía de su ayo, Simón Rodríguez, austero mentor. Leyó a los clásicos latinos, Montesquieu, Rousseau, Holbach y a los Enciclopedistas. Ante su maestro, en el Monte Sacro, juró, como Aníbal en la antigüedad, consagrar su existencia a la libertad de su patria. Era nervioso, impetuoso y sensual, rasgos característicos del criollo americano; activo y tenaz en sus empresas, como buen heredero de los porfiados vascos, generoso hasta la prodigalidad, valiente hasta la temeridad. Tenía la actitud y el empaque de los caudillos: la frente alta, el cuello erguido, la mirada luminosa que impresionaba tanto a amigos y ene-

migos, el paso firme y el ademán elegante. Una individualidad forjada para la acción, sin titubeos ni tardanzas, figura y genio de *imperator*. En Caracas, cumplió lo jurado en Roma. De 1813 hasta 1830, en su afán libertador luchó incansablemente contra los españoles y contra sus propios generales. Dos terribles jefes españoles, Boves y Morillo desataron en Venezuela la guerra a muerte. Bolívar los enfrentó, con la ayuda de Briceño Méndez, Mariño y Páez, tenientes ora rebeldes, ora dóciles a su acción guerrera. Desde las Antillas, preparó varias expediciones. Fue nombrado jefe supremo, presidente interino, jefe militar: sus generales recelan de él, envidian su prestigio, conspiran contra su autocracia pero él, Bolívar, continuó guerreando en medio de la anarquía colombiana.

Derrotó a los españoles en Carabobo (1821) y victorioso, entró a Caracas. Una vez Colombia libertada, se dirigió hacia Quito. Uno de sus capitanes, Sucre, heroico y noble como los héroes de tiempos clásicos, había ganado nuevas batallas en Bomboná y Pichincha (1823). El Perú llamó al Libertador, a "Bolívar, el héroe de América".

El caudillo colombiano no ignoraba los peligros que entrañaba la empresa: las tropas españolas eran avezadas; habían vencido y tenían recursos en la sierra; los aliados colombianos y peruanos eran inferiores en experiencia y en cohesión. "El asunto de la guerra del Perú exige un inmenso esfuerzo y recursos inagotables" le escribía a Sucre. Llevado por su genio, aceptó el ofrecimiento de los peruanos, no se olvidaba que "perder el Perú era perder todo el sur de Colombia". El Congreso de Lima le confirió "la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República". Dos grandes batallas, Junín y Ayacucho (1824) aseguraron la independencia de América. En Junín, Bolívar dirigió una carga de caballería que decidió la victoria, seguida de una lucha brazo a brazo, estruendoso cruzar de sables, sin un solo disparo. Sucre fue el héroe de Ayacucho. Ideó el admirable plan de combate. Los patriotas eran seis mil, los españoles nueve mil. La artillería española era superior a la de los aliados. Los enemigos abrieron fuego, bajando las faldas de los cerros; ambas líneas de combatientes se aproximaban. La noche marcó una tregua mientras los oficiales de ambos ejércitos conversaban antes del próximo combate. En la mañana del 9 de diciembre, una carga de caballería del general Córdoba diseminó a los batallones españoles: es cuando intervino la reserva de los realistas. El ala izquierda de los aliados flaqueó pero la reforzaron, culminándose la acción en un triunfo total. El ejército español capituló y sus generales se rindieron, sus antiguos amos abandonaron el Perú. Bolívar exaltó el heroísmo de Sucre "padre de Ayacucho y redentor de los hijos del sol" mientras Lima enaltece al Libertador, declarándolo padre y salvador del Perú a cuya presidencia lo elevaron. Después de estas victorias, de la toma de Potosí por los ejércitos de Sucre y la rendición del fuerte del Callao, último baluarte español, la magnífica carrera de Bolívar terminó. Sus últimos años fueron melancólicos, como un lento atardecer tropical. Páez y Santander se sublevaron contra su autoridad, sucesivamente se le confió la primera magistra-

tura y se le despoja de ella, le ofrecieron coronarlo rey al par que conspiraban contra su autocracia. El Libertador, abandonado y trágico en Santa Marta, murió a los 47 años en la desértica costa colombiana, como Napoleón en la isla inglesa, el 17 de diciembre de 1830.

Estadista y general, Bolívar era aún más grande en los congresos que en los campos de batalla. Si Sucre, San Martín y Simón se destacaron como tácticos, como político, este último aventajaba a todos los caudillos. Fue el pensador de la revolución: redactó estatutos, analizó el estado social de las democracias que liberaba, anunció el porvenir con la precisión de un clarividente. Era enemigo de los ideólogos como el Primer Cónsul, y si fue idealista, romántico, con un espíritu de síntesis tanto en el ámbito del pensamiento como en lo político, no por ello dejaba de ver cuán difíciles eran las condiciones de su empresa. Su imaginación latina parece como atemperada con un realismo a lo sajón. Quería, como discípulo de Rousseau, que "la voluntad del pueblo sea el único poder existente en la tierra"; pero frente a la democracia anarquista, buscó afanosamente un poder moral. En 1823, pensaba ya que la soberanía del pueblo no era ilimitada: la justicia era base de ella y la utilidad perfecta la limita. Era republicano: "desde que Napoleón (al que admiraba tanto) se hizo rey, su gloria me parece un reflejo del infierno"; no quería ser ni Napoleón ni Iturbide, pese al servil entusiasmo de sus amigos. Desdeñó las pompas imperiales para no ser más que un soldado de la independencia. Analizó profundamente los defectos de una futura monarquía en las antiguas colonias españolas. En la conferencia de Guayaquil (1822) San Martín representaba la tendencia monárquica y Bolívar, el principio republicano. Su oposición fue irreductible, según Mitre, el historiador argentino, porque uno quería la hegemonía argentina y el otro, la colombiana: la primera respetaba la individualidad de cada pueblo y aceptaba sólo excepcionalmente las intervenciones mientras que la segunda pretendía unir los diversos pueblos "de acuerdo con un plan absorbente y monocrático". * Este antagonismo exigía un punto de concordancia por encima de todo, una síntesis, pues la doctrina colombiana llevó como reacción a la formación prematura de democracias inestables y la teoría argentina favoreció la indiferencia, el egoísmo y el aislamiento entre naciones unidas por la raza, la tradición y la historia.

El genio, el orgullo aristocrático y la ambición de Bolívar lo hacían propenso a la autocracia. Ejerció la dictadura y creyó en las bondades de la presidencia vitalicia. "En las repúblicas —afirmaba él— el poder ejecutivo debe ser el más fuerte, pues todo conspira en su contra; mientras que en las monarquías, el más fuerte debe ser el poder legislativo, ya que todo conspira en favor del monarca. De allí la necesidad de otorgar a un magistrado más autoridad que la que disfruta un príncipe constitucional". No menospreciaba los peligros de una autocracia, pero la anarquía lo preocupaba, "la hiedra feroz de la discordante anarquía" que crece como la mala hierba y

* Mitre: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, 1903, tomo I, p. 3.

ahoga su obra soberbia. Contemplaba aterrado las contradicciones de la vida americana: el desorden lleva a la dictadura y éste es el enemigo de la democracia. "La permanencia de un mismo individuo en el poder —escribe el Libertador— señaló a menudo el ocaso de los gobiernos democráticos". Pero por otro lado "la libertad ilimitada, la democracia absoluta son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas". Libertad sin libertinaje y autoridad sin tiranía, he aquí los ideales de Bolívar. En vano luchó por ellos en medio de generales ambiciosos y pueblos insubordinados: comprendió antes de su muerte el quijotismo de su esfuerzo. "Los que han servido a la Revolución han arado en el mar... Si fuera posible que una parte del mundo volviese al caos primitivo, este sería el último período de América". Denunció la miseria moral de las nuevas repúblicas, con el rigor de los profetas hebreos. "En América, ni los hombres ni las naciones son dignos de crédito; sus tratados son papelería, sus constituciones, libros; las elecciones, peleas; la libertad, anarquía y la vida, un tormento".

Este pesimismo que fue el credo de su madurez había nacido del implacable análisis de los defectos americanos. Bolívar había comprendido la originalidad y los vicios del nuevo continente. "Somos —decía— un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte rodeado de dilatados mares; noveles en casi todas las artes y todas las ciencias, aunque en cierto modo, antiguos en los usos de la sociedad civil. El estado actual de América recuerda la caída del imperio romano, cuando cada desmembración formó un sistema político distinto, conforme a sus intereses, su situación y sus corporaciones". "No veremos, ni tampoco la generación que nos sigue el triunfo de la América que hemos fundado: considero a América como una crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; habrá al fin una nueva casta de todas las razas, la que culminará en la homogeneidad del pueblo". Mientras los doctores forjan utopías, imitan en sus estatutos improvisados la Constitución de los Estados Unidos y legislaban por una democracia ideal, Bolívar estudiaba las condiciones sociales de América. "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento, y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado". "Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones, y por su carácter". El Libertador proponía formas políticas adecuadas a un continente original por su territorio, su raza y su historia. Defendía la autoridad tutelar: "Los estados americanos necesitan de los cuidados de gobiernos paternalistas que restañen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra". Detestaba el federalismo y la división del poder. "Dejemos las formas federales:

no nos convienen. Semejante forma social es una anarquía regularizada o más bien la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y de arruinar al Estado y todos sus miembros... Abandonemos el triunvirato del poder ejecutivo, concentrándolo en un presidente, confiriéndole la autoridad suficiente para lograr mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación". Dio enaltecedoras lecciones de sabiduría política: "Para formar un gobierno estable, se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales, moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla; nuestra Constitución ha dividido los poderes, enlacémoslos para unirlos... Debemos fomentar la inmigración de europeos y de americanos del norte para que se establezcan aquí y nos traigan sus ciencias y sus artes. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y el matrimonio con europeos y anglo-americanos cambiarían totalmente el carácter del país y lo haría ilustrado y próspero... Nos hacen falta mecánicos y agricultores, y son ellos los que el país necesita para avanzar y progresar". En los escritos de Bolívar se encuentra lo mejor de los programas de reformas políticas y sociales para América, el primer tratado de sociología para estas románticas democracias. Carabobo y Junín fueron sus grandes triunfos militares pero la carta de Jamaica (1815), el proyecto constitucional de Angostura (1819), el estatuto de Bolivia (1825) y el Congreso de Panamá (1826) son sus admirables creaciones políticas. En la asamblea fallida de Panamá, su propósito era reunir las naciones americanas en una asamblea permanente, oponer al poder sajón una fuerza latina, factor necesario para el equilibrio continental y trabajar en favor de la unidad y de la síntesis. La carta de Jamaica fue una profecía que la realidad obsecuente cumplió el siglo pasado. "Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mexicanos —decía el Libertador— imagino que al principio intentarán establecer una república representativa en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo, en un individuo que si desempeña sus funciones con acierto y justicia casi naturalmente vendrá a conservar su autoridad vitalicia" y "si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía que al principio será limitada y constitucional y después inevitablemente declinará en absoluta". En la presidencia de Porfirio Díaz, el imperio de Iturbide y de Maximiliano, apoyados por el partido monarquista y hasta la dictadura de Juárez, los poderes que las constituciones mexicanas confirieron a los jefes de estado, confirman las predicciones de Bolívar. "Los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación". Esta existió hasta 1842 y hasta hoy las repúblicas centroamericanas retornan paulatinamente a ella. Panamá era para el Libertador el emporio del universo: "sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos convencionales de Europa, América y Asia y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del mundo. ¡Acaso sólo allí podrá

fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!". "La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahíahonda". Bolívar mantuvo unidos Venezuela y Nueva Granada hasta 1830; luego nuevos jefes como el general Mosquera quisieron restablecer la federación que hasta hoy día es el propósito de los políticos de Ecuador, Venezuela y Colombia. "En Buenos Aires habrá un gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas". Vaticinó pues la historia argentina de luchas caudillescas y la anarquía de 1820 hasta la subida la poder de Rosas. "Esta constitución degenerará necesariamente en una *oligarquía* o una *monocracia*". Efectivamente, un grupo plutocrático dominó Buenos Aires y por encima de los jefes se alzó la monocracia de Rosas. "El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América me inclino a pensar que será la chilena... no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas". La larga estabilidad de la nación araucana, la homogeneidad de su población, la eficaz duración de su carta política, el carácter conservador de sus instituciones, el desarrollo lento y firme de Chile hasta la guerra del Pacífico y la revolución de 1891, realizaron plenamente las profecías de Bolívar. "El Perú encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: *oro* y *esclavos*. El primero le corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas... Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima... allí no tolerarán los ricos la democracia ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirían la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico". La evolución del Perú demuestra cuán hondo caló al afirmar esto. La oligarquía acepta los dictadores militares que defienden la propiedad y traen la paz. Desde 1815, mientras América era todavía un dominio español, Bolívar, atento al conflicto de las fuerzas sociales anunció no solamente las luchas inmediatas sino también el desarrollo secular de diez naciones. Fue un gran profeta. Hoy mismo, después de un siglo, el continente obedece a sus predicciones como a un extraño sino.

En Angostura, el Libertador propuso a la meditación de los colombianos un proyecto de constitución cuyas bases eran el gobierno republicano, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la abolición de la esclavitud y de los privilegios. En este notable ensayo se con-

cilian las teorías de Montesquieu, Rousseau y Bentham, el realismo inglés y el entusiasmo democrático francés. Dos cámaras conformarían el poder legislativo, la primera, elegida por el pueblo y el Senado, hereditario de acuerdo con la tradición sajona y formada por los Libertadores que fundaran la nobleza americana. El presidente es una suerte de rey constitucional; sus ministros responsables, gobernarán. El poder judicial adquiría estabilidad e independencia. Una nueva autoridad, el poder moral, completaba este cuadro político. Este poder era en la república del Libertador una imitación del areópago ateniense y de los Censores romanos; se encargaría de la educación y de asegurar el respeto de la moral y de las leyes, "Castiga los vicios por el oprobio y la infamia y recompensa las virtudes públicas con los honores y las glorias". Bolívar se manifestaba por un despotismo intelectual y moral: este tribunal impondría la moralidad. Más tarde el Libertador prohibió los libros de Bentham en las universidades de Colombia, y aceptó el catolicismo como instrumento de Gobierno. El artículo 2 del proyecto de Angostura dice que la "ingratitud, el desapego hacia los padres, los esposos, los ancianos, los magistrados, los ciudadanos notables y virtuosos; el quebrantamiento de la palabra empeñada en lo que fuere; la insensibilidad frente a las desgracias públicas o que afectaran a los amigos y a los familiares son muy en especial recomendados a los cuidados de este poder moral". Era la tiranía paternalista ejerciéndose sobre sentimientos, conducta y pasiones.

Bolívar creó una república: el Alto Perú llamado Bolivia en recuerdo de su fundador. Le dio la constitución que quiso aplicar en el Perú y Colombia, pero en vano. Desarrolla allí las ideas expuestas en el ensayo de Angostura y define lo que para él era la república ideal: en suma, es una monarquía en la que el poder es hereditario. El presidente debe ser vitalicio, sin tener por eso acción, "porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas". Contra la anarquía, un magistrado vitalicio; contra la tiranía, poderes independientes: el judicial, elegido por el Congreso entre ciudadanos designados por colegios electorales; el legislativo que comprende tres cámaras: de Tribunos, de Senadores y de Censores. Los primeros ejercerían sus funciones durante cuatro años; los segundos, durante ocho y los últimos, permanentes, "ejercen una potestad política y moral: constituyen el poder moral". Con este sistema, el Libertador evitaba la anarquía política, la disolvente ambición de los caudillos, constituía dos fuerzas estables en inexpertas democracias, los censores y el presidente vitalicio y adaptaba a la república la unidad y la permanencia, característica de la monarquía constitucional. Los generales comprendieron pronto que esta Constitución era una amenaza para ellos y se alzaron contra ella en Bolivia, Perú y Colombia.

Los fundadores de la Independencia fueron rodeados de brillantes jefes como O'Higgins, los Carrera, Güemes, La Mar, Santander, Santa-Cruz, admirable como héroe y estadista, pero por encima de todos ellos, se levanta

señera la imagen de Bolívar, el Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

Fue el genio de la Revolución americana. Se sentía dominado por el "demonio de la guerra". Como todas las almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior. En sus actos y en sus discursos, en su dignidad, en su fe, hay una insigne grandeza. Trabajó para la eternidad acumulando sueños y utopías y dominando la tierra hostil y los hombres revoltosos: Fue el superhombre de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson. Perteneció a la familia ideal de Napoleón y César, sublime creador de naciones, más grande que San Martín y Washington.

II. Como mensajeras portadoras de ideal, las doctrinas de la Revolución habían llegado de Francia. En la *Enciclopedia* se halla la fuente intelectual de las inquietudes sudamericanas. Los patricios de las arcaicas ciudades coloniales se congracian con Voltaire. Adoptaron las ideas esenciales de Rousseau, el contrato social, la soberanía del pueblo, el optimismo que concede supremos derechos al espíritu humano cuando no está alienado por la cultura. Bolívar había leído el *Contrato Social* en un ejemplar que había pertenecido a la biblioteca de Napoleón: en su testamento, dejó el libro a un íntimo amigo. Las grandes y sonoras promesas: democracia, soberanía, derechos humanos, igualdad, liberalismo, se agitaban como fragmentos de un evangelio esperado, en las tribunas patrióticas. Las logias masónicas trabajaban silenciosamente contra el poder español y portugués: defendían el pensamiento humanitario francés. En la logia de Lautaro, San Martín y Alvear recibieron la iniciación revolucionaria. En México, la logia de York se transformó en un club jacobino. En 1794, Antonio Nariño, precursor de la independencia colombiana, tradujo los Derechos del Hombre. El venezolano Miranda combatió en los ejércitos revolucionarios de Francia; el peruano Pablo de Olavide, amigo de Voltaire, tomó parte en los debates de la Convención. Rayal, Mably y Condorcet tuvieron discípulos americanos. Montesquieu era leído en las universidades como antídoto al absolutismo de los virreyes; se seguía a Beccaria, Filangeri y Adam Smith. No solamente dominaban las ideas francesas, sino que la Revolución, el Terror, la pasión jacobina, la elocuencia de los Girondinos, la dictadura del Primer Cónsul y el Imperio... ejercían un irresistible señuelo sobre las nacientes democracias. Iturbide, emperador mejicano imitaba a Napoleón. En Buenos Aires hubo un Directorio como en París; en el Paraguay, cónsules, y Rivadavia era un girondino perdido en medio de los "gauchos". Se agregó a las teorías francesas el ejemplo de América del norte: Washington y el federalismo sirvieron de modelos para los estadistas iberoamericanos. Belgrano encumbraba al primer presidente de los Estados Unidos, héroe "digno de la

admiración de nuestra época y de las generaciones venideras, ejemplo de moderación y de verdadero patriotismo". Tradujo la *Farewell address,* su lectura predilecta. Bolívar quería ser el Washington del sur. Uno de los precursores de la independencia de Brasil, José Joaquin de Maia, conoció en París a Jefferson y le reveló que "los brasileros consideraban la revolución de América del Norte como la expresión de sus anhelos y contaban con la ayuda de los Estados Unidos". Las primeras Constituciones sudamericanas tradujeron esta doble influencia: adoptaron el federalismo, imitaron la organización política de los Estados Unidos y se inspiraron de las ideas francesas. Destruyeron los fueros de la nobleza y restablecieron la igualdad de las castas. Es lo que se produjo con la primera constitución venezolana, a pesar de los esfuerzos de Miranda y Bolívar, adversarios de la federación. La constitución chilena de 1822, la peruana de 1823 confirieron al senado una función conservadora, como en la república norteamericana; los primeros estatutos chilenos establecieron la federación. En México, en América Central, el principio federal dominó en las constituciones de 1824 y 1826. La constitución argentina de 1819 copiaba "para las provincias unidas del Sur de América la declaración de la Independencia de los Estados Unidos".

Se sumaron a las doctrinas francesas y al ejemplo norteamericano, las influencias sajonas. Miranda y Bolívar admiraban la constitución política inglesa y se inspiraron de ella. Bolívar recomendó en 1818, el estudio de esta Constitución: "Encontrarán en ella la división de los poderes, único medio de crear espíritus francos e independientes; la libertad de Imprenta, incomparable antídoto para los abusos políticos". Su entusiasmo por Voltaire y Rousseau se atemperó con el estudio de los métodos sajones. Defendió en el proyecto de Angostura el Senado vitalicio, reproducción de la Cámara de los Lores. El poder ejecutivo británico, el soberano rodeado de ministros responsables, le parecía "el modelo más perfecto, sea para un reino, una aristocracia o una democracia". La constitución de Cúcuta de 1821 en la cual dominaron las ideas políticas del Libertador, mereció los elogios del marqués de Lansdowne. "Tiene como base —decía el ministro inglés— los dos principios más justos y sólidos": la propiedad y la educación. Miranda le propuso a Pitt un ensayo constitucional que se inspiró de las ideas sajonas, con Cámara de los comunes, cámara alta compuesta de "caciques" del Inca hereditario y de los censores: en este curioso proyecto se unían las tradiciones americanas y las formas políticas prestadas de Inglaterra. España contribuyó también al desarrollo de las ideas revolucionarias. Unificó bajo su aplastante autoridad las poblaciones de América; había reunido en un solo haz todas las castas desheredadas que luchaban por la independencia. "El rigor despótico de la autoridad, escribió Bauza, hermana a todos estos elementos heterogéneos y formó una raza". * La invasión napoleónica provocó en la Península una reacción: las juntas, representa-

* Bauza, *Historia de la dominación española en el Uruguay,* tomo II, p. 647.

ciones provisionales de la nacionalidad se sustituyeron al rey prisionero. La junta principal proclamó en 1818 que "las provincias americanas no son colonias, sino partes integrantes de la monarquía, cuyos derechos eran iguales a los de las demás provincias españolas".

En 1810, la Regencia anunció a las colonias americanas: "su suerte no depende ni de los ministros ni de los virreyes ni de los gobernadores: está en vuestras manos". La constitución de las Cortes de Cádiz en 1812 a las que asistieron los diputados de las colonias, declaró que "La unión española no puede ser el patrimonio de una persona, ni de una familia; la soberanía se asienta en la nación y, las cortes y el rey conjuntamente tienen derecho de legislar". La independencia, la soberanía nacional, la idea de patria, las funciones de las asambleas llegaron a América en estos documentos de la metrópoli. Por otra parte, las luchas contra los corsarios, contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y holandesas en el Brasil, la influencia del territorio crearon en América el sentimiento nacional. Ideas francesas, sajonas y españolas fecundaron esta vaga aspiración. Y antes de imponerse en las universidades y en las asambleas, mostraron a la oligarquía criolla, en los periódicos y en las reuniones del cabildo, su ambición de independencia.

Desde 1818 hasta 1825, todo conspiró en favor de la libertad americana: las revoluciones europeas, los ministros ingleses, la independencia de los Estados Unidos, el exceso del absolutismo español, las doctrinas constitucionales de Cádiz por una parte y por otra la fe romántica de los libertadores, la ambición política de las oligarquías, las ideas de Rousseau y de los enciclopedistas, la decadencia de España, el odio de todas las castas americanas por los virreyes e inquisidores. Tantas fuerzas reunidas engendraron un mundo dividido y lamentable. La génesis de estas repúblicas fue bravía y heroica como un cantar de gesta. La historia degeneró luego hasta transformarse en una farsa de intereses mezquinos, en orgía revolucionaria: tal es la evolución sudamericana durante el pasado siglo.

CAPITULO IV

La anarquía militar y el período industrial. Anarquía y dictadura - las guerras civiles: su significado - caracteres del período industrial.

Spencer observaba en el desarrollo humano la invariable sucesión de dos períodos: el militar y el industrial. Bagehot oponía a una época primitiva de autoridad una edad posterior de controversia. Summer-Maine des-

cubría una ley histórica: el paso del *status* al contrato, del régimen impuesto por los gobiernos despóticos a la flexible organización aceptada por voluntades libres. Se expresa así en tres fórmulas diversas un mismo principio de evolución. En los comienzos, la autoridad guerrera y la teocrática fijan el ritual, las costumbres, el dogma y las leyes. La conciencia común es fuerte; la individualidad acepta sin discusión, sin escepticismo, las reglas esenciales de la vida social. Luego la historia es la lucha entre la autoridad y la libertad, progresiva afirmación de voluntades autónomas, individualismo disolvente y sedicioso.

En América, el desarrollo político presenta las mismas etapas fundamentales. Invariablemente se suceden los dos períodos militar y civil o industrial. Realizada la Independencia, empieza a imperar en todas las repúblicas el militarismo. Después de un período más o menos largo, la casta militar fue derribada, se la abandona sin violencia al predominar los intereses económicos. Es cuando reina el "civilismo". El régimen militar no es aquí teocrático, como en algunas monarquías europeas: el Presidente no desempeña las funciones religiosas y el imperio. El período civil tampoco conlleva una reacción obligada contra la Iglesia, el anticlericalismo o el radicalismo. La Revolución se reduce a un cambio de oligarquías: el grupo militar le cede el campo a la plutocracia.

Al igual que los generales de Alejandro, muerto él, se disputaban las provincias de Europa, Asia y Africa, despojos del festín imperial, y fundaron dinastías en plena decadencia oriental, los generales de Bolívar ejercieron su dominio durante medio siglo sobre la vida americana. Flores en Ecuador, Páez en Venezuela, Santa Cruz en Bolivia, Santander en Colombia gobernaron en calidad de legatarios del Libertador. Mientras se extendía sobre los destinos de América la sombra del magnífico guerrero, los caudillos triunfaban, ratificados por Bolívar. El principio monárquico se imponía así a los hombres inconscientes: el Libertador dejó una dinastía americana.

Las guerras de pueblos se transformaron en luchas civiles, pleitos entre generales en pos de su hegemonía. Unidas en la independencia y en la vida colonial, las flamantes naciones se separaron bajo la influencia de estos guerreros: así Ecuador, Perú y Bolivia, en nombre de Santa Cruz, Gamarra, de Castilla o de Flores. La conciencia nacional se fue formando toscamente en los campos de batalla. Los generales impusieron límites arbitrarios a los pueblos; en la historia americana fueron creadores, impresionaron a las multitudes con su boato, con desfiles militares tan brillantes como las procesiones abigarradas del culto católico, con magníficas escoltas, con decoraciones y pompa; se llamaron Regenadores, Restauradores o Protectores.

Esta primera época fue turbia pero llena de colorido, de energía y de violencia. El individuo volvió a adquirir como en las edades heroicas, como en los tiempos del Renacimiento toscano, el Terror francés y la Revolución inglesa, un prestigio extraordinario. La mano dura y ensangrentada de los caudillos impuso a las masas amorfas, formas duraderas. Capitanes ignoran-

tes dominaron en Sudamérica y por ende la evolución de estas repúblicas fue incierta. No hubo pues historia propiamente dicha por falta de continuidad: un *ricorso* perpetuo trae y lleva con sucesivas revoluciones a los mismos hombres con las mismas promesas y los mismos métodos. La farsa política se repite periódicamente: una revolución, un dictador, un programa de restauración nacional. Anarquía, militarismo fueron las formas universales del desarrollo político. Al igual que en las revoluciones europeas, la dictadura siguió a la anarquía y provocó inmediatas contrarrevoluciones. Del desorden espontáneo se pasaba a la formidable tutela. El ejemplo francés se repitió en otro escenario: la anarquía de la Convención fue la antesala de la autocracia de Bonaparte. Los dictadores como los reyes de la edad feudal derribaban a los caciques y a los generales de provincia: lo hicieron Porfirio Díaz, García Moreno, Guzmán Blanco... Y las revoluciones se sucedían a las revoluciones hasta la llegada del tirano aguardado que dominó veinte o treinta años la vida nacional.

El progreso material es obra de la autocracia: testigo de ello las dictaduras de Rosas, Guzmán Blanco, Portales, Porfirio Díaz. Los grandes caudillos abandonaban toda abstracción: su mente realista los llevaba a estimular el comercio, la industria, la inmigración y la agricultura. Al imponer una paz duradera, favorecían el desarrollo de las fuerzas económicas.

En el orden político y en el económico, los dictadores profesaron el americanismo. Representaban la nueva raza mestiza, el territorio y la tradición; eran hostiles a la tutela de la Iglesia, del capital europeo y de la diplomacia extranjera. Su función esencial, como la de los reyes modernos después del feudalismo, fue la de nivelar a los hombres y unir las diversas castas. Los tiranos fundaron las democracias: contra las oligarquías tenían generalmente el apoyo del pueblo, de los mestizos y de los negros, dominaban a la nobleza colonial, favorecieron la mezcla de razas y libertaron a los esclavos.

La anarquía era espontánea como la que Taine descubrió en la Revolución jacobina. Hubo un movimiento hostil a la organización y a la civilización; así Artigas luchó a la vez contra el rey de España, la Revolución argentina y los portugueses. No quería dependencia: fue patriota hasta el desmembramiento, hasta la muerte. Güemes luchó contra españoles y argentinos. Los caudillos parecían jefes de tribus bárbaras: defendían la autonomía local, la división y el caos. Sarmiento comparaba a López Ibarra y a Quiroga, violentos jefes de la sierra y de la pampa argentinas, a Gengis Khan o a Tamerlán. "El individualismo era su esencia, el caballo su exclusiva arma y la pampa su teatro". Las "montoneras" eran hordas tártaras, cobrizas, devastadoras. Sus jefes representaban el genio del continente; tenían la fatalidad y la aspereza de las fuerzas naturales. Como el Egdrasil, árbol fantástico de la mitología escandinava, hundían sus raíces en la profundidad de la tierra, en el oscuro reino de la muerte. Las ideas generales de este período fueron simples. Porque se creía en la eficacia de las constituciones políticas, las multiplicaron; se aspiraba a la perfección ideológica. Creían en la

omnipotencia de los congresos, y recelaban del Gobierno. Las constituciones separaban los poderes y debilitaban el Ejecutivo, haciéndolo efímero; socavaban la autoridad creando triunviratos, consulados y juntas de gobierno. Notable era el liberalismo de las cartas. Establecían generalmente tres poderes de acuerdo con la regla tradicional de Montesquieu para asegurar el equilibrio político; reconocían todas las libertades teóricas, de prensa, de reunión, el derecho a la propiedad, la libertad industrial y comercial. Aceptaban los fallos emitidos por los jurados, la petición popular, el sufragio universal, en suma, todo el ideal republicano. Ratificaban una religión de estado: el Catolicismo, preparando así las revoluciones religiosas, las intransigencias —rojo y negro— de la historia americana. La elección era directa en algunas repúblicas, en otras, era de segundo grado, mediante colegios electorales que designaban al presidente y a los miembros del legislativo. Del Norte al Sur, las instituciones eran democráticas: acordaban generosamente los derechos políticos. El poder judicial era independiente, a veces elegido por el pueblo, generalmente, por los congresos. Los jueces dependían a menudo del Ejecutivo. La justicia y la ley permanecieron ineficaces. El Presidente no podía ser reelecto.

Estas constituciones imitaban las de Francia y de los Estados Unidos, las tendencias democráticas de las primeras y el federalismo de los segundos: fueron cartas híbridas y generosas. El régimen presidencial existía en realidad como en los Estados Unidos; los parlamentos tenían importancia por el texto constitucional, pero eran impotentes en la vida política frente a la presión de los jefes militares. La teoría del pacto social, la ideología de los revolucionarios se impusieron por sobre los discursos.

El sentido de las guerras civiles fue diverso. Lucharon por un caudillo: en Ecuador, por ideas en Colombia, en pro o en contra de la oligarquía en Chile. Todas las fuerzas de estas naciones entraron en conflicto. La revolución ha sido su herencia común. Las razas que poblaron América, tanto indios como españoles, eran guerreras y su espíritu explica el desorden republicano. Castas y tradiciones son enemigas; la inestabilidad psicológica, carácter de estos pueblos primitivos luchaba contra la disciplina y la autoridad.

Dos clases sociales, la militar y la intelectual o universitaria se enfrentan desde el origen de la república, unas veces disputándose el poder, otras, los intelectuales colaboraban con los generales. Los doctores, con argumentos peregrinos, lo mismo justificaban la dictadura como la Revolución. Un diputado venezolano, Coto-Paul, hizo en 1811 un lírico elogio de la anarquía.

Los generales recelaban de los abogados que representaban la tradición intelectual de la colonia: Páez odiaba a los jurisconsultos tanto como Napoleón a los ideólogos. Y los doctores, sojuzgados por el poder militar se transformaron en los secretarios obsecuentes de los generales y los caudillos; redactaron leyes y constituciones y expresaron en fórmulas relumbrantes la bronca voluntad de los jefes. A la violencia de éstos, oponían la

sutileza; a la ignorancia de los déspotas, el saber escolástico que adquirieron en las universidades españolas. Se sumó a la lucha de clases la guerra de razas: los mestizos combatían la oligarquía nacional; la nueva clase americana era hostil a la aristocracia de las capitales. Los indios vivían en las ciudades del interior que no habían salido del aislamiento colonial; la metrópoli, Buenos Aires, Lima, Caracas, seguía siendo española y por ende, extraña. A la Costa donde las sensaciones son más rápidas y la voluntad más variable, llegaron las ideas reformadoras, los exotismos en las modas y en las ideas; la sierra *, más americana que el litoral, amodorrada y triste, permaneció ajena a la brillante inquietud de las capitales. Se fue formando así un triple movimiento: las castas inferiores contra la aristocracia colonial; las provincias contra la metrópoli absorbente; la sierra mestiza contra la costa cosmopolita. Las provincias querían la autonomía, la capital aspiraba al monopolio y a la unidad. La metrópoli era liberal, la sierra, conservadora. La lucha política cambiaba de nombres, pero este antagonismo era universal. A cubierto de generalidades, los jefes ocultaban sus profundas ambiciones, defendían la unidad o el federalismo, el régimen militar o el civil, el catolicismo o el radicalismo. En Argentina, las provincias combatían la capital; en Venezuela, la clase media mestiza, las oligarquías; en Chile, los liberales luchaban contra los pelucones, propietarios del suelo; en México, los federales contra los monarquistas; en Ecuador, los radicales se oponían a los conservadores; en el Perú, los civilistas contra los caudillos militares. Se percibe en la diversidad de estos enfrentamientos un principio esencial: la pugna de dos clases, sea latifundista y plebe miserable, sea españoles y mestizos u oligarcas y generales, de una bárbara democracia.

En cada república, el territorio y las tradiciones dieron diversos matices a esta lucha uniforme. En Argentina, bajo los virreyes y los intendentes, las provincias gozaban de cierta autonomía: el federalismo tenía ya antecedentes lejanos. Consecuentemente, la unidad parecía una imposición de Buenos Aires detentora del erario y la aduana, y que monopolizaba la renta y los créditos nacionales. Chile, esa lengua de tierra dilatada y angosta cuya cordillera es una frontera de granito, por su conformación había de ser una república unitaria. Allí las riñas entre centralización y federación terminaron muy pronto. La unidad era posible en el Perú, brillante virreinato, por haber sido el centro de un recio poder secular. Sin embargo, algunos aspectos de estas violentas luchas seguían confusos. En Ecuador, en el Perú, Venezuela y México, la costa y la sierra son antagónicas. Lima y Caracas son capitales cercanas al mar; México y Quito, están tierras adentro. Sin embargo, en el Perú luchaban militares y civiles; en Ecuador, conservadores y liberales; en Venezuela y en México, federales y centralistas. ¿Por qué las luchas religiosas, tan cruentas y largas en Colombia, no se dieron en Bolivia o en Argentina? Para explicar esta

* Es la región fría de las punas separada de la costa por cordilleras.

diversidad, sería menester estudiar la psicología de los diferentes pueblos conquistadores —castellanos, vascos, andaluces, lusitanos— y de las razas conquistadas —quechuas, araucanos, chibchas, aztecas, como también la proporción en la cual se mezclaron y la influencia de lterritorio vario, trópicos y zonas templadas, costa y sierra— sobre los diferentes mestizajes.

En algunas democracias estas luchas fueron muy confusas porque los oligarcas no siempre fueron conservadores ni los mestizos siempre liberales. Hubo autocracias reaccionarias, como la de Portales en Chile y otras liberales, como la de Guzmán Blanco en Venezuela. En general los federales eran demócratas y liberales, pero algunos fueron conservadores y autoritarios. Los demócratas en el Perú eran reaccionarios en cuanto a religión, los de Chile, eran radicales. El régimen civil fue conservador en Bolivia con Baptista y en Ecuador, con García Moreno; fue liberal en México con Juárez, en Chile con Santa María y Balmaceda. El militarismo fue radical con el general López en Colombia, conservador con el general Castilla en el Perú. Cuando la lógica dominó en las evoluciones políticas, federalismo, liberalismo y democracia formaron las revoluciones; al enfrentar las castas y elevar a los mestizos prepararon una nueva época. Pero la sociedad democrática se formaba con dificultad, opuesta a las antiguas clases y la esclavitud subsistió, algo suavizada por las constituciones liberales. La clase militar, accesible a todos, reemplazó a la antigua nobleza. Las razas se fueron mezclando desde 1850 cuando leyes generosas libertaron a los negros y nuevos intereses económicos complicaron estas sociedades democráticas. Revoluciones, dictaduras y anarquías han sido los aspectos necesarios de la disolución de la fenecida era.

A la época de los generales sucedió el período industrial durante el cual aumentó la riqueza, se complicaron las industrias, se dividió el trabajo y se extendió la asociación en el comercio y en la producción agrícola. La cooperación, la organización y la solidaridad ausentes en la época de anarquía fueron algunos aspectos del intenso desarrollo económico. Los intereses creados buscaban la paz y el orden interior que favorecen su desarrollo.

La política desdeñó las riñas ideológicas y las libertades constitucionales adquirieron precisión y eficacia. Se formaron plutocracias que aspiraban a gobernar pese a las revoluciones internas y las guerras extranjeras: la inmigración que transforma las clases sociales, facilitó su advenimiento. El progreso nacional se realizó a pesar de los gobiernos, era una obra colectiva y anónima, porque una multitud laboriosa reemplazó a las individualidades enérgicas de la época militar. Capitanes de industrias, comerciantes y banqueros sustituyeron al caudillo en el escenario político. El valor era antes el sumo título, ahora se juzga a los individuos y a los pueblos de acuerdo con su riqueza. La tabla de los valores humanos ha cambiado: la instrucción, la previsión, y el sentido práctico son los factores determinantes de éxito en las democracias industriales. En la ascención social de las generaciones que la industria y el comercio lanzaron a la

conquista de la vieja sociedad aristocrática, los prejuicios religiosos y de clase se han atenuado y después de un siglo de luchas, las modernas naciones surgieron.

En las repúblicas del sur de América: Argentina, Uruguay, Chile y hasta el Brasil tropical, el industrialismo dominó. En Bolivia y en el Perú, los últimos jefes no habían muerto aún, los partidos siguieron siendo personalistas, pero su influencia ya no era tan decisiva como hace treinta años. Más al norte, de Méjico hasta Ecuador, la anarquía y el caudillismo se mantuvieron: la inquietud política no ha sido dominada por el principio de autoridad. La larga dictadura del general Castro y algunos presidentes centroamericanos ha demostrado que, sólo esta forma de gobierno puede mantener la paz en estos países.

No es posible fijar el momento histórico cuando estas repúblicas han pasado del régimen militar al régimen industrial. Largo fue el ocaso de los caudillos. Hasta en Argentina donde la vida económica es magnífica y diversa, su influencia persistió. En el Perú, Bolivia, Brasil existe un militarismo latente que puede destruir rápidamente la obra de los presidentes civiles. En ambos países y en Uruguay los gobernantes se han sucedido sin violencia revolucionaria desde hace diez años, pero ¿se puede acaso afirmar que la anarquía de medio siglo ha desaparecido por completo?

El orden político se asentó lentamente y la relación es evidente entre el desarrollo de la riqueza, la inmigración y la paz. La evolución industrial es obra de algunos caudillos pacificadores como el general Pando en Bolivia, el general Roca en Argentina, Piérola en el Perú, Batlle y Ordóñez en Uruguay, y sobre todos, el más grande: Porfirio Díaz. Económicamente, esta época de desarrollo material fue superior a la primera, toda de revoluciones estériles; lo fue también desde el punto de vista político ya que las instituciones se fueron perfeccionando y su acción constitucional adquirió mayor firmeza. Las municipalidades y el legislativo adquirieron una relativa autonomía: la arrebataron al Ejecutivo, omnipotente durante la época militar. Sin embargo, los años prosaicos del industrialismo parecen deslucidos al lado de las décadas anteriores, cuando personalidades vigorosas habían surgido y la historia tenía la intensidad de una tragedia; se jugaba con el destino y la muerte como en el Renacimiento italiano. "La tiranía de las antiguas repúblicas latinas comenzó por desarrollar en sumo grado la individualidad del soberano, del condotiero", escribió Burckhardt. Luego recalcó el carácter igualmente personalista de los estadistas y de los tribunos populares en la historia florentina *. Este análisis es aplicable a los jefes americanos. La audacia heroica y la perenne inquietud viril caracterizaron estas luchas entre caciques. Cerrado el ciclo militar, las repúblicas perdieron este interés dramático. En lugar de escribir la historia de los gobiernos, hay que estudiar ahora la evolución económica de las naciones, las estadísticas, la industria y el comercio. En la tragedia, el coro, la multitud se

* Burckhardt, J., *La civilisation en Italie,* Paris, 1885, tomo I, p. 165 y ss.

transforma en personaje principal: juega y ejecuta, es espectador y creador, mientras se desvanecen los antiguos héroes, vencedores del destino y forjadores de ciudades.

Transformaciones en las costumbres y en las ciudades en proceso de modernización correspondieron a estos cambios políticos. La invasión cosmopolita fue imponiendo una abigarrada monotonía, el interés es ahora el único estimulante para obrar; después de la guerra permanente, se instala la paz hasta la saciedad, las repúblicas ganan en mediocridad y en riqueza. Fue una época de transición: no se distinguen todavía los vigorosos lineamientos de la ciudad futura. ¿Serán Argentina y Brasil grandes estados plutocráticos como los Estados Unidos? ¿Sufrirá Chile que copió la organización social de Inglaterra los ataques de la demagogia como el Imperio sajón? El espectáculo de estas naciones enriquecidas permite solamente afirmar que en América revolucionaria, cuatro naciones, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile serán antes de un siglo repúblicas definitivamente organizadas. Sin embargo, quedan en estos estados antiguos caracteres de raza. Gustave Le Bon escribió "los muertos fundan la raza", "las generaciones muertas nos imponen no sólo su constitución física sino también sus pensamientos. Las formas de gobierno poco importan". ** En las democracias latinas americanas, estéril ha sido la "revolución fundamental" de las cuales los políticos se ufanaban bajo el barniz republicano, profunda y secular se mantiene la herencia española. Las formas varían pero el alma de la raza permanece idéntica. Los presidentes autócratas reemplazaron a los virreyes; las antiguas luchas entre gobernadores y los obispos persisten, para el patronato en los asuntos eclesiásticos, el prestigio de los doctores y los títulos académicos. La casta dominante, heredera de los prejuicios españoles, que menosprecia la industria y el comercio, vive de la política y de sus fútiles agitadores. Los terratenientes señorean como antes de la Revolución. Subsisten los antiguos latifundios, inmensos dominios que explican el poder de las oligarquías. Las asambleas ejercen una función secundaria como antaño los cabildos. El catolicismo sigue siendo el eje de la vida social. Los pícaros de la novela española, parásitos altivos e ingeniosos se imponen. La burocracia devora las riquezas del fisco: hace un siglo estaba formada por castellanos voraces, hoy la conforman americanos abúlicos. A pesar de la igualdad proclamada en las constituciones, el indio sigue sometido a la implacable tiranía de las autoridades locales: el cura, el juez de paz y el cacique. Con otros nombres renacen los pequeños déspotas de la época española.

Las democracias de América son pues españolas por más que su élite se haya inspirado siempre de las ideas francesas. Democracias de pronunciamiento y anarquía, niveladoras y mestizas en las cuales el individuo adquiere a veces una significación heroica como en las biografías de

** Gustave Le Bon: *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*, París, 1900, pp. 13 y 71.

Carlyle; repúblicas medievales divididas en facciones y en clanes familiares irreductibles y gobernadas por mercaderes enriquecidos; repúblicas griegas, hostiles a sus propios jefes, celosas de la virtud de Arístides y de la sabiduría de Temístocles, pero sin el ardor plebiscitario de las sociedades helénicas.

LIBRO II

LOS CAUDILLOS Y LA DEMOCRACIA

La historia de estas repúblicas se reduce a la biografía de sus hombres representativos. El espíritu nacional se concentra en los caudillos, jefes absolutos y tiranos bienhechores. Dominan por el valor, el prestigio personal y la audacia agresiva. Se parecen a las democracias que los desafían. Es imposible explicar la evolución de Venezuela, Perú, Bolivia y Uruguay, sin estudiar a Páez, Castilla, Santa Cruz y Lavalleja.

CAPITULO I

VENEZUELA

Páez - Guzmán Blanco
La autoridad moral de Páez - Los Monagas - La tiranía de Guzmán Blanco - Progresos materiales.

Dos figuras dominan la historia venezolana. El primero fundó una república pasando por alto la voluntad unificadora de Bolívar. El segundo estableció una larga autocracia por sobre las facciones y las luchas de medio siglo.

Páez fue un jefe individualista y nómada, defensor apasionado de la patria local frente a las vastas concentraciones políticas. Como la pampa argentina engendró a Quiroga y el desierto de Arabia, la mística aventura de los califas, los llanos de Venezuela crearon a Páez.

Al lado del orgulloso llanero, en Apure, se fue formando este jinete ávido de llanuras infinitas, romántico y brutal, jefe de una tropa anónima, héroe de todas las venturas. Nació en 1790. Era mestizo, representante de las fuerzas indígenas en lucha contra la oligarquía española y la aristocracia criolla. Demócrata al modo de Castilla y de Rosas, fuerte, audaz, perspicaz como el indio y altivo como un jefe de tribu, sólo quería mandar legiones. Aborrecía a los letrados, los jueces y los ideólogos. Era uno de los capitanes del Libertador y lo acompañó en cien batallas; pero rechazaba la disciplina y su insubordinación prematura melló en 1818 los éxitos de Bolívar. Su orgullo lo lleva a rebelarse contra cualquier tutela, aunque fuera justa. A veces quería que Bolívar fuera jefe absoluto; otras, se sublevaba contra él. En 1819, se le debió el éxito de los patriotas en los Llanos; obtuvo poder y honores pero siempre sorprendió por su insumisión. En 1821 se opuso a la orden de alistamiento dada por Santander, vicepresidente de Colombia. La Municipalidad de Caracas compartió su deseo de autonomía y Venezuela se congregó en torno de su jefe, representante de los instintos nacionales; Bolívar intervino para reforzar la unión colombiana y cede ante Páez. En 1826, éste aconseja al Libertador hacerse coronar.

La fusión de los pueblos y la unidad contra la discordia eran el ideal bolivariano. Mientras tanto el espíritu de las nacionalidades todavía en ciernes se iba asentando y espontáneas repúblicas surgieron.

La raza, harta de tutelas, buscaba afanosamente la división, creyendo encontrar con ella la autonomía, por eso Páez profundamente americano, siguió por esta senda y proscribió a Bolívar. Rompió la unidad colombiana como Santander en Nueva Granada y Flores en Ecuador y liberó a su patria en 1830. El guerrillero nómada tuvo entonces que organizar el país, darle estabilidad y continuidad; su mente dúctil se adaptó a nuevas funciones. El eminente historiador Gil Fortoul escribió que propendía por instinto a hacer el papel de ciertos reyes constitucionales y dejar el gobierno en manos de sus ministros. Sin renegar de su pasado democrático, alternó con letrados y oligarcas. Su presidencia desde 1831 hasta 1835 trajo la paz interior, un orden estricto en las finanzas, la conciliación política y el progreso económico.

Le sucedió el doctor Vargas, enemigo del militarismo, pero los hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas que ya en 1831 se habían sublevado contra Páez, lo intentaron nuevamente en 1835. El presidente, irresoluto e impotente nombró a Páez comandante general del ejército, en tanto que los revolucionarios de Caracas lo nombraron jefe supremo. Su inmensa fuerza moral dominaba las luchas de partidos: fue el árbitro de las luchas venezolanas.

Defendió la Constitución y la presidencia de Vargas, pero éste no pudo mantenerse en el poder y abandonó el gobierno en manos del vicepresidente. Eligieron al jefe de los Llanos para un segundo período presidencial en 1838. Bajo su gobierno el militarismo declinó, el crédito exterior

aumentó, el servicio de la deuda fue asegurado y el progreso continuó en el orden público. En 1848, le sucedió su leal amigo el general Carlos Soublette, republicano a la antigua, austero y liberal. Nuevamente la omnipotencia de Páez triunfó.

La quietud política de estos dos períodos encierra transformaciones sociales. Venezuela no era una república democrática; dominaba la oligarquía como en Chile. La constitución de 1830 establecía que sólo podían gozar de derechos políticos los propietarios, los rentistas y los empleados; como en la nación sureña, los terratenientes señoreaban y subsistía la esclavitud. Los doctores pertenecían a la clase dominante. Los oligarcas eran conservadores, defendían el orden, la propiedad y la riqueza contra los embates del militarismo y de la demagogia. No reconocían una religión del Estado, pero tampoco practicaban la intolerancia.

En 1840 se inició una reacción liberal contra la dictadura de Páez y el clan conservador; reclamaban "hombres nuevos" e instituciones democráticas. Fue una lucha de clases y de razas. La masa oscura híbrida y anarquista (mulatos) mestizos y proletarios —sometida a la esclavitud o a la servidumbre y oprimida por los fueros— atacó a la casta entronizada, de tal suerte que al desasosiego político se sumaba el conflicto social. Antonio Leocadio Guzmán, brillante demagogo, comprendiendo la ambición libertadora de las masas, fundó un partido popular basado sobre el odio a las jerarquías y las tradiciones. Tribuno y periodista, atacó violentamente a Páez, Soublette y sus ministros; ofreció al pueblo libertar a los esclavos y repartir las tierras, con la aspereza de todos los creadores de democracias, desde Tiberio Graco hasta Lloyd George. Fue candidato a la presidencia en 1846 pero Páez apoyaba al general José Tadeo Monagas, sombrío personaje que representaba a los oligarcas. Los partidarios de Guzmán se sublevaron contra la influencia de Soublette y la tutela del gran llanero y una revolución social se inició bajo la forma de una disputa política. Los liberales quisieron derribar a los godos oligarcas pero Guzmán fue apresado. Lo juzgaron como a esos antiguos tribunos que trastornaban a la clase patricia con el tumulto de una democracia famélica. Condenado a muerte como conspirador y anarquista, conmutaron la pena por la de proscripción.

Habían vencido pues, los conservadores; la evolución democrática no se llevaría a cabo con la llegada al poder de algunos ásperos demagogos. Como en Chile, el liberalismo moderado se desarrollará en el seno mismo del grupo conservador. La constitución oligárquica de 1830 se mantuvo hasta 1861, como la de Chile de 1833 persistió con todo su rigor hasta 1891. Los liberales se separaron apenas de los conservadores: el mismo demócrata Guzmán aceptaba la esclavitud. Es así como no estalló una violenta guerra de castas sino más bien se fueron infiltrando paulatinamente principios liberales en la clase aristocrática. El hombre de esta época de transición fue el presidente Monagas.

Gobernó con los liberales y los conservadores e instituyó un régimen personal. El Congreso quiso cuestionarlo pero el pueblo defendió al dictador contra el Congreso. La Asamblea independiente se vio disuelta después de cruenta lucha ese trágico 24 de Enero de 1848, con lo cual triunfó el Ejecutivo. A la dominación de los oligarcas sucedió el personalismo o la autocracia, Monagas luchó contra Páez, quien encabezó una revolución, en vista de que no podían coexistir estas dos influencias dominantes. Fue vencido y como Guzmán desterrado... ¡Curiosa analogía entre el jefe de los oligarcas y el de los demócratas!

José Tadeo Monagas fue reemplazado por su hermano José Gregorio. Ambos formaron una extraña dinastía cuya herencia era colateral. En 1853 y 1854 los partidarios de Páez y los de Guzmán se sublevaron contra el gobierno; despojado de la presidencia el último; éste venció y libertó a los esclavos en 1854. Mejor que los ataques del tribuno popular, esta medida radical preparó el advenimiento de las democracias. Después de José Gregorio Monagas, su hermano José Tadeo asumió la Presidencia en 1855. Una nueva constitución en 1857, de tendencia centralista permitió la reelección y Monagas siguió en el poder. Fue vencido por el general Castro que encabezaba una coalición de todos los partidos. Los antiguos grupos políticos se reorganizaron; se reanudaron también las luchas entre centralistas y federalistas, pero con el ocaso de las oligarquías, avanzaba la democracia. La Convención de Valencia (1858) promulgó una Constitución liberal que establecía la autonomía de las provincias con gobernadores y su respectivo Congreso, la capacidad electoral restringida por el antiguo estatuto, fue extendida; instituyeron el sistema de jurados; se debilitó el Ejecutivo, todavía fresco el recuerdo del personalismo de Monagas. Una abigarrada guerra civil donde se enfrentaban federales, liberales, centralistas, conservadores, constitucionales o ideólogos sacudió al país. Estas luchas carecían de la simplicidad de los antiguos acaudillamientos y de la rigidez de las viejas jerarquías. La democracia cuyas facciones liberales estaban embriagadas por su acción niveladora, padecía los dolores del crecimiento. Sus jefes —Falcón, Zamora— fueron demagogos de a caballo. Frente a tanta barbarie, Páez regresó de los Estados Unidos en 1861, su regreso significó reacción y la vuelta a la autocracia. El 10 de Setiembre, se proclamó jefe supremo; octogenario, tomó en sus manos temblorosas las riendas del poder, lamentable símbolo de una oligarquía desangrada en su lucha contra la avasallante democracia. En vano abrumó al país con decretos tiránicos; no pudo impedir el triunfo de la federación. Guzmán Blanco, general de las fuerzas federales, negoció con Rojas, el omnipotente secretario de Páez, un acuerdo que puso término a la inestable dictadura. Terminó aquí la trayectoria del fundador de Venezuela, el llanero, representante de la aristocracia conservadora. Murió en 1873 cuando ya se asomaba para continuar bajo otra forma su obra de medio siglo, otro gran caudillo: Antonio Guzmán Blanco.

Era hijo de Antonio Leocadio Guzmán, jefe del partido liberal. Viajó a los Estados Unidos, fue diplomático, estudió derecho y, de regreso a Venezuela dirigió las operaciones militares durante la revolución contra Páez, tenía condiciones de capitán: hábil en organizar el ataque y la retirada en esta difícil lucha de guerrillas por los llanos, sicólogo impetuoso y tozudo. En 1862 llegó a General en Jefe del Ejército.

La Asamblea General lo eligió vicepresidente de la república, bajo la presidencia de Falcón, después de los acuerdos de Coche. Guzmán Blanco consiguió en Londres, donde el crédito de Venezuela estaba arruinado, un empréstito de un millón y medio de libras esterlinas. Era necesario resanar la Hacienda Pública después de la larga crisis revolucionaria. La operación fue onerosa y el jefe liberal, criticado. Sin embargo el Congreso Venezolano le otorgó un premio en especias. En 1865 y 1866, durante las ausencias del Presidente Falcón, ejerció el mando con un tacto político admirable, iniciando drásticos ahorros en las finanzas, regularizando la deuda y suprimiendo empleos y pensiones. En el orden político a pesar del triunfo de los federales pidió que se reforzara el poder central como una medida contra la anarquía de las provincias autónomas, consecuencia de una nueva constitución extremadamente liberal, promulgada por la Asamblea en 1864 y que daba a las provincias una excesiva independencia.

Una revolución derrocó al Presidente federal y los conservadores y los descontentos restablecieron a José Tadeo Monagas. La anarquía seguía, pero Guzmán Blanco intervino para reprimir las revueltas aisladas, aconsejar la tolerancia política y negociar en el extranjero la unificación de la deuda pública; había heredado de Páez el poder moral. Monagas quiso atraerlo a su partido y le ofreció la sucesión presidencial. La lucha se intensificó: los "azules" de Monagas, como en Bizancio recelaban de los "amarillos", de Guzmán Blanco. La guerra civil duró cinco años; el país anhelaba la estabilidad aun en la autocracia y José Ruperto Monagas le sucedió a su padre; se repitió así la tentativa monárquica.

El jefe de los federalistas enemigo del presidente, fue desterrado después de un asalto nocturno a su casa, el 14 de agosto de 1869.

Guzmán llegó a Curaçao y en setiembre ya emprendió una abierta acción revolucionaria. Monagas quiso transigir, llevando adelante una de tantas convenciones en la historia venzolana, pero el caudillo impuso duras condiciones. Su padre, el tribuno demagogo lo acompañaba como periodista; después de acciones aisladas, triunfó la revolución en Caracas (abril de 1870) y Guzmán Blanco asumió la dictadura. El Régimen autocrático no aceptaba ni conciliación con los vencidos ni tretas legales; se imponía la figura del emperador sobre la masa en pugna contra la desorganización federal, el despilfarro y la incesante anarquía. El jefe liberal atacó enérgicamente a sus adversarios; dirigía las batallas y logró prodigios de estrategia en Valencia y en Apure. Los "azules" retrocedieron, perdiendo sucesivamente Valencia, Trujillo, Maracaibo. El general Matías Salazar, jefe liberal sedicioso y amigo del dictador fue fusilado; como Porfirio Díaz, el autó-

crata venezolano domaba la anarquía cortando cabezas. Exilios, combates y confiscación de bienes prepararon la paz definitiva. Dos años duró la guerra civil y en 1872, Guzmán Blanco, déspota benéfico emprendió la transformación del país. Calaba hondo en el alma humana, sabía mandar y tenía un temple de acero y carisma. Redujo los derechos de importación, derogó los de exportación; fundó una compañía de crédito que emitía bonos avalados por el Gobierno y amortiguó la deuda pública. A la par que iniciaba una política de austeridad económica, abrumaba a sus enemigos con empréstitos obligatorios e impuestos especiales. Sofocó las revueltas de los "azules" a los cuales no otorgó ninguna amnistía; exiló al arzobispo porque se había negado a celebrar un *Te Deum* por el triunfo de la revolución. Defendió el principio nacionalista contra las presiones y las amenazas extranjeras: aspiraba a la reconstrucción de Venezuela, tanto en el orden interior como exterior, librando al país de la anarquía y resguardándolo del agiotaje europeo. A raíz de todo esto surgieron conflictos diplomáticos con Estados Unidos, Holanda, Inglaterra y los Estados Pontificios. Guzmán Blanco protegía la instrucción: sus deseos eran que hubiera "una escuela en cada calle". Reformó el Código Civil y el Penal, estableció el matrimonio y los Registros Civiles. En 1873, renunció a la dictadura en el Congreso, pero éste lo eligió presidente y le otorgó los supremos honores: le erigieron monumentos, las calles llevaban su nombre, acuñaron medallas y le dieron el título de "Ilustre Americano" y de "Regenerador de Venezuela". Para halagarlo, los diputados serviles no se detenían ante nada. Su estatua colocada en 1875 en Caracas al lado de la de Bolívar unía en la gloria al Libertador y al Regenerador. El popular dictador colmaba los anhelos de todos: había logrado la paz que tanto deseaban los oligarcas, era el ídolo de las masas y ataco tanto a la iglesia como a los liberales y los masones.

De 1870 hasta 1877 el gobierno favoreció el desarrollo material con la construcción de ferrocarriles y carreteras, edificios públicos en las ciudades grandes, la transformación y embellecimiento de Caracas. Dicen que quiso imitar a Napoleón Tercero al abrir alamedas y avenidas. El crédito prosperó, la deuda externa estaba asegurada, los ingresos aumentaban, se establecieron presupuestos ordenados y económicos y se organizó la estadística.

El Presidente aumentó el ejército y lo disciplinó. Además, a pesar del federalismo, intervenía en la política de los Estados. Quisó también fundar la iglesia venezolana con un arzobispo liberal y curas elegidos por los fieles, cerró las congregaciones y confiscó sus bienes. Su autocracia no respetaba ni los poderes extranjeros. En el orden económico, estimuló las industrias con un fuerte proteccionismo. Por otra parte, admirador del arte francés, inauguró museos.

En 1877 le sucedió el General Alcántara. Guzmán Blanco dijo en su mensaje, al resumir su obra de siete años, que dejaba la paz, organizadas la administración pública y la vida política, el crédito exterior, la libertad

electoral, el "triunfo de la dignidad y del derecho de la patria". Lo aclamaron hasta el frenesí, luego se fue a Europa pero durante su ausencia derribaron sus monumentos y anularon los decretos mediante los cuales le habían sido conferidos los honores. La democracia, voluble y femenina quemó lo que había adorado. Guzmán Blanco regresó a Venezuela, deseoso de recuperar el poder que había dejado a manos de un pueblo ingrato. En París había tratado de fundar una compañía que, a semejanza de las compañías inglesas de Africa y de la India, transformaría su país. Fue recibido a su llegada por una revolución en su favor: el estado de Carabobo lo proclamaba dictador y diez Estados más se plegaron. Los revolucionarios triunfaron y los mismos que poco antes habían derribado sus efigies y anulado los honores, glorificaban al dictador. Guzmán Blanco propuso la reforma de la Constitución: su modelo político era la federación suiza. Redujo el número de los Estados de Venezuela, despojó al Ejecutivo de muchas atribuciones, las que confió a un Consejo Federal. Las provincias aprobaron la Constitución "suiza" de 1882.

El "ilustre americano" viajó de nuevo a Francia para concretar un plan financiero que transformaría su país y escriturar un contrato con un banco judío. Formó una compañía privilegiada para beneficiar al país, tomando en concesiones terrenos para desarrollarlos. Promulgada la constitución, Guzmán Blanco fue elegido Presidente del Consejo General.

En 1882, expuso en el Congreso las ventajas de su autocracia: desarrollo material, presupuestos con *superávit,* extensión de la cultura y línea dura en política.

Hasta 1886, Guzmán Blanco fue alternativamente presidente de la democracia venezolana, o su ministro en las capitales europeas. Su poder fue absoluto: nombraba los nuevos jefes, salía del país y regresaba, en suma era el protector de la república. Desde las riberas encantadas del Sena, dirigía el desarrollo febril de Venezuela. Como Porfirio Díaz en México y Rosas en Argentina, venció a los demás caudillos, impuso la paz, organizó y unificó el país y gobernó ya por el terror, ya por la simpatía. Caudillo sin ideas políticas definidas, amaba el poder y la patria. El estado, las iglesias, los partidos y las riquezas fueron suyas: eran el patrimonio de este barón feudal. Sus enemigos lo acusaron de haberse enriquecido con los dineros del pueblo, sin embargo su obra en el orden material fue fecunda: caminos, edificios, desarrollo de la riqueza nacional. En el orden político inviolabilidad de la patria contra las agresiones extranjeras. Era demócrata para cerrarle el paso a la oligarquía conservadora. Por otro lado amaba la pompa, saboreaba el triunfo, la declamación y el servilismo de las masas.

Creía orgullosamente en su obra; en 1883 dijo que Venezuela, bajo su autoridad "había emprendido un viaje ilimitado hacia un porvenir ilimitado". A su juicio, su dictadura era necesaria y providencial: "los pueblos la impusieron para salvaguardarnos de la anarquía". Deseaba la regeneración de la patria y suya fue la responsabilidad de lograrla, como suya

también la grandeza de la obra realizada. "Nunca me he dejado llevar por el pensamiento de los demás, sino por el mío". Muy apropiada pues para retratarlo, la frase clásica del absolutismo "El Estado soy yo".

CAPITULO II

EL PERU

El General Castilla - Manuel Pardo - Piérola.
La obra política del general Castilla - La paz interior - Las riquezas del guano y del salitre - Manuel Pardo, fundador del partido civilista contra el militarismo - El último caudillo, Piérola, sus reformas.

Lenta fue la gestación de la república en el Perú. El Virreynato se defendía contra las tropas colombianas, peruanas y argentinas; contra las huestes de Bolívar y de San Martín. Allí moraban los penates españoles: el erario, la aristocracia alerta y los ejércitos aguerridos; sólo en 1824 América ya independiente, fue cuando la victoria de Ayacucho libertó el Perú de la dominación española.

Bolívar quiso darle la misma constitución que a Bolivia o sea imponer la presidencia vitalicia para contrarrestar la anarquía de estas repúblicas, pero la Municipalidad de Lima rechazó este proyecto. Sin embargo los peruanos exaltaron al Libertador, los poetas lo llamaban "héroe semidiós", se cantaban sus alabanzas en las iglesias y el Congreso lo colmó de riquezas y de honores. Mientras tanto sus generales luchaban por el mando. El héroe colombiano regresó a su tierra y desde entonces, presidentes y revoluciones se sucedieron en el Perú. La historia de los primeros veinte años de la República, como en Argentina y en México, no registra sino el choque de fuerzas sociales organizadas y disciplinadas por el régimen colonial.

Generales y doctores, la autocracia y la anarquía, la oligarquía del virreynato y la democracia en su auge combatían entre sí. Abigarrados bandos tomaban por asalto el poder en los congresos o en los cuarteles. Los presidentes aristócratas: Riva Agüero, Orbegozo, Vivanco y los presidentes militares: La Mar, La Fuente, y Gamarra se sucedieron con una rapidez vertiginosa. En el Sur, Arequipa, cuna de hombres de mucho temple engendró terribles revoluciones. Las guerras exteriores, contra Colombia en 1827 y contra Bolivia en 1828 y 1835 para repeler el protectorado de Santa Cruz eran pleitos de generales ambiciosos que se disputaban la suce-

sión de Bolívar. Las nuevas naciones cuyas fronteras eran inciertas, no tenían todavía conciencia nacional. Santa Cruz, presidente de Bolivia, unificó el Perú y fundó una confederación de Tumbes a Tarija, necesaria para el equilibrio político americano, pero era un presidente extranjero. Pronto, del tropel de jefes provincianos, se alzó un general, don Ramón Castilla, quien durante veinte años regirá la vida nacional.

Se asemejaba más a Páez que a Rosas. No era un tirano invulnerable sino un caudillo de mucha influencia. Oriundo de Tarapacá, en tierras salitreras, nació en 1796. Era mestizo y por su abuela tenía sangre india. Por su origen se explica quizá su fortaleza y su astucia. Su padre era asturiano, raza de guerreros. Castilla pasó su juventud en Tarapacá, región de dilatadas llanuras y angostos valles y el desierto como el de Arabia lo hizo nómada y jefe de legiones. Como soldado español en Chile, fue tomado prisionero en Chacabuco; ya libre, recorrió Argentina y Brasil y de vuelta al Perú, se puso a las órdenes de San Martín. En 1821, combatió en Ayacucho al lado de Sucre, luego siguió al General Gamarra contra Bolivia y fue tomado prisionero nuevamente en Ingavi. Llegó a general y después a mariscal. De pequeña estatura, con rasgos enérgicos y la mirada vivaz, era en el campo de batalla, fuerte y tesonero. Su ademán era marcial; se adivinaba que la oposición lo irritaba y era autoritario por vocación. No tenía mucha cultura, lo que subsanaba con la astucia. Por instinto conocía el valor de los hombres y sabía cómo manejarlos; eso era su fuerte. La experiencia lo había vuelto escéptico e irónico, su expresión era dura y cortante.

Sus ideas eran simples: conservador en el orden político, respetaba el principio de autoridad. Al igual que San Martín a quien escribía cartas interesantes sobre el gobierno, odiaba la anarquía. En medio del tumulto revolucionario, comprendió la necesidad de una mano fuerte. Venció a Vivanco en Carmen Alto y se hizo presidente en 1845. Después de veinte años de revoluciones, su gobierno inició una nueva etapa de estabilidad administrativa durante la cual se desarrolló el comercio y aumentaron los ingresos ya que nuevas riquezas, el salitre y el guano transformaban la vida económica del país. Se estableció la comunicación telegráfica entre Lima y Callao en 1847 y el primer ferrocarril peruano se inauguró en 1851. El servicio de la deuda exterior creada por empréstitos se inició entonces, a la vez que los títulos de la deuda interna se fortalecieron. En suma la primera presidencia del general Castilla trajo la paz y el progreso económico. No bien se retiró, el escándalo financiero, las consignaciones del guano, las especulaciones, la infame fiebre de lucro engendraron el descontento. La profecía de Bolívar se había cumplido: el oro corrompía al Perú. Castilla vacilaba en alzarse contra un gobierno constitucional. Partidario del orden, respetaba la autoridad de los demás y la suya propia. Por fin, estalló la revolución que se selló con el triunfo en La Palma en 1855. El Congreso de este mismo año lo eligió presidente.

El año anterior, el general-presidente había decretado la emancipación de los esclavos negros para granjearse simpatías hacia el movimiento revolucionario que encabezaba. El Congreso abolió también el tributo de los indios y una nueva constitución, base de la de 1860 que todavía rige en el Perú, [1] transformó los aspectos esenciales de la organización política. Suprimió el Consejo de Estado y lo reemplazó por dos vicepresidentes; organizó también las municipalidades y fijó en cuatro años el período presidencial. Vivanco se sublevó contra Castilla en 1857 pero fue vencido. El gobierno del general Castilla terminó pacíficamente: de 1844 hasta 1860 condujo con mano férrea la política nacional. Nadie antes le había dado tanta continuidad. Todas las fuerzas económicas y morales de la nación se habían desarrollado: las exportaciones alcanzaron la cifra de tres millones de libras esterlinas, excediendo a las importaciones, los ferrocarriles y los telégrafos borraron los desiertos, además el crédito del país iba a permitir nuevos e importantes empréstitos. El Perú consciente de su pujante energía aspiraba a extender sus dominios. Castilla declaró pues la guerra a Ecuador en 1859 por un pleito de fronteras y, vencedor, otorgó una paz generosa. Mandó construir naves para contrarrestar la futura supremacía marítima de Chile y adivinó la importancia del este peruano, por eso inició la exploración de los grandes ríos desconocidos. Como García Moreno en Ecuador y Portales en Chile, consolidó la paz, estimuló la riqueza, protegió la educación, creó una marina e impuso al país una nueva constitución. Sus logros no fueron solamente políticos sino también sociales: con la libertad de los negros y de los indios, dejó asentado el camino de la futura democracia. Los diarios de la época condenaron su absolutismo, "La fórmula del General es: *El Estado soy yo*", escribía en 1852 don José Casimiro Ulloa. En suma, Castilla fue durante quince años el dictador necesario a una república inestable.

Le sucedió en el poder, un civil, Manuel Pardo [2] que representaba la reacción de los abogados y los hombres de negocios al militarismo de Castilla y sus predecesores. No gobernó dos períodos como el General autócrata, tampoco duró diez años su acción personal, sin embargo su prestigio creció después de su muerte y su nombre está íntimamente ligado al destino de un partido.

Pardo nació en Lima en 1834, hijo del poeta Felipe Pardo y Aliaga pero pronto desdeñó las quimeras para abocarse a la militancia: los intereses materiales le parecían superiores a todas las demás preocupaciones. Detestaba la "política pura", para él la Constitución era "letra muerta en la vida nacional". Su vocación lo llevó a la gestión financiera: fue ministro

[1] Escrita en 1912. Rigió hasta enero de 1920 en que fue sustituida por otra Constitución. El 9 de abril de 1933 se promulgó la vigente. (A. M. J.).

[2] Después de Castilla se suceden los gobiernos de Pezet, San Román, Prado, Diez Canseco y Balta. Al concluir el período de éste fue asesinado y surgió Manuel Pardo (A. M. J.).

de Hacienda en 1866 hasta 1868, agente fiscal en Londres y fundó un banco en Lima. Su mejor discurso versaba sobre el impuesto. Una vez presidente, decretó en 1875 el monopolio del salitre, medida económica provocada por el estado deplorable del fisco. Como economista y hombre amante del orden, continuó la obra de Castilla, aplastó las revoluciones y organizó el país.

En 1872 después de haber sido ministro y alcalde de Lima, fue elegido presidente. En cuatro años, su extraordinaria actividad reformó todos los servicios públicos: educación, hacienda, inmigración. En 1876 instituyó el censo y atrajo a los extranjeros; fundó la facultad de ciencias políticas y la Universidad de Lima para la formación de diplomáticos y de administradores, la escuela de Artes y Oficios para la instrucción popular; abrió nuevas escuelas primarias, llamó a profesores alemanes y polacos y les entregó la dirección pedagógica del país. Promulgó un nuevo reglamento de enseñanza de inspiración clásica europea. Restableció como Portales en Chile, la Guardia Nacional y organizó juntas departamentales con el propósito de descentralizar el país. Se interesó en todos los aspectos de la vida nacional. Quiso una política positiva, sin luchas doctrinarias; su sueño era una república práctica como la soñó Rafael Núñez en Colombia y Guzmán Blanco en Venezuela. Su hija predilecta era la facultad de Ciencias Políticas que forma administradores, mas no la de Letras que crea literatos y filósofos.

Sin embargo, el país estaba en bancarrota. Los empréstitos, las grandes construcciones del presidente Balta, las especulaciones sobre el guano y el salitre lo habían desangrado. Pardo no pudo impedir el desastre financiero. A pesar de ello aseguró el servicio de la deuda exterior, luego participó a la democracia embriagada por la orgía económica la magnitud de la ruina. Por otra parte buscó inútilmente el apoyo de Argentina y de Bolivia para formar una triple trinchera contra las ambiciones de Chile. Su esfuerzo fue inútil tanto adentro como afuera. Un presidente militar sucedió al jefe del partido civil. La alianza de Perú y Bolivia resultó impotente para detener las fuerzas chilenas y Pardo mismo murió asesinado por una reacción desesperada de la demagogia que había querido domar.

Con la muerte, su influencia se afianzó, al igual que la de García Moreno y la de Balmaceda. Calando hondo en el alma humana supo rodearse de partidarios entusiastas y fanáticos. Hicieron de su obra reformadora un evangelio de partido, el partido civil que había fundado. Ya en 1841 el dictador Vivanco había reunido en un grupo conservador a las personalidades más encumbradas de la época: Pando, Andrés Martínez, Felipe Pardo, Manuel Toribio Ureta, rival de Manuel Pardo en la campaña presidencial, congregó los primeros elementos de un partido civil, pero le tocó a su contendor agrupar todas estas fuerzas e infundirle una perdurable armonía. Vástago de antiguas familias, los Aliaga y los Lavalle, Pardo representaba las tradiciones coloniales en una democracia estremecida.

Repentinamente se había formado en el Perú, gracias al salitre y al guano y a monopolios fiscales, una plutocracia que con su opulencia, pronto sustituiría a las antiguas familias. Pardo que supo amoldarse a la transformación nacional, se sumó a esta plutocracia; su partido pues, respaldado por estas alianzas se convirtió en el defensor tenaz de la propiedad, de las reformas realizadas sin apremio y del orden, frente a la anarquía criolla. Fue conservador sin ser irreductible, liberal sin ser violento, como los grupos moderados en las monarquías o como los progresistas en la tercera república francesa. Después de haber sido una fuerza aristocrática, dejó su antiguo rigor y se transformó en partido de las clases ricas, aceptando en su seno a mulatos y mestizos. En otras democracias sudamericanas, se sustituyó del mismo modo a la antigua oligarquía una plutocracia en la que figuraban los hijos de inmigrantes, de mestizos y banqueros.

Pardo superó los logros de Castilla en intensidad y en duración. Respondía a las numerosas necesidades del Perú: entre el militarismo y la demagogia, el elemento civil era el único agente de orden y de progreso.

Ahora bien, la obra de Manuel Pardo, interrumpida durante la guerra con Chile (1879-1884) y la época de anarquía siguiente a la contienda, a pesar de los esfuerzos del Coronel Cáceres, fue continuada —ironía de la vida— por el enemigo irreconciliable de Pardo, por Piérola, el último de los grandes caudillos peruanos, inquieto, romántico, siempre listo para tomar el poder por asalto.

A los treinta años en 1869, reemplazó a García Calderón [1] que había renunciado a la cartera de hacienda, porque no se quiso prestar a la peligrosa política de los empréstitos. Diez años después, Piérola se proclamó dictador en 1879, y preparó con una energía poco común la defensa del Perú invadido por Chile. Reformador a la manera jacobina, creía transformar al país abrumándolo con decretos y cambiando el nombre de las instituciones. Sin embargo, su noble entusiasmo compensaba sus errores.

Después de la derrota, Piérola, no renunció al poder y fraccionó al país. Diez años más tarde ya en plena madurez intelectual, fue elegido Presidente (1895-1899): con él se inició lo que convendría llamar el renacimiento peruano. Sin acudir a los empréstitos, transformó un país agotado, en una república estable. Como todos los grandes caudillos americanos se reveló un excelente administrador de la Hacienda. Estableció como base del nuevo régimen monetario el etalón de oro, promulgó un Código Militar y una ley electoral. Por otra parte llamó a una misión militar francesa que debía cambiar un ejército dócil a la ambición de bandos en una fuerza protectora de la paz interior. Su talento organizador, su patriotismo, su aplastante superioridad sorprendieron entonces a los que conocían solamente su empuje revolucionario.

[1] Padre del autor de este libro G. F. García Calderón. *Memorias del Cautiverio*, Lima 1950 (A.M.J.).

Fundó un partido democrático como Pardo, el partido enemigo del militarismo. A pesar de estas denominaciones, el último de estos agrupamientos apoyó a jefes militares y ninguna ley que favoreciera a los obreros fue obra de los demócratas. Piérola mismo que se hacía llamar "protector de la raza india" estableció el impuesto sobre la sal, agobiante para esta raza miserable.

El jefe de los demócratas era aristócrata no sólo por sus orígenes, la elegancia un poco arcaica de su estilo y sus gustos distinguidos sino también porque le gustó siempre rodearse de familias distinguidas, linajudas como los Orbegozo, los González, los Osma, los Ortíz de Zevallos, etcétera. Sin embargo, esta contradicción entre el espíritu de Piérola y el nombre del partido que él fundara no iba en desmedro de su gran popularidad, que como Manuel Pardo se impuso gracias a cualidades personales y sus partidarios estaban fanatizados. Su expresión amanerada, su heroísmo, su audacia tuvieron para sus seguidores una significación religiosa: como el Facundo de la epopeya de Sarmiento, era el califa nómada portador de un esperanzado mensaje divino para la democracia aquejada por la anarquía.

CAPITULO III

BOLIVIA

Santa Cruz
Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana - Los tiranos: Belzu y Melgarejo - Los últimos caudillos: Pando y Montes.

Como Atenas, Bolivia nació del pensamiento de Bolívar. El Libertador le dio un nombre, una constitución y un presidente. Creó, por decreto, en 1825 en los territorios coloniales del distrito de Charcas, una república autónoma cuyo protector era él. Sucre, el General de Ayacucho le sucedió en 1826. Pero el entrañable amigo de Bolívar en las guerras de independencia se apartó del poder desencantado, nuevo Patroclo de la epopeya americana.

Desde este momento y durante veinte años, señoreó en esta naciente república un gran caudillo, Andrés Santa Cruz. Oficial en los ejércitos del Libertador, recibió como Páez y Flores, su parte de la herencia bolivariana: fue Presidente de Bolivia, y quiso serlo del Perú también.

En 1826 presidió el Consejo de Estado en Lima y gobernó durante la ausencia de Bolívar. En 1827, presidente de Bolivia, se enfrentó a la anar-

quía nacional. Su ambición tenía como amplio escenario el fenecido virreynato; quiso unir Colombia, Bolivia y Perú y para lograr su propósito, organizó la masonería en fuerza política desde La Paz hasta Lima. Por segunda vez, presidente de Bolivia en 1828, formó un gobierno fuerte para poner coto a las revoluciones. Fue como García Moreno y Guzmán Blanco, un civilizador. Hijo de una india de noble cuna, la cacica de Guarina, quizá tuvo por atavismo ambiciones imperiales. Amaba el poder y el boato, recibió del rey Luis Felipe la legión de honor e instituyó una orden parecida para la Confederación Boliviana. Acumuló los títulos ruidosos, Capitán General, Presidente de Bolivia, Gran Mariscal, Pacificador del Perú, sumo protector del sur y del norte peruanos, encargado de relaciones exteriores. En política interior fue un cruel defensor del orden y un exigente administrador. Promulgó códigos a la manera de Napoleón, disciplinó el ejército y consolidó las finanzas. Las rentas aumentaron y el crédito se afianzó, nació el imperialismo. Por otra parte atrajo a los europeos, sin dejar de proteger a los nacionales porque el problema de la población le preocupaba, problema muy de Bolivia y de Sudamérica. En 1833 propuso la exclusión de los solteros de la magistratura y respaldo para las familias numerosas. Al igual que los demás caudillos su mayor preocupación era robustecer el erario.

Los triunfos locales eran poco para él. Suspicaz, astuto y frío, parco y sediento de riqueza y poder, quiso dominar otros estados, como Napoleón, como Iturbide en México. Soñando con los éxitos del primer cónsul, preparó expediciones en pos de conquistas y favoreció la anarquía en el Perú con la intención de gobernar allí como en 1826. El Presidente Orbegozo pidió su ayuda (1835) para vencer al brillante Coronel Felipe Santiago Salaverry, que se había proclamado dictador.

Santa Cruz, tomó cartas en el asunto e invadió el territorio, derrotó a Salaverry en Socabaya y a Gamarra, su aliado, en Yanacocha. El dictador murió fusilado en 1836 y para domar la anarquía peruana, el presidente de Bolivia fundó una gran confederación: reconstituyó nada menos que el Virreynato. Su ambición lo llevó a atacar al dictador argentino Rosas. Había heredado el ideal unificador de Bolívar y se aprestaba a realizarlo. Tres estados, Bolivia, el Norperuano y el Surperuano con sendas capitales, presidentes y asambleas conformaban la confederación bajo la autoridad imperial del nuevo Inca. Con una extraordinaria energía, organizó los tres estados, les dio constituciones y códigos y se ufanaba de gobernar en Lima la elegante; diríase que en su persona la raza mestiza se vengaba de la oligarquía colonial opresora. La confederación existía desde 1837 pero Chile, receloso de la hegemonía perú-boliviana la amenazó. El todopoderoso Portales, buscó pretextos para atacar esta compacta estructura política. Acusó a Santa Cruz de urdir expediciones como la de Freyre contra los conservadores chilenos y de violar la soberanía del Perú. En suma temía que el poder del general menoscabase la independencia de las repúblicas sudamericanas. Las poderosas personalidades de Portales y Santa Cruz eran inconciliables: ambi-

ciosos, autoritarios, cabezas bien organizadas pero de un nacionalismo estricto y patriotismo violento. Encabezada, pues, por Portales, la oligarquía chilena emprendió una *campaña libertadora* del Perú. El historiador Walter Martínez justificó esta política de intervención en los asuntos americanos contra la cual los diplomáticos chilenos se han pronunciado siempre, después de la guerra del Pacífico.

Dos expediciones sucesivas se dirigieron sobre las costas del Perú. Santa Cruz, derrotó a la primera cuyo jefe era Blanco Encalada, en 1837. El general Bulnes encabezaba el otro ejército "libertador" secundado por los generales peruanos Gamarra, Castilla y Orbegozo en persona. La batalla de Yungay en 1838 puso fin a la confederación y Santa Cruz perdió todo ascendiente sobre los pueblos de Bolivia y Perú.

La Confederación, su obra política, tenía como propósito reunir a dos pueblos que Bolívar había disociado a pesar de sus tradiciones coloniales; era organizar a orillas del Pacífico una fuerza estable contra el naciente imperialismo chileno y hombres eminentes del Perú, Riva Agüero, los Tristán, Orbegozo, García del Río, Necochea apoyaron el esfuerzo unificador del general boliviano.

Su obra frustrada, Santa Cruz se fue a Europa en 1845, pero aconsejado por fieles partidarios, intentó regresar, a lo que se opusieron Perú y Chile. En París donde varias veces representó a Bolivia y donde murió en 1865, fue amigo de Napoleón Tercero. Quizá la fracasada Confederación que quiso fundar hubiera cambiado el destino de los pueblos del Pacífico, dándole supremacía política a Bolivia y Perú unidos. Los sucesores de Santa Cruz a la presidencia de Bolivia, Ballivián y Velasco, eran amigos suyos y continuaron su obra ambiciosa a pesar de haberse alzado contra su autoridad. Después del gran mestizo ningún gobierno tuvo su prestigio ni su amplitud de miras políticas. Presidentes posteriores, los unos civiles: Batista, Arce, los otros militares: Pando, Montes, este último magnífico organizador y el constructor de ferrocarriles que evitaron el peligroso aislamiento de su patria, ejercieron una real influencia en la historia boliviana pero no tuvieron la importancia de los primeros presidentes. Pertenecían a una época prosaica de vigoroso desarrollo económico. Bolivia también tuvo sus tiranos vulgares y sombríos como Melgarejo, sanguinaria encarnación de la barbarie criolla. Fue el Nerón de Bolivia, cruel y licencioso, audaz y enérgico, que inicio un régimen de terror y era la expresión de los instintos destructores del populacho, exacerbado por la envidia. En vano dictadores bien intencionados como Ballivián en 1841 y Linares en 1857 se abocaron a la tarea —entre dos episodios truculentos— de continuar la obra civilizadora de Santa Cruz. Deseaban fundar en una república aymara, como Renán en los dominios de Calibán, la tiranía de la élite intelectual.

Sin embargo, su esfuerzo resultó inútil. Hasta 1899 en que el Presidente Pando inauguró el régimen civil, la historia de Bolivia fue una sucesión

extravagante de revoluciones y de tiranos. Un magnífico escritor [1] que estudió su "pueblo enfermo" escribió que de 1825 hasta 1898 estallaron más de sesenta revoluciones y varias guerras internacionales, que hubo seis presidentes asesinados: Blanco, Belzú, Córdova, Morales, Melgarejo y Daza sin contar los que murieron en el destierro.

CAPITULO IV

URUGUAY

Lavalleja - Rivera - Los nuevos caudillos.
Los partidos: Blancos y Colorados. Los jefes: Artigas,
Lavalleja, Rivera. La época moderna.

Pequeña república meridional, situada entre un estado imperialista, Brasil, y una nación en pos de hegemonía, Argentina, la "provincia oriental" del Uruguay luchó por su libertad política desde los comienzos del siglo XIX.

José Artigas, personificó la nacionalidad durante las largas guerras contra Buenos Aires y los ejércitos españoles: fue el primer caudillo precursor de la Independencia, que Rivera y Lavalleja, sus continuadores, proclamaron. En 1822 sin la firme ayuda de los ejércitos libertadores como los de San Martín o Bolívar y sólo gracias al heroico esfuerzo de sus propios soldados, la antigua provincia del Virreynato de la Plata se constituyó en un nuevo Estado, regido por la constitución unitaria.

Artigas había luchado para libertar a la provincia uruguaya de todas las tutelas. Pero Rivera y Lavalleja transigieron al comienzo de la nueva campaña libertadora. Un congreso celebrado en Montevideo proclamó la incorporación del Estado Oriental a Portugal. Los dos caudillos deseaban la unión de Uruguay con Brasil. Otro jefe, Manuel Oribe, quería la protección de los ejércitos argentinos para lograr la independencia de su patria. En 1825, don Valentín Gómez, embajador de Buenos Aires, propuso al Brasil que Uruguay volviera a ser provincia argentina, pero el imperio rechazó la treta política. Mientras tanto, Lavalleja que antes deseaba la protección brasileña, mudó de parecer y solicitó la ayuda argentina, viniera de la capital o de parte de los jefes federales, en tanto que Rivera no se apartó de su programa de unión con el Brasil meridional. Una hazaña digna de los conquistadores españoles puso fin a estas vacilaciones. Lava-

[1] Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo*, Barcelona, 1909 (Hay reedición ampliada, Santiago, 1937). *Obra Completa*, Aguilar, 1959, t., l. IV.

lleja, encabezando a los "treinta y tres", grupito de héroes como lo fueron los legendarios compañeros de Pizarro y Cortés, desembarcó en la costa uruguaya el 19 de abril de 1825. Reclamaba "la libertad o la muerte". Rivera se sumó a ellos y la lucha por la independencia oriental se intensificó. Instalaron en Florida un gobierno provisorio que decretó la separación con el Brasil y Portugal, proclamó la soberanía nacional y decidió la unión con las provincias argentinas en una organización federal: "argentinos orientales" es así como Lavalleja llamaba a sus conciudadanos. Sin embargo, los gobernantes argentinos no se decidían a apoyar a los libertadores uruguayos.

En lucha con el Brasil, y abandonados por Buenos Aires, los indómitos orientales, en su exasperación, iniciaron una guerra sin cuartel a fin de lograr su independencia. Rivera venció al general brasileño Abreu en Rincón de Haeda primero y luego en Sarandí, decisiva batalla que Zorrilla de San Martín comparaba con la de Chacabuco. Los argentinos habían mantenido su neutralidad pero el Congreso de 1825, siguiendo las sugerencias de Rivadavia, participó al Brasil que reconocía la incorporación de la provincia oriental "que había recuperado la libertad de su territorio tan sólo con sus propios esfuerzos". Estalló pues la guerra con Brasil: tanto Buenos Aires como Río de Janeiro codiciaban Montevideo. La contienda duró de 1826 hasta 1828; en ella pelearon unidos argentinos y uruguayos bajo el mando de Lavalleja y del general Alvear, elegante dictador argentino. Por su parte Rivera se había alejado del ejército. El Brasil derrotado en Ituzaingó, donde 3.000 orientales y 4.000 argentinos se enfrentaron a 9.000 brasileños, todo anunciaba que Uruguay sería una nación independiente. Pero los orientales ya no admitían la hegemonía del Brasil, ni tampoco la tutela de Argentina; decidieron seguir la lucha sin la ayuda de Buenos Aires. La guerra sería más lenta pero sus resultados más concretos y Lavalleja sustituyó a Alvear en el gobierno. Mientras tanto Rivera había desembarcado en Soriano y luchó y venció en Misiones (1828), luego, solo, continuó la campaña como Artigas. Recelaba de Buenos Aires y de Lavalleja, pero gracias a su constante esfuerzo firmaron la paz definitiva con Brasil el 27 de Agosto de 1828. Este reconoció por fin la independencia de la "provincia de Montevideo" y la constitución de un Estado soberano, factor necesario al equilibrio político de la región de La Plata.

Siete años más tarde bajo la tiranía de Rosas, la autonomía de Uruguay, se vio amenazada. El dictador argentino pretendía conquistar la pequeña república y ejercer su hegemonía sobre todas las provincias de La Plata, desde Tarija hasta Montevideo. El Presidente oriental Oribe, electo en 1825, apoyaba a Rosas contra los unitarios argentinos refugiados en Montevideo y respaldados por Rivera. Confundidos en los dos partidos estaban uruguayos y argentinos pero Rivera personificaba el irreductible espíritu nacional. Derrotado en 1837, prosiguió en territorio brasileño una enconada lucha contra Oribe al que por fin venció. A renglón seguido se hizo

proclamar presidente de Uruguay, mientras Oribe pasó a las filas argentinas como general de Rosas.

La lucha entre unitarios y federales adquirió entonces, sobre todo alrededor de Montevideo, un significado trascendente. Brasil intervino inmediatamente en los pleitos de La Plata, pero inexpugnable como el Paraguay de López, la provincia oriental prosiguió su lucha contra Oribe y los ejércitos de Rosas.

Un noble cruzado de la libertad, Garibaldi, encabezando la escuadra oriental que defendía Montevideo, dio a la lucha un giro romántico. Oribe mientras tanto asolaba el país y asedió Montevideo en 1843. Los extranjeros, franceses, italianos y turcos por un lado y los nacionales por otro se disponían a defender la ciudad amenazada. De primera intención, Francia, Inglaterra y Brasil ofrecieron mediar, a lo que Oribe se negó, luego mandaron escuadras para defender la autonomía de Uruguay y asegurar la libre navegación en el río Paraná a fin de no menoscabar los intereses comerciales de Europa en esta región. Al cabo de una larga guerra y heroicos combates, Urquiza, jefe de los ejércitos confederados contra la autocracia de Rosas, derrotó a Oribe (1861) y rescató Montevideo de la amenaza argentina.

Lavalleja y Rivera, grandes caudillos en la lucha por la libertad, se disputaban el poder y la influencia moral. Rivera representaba como Artigas un patriotismo agresivo, hostil a cualquier influencia, en buena cuenta, el nacionalismo integral. Indígena, generoso y anarquista, era más liberal, más democrático que Lavalleja: defendía todas las libertades, de conciencia, de industria y de prensa. Como gaucho nómada, organizaba y encabezaba las guerrillas. En cambio, Lavalleja, mestizo, un poco más culto, pero violento y autoritario, por su soberbia y sus métodos coloniales era el jefe de las clases aristocráticas y cultas. Más conservador, con más mando que Rivera, se oponía a la democracia rural, y deseaba la independencia en el orden, la libertad sin libertinaje, en el gobierno fue un tirano. Sembró la discordia entre los partidarios de Rivera, disolvió la Cámara de representantes, reformó la administración de la justicia y se granjeó la amistad de las autoridades departamentales. Rivera presidente de 1830 hasta 1834 y de 1838 al 1843, fue como la mayoría de los caudillos americanos un celoso protector del comercio y de la industria. Las rentas nacionales subieron en un 27 por ciento; las importaciones y exportaciones aumentaron, creció la población y se multiplicaron las escuelas y las bibliotecas. Rivera exterminó a los indios charrúas que asolaban ciudades y campos al par que incentivó la ganadería y, en su entusiasmo democrático, prohibió el tráfico de esclavos en 1839 y los libertó en 1842.

Ya en la rivalidad de estos jefes, asomaban los elementos que llevarían luego a las guerras civiles. Dos partidos políticos, los blancos y los colorados se disputaron el poder como en las demás repúblicas americanas; sus rencores, arraigados y violentos revelaban un antagonismo más profundo que

el mero conflicto de intereses políticos. Uruguay como Venezuela y Perú era un país de caudillaje pero en el Estado oriental todos los jefes, desde Rivera hasta Batlle y Ordóñez, realizaron no solamente obras de interés material y social, sino también reformas religiosas y morales: esto explicaría el odio tenaz entre blancos y colorados. Trátense de cuestiones locales, de convicciones nacionales o de tradiciones, formidables instintos se estrellaban y el problema político se simplificaba.

Dos grandes grupos, el uno conservador, el otro liberal y encabezados ambos por tercos jefes, luchaban por imponerse en los gobiernos y en los parlamentos. Los blancos eran partidarios del absolutismo, nacionalistas, católicos e intolerantes. La antigua aristocracia española, el clero, los doctores, todos aquellos que quisieran constituir una oligarquía intelectual simpatizaban con este partido autoritario y tradicionalista. Los colorados liberales, enemigos de la iglesia, llamaban asesinos a sus adversarios porque en nombre de la razón de Estado y del orden, arrollaban los derechos humanos y la vida y porque condenaban las libertades excesivas; apoyados por las logias y el campo, formaban el partido popular. Los blancos los llamaban salvajes. A pesar de que encopetadas familias figuraban en ambos partidos, las nuevas clases sociales, los mestizos, los hijos de inmigrantes respaldaban a los colorados mientras que en el partido blanco se afiliaban los latifundistas.

Lavalleja murió en 1853 y Rivera en 1854. A la muerte de estos jefes, una cruenta guerra continuó entre ambos partidos, el uno portavoz de la tradición y el otro, de la democracia. En vano, algunos presidentes: Giró, Flores, Berro se esforzaron por lograr la unidad uruguaya y formar un partido nacional. Las luchas duran todavía porque los grupos obedecen a un antagonismo necesario: la oligarquía conservadora y la democracia mestiza son tan antagónicas en Uruguay como lo son en Venezuela y México. Las antiguas familias *beati possidentes* defienden los latifundios contra los extranjeros y los mestizos.

Al caer Flores (1865) el partido Blanco perdió su hegemonía política y el liberal recuperó sus fueros. Flores protegía el comercio, reedificó las ciudades destruidas por tantas guerras e hizo construir los ferrocarriles: su dictadura terminó en 1868. El jefe de los Colorados tornó de nuevo a la presidencia de 1875 al 76 y su partido se afianzó en el poder. A pesar de nuevas revoluciones, no abandonó el gobierno y realizó grandes reformas sociales. Otro caudillo, el actual presidente, don José Batlle y Ordóñez es por su *credo* liberal, su influencia y la audacia de su programa político una personalidad eminente, por sobre las mezquinas luchas que dividen a los americanos: heredó la autoridad de Rivera, de Flores y de Lorenzo Batlle.

En la lucha entre los dos partidos tradicionales nació el Uruguay moderno, pequeña nación de intensa vida comercial, como Bélgica o Suiza, que no se olvidó en sus conquistas materiales, el consejo de Ariel. Un admirable maestro, José Enrique Rodó estableció en Montevideo una cátedra de idea-

lismo. Inmigración, *superávit* * en los presupuestos, el servicio riguroso de la deuda interior, el crecimiento de la población y todos los aspectos del progreso económico van de la mano con el desarrollo de la instrucción, el gran número de escuelas, la importancia del periodismo, el espíritu de una juventud que ambiciona para su patria un papel de importancia en la vida americana. Las leyes más avanzadas —el divorcio, la abolición de la pena de muerte, el bienestar obrero y la separación de la Iglesia y el Estado—, dan a la civilización uruguaya un giro profundamente liberal. Se detuvo el mestizaje después de la aniquilación de los charrúas y la raza, más homogénea, es plenamente consciente de su nacionalidad. Los uruguayos bautizaron Montevideo, Nueva Troya, ya que tomar esta ciudad inexpugnable, fue a lo largo de las gestas americanas, la ambición de todos los conquistadores: allí se refugiaron los peregrinos de la libertad, allí, los extranjeros ambiciosos, los unitarios argentinos y Garibaldi, el soldado romántico. Y cuando los pueblos de América cansados de los cismas quieren uniformar sus leyes y glorificar su pasado heroico, van a Montevideo, como a La Haya o a Washington, a reunirse en sus periódicos congresos de paz.

CAPITULO V

ARGENTINA

La anarquía de 1820 - Los caudillos, su papel en la formación de la nacionalidad - Un Girondino: Rivadavia - El despotismo de Rosas - Su duración y sus aspectos esenciales.

Al igual que a las otras repúblicas americanas, la anarquía también aquejó a la Argentina. Pero la lucha entre la autocracia y las revoluciones tuvo en el vasto escenario pampeano, resonancias épicas: el enfrentamiento de fuerzas orgánicas, las tradiciones, la geografía y las razas le dieron una rara intensidad. Las provincias se alzaron contra la capital; la costa contra la sierra, los gauchos contra los costeños y los partidos representaban los instintos nacionales.

La anarquía y las aspiraciones de las provincias asomaron ya al nacer la república. Sucesión de gobiernos efímeros, multiplicación de constituciones y reglamentos. Se probaban formas políticas sobre el modelo romano o francés; la junta de 1810, el triunvirato y el Directorio en 1813 y 1819.

*Este superávit fue de 8 millones de pesos entre 1906 y 1910.

Cada dos años, con rigurosa exactitud, esta inquieta república se dio una nueva Constitución. Los ejércitos argentinos, como las huestes francesas de la Revolución, llevaron la libertad a Chile y Perú, pero en el interior, el afán de Buenos Aires por sojuzgar a las provincias tuvo menos éxito.

Se dijo que en el año 1820, la discordia llegó a tanto que los esfuerzos de los revolucionarios de Mayo parecieron agotados. En Buenos Aires se produjo el divorcio entre bandos, la lucha entre caudillos unitarios y federales: Alvear, Sarratea, Dorrego y Soler; entre la capital y el campo, entre las municipalidades y las tropas rebeldes. A nivel nacional, la lucha entre jefes provincianos contra Buenos Aires y el Directorio.

En medio de estas conmociones, se fue formando la democracia federal: las provincias celebraban pactos, la capital se avenía con los caciques y gobernadores de provincias, el Cabildo conservaba su carácter representativo, pero militares y civiles se enfrentaban.

Por fin, en 1821, el partido del "directorio", aristocrático y unitario se impuso. Bernardino Rivadavia fue la figura representativa de esta época.

Secretario en el gobierno de Rodríguez, de 1821 a 1824 y presidente de 1826 a 1827, dictador civil como Portales en Chile, estadista insigne y reformador como Moreno y Belgrano, presidió a la realización prematura del ideal democrático y simbolizó los principios unitarios, la supremacía de Buenos Aires, el constitucionalismo, la civilización europea y la república ideal: en buena cuenta, quiso igualar a Lamartine y Benjamín Constant.

Lo tenía todo: era bien parecido y hablaba bien además de ser honrado, entusiasta y patriota. Adivinó los elementos de la grandeza argentina: la inmigración, la navegabilidad de los ríos, la estabilidad bancaria y el comercio exterior. Pero Buenos Aires era entonces una república plebiscitaria donde el Cabildo y el pueblo resolvían todos los problemas, y Rivadavia padeció el ostracismo tanto como antes había gozado de la inestable popularidad que suelen brindar las democracias a sus jefes. Fue como lo dijo Groussac, un ardoroso forjador de utopías. Acordó todos los derechos políticos. Quería una república de libre sufragio y para ello duplicó el número de representantes del pueblo y suprimió los municipios que habían preparado la Revolución. El poder ejecutivo renunció a sus prerrogativas para someterse al poder legislativo. ¿Pero acaso era prudente, en un país revolucionario y frente a las provincias desunidas dejar las riendas sueltas? Rivadavia organizó el poder judicial como entidad suprema y autónoma. En sus mensajes de alta doctrina política, declaró la propiedad y las personas inviolables, proclamó la libertad de expresión y de conciencia.

Emprendió la campaña contra la Iglesia, cerró los conventos, desamortizando sus bienes, negó el fuero eclesiástico y secularizó los cementerios. Aspiraba como Guzmán Blanco a fundar una religión nacional y democrática. Gran educador, creyó en las bondades de la instrucción popular; para ello, hizo construir escuelas y colegios, atrajo profesores extranjeros y promulgó un plan de estudios en el cual la física y las matemáticas, pos-

tergadas bajo el antiguo régimen, volvieron a ocupar su sitial. Fundó numerosos institutos pedagógicos: la facultad de medicina, la biblioteca, el museo, escuelas técnicas de mecánica y agricultura y colegios para señoritas.

No descuidó tampoco los progresos materiales. La reforma financiera fue radical: el presupuesto nacional, establecido; el impuesto a la renta y los aranceles regularizados. El ministro García contribuyó a esta transformación financiera. Consciente de que el porvenir de Buenos Aires descansaba en la misión civilizadora del océano, hizo abrir cuatro puertos sobre la costa. Favoreció la inmigración, protegió la agricultura, mejoró las vías y medios de comunicación y transporte y reformó la policía; por último, firmó el primer emprestito.

En el orden político, se promulgó la Constitución de 1826 bajo su gobierno. Aunque de inspiración rousseauniana, le dio un giro fuertemente centralizador y autoritario. Los senadores debían ejercer sus funciones durante doce años; eran el poder conservador; los diputados y el presidente no permanecían más de cuatro años. Era pues una constitución unitaria que hacía de Buenos Aires, a pesar de la protesta airada del campo, la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata, centro regulador sobre el cual todos se apoyaban.

Rivadavia impuso la unidad, propagó sus ideas, acumuló las reformas, frenó la influencia de la Iglesia; en suma fue un civilizador por excelencia. Su ambición era transformar una provincia española en una nación de corte europeo, un pueblo bárbaro en una democracia, una sociedad lerda y fanática en una república liberal. Pero gobernó en función de Buenos Aires, de la costa y de la futura democracia latina y dio las espaldas al desierto, la anarquía de las provincias, la sierra indómita, los caciques y las tribus indias. Al cabo fue vencido por la barbarie feudal y la confusa democracia hostil a la organización y a la unidad, pero su obra permanece como dechado de gobierno constitucional. Alberdi escribió que legó a América un plan de mejoras e innovaciones progresivas; fue una inmensa construcción política, un evangelio de la democracia. Si de las brumas del océano surgieran en Buenos Aires mitos populares como surgieron en las ciudades griegas bañadas por las aguas del Mediterráneo, Rivadavia sería el numen de la cultura argentina, el patrón de la ciudad y el creador de sus artes y sus leyes.

Mientras el formidable presidente multiplicaba las reformas, la demagogia triunfaba de su tentativa unitaria. Su obra constitucional naufragó en las provincias porque los gobernadores no aceptaban la orgullosa hegemonía de Buenos Aires. Lucharon fieramente por imponerse, en el norte y en la costa. Se instalaron erráticos congresos provinciales al par que Montevideo se separaba de Argentina, en pos de su independencia y bajo el mando de Artigas. Pero tanto Brasil como Argentina se disputaban esta provincia. En estas circunstancias, Rivadavia renunció a la presidencia en 1827. Luego abandonó el país que se había cansado al tratar de seguir el ritmo de su espíritu creador e innovador. Para reemplazarlo, eligieron al

general Dorrego; era el jefe federal de la ciudad, como Rosas lo era del campo. Mientras tanto continuaba la guerra con Brasil hasta 1828 en que firmaron un tratado reconociendo la autonomía de Uruguay.

Esta victoria de Brasil indignó a los unitarios argentinos y como consecuencia de ello, derrocaron a Dorrego y eligieron gobernador al general Lavalle. Vientos huracanados de la discordia y la tragedia asolaron la ciudad. Dorrego fue fusilado por orden de Lavalle con lo que se inició la lucha fratricida entre federales y unitarios.

El audaz alzamiento de las provincias coincidió con la promulgación de la Constitución de 1826. Sin embargo, desde 1820, una ola de rebeldía contra la autoridad de Buenos Aires se desparramaba sobre las regiones argentinas: fue la época de los caudillos, algo así como condensadores de la desenfrenada energía provincial, que se valían del terror para oponerse a la presidencia aristocrática de Rivadavia. Fueron los realizadores de la federación, que cimentaron con largas luchas, odios o convenios, amistades y alianzas otras veces. En la nación, las provincias lucharon entre sí, en las provincias, las ciudades, y en las ciudades, las familias. Un acendrado individualismo, herencia española, socavaba las estructuras precarias de la sociedad y de la política. Fue más que una desintegración federal o un choque de señores ambiciosos, deseosos de expander sus dominios: fue una mística barbarie cuyos jefes recuerdan los Tamerlanes, nómadas y fanáticos. Los empujaba una extraña fuerza, bronca, borrascosa y pródiga: el genio de la pampa, el instinto de una raza errante.

El general Quiroga, el *Facundo* de Sarmiento es el prototipo de estos gauchos turbulentos. Conquistando territorios o por alianzas, extendió su hegemonía sobre varias provincias. El ruín Bustos, la familia de los Reinafé, el astuto López, Ferré son también caudillos argentinos: López mandaba en Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, pero Facundo los aventajó a todos por la amplitud de su acción y su influencia. Desde los Andes, fue conquistando tierras hasta el litoral y los grandes ríos, y señoreó en Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, San Juan, San Luis y Mendoza; agrupó extensas provincias y preparó la unidad futura; en suma fue el precursor de Rosas. Cruel y leal, noble y sanguinario, honrado, parco y agresivo, era el fruto de la pampa y por ende actuaba bajo el impulso de fuerzas primitivas, por instintos y pasiones simples, el heroísmo y el cortejo con el peligro. De contextura gruesa, pelo abundante, cejas pobladas y mirada altiva, se parecía a esos sombríos califas que traían de Oriente el terror místico. El también proclamaba contra el liberalismo de Rivadavia, "religión o muerte": encarnaba al gaucho malo, enemigo de las disciplinas sociales, al margen de las leyes y de la ciudad, consciente y orgulloso de su barbarie. Sarmiento cuenta que tenía aversión por las personas decentes y que odiaba la señorial ciudad de Buenos Aires. Se impuso a los generales unitarios Paz y La Madrid y a los caudillos segundones, López y Reinafé. Su vida no fue más que correrías por las escarpadas sierras hacia la capital. Cruentos fueron los encuentros y dignos de una época incierta en la que la barbarie sólo

cambiaba de matices, desde Buenos Aires hasta Rioja. Despojó, mató y triunfó en Tala, en la campaña de Cuyo.

Le escribió llanamente al general Paz (1830): "Así como van las cosas en las provincias, no es posible satisfacer las pretensiones locales, si no es con la federación. Las provincias serán despedazadas quizá, pero jamás dominadas!" Asesinado a traición por los Reinafé, en Barranca-Yaco, y probablemente con la anuencia de Rosas, lo dejó a este último como heredero *.

Rosas era uno de estos seres hiperbóreos a quienes Gobineau confiere una perdurable autoridad sobre las multitudes. Tenía abolengo, ojos azules y un carácter dominante. Sobrio, sagaz, orgulloso y enérgico, reunía todos los caracteres de las grandes individualidades descollantes. No obedecía a concepciones generales ni a vastos planes políticos: era una voluntad favorecida por ambiciones. Con su carácter autoritario de patricio español se hizo el *pater familiae* de la democracia argentina. Por instinto y necesidad fisiológica ambicionaba el poder; gobernó en favor de la federación, esta idea concreta y práctica que había comprendido al contacto con diversas regiones, con el gaucho nómada y con poderosas personalidades provinciales, y que expuso en 1828 en una famosa carta a Quiroga **.

No perseguía la simple realización del régimen norteamericano: su ideal era una federación nacional. Estaba convencido que "un gobierno general era imprescindible, como único medio de dar vida y respetabilidad a la república" pero solamente los Estados bien constituidos podían aceptar esta autoridad central. Escribió pues que una república federativa era una quimera si los Estados que la integraban no estaban ya bien organizados y que la anarquía argentina no permitía fundar ni federación ni unidad. Afirmó, recordando los Estados Unidos, que "el gobierno general en una república federativa no unía pueblos federados, pero los representaba, unidos". Así es como quiso hermanar a las provincias: "Hay que dar tiempo a los elementos de discordia para deshacerse, cada gobierno tiene que fomentar el espíritu de paz y de tranquilidad".

Entre los gobernantes dogmáticos y revolucionarios impenitentes, este presidente que deseaba la federación real y aceptaba como factor de luchas humanas, el tiempo creador de naciones estables, parece extraño. Rosas, pues, dejó "a los elementos de discordia el tiempo de destruirse"; presidió como dictador invulnerable a la oscura gestación nacional, aislando a su pueblo. Detestaba a los extranjeros, como si hubiera querido preparar, sin influencia perturbadora, la fusión de razas antagónicas, el acendramiento de odios locales, la armonía de las gentes, tradiciones y provincias, un organismo plástico y fecundo. Del caos surgiría una federación espontánea, de corte norteamericano: como en la formación política del país del Norte,

* cfr.: Sarmiento, D. F., *Facundo*, Santiago, 1845.

** Publicada por David Peña. Cf. *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, 1907, pp. 389 y sts.

las provincias, ya plenamente autónomas, firmaron pactos para unirse. Tal fue el pacto federal de 1831 entre las provincias del litoral, Corrientes, Entre Rios, Buenos Aires y Santa Fe; y la Constitución de 1853, veinte años más tarde.

Pactos y cartas reconocían la "soberanía, la libertad y la independencia de cada una de las provincias".

La obra de Rosas es profundamente argentina. Tres fueron sus logros civilizadores: derrotó a los caudillos aislados, domó el desierto y fundó una confederación orgánica. Fue tradicional en lo que respecta a libertades arraigadas y oportuno, por adaptarse a ese "momento" de la evolución nacional porque impidió la obra de disgregación de jefes irresponsables. Al igual que Porfirio Díaz, aniquiló a los caudillos de provincia: fue un Machiavelo de la pampa. Disimuló su voluntad de unificación, azuzando los odios de los gobernadores para dividirlos; agrupó y aisló a sus antagonistas, piezas móviles del aparato político. Cuando aumentaba el poder de Quiroga, protegía a López y libró Facundo al odio de los Reinafé. Asesinado aquél, acusó a éstos. Derribó los semidioses con un golpe de su mano todopoderosa. Con mucho acierto, Ernesto Quesada escribió que Rosas fue el Luis XI de la historia argentina por encima de la división feudal de los señores criollos, edificó una magnífica construcción unitaria. Fue en buena cuenta el creador de la nacionalidad. Rosas supo rodearse de gente escogida: los López, los Anchorena, los Mansilla, los Sarratea, los Riglos. Las clases cultas pedían un gobierno fuerte, renunciando a la libertad con una alegría dionisíaca y entregaron a Rosas el "poder sin límite". El tirano, por cierto, gobernó a despecho de usos y derechos. Prohibió el Carnaval, popular recuerdo de las bacanales paganas y para fijar las reglas del luto, él era la ley, la razón, el *logos:* todo un pueblo delirante, sin distinción de jerarquía se inclinó delante de su voluntad omnipotente. Fue la nivelación suprema, el terror, la servidumbre omnímoda. Rosas, siguiendo los dictados de profundas tradiciones de raza, volvióse el César de una democracia.

Gauchos y negros lo apoyaron y con la ayuda del pueblo subyugó a las clases dirigentes. Unificó destruyendo los privilegios sociales e invirtiendo el orden en las jerarquías en la ciudad aristocrática y unitaria. Sus métodos políticos fueron sencillos; aplicaba instintivamente infalibles reglas psicológicas. Conocía el poder de la repetición, del hábito, de los lemas; la acción enervante del pánico y el efecto de los colores llamativos y de las palabras sonoras sobre las masas mestizas. "¡Federación o muerte!" repetían sus proclamas. "Salvajes, inmundos unitarios; unitarios impíos" se leía en los diarios y los documentos oficiales; un color, el rojo, señalaba a los federales. Le escribía a López: "Repita la palabra: salvaje, hasta la saciedad, hasta aburrir, hasta cansar".

Lo que no se conseguía por esos métodos, lo lograba la acción eficazmente niveladora del terror. Rosas descabezaba las voluntades rebeldes con la ayuda de la *Mazorca.* Desde luego, jacobino de la federación, dominó a sus enemigos los unitarios impíos, inmundos y salvajes. Fue un demócrata

fanático, un inquisidor laico; no bien descubría una herejía política, la condenaba sin piedad. Como caudillo nacional, protegía la religión, se congraciaba con el clero y atacaba a los unitarios no sólo porque eran salvajes sino también porque eran impíos. Al igual que Portales, usaba la religión para sus fines. Defendía el "patronato", condenó a los jesuitas por conspiradores, no por religiosos. El clero lo consideraba mandado por Dios para "presidir los destinos del país que lo vio nacer". Gobernó al amparo de la tradición y la historia, sirviéndose del odio de clases, del fanatismo de las masas, del servilismo indígena: he aquí por qué fue católico y demócrata.

Al igual que los grandes dictadores americanos, Rosas fue un eximio administrador de la hacienda pública. En medio de la efervescencia nacional y de los gastos militares, tuvo gran cuidado de organizar y publicar las cuentas del país. Su método era tan simple como minucioso: nombraba hombres probos para los altos cargos representativos. Los periódicos oficiales publicaban mensualmente el balance fiscal. Aseguró rigurosamente el servicio de la deuda. Tuvo cuidado de no acumular empréstitos ni impuestos nuevos. Su política económica fue previsora y ordenada. Se le deben obras públicas en Buenos Aires, entre otras, un suntuoso paseo, *Palermo,* donde residía. Asentó su invulnerable autocracia sobre progresos materiales y el orden fiscal. Por otra parte, se erigió como el defensor del continente contra las expediciones europeas. Como Juárez y Guzmán Blanco, profesaba un celoso individualismo: es así como su obra se compenetra con la raza y el territorio. Al continuar la obra revolucionaria de 1810, quiso no sólo la libertad frente a España, sino también la autonomía frente al mundo.

Realizó pues la unidad federal en veinticinco años, 1829-1852. Primero fue gobernador y jefe de los gauchos; en 1835 conquistó el poder absoluto por cinco años que se prorrogaron mediante sucesivas reelecciones. Lo precedieron la anarquía de 1820 y la bancarrota unitaria de 1826; dejó la fuerte unidad de 1853 y 1860, el progreso asentado de la democracia argentina. Entre ésta y aquélla se ubicó su despotismo fecundo y el terrorismo necesario. Su dictadura fue más eficaz que la autocracia de Guzmán Blanco o la tiranía eclesiástica de García Moreno. Tanto Porfirio Díaz como Portales, dos creadores de unidad política, fueron sus émulos. Fue el arquitecto de una federación posible pues era gaucho y oía las voces de la raza; gobernó como americano sin aplicar métodos políticos europeos. Sin él hubiera perdurado la anarquía hasta la irremediable disgregación del virreinato de La Plata. Cual el dios romano, Rosas tiene dos rostros; concluyó una época y abrió otra; mirando el pasado, la guerra y el terror, mirando hacia el porvenir, la unidad, la paz, el desarrollo democrático y el progreso industrial.

Defendió el territorio contra las coaliciones extranjeras y su poder contra las conspiraciones y las revueltas, contra los versos airados de Mármol, el periodismo agresivo de Rivera Indarte y Varela; contra los violentos

panfletos de Sarmiento y la prolija dialéctica de Alberdi. A todo esto respondió con la sangrienta campaña de los *mazorqueros* y a la tutela europea, opuso el individualismo de los gauchos.

Rivadavia fue la tesis; Facundo, la antítesis y Rosas, la síntesis. El primero representó la unidad absoluta, el segundo la multiplicidad anárquica, el último, la unidad en la multiplicidad, la pluralidad coordinada, la unión sin violentas simplificaciones. Rivadavia había comprendido que era indispensable la supremacía de Buenos Aires que representaba la unidad fundamental del Plata, por su posición frente al océano, fuente de riquezas y de potencial humano. Facundo reivindicó, frente a esta unificación prematura, la provincia autónoma, pura y diversa. Rosas logró la armonía final de las fuerzas argentinas. Unificó como Rivadavia y dividió como Facundo; por un lado dominó la ciudad capital y por otro, encauzó el provincialismo: de ello nació la Confederación, no sin dolores. Su renombre llegó hasta Europa: Lord Palmerston fue amigo suyo, el *Tiempo,* el *Journal des Débats,* la *Revue des Deux Mondes* se ocupaban de su política y su influencia. Alberdi reconoció que fue grande su contribución al prestigio de Argentina en el extranjero, por su heroica defensa del territorio. Su crueldad fue eficaz y su barbarie, patriótica:

> *"Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;*
> *pero como argentino, las de mi patria, no!"*

exclamaba Mármol. Cadenas necesarias sin embargo, porque alejaron el peligro de la dispersión feudal, doblegaron el provincialismo disolvente y dieron unidad y firmeza a la democracia.

Su obra política le sobrevivió a pesar de las ambiciones de Buenos Aires. Un desarrollo lógico asentó los lazos que unen a las provincias y agrupan y organizan todas las fuerzas nacionales alrededor de la ciudad capital. En noventa años, de la anarquía de 1820 a la gloria del Centenario, Argentina sufrió una transformación que abarca todos los ámbitos: raza, política, riqueza, cultura e historia: es ahora una gran nación latina pronta a alcanzar la hegemonía intelectual y moral en América del Sur.

LIBRO III

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD EN MEXICO, CHILE, BRASIL Y PARAGUAY

AQUELLAS REPÚBLICAS se alejaron de la evolución realizada en Venezuela, Perú y Bolivia: en ellas no hubo revoluciones ni perdurable anarquía. El progreso social se logró bajo la presión de largas tutelas; se enarboló el principio de autoridad contra el desorden y la licencia. Esos son pueblos más estables y menos liberales. La libertad no fue para ellos el don espontáneo de las constituciones sino una conquista alcanzada contra duras oligarquías y enraizados déspotas. Tal fue el caso de México, Chile, Brasil y Paraguay.

CAPITULO I

MEXICO

Los dos imperios - Los dictadores. El emperador Iturbide - La lucha entre federales y unitarios - La Reforma - El emperador extranjero - La dictadura de Porfirio Díaz - Progreso material y servidumbre - La influencia yanqui.

Encontramos en México, alternativamente,, revoluciones y dictaduras. El principio de autoridad dominó hasta engendrar dos imperios y una presidencia inamovible; siempre hubo un partido monárquico bien organizado.

México moderno, creado por una benefactora autocracia, es una prueba de la excelencia de los gobiernos fuertes sobre el continente dividido.

La nación azteca nació a la vida libre en 1821, a raíz de las capitulaciones de Córdoba. El virrey O'Donoju reconoció el triunfo de Iturbide y con ello los derechos de México; el jefe español y el caudillo patriota decidieron crear un imperio que conservaría los derechos de Fernando VII, a semejanza de las juntas de América meridional y elegir un Congreso constituyente; nombrar un gobierno provisional para presidir los destinos nacionales durante la época de transición resultante del ocaso del régimen.

Pronto la independencia nacional e Iturbide son todo uno: una ambición imperiosa lo guiaba y los triunfos de Napoleón lo obsesionaban. Había tenido una educación latinista, era un orador brillante y persuasivo. Por su valor y su energía se hizo repentinamente popular. Bolívar en una carta a Riva Agüero decía:"Bonaparte en Europa, Iturbide en América, he aquí a los dos hombres más extraordinarios que la historia moderna ha dado". El clero, la nobleza mexicana, el ejército y el pueblo lo consideraron como el libertador de la patria y le brindaron su apoyo. En cambio, el Congreso le era en parte hostil: los generales Bustamante y Santa Anna lo respaldaban mientras que los generales Victoria y Guerrero le atacaban. Los diputados comprendieron que Iturbide aspiraba al absolutismo, que ambicionaba la herencia de los grandes señores del Anáhuac. Una revolución pretoriana lo proclamó "emperador constitucional de México" el 21 de mayo de 1822. Las opiniones políticas del país estaban divididas. Los monarquistas deseaban un príncipe español; los republicanos, la federación, una democracia de las libertades. Hablando de estos últimos, Iturbide dijo "fueron mis enemigos porque yo me oponía a un sistema de gobierno que no le podía convenir al país. La naturaleza no produce nada por generación espontánea, actúa por etapas sucesivas" *. El emperador respondía a las aspiraciones populares, halagando la imaginación del vulgo con el boato de su entronización y el esplendor de su corte: era el monarca nacional, creador de la patria, como en Europa, los reyes feudales. Seguro de su prestigio y llevado por su ambición, disolvió el Congreso. De allí en adelante su gobierno fue amenazado por los caudillos que defendían la constitución violada. Iturbide abdicó en mayo de 1823 y cuando regresó a su patria, le aplicaron la pena de muerte pronunciada contra él por contumacia. Fue fusilado en 1824.

Santa Anna quien dirigió la revolución contra el Emperador fue el verdadero caudillo mexicano, parecido a Facundo de las pampas argentinas o a Páez de los llanos venezolanos. No tenía una doctrina muy definida: fue primero un reformista radical; luego aceptó con cierta reserva las ideas conservadoras. Sagaz, ambicioso, ignorante y democrático por instinto, terminó siendo el fetiche de las masas, el héroe de las guerras civiles y gobernó su patria dividida unas veces como presidente, otras como general,

* Iturbide, A. de, *Memorias autógrafas*, París, 1824; p. 28.

otras como suprema autoridad. Entre Iturbide y Juárez, entre el Emperador y el Reformador, su sombría personalidad se impuso durante veinte años. Su triunfo en 1824 consagró el federalismo: la constitución ratifica las dos Cámaras, el período presidencial de cuatro años, la inamovilidad del poder judicial y la elección del Senado nacional por asambleas regionales. Bajo este régimen, fue elegido presidente el general Victoria. Fue en esta época cuando, por temor a España y a la monarquía, se inició una política de acercamiento con los Estados Unidos. La influencia de las logias yorkinas, de espíritu radical, se iba extendiendo y trabajaba en favor de la hegemonía norteamericana mientras que decrecía el prestigio de las logias escocesas.

Santa Anna dirigió otra revolución que entregó el poder al general Guerrero y la vicepresidencia al general Bustamante. La crisis económica se iba agudizando a raíz de estas sucesivas revueltas. El Gobierno se sostenía con empréstitos cada vez más onerosos que agotaron el erario y con el descontento resultante de todo aquello, estalló otra revolución. El general Bustamante, partidario de Iturbide, autoritario y conservador fue proclamado presidente, condenó a muerte al anterior jefe de Estado, el general Guerrero, ahogó las revueltas provinciales y restableció el orden interno. Sin embargo, una guerra civil lo obligó en 1832 a transar con el instigador de todas las luchas políticas, Santa Anna.

Con él triunfaron los liberales y se inició entonces una transformación social. Los liberales eran los "hombres nuevos" como en Venezuela con Antonio Leocadio Guzmán. La oligarquía colonial, la burocracia republicana, el alto clero, los nuevos ricos formaban el grupo conservador iniciador del imperio con Iturbide y a favor de la monarquía con Lucas Alamán. En contra se alzaban la democracia reformadora, liberal o radical: era una lucha de principios y de clases. El empuje de los licenciados, el bajo clero y la clase media mestiza llevó a la gran reforma económica, religiosa y social a la cual, más tarde, Juárez conferirá la majestuosidad constitucional. En la lucha contra la Iglesia conservadora y monárquica, los liberales desconocieron el fuero eclesiástico, desposeyeron de sus bienes a las comunidades religiosas, extendieron la educación laica, secularizaron la universidad reaccionaria, con el mismo ímpetu que García Moreno en Ecuador condenaba la universidad liberal; luego impulsados por un radicalismo pernicioso, licenciaron el ejército en un pueblo desgarrado por la anarquía.

Después de Santa Anna, las ideas reformistas encontraron su vocero y defensor en la persona de un mestizo, Benito Juárez (1839) *, con quien el movimiento liberal tomó un significado más profundo, el de raza. Representaba Juárez a los indígenas, la democracia enfrentada a la oligarquía colonial, era el redentor de los indios, cual Túpac Amaru, el protector de los vencidos como Las Casas. Fijó mejor que Guzmán Blanco y Rosas el

* B. Juárez nació en Oaxaca, región zapoteca, como Porfirio Díaz y José Vasconcelos.

ideal de estas repúblicas americanas agobiadas por el recuerdo de la colonia: odio a los privilegios, sueños de libertad, guerra sin cuartel a la Iglesia tutelar, firme despotismo para crear clases e ideas.

Proclamó la separación del Estado y de la Iglesia, la confiscación de sus bienes. El ideólogo de la Reforma: Lerdo de Tejada; el realizador con voluntad insobornable: Juárez. Realizó sin titubeos el antiguo programa liberal. El Congreso dividido en juaristas y antijuaristas lo eligió presidente. Se aplicaron todas las leyes contra la Iglesia, pero el país no se benefició con esta medida. Se iban acumulando contra los liberales "puristas" los escándalos, los tráficos ilegales, el despilfarro y las bancarrotas: éstos contestaban defendiendo las nuevas reformas con violencias y ordenanzas. De nuevo, cerníase sobre la turbulenta democracia la sombra amenazante de un nuevo imperio.

Ya no sería el imperio nacional de Montezuma o de Iturbide sino otro, foráneo. Napoleón III, conquistador por tradición familiar, intervino en las luchas mexicanas. Como Luis Felipe, quería colonias ultramarinas; defendía la civilización latina contra la amenaza yanqui, protegía la Iglesia contra la Reforma, quería extender a los países bárbaros, la beneficiosa influencia del espíritu francés: claridad, método y armonía **. En 1861, el Congreso mexicano suspendió el servicio de la Deuda para subsanar la ruina financiera, lo que provocó la intervención francesa que en buena cuenta fue una embestida de acreedores ambiciosos contra México. Inglaterra y España firmaron en Londres un acuerdo contra la nación empobrecida. Los mexicanos ciegos de odio expulsaron entonces al ministro español: el gobierno federal se había negado a negociar con el encargado de negocios de España. Mientras tanto, el general Zaragoza organizaba la defensa del país contra los franceses a quienes derrota en Puebla. La resistencia se concentró en la meseta central. Murió Zaragoza, pero Puebla se defendió heroicamente contra los invasores; la guerra nacional se transformaba en guerra civil. Los monarquistas deseaban un príncipe y la restauración católica, alentados por la oligarquía conservadora y el clero. Llegó pues el archiduque Maximiliano llamado por los conservadores y de 1863 hasta 1864, después de violentos combates, los extranjeros dominaron el país. Maximiliano entró rodeado de aristócratas en la ciudad de México y el pueblo embelesado por el esplendor de la nueva corte, aceptó al rey extranjero.

El monarca, rumboso y ambicioso quería fundar, tal como Napoleón III, un imperio liberal, una realeza democrática; para eso no condenaba la Reforma, sólo pretendía rescatarla y limpiarla de su origen jacobino. Heredero de virreyes y dictadores, Maximiliano restableció el derecho de patronato y defendía la tolerancia religiosa. Algunos reformistas alababan

** El brillante historiador mejicano Bulnes escribió que la intervención francesa fue "la rebelión de Napoleón III contra la doctrina Monroe". *El verdadero Juárez*, Méjico, 1904, p. 816.

su liberalismo pero en general, ni los liberales ni los conservadores se conformaban, unos porque querían una república laica, los otros porque no aceptaban otra monarquía que no fuera clerical. A todo esto, continuaba la revolución. Como el Mikado, el rey, aislado, eclipsado, no gobernaba y su *taïkoun,* el general Bazaine, al mando de un ejército francés, era la ley.

En 1865, al término de su período presidencial, Juárez se proclamó dictador para minar el imperio tambaleante entre un rey y un general, entre los clericales descontentos y los reformistas agresivos. Los Estados Unidos desaprobaban la monarquía en nombre de la doctrina Monroe: era una intervención frente a otra intervención. Había llegado a su fin la guerra civil de los EE. UU. y era de temer la presencia de un vecino poderoso. En este momento la suerte veleidosa abandona al rey mexicano. Napoleón III necesitaba sus tropas: le preocupaba la actitud agresiva de Prusia victoriosa en Sadowa y sedienta de extender su poder sobre Europa. Aconsejó a Maximiliano que renunciara, pero éste no quiso ceder y defendió tenazmente su dignidad imperial. Llegó la hora trágica del abandono y de la hecatombe y la revolución mexicana se extendió (1866). Porfirio Díaz, que había logrado salir de Puebla asediada por los franceses, organizó la reconquista en Guerrero. Sombrío y viril, se replegó en la Sierra, como Pelayo en las montañas de Asturias, para luego tomar Puebla después de una gloriosa jornada. Cercado por las tropas republicanas, Maximiliano se refugió en Querétaro donde fue tomado prisionero con sus generales. Le condenaron a muerte, y Juárez, inflexible como los dioses aztecas, le negó el perdón. Maximiliano fue pues ejecutado en Querétaro el 19 de junio de 1867. Al subsiguiente día, todo México rinde pleitesía a los ejércitos de Porfirio Díaz. La Reforma había salido vencedora de dos emperadores que pagaron con la vida su empresa imperialista.

Durante estas luchas, Juárez, el caudillo mestizo y Porfirio Díaz, acrecentaron su influencia: Juárez, presidente y dictador reorganizó el país. Consolidó el Poder Ejecutivo, quiso fundar un Congreso conservador, mantuvo el orden, gracias a un ejército disciplinado, mejoró las finanzas, merced a drásticos ahorros. Sus ministros, más cultos y más inteligentes realizaron grandes reformas mientras él se las entendía con los generales victoriosos. Para hacerse cargo de la Escuela Preparatoria, llamaron a un gran educador, Gabino Barreda: como Rivadavia en Argentina, una de sus metas era la transformación material y moral del país. Dio garantías al capital extranjero, estableció la libertad comercial, favoreció la colonización, se interesó por los problemas de irrigación e inició el ferrocarril de Veracruz a México. El ideal de Juárez era la educación de los indígenas: a semejanza de Alberdi, creía que el protestantismo era una fecunda doctrina moral para los indios. "Necesitan, decía a don Justo Sierra, una religión que les obligue a leer y no a gastar su platita en velas para los santos". En resumidas cuentas, fundó la democracia industrial, el estado laico.

Pero entre sus ideas políticas y la realización de ellas en forma arbitraria, existió tal divorcio que se entiende por qué su esfuerzo resultó a la postre estéril. "El único libro que leyó a conciencia fue la *Política* de Benjamín Constant, apología del régimen parlamentario"*. Juárez confiaba en la democracia, en las cámaras que gobiernan; como los reyes constitucionales, deseaba ser un testigo espléndido de las luchas partidarias. Sus ideas le llevaban por la senda del parlamentarismo, pero su ambición, a la dictadura. Pretendió conciliar todos los intereses nacionales y personificar la democracia mexicana, pero sus odios eran mezquinos. Tieso, impasible, grande por su resistencia y su tozudez silenciosa, no tenía grandes ideales, tampoco carisma: carecía de la elocuencia que subyuga a las masas. En resumidas cuentas no era más que el cacique supremo de una nación mestiza.

Muy a su pesar, la anarquía seguía imperando. Los militares que habían salido vencedores en la guerra contra Napoleón III, llevados por su ambición alteraban ahora la paz interna; en Yucatán, en Sonora, en Puebla, estallaban revueltas que Juárez sofocaba enérgicamente. Al término de su mandato presidencial, ganó la reelección, victoria precaria sobre sus contendores, Lerdo de Tejada y el General Díaz. Se había iniciado ya la gran revolución cuando muere Juárez.

Lerdo de Tejada le sucede continuando las reformas emprendidas: con él los principios liberales se inscriben definitivamente en la Constitución mexicana. Lerdo robustece el poder central, dirige sus dardos contra los cacicazgos, tiranías de la Sierra y funda un Senado protector. Como aspiraba a ser reelegido, se inició en Tuxtepec un movimiento para derrocarlo. La Corte Suprema se creía con derecho a examinar los títulos de los candidatos a la presidencia e invalidó la reelección de Lerdo. En 1877, la revolución se propagó a todo el país, y entronizó al héroe de la reconquista, Porfirio Díaz, ahora el nuevo caudillo, heredero de la ambición imperial de Iturbide, de la astucia de Santa Anna y de la dictadura moral de Juárez.

El país se encontraba desorganizado, sin crédito en los mercados europeos ni orden en las finanzas internas. Caciquillos se dividían el suelo ensangrentado; el radicalismo llevaba a la demagogia y la libertad degeneraba en anarquía. El jacobinismo había triunfado con la revolución y condenaba la reelección presidencial y la función del Senado conservador; la omnipotencia de la Cámara es proclamada. Se obtiene así un gobierno débil, efímero. Como falta un poder moderador, reina una asamblea radical, y contra el caos, Porfirio Díaz es el autócrata necesario, el hombre representativo de Emerson.

Severo, adusto, había querido abrazar el sacerdocio. Nació en 1833 y su juventud fue pobre. Mestizo, se daba en su personalidad el valor español y la suspicacia indígena. Había aprendido cuán eficaz es el trabajo, la

* Bulnes, ob. cit., p. 101.

perseverancia, el orden; enseñó latín, fue profesor de derecho natural en la Universidad de Oaxaca, siguió estudios jurídicos, se familiarizó con los dominios de la justicia antes que los de la fuerza. Gran cazador, aficionado a los deportes, templó su voluntad gracias al dominio de su cuerpo. Era ante todo un hombre de acción: carácter secundado por una fuerte constitución física, la energía en la organización y la resistencia le servían para dominar y domar. Su inteligencia se aplicaba a cosas concretas: para él los hechos, hechos son, no tenía ideas generales, ni vastos planes; era lento para deliberar y rápido para actuar. Su política fue un machiavelismo organizado: como Luis XI, dividió para reinar, disimulaba para vencer. Sus ideas de gobierno eran simples: "poca política y mucha administración" decían sus hechos y sus programas.

Maquiavelo en *El Príncipe* enseñaba los medios para ejercer el dominio en los Estados cuyos gobiernos son autónomos: sugería la implacable exterminación de las familias reinantes. El general Díaz siguió parcialmente estos consejos. Para vencer la anarquía, persiguió a los oscuros tiranuelos de provincia: fusilaba, desterraba o si no compraba voluntades con honores y obsequios. Impuso la paz por medio del terror. Había comprendido que el orden era la base práctica del progreso, como en la fórmula de Comte muy popular en México, y ese orden lo estableció con mano férrea.

La destrucción del instinto revolucionario constituye el lado negativo de su obra: Díaz edificó sobre esta base una república industrial, pragmática, trabajadora. Cansado de tanta infecunda ideología, hizo caso omiso de la Reforma y sus ideas radicales para, en cambio, fomentar la bonanza y el progreso material, para lo cual aceptó y estimuló la influencia yanqui que tanto preocupaba a Lerdo. Derrotó la barbarie y el desierto gracias al ferrocarril y acumuló los empréstitos renovadores. Fue el presidente de una época industrial.

Imponentes fueron sus logros económicos: en veinticinco años, de una república desmembrada, México se transformó en un Estado moderno, de la bancarrota emergió a la riqueza y, dejando atrás el analfabetismo empuñó la antorcha de la cultura. Díaz recuerda a esos dioses edificadores de ciudades que hinchan la tierra con el oro de las mieses y enseñan las virtudes del metal y del fuego. El *Times* en 1909 escribía que México moderno era la obra del genio del general Díaz; "es el más grande estadista que las comunidades latinas allende el Atlántico han dado". Y Europa escucha admirada la palabra redentora de labios de esa deidad azteca, forjadora de la paz.

Desde 1884, el presidente Díaz reorganizó las finanzas. Le secundaron eminentes secretarios como Limantour y Macedo. El oro de los Estados Unidos se derramó sobre el mercado y fue invertido en la construcción de ferrocarriles y empresas industriales. En 1905, el ministro Limantour fijó el patrón oro como base del régimen monetario. Regularizaron el servicio de la deuda, con el acuerdo de los acreedores extranjeros; los presupuestos fiscales no dejaban déficit ya: en diez años, el excedente llegaba a los siete

millones de pesos. A partir de 1894, las exportaciones excedieron a las importaciones gracias a lo cual el crédito aumentó y se multiplicaron las industrias; las óptimas condiciones económicas atraían al capital extranjero y lo enraizaban en el país. He aquí algunas cifras de esta progresión: en 1876, al comienzo del mandato de Díaz, las importaciones mexicanas sumaban 28 millones de pesos y las exportaciones 32 millones; en 1901, el importe de aquéllas llegaba a los 143 millones y éstas a 148. La importación, exponente de la riqueza nacional se quintuplicó y las exportaciones, constancia de la producción agrícola y minera, se cuadruplicaron. En veinte años, desde 1880 hasta 1900, la industria minera pasó de los 24 a los 60 millones; en el mismo período se fundaron veinte bancos. Suscribieron en 1904 un empréstito de 40 millones de dólares a 4 por ciento de interés, es decir análogo al tipo de operación llevado a cabo en las naciones europeas. En diez años, el presupuesto pasó de los 50 a los 100 millones. Se dedicó el *superávit* de los ejercicios fiscales a disminuir los impuestos, desarrollar la educación, construir edificios públicos y organizar el ejército y la marina. Con una continuidad poco común en América, el servicio de la deuda exterior fue asegurado, más del 30 por ciento de algunos presupuestos beneficiándose. La evolución industrial comenzó, en perjuicio de la agricultura como en la Alemania de Bismarck y en la Rusia del Conde Witte: se establecieron fábricas de textiles, sombreros y papel. Se exportaban los productos agrícolas, el tabaco, el caucho, el azúcar, una vez copada la consumición nacional. Se amplió la red de ferrocarriles y se iniciaron las obras de irrigación. Colonias de Boers se instalaron en México. Nada detenía la invasión de capitales, el desarrollo de la vida económica, el progreso político del país, revelado con el crédito exterior.

Así pues, el Presidente, con la moneda saneada, las finanzas equilibradas y el oro extranjero, fundó una república pragmática. Puso término a las revoluciones tradicionales, a la vehemencia jacobina y a la propia de la raza con su campaña utilitaria: forjó un Estado silencioso donde sólo se escuchaba el ruido confuso de las fábricas. Gran nivelador, fue según la tradición española, un César a la cabeza de una democracia, árbitro de los conflictos nacionales, el caudillo supremo, dócil a las voces tradicionales.

Tolstoi lo comparó a Cromwell, el dictador puritano de sombrío misticismo. Don Justo Sierra y Bulnes le ensalzaron en ditirambos; Sierra dijo que el general Díaz creó la "religión política de la paz". Pero en la nación azteca, este culto exige sacrificios. Bulnes cree que el dictador devolvió la paz, gracias al "sistema del Emperador Augusto interpretado por Maquiavelo"; dio a los caciques riquezas y honores, mas no el gobierno. Por cierto, Porfirio Díaz edificó la nueva patria mexicana, liberándola de las luchas sectarias y de la conquista extranjera que estaban por destrozarla, pero en su obra reina la incertidumbre y una sombra acérrima se cierne sobre ella. El Presidente abandonó el poder después de una sangrienta

revolución y no se sabe aún si su alejamiento no abrirá las puertas a la anarquía o a otras dictaduras. Su ministro Justo Sierra, escribió que el régimen político del dictador "es tremendamente peligroso para el futuro, porque impone costumbres contrarias al gobierno en sí, sin el cual puede haber grandes hombres, mas no grandes pueblos"; y Bulnes dijo que "el régimen personal es magnífico como excepción, porque "bajo su imperio un pueblo se acostumbra a esperarlo todo del favor o de la gracia; a ser esclavo del primero que lo azota, o la prostituta descarada del primero que la acaricia".

Estas críticas prueban que el general Díaz no aplicó los métodos sajones que preparan al *self government,* mediante firmes tutelas. Aquellos que condenan su larga autocracia pretenden que exasperó los ánimos con su régimen del terror, y aumentó la tristeza indígena con un absolutismo estrecho y monótono. La dictadura no es una fábrica de hombres libres: produce grupos humanos uniformes y serviles. Al abandonar el poder después de haber enraizado el orden y la paz, presidiendo como autoridad moral el libre desarrollo de las instituciones republicanas, Porfirio Díaz hubiera sido, como don Pedro en el Brasil, el supremo educador de la democracia.

Gobernó con el partido "científico": este grupo cree en la poderosa virtud de la ciencia, se aparta de la teología y de la metafísica, niega el misterio y entroniza el utilitarismo como práctica, el positivismo como doctrina. Los políticos mexicanos, al renunciar al catolicismo después de la Reforma y las leyes radicales, no abandonaron el dogma, el absolutismo en la doctrina y en la vida. Como en el Brasil moderno, el positivismo se volvió doctrina oficial. Paulatinamente los herederos de Juárez regresan al catolicismo: aspiran a certidumbres definitivas, tienen su Syllabus. En el Presidente, la majestad política y el pontificio religioso se unen como para los zares y los reyes españoles.

En su restauración del orden colonial, Juárez y Lerdo de Tejada atrajeron capital europeo, porque la supremacía yanqui los preocupaba. Contra esta política basada sobre intereses de raza, el general Díaz defendió y protegió el capital norteamericano: banqueros y aventureros invadieron el país, dominaron las industrias, construyeron ferrocarriles. ¿Cómo contener este alud venido del norte? La transformación nacional es obra de los magnates de Wall Street: México es una zona de influencia para los Estados Unidos.

El partido científico, embriagado por la orgía utilitaria no se preocupó de frenar el avance de la plutocracia norteamericana, buscando apoyo en Europa.

Unidad, riqueza, paz: he aquí los magníficos rasgos del México moderno, obra admirable de la dictadura. Por otro lado, el peligro yanqui, los dogmas laicos que entorpecen la evolución intelectual, la nivelación por las medianías y el utilitarismo sin ideal de expansión, de cultura, de defensa

latina y nuevas revoluciones son los aspectos inquietantes de esta larga autocracia. Si el país se sobrepone a los peligrosos agentes de disolución, la influencia de Porfirio Díaz será tan duradera como la de Pedro II, la de Portales y la de Rosas.

CAPITULO II

CHILE

Una República de tipo sajón.
Portales y la oligarquía - Las presidencias de diez años -
Montt y su influencia - Balmaceda el Reformador.

En Chile, la evolución política es realmente original. Sus primeros años de vida republicana fueron tan turbulentos como en Argentina, Bolivia y Perú: fue la época anárquica. El dictador Carrera derrocó cuatro gobiernos; hubo motines en los cuarteles y discordias entre generales; el dictador O'Higgins cayó en 1823, le sucedió una junta y después cinco gobernantes: Freire, Blanco Encalada, Eyzaguirre, Vicuña, figuras efímeras que una democracia turbulenta entroniza y destruye. Ocupaban durante tres meses el escenario movedizo y luego desaparecían. Durante el gobierno de Pinto de 1827 a 1829, no fueron menos de cinco las revoluciones. Ensayaron una federación en un país geográficamente unitario, los congresos eran asambleas disociadoras, una tenebrosa demagogia surgió entre 1828 y 1829, contra los que deseaban conservar el orden social. La vida nacional andaba trastornada, vandalismo en el campo, parálisis del comercio, de la industria, desamparo en las finanzas, nulo el crédito; la política, revolucionaria. Los partidos: pelucones o conservadores y pipiolos o liberales luchaban por el poder. Estos últimos gobernaron un pueblo ebrio de libertad. La orgía política duró hasta 1830, llevando al pueblo chileno de la libertad a la licencia y de la licencia a la barbarie. Pero un hombre superior, Diego Portales, detuvo esta demagogia e inició una era de estabilidad.

La constitución social de Chile, el contacto entre las castas y las tradiciones favorecían su obra organizadora. Un territorio angosto donde se mezclan las razas, un litoral dilatado que engendra deseos de expansión aventurera son la base geográfica de una raza homogénea. No se da en los araucanos la arisca pasividad de los quechuas y aymaras: son fieros guerreros. El mestizaje no se complica con chinos y negros como es el caso en Perú y Brasil: es un mestizaje simple, sin terribles hibridismos. De allí la unidad nacional y una historia sin altibajos. Sobre esta masa servil

campea, orgullosa y distante una reducida oligarquía de vascos pragmáticos y sobrios, de sajones flemáticos, de comerciantes y marinos.

No hay esclavos como en el trópico sino inquilinos, siervos de los terratenientes. La oligarquía es agrícola y por eso mismo, estable y profundamente nacionalista. En suma, una copia de la sociedad sajona o de la primera república romana, una falsa democracia gobernada por señorones todopoderosos.

Con tan fuertes elementos conservadores, Portales edificó una nación austera. Había nacido en 1793 y dio a los treinta y siete años sus primeros pasos en la vida política. Era un hombre nuevo, comerciante y con ideas precisas. Tenía el carisma de los caudillos, una inteligencia concreta, instrucción regular, voluntad, autoridad y era reflexivo. Podía hacerse jefe de una nación sin entusiasmo lírico ni dada a las quimeras, en fin el conductor sensato de un pueblo pragmático.

Cuando era ministro de Ovalle en 1830, aprovechó la victoria del general Prieto sobre los pipiolos. Sus ideas conservadoras y autoritarias lo llevaron al poder. Nunca fue presidente sino ministro todopoderoso como Disraeli o Bismarck. Tres o cuatro ideas simples y concretas lo guiaban en su política: primero, la organización de Chile contra la anarquía. Utilizó la religión como fuerza ordenadora sin llegar como García Moreno a la teocracia; el principio de autoridad es necesario para organizar un país y el jefe de los pelucones quería un gobierno fuerte con facultades extraordinarias. Entre los dos extremos, la autocracia y la demagogia, se inclinó hacia la primera y se transformó en ministro dictador.

Portales gobernó para poner coto al desorden: destituyó a los jefes revolucionarios. Para él, los hombres se dividían en dos grupos, los buenos y los malos. Se rodeó de "buenos" que naturalmente eran conservadores. Odiaba las sargentadas (motines de cuartel); educó a los soldados y fundó una Guardia Nacional para combatir el militarismo. Arremetió contra los bandoleros, plaga del campo. Abrió escuelas primarias y normales donde se dio prioridad a la instrucción religiosa. Impuso la austeridad en la hacienda. Y su obra se vio secundada en lo legal y económico por el jurista peruano Juan Egaña y un ministro de finanzas, Tocornal.

El ministro quería imprimir a su obra un sello de eternidad. No le bastaba su acción personal, efímera como la vida. Pensó en un estatuto, un molde inflexible para el porvenir. La Constitución de 1833, promulgada por otros, bajo su égida, fue su legado político.

Esta Constitución creaba un Senado conservador y un Ejecutivo fuerte. El primero defendía las tradiciones, el segundo dirigía el progreso nacional. Suprimieron las asambleas provinciales, vestigios del federalismo y las municipalidades fueron encargadas de los servicios públicos. El Presidente podía en caso de disturbios, decretar el estado de sitio y suspender las garantías constitucionales, pero no juzgaba ni imponía castigos. Los departamentos elegían a los diputados; un sufragio restringido designaba a los senadores

cuyo mandato duraba 9 años. El patronato se organizó, la Iglesia era institución de Estado porque defendía la propiedad, el orden y las "buenas ideas" de los pelucones: consagraba la oligarquía pura.

Esta Constitución explica el dilatado progreso liberal de Chile, la larga paz interna, la hegemonía duradera de una oligarquía. Alberdi atribuye la paz chilena a un "ejecutivo enérgico", a la Constitución de 1833.

Lograda esta reforma, Portales organizó tranquilamente el país: impuso el orden "por la razón o por la fuerza". Cuando se retiró, el partido conservador pasó por una crisis cuyos protagonistas fueron Renjifo y Tocornal. El caudillo del orden reanudó con más bríos su obra organizadora: no bastaba a su ambición patriótica el vencer las querellas internas. Comprendió que Chile era un pueblo marítimo, comerciante y oligárquico como Cartago, y pretendió extender su hegemonía sobre los mares.

En el norte se unieron Perú y Bolivia bajo el mando de Santa Cruz. Portales temía esta confederación, por eso intervino en los asuntos peruanos, mandó dos expediciones contra Santa Cruz y fomentó la anarquía en el Perú. Por fin destruyó la obra del gran cacique boliviano y durante medio siglo su imperialismo progresó. El Perú tiene riquezas, brillo y tradiciones, pero Chile le arrancó la hegemonía en una guerra de cuatro años (1879-1884).

La obra de Portales es portentosa. Fue el forjador de la paz interna y alentó el deseo de dominación. Organizó el país bajo una autoridad fuerte secundada por una Iglesia tutelar; dio impulso al progreso material, caminos, riqueza, población y ferrocarriles. Por último una Constitución aseguró su dictadura moral por medio siglo. Los mismos liberales, Lastarria, Huneeus-Gana reconocieron sus logros en una época de indisciplina. Un conservador, Walker Martínez le consagró una brillante apología. El historiador Vicuña Mackenna escribió que "era un gran cerebro más que un gran carácter", cuando toda su obra desde la represión de la anarquía hasta la campaña del Perú y la lucha contra el militarismo son una prueba de que fue más un gran carácter que un gran cerebro. Murió asesinado en 1837.

Manuel Montt continuó su obra política, secundado por Antonio Varas, su ministro, como Tocornal había acompañado al jefe de los pelucones. Estos conservadores iniciaron su gobierno en 1851 y la reelección de Montt en 1856 prolongó su acción: fue el "decenio", época dura y sangrienta. Los partidarios de Montt formaron un partido nacional; defendía a toda costa el orden por la violencia y la dictadura, contra los radicales primero, luego contra radicales y pelucones. Estos diez años de organización dolorosa separan dos períodos: el período conservador de Prieto y Portales y el período liberal de Pérez y Errázuriz.

Un liberalismo mejor delineado que el de los "pipiolos" preocupaba a los hombres del orden. La elocuencia de un tribuno, de Matta, patriarca del radicalismo, la propaganda de Bilbao y de Lastarria, la obra de los clubes revolucionarios como la "Sociedad de la Igualdad" formaban una

juventud dispuesta a sacrificarse por su ideal [1]. En reacción, Montt y Varas condenaron a muerte o al exilio a los futuros liberales, Domingo Santa María, Benjamín Vicuña Mackenna... Pensaban que Chile no estaba listo para las libertades teóricas defendidas por Bilbao y Lastarria; educaban a la manera sajona, para la libertad y el *self government*. Eran personajes representativos de la oligarquía criolla, conservadora, dura y benéfica. La represión dictatorial no derrotó al liberalismo: liberales serán los futuros presidentes y el mismo Montt cambió paulatinamente de dirección. En 1858, en los últimos años del decenio, le atacaron los pelucones porque había tolerado el culto protestante en Valparaíso.

Bajo el gobierno de Manuel Montt, al igual que durante la dictadura de Guzmán Blanco y la de García Moreno, el país progresó económicamente. Construyeron ferrocarriles, caminos y se extendió el telégrafo. Montt protegía la agricultura, la colonización de las tierras del Sur, gracias a la fundación de bancos hipotecarios; abrió cerca de quinientas escuelas y un Banco nacional. Se desarrollaba el comercio marítimo y las rentas públicas se duplicaron durante el decenio; finalmente el admirable código civil de Andrés Bello, promulgado en 1857 dio estabilidad y disciplina a la vida civil. Portales, Bello, Montt y Varas organizaron social y políticamente a Chile.

Después de Montt, las presidencias de Pérez en 1861, de Errázuriz en 1871 y de Santa María en 1881, se separaron de las tendencias conservadoras. Todas las conquistas liberales, el registro civil, el matrimonio civil, la tolerancia religiosa fueron ratificadas por leyes. El liberalismo no debilitó la autoridad presidencial: Pérez gobernó diez años como Montt. Largas autocracias y constituciones conservadoras explican la fuerza chilena en medio de la anarquía americana.

Portales fue un genio organizador; Montt representa una época de defensa social; Balmaceda será el reformador demócrata en un país oligárquico, el presidente liberal frente a tradiciones conservadoras. Balmaceda es la figura prócer chilena, después de Portales: su presidencia suscitó una revolución y transformó la vida política del pueblo.

José Manuel Balmaceda pertenecía a la oligarquía chilena. Era descendiente de una muy rancia familia colonial. Juan de Balmaceda fue presidente de la Real Audiencia, tribunal del rey a fines del siglo XVIII. La familia era de origen vasco. Balmaceda nació en Santiago en 1838; su padre, don Manuel José Balmaceda era conservador, latifundista como en todas las familias tradicionales.

Balmaceda adoptó las ideas democráticas. Los conservadores lo tildaron de apóstata, olvidándose que había cambiado de doctrina, mas no de misticismo; creía en la libertad como antaño en los dogmas inflexibles. Pertenecía al *Club de la Reforma* de Santiago donde una lucida juventud

[1] La Sociedad de la Igualdad presidida por Santiago Arcos reunió a los personajes mencionados, e hizo crisis en 1851. Hubo dos Montt presidentes de Chile: aquí se refiere el autor a Manuel. Su hijo Pedro fue presidente en 1910 (L.A.S.).

defendía todas las ideas liberales, la fe romántica de 1848, antítesis de las de los pelucones y de los partidarios de Montt. Frente al poder ejecutivo despótico, propugnaba la libertad electoral, la no-reelección presidencial, la autonomía de los municipios, la restricción de los poderes del presidente; frente a la oligarquía católica, la tolerancia religiosa; a la autoridad tradicional, la libertad de prensa, de reunión y de expresión como también la autonomía de los poderes. Balmaceda fue el presidente del *Club de la Reforma*. No arremetió contra un grupo tradicional con la pasión del vulgo, vengativo porque sufrió larga servidumbre, sino que se alejó de sus filas, sin perder su señorío, para condenar la autocracia y sus privilegios. Era la actitud de Winston Churchill en la Inglaterra liberal.

Balmaceda reunía las mejores condiciones para lograr sus fines: hacienda personal, base de la independencia; un *credo* atractivo y un partido que se hizo poderoso durante los gobiernos de Pérez y Errázuriz.

Se puede dividir en tres etapas su acción política: diputado, defendió las leyes de la reforma; ministro de Relaciones Exteriores, apartó la intervención norteamericana en la guerra del Pacífico; presidente, exaltó el poder ejecutivo frente a la tiranía del Congreso. De 1870 hasta 1879 fue un parlamentario apasionado, convencido de la eficacia de la libertad contra los excesos del régimen conservador. Defendió en la Cámara, cuando diputado, y como ministro del Interior y del Culto, las leyes liberales: el cementerio laico, el matrimonio y el registro civiles y la libertad de culto. En lugar de la irreversible separación del Estado y la Iglesia, imposible en Chile, abogaba por la unión de ambos sobre las bases del "patronato" tradicional y la libertad religiosa. No quería reformas radicales. "Olvidémonos, decía, de querer cambiarlo todo en poco tiempo y llevar nuestras soluciones, guiados por un espíritu de abstracción rigurosa, más allá de las reales necesidades, para la correcta aplicación de la doctrina liberal y la felicidad de todos". Balmaceda, radical en 1879, moderó sus ambiciones a los diez años, reclamando reformas al Parlamento chileno.

Cuando ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Santa María, consolidó las victorias de Chile en la guerra del Pacífico. Terminada la campaña militar, el Perú vencido defendía su integridad territorial frente a las ambiciones conquistadoras del Arauco. Lo que los ejércitos no pudieron, la diplomacia lo quiso lograr. La intervención norteamericana, preparó, como solución del conflicto, la paz sin conquista: era la política del señor Blaine que soñaba para América una armonía duradera bajo la regla de oro del arbitraje. Trescott, ministro norteamericano viajó a Chile, portador de una fórmula conciliatoria. García Calderón, presidente del Perú, defensor de la integridad y unión nacionales, estimulaba la intervención de los Estados Unidos pero los mediadores obedecían a la nación victoriosa. Entretanto el presidente de los Estados Unidos, Garfield, murió y con ello cambió la política de ese país. El presidente peruano fue prisionero de Chile: de Rancagua a Quillota, de Santiago a Valparaíso, se erigió

como el símbolo irreductible del Perú vencido [1]. Los Estados Unidos lo abandonaron; su política termina siendo indecisa, confusa, maquiavélica. Balmaceda impuso la paz al Perú, la paz que él soñaba, y al firmarla, Chile se adueña de las riquezas del Perú meridional.

El ministro imperialista venció: aspira pues a la presidencia de su país. Santa María lo impuso y la opinión pública lo aceptó, orgullosa de sus triunfos diplomáticos. Después de la larga austeridad chilena, se abrió una época de bonanza. Balmaceda gobernó con acrecentadas energías, debidas al oro del Perú, al poder moral de la victoria, sus ambiciones de estadista y la inclinación imperialista que surge después de exitosas campañas.

Del punto de vista material, Balmaceda transformó a Chile; del punto de vista moral, lo llevó a la decadencia. Sin embargo, ni la disolución ni el progreso son obra exclusiva del presidente autócrata. La riqueza enervó un pueblo sobrio y si por un lado se construyeron monumentos, por otro, los caracteres se ablandaron. Honrado y previsor, Balmaceda destinó los millones producto de la guerra, en obras materiales: construyó escuelas en todo el territorio, institutos técnicos, agrícolas y mineros; escuelas profesionales. Inició la construcción de nuevos ferrocarriles, de un dique en Talcahuano, de edificios públicos y de fortificaciones en algunos puertos; compró acorazados, estimuló la inmigración, fundó escuelas militares y renovó el armamento. Cuando usted en Chile, pregunta por el origen de una obra pública, de una escuela, de una cárcel, la respuesta es Balmaceda. En las finanzas, en la instrucción, en la colonización, realizó una obra renovadora. Fue el presidente constructor.

Tres partidos llevaron a Balmaceda a la presidencia: los liberales, los radicales y los nacionales, es decir, tres facetas de una idea central, desde un liberalismo moderado próximo a las ideas conservadoras (los nacionales) hasta un liberalismo a ultranza, casi demagógico (los radicales). La victoria de Balmaceda ahogó cualquier veleidad de reacción clerical: él era un reformador. No bastaban a su ambición los progresos materiales y las conquistas pragmáticas. Como ideólogo, aplicaba a la política, ideas abstractas. Quiso reunir en un partido preponderante a todos los liberales, asegurar una mayor independencia para los poderes públicos —judicial y municipal— despojar el Ejecutivo de sus atributos tradicionales, establecer una democracia culta y fuerte, liberal y militar para oponer a la oligarquía, y donde todos los soñadores pudieran vivir su utopía.

Existía entre sus doctrinas y su carácter un grave divorcio. Autoritario por vocación y por temperamento, por pertenecer a la clase dominante, sin embargo, debilitó al Ejecutivo gracias a la ley de municipalidades que les otorgaba una decidida autonomía; a la ley de las incompatibilidades que permitía una mayor agilidad al Congreso frente a otros poderes: "el

[1] El padre del autor, F. García Calderón, Presidente provisorio del Perú (1883) fue exiliado a Chile por el gobierno de este país; el presidente de los EE. UU., Garfield, interesado en la paz sin conquista, fue asesinado en 1882 (L.A.S.).

mandato del diputado" decía esta ley "es incompatible con el ejercicio de cualquier función pública renumerada". En medio de la confusión de partidos, así, sin ayuda de eficaces agentes en el Parlamento, Balmaceda menguaba el poder del Ejecutivo pero también sembró para el futuro, a pesar de una reforma perfecta en el campo de las ideas, las semillas de la discordia.

El presidente liberal condenó la Constitución de 1833, base del orden chileno: creía que para una época nueva —la de su gobierno— era conveniente un estatuto nuevo. "Las esperanzas del país y de los partidos, escribía, no se pueden someter al régimen centralizado y fuerte que estableció la Constitución de 1833" *. Criticaba en ésta "las atribuciones del jefe del Ejecutivo, el debilitamiento de la iniciativa y de los fueros locales por el exceso de centralismo; la influencia y el papel preponderante que correspondía al Ejecutivo en la formación del poder judicial, la elección y el funcionamiento del Poder Legislativo".

Su ideal político era el de Benjamín Constant, Lamartine y Laboulaye. No aceptaba el despotismo presidencial ni la tiranía del Congreso; desgarrado, se suicidó y con su muerte, permitió la omnipotencia del último. Pelucón por atavismo, déspota elegante, desconoció pronto este poder que había elevado por encima de la presidencia decadente. La contradicción entre su vida y sus doctrinas, su herencia y su ideal le revistió de la trágica majestad de los personajes de Esquilo. Balmaceda debilitó el Poder Ejecutivo pero tuvo candidatos oficiales; dio primacía a los congresos pero quiso ministros independientes; abolió la Constitución de 1833 pero era autoritario. Renan se parecía al hircocervo escolástico, portador de dos naturalezas antagónicas: tal era el destino de Balmaceda.

¿El perfecto equilibrio de los poderes podría realizarse en Chile o era solamente el noble sueño de un ideólogo? Pronto se sustituiría la dictadura de los parlamentos a la omnipotencia de los gobiernos centralizados. Los partidos impusieron a Balmaceda ministerios, le presentaron listas de candidatos entre los cuales, el presidente, ya con las manos atadas, debía escoger consejeros.

Era esa una transformación radical, porque desde la época de Portales el gobierno se había interpuesto en las elecciones, había impuesto diputados y presidente. Balmaceda desconoce su obra, se alza contra el Congreso, gobernó sin presupuesto, defiende los derechos del poder que había destruido con leyes incautas: pretendió imponer, de acuerdo con la tradición, un Presidente y el Congreso se opuso. Bien se dijo que el gobierno de Balmaceda fue la crisis de la intervención eelctoral **. El Parlamento vetó la ley de contribuciones, hacía caer ministerios, vetaba la designación de un candidato oficial: se formó entonces como en tiempos de la Revolu-

* cf. J. Bañados-Espinosa. *Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891*; T. I., pp. 455 y ss.

** Frase de don Juan Enrique Tocornal, político chileno.

ción francesa, un comité revolucionario. Hubo choque de dictaduras. La revolución estalló pues en 1891; la escuadra se sublevó; la guerra civil dividió a las familias; el Congreso luchaba por la Constitución y el gobierno por la autoridad. Desde la Moneda, Balmaceda dirigía la lucha, feroz por cierto, contra las fuerzas combinadas de la Marina, los Bancos y el Parlamento; los odios y las represalias se multiplicaron como si fuera una guerra de razas. Dos batallas, las de Concón y La Placilla acabaron con el poder del Presidente.

Los revolucionarios llevaban la mejor parte, invadieron Valparaíso y Santiago y la barbarie araucana incendió las casas de los amigos de Balmaceda y recorrió, ebria y feroz las silenciosas ciudades. El Presidente se refugió en la Legación argentina, sus partidarios se escondieron mientras un pueblo de vándalos saqueaba la ciudad. El Presidente vencido se erige entonces como una figura estoica, un héroe de Plutarco: transforma su caída en apoteosis; purificó con una catástrofe, la tragedia local. Sereno, se suicidó después de redactar un noble testamento político. "Entre los más enconados perseguidores de hoy, figuran políticos de diversos partidos que llené de honores, encumbré y serví con entusiasmo. No me sorprende esta inconsecuencia, ni la de los hombres en general... Todos los próceres de la Independencia sudamericana murieron presos o asesinados o proscriptos. Así fueron las guerras civiles en las antiguas y las modernas democracias. Solamente cuando se es testigo del furor que embarga a los vencedores durante las contiendas, se comprende porqué antiguamente los vencidos políticos, aun cuando fueran los más insignes servidores del Estado, terminaban por segar sus vidas".

Después de estas consideraciones sobre filosofía política, expresó su indignación de hidalgo. No se podía someter al "criterio de jueces que había alejado de sus puestos por sus ideas revolucionarias". Dos caminos se le abrían: la huída o la muerte y prefirió ésta para poner fin a la persecución y los sufrimientos de sus amigos. "Podría todavía evadirme —decía en su testamento— pero este expediente no corresponde a mis antecedentes ni a mi orgullo de chileno y de caballero. Fatalmente me encuentro a merced de lo arbitrario, de la conmiseración de mis enemigos, ya que la Constitución y las leyes han perdido su fuerza. Pero bien saben ustedes (se dirigía a los señores Claudio Vicuña y Julio Bañados-Espinoza), que soy incapaz de implorar el favor, o la benevolencia de parte de hombres que menosprecio por sus ambiciones y su falta de espíritu cívico". Pensaba que en las grandes crisis y en los dramas, debe haber un protagonista o una víctima y aceptó su destino hasta la muerte. Por encima de los caudillos mestizos, encima de la turba oscura que se agita en los palacios y los parlamentos, sedienta de poder y de boato, se alza, solitario y orgulloso, aquel patricio.

En su testamento político, condenó el régimen existente: "mientras subsista en Chile el gobierno parlamentario como lo quisieron llevar y como lo respalda la revolución triunfante, no habrá ni libertad electoral,

ni organización seria y constante en los partidos, ni paz entre los grupos parlamentarios". Su desapacible profecía se realizó: el excesivo y estéril régimen parlamentario venció con los revolucionarios. Desde Portales hasta Balmaceda, el Presidente era la suprema autoridad; después de Balmaceda, gobernaron los Congresos, y el Presidente, a merced de los grupos dominantes en el Parlamento, no lo puede recesar ni llamar a un referéndum popular. Se obtuvo la libertad de voto, pero para consagrar la tiranía de las asambleas. Los partidos se dividieron y la autoridad, base de la grandeza chilena, va declinando. Un Presidente sin mando, un ministerio incoherente, un Parlamento dividido e indeciso, he aquí el cuadro político. "El gobierno del Congreso es el gobierno de los partidos y estas entidades políticas existen en Chile sólo como expresión de antipatías o recuerdos *.

El partido de Balmaceda no escapa a esta disolución. Defiende todavía el régimen presidencial pero sin la autoridad de su fundador; es liberal, democrático y parlamentario: su fuerza estriba en el Congreso. "En el liberalismo, los balmacedistas son los que prefieren los acuerdos utilitarios a las doctrinas", según las palabras de don Julio Zegers **.

En el orden político, la tradición de los pelucones, la autoridad recia y tutelar se va muriendo; en el orden social, la oligarquía pierde sus privilegios con el empuje de la clase media. A Balmaceda se debe esta transformación nacional, con la fundación política de escuelas y liceos. Se prepara en Chile, después de la revolución política de 1891, una revolución social, una guerra de castas, sangriento choque entre señorones y la clase media, liberal e industrial, formada en los liceos. Dos partidos, el radical y el demócrata se van organizando para futuras contiendas. Según un observador, "el partido radical comprende a los enemigos acérrimos del clero y buena parte de la juventud de clase media, cuya ojeriza a los ricos y privilegiados se mezcla al rencor religioso" ***. Edwards cree que esta tendencia socialista, predominante en los radicales "constituye un serio peligro para el porvenir". El partido democrático es como el *Labour party* inglés, y como los socialistas unificados de Francia, un grupo obrero.

La revolución de 1891 fue dirigida por los banqueros. Después de la guerra del Pacífico, la oligarquía chilena se disolvió, se transformó en una plutocracia, sin severas tradiciones, la que domina en el Parlamento y quiere también tener carta blanca en el gobierno.

Balmaceda no se dejó arredrar por los hombres nuevos: como aristócrata era el enemigo de los mercaderes. Mientras Portales fundó una sociedad de patricios, el presidente liberal no pudo en cambio organizar esta democracia soñada. Los financistas se aunaron a los grandes apellidos: frente a la amenaza de tremendas huelgas, la elevación del nivel cultural

* Edwards, Alberto, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, Santiago, 1903, p. 116.

** Palabras de Vicuña Subercasseaux en su estudio sobre Balmaceda. cf. *Gobernantes y literatos*, 1907, p. 64.

*** Edwards, ob. cit.

de la clase media, latifundistas y banqueros se agruparon en una oligarquía más dúctil, más abierta, como en los EE. UU. Balmaceda fue el último representante de la gran tradición chilena, de la oligarquía tutelar que educa al pueblo y recela de los plutócratas.

CAPITULO III

BRASIL

El Imperio - La República
La influencia del régimen imperial - Un Marco Aurelio allende el mar, Don Pedro II - La república federal.

Mientras las repúblicas americanas pasaban, sin prudentes transiciones de la dependencia colonial al *self government,* el Brasil se preparaba, bajo paternalistas autocracias, a la tardía realización de los sueños republicanos. La libertad no fue el regalo inmediato de constituciones irrealizables, sino el término lógico de una dolorosa conquista. Brasil fue sucesivamente, colonia tributaria, monarquía independiente, imperio absolutista, república federal y democrática. Esta evolución descansó sobre el principio de autoridad. Cediendo al empuje de un ardiente liberalismo, el despotismo estrecho renunció paulatinamente a sus enraizadas prerrogativas; los progresos son definitivos y el orden duradero; las revoluciones fracasaron frente al principio de la continuidad monárquica. Portugal no fue invadido por los ejércitos franceses, pero la familia real, con sus bienes se mudó a la lejana colonia, al idílico y tropical Brasil. Estábamos en 1807; María, reina de Portugal había enloquecido y el regente Juan de Braganza, indeciso y plácido, aspiraba a un ostracismo burgués, sin convulsiones políticas.

En Brasil, el monarca, secundado por los conservadores, transformó el régimen económico, decretó la libertad de puertos y a raíz de esta medida, el monopolio metropolitano se vio abolido. Inglaterra, protectora del éxodo del rey había en cambio exigido protección para sus productos. Las fábricas cerradas a consecuencia de funestas rivalidades fueron abiertas nuevamente. A partir de 1808, el rey quiso fundar un imperio en una colonia hasta la fecha sin personalidad política: en 1815, al erigirla en reino, sienta las bases de la nacionalidad. La independencia, después de eso será la segregación natural de un organismo ya formado.

El gobierno del rey portugués desarrolló todas las fuerzas naturales embrionarias en la colonia: arte, pensamiento, derecho. Fundó el Banco de Brasil, estableció una academia militar, la Biblioteca, un jardín botánico; protegió la agricultura y la inmigración. Se diría que sus nuevos dominios

habían transformado un rey mediocre. Bajo la influencia de su esposa, la reina Carlota, ambiciosa y amante del boato, quiso extender su imperio a Uruguay, Paraguay, quizá también reconstituir para su provecho el virreinato de La Plata. Se adueñó de la Guayana francesa que hasta 1817 quedó bajo el poder de Brasil.

Pero tan vastos planes socavaron el poder del monarca. La corte, licenciosa y pródiga, ofendía a los brasileños; el rey se extremaba en favores a los comerciantes portugueses. Creó una nueva nobleza, *los filhos do reino* que terminó por aburrir a los antiguos colonos por su influencia en palacio y su lujo estridente. Continuaba el antiguo régimen: una burocracia parasitaria reclutada entre los portugueses entorpecía los destinos de Brasil.

Una revolución en Portugal en 1820 invitó al rey a regresar a Europa y a aceptar la constitución defendida por la Junta Revolucionaria de Lisboa. El monarca dejó pues a su hijo, Don Pedro de Alcántara en Brasil y emprendió el viaje de regreso. Cuentan que despidiéndose de Don Pedro, le dijo "Pronto Brasil se separará de Portugal; si así ocurre, cíñete la corona antes que cualquier aventurero te la arrebate".

El Parlamento de Lisboa quiso abolir las reformas de Juan VI en Brasil y transformar en colonia feudal una nación monárquica; los diputados brasileños en Portugal protestaron y emigraron a Inglaterra. Una revolución en Pernambuco en 1817 alzó la bandera del nacionalismo. El manifiesto de los revolucionarios *O' Preciso,* formulaba las quejas de la colonia: "Ya no hay distinción entre brasileños y europeos, todos se consideran como hermanos, como descendientes del mismo origen, como habitantes de un mismo país, como creyentes de una misma fe", voceaban los patriotas victoriosos.

De Sur a Norte, el periodismo naciente se hacía el defensor de los principios constitucionales. La oratoria jacobina y la ideología romántica crearon en la colonia modorrienta un gran movimiento: juntas de gobierno se formaron en las provincias. Portugueses y brasileños luchaban por la hegemonía política y social, pero un ejército lusitano impuso a pesar de las protestas populares, la fidelidad a la Constitución promulgada por las lejanas Cortes.

El príncipe impidió la disgregación federal y fundó la unidad brasileña. Reuniendo a los representantes de las provincias rebeldes, convocó en 1822 una asamblea constituyente, recorrió el país y se volvió el "Defensor perpetuo de Brasil". Como los reyes godos, frente a la invasión árabe o los príncipes franceses frente a la anarquía, al crear una dinastía nacional, ligó la unidad y la independencia brasileñas a los destinos de la realeza. Juan VI había alzado el Brasil a la dignidad monárquica; Pedro I lo independizó de Portugal. "¡Independencia o muerte!" dijo en su viaje triunfal por las provincias rebeldes. En Ipirango, flameaba la nueva bandera, oro y verde, del naciente imperio. Fue coronado Pedro I Emperador constitucional en diciembre de 1822.

José Bonifacio Andrade e Silva, naturalista, filósofo y soldado, enciclopedista según la tradición francesa, fue el ministro de esta transformación nacional: condenaba la revolución después de haber defendido los derechos naturales y las libertades extremas. Acalló a los periódicos y el monarca disolvió la asamblea constituyente cuyos desmanes y lirismo perturbaban la acción política de un ministerio conservador.

En el país, formáronse grupos extremos para quienes el príncipe quería guardar atenciones: reaccionarios empecinados en tener un gobierno absoluto, exaltados que soñaban con una república, moderados, monarquistas conciliadores, deseosos de un progreso lento dentro de un orden estable. Aburrido con tantas revueltas, el emperador eligió el régimen despótico: se había separado de la Asamblea, había exiliado a los rebeldes entre los cuales se encontraba Andrade, ayer reaccionario, hoy radical, siempre sediento de poder. Se rodeó de legionarios portugueses y mimaba a los *filhos do Reino*. A todo esto, el periodismo le atacaba en nombre del nacionalismo. Reclamaba la persecución de los validos, en la misma forma como se había decretado la expulsión de los antiguos amos de las colonias españolas.

El emperador, reuniendo a los moderados les pidió una Constitución a la que el país juró fidelidad en 1824: era una carta constitucional a semejanza de las leyes liberales europeas.

En 1826, el rey convocó una nueva Asamblea Nacional. Mientras tanto el país seguía convulsionado, algunas provincias querían separarse del nuevo reino. Pernambuco seguía siendo el centro del liberalismo. Un antiguo patriota, Páez de Andrade ambicionaba reunir los Estados brasileños del Norte a la confederación del Ecuador. El rey mandó ejércitos que sembraron el terror. Airada, la Cámara de diputados condenó ese despotismo y un cura liberal, Diego Antonio Feijó encabezó la oposición liberal. Acusaba al gobierno y a los ministros de imponer la paz en las provincias merced al apoyo de mercenarios germanos e irlandeses.

Las cámaras fueron invadidas por los republicanos y los federales; sin embargo, Pedro I siguió respaldando sus ministros reaccionarios que se sucedían de crisis en crisis. La guerra exterior complicó más el problema interno: el Uruguay se había sublevado, contando con la ayuda del ejército argentino. Derrotados, los brasileños aceptaron con el tratado de 1828, la independencia de esta provincia.

El rey Juan VI había muerto en 1826 y el emperador oscilaba entre el reino tradicional y el imperio nuevo. Formó un gabinete liberal para acallar a radicales y federalistas que habían ganado las elecciones en 1830. Transacción inútil. Los ministerios caían, el caos financiero aumentaba y el pueblo se sublevó en Río de Janeiro, por lo cual, el rey, agobiado, tuvo que abdicar. José Bonifacio, creador del régimen político fue nombrado tutor del príncipe heredero.

La regencia fue un gobierno moderado, entre el absolutismo y la república. El padre Feijó, ministro de la Regencia se volvió, como acontece

a menudo, conservador: organizó la Guardia Nacional, prohibió los mitines militares e impuso la paz interna. Invulnerable, el ministro ponía coto a los sucesivos movimientos subversivos. La administración pública progresó: se fundaron escuelas y el Congreso dio prudentes leyes. Al ser preso y depuesto el regente Andrade, Diego Feijó fue elegido tutor del príncipe en 1835: el otrora político radical se encaminaba hacia la dictadura. Representaba el poder moderador contra las revueltas y en los casos extremos, trocó el liberalismo por la autocracia. Ya desde 1836, su autoridad política iba menguando y arrecia la campaña liberal. Feijó dejó en su puesto a su amigo Aranjo Lima y abandonó el gobierno. En un país presa de la anarquía, fue autócrata por patriotismo y como todos los dictadores americanos, ahogó en sangre las revoluciones.

A menudo los liberales de la primera hora se volvieron moderados o conservadores en el Brasil monárquico: Andrade, Feijó, Pereira de Vasconcellos son ejemplos de estas transformaciones necesarias. La libertad era el credo de estos políticos contra el absolutismo colonial, contra la servidumbre anterior a la monarquía y al imperio: la conquistan y la logran, pero el reino de los principios democráticos lleva al desorden. El exceso de autoridad o el exceso de libertad entorpecen el progreso y la paz. Los hombres de gobierno fluctúan: son liberales contra el despotismo pero enérgicos contra la demagogia.

En 1840, el Infante llegó a la mayoría de edad: los liberales pidieron en el Parlamento que se pusiera fin a la regencia. El país deseaba la paz, sin embargo, los partidos seguían enfrentándose. Numerosas revoluciones estremecían el país. Minas y Pernambuco, crónicamente alzadas se sublevaron en 1842 y 1848.

Pedro II gobernó con la ayuda de los liberales pero frente a los peligros de un liberalismo excesivo y de una democracia prematura, se inclinó hacia la autocracia. Era un Marco Aurelio ilustrado y escéptico, un estoico que había leído a Voltaire. "Demócrata sencillo, sin por ello perder su distinción personal, generoso y desinteresado, erudito sin pedantería, ejemplo de todas las virtudes domésticas, se granjea, más que la popularidad, la respetuosa simpatía de las masas" según el historiador Ribeiro. Fue el primer republicano del Brasil y encabezó una nación en proceso de transformación. Frente al choque de razas, a la inquietud revolucionaria y la utopía radical, su gobierno mantuvo en pie las tradiciones, reaccionó contra las reformas violentas y favoreció la lenta formación de un mundo nuevo.

En 1841, nombró ministro al marqués de Paranagua quien exilió a los revolucionarios, fortaleció la unidad política y restableció el Consejo de Estado. Nuevos ministerios continuaron en esta línea. No libertaron a los esclavos pero prohibieron el tráfico de "ébano" bajo la presión de Inglaterra. El Imperio, fiel a sus tradiciones, intervino en los asuntos de La Plata.

El vizconde de Itaborahy, una vez terminado el conflicto exterior, inició un ministerio con carácter administrativo: abre las puertas a la inmigración sobre todo alemana, en el Sur, protege la navegabilidad de los ríos, lanza los ferrocarriles a la conquista del Sertao. Un nuevo código comercial, una nueva administración, leyes agrarias, la reforma de la hacienda son las manifestaciones del pensamiento imperial. Sucede al vizconde de Itaborahy, un ministro autoritario, el marqués de Paraná, figura política de larga influencia nacional.

Gran administrador, organizó la instrucción pública, extendió los ferrocarriles y el servicio de navegación en los ríos. Colaboraron con él distinguidas personalidades; un jurista, Nabuco de Araujo, un diplomático, el barón de Rio Branco. Además de administrativa, su labor fue también política y social. Deseaba la reconciliación de los partidos. Absorbió los elementos liberales en el partido conservador, permitiendo por la fusión de partidos decrépitos, la aparición de nuevos grupos firmemente conservadores o liberales. Los gabinetes reaccionarios y el emperador filósofo habían establecido el orden frente a la dispersión revolucionaria pero éste, resultado de estrechas tradiciones, no podía ser duradero. Múltiples razas, portugueses, indios, africanos se agitan en esta nueva sociedad y la democracia será la protesta de los esclavos manumisos contra las oligarquías. El marqués de Paraná, después de atraerse a los liberales, transformó su propio partido conservador y comprendiendo que la reacción no podría perdurar en una democracia incoherente, consolidó el orden, agrupando a los partidos. Fue el último de los conservadores y el primero de los liberales.

Los gabinetes reaccionarios de Caxias, de Olinda, de Ferraz le sucedieron mientras otros partidos se organizaban, el conservador autoritario, el liberal intransigente, el conciliador. Las elecciones de 1860 fueron un triunfo democrático. Grandes oradores agitaban con una pasión tropical, como Antonio Leocadio Guzmán en Venezuela, las pasiones populares. Para hacerles contrapeso, se unieron en el Congreso los conservadores y liberales moderados. Los reaccionarios habían gobernado de 1848 a 1862, ahora los radicales ambicionaban el poder. Los últimos gabinetes conservadores se desmoronaron bajo la presión de la oposición parlamentaria y la grita popular. El monarca despótico es cuestionado y enaltecida la monarquía constitucional. Nuevas elecciones en 1863 aumentaron las fuerzas de los liberales y demócratas. La guerra del Paraguay, contra la dictadura de López dio una importancia excepcional a la vida exterior del país: acalló la agitación política brasileña.

Pedro II, representante de los intereses conservadores, de la historia, de la continuidad nacional hacía frente al liberalismo tumultuoso. Después de un ministerio liberal, escogió dos gabinetes moderados, de Olinda y Vasconcellos, finalmente el vizconde de Itaborahy disolvió la Cámara de diputados. El emperador dio un vuelco atrás de diez años: el mismo ministerio de 1852, en la época del triunfo de los conservadores se aprestaba en 1864 a contener la marejada democrática. Monarca constitucional

según las leyes, no dejaba de ser autócrata porque imponía a la Cámara enemiga sus ministros y dirigía la política, sordo a la voluntad popular y sus representantes.

Los liberales se sublevaron contra el emperador reaccionario y reclamaron la reforma o la revolución. La reorganización del régimen electoral, de la justicia sometida a códigos muy severos, del ejército, sostén del poder absoluto y en el orden social, la manumisión de los esclavos eran las demandas de 1869. Un grupo de conservadores disidentes se unió a los liberales y uno de ellos, Nabuco de Araujo firmó el manifiesto de los reformadores.

Era el ocaso de la monarquía. Su función histórica tocaba a su fin: había organizado la paz, creado la unidad y la patria, preparado en el orden la formación de la nueva raza brasileña. Pero la autocracia, necesaria en los albores del siglo entorpecía hoy el desarrollo democrático: después de 1870, los liberales aspiraban abiertamente a la república.

El ministerio del vizconde de Rio Branco, 1871 a 1876 mantuvo el *statu quo*. Gran administrador como el marqués de Paraná, reformó la instrucción, creando escuelas especiales, empadronó a los habitantes y extendió la red de ferrocarriles, fomentó la inmigración y consolidó el cambio monetario. La manumisión de los esclavos en 1871 cambió la faz del imperio. Una democracia mestiza surgirá de las clases antes antagónicas. Abolida la esclavitud, mezcladas las castas, descontentos los liberales, envejecidos los reaccionarios, sólo se alza como suprema esperanza en el horizonte indeciso, la República. Era el ideal colectivo, como lo fue el imperio en las postrimerías de la Colonia.

Símbolo de un pasado señorial, este emperador que abdica, preparó la República que lo condenó al ostracismo. De ideas liberales, protector de las ciencias y sonriente filósofo, al favorecer la transformación intelectual de Brasil, permitió que su propia autocracia fuera blanco de las críticas de los liberales. Al abolir la esclavitud, debilitó el poder de la oligarquía todopoderosa y creó una democracia, destruyendo privilegios y permitiendo la mezcla de clases.

El imperio representa, en la América dividida, la autoridad tutelar. Entre la colonia feudal y la república, dos puntos extremos de la dialéctica política, se alza la monarquía brasileña como un poder moderador. Aportó el equilibrio necesario y con él, el progreso. Estableció primero la autonomía y luego el orden, una dinastía nacional, conservó las tradiciones y organizó las fuerzas sociales. A su lado creció una oligarquía conservadora, ligada a la tierra. Se crearon castas e intereses estables. Los terratenientes defendían la estabilidad del imperio y una política admirable impuso la paz a un pueblo heterogéneo donde chocaban las razas y la provincia daba la espalda a la costa. De 1848 a 1862, la monarquía fue formando la nacionalidad.

En las repúblicas sudamericanas, la anarquía destruía la unidad y entorpecía la cristalización de las clases sociales. En Brasil, las revoluciones

fueron muchas también, bajo la Regencia por la ambición de poder de los caudillos militares, pero existía contra el desorden una autoridad permanente, inviolable. El emperador era el "caudillo de caudillos" y la constitución justificaba parcialmente su despotismo. Sin violarla, impuso por intermedio de gabinetes conservadores una paz duradera y lentas reformas. Frente al inflexible César, se agitaba la democracia inquieta y le arrancó ciertos privilegios, conquistando limitadas libertades hasta el nacimiento de la República, término previsto de la evolución política y social. El rigor del principio de autoridad ahorró a Brasil la incesante crisis revolucionaria soportada por las demás naciones americanas.

CAPITULO IV

EL PARAGUAY

La dictadura perenne.
El doctor Francia - Opinión de Carlyle - Los dos López - Tiranía y espíritu militar en el Paraguay.

Del antiguo régimen, el Paraguay conserva el absolutismo y el aislamiento. La independencia representaba en las demás repúblicas una violenta reprobación de los métodos coloniales. Libre ya de la tutela española, mantiene su aislamiento bajo paternalistas directores. Su evolución es particular: no existe la perenne anarquía que aqueja a los países tropicales ni tampoco las luchas entre caudillos que se disputan las provincias y las riquezas. Los dictadores imponen a la nación mediterránea su implacable voluntad. La autocracia niveló clases y razas, formando así en el Paraguay aislado, una nueva casta mestiza de guaraníes y españoles. Profesaban estos dictadores, un americanismo estricto que los llevó a expulsar a los extranjeros y a desear que la república se bastase a sí misma. Su ideal es esencialmente español: democracias gobernadas por un César.

El doctor Francia fue el primer dictador en esta república fundada por los jesuitas. Adusto, de intensa vida interior como García Moreno, se parecía a un puritano de Cromwell. Callado, solitario, verídico, puntual y metódico como los sajones, ambicioso pero sin pasión ni exaltación, admiraba a Bonaparte y como él, pasó de cónsul a emperador.

Nació en 1758, hijo de un portugués o brasileño, García Rodríguez de Francia. Estudió teología en la universidad colonial de la austera y silenciosa Córdoba. Cuando el general Belgrano fomentó la rebelión de los paraguayos contra la dominación española y una junta de gobierno fue establecida, Gaspar Rodríguez Francia tomó parte en ella. La pequeña

república eligió, como Roma, triunviros y cónsules. Un Congreso reunido este mismo año decretó la independencia del Paraguay. El país se liberaba al mismo tiempo de España y de Buenos Aires. Desconociendo los límites del antiguo virreinato, la junta se negó a tratar con Belgrano, si éste no reconocía la autonomía paraguaya.

El Congreso de 1813, con una asistencia de mil diputados, siguió parodiando a Roma. Promulgó una carta política y nombró a Francia y Fulgencio Yegros cónsules, que se alternaban, nuevos César y Pompeyo, en el poder. Afianzada la libertad del Paraguay, los cónsules se negaron a mandar delegados al Congreso de La Plata reunido en Buenos Aires. Condenaron a los españoles y a los argentinos a la muerte civil, prohibiendo los matrimonios con paraguayas de raza blanca. En el tercer Congreso (1814), Francia y Yegros solicitan la dictadura temporaria.

Yegros era ignorante pero popular. Francia, enérgico, taimado y culto, empujado por los recuerdos de los clásicos y de la tradición napoleónica pretendía el poder absoluto. Fue nombrado director por tres años pero pronto arrebató el poder supremo. Improvisaba su política, leyendo la historia antigua de Rollin; los repúblicos de Roma cuya energía y austeridad imitaba, le servían de constantes modelos.

Educado para el sacerdocio, se hizo abogado. Sutil y dogmático, dominaba las leyes y la teología tan bien como un letrado colonial. Antes de ser nombrado cónsul, había ejercido diversas funciones municipales: primero, secretario de la municipalidad, luego alcalde, cargo que le permitía estudiar las necesidades locales y lo preparó para asumir el gobierno.

Se sirvió de la religión como García Moreno y Portales como eficaz arma política. Había comprendido que la Iglesia era la única fuerza moral en estas agitadas democracias y condenó el ateísmo. No aceptaba sin embargo, una religión internacional y como Guzmán Blanco en Venezuela, se entronizó jefe de la Iglesia nacional y desconociendo la autoridad del Vaticano, cerró el seminario y las órdenes de San Francisco, La Merced, Santo Domingo y nombró personalmente a los curas y los vicarios. Abolió la Inquisición, prohibió las procesiones y redujo el número de los feriados, impuso el pago del diezmo, extendió los derechos que el patronato confería a los reyes españoles, vendió los bienes de la Iglesia para construir escuelas y cuarteles. En suma, pretendía gobernar una república cristiana, desembarazada del clericalismo.

La Iglesia paraguaya respaldó su autoridad enseñando que todo poder, aun el tiránico es de esencia divina, pero cuando ésta perdió fuerza, Francia acudió como Rosas, al terror. Las conspiraciones se multiplicaban pero el dictador hacía fusilar a los rebeldes. Sus castigos tenían algo de la crueldad oriental. En 1821, mandó ejecutar a los representantes de la nobleza paraguaya, nivelando así a sus súbditos. Gobernó sin ministros, rodeado solamente de espías y soldados. El Congreso en 1820 le confirió la dictadura vitalicia, pero él, en seguida disuelve el Congreso. Cerró los cabildos que sustituyó por juntas escogidas por él personalmente y anuló todas las

jerarquías y privilegios. Hizo asesinar a Yegros, su antiguo compañero y a sus enemigos, los encarcela, los destierra o los elimina. Su ambición era cercenar las cabezas que se alzaban encima de una multitud uniforme, anónima y laboriosa.

Asienta bajo su autocracia el orden interno. "Las luchas, decía, paralizan las industrias, menoscaban la prosperidad de una nación".

En resumen, creó una Iglesia y una patria. Para afianzar su obra, extrañó a los españoles y persiguió a los extranjeros, cerró las puertas al comercio e impidió la libre navegación en los ríos.

Sus esfuerzos fueron sin embargo, contradictorios. Por un lado, odiaba a España y anuló los privilegios del clero y de la nobleza, pero por el otro, restauró el régimen colonial, extremándolo con una increíble severidad.

Restableció el absolutismo, el monopolio comercial, el comunismo de los jesuitas: hay estancias llamadas "de la patria" cuyos productos cubren las necesidades del fisco. Concedía muy escasas licencias para comerciar o navegar en los ríos, abría grandes tiendas que recordaban las ferias de los tiempos coloniales para la venta de mercaderías. El Paraguay se aislaba orgullosamente, mientras la vida comercial declinaba y el circulante escaseaba.

Mientras tanto la población aumentaba. El dictador favorecía en todo a los criollos y alentaba los matrimonios mixtos entre indios y extranjeros escogidos cuidadosamente para mejorar la raza, continuando así la obra de los jesuitas. Se iba formando una democracia homogénea con conciencia nacional.

Como los grandes dictadores americanos, estimulaba los progresos materiales y reedificó Asunción, la ciudad capital. Hizo construir obras públicas y fortificaciones para detener el avance de los indios y dio impulso a la agricultura y a la industria. Su idea era la plena autonomía en un aislamiento quizá bárbaro. Obligaba a los terratenientes a cultivar sus tierras; igual que en el imperio de los Incas, no quería ociosos en sus dominios. Distribuía la tarea y velaba por su ejecución.

Gobernó de 1811 hasta 1840, treinta largos años, que sólo Rosas entre los demás dictadores americanos, alcanzó también. Su obra fue áspera e imponente: creó una raza, logró para su patria amenazada la libertad política, económica y religiosa. En un ardiente panegírico, un cura dijo una vez: "El Señor, después de mirar con misericordia a nuestro país, le mandó al doctor Francia para redimirlo". Así es como creció su leyenda de redentor y a los setenta años, aparece como un personaje sigiloso y divino. Desde un palacio misterioso, gobernaba un pueblo disciplinado. Militarizó el país, y exaltó el patriotismo, este enraizado sentimiento nacional propio de las pequeñas naciones, el Uruguay y el Paraguay en América, Servia, Montenegro y Bulgaria en Europa.

Sin embargo, su larga tiranía no envileció la raza. Al morir, fue llorado por todo su pueblo, un pueblo que poco tiempo después, en una espantosa

guerra, hará prueba de un temple y de un heroísmo extraordinarios. El Paraguay no agacha la cabeza: se diezma su población masculina pero la República permanece en pie y agresiva. Francia había formado una raza guerrera y altiva. Fue un hombre sin par que un siglo atrás, como dice Carlyle en un ensayo, hubiera sido un dominico merecedor de las glorias celestes, un excelente superior de los jesuitas o un gran inquisidor, rudo y atrabiliario. El historiador sajón elogia los terribles silencios del doctor Francia, *"the grim unspeakabilities"*, esta silenciosa soledad, gracias a la cual los hombres notables se comunican con el misterio de la naturaleza.

Después de treinta años de uniforme dictadura, el pueblo guaraní hubiera podido alzarse contra la autocracia. Sin embargo, contrariamente a lo ocurrido en las demás repúblicas, la monarquía no puso término al absolutismo. Al doctor Francia sucedieron otros tiranos, los dos López y el Paraguay acepta la dictadura perpetua que retorna, siguiendo la misma evolución, primero el triunvirato, luego el consulado y por último la dictadura.

El último de los López era más culto y más moderado que los demás tiranos. Militarizó el país, creando un ejército de treinta mil hombres y dio impulso a la marina. Brasil y Argentina que se disputan la hegemonía de la provincia de La Plata tienen problemas con el Paraguay. Tanto este último como el Uruguay, rebeldes a cualquier dependencia, provocaron guerras entre estas dos poderosas naciones. Brasil exigía al Uruguay que le desagraviara por sus ataques a los brasileños y López ofreció mediar en el conflicto, ayudando al Uruguay a mantener "el equilibrio de La Plata". Al ser desairado, declaró la guerra a Brasil. Solicitó al general Mitre, presidente de Argentina, permiso para que sus tropas atravesaran el territorio de Corrientes, permiso que le fue denegado y en su lugar recibió la protesta de Mitre por la concentración de soldados paraguayos en la frontera. Son tres ahora los beligerantes: el Paraguay contra dos poderosos Estados, Argentina y Brasil. La guerra duró cinco años (1865-1870).

La lucha llega a la grandeza de las epopeyas antiguas. El heroísmo paraguayo sale vencedor del número, del destino y de la muerte; descalabra a los aliados, pero, cercado por fuerzas superiores, resiste bajo la dirección de López, transformado en adusto profesor de nacionalismo. Se prodiga, ataca sin reservas y presa de un delirio bélico, manda fusilar a los que osan criticar su acción, luego continúa la lucha en un territorio ensangrentado y despoblado. Los aliados entran a Asunción y en una de las batallas para defender la capital, cae López, trágica personificación de un pueblo irreductible. El primero de los López le había escrito a Rosas en 1845: "El Paraguay no puede ser conquistado". La guerra confirmó esta profecía. En 1870, Brasil y Argentina vencedores no encuentran sino un país diezmado: las ciudades yermas, el país entregado a los extranjeros; el hondo silencio conventual que el doctor Francia soñaba para su patria lo cubre

todo. Las mujeres cumplen deberes fúnebres sobre innumerables tumbas: abren fosas y llevan en sus rebozos, como la Antígona de la tragedia de Esquilo, tierra materna para cubrir los cadáveres.

Después de esta guerra, nada más monótono que la vida paraguaya: presidentes militares, presidentes civiles se suceden con interregnos de anarquía. El espíritu dictatorial no ha muerto. Los intelectuales, Domínguez, Gondra, Báez, reniegan de López y de Francia, pero nuevos tiranos señorean en esta república mediterránea.

El principio de autoridad, exacerbado, tenaz, dio nacimiento al Paraguay moderno. Esta nación confirma una ley de la historia americana: que la dictadura es el gobierno apropiado para crear el orden interno, desarrollar la riqueza y unificar las castas enemigas.

LIBRO IV

LAS FORMAS DE ANARQUIA POLITICA

La revolución es general en América Latina. Hasta las naciones más juiciosas han sido desgarradas por las guerras civiles. Pero hay algunas repúblicas donde estas luchas se perpetúan como es el caso de América Central y de las Antillas. Diríase que el clima tropical favorece estas agitaciones. Asesinatos de presidentes, luchas callejeras, enfrentamientos entre facciones y castas, retórica encendida y decepcionante, todo lleva a pensar que estas regiones ecuatoriales son contrarias a la organización y a la paz.

En dos pueblos sudamericanos, el jacobinismo se ha vuelto enfermedad nacional y se enfrentan todos los dogmatismos: Colombia y Ecuador. Su trágica historia nos presenta una forma curiosa de la anarquía iberoamericana, la anarquía religiosa.

CAPITULO I

COLOMBIA

Conservadores y radicales - El general Mosquera: su influencia - Un estadista: Rafaël Núñez; sus doctrinas políticas.

Un escritor político de Nueva Granada, Rafael Núñez, presidente y jefe de partido, escribía que "no existe en Hispanoamérica, un país política-

mente más iconoclasta que Colombia". La evolución republicana es original: la misma constante anarquía que en las democracias americanas, guerras civiles tan largas y cruentas como en Argentina, pero sin la procesión de caudillos tesoneros, personificación de la discordia local y cuya ambición determina el rumbo de las luchas políticas.

En Colombia, se combate por las ideas; la anarquía presenta un carácter religioso. Los partidos tienen programas definidos y la lucha entre convicciones lleva al bizantinismo y a la destrucción. La riqueza pública y las fortunas particulares se agotan, el territorio se despuebla, los inquisidores religiosos o radicales condenan a sus enemigos al exilio. "Padecemos, confiesa Rafael Núñez, de un exceso de dogmatismo político". Una pasión jacobina divide a los hombres: la ardorosa raza colombiana se enardece por las ideas abstractas. Los defensores de la libertad y los partidarios del absolutismo aplican sus principios a una República agitada: legislan para una democracia desapasionada y sin lucha de castas; edifican, a fuerza de silogismos, la ciudad futura.

Estas luchas cruentas tienen una recia grandeza. En el continente luchan a favor de pícaros caudillos, por la conquista del poder y de la riqueza fiscal; la oligarquía encaramada en el poder defiende su bienestar burocrático de las arremetidas de la oposición. En Colombia, las exaltadas convicciones dignifican la discordia; se abandona fortuna y familia, como en las grandes épocas religiosas, para defender un principio. Estos hidalgos aniquilan el país y caen noblemente, con el celo semítico de los cruzados españoles. En el ardor de estas batallas, abundan los héroes. Obediente a la lógica de los jacobinos, Colombia se muere, pero sale incólume la verdad. En su libro *Desde Cerca* (París, 1908) el general Holguín escribe que hubo 27 guerras civiles en Colombia. En la de 1879, murieron 80.000 hombres. Gastó en las revoluciones 37 millones de pesos oro.

El partido liberal, vencedor en 1849, enarbola un vasto programa democrático: llegan a Colombia las ideas socialistas de la Revolución de 1848 y el liberalismo romántico de los pensadores franceses. Los colombianos desean la manumisión de los esclavos, la abnegación de los monopolios industriales y la autonomía de los municipios, la realización de las promesas democráticas, todas las libertades sin reservas, el sufragio universal y directo, el fallo dado por un jurado, la supresión del ejército, de la pena de muerte, de los diplomas científicos, de las universidades y la expulsión de los jesuitas que son en América los encarnizados defensores del régimen colonial. La federación, el ejecutivo débil, el Estado laico, el municipio poderoso, representan el anhelo de estos liberales. Una fracción del partido lleva el nombre simbólico de *Gólgota.* En sus guerras civiles, los católicos escogen a Jesús Nazareno como patrón. El radicalismo mismo aspira a la consagración religiosa: es un anarquismo cristiano como el de las primitivas comunidades evangélicas. Contra el poder, predica la fraternidad y la libertad.

Nada más desastroso para una república desorganizada que este racionalismo. Aplica los principios formulados en países de mucha cultura por desenfrenados idealistas. Colombia, sacudida por las revoluciones necesita un gobierno fuerte que el radicalismo destruye. La vida provincial no existe y sin embargo, crea el municipio todopoderoso: elimina el ejército en una democracia amenazada por la guerra civil o la exterior; establece los fallos por jurados en un país cuya mayoría es analfabeta y prodiga libertades en un pueblo revolucionario, otorga derechos políticos a los negros e indios, serviles e ignorantes; defiende la federación, vale decir, abre las puertas al desorden político. Presintiendo los futuros errores, Bolívar decía a los colombianos: "Veo claramente nuestra obra destruida, y la maldición de los siglos caer sobre nuestras cabezas".

El partido liberal lucha de 1849 hasta 1853 para imponer sus doctrinas. La Constitución de 1853, célebre en los anales colombianos, es doctrinaria y radical: proclama la libertad de prensa, de sufragio, de opinión; desencadena, al separar la Iglesia del Estado, la guerra religiosa y acepta una centralización política moderada que permite sortear los excesos de la unidad y de la federación.

La carta liberal origina largas contiendas. Los estados se dan constituciones opuestas: unas, conservadoras, que fortalecen el principio de autoridad; otras, radicales, que fundan una democracia anárquica; liberales unas, que extienden el sufragio, moderadas o conciliadoras otras, en las que se mantienen en zozobra las ideas de todos los partidos. En un país ya dividido por cuestiones religiosas, esta variedad de estatutos crea un perpetuo desorden.

Una nueva Constitución, más precisa que la de 1853, establece sin restricciones el régimen federal: es el triunfo de los *gólgotas* sobre los draconianos, es decir, de los radicales sobre los liberales clásicos. La lucha empieza de nuevo. Las comunidades religiosas pierden su carácter legal, ya no pueden adquirir bienes inmuebles; el Estado se apropia de sus riquezas y las desamortizan como en México. Los fogosos radicales debilitan no sólo el poder eclesiástico sino también el político. Reducen a dos años el período presidencial; conceden plena libertad a las provincias; prohíben terminantemente la pena de muerte; autorizan el tráfico de armas y decretan la libertad absoluta de prensa.

El liberalismo excesivo desorganizó el país. Colombia sufre de este vano idealismo: sirve tan sólo de laboratorio social para los profesores de utopía. Los radicales acumulan los motivos de discordia, atacando la autoridad, la religión, la unidad nacional. En 1870 y frente a la bancarrota, el partido ceja en su intransigencia, ya no profesa el antimilitarismo, ni desea la separación total entre la Iglesia y el Estado. Escéptico en cuanto a las bondades del sufragio, robustece el poder central a pesar de su viejo *credo* federal.

Los conservadores gobernaron desde la disolución de la Gran Colombia en 1829, hasta 1849. Organizaron el país. Sin formar una oligarquía como

en Venezuela y Chile, representan los intereses permanentes y poderes eficaces: religión, nobleza colonial, patriciado que conquista la autonomía. Son conservadores por oposición a los radicales, pero al otorgar una carta política en 1832, aceptan los principios liberales: respetan la autonomía de los municipios, la libertad de prensa, rodean de prestigio y de autoridad todos los poderes, senado y magistratura, crean un consejo de Estado necesario en estas democracias imprórvidas; protegen el catolicismo y limitan el sufragio. Es ciudadano aquel que "puede subsistir sin estar sujeto a ninguna otra persona en calidad de servidor u obrero". En el orden social aceptan la antigua división de castas. No libertan a los siervos y toleran la trata de esclavos. Los radicales protestan y en 1842, la emigración negra es reglamentada. En 1849, cae el partido conservador. Surgen entonces elocuentes demagogos que predican un evangelio social parecido al de los revolucionarios franceses de 1848.

La vida política es menos imperfecta en Colombia que en otras democracias latinas. La oposición sale a veces triunfante en la lucha electoral; así en 1837, el doctor Márquez fue elegido presidente contra la voluntad del general Santander, jefe del gobierno. Señala la sólida organización de los partidos, sin embargo, no faltan los caudillos de larga influencia en la historia neogranadina.

El primer presidente, el general Santander fue teniente de Bolívar como Flores en Ecuador y Páez en Venezuela. Heredó la autoridad moral del Libertador y gobernó pacíficamente desde 1831. Aspiraba al absolutismo, fundó escuelas y organizó las finanzas públicas; inició en Londres las negociaciones para el empréstito, declaró a Panamá puerto libre; desea unidad y paz pero manda fusilar a conspiradores y revolucionarios.

Después del fundador de la nacionalidad, dos fuertes personalidades dominan la escena nacional: el general Mosquera y el doctor Rafael Núñez. Hubo en esta república un presidente demagogo, el general Obando, quien, después de la manumisión de los esclavos, suscitó una guerra de castas. Su largo mandato puede compararse al de García Moreno en Ecuador o el de Páez en Venezuela.

El general Mosquera fue inicialmente un jefe conservador: su educación, su origen familiar, sus viajes a Europa lo alejan de la democracia. Tiene el don de mando, consolidado por la precoz dirección de los ejércitos. Presidente en 1845, desarrolló las riquezas nacionales. Su gobierno, de 1845 hasta 1849 se caracteriza por un intenso desarrollo material. Se construyen los ferrocarriles, comienza la navegación a vapor en el Magdalena, la instrucción mejora en las universidades, las escuelas y los colegios especializados, la biblioteca prospera, las finanzas se organizan, el servicio de la deuda es asegurado y el prestigio moral del país aumenta.

El presidente conservador se abre hacia el liberalismo. Presenta al Congreso leyes que preocupan a sus antiguos partidarios: la abolición de los diezmos, pagados a la Iglesia y el abaratamiento del proteccionismo adua-

nero. Difícilmente puede atribuírsele el prudente deseo de transformar sin sobresaltos su gobierno en régimen liberal. Comprendió después de 1849 y sus repercusiones en Colombia, que la base de su futura popularidad radicaba en un liberalismo violento y se hizo jefe de los federales y demócratas. Encabezó como dictador militar, la revolución de 1860; se apoderó de Bogotá y fue elegido presidente en 1861. Impuso su voluntad omnímoda: cambia de ideas y de partidos para mantenerse en el poder y quiso gobernar prescindiendo de leyes y de hombres.

Mosquera declara una *Kulturkampf:* separa la Iglesia del Estado, exilia a los obispos, confisca los bienes de los conventos y crea como Guzmán Blanco, una iglesia nacional. Sin la autorización del Poder Ejecutivo, los sacerdotes no pueden ejercer sus funciones religiosas. El poder civil es el poder supremo bajo el cual la Iglesia y sus ministros agachan la cabeza.

El Presidente manda fusilar o eliminar a sus enemigos y se impone por el terror, entronizando el militarismo. Leales ejércitos lo siguen, acostumbrados al triunfo. Su ambición no se limita a la política interna de Nueva Granada; como Rosas y Santa Cruz acaricia el sueño de imponer la hegemonía de su patria a otros pueblos, y restaurar la Gran Colombia. Declara la guerra a Ecuador y lo vence. En 1864, le sucede otro liberal, el doctor Murillo Toro. En 1865, vuelve el caudillo militar. Hostil al Congreso, se proclama dictador, y como tal, viola la Constitución y las leyes, interviene en las luchas entre los Estados y pretende gobernar con absoluta e irresponsable autoridad. Sus propios partidarios conspiran contra él y lo exilian. Fue en Colombia, como Páez en Venezuela, el jefe indiscutible desde 1845 hasta 1867.

Después de este largo mandato, el país es gobernado por presidentes civiles y militares que moderan las ambiciones liberales. Pronto aparece un nuevo caudillo: el doctor Rafael Núñez. Mosquera fue conservador primero, liberal después. Núñez, liberal, fomenta una reacción conservadora y lleva las riendas de la política colombiana durante veinte años.

Antiguo secretario de Mosquera, estudió en Europa la evolución de los grandes Estados. No sólo fue caudillo, sino diplomático y filósofo también, por su desinterés político, su larga influencia moral y la amplitud de sus miras. Teórico como Balmaceda y Sarmiento, no ignora las inevitables imperfecciones de Colombia. Fue presidente del Senado en 1878, ministro reformador y mandatario en 1880. La democracia esperaba que iniciara su palingenesia.

En el seno del partido liberal, el doctor Núñez dirige un nuevo grupo independiente. Había sido radical en 1850, pero renunció a su primitivo dogmatismo bajo las sugerencias de la experiencia. ¿Por qué debilitar el poder ejecutivo en un pueblo anárquico y agregar a las preocupaciones nacionales, los dolores del conflicto religioso? Núñez se hace conservador-liberal: reniega de su antigua fe socialista, de las teorías de Saint-Simon y

de Louis Blanc, para aplicar a la política colombiana, el buen sentido inglés *.

Sus ideas políticas (expuestas en diversos artículos) son prudentes y conciliadoras. No le domina ningún idealismo estéril. Concuerda con los estadistas sajones en que "no hay en política verdades absolutas y que todo puede ser malo o bueno, según la *ocasión* y la *medida*". Con esta teoría, se opone al dogmatismo colombiano. Cree que "la política está indisolublemente ligada al problema económico".

Si desde el punto de vista religioso, es conservador, en el arte de gobernar es tolerante. Da a los jacobinos americanos, admirables lecciones. "Nuestra población, dice, no pasa de los tres millones de habitantes, poco civilizados en su mayoría. Si la fracción social llamada por sus aptitudes a ejercer funciones gubernamentales se divide y se subdivide y se dedica a debilitarse, nunca llegaremos a realizar algo importante, como legatarios de la dominación peninsular, para superarla". Su ideal es una libre oligarquía, coherente en sus designios y persistente en su acción.

Igualmente infaustas son la división de la élite y la intolerancia de los partidos que gobiernan: Rafael Núñez predica el respeto de las minorías. "La exclusión absoluta en el gobierno de los partidos minoritarios dice, debilita el espíritu nacional, envenena las discusiones y origina terribles peligros". Las mayorías precisan de la discusión y de la oposición. "La cortedad de vista del espíritu de partido, agrega el caudillo, no percibe cuánto engrandece un grupo político al dar pruebas de tolerancia, de justicia y respeto para su indefenso contendor". "Cuando uno de los grandes partidos desaparece, por alguna causa extraordinaria, el sobreviviente se divide, y sus fracciones o sus ramales luchan entre sí con tanto encono y quizá más que frente al antiguo enemigo común".

No solamente de los libros extranjeros, sino también de la experiencia de la vida pública, aprendió el jefe de los independientes, esta ciencia política. Conoce cabalmente el país que gobierna, los vicios latinoamericanos, la irremediable debilidad de estas nuevas democracias. "No tenemos en Colombia virreyes sino jefes anónimos. Tenemos libertad escrita, pero no práctica. Tenemos una República de nombre no más, porque la opinión no se expresa por su legítimo medio que es el sufragio". "Es un grave error, generalmente difundido entre nosotros, el que consiste en afirmar que todo el desiderátum de un partido político y sus esfuerzos deben tender al disfrute del poder público representado por el jefe del ejército nacional".

Defiende contra la anarquía el principio de autoridad, "primer instrumento, destinado a la larga y pesada obra de civilizar la especie humana".

El respeto de los poderes constituidos es desconocido en Colombia. Todo "mecanismo dinámico" debe tener un regulador, es decir, un contrapeso a la impulsión predominante. Núñez escribe: "las monarquías reclaman

* Núñez, Rafael. *La Reforma Política en Colombia*, Bogotá, 1885.

instituciones liberales secundarias y las repúblicas, instituciones restrictivas o conservadoras, sin las cuales aquéllas degeneran en autocracias y éstas en anarquías gestadoras del despotismo". A falta del principio de autoridad, tan necesario y generalmente tan débil en las democracias, Rafael Núñez busca "elementos de orden en el campo de la moral".

Se vuelve conservador y protege la religión como Portales, para dar a estas naciones desorganizadas, la unidad firme de una fe.

Este ex radical ordena que se enseñe religión en las escuelas. "¡Traidor!" le gritan sus antiguos partidarios, pero si se aparta frente al lamentable espectáculo de una República insegura de los dogmas de su mocedad, es en plena madurez intelectual. "El fanatismo, escribe, no es la religión, como la demagogia no es libertad; pero entre la religión y la moral, existe un lazo indisoluble".

Colombia necesita un ordenamiento, una moral. Para obtenerla, Núñez desea realizar la unidad católica; abandona sus convicciones radicales, cree en la autoridad, la religión, la centralización moderada. Pero los artículos de su nuevo programa, ¿no son acaso el resultado de un libre examen de la realidad y de la historia? El jefe de los independientes inaugura una política experimental.

No acepta ni los principios abstractos ni las teorías importadas de otros continentes. La libertad comercial impera en Colombia: es el dogma económico inglés. "En nuestro país, explica el estadista, el libre cambio mercantil es la transformación del artesano en simple obrero proletario, en carne de cañón o en demagogo, porque este libre cambio no deja en pie sino dos industrias, comercio y agricultura, a las que no se pueden dedicar los que carecen de crédito o de capital". Este caudillo quiere la verdadera autonomía sobre la base de un proteccionismo moderado: estimula, como presidente, las industrias y condena la burocracia. Comprende que ésta sufraga las revoluciones y que estas luchas no son sino para obtener un empleo público. "Cuanto menos medios de trabajo en el sistema oficial, tanto más débiles los motivos perturbadores de la paz, dice el Presidente".

Núñez es un sociólogo: estudió a Comte y a Spencer, escribe sobre las leyes y la sociedad; se inició dentro del liberalismo lamartiniano para llegar a la prudencia sajona de Guizot. Un colombiano preclaro, don Miguel Antonio Caro, lo llamaba "hombre providencial necesario", y pedía que se le reconociera la infalibilidad política.

Llegó al poder en 1880 con el respaldo de los independientes y de los conservadores. De su acción política se esperaba reforma y paz. El orden público, bajo su mando, no fue alterado. Lleva una política de ahorro, realiza, como Mosquera, obras concretas, funda el bando nacional, reforma la universidad y convoca como Bolívar un congreso de plenipotenciarios en Panamá.

Zaldúa reemplaza a Núñez en 1882. No por eso disminuye la influencia política del gran caudillo. Lo reeligen en 1884 por dos años durante los

cuales ejerce una dictadura moral. Propone a un Congreso dispuesto a su favor la revisión de la Constitución de 1863.

Pone en práctica sus ideas políticas. Reprueba la presidencia de dos años, el federalismo excesivo, el libertinaje y la demagogia. Organiza el poder fuerte, concede a la Iglesia libertad de acción, aumenta el período presidencial e inicia una prudente concentración. La Constitución de 1885 marca el triunfo de los conservadores.

Desde entonces, es presidente *imperator:* elegido por seis años en 1886, reelegido en 1892 ejerce el poder por intervalos. Reside en Cartagena y los vicepresidentes (designados) le reemplazan. Se vuelve tutor de la República y los gobernantes son sus procónsules. Es el último prohombre colombiano, tierra pródiga en políticos y literatos.

Mosquera representó el federalismo y el radicalismo; Núñez, la unidad y la tolerancia. Nuevas revoluciones entre conservadores y liberales retrasan el desarrollo nacional; surgen caudillos, semidioses del mundo político. La obra conservadora de Núñez fue estéril: Colombia sigue siendo la patria de la elocuencia y del jacobinismo, espléndida e inmoderada como el Trópico. Está a la espera de nuevos dictadores que organicen la futura democracia.

CAPITULO II

ECUADOR

Las luchas religiosas - El general Flores y su acción política - García Moreno - La República del Sagrado Corazón de Jesús

Ecuador se constituye en libre democracia sólo después de una larga incertidumbre. Guayaquil quiere su independencia escucha la melodiosa sugerencia de su poeta Olmedo, otras veces desea unirse al Perú. Bolívar y La Mar se disputan esta ciudad que llaman con orgullo "La perla del Guayas". Bolívar sale triunfante y Ecuador termina siendo una provincia de la Gran Colombia bajo la hegemonía de Venezuela o de Nueva Granada.

El general Juan José Flores, venezolano, teniente y amigo del Libertador, funda la República de Ecuador en 1830: es el "Padre de la Patria", el mentor de esta nación prematura, como Páez en Venezuela y Sucre en Bolivia. Gobernó durante quince años, después de ser elegido presidente en 1831, 1839 y 1843. La unidad colombiana que Bolívar mantiene bajo su autocracia representa un obstáculo para los proyectos de Flores que ambiciona romper la organización federal. Sucre, que pronto iba a sostener sobre

sus hombros de mancebo glorioso, la autoridad de un Libertador, se oponía también a la ambición del caudillo venezolano. Este llamó a una Asamblea constituyente en Riobamba en la que se promulga la primera Carta de la República ecuatoriana: el régimen representativo con dos cámaras cuyas atribuciones son análogas, el poder ejecutivo independiente de éstas, el catolicismo como única religión son las bases de esta constitución. Ecuador independiente, se abre a un período de constantes perturbaciones. Luchan por las ideas y por los jefes. Flores simboliza los principios conservadores, contrarios al radicalismo y a la democracia: un poder ejecutivo fuerte, una religión nacional y un sufragio limitado. Su ideal era la presidencia de ocho años, un senado de doce, recuerdo de la constitución boliviana. Acepta la monarquía como solución necesaria para los conflictos ecuatorianos. Es derrocado porque persigue la restauración de un régimen obsoleto.

El y Rocafuerte, caudillo liberal, jefe de una juventud culta, comparten las funciones públicas. Cuando Flores es presidente, Rocafuerte es gobernador de Guayaquil, cuando le toca el turno a Rocafuerte, Flores es jefe del ejército. Ambos terminan en el exilio; son alternativamente amigos o enemigos. Flores en el camino de la dictadura, recorta las libertades y tiraniza. Una vez derrocado, organiza en Europa expediciones de filibusteros para atacar a su patria. España le brindó ayuda en 1846. "Traición" gritan los patriotas ecuatorianos. Al cabo de medio siglo enjuiciamos esta empresa como la quimera de un espíritu monárquico o el escepticismo de un extranjero ambicioso que erigió en vano una patria nueva sobre las ruinas de la Gran Colombia. América se inquieta frente a la campaña reconquistadora de Flores, pero en 1851, abortado su temerario proyecto, pide ayuda a los peruanos para invadir su patria presa de la anarquía. No llega a convencer y después de un largo exilio, se une a García Moreno, jefe de los conservadores: bajo la autoridad del último pierde su influencia y concluye aquí su historia. Su rival, Rocafuerte, es un excelente administrador que abre escuelas, organiza la Guardia Nacional, establece colonias militares en el Oriente, seculariza en parte la enseñanza, patrocina las Artes y las Letras e inicia la codificación de las leyes civiles y penales.

En 1851, el general Urbina impone el radicalismo en Ecuador: tiene el genio de la destrucción, intrigante y ambicioso, cuyos desmanes provocan una reacción conservadora. Quiere a toda costa establecer un régimen militar. García Moreno denunció la traición de Flores y el radicalismo de Urbina y en medio de la anarquía crece su influencia moral. Este insigne hombre nació en Guayaquil en 1812, de familia española. Su madre lo educó en la pobreza y un sacerdote, el padre Bethencourt dirigió su educación superior. Ingresó en 1836 en la Universidad de Quito; pronto se vuelve autoridad escolar, supervisor de sus compañeros. Alto, severo, la frente alta y la mirada enérgica, todo en él anunciaba un caudillo. Mente analítica y amplia se consagró a las matemáticas y a la filosofía. Dotado de una memoria prodigiosa, siempre dueño de sí mismo, era superdotado. Por los dieciocho años, su casta mocedad, según su biógrafo, atravesó una crisis moral

de la cual salió menos beato pero no menos creyente. Como Goethe, ejercitaba reciamente su voluntad. No quería ser aprensivo y para eso se libraba de la tutela del mundo a fuerza de heroísmo. Fue un Mucius Scevola antes de ser César. Su temperamento ardoroso, su irreductible voluntad lo transforman en un jefe respetado por todos, un místico aclamado por los conservadores.

García Moreno interviene en la política como periodista: es poeta satírico y colabora en periódicos polémicos *El Zurriago, El Vengador, El Diablo*. Redacta libelos, acusa y reprueba en prosa, en verso y escribe su clásica epístola a Fabio sobre la miseria contemporánea. Su estilo es cáustico, enérgico, rara vez ampuloso. Increpa a la manera de Juvenal, tiene acentos airados de profeta hebreo, anunciador de la catástrofe final: el periodista representa los intereses nacionales. Cuando en 1846 se cierne sobre Ecuador la amenaza de la invasión española, García Moreno mueve América con sus escritos. Es el pacificador de Guayaquil donde se han sublevado los partidarios de Flores.

Un viaje a Europa lo pone en contacto con la revolución social de 1848. El espectáculo de la anarquía triunfadora robustece todavía más sus convicciones conservadoras. En su patria, el radicalismo impera en 1850; de regreso, el jefe conservador ampara la entrada de los jesuitas expulsados de Colombia, exige que sus bienes les sean restituidos y les autoriza a abrir colegios. Publica un folleto "Defensa de los Jesuitas" en el cual los llama "creadores del orden y la paz" y afirma con irreductible franqueza: "soy católico y orgulloso de serlo".

La dictadura democrático-radical-militar de Urbina aniquila el país, una guardia pretoriana, tan cruel como los mazorqueros de Rosas, los tauras saquea y mata y sirve dócilmente a la tiranía. García Moreno funda entonces un periódico *La Nación* en el cual sostiene que no puede haber progreso social en un país donde reina una miseria excesiva: es arrestado y desterrado. Vuelve a Europa en 1854 donde se consagra a estudiar la política europea. Había sido un poco galicano respecto a las relaciones entre el Estado y la Iglesia, creía en la supremacía del poder civil, pero cambia de opinión. Según la tradición de los Papas que sostenían la idea de imperio, piensa que la Iglesia es soberana absoluta. Sin embargo, el radicalismo triunfante seculariza las fundaciones eclesiásticas: ordena que la tropa allane los conventos. El caudillo conservador regresa del destierro en 1856 y es homenajeado. Lo eligen alcalde de Quito y rector de la Universidad. Funda entonces un partido político, la Unión Nacional. Elegido senador, reclama estentóreamente honradez en el manejo de la hacienda, la erradicación de las logias masónicas, una ley de instrucción pública, la abolición de la mita: representa todas las fuerzas conservadoras bajo la tutela de la Iglesia.

La Convención de 1860 lo nombra presidente provisional y luego presidente constitucional. García Moreno inicia una dictadura semiclerical, después de treinta años de revoluciones. No limita el sufragio, se hace respal-

dar por la democracia para vencer a demagogos impopulares; piensa que para "moralizar el país" hay que darle una constitución católica y para darle la necesaria cohesión, una ley unitaria. Organiza la hacienda, el ejército, la instrucción, reduce los gastos fiscales; funda en Quito un Tribunal de Cuentas bajo su propia vigilancia, persigue el contrabando, la especulación, la burocracia, ordena la construcción de carreteras para unir la capital a las costas. Socava el militarismo y establece un régimen civil.

Es un presidente católico. Como en la Colonia, la vida política gira en derredor de la Iglesia cuyo clero enseña y legisla. "La Iglesia, dice, debe caminar de la mano con el poder civil sin dejar por eso de ser autónomos". La instrucción pública es fuero privativo de las congregaciones religiosas. Se alista para firmar un concordato con la Iglesia en el cual el catolicismo será reconocido como la única religión del Estado, con la exclusión de todas las sectas y cultos extranjeros; los obispos vigilarán colegios y universidades, escogerán los textos escolares y el gobierno, como la Inquisición española, impedirá al introducción de libros prohibidos. El fuero eclesiástico será restablecido y anulado el *aequatur,* autorización que dan los gobiernos americanos para que las bulas pontificias sean obedecidas. Más católico que el Papa, García Moreno pone hincapié sobre la reforma del clero a pesar de la renuencia papal. El concordato firmado con Pío IX establece nuevas diócesis y tribunales eclesiásticos para juzgar todas las causas relativas a la fe, el culto, los matrimonios y los divorcios. El jefe conservador pretende establecer un imperialismo católico. Interviene en los asuntos internos de Colombia, donde gobierna un presidente radical; elogia el imperio mexicano que rescatara el país de "los excesos de la demagogia rapaz, inmoral y levantisca", acaricia el sueño de una América sometida al papado.

Presidentes apocados le suceden: Borrero, Carrión, Espinosa. El gran caudillo no pierde su influencia y a menudo lo solicitan para apaciguar una provincia o dirigir un partido. En 1869, vuelve a la Presidencia y sienta las bases de una teoría firme. Su programa de gobierno parece una declaración episcopal, cuyos artículos esenciales son "el respeto y protección a la Iglesia católica, el inconmovible lazo con la Santa Sede, la educación basada sobre la fe y la moral, la libertad para todo y todos menos para el crimen y los criminales"; declara que la civilización "fruto del catolicismo degenera y se abastarda en la medida en que se aleja de los principios católicos", "que la religión es el único lazo que nos queda en este país deshonrado por las pugnas entre partidos, razas y credos". La nueva constitución debe conformarse a los principios del *Sillabus:* en Ecuador no tiene derecho al voto ni es elegible el que no profesa la religión católica y es privado de sus derechos cívicos aquel que perteneciera a una secta reprobada por la Iglesia. En su ardor místico, consagró su patria al Sagrado Corazón de Jesús y protestó en 1873, en una nota al ministro de Relaciones Exteriores del rey de Italia, por la toma de Roma y la confiscación de los Estados Pontificios. Su ideal era la monarquía de Felipe II, el imperio jesuítico del Paraguay, la paz conventual. Como Rafael Núñez y Diego Portales creía

que la "religión era la única tradición nacional en estas democracias presas de la anarquía, el agente creador y el instrumento de la unidad política". La religión es la base de la moral y "la falta de moralidad, escribe, es la ruina de la República: no hay buenas costumbres sin clero casto, sin Iglesia libre de la tutela oficial". Déspota moralizador, reprime el concubinato, impone a sus súbditos el matrimonio católico o la castidad. La virtud, la fe, el orden conforman su ideal.

La Constitución autoritaria que promulga es similar al estatuto chileno de 1833. El Presidente, cuyo mandato es de seis años, es reelegible. Puede también gobernar una tercera vez después de su sucesor inmediato. El gobierno es jefe del ejército y nombra todas las autoridades provinciales; la rebelión política es castigada como alta traición. El período legislativo es de seis años para los diputados y nueve para los senadores. García Moreno observa rigurosamente esta nueva ley: persigue a los revolucionarios y condena a muerte a sus jefes. Con el orden interno restablecido, inicia vastas reformas hacendarias, en la instrucción pública, la legislación; abre escuelas, restablece la pena de muerte, manda a los oficiales del ejército a Prusia para observar las maniobras militares, reorganiza la Escuela de Medicina, funda el Observatorio astronómico, atrae a los jesuitas alemanes para enseñar física y química. Se manifiesta como un poderoso organizador: "Necesito veinticinco años para consolidar mi sistema". Reelegido presidente en 1875, es pronto depuesto por sus enemigos; se resiste y es menester una mano asesina para derribarlo en la triste soledad de la Plaza Mayor de Quito, a un paso de la catedral de sus adoraciones. Un largo silencio, un profundo duelo siguen a la muerte del caudillo. Le apodaron Gregorio el Grande, regenerador de la patria, mártir de la civilización católica.

Infatigable, estoico, justo, valiente, admirablemente lógico en su vida, García Moreno es una de las más grandes individualidades de la historia americana. No fue un tirano sin doctrina como Guzmán Blanco o Porfirio Díaz. En quince años, de 1859 hasta 1874, transformó completamente su pequeño país de acuerdo a un ambicioso sistema político que sólo la muerte le impidió realizar. Místico español, no se contenta con estériles contemplaciones, necesita también acción y fue organizador y creador. Creía en la ayuda y en la constante presencia de Dios: pedía oraciones a sus amigos y leía diariamente la *Imitación de Cristo*. Hasta los conservadores lo consideraban ultra católico: se le vio varias veces cargar las andas en las procesiones. "Hércules cristiano, émulo de Carlomagno y de San Luis" lo llama el padre Berthe, su ingenuamente entusiasta biógrafo; "hombre de Jesucristo y no de Plutarco" lo llama Louis Veuillot en un ditirambo, mientras que sus enemigos, Juan Montalvo y Pío Moncayo le acusan de traición, de jesuitismo y de crueldad. Sin embargo Montalvo reconoce al presidente conservador una "inteligencia sublime, una valentía a toda prueba, una voluntad fuerte, imperiosa e irreductible". Por encima del elogio exagerado y de la crítica acerada, García Moreno representa grandes principios civilizadores en la democracia ecuatoriana, es decir, la unidad, la lucha contra el

militarismo de treinta años, el progreso material, la religión, la moral, el ejecutivo fuerte para contrarrestar la licencia y la demagogia. Como autócrata, se parece a los demás caudillos americanos pero los sobrepasa en idealismo, por la lógica de su acción y la originalidad de su experimento teocrático. Al igual que Felipe II y los jesuitas del Paraguay, estaba convencido de que el catolicismo es un instrumento de cultura, y su política durante quince años fue la exaltación de esta religión. Sólo Rafael Núñez y J. M. Balmaceda llevan al gobierno ideas tan coherentes. Ninguno en Ecuador, ni Veintemilla, ni Borrero o Eloy Alfaro recogerá la herencia del déspota admirable. Si Carlyle le hubiere conocido, le habría incluido en su galería de "héroes".

CAPITULO III

LA ANARQUIA DEL TROPICO - AMERICA CENTRAL - HAITI - SANTO DOMINGO

Tiranías y revoluciones - influencia del clima y del mestizaje - una república negra: Haití.

En América Central y en las islas del Caribe, las guerras civiles no son únicamente el resultado del conflicto de razas sino también de la acción enervante del Trópico. Precoces, sensuales, impresionables, los americanos de estas vastas comarcas consagran su actividad a la política local. La industria, el comercio y la agricultura languidecen porque la fantasía desordenada de los criollos se gasta en constituciones, programas y discursos líricos: la anarquía es dueña y señora de estas regiones.

Cinco repúblicas se forman, en perpetua lucha para lograr la hegemonía política. Desórdenes internos y guerras exteriores se suceden Alguno que otro general ambicioso presta a este continente una unidad provisoria, pronto desgarrado por la anarquía y las dictaduras que estremecen de continuo esta tierra tropical.

Imposible distinguir en la evolución de Centro América un período militar y otro industrial. Intelectuales y generales gobiernan por turno, pero con los mismos métodos: una cruel dictadura. Algunos dictadores que llegan a mantenerse por un poco más de tiempo en el poder, permiten a veces aumentar el número de escuelas y desarrollar la hacienda pública. Pero ni la independencia individual ni la importación de capitales extranjeros son posibles bajo estas autocracias que se mantienen en el poder sólo

con la ayuda militar. La libertad, la riqueza y los derechos humanos son el atributo de férreos dictadores.

La república es proclamada y la Constitución política adoptada en Centro América el 10 de abril de 1825, cuando se inicia la vida autónoma de cinco provincias unidas. El general Manuel José Abel es el primer presidente de América Central. El estatuto federal de 1824 confiere todos los poderes al Congreso: es la dictadura parlamentaria. Frente a él, el Poder Ejecutivo es impotente y débil; por el número de sus integrantes es al Senado a quien la Constitución confía la alta sanción de las leyes promulgadas por el Congreso. Como en todas las repúblicas, el gobierno es popular, representativo y federal. La igualdad de todos los ciudadanos y la manumisión de los esclavos es decretada: se abre una nueva era, liberal y romántica.

En la Cámara de Diputados, Guatemala tenía la mayoría, de la cual fluían tendencias a la dominación política, provocando largas guerras internas. No era un choque entre naciones sino un conflicto de intereses entre provincias rivales o pleitos de generales. El Salvador, república bien poblada y recia, se resiste a la hegemonía de Guatemala, y quiere lograr su autonomía.

Las frecuentes guerras entre Guatemala y El Salvador son un aspecto de esta historia monótona. Luchan por la supremacía o la tutela moral. El lazo federal subsiste y las asambleas se multiplican. Hay Congresos generales y Congresos provinciales. De pronto un Estado declara caduco el pacto que lo unía a las demás repúblicas, entonces se anula un Congreso para instalar otro, de lo que resulta una confusión perpetua de los poderes.

Durante los primeros veinte años de libertad, el instinto anárquico que separa las repúblicas y la razón serena que quiere unirlas bajo la presión de fuertes tradiciones, luchan entre sí. Es el choque entre el nacionalismo y la unidad. Como en Chile, los Carrera se opusieron a la autoridad de San Martín y Páez, en Venezuela se alzó contra la obra unificadora de Bolívar, Carrera, general guatemalteco, guerrea contra Morazán, el caudillo del partido unitario, durante los doce años de una lucha de provincia contra provincia.

Mientras que los Estados Unidos se separan y se vuelven a unir bajo la dominación de una federación teórica, se legisla en los Congresos, se construye con pasión jacobina la futura nación: once Asambleas de la Confederación preparan códigos y estatutos. Un rasgo esencial de las nuevas leyes es su espíritu laico, las tendencias agresivas contra el clero. Antes que en México se promulgaran las leyes de la Reforma, y que en Colombia se abriera la era de las luchas religiosas, el fervor radical, contemporáneo del liberalismo de Rivadavia, alza vuelo en América Central. Por lo demás parece un rezago del antiguo "regalismo". En 1829, la Asamblea reforma los conventos para varones; en 1830 Honduras declara que los clérigos seculares podían contraer matrimonio; en Guatemala, se declara a los hijos de miembros del clero ordenados *"in sacris"* herederos forzosos. En 1832, se proclama la tolerancia de cultos, pero frente a esta disposición liberal, los

Estados se conturban por las luchas del patronazgo y el constante antagonismo entre el Estado que quiere imponer su tutela y la Iglesia rebelde.

Dos influencias prevalecen en los nuevos legisladores: el utilitarismo inglés y el federalismo yanqui. Aquí no imperan las ideas francesas. Sin embargo, estas repúblicas no pueden asimilar la severa doctrina inglesa. En vano, el Congreso decretó en 1832 duelo por la muerte de Bentham y en vano también se proclamó en Guatemala la libertad absoluta de testar. No se puede destruir la doble influencia fatal de la tradición y de la raza con leyes improvisadas.

América Central copia de los Estados Unidos el sistema electoral, el sistema federal, la organización del jurado y los códigos de Luisiana. Pero la agitación popular condena la institución del jurado: los códigos tomados de los Estados Unidos no erradican la barbarie y el sistema federal se muestra impotente para mantener la unidad.

En 1842, esta inquieta confederación de pueblos hermanos es disuelta.

Una vez estas naciones definitivamente separadas, se inicia lo que puede llamarse la larga historia provinciana, confusa e idéntica. Por encima de la multitud anárquica, se alzan recios caudillos, tiranos necesarios que se esfuerzan por imponer el orden interno y organizar la hacienda pública.

La historia de Costa Rica constituye una excepción entre estas repúblicas desgarradas entre la tiranía y la demagogia. No existen en este país castas sociales claramente diferenciadas, ni grandes capitalistas ni extenso proletariado. Pequeño estado homogéneo donde los hombres se llaman siempre "hermanicos", porque los intereses y las almas se confunden, Costa Rica parece la justificación del pensamiento clásico que asocia el éxito de las repúblicas con territorios de poca extensión y grupos reducidos. Trabajo, unidad, paz duradera son los caracteres de la evolución de Costa Rica. Mientras los vecinos pelean, esta minúscula república se perfecciona en paz.

El Salvador también se desarrolla normalmente sin los conflictos de Nicaragua o Guatemala. La raza explica las diferencias de las cuales somos testigos en estos grandes campos de experiencia política: tanto en el Salvador como en Costa Rica, domina el elemento español, las castas se unieron, la población es densa y va en aumento. En Honduras, abundan los mulatos, en Nicaragua y Guatemala, las razas se mezclaron y los indios son los más numerosos. Entre las cinco repúblicas tropicales, las que progresan son las de raza homógenea y donde el ibero predomina por sobre indios, negros y mulatos.

Esta misma anarquía tropical que transformó América Central en un teatro de continuas guerras civiles desgarra también las dos zonas de la antigua Hispaniola, Santo Domingo y Haití. En una, son los españoles los que gobiernan, en la otra, los franceses y hace tiempo que perdura el antagonismo entre estas dos potencias muy incómodas en una reducida isla. Haití es un estado negro y Santo Domingo se niega a aceptar la tiranía de antiguos esclavos. A los conflictos de orden político se agregan las guerras de castas. Caudillos y tiranos se suceden en el gobierno, revoluciones y

guerras civiles conmueven continuamente estos pequeños estados sobre los cuales los Estados Unidos van extendiendo cada vez más su tutela.

Desde el siglo XVII los franceses se establecieron en Hispaniola: sobre la costa norte, atrevidos normandos cazadores y pastores, los famosos bucaneros fundaron una especie de república forestal administrada por leyes especiales. En 1691, este territorio era colonia francesa, en 1726 existían allí 30.000 habitantes libres y 100.000 esclavos, negros o mulatos. Los criollos, según los cronistas de la época eran orgullosos y volubles, ociosos, y escépticos en religión. Los negros, entregados a las labores serviles, supersticiosos, incautos y componían la turba de esclavos. Un jesuita, el padre Charlevoix, que había observado sus costumbres escribió en 1724 "propiamente dicho, se puede afirmar que los africanos entre el Cabo Blanco y el Cabo Negro sólo han nacido para ser esclavos". * Se decía que los negros celebraban en los bosques ritos de un culto secreto y se preparaban para conquistar la libertad. Odiaban a las castas, es decir, blancos, negros libertos y mulatos. Fruto de este odio será la futura Haití. Antiguos esclavos gobernarán la isla, desagraviándose de su larga servidumbre con sangrientas hecatombes y formarán la oligarquía, la intolerable aristocracia contra blancos y mulatos. Al igual que las sublevaciones de esclavos en el mundo antiguo, estos alzamientos de esclavos en América ocasionarán luchas exterminadoras. La revolución francesa los incita por su liberalismo utópico: Mirabeau y Lafayette son amigos de los negros y la Convención decreta en 1794 la abolición de la esclavitud en la colonia. Ya en 1791, los esclavos se habían alzado con los primeros rumores de la tormenta francesa y habían incendiado las propiedades y asesinado a sus amos.

Es así, de repente, sin prudente transición que adquirieron la libertad política y civil. Un caudillo, Toussaint Louverture es el héroe de esta guerra libertadora. La metrópoli nombra a este antiguo cochero, general. Sobrio y activo, solapado y patriota, quiere gobernar la isla, expulsa a los ingleses y lucha contra la gente de color capitaneada por Rigaud: él es definitivamente el defensor de su raza. Los esclavos lo consideran como un dios tutelar, lo creían inspirado; poco a poco se vuelve el fetiche de una casta supersticiosa. En 1801, una Asamblea lo elige gobernador de por vida, pero él no renuncia por eso al protectorado francés. Por más que sus áulicos le llamen el Bonaparte de los negros, el general Louverture no pretende a la autocracia absoluta. Organiza el ejército y la hacienda pública a la que sujeta a una fuerte moralización. Como el doctor Francia en el Paraguay, dicta rígidos reglamentos para obligar a su gente a trabajar; persigue a los vagos, se granjea el aprecio de los blancos. Napoleón quiere reconquistar la colonia emancipada. Manda contra ella un aguerrido ejército pero los negros aúnan esfuerzos en torno de su jefe, resisten heroicamente y por fin derrotan a los franceses que abandonan la isla a los esclavos de ayer. En 1825, la antigua metrópoli reconoce la independencia de Haití.

* Charlevoix, *Histoire de l'isle espagnole*, Amsterdam, 1733; t. IV, p. 362.

En 1801 habían promulgado la Constitución de la nueva República. Sin desdeñar la tutela de Francia que había prematuramente abolido la esclavitud, los negros legislan para establecer una democracia; organizan las municipalidades, reconocen el catolicismo como religión de Estado, y admiten que el trabajo, poco atrayente para una nación indolente, es obligatorio. Pero a partir de este momento, la historia de Haití se desenvuelve entre guerras civiles y dictaduras. Acostumbrados a la servidumbre, sus leyes son liberales. Petión que se precia de la amistad de Bolívar es presidente en 1807; pone todo su esfuerzo en la educación de su pueblo. Su gobierno representa un período de paz entre dos de vandalismo. Antes, el sucesor de Toussaint Louverture, Dessalines había iniciado una guerra sin cuartel contra blancos y mulatos cuya aristocracia era odiosa para los antiguos esclavos. La integridad de la raza negra era el ideal de estos feroces dictadores.

Ninguna república sudamericana tuvo que sufrir tan malhadadas tiranías como Haití; ninguna autocracia fue tan temible como la de los antiguos esclavos cuyos jefes son aficionados al boato y a la sangre. Soulouque, enemigo acérrimo de los mulatos se proclama emperador en 1848 con el nombre de Faustino I y se rodea de una corte grotescamente ambiciosa: fue el más execrable de los déspotas. La República fue restablecida en 1858 pero el monótono desfile de esclavos presumidos que sacian en el poder su pasión exterminadora se reanuda: guerras civiles, guerras internacionales, asesinatos, masacres se suceden y llenan la crónica ensangrentada de la isla. Los jefes haitianos hacen pesar sobre Santo Domingo, cuya población en su mayoría es mulata y donde la tradición española no ha muerto, una férrea dominación; la invasión negra destierra a los escritores dominicanos, destruye la cultura universitaria y avanza sobre esta brillante colonia como una ola de barbarie.

Los dominicanos aborrecen su larga servidumbre y a pesar de las terribles represalias de sus amos, preparan en silencio su liberación. En 1821, Núñez de Cáceres declara que Santo Domingo se separa de España y pide protección a Colombia: el presidente de Haití, Boyer, que no tolera esta imprevista autonomía manda ejércitos para ocupar la nueva República. Pero después de una paciente labor secreta, un nuevo grupo de patriotas proclama nuevamente la independencia de Santo Domingo en 1844, la que coincide con la revuelta de los haitianos alzados contra Boyer. Esta campaña llamada "La Revuelta" fue dirigida por un ideólogo apasionado, Juan Pablo Duarte que se había rodeado de intelectuales y de hombres de acción. Los tradicionales opresores fueron vencidos y los vencedores proclamaron que "los pueblos de la antigua parte española, en reivindicación de sus derechos y deseando proveer a su bienestar y su felicidad futura de un modo justo y legal, se han unido para formar un Estado libre, independiente y soberano".

Al conquistar su autonomía, Santo Domingo no realiza el sueño acariciado por austeros republicanos. Su historia es menos atormentada que la

de Haití, la educación y la literatura se desarrollan extraordinariamente, pero la vida política es indecisa y sobresaltada como en las demás democracias de América. ¿Quizás se deba a la población mulata incapaz de *self government* o a la larga dominación haitiana el que la más joven república ultramarina sea presa de la anarquía? Después de 1844, año de la Independencia, un dictador mestizo, cazurro, ignorante y encarnizado, conserva el poder: Santana. Los "Febreristas" encabezaron la revolución de la Reforma, cuyos jefes, Duarte, Mella y Sánchez eran nobles idealistas enamorados de la democracia. Sin embargo, un caudillo aprovecha para sí este movimiento regenerador en nombre de un despotismo práctico. *"El Febrerismo,* dijo un notable pensador dominicano, o sea el gobierno libremente asentado sobre el derecho, sin caciquismo y desprovisto de las ominosas trabas puestas al ejercicio de la soberanía ha imperado muy poco, en dos o tres ocasiones en nuestra vida nacional. Por el contario, el *santanismo,* es decir, el personalismo, rígido y sofocante que caracteriza la política de Santana y fue practicado después por casi todos nuestros gobernantes, suavizado en algunos, exacerbado en otros, parece tener profundas e inextirpables raíces". *

Pero acaso, ¿no es el despotismo la forma de gobierno necesaria en estas repúblicas donde la división de las castas se opone a la unidad y al desarrollo de la nacionalidad? Graves problemas pesan sobre el porvenir de los dominicanos y de los haitianos: los primeros hacen gala de imaginación, cultura, y poesía pero la evolución política es muy lenta. Los pueblos del trópico parecen incapaces de orden, paciencia, laboriosidad y método: así la literatura pródiga de Santo Domingo contrasta con el arcaísmo de su vida política. "Por su situación geográfica", dice García Godoy, "está a merced del imperialismo norteamericano". Haití es todavía una democracia bárbara. No es tan fácil crear, tan sólo por obra de cartas políticas de origen extranjero, una república disciplinada y próspera en una colonia de esclavos negros; no se ha demostrado que el parlamentarismo, los municipios, la división clásica de los poderes, estas creaciones políticas del Occidente, resultan un sistema de gobierno adecuado para los negros y los mulatos. En vano afirmó el general Legitime, ex presidente de Haití, que de haber sido alentado y bien aconsejado, su pueblo hubiera llegado ya al máximo grado de prosperidad y de civilización", en vano pretende que la decadencia de su país se debe a un problema de economía social: el cúmulo de impuestos y el papel moneda y no a una cuestión de raza. Haití posee inmensas riquezas naturales y sin embargo los impuestos agobian a la población. Carece de ferrocarriles, los obreros emigran, la agricultura y la industria se agotan. Todo esto no es sino el resultado de la indolencia de la raza que no le permite fecundar la tierra y gobernarse.

* García Godoy, F., *Rufinito,* Santo Domingo, 1908, pp. 53-54.

LIBRO V

LA EVOLUCION INTELECTUAL

ESPAÑA FUNDÓ universidades en América donde ejerció un verdadero monopolio de ideas. La Revolución de sus colonias se inspiró en las doctrinas de los Enciclopedistas franceses, y desde aquel momento, es decir durante todo el siglo XIX, la metrópoli perdió casi la totalidad de sus privilegios intelectuales. Las ideas políticas y literarias, el romanticismo y el liberalismo, la fe en la razón y el lirismo pasaron de Francia a las democracias allende el mar. Interesante es estudiar esta larga influencia en la filosofía y en las letras.

CAPITULO I

La Ideología Política.
Conservadores y liberales - Lastarria - Bilbao - Echeverría - Montalvo - Vigil - La Revolución de 1848 y su influencia en América - Las ideas inglesas: Bello, Alberdi - los educadores.

Los revolucionarios de América buscaron apresurados una ideología que consagrara su victoria. A fuerza de ideas francesas, derribaron una organización secular, renegaron de la tiranía española y celebraron la anarquía con discursos y poemas. Para construir futuras ciudades en los desiertos, necesitaban de un evangelio político.

Fundaron la República, calcaron instituciones extranjeras y concedieron todas las libertades a multitudes amorfas. Las primeras disputas se iniciaron entre los defensores del orden antiguo y los radicales que pretendían destruirlo: conservadores y liberales aparecen con la misma vida republicana. El militarismo, las revoluciones, las guerras entre caudillos se explican en parte por el cisma entre los partidarios de la tradición y los defensores de la libertad.

Llevadas por su necesidad de vivir, estas naciones crearon una filosofía política. No se contentan con criticar y analizar; afirman y edifican, se amparan en una fe tan intolerante como los dogmas arcaicos. Democracia y liberalismo son los artículos esenciales de esta religión laica. A los ojos de esta nueva ortodoxia, las convicciones monárquicas y el absolutismo son peligrosas herejías: los realistas son perseguidos como antaño los libre-pensadores. El pensamiento y la acción van de la mano, el primero reflejando las inquietudes de los políticos, preparando o justificando las transformaciones. Un pragmatismo anticipado domina en las escuelas americanas. La poesía es una oración rimada, un discurso lírico; abomina de los tiranos o evoca libertades ingenuas, no llega al pensamiento puro, ajeno a la vida. Alberdi, pensador argentino escribió "La filosofía sirve a la política, la moral, la industria, la historia y, si no lo logra, es tan sólo una ciencia pueril y aburrida". Condenaba el espíritu analítico del siglo XVIII que lo "disuelve y corrompe todo"; anteponía a la vana ideología, a "investigar si las ideas y las sensaciones, la memoria y la reminiscencia son facultades distintas", una "filosofía argentina compenetrada de las necesidades sociales y morales de nuestros países, clara, democrática, progresista, popular, con ideas como las de Condorcet: perfectibilidad humana, progreso continuo del género humano; una filosofía que inspira amor por la patria y por la humanidad".

Los defensores del liberalismo fijan los principios del nuevo estado social: son brillantes comentaristas de las ideas francesas y españolas. Su acción en sociedades donde imperaban todavía prejuicios coloniales, es precisa y didáctica. Crearon instituciones y leyes; en la inquietud contemporánea, aplicaron doctrinas extranjeras. A veces, como visionarios bíblicos, profetizan o condenan.

Lastarria, Bilbao, Montalvo, Vigil, Sarmiento campean en esta época romántica: para ellos, la actividad intelectual no puede ir separada de la política. Lastarria y Bilbao combatieron contra el autoritarismo chileno; Montalvo y Vigil, contra el clericalismo en el Ecuador y el Perú, respectivamente; Sarmiento, la tiranía de Rosas. Sus obras son panfletos; sus teorías tienen siempre un carácter práctico, sea para criticar la realidad presente o construir la ciudad futura.

Lastarria y Bilbao son los maestros del liberalismo en Chile. El liberalismo del primero se suaviza bajo la influencia de Comte, el estudio de la política y de la historia; el de Bilbao, indisciplinado y profético acaba siendo la áspera protesta de un evangelista incomprendido.

Lastarria es el gran reformador chileno, como Bello el maestro prudente que disciplina a la juventud y defiende tradiciones y clasicismo. Fue, como Bilbao, discípulo de Bello; pero opuso a sus doctrinas conservadoras un liberalismo generoso. Como profesor de Legislación en el Instituto Nacional de Santiago desde 1841, criticó desde su cátedra, las leyes y los prejuicios chilenos. En sus clases de derecho constitucional, siguió primero a Bentham, luego a los liberales franceses. Su naturaleza fogosa lo llevaba a aceptar todas las ideas democráticas: se inspiró en Lerminier y en su filosofía del derecho; atacó en 1843 las abstracciones de Bentham y su descuido de las tradiciones legislativas. Herder, Edgar Quinet, el jurista Ahrens, discípulo de Krause van moldeando a este joven apasionado. Finalmente, Lastarria aceptó algunas ideas de Comte: la teoría de los tres Estados y esforzóse por conciliar sus enseñanzas con las de Stuart Mill, Tocqueville y Laboulaye.

Creía al igual que los pensadores románticos en el progreso indefinido, en la libertad, en la armonía universal, en el poder del hombre sobre la fatalidad de las leyes físicas: en 1846, Edgar Quinet lo elogió por sus estudios políticos. Estudió, con un criterio liberal, la evolución de Chile desde la conquista hasta la República.

Para defender su fe política, el profesor intervino en las luchas de su país: no le bastaban las disquisiciones académicas, necesitaba acción y la agitación parlamentaria. Como diputado y como publicista atacó la influencia de Portales, representante de la oligarquía chilena, y la constitución de 1833, magnífica obra de los conservadores. * "El estado", decía Lastarria, "tiene por objeto el respeto del derecho individual: aquí termina su acción". Portales opinaba por su parte que una fuerte autoridad central, una rigurosa tutela eran necesarias en estas repúblicas presas de la anarquía. La libertad le parecía un don prematuro para estas masas. Lastarria enfrentaba su idealismo impreciso a la obra positiva del dictador: poderes limitados, libertad de conciencia, de trabajo, de asociación, poder ejecutivo impotente para limitar estas libertades, municipalidades, federación tales son los artículos fundamentales de su propaganda. Criticaba en las constituciones americanas la indefinición de los derechos individuales y de las atribuciones de los poderes públicos, la irresponsabilidad de estos últimos, la amalgama de formas políticas coloniales con la centralización administrativa del régimen francés.

Dos presidentes, Bulnes y Montt, de 1841 hasta 1861, continuaron el régimen despótico iniciado por Portales: contra ellos, el profesor liberal emprendió su magnífica campaña. Fue desterrado en 1850. Viajó entonces y siguió publicando sus libros políticos. Estudió a Comte, Stuart Mill, Tocqueville y cristaliza su enseñanza. En su nuevo libro, *Lecciones de política positiva,* 1874, aplicaba a la evolución sudamericana y a la historia de Chile, los principios de la escuela positivista. Estudió la organización de los poderes, la sociedad y el gobierno y abandonó su antiguo radicalismo.

* Llamados "pelucones" en Chile.

Reconocía que en países donde el catolicismo es la religión de la mayoría (era el caso de Chile) el Estado puede proteger la Iglesia nacional, ejerciendo sobre ella una tutela moderada que dieron en llamar *"el patronato"*.

Lastarria tuvo mucha influencia sobre el destino de Chile. A su muerte, el liberalismo asciende al poder y políticos como Santa María y Balmaceda que defendieron las leyes liberales pueden ser considerados los discípulos del autor de la *Política positiva.*

Lastarria fue el político y Bilbao, el pensador apocalíptico. Fundó la sociedad de *La Igualdad,* [1] que fue un club democrático. Alma generosa y radical, criticó en un artículo famoso sobre la *Sociabilidad chilena,* 1844 "la tradición, la autoridad antigua, la fe, las costumbres serviles, la apatía nacional, el dogma y la obediencia ciega, el respeto por el orden establecido, el odio a lo nuevo y la persecución del progresista". Analizó sin piedad los prejuicios chilenos y estudió todos los problemas nacionales: comercio, educación, matrimonio, contribuciones, funciones del Estado y de la Iglesia y los resolvió dentro de la óptica democrática. Lo acusaron de inmoralidad, de blasfemia y de sedición. Había atacado también la Constitución de 1833, lo que le granjeó el encono del ministro Montt. Diez años después, Bilbao fue desterrado por su prédica anarquista. En París, conoció a Quinet y Lamennais, los evangelistas de su fe democrática. En 1880, de regreso a Chile, reinició sus encendidas clases.

Montalvo representa en Ecuador el mismo esfuerzo liberal que Bilbao y Lastarria. Pero este demócrata había leído a Montaigne y Voltaire: manejaba la sátira, la ironía, el sarcasmo. En su naturaleza contradictoria, la fe lamartiniana en la democracia y el escepticismo del siglo XVIII se dan la mano. No sólo fue un político sino también un literato. Ostenta su amplia cultura en las múltiples formas de su actividad intelectual. Ensayista, recuerda a Carlyle por su lírico desorden. Su crítica áspera contra el clero nacional en la *Mercurial Eclesiástica* es tan alegre como un cuento italiano. Imitaba a Cervantes con tanta perfección que pudo imitar *Don Quijote.* Conocía a Byron, Milton, Lamartine, Racine, los latinos y españoles y representaría el tipo más completo de humanista que haya dado el Nuevo Mundo latino, si por su misma inquietud, no hubiera cedido con demasiada complacencia a las solicitudes de la política.

Frente a García Moreno, el dictador católico, se irguió Montalvo, el sagitario liberal: no le perdonaba al caudillo su larga tiranía, su fe intolerante, su obediencia al Papa como si fuera un supremo monarca. El polemista ecuatoriano creía en la república y en la libertad; odiaba la teocracia implantada por el presidente cristiano.

Pero su campaña no fue disolvente: Montalvo era un creyente a la manera de los revolucionarios de 1848. "La democracia pura y santa necesita a Jesucristo", escribía con entusiasmo liberal: amaba al cristianismo

[1] Santiago Arcos Arlegui fue el verdadero fundador de esta Sociedad en la que actuó Bilbao. (L. A. S.).

porque es la religión de la democracia. Esta última será la ley de las naciones "si el espíritu del Evangelio prevalece algún día". Elogiaba en la república romana cuya imagen deseaba reproducir en su propio país, el estoicismo y la virtud que exaltó en un magnífico ensayo. No fue radical como Bilbao; aceptaba, precursor del pragmatismo, las ideas útiles, inclusive el catolicismo, siempre y cuando no se tornara en tiranía política. "Nada ganamos con atacar ciertas creencias que a fuerza de ser generales y beneficiosas para todos, terminarán por ser verdades, aun cuando la investigación escudriñadora y valiente de las cosas antiguas pudieran ser motivo para dudar".

Pensador americano, aplicaba las ideas latinas al continente. En los *Siete Tratados,* su obra cumbre publicada en 1873, escribió magníficas páginas sobre los héroes de la emancipación sudamericana. Es el mismo culto, religioso y lírico que el de Carlyle. "¿En qué le cede a los prohombres de la antigüedad?" se preguntaba aludiendo a Bolívar. "En que menos son los siglos que nos separan de él, y que, sólo el tiempo, este gran maestro, destila en un laboratorio mágico, el crisma con el que fueron ungidos los príncipes de la naturaleza". Hace un paralelo entre Bolívar y Napoleón, entre Bolívar y Washington: "tiene Napoleón algo más que los demás: un sentido, un resorte en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón. Vuela por el mundo desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta las nieves de Moscovia. Los reyes se estremecen, lívidos, desfallecientes; los tronos se tambalean y se desmoronan: las naciones levantan la cabeza, miran espantadas el gigante e hincan la rodilla". Montalvo admiraba a Napoleón pero consideraba a Bolívar superior, porque la obra del primero fue destruida por los hombres, mientras que la del americano sigue prosperando. "Aquel que realiza empresas grandes y duraderas es superior al que realiza grandes obras pero efímeras".

Montalvo creía en la raza americana, en los mestizos, en "el espíritu y corazón nobles de los que forman la aristocracia de América del Sur". En su entusiasmo profético celebraba a los futuros habitantes de América: "que serán nuestros descendientes cuando el viajero se siente, triste, para meditar sobre las ruinas del Louvre, del Vaticano o de San Pablo". A la obra crítica de Montalvo contra García Moreno y los clericales, debemos agregar este americanismo religioso, esta terca esperanza en los destinos de la democracia.

Sin el lirismo de Montalvo, pesado y polvoriento como un palimpsesto, Vigil representa en el Perú el liberalismo en lucha contra el poder de la Iglesia. Nacido en 1792, fue sacerdote, estado que abandonó sin conservar como Renán la unción del seminario. Estoico en su vida, defensor de la libertad en varios congresos, consagró su edad madura a una larga campaña contra los privilegios eclesiásticos. Su admirable erudición servía cabalmente su propósito. Defendió el Estado contra las intromisiones del clero. Idealista, predicaba la paz universal, la unión de las naciones americanas y enseñaba las excelencias de la democracia dentro de la virtud cristiana en la cual creía tanto como Montalvo. Al estilo de Bilbao, se impuso sobre

los demás por la austeridad de su vida y la sinceridad de sus exhortaciones, maestro socrático cuya vida fluyó como un poema armonioso.

Sarmiento, pensador argentino, genial y tumultuoso, no representa en su patria un liberalismo tan determinado como el de Echeverría. Sin embargo, bajo Rosas, conmovió con sus ideas su patria tiranizada, por lo que se merece compartir honores con Lastarria y Montalvo. Menéndez Pelayo lo llamó el gaucho de la República de las Letras, es decir que su terco individualismo, su fogosidad excesiva, su media cultura rescatada por admirables intuiciones, lo enfrentan al clasicismo y a cualquier disciplina. Sarmiento fue un romántico por temperamento: atacó la cultura española en nombre del liberalismo francés y anatematizó la tradición que condenaba a la esclavitud; creía en la virtualidad de las ideas, en el papel redentor de las escuelas, en la grandeza de la democracia. Pidió a los Estados Unidos, modelos para la educación popular y cuadros políticos para la vida federal. Fue institutor, periodista, libelista y presidente.

Analizó la vida argentina y los conflictos americanos. En 1845 publicó *Facundo,* una evocación de las guerras civiles argentinas con la pasión y el lirismo de Michelet. Sarmiento fue el enemigo de Rosas, como Montalvo, el elocuente rival de García Moreno. Hay en *Facundo,* páginas despiadadas contra la tiranía del caudillo federal. Exiliado en 1842, fundó en Chile una revista contra Rosas, pero la actividad de este luchador no se circunscribe al periodismo efímero. En las contiendas contemporáneas, descubre elementos eternos, estudia al hombre y el territorio, como lo hemos dicho en el prólogo de *Facundo.* Estudió luego el problema de la raza en el continente y describe en otro libro la república ideal que soñaba. Su obra es profundamente americana.

El liberalismo americano, entre 1830 y 1860 se inspiró en las ideas francesas. La revolución de 1789 explica en parte el movimiento por la conquista de la libertad política. La de 1848 resplandece hasta estas lejanas democracias y las inquieta con la elocuencia insinuante de un nuevo evangelio. Se observa un curioso paralelismo entre las reivindicaciones del socialismo francés y las del radicalismo americano.

En Francia, 1848 no sólo tiene un sentido político, sino también un aspecto social Se busca la extensión de la capacidad electoral, y se predica el derecho al trabajo; luchan por la soberanía del pueblo y fundan talleres en los cuales el Estado asegura la subsistencia de las clases trabajadoras. Al tiempo que los partidos republicanos luchan contra la monarquía de Luis Felipe, Icarios y comunistas preparan la revolución social, los proletarios se sublevan contra la burguesía, como ayer, el tercer Estado se sublevaba contra la nobleza. La protesta popular trasuda el fervor igualitario. Los directores del movimiento contra Guizot y su oligarquía de propietarios son socialistas como Louis Blanc, Pierre Lerous, Blanqui y Ledru-Rollin; aúnan las conquistas democráticas con un programa de reformas sociales.

En América Latina, la revolución es principalmente política: reclamaba el sufragio, la igualdad frente a la ley, el respeto a los derechos; por otro

lado condenaba los abusos de autoridad, pero a pesar de la protesta social, del deseo de nivelación, la lucha de clases es todavía incipiente.

"La revolución de 1848 tuvo en Chile una fuerte resonancia" escribió el historiador chileno Vicuña Mackenna. Contra la oligarquía, los jóvenes Lastarria, Bilbao, los Amunátegui, los tres Matta, los tres Blest, Santiago Arcos, Diego Barros Arana fundaron la sociedad de *La Igualdad,* club secreto "para arrancar al pueblo a la vergonzosa tutela a la cual estaba sometido *.

Esta tutela fue sobre todo política, razón por la cual la sociedad predicaba los principios democráticos: la soberanía de la razón, la soberanía del pueblo, el amor y la fraternidad universales. Estos jóvenes abrieron escuelas para el pueblo. Lillo publicó una traducción de *Les paroles d'un croyant* ** de Lamennais, nueva Biblia de la sociedad radical.

Pero el verdadero maestro de la nueva generación tanto en Chile como en las demás democracias, fue Lamartine. "De 1848 hasta 1858, fue un semidiós, como Moisés", escribió un historiador. Los jóvenes comentaban *La historia de los Girondinos.* Imitaban a los grandes revolucionarios, Bilbao era Vergniaud; Santiago Arcos, Marat; Lastarria, Brissot. Formaron sociedades, congresos: un grupo de exaltados se intitula: la Montaña.

En Venezuela, en 1846, Antonio Leocadio Guzmán ofreció al pueblo la libertad de los esclavos y la repartición de las tierras. Dirigió una revolución contra la sociedad y el Gobierno. En Colombia, la Constitución liberal de 1853 fue un eco del 1848 francés. Se valían del terror para gobernar el país, imperaban en el periodismo, difundían el socialismo, el odio a la oligarquía latifundista, al clero omnipotente. Los liberales esgrimían a Cristo como primer demócrata, de allí que una fracción de este partido se llamara *El Golgotha.* Aumentó la anarquía en las provincias. Obispos y conservadores fueron perseguidos, los jesuitas, expulsados y los esclavos libertados en 1851. Impregnada de una larga inquietud está la obra de estos elocuentes revolucionarios que imitaban, como los girondinos chilenos, a los políticos franceses.

"La democracia —había dicho Lamartine en 1848— es en principio el reino directo de Dios". Su ideal era una república igualitaria. Sus ideas políticas derivan del Evangelio; veía en la Revolución francesa "un pensamiento sano y divino". Caridad, protección a los desheredados, igualdad, fraternidad, todo el credo democrático no es sino la aplicación de las ideas cristianas a la política. Lamartine defendía todas las libertades y deseaba que el gobierno sea un "instrumento de Dios". Se comprende qué entusiasmo debió de provocar en América esta elocuencia religiosa, bañada toda de idealismo y de amor: encontramos acentos lamartinianos en Montalvo y en Bilbao. Pronto la anarquía se torna una mística rebelión contra los

* Zapiola, *La Sociedad de la Igualdad,* Santiago, 1902; p. 8.

** *Las palabras de un creyente.*

tiranos. Lamartine y la revolución de 1848 inspiraron en todo el continente libros o discursos y fomentaron revoluciones o nuevas tiranías.

La influencia francesa es indiscutible e indiscutida. La acción de Guizot y de los doctrinarios se agrega a la de Lamartine. Sin embargo, las ideas inglesas se van imponiendo también: Bentham era autoridad en ciencia política desde los primeros años de la República; a su muerte, el congreso centroamericano que había seguido sus enseñanzas, estuvo de duelo. En Colombia, el presidente Santander defendía frente a Bolívar los textos inspirados del radicalismo inglés y de Tracy. Bentham criticaba violentamente el *Contrato Social* de Rousseau y los supuestos derechos naturales; la base de su política era la utilidad de la mayoría. Tracy profesaba un relativismo moderado y tenía ideas utilitarias como Bentham. En cambio, Bolívar creía en oposición a estos profesores de individualismo, en la bondad de una dictadura moral.

Bello representaba también el pensamiento inglés, tanto en su obra filosófica como en sus escritos jurídicos. Fue, al modo de los legisladores clásicos, el creador del derecho escrito. Su código civil promulgado en Chile en 1855 sirvió de modelo para otras naciones y su *Derecho de gentes,* de ley internacional sudamericana. Había nacido para encerrar en moldes lógicos tanto el lenguaje como el derecho. En su obra legislativa, admirable es el análisis ceñido, la prudencia sajona y el estudio constante de la realidad social. Bello odiaba la vaguedad, la aproximación y aspiraba a concretar su pensamiento en nítidas fórmulas; en buena cuenta adaptaba un firme *commun sense* a los problemas sociales.

Alberdi adoptó también métodos e ideas sajonas. Entre los franceses, admiraba a Guizot pero desconfiaba de Lamartine. Arremetió contra el vacuo intelectualismo americano y defendió el protestantismo, religión propia de las repúblicas en un continente católico. Creía en la monarquía constitucional inglesa, en las ventajas de las escuelas técnicas, en la funesta influencia de los doctores parasitarios. Pero eso quería gobiernos fuertes como en Chile, y detestaba a los demagogos. "La república fue, y es todavía, el pan de los presidentes, el méster de los militares, la industria de los abogados fallidos y de los periodistas sin talento; el refugio de todos los don nadies de toda laya y la máquina de amalgamar todas las escorias": he aquí su juicio sobre el sistema político sudamericano.

Pedía la monarquía como un régimen de salvación: "así podrán (esas repúblicas) unirse a Europa de donde provenía su riqueza y su civilización y oponerse al monopolio norteamericano". Esperaba que la influencia europea consolidara la cultura y cimentara la independencia política. Requería del viejo mundo, emigrantes, capitales y príncipes. En un libro admirable (1853) analizó las bases de la organización argentina. No era un evangelio latino: con el relativismo sajón propuso soluciones prácticas. Reconocía la supremacía de la población pero primordiales eran también la autoridad de los gobiernos, la inmigración de trabajadores, la riqueza industrial. Menospreciaba la ideología revolucionaria y el implacable jacobinismo. Su

esfuerzo puede ser comparado al de Burke en la crítica de la Revolución francesa. Por encima del lirismo estéril de los políticos románticos, su libro se alza, serio, sobrio, sensato, realista, como un eterno magisterio.

Otros espíritus conservadores de América: Lucas Alamán, jefe de los conservadores mejicanos y autor de una bellísima historia de su patria; Bartolomé Herrera, partidario de Guizot, en el Perú; Cecilio Acosta, en Venezuela, coincidieron con Alberdi en algunos puntos de su valiosa doctrina. Como el pensador argentino, Acosta quería que se diera preferencia a la escuela primaria y secundaria y se redujera el número de universidades, que "los conocimientos prácticos reemplacen la erudición de pergamino; el discurso libre, las trabas del peripatetismo; la generalización, la casuística" Los juristas seguían la misma tendencia: eran positivos y analíticos. Son hitos de luz y disciplina en la política incoherente. Entre ellos podemos citar, después de Bello, a Calvo, García Calderón, Vélez Sarsfield, Ambrosio Montt. Contrarrestaron constituciones ineficaces con códigos precisos.

Sin embargo, el idealismo liberal suplantó al discernimiento conservador. Lastarria atraía a la juventud impetuosa más que Bello y Alberdi; Guizot tenía pocos lectores, en cambio Lamartine y Benjamín Constant eran populares. Liberalismo, radicalismo, jacobinismo, he aquí los diversos disfraces de la anarquía sudamericana.

CAPITULO II

La literatura de las nuevas democracias
Clasicismo español y romanticismo francés - Su influencia en América - El modernismo - La obra de Rubén Darío - La novela - El cuento.

Las antiguas colonias españolas, libres de la tutela política de España no se independizan sin embargo, en el campo de la literatura: acatamiento intelectual y autonomía republicana no se excluyen. Hacia 1825, los poetas y los prosadores no imitan a Francia que les lega la política declamatoria y el código revolucionario. Educada en España, la élite intelectual busca su inspiración en la literatura española del siglo XVIII: el clásico Quintana Moratín, Gallego, Lista, Jovellanos señorean en las escuelas de América.

Divorcio duradero entre una política romántica y una literatura clásica. Cuando en las letras, el romanticismo haga brotar lamentaciones pletóricas de lirismo, un sano realismo —preocucación por las finanzas y una minuciosa codificación— se enfrentará a toda esta huera retórica. Formas literarias pasadas de moda en Francia y en España despiertan todavía el entusiasmo americano: así adoptará el realismo de la novela naturalista cuando ya las

escuelas francesas se habrán entregado al simbolismo, para luego volverse modernista y decadente, mientras que allá comienza una restauración clásica. En América, más atractivo tienen los excesos efímeros y los cenáculos que serán imitados con pasión que las verdaderas corrientes de la literatura europea. Hacía tan sólo diez años, las letras sudamericanas reflejaban —con bastante atraso— las direcciones de la poesía francesa. La literatura del nuevo continente, hoy invadida por ideas y libros, corre paralela con las literaturas francesa y española. Están al tanto de todas las novedades, y de la diversidad de las imitaciones pronto nacerá la originalidad definitiva.

Poetas, románticos o clásicos participaron en las luchas sociales, lo que explica este parentesco entre la poesía y la elocuencia, que Brunetière había descubierto en la literatura francesa *. También en la poesía americana, encontramos más acentos cívicos, loas a la libertad, odas a la civilización y a la patria que quejas o "confesiones". Tirteo era más popular que Anacreonte; Beranger más imitado que Musset. El clasicismo se convirtió así en poesía civil, cantando fría, calma y amaneradamente asuntos políticos, el progreso, la independencia, las victorias de la libertad sobre la teocracia.

En México, Ecuador, Argentina, la primera generación de poetas republicanos tuvo sin lugar a dudas el mismo maestro que los poetas españoles, a Quintana cuyas odas solemnes y viriles exaltaban la imprenta, la filantropía, el progreso, nuevos dioses encumbrados por la Revolución francesa sobre los viejos altares. Su ampulosidad, el movimiento y el tono declamatorio de sus poesías entusiasmaron a los escritores americanos. La libertad recién conquistada inspira una poesía que canta a los héroes y las batallas. Ideas y formas muy a lo Quintana. El mejor elogio era ser comparado con el modelo. Por eso, Olmedo, un segundón de esta edad clásica, es llamado el Quintana americano.

En México, los partidarios de la Revolución son también discípulos del poeta español: oradores republicanos y rimadores, Quintana Roo o Sánchez de Tagle describen los héroes de la independencia. Una eminente poetisa, Salomé Ureña de Henríquez, canta en Santo Domingo, a la patria y la civilización, con una elocuencia más mesurada.

En Argentina, también poeta político, Juan Cruz Varela proclama la gloria del partido unitario y la del reformador Rivadavia.

Los escritores contemporáneos de la Revolución no habían olvidado las enseñanzas recibidas en España en las universidades del siglo XVIII, donde estudiaban en latín y comentaban los clásicos griegos y romanos. Leían e imitaban a Horacio y Virgilio. Por su parte la Revolución se inspiraba en las democracias antiguas, en los hombres de Plutarco. Se comparaba el istmo de Panamá con el de Corinto. Al nacer, las repúblicas tuvieron cónsules y triunviros. En los discursos y las proclamas, se multiplican las

* Brunetière, F., *La evolución de la poesía lírica en Francia en el siglo XIX*, París, 1899; p. 134.

reminiscencias clásicas: tanto los políticos como los poetas toman de Píndaro, Horacio, Homero y Virgilio, sus imágenes y metáforas.

Esta influencia de los clásicos y de Quintana es notoria sobre todo en Olmedo, el poeta ecuatoriano que cantó la victoria de Junín y las glorias de Bolívar: el movimiento de sus poesías es el de las odas latinas, pero la elocuencia, la sonoridad, la elegante progresión de sus estrofas recuerdan al clásico español.

El lírico venezolano Bello, verdadero humanista, se inspira en Virgilio y alcanza la perfección antigua.

Pero no es Quintana el único modelo en las perdidas colonias: también otros, el ardiente Gallego, Moratín autor de exquisitas comedias, un crítico, Alberto Lista, Meléndez, Cienfuegos, Martínez de la Rosa son imitados, y la imitación no sabrá rebasar su clasicismo depauperado. Olmedo es de 1780, Bello de 1781, ambos maestros de moderación, armonía y buen gusto. Difícil es diferenciar en su obra, al político del artista, puesto que consideraban su arte como un eminente magisterio republicano. Olmedo aconsejaba la federación en su *Canto a Junín,* José Eusebio Caro desacreditó al tirano López en una poesía sobre la libertad; Felipe Pardo escribió sátiras políticas en una de las cuales describe así las democracias americanas:

Zar de tres tintas, indio, blanco y negro
que rige el continente americano
y que se llama Pueblo Soberano.

Hacia 1840, el clasicismo cede el paso al romanticismo. La Revolución, movimiento de protesta y afirmación del individualismo contra el régimen español, debía menospreciar los viejos cánones literarios, después de haber condenado el viejo sistema político. Son todavía numerosos, sin embargo, los poetas que buscan modelos en España: Arolas, Espronceda, Zorrilla, el duque de Rivas. En Francia, Víctor Hugo, Lamartine, Musset. También Byron tiene sus discípulos. Todos en su vida y en su obra, son románticos, peregrinos al estilo de Childe Harold, que escriben *Castigos* y son perseguidos por la libertad. Desiguales, imperfectos, presa de un demonio interior que los mantiene en una perpetua exaltación, expresan su angustia metafísica.

El romanticismo en Europa fue el triunfo del individuo, de la libertad, del lirismo de las confesiones —melancolía de René o el satánico orgullo de Manfred— la victoria en una palabra del sentimiento sobre la razón. En el arte, fue la libertad, el culto del exotismo, la vuelta a la naturaleza, la restauración gótica, la guerra declarada a las normas clásicas.

¿Cuáles entre estos elementos podían despertar en la nueva generación sudamericana este entusiasmo que desató en el continente una actitud romántica?

De ninguna manera las antigüedades nacionales, menospreciadas y lejanas. Si bien algunos poetas escribieron *Orientales* insinceras, ninguno inten-

tó renovar su lirismo en la tradición quechua o azteca. Pero la indisciplina del carácter americano, más propenso al idealismo y al sentimiento que a la rigidez clásica, respaldó esta imitación de las corrientes españolas o francesas. Todo llevaba al romanticismo, las luchas políticas y la anarquía creaban héroes byronianos; la pasión tropical se alimentaba del sentimentalismo de Lamartine y de los arrebatos de Musset; la lucha contra los tiranos forjaba al individuo. En la vida incierta y bárbara de las nacientes democracias, se confundían los papeles y el poeta en su condición de vate y de líder se sentía exiliado entre los mediocres, una víctima de los ignorantes. Melancolía, individualismo exacerbado, soledad y la convicción de la alta misión del poeta, son los elementos románticos que encontramos también en la literatura americana.

El colombiano Caro creía en la "misión consoladora" del poeta, y esta misión era para el argentino Andrade, un sacerdocio y un don profético. El poeta hace su aparición cuando "la caravana humana equivoca el rumbo en el desierto". Pero esto se paga con soledad y dolor, por orden de la implacable Némesis. Desesperados, los poetas americanos abandonan el mundo.

sufrirás el martirio
que al que nació poeta
reserva el hado impío.

Mármol dice:

Yo vivo solamente cuando feliz deliro
que los terrenos lazos mi corazón rompió
. . . . . .
Venid porque yo gozo, yo vivo solamente
si pienso que he dejado la humanidad atrás.

El poeta peruano Salaverry se mira las entrañas:

Cual la ruina de un templo silencioso
vacío, abandonado, pavoroso,
sin luz y sin rumor.

José Eusebio Caro, quien, en maravillosas estrofas, cantó la libertad, quisiera perderse en los bosques:

Que los hombres ya me niegan
una tumba en sus ciudades
en mi patria me expulsaron
de la casa de mis padres.

A estos románticos, no les atraía como a Rousseau la vida simple, como reacción a los excesos de una civilización artificial. Su melancolía, cuando no imitaba exóticas penas, ¡era el grito angustiado de un alma noble, perdida en una república bárbara! Este contraste entre el medio y el hombre explica muy bien la fuerte influencia del ideal romántico: literatura de pasión, orgullo y rebelión, refleja el estado de luchas intestinas y la soledad.

En Argentina, Mármol imita a Byron en su *Peregrino*. Altisonante, apasionado y triste, maldecía la tiranía de Rosas. Echeverría apenas oculta bajo un ropaje clásico, su subjetivismo romántico, colmo de pasión y de melancolía imprecisa. En Venezuela Heriberto García de Quevedo dejó largos poemas.

En Cuba, Gertrudis Gómez de Avellaneda, aburrida y lírica, redescubre para exaltar el amor, la voz de Musset. El mulato Plácido describe en musicales estrofas; Juan Clemente Zenea, traductor de Leopardi y Longfellow, nos confiesa en armoniosas elegías su desengañada concepción de la vida; y el más grande de todos, Heredia, el cantor del Niágara, cuyo corazón adolorido y fogoso, lleno de contrastes como su poesía, nos participa su dolor y su fe y, a través de magníficas imágenes, vivifica el amor y la naturaleza en la que admira, en los trópicos, la enervante sensualidad y el poder divino.

En México, Espronceda y Lamartine inspiraron a Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván; discípulo de Zorrilla es Manuel Flores, el poeta de la sensualidad ardiente y de la naturaleza agreste. El Brasil, tan pródigo en románticos como Cuba, tuvo a Gonçalvez Díaz quien cantó la tristeza y la nostalgia tan bien expresada en la palabra "saudades", el dolor, la liberación por medio de la ciencia, el consuelo a través de las lágrimas:

Men Deus, senhor men Deus, o que ha no mundo
que nao seja soffrir?
O homen nasce, a vive um so instante
e soffre até morrir! *

Sus poesías son conmovedoramente sinceras, aunque podemos rastrear en ellas diversas influencias, Byron, Zorrilla y los románticos franceses. Este verso de Sainte Beuve, citado por él:

Dios mío, haz que pueda amar!

nos permite comprender sus quejas.

* Mi Señor, Mi Señor Dios, ¿qué hay en el mundo
que no sea sufrimiento?
El hombre nace, y vive un instante
y sufre hasta morir.

Casimiro de Abréu ensaya también temas románticos: la soledad, el dolor, el exilio. Alvarez de Azevedo imita a Byron y Musset, mientras que un poeta en prosa, José de Alencar, expone en cuentos y novelas la concepción novelesca del indio idealizado, como un personaje de Rousseau.

Esta concepción, la volvemos a encontrar en un gran poeta uruguayo Zorrilla de San Martín, quien cantó en *Tabaré,* las luchas entre los conquistadores codiciosos y los americanos cándidos.

En todos ellos, vida y obra son románticas. Vidas de nómadas y de inconformes, sedientos de libertad democrática, vidas desperdiciadas en las luchas contra los tiranos o tempranamente truncadas por la muerte o el exilio como si el destino respetara la unidad de su curso atormentado. Así es como estos discípulos de Lamartine, imaginativos y sensuales, enamorados de espiritualidad y siempre exaltados, dan a su obra, entre 1840 y 1860, un color intenso y sombrío.

Entre todos Andrade fue el más grandilocuente. Es el más grande por su estilo oratorio, la riqueza y la ambiciosa grandeza de sus poemas, extensas composiciones que recuerdan la *Leyenda de los Siglos,* el *Prometeo* de Shelley o el *Abasvérus* de Edgard Quinet. No llega a la altura de sus maestros, pero tuvo por su retórica, su riqueza verbal y su voz sibilina, una gran influencia. Renovando los excesos altisonantes de Hugo, fue sin embargo, el poeta de la democracia y de la raza latina.

Su *Atlántida,* es el porvenir latino: *Prometeo,* la eterna lucha entre el pensamiento y el fanatismo. Arrogante como un español, proclama en maravillosas estrofas sonoras su fe romántica en América y en la libertad. El alma de Roma, "destinada a inaugurar la historia y abrazar el espacio" revive allende el mar; su primera depositaria fue España hasta que se asfixió bajo la "sombra enervante del papado". Francia:

Montaña en cuya cumbre
anida el genio humano.

es hoy día la nación latina por excelencia y Napoleón, el instrumento del antiguo genio imperial. Su espada:

que sobre el mapa de la Europa absorta
trazó fronteras, suprimió desiertos
y que quizás de recibir cansada
el homenaje de los reyes vivos,
fue a demandar en el confín remoto
el homenaje de los reyes muertos.

Andrade creía en el papel sagrado del poeta: Hugo, su maestro, cuya voz admira:

La voz de trueno del gran profeta hebreo
la cuerda de agrios tonos
de Juvenal
y el rumor de cavernas de los cantos
del viejo Gibelino".

le parece profeta y precursor, mártir y proscrito. El poeta, vidente y líder, se vuelve así:

Hermano de las águilas del Cáucaso
que secaron piadosas con sus alas
la ensangrentada faz de Prometeo.

Doctores líricos en estas repúblicas atormentadas, los románticos quisieron ennoblecer la política con su generoso idealismo, derrocar a los tiranos y realizar una democracia imposible.

El naturalismo y el parnasianismo franceses tuvieron poca influencia en América Latina. Si bien Zola gozaba de una extraña popularidad que corresponde en el orden literario, a la extremada afición de las universidades ultramarinas por el positivismo o el materialismo, pocas son las imitaciones de *Germinal* o de la *Tierra.* Los escritores de América no asimilan los métodos naturalistas, la observación truculenta y detallada, el estudio de las masas, el pesimismo forzado: apenas si se lee a Flaubert y a Balzac. Sólo desde hace veinte años, Maupassant, el portugués Eça de Queiroz, D'Annunzio, los grandes escritores rusos interesan e inquietan. La atracción de la novela desplaza poco a poco el viejo entusiasmo lírico.

El argentino Leopoldo Díaz representó en América el Parnaso. Adaptó a los versos españoles, la sonoridad, el relieve, la belleza plástica de los modelos franceses. Uno de sus poemas está dedicado en homenaje al poeta de los *Sonetos,* J. M. de Heredia. Díaz quiso adaptar a la lengua española, elocuente por excelencia, la corrección parnasiana, y encerrar en la estrechez del soneto su caudal retórico: "Las sombras de Hellas" evocan la vida griega, sensual y luminosa; "Los conquistadores", la epopeya fulgurante. Todos sus cantos optimistas hablan de un Renacimiento latino en las democracias americanas.

La afición por el simbolismo y los decadentes, por la poesía "delicuescente" y las pequeñas capillas parisinas inició un intenso movimiento intelectual, el *modernismo* que, por la riqueza de sus ideas, y la renovación de la lengua, dio lugar a un verdadero Renacimiento. Bien considerado, los viejos movimientos, el clásico y el romántico parecen deslucidas imitaciones al lado de la exuberancia moderna *.

* No se debe desdeñar la influencia de Heine sobre la literatura sudamericana. Ya directamente, ya por intermedio de Bécquer cuyas rimas recuerdan los *lieder,* el autor de *Intermezzo* enriqueció el estro de varios poetas románticos y modernistas americanos.

El modernismo se adecúa sin duda al temperamento latinoamericano. ¿Al menos, este numen se inspira mejor que la pasión o la elocuencia de antaño? ¿será un índice de servidumbre? Por cierto no; los grandes poetas conservan una fe entera en la vida y su maestro, Rubén Darío escribe *Cantos de vida y esperanza* después de *Prosas Profanas*.

Razones psicológicas inclinan a los jóvenes hacia este arte sutil. El español se fue refinando en un medio nuevo; su carácter se ablandó sin duda, pero ganó en agudeza y en fantasía. El claroscuro, el matiz, la pasión francesa, encantan también al criollo, amante de la sutileza, del bizantinismo delicado, elegantemente escéptico frente a la bronca fe española. Numerosos son los mestizos dolorosamente estremecidos por encontradas herencias. Los más extraños caracteres, la sensualidad del negro, la tristeza del indio fueron forjando en la raza nueva un estado de ánimo todo matiz, contradictorio, melancólico, no desprovisto de optimismo, sensual, ocioso o violento, aficionado a lo raro, a la música verbal, a las complejidades psicológicas, al lenguaje escogido y al ritmo inaudito. Leyendo Verlaine, Samain, Laforgue, Moréas, Henri de Regnier, Gautier y Bainville, mezclando todos los cultos, y embriagándose con todos estos licores, los poetas de América encontraron el acento nacional. El simbolismo les ayudó poco porque exige una alta concepción del mundo y un sentido profundo del misterio. Por eso prefirieron el arte decadente, por su lirismo musical, sus imágenes exóticas y sus versos dolientes. Una "afinidad electiva" para emplear el giro de Goethe les permitió tañer una música personal en un instrumento extranjero.

Así, nuevos metros y viejos modos rejuvenecidos, imágenes modernas en estrofas sonoras y sinuosas, lo que en Europa es la voz del tedio, fruto tardío de un mundo envejecido, arte baudelairiano de escépticos exquisitos, sirven a una juventud rebosante de vida para expresar su ambición. Esta reforma ganó España, el alumno arrastrando al maestro como en un drama de Renán. Las nuevas voces de España siguen la voz del pontífice de la nueva escuela, Rubén Darío. En la misma forma, Brasil acaudilla a la poesía portuguesa y la eclipsa, según Teófilo Braga.

El romanticismo alemán y francés, enamorado del bronco naturalismo de las leyendas primitivas, revivió los viejos cantares de gestas y la desconocida poesía del arte gótico. Así mismo, los modernistas americanos renovaron la literatura española escuchando la voz ingenua de Berceo y aquella más melancólica de Manrique y resultan más tradicionalistas que los clásicos del siglo XVII cuya intolerancia depauperó la lengua.

Este renacimiento duró apenas veinte años. Algunos precursores, Martí y Julián del Casal, ambos cubanos, aquél, revolucionario en su poesía y en política, éste de vida trágica; Gutiérrez Nájera en Méjico dan la clarinada en un continente aburrido de sentimentalismo. Ritmos desconocidos o nuevos, y versos ágiles son el vehículo de un lirismo inédito e íntimo. Sin embargo, su acento no es todavía decadente: Bainville o Gautier y aun

Musset no cedieron el paso a Verlaine, ignorado tanto como Mallarmé. Un crítico venezolano, Pedro Emilio Coll señaló en los maestros del "decadentismo americano" este culto duradero por el gran Teodoro y por el autor de los *Funambulescos*. En el *Azul* de Rubén Darío repara en la influencia de Mendès, de Loti, acaso Daudet y de los realistas de su escuela más que la del simbolismo *.

Por la agilidad y la tersura del verso, Manuel Gutiérrez Nájera recuerda a Bainville. Con un tono nuevo, criollo y exótico a la vez dice de las complejas sensaciones que más tarde atormentarán a Rubén Darío. Hasta entonces nunca se había puesto en versos españoles tanta gracia e ingenio, ni esta sensualidad que las lágrimas aquietan, ni esta altiva melancolía. *A Cecilia, Vidas Muertas, Castigadas, Mariposas,* he aquí todo un lirismo nuevo, elegíaco y tierno, un ritmo desconocido, una forma olvidada. ¿Quién no conoce su alabanza a la niña engreída que él ama?

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
esprit rociado de Veuve Cliquot,
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviesos de colegiala,
como los ojos de Louise Theo.

No es siempre frívolo. El misterio, la angustia, sabe de la amargura de las ilusiones desvanecidas, pesimista, ve aparecer estas mariposas de la muerte "que tienen las alas nigérrimas y nos cercan en una fúnebre ronda". El monólogo de descreído es una lamentación como la de Segismundo, sobre la vanidad de la vida.

Si es castigo ¿cuál pecado,
sin saberlo, cometimos?
Si premio ¿porqué ganado?
sin haberlo demandado,
responded ¿porqué vivimos?

Tanto las poesías como las crónicas muestran una misma inquietud. Escribe *Odas* dignas de una antología, traduce a Musset y a Coppée. Su maestro es Gautier: comparte con él su amor a la luz:

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?

* Coll, Pedro Emilio, "Decadentismo y americanismo" en *El Castillo de Elsinor*, Caracas, 1902.

El modernismo americano se inspira primero en el parnasianismo de Francia para sólo después dejarse seducir por el simbolismo y el decadentismo. Verlaine, Samain y Laforgue muestran el camino, pero imitando, se crea un movimiento cada vez más original y refinado. Dice un escritor ya citado "aprendimos de las literaturas extranjeras y particularmente de la francesa, a afinar los órganos necesarios para interpretar la belleza, les debemos los métodos de observación y el gusto de las impresiones más que una suerte de perspectiva estética coordinada... Nuestros ojos aprendieron a ver mejor, y nuestro espíritu a captar las sensaciones fugaces".

Nadie mejor que Rubén Darío, uno de los más grandes líricos de la lengua castellana, representa esta evolución, este refinamiento progresivo. Señoreó en América como Hugo y Verlaine en Francia. Sus imágenes, sus clichés estimulan la imitación servil. Nobles émulos aspiran a continuar su obra inmortal pero él reniega de sus discípulos: "Aquel que siga servilmente mis pasos, perderá su tesoro y, paje o esclavo, no podrá ocultar su librea". Pero esta advertencia no impidió que toda una juventud fervorosa lo escuchara y depositara ofrendas a los pies del gran artista desdeñoso.

Su reforma poética fue muy eficaz. Rejuveneció metros arcaicos, adaptó al castellano ritmos franceses, modificó la estructura clásica de las estrofas. Con igual maestría manejó majestuosos versos para expresar las melancolías de la concupiscencia o los versos chispeantes a lo Bainville u otras formas plásticas de una perfección helénica. Parece haber adoptado el grito de Carducci: *odio l'usata poesia.*

La poesía moderna española hacía uso frecuente de los octosílabos y de los endecasílabos, adecuados para la brillantez retórica. Pero Darío adoptó el pentámetro con el hexasílabo clásico y los versos de quince y dieciséis sílabas *. Cambió los acentos, escribió admirables versos libres. En diez años, revolucionó la poesía española.

Prosas profanas, publicadas en 1896, son según la crítica acertada de José Enrique Rodó, "su arco de poeta tendido en su máxima tensión". Todo, desde el título paradojal hasta la riqueza métrica es extraño en este libro delicado que abre un nuevo ciclo literario, como lo abrieron en Francia *Esmaltes y camafeos* o las *Flores del mal.* La originalidad del libro se debe a la prodigiosa facultad del poeta de reconocer lo esencial de cada escuela y apropiárselo, sin dejar de ser personal. Una lírica inquietud lo lleva hacia una u otra manera, pero, arcaica o moderna, la hará suya. Su brío, su flexibilidad, su sabia complejidad no tienen par: escribirá una sinfonía en gris mayor como Gautier, poesías al estilo de Verlaine, un *Canto al centauro* como Maurico de Guérin. Su obra no es de un compacto granito sino de mármol veteado, de decadentes matices, muy del gusto del cincelador de los *camafeos.*

* cf. el definitivo estudio de estas innovaciones en *Horas de Estudio,* Henríquez Ureña, P. París, Ollendorff, pp. 118 y ss.

Sus versos lucen a la vez la sensualidad de un fauno, la distinción de un marqués del siglo de Luis Catorce y el desencanto de un místico. Ninguna forma, ninguna época detiene su alma vagabunda:

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
Botón de pensamiento que busca ser la rosa.

Muestra delante del amor, del arte y de la vida un entusiasmo efímero porque descubre la melancolía última de todo, la angustia de las cosas pasajeras, la tristeza escondida en todos los goces humanos: *quod in ipsis floribus angit.*

Sin embargo amó, antes de expresar su otoñal amargura, la naturaleza, las civilizaciones antiguas, el arte, la vida suntuosa. En *Divagación,* está dicho su deseo y también su amor por el siglo XVIII.

(Los abates refieren aventuras
a las rubias marquesas. Somnolientos
filósofos defienden las ternuras
del amor, con sutiles argumentos.

Mientras que surge de la verde grama,
en la mano el acanto de Corinto,
una ninfa a quien puso un epigrama
Beaumarchais, sobre el mármol de su plinto".

"La marquesa Eulalia, risas y desvíos
daba a un tiempo mismo para dos rivales:
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo,
y, como un efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo".

Pero este mismo poeta de versallesca galanura también sabe cantar el fiero galopar de los centauros:

"...Unos enormes, rudos; otros
alegres y saltantes como jóvenes potros;
unos con largas barbas como los padres ríos
otrs imberbes, ágiles y de piafantes bríos
y de robustos músculos, brazos y lomos aptos
para portar las ninfas rosadas en los raptos".

Otros poetas lo acompañan: más jóvenes que su maestro, definen poco a poco su ideal. Si bien siguen su técnica, son más americanos que Darío. Unos conservan como Almafuerte una gran independencia, otros ceden ante la penetrante influencia del precursor o de los cenáculos parisinos. Este esfuerzo todavía no fijó su modo. ¿Quién podría decir dónde se detiene esta hermosa revuelta de la juventud? Quiere un arte americano, sin clichés retóricos, sin ampulosidad ni afectada sensibilidad: el alto senil de algunos imitadores no detiene la marcha de la caravana. Angel de Estrada canta el exotismo en *Alma nómada;* Guillermo Valencia, tan grande como Darío en la interpretación de las leyendas y el amor a Grecia, muestra una curiosidad universal y una sorprendente variedad lírica. Rufino Blanco Fombona escribió como Baudelaire la canción del tedio y líricos recuerdos de pesares y amores, sin por eso olvidar al héroe de su patria, el magnífico Bolívar. Su erudición es enorme: conoce a Tíbulo y Verlaine, Byron y Swinburne, Oscar Wilde y Francis Jammes, pero mantiene incólume su originalidad. Chocano pretendió ser el Cantor de América, altisonante, sonoro, prolífico en imágenes; Lugones, otro gran poeta épico y maravilloso prosista. José Asunción Silva se impone por sus versos melancólicos y lánguidos: como Darío fue precursor y maestro. Ricardo Jaimes Freire ensaya los más audaces metros como Amado Nervo que ribetea su modernismo de cierto panteísmo budista y canta "la hermana agua" como en los *Fioretti.*

Numerosos son en América los ensayistas al modo inglés: importan las ideas europeas o reflexionan libremente sobre problemas trascendentales. Cuando se proponen hacer crítica literaria, sólo descubren ideas generales; en lugar del análisis acucioso, escriben artísticos comentarios. El más representativo del género es el uruguayo José Enrique Rodó. Escribió sobre las poesías de Rubén Darío un hermoso ensayo y sus dos libros *Ariel,* dedicado a la juventud sudamericana y *Motivos de Proteo,* colección de bellos ensayos, son ya clásicos. Otros también descuellan en la crítica. Manuel Ugarte, pensador y artista, cuentista, poeta, ideólogo, autor de un notable libro sobre el porvenir de América Latina. El colombiano Sanín Cano, también ideólogo; dos argentinos, Emilio Becher, fino analista de ideas y de libros y Ricardo Rojas que día a día adquiere, por su nacionalismo y su vasta cultura, mayor ascendiente sobre la nueva generación; dos venezolanos, Manuel Díaz Rodríguez y Pedro Emilio Coll, el primero noble idealista de artística prosa, el segundo, un soñador, atraído por la escéptica ironía de Renán. En el Perú Manuel González Prada, agresivo y sonoro moralista. Hay en su ensayo sobre la muerte y la vida, páginas dignas de Guyau y su estudio sobre Castelar es una magnífica sátira. José de la Riva Agüero, historiador, crítico, polemista de mucho valer. En Santo Domingo, Pedro Henríquez Ureña, profundo conocedor de las letras clásicas y de las literaturas extranjeras; en Uruguay, Carlos Reyles acaba de demostrar en su libro *La muerte del cisne,* su capacidad de hacer una magnífica síntesis de todas las ideas nuevas. Dos ensayistas brasileños, Oliveira Lima (también

historiador) y José Verissimo, autores de compendiosos y celebrados estudios sobre civilizaciones y letras [1].

El cuento, descuidado durante el romanticismo, renace. El modernismo que ya había transformado la poesía, contribuye al penetrante análisis de las pasiones, con una psicología que no se arredra ante la oscuridad mórbida, y la precisa concentración del interés. Machado de Assis sobresale por el análisis vigoroso, el estilo sobrio, la ironía y la melancólica visión de la vida. Díaz Rodríguez escribió magníficos cuentos. Una evocación o un símbolo pone los de Carlos Reyles muy por encima de las novelas ordinarias. Dos jóvenes, el argentino Attilio Chiappori y el peruano Clemente Palma aportaron una estética nueva. Palma parece haber recibido la influencia de Hoffmann y Poe en sus cuentos macabros, vigorosamente originales; Chiappori, médico alienista tiene predilección por los estados oscilantes entre la razón y la locura, descritos en *Borderland* en una lengua sinuosa, desconocida en América.

Un gran escritor peruano, Ricardo Palma, creó un género literario, la *tradición,* un poco historia, un poco cuento y un poco novela. Describió en una lengua riquísima la vida de las antiguas colonias españolas y las tradiciones de esta ciudad refinada que era Lima. Su fina ironía, sus relatos jocosos y libertinos recuerdan a menudo a Anatole France y a los cuentistas italianos.

América no produce solamente cuentos exquisitos sino también novelas con contenido social y análisis psicológico. Podemos citar entre otros *El Hombre de hierro* de Rufino Blanco Fombona; *Canaan* del brasileño Graça Aranha; *La Gloria de don Ramiro* y *Redención* de los argentinos Enrique Rodríguez Larreta y Angel de Estrada; *Idolos rotos* y *Sangre patricia* de M. Díaz Rodríguez mencionado ya como eximio cuentista; la *Raza de Caín* de Carlos Reyles, tan notable como novelista, ensayista y cuentista.

Blanco Fombona reúne todas las cualidades del cuentista: la ironía, la riqueza descriptiva, el diálogo ameno y el vigor de las situaciones. Novelista por temperamento, describió la vida de un criollo, lamentable criatura producto de su medio y para quien la vida y el amor sólo deparan las más crueles desilusiones. Empleado escrupuloso y mediocre, es producto enfermizo de la lánguida vida tropical: este "hombre de hierro" no es sino el dechado de todas las debilidades. Alrededor de él, un hormigueante mundillo, la monotonía de una ciudad provincial, la guerra civil, el secreto odio entre criollos y extranjeros. *Canaan* es la novela de la tierra prometida, el Brasil fecundo donde rubios inmigrantes y mestizos de todo tinte se disputan una naturaleza pródiga. El interés del libro estriba en esta larga lucha y su belleza, en las magníficas descripciones del trópico, el todo realzado por la lengua de Graça Aranha, poética, armoniosa y densa.

[1] Esta enumeración crítica data de 1912, cuando la mayor parte de los escritores mencionados se hallaba en plena producción. Sólo de Rodó habría que agregar *El Mirador de Próspero, El camino de Paros* y sobre todo *Liberalismo y jacobinismo.* Rodó murió en 1917. Otro tanto se puede decir de cada autor citado (L.A.S.).

Angel de Estrada es uno de los americanos más cultos. Viajero (¿acaso no tituló uno de sus libros, *Alma nómada?),* novelista y poeta, destila en sus obras largas meditaciones, quintaesencia de numerosísimas lecturas. Su novela *Redención* es la obra de un humanista: civilizaciones, artes, creencias desfilan por el libro, vigorosamente evocadas, gracias a una lengua matizada y sutil.

Enrique Rodríguez Larreta describió en su novela *La Gloria de don Ramiro* la época del austero y tiránico Felipe II. Ningún artista americano ha tenido como él, la riqueza verbal, la fuerza evocadora y la prolija erudición para reconstruir el pasado. Este armonioso y paciente esfuerzo sorprende en una literatura a menudo improvisada como la americana.

La raza de Caín es una hermosa novela en la que el autor describe el enfrentamiento entre los superhombres de Nietzsche y los débiles, los vencidos y exalta con elocuencia la alegría dionisíaca de dominar y vivir.

Cuentista, a veces novelista pero ante todo cronista, Gómez Carrillo tuvo mucha influencia en América Latina. Con un estilo vigoroso, matizado y armonioso, enseñó a las nuevas generaciones americanas el simbolismo, las elegantes paradojas de Wilde, el d'annunzianismo, Verlaine, todo el arte decadente. Sobre todo elogia París, su "alma encantadora", sus bulliciosos bulevares, sus mujeres, la frivolidad galante de sus inquietudes. Con una sonriente y sutil ironía y la delicada elegancia de Scholl o de Fouquier, ameno, sabe contar o analizar una comedia y burlarse de la ampulosidad erudita o de la presuntuosa gravedad. Sus libros sobre Japón y Grecia, celebrados por los críticos franceses, desvelaron en América el misterio del exotismo. Su obra toda atestigua la eterna atracción de Francia.

En resumen, esta es la literatura nueva en la que novelistas y poetas se caracterizan por un amor a la belleza muy florentino. Para quien conoce de América tan sólo el borroso trazo social, las guerras civiles y la terca barbarie, no ve sino el tumulto externo: existe un extraño divorcio entre la vacilante política y el arte exquisito. Si alguna vez la teoría de Taine sobre la fatal conformidad entre el medio y el arte probó ser equivocada, es en estas turbias democracias que engendraron escritores preciosistas, poetas exquisitos y analistas.

CAPITULO III

La evolución filosófica.
Bello - Hostos - La influencia inglesa - El positivismo -
La influencia de Spencer y de Fouillée - Los sociólogos.

Las democracias americanas no crearon nuevos sistemas filosóficos ni han contribuido como Emerson y William James en los Estados Unidos a plantear viejos problemas de una manera novedosa. La política y la historia: he aquí toda la preocupación de los intelectuales. En vez de especular, prefieren estudiar morosamente el pasado y analizar apasionadamente las luchas cotidianas.

Sin embargo, adoptaron teorías europeas desde los primeros años de la República: los ideólogos franceses, Cabanis y Laromiguière se imponen en algunas escuelas pero la influencia inglesa se extiende desde Centroamérica hasta Chile. Con ella se asienta un utilitarismo moderado y un firme análisis de las doctrinas liberales en el plano político y el económico. Inglaterra contribuyó a la libertad americana tanto en Montevideo como en Colombia: con el oro inglés que recibieron los revolucionarios, penetra el radicalismo filosófico. Juristas y políticos aprovechan estas enseñanzas. Algunos pensadores como Ventura Marín y José Joaquín de Mora en Chile y Alcorta en Argentina logran liberarse del peripatetismo bajo la influencia de la filosofía escocesa. Estas doctrinas adquieren con Andrés Bello, poeta y legislador, filólogo y filósofo, una gran importancia. Su libro *Filosofía del entendimiento* se inspiró de Reid y de Hamilton. Había conocido en Inglaterra a James Mill y algunas ideas suyas sobre el método inductivo y la causalidad recuerdan las doctrinas de Stuart Mill, hijo del anterior. Notables eran en Bello el vigor lógico, el análisis que aplicaba a los fenómenos de la conciencia, su penetrante psicología, su positivismo que le hacía desdeñar la metafísica. Su conservadorismo le hacía aceptar los dogmas católicos, frenando la crítica: lo que el implacable análisis destruye, lo reconstruye su espíritu religioso. Creía en la conciencia, en la libertad, en la realidad del mundo externo, en Dios. Transformó por su análisis psicológico la gramática y por su positivismo, el derecho civil y el derecho de gentes. Su extremada crítica se convierte a veces en abstracción refinada, en álgebra intelecual. Pasó de la ideología al positivismo, de Destutt de Tracy a Stuart Mill por medio de los filósofos escoceses. Sus admirables esfuerzos gramatical y jurídico son una consecuencia directa del realismo y análisis sajones.

Bello aparte, el más notable de los filósofos sudamericanos es Eugenio de Hostos nacido en 1839. No sólo expuso las teorías extranjeras sino que desarrolló su propio sistema en obras famosas. Era más moralista que metafísico y tanto en Santo Domingo, Lima o Santiago siempre quiso reformar la educación y las leyes. Los problemas morales y sociales le inquietaban

y su deseo era sentar las bases de una moral y una sociología. Podríamos calificar su filosofía como un racionalismo optimista.

Creía en un mundo ideal y la ciencia era un eficiente agente de la virtud. No pretendía disciplinar las voluntades sino enseñar la verdad. El bien no es una entidad metafísica ni el deber un imperativo: ambos constituyen un "orden natural". Una profunda armonía existe entre el hombre y el mundo y la ley moral es la revelación en la conciencia de la geometría de las cosas. Para Hostos el mundo es justo, lógico, razonable: una ley interna *lex insita,* se manifiesta en las armonías siderales y en las acciones virtuosas.

El ideal moral es por consiguiente la adaptación de la conducta a las relaciones fatales y armoniosas de las cosas. ¿Acaso no recuerda este optimismo la moral de Spencer, la ética rigurosa de Spinoza o el pensamiento de Cournot, "la base filosófica de la moral es la idea de conformidad con el orden universal?".

Los fundadores de la República eran de formación escolástica. En las arcaicas universidades se discutía sobre la base de complicados silogismos. Una libre doctrina filosófica que aceptaba todas las verdades católicas: la inmortalidad, el libre albedrío, la Providencia y las explicaba con una encendida elocuencia, era una reacción natural contra el dogmatismo y correspondía al romanticismo de los políticos, a su fe en la democracia, la libertad y el progreso humano.

En América española, las ideas francesas predominaban pero en el Brasil prevalecían las alemanas. Contra el eclecticismo, Tobías Barreto y Silvio Romero difunden esta cultura. El primero es discípulo de los filósofos alemanes, el segundo vulgariza las teorías de Spencer sin dejar de lado a los pensadores alemanes. En sus estudios alemanes, Barreto adoptó el monismo de Ludwig Noiré: "El universo se compone de átomos absolutamente iguales con dos propiedades: una interna, el sentimiento, la otra externa, el movimiento". Toda la filosofía del brasileño descansa en este pensamiento y su influencia fue tan grande que, según un crítico, "las teorías de Comte y de Noiré explican la mentalidad del Brasil moderno". Silvio Romero se hizo el portavoz del evolucionismo de Spencer, "monumento filosófico más importante aún que el de Comte", sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Spencer no alcanzó en Brasil la popularidad que tuvo en las otras naciones americanas.

Barreto, monista en filosofía, era partidario del finalismo jurídico de Ihering: Silvio Romero, discípulo de Spencer, expuso y defendió las conclusiones sociológicas de Desmoulins. En el proselitismo de ambos se reúnen doctrinas que no tienen ninguna afinidad entre sí. En el Brasil, se discute sobre todas las filosofías exóticas pero por la confusión producida por tantas imitaciones incoherentes, carecen de una dirección nacional. Por su parte, Joachim Nabuco, gran sicólogo y discípulo de Renán, escribe ensayos filosóficos en una lengua sutil.

El filósofo español Balmes, menos dogmático que los escolásticos, de doctrina más rica que los eclécticos, atrae a los espíritus cansados de tanta estéril elocuencia. No hizo escuela pero era muy leído por los conservadores. Su penetrante análisis, su realismo sajón, su racionalismo dominan sobre un espiritualismo difuso.

Estas diversas corrientes —empirismo inglés, eclecticismo francés, benthamismo— no constituyen profundos movimientos espirituales, sólo reemplazan a la obsoleta escolástica. Se necesita una ideología política apropiada para las luchas por el poder, así que las discusiones metafísicas son echadas a la cuenta del olvido.

El positivismo es la primera filosofía que tiene amplia acogida: preparó los grandes movimientos sociales como la Reforma en México y la República en Brasil. Se volvió una dictadura intelectual, una nueva escolástica. Los librepensadores creen en Comte y en Spencer, en la religión humanitaria del primero y en el agnosticismo del segundo.

Comte había fundado según Stuart Mill, un sistema completo de despotismo espiritual. Defendía el orden y la autoridad contra los abusos del individualismo, "el enérgico predominio del poder central"; condenaba "la anarquía, el liberalismo disolvente, y exaltaba el genio esencialmente social del catolicismo". En naciones aniquiladas por la revolución y una libertad romántica, estas teorías debían justificar, como era el caso en Brasil, la dictadura. En este país, la fórmula comtiana "orden y progreso" es el símbolo nacional.

Otras causas explican la supremacía del positivismo: era una reacción contra la teología y una filosofía oficial y difusa en nombre de la ciencia. Aun los que habían sido formados en el catolicismo, perdida la fe, necesitaban dogmas laicos, verdades organizadas en sistemas fáciles, en suma, una nueva fe, anhelo que la filosofía comtiana viene a colmar. Al mismo tiempo, el progreso material, basado sobre el desarrollo científico, el utilitarismo que exagera el papel de la riqueza encuentran en el positivismo el sistema adecuado para la vida industrial.

En México, Brasil y Chile señorea el positivismo integral, método filosófico y religión de la humanidad. En Brasil, con Benjamín Constant, Bothelo de Magalhães, Oscar d'Araujo, Tavares Bastos y sus discípulos, conservan el calendario, los santos laicos y los ritos del fundador. Forman profesores, redactan constituciones políticas como la de Rio Grande do Sul, y propagan con entusiasmo las doctrinas de Comte. En Chile, Juan Enrique Lagarrigue predica un generoso idealismo, el olvido de los odios patrióticos, pero la democracia no escucha a este cándido apóstol. En México, Barreda, fundador de la Escuela Preparatoria y líder de la vida intelectual, había sido desde 1867, discípulo de Comte en París. Reformó la instrucción mexicana dentro de la óptica positivista pero no aceptaba el lado religioso de la nueva filosofía. Existe todavía en México una *Revista Positiva* de escasa influencia.

La doctrina de Comte influye como método, como reacción contra la teología y la metafísica y como dirección pedagógica. Pero en las repúblicas latinas, la filosofía de Spencer se arraiga más profundamente. La evolución sucede así a la idea de progreso, pensamiento predominante de los románticos. Desde 1880 hasta últimamente, las teorías de Spencer guiaron a dos generaciones; en algunas universidades constituían un sistema oficial, no tanto en lo referente a su psicología o su biología sino a sus doctrinas morales y sociales. Políticos y periodistas usaban fórmulas spencerianas como el organicismo social, la inestabilidad de lo homogéneo, la diferenciación, la relatividad del conocimiento. En 1883, un político colombiano y presidente de esta nación, Rafael Núñez explicaba a sus conciudadanos la sociología de Spencer como remedio al dogmatismo político de sus predecesores. Por poco los estadistas americanos hubieran pedido al filósofo del evolucionismo, sugerencias científicas, como lo hicieron los japoneses.

Bajo la influencia del pensador inglés, llegamos a la época científica. El estudio de la sociología comienza entonces; se profesa un materialismo o un positivismo hostil a las ideas ontológicas; se creía en la Ciencia más que en las ciencias, en la explicación racional de todos los misterios, en la supremacía de las matemáticas y de la física. Diversas influencias dominan esta época y se mezclan confusamente para favorecer el triunfo del positivismo. Las teorías políticas y sociales de Gustave Le Bon, los libros apasionados de Nordau, la criminología de Lombroso y de Ferri, las fórmulas de Taine, la biología y la sociología de Letourneau eran comentadas en las universidades, los parlamentos y las escuelas. La elocuencia era rechazada como contraria a la precisión científica, lo mismo que la fe romántica que el positivismo desdeña. Un partido que durante treinta años domina la evolución de México, se llamó *partido científico.*

Estas doctrinas adquieren pronto una excesiva importancia; en lugar de métodos estables y de ideas claras, encontramos en la enseñanza de los profesores, las limitaciones del dogma. El positivismo establece así un racionalismo limitado y vulgar, una nueva metafísica que otorga a las fórmulas de la ciencia una verdad absoluta y exalta en la vida, el egoísmo, los intereses materiales y la despiadada persecución de la riqueza. Para las mentes simplistas de los americanos, esta filosofía no es una disciplina del conocimiento y de la acción sino que limita el esfuerzo del hombre a la prosecución de lo útil. Es así como en algunas naciones americanas, los positivistas organizan tiranías plutocráticas

Sin alcanzar la influencia de Spencer, un filósofo francés, Alfred Fouillé hará pesar la suya en el derecho, la política y la educación. Frente al todopoderoso positivismo, esta doctrina más flexible atrae a muchos americanos y sus libros, la *Idea del Derecho* y la *Historia de la Filosofía* se imponen como textos en algunas universidades. Bien conocida es la teoría de las ideas fuerzas y muchos pensadores y educadores se inspiran de esta "filosofía de la esperanza". Por su noble idealismo, su admirable ri-

queza, su sereno racionalismo, su carácter tan latino, el armonioso sistema de Fouillé se popularizó entre la juventud americana.

No se puede separar su influencia de la de un joven poeta filósofo cuya muerte prematura encumbró: Guyau fue el profesor de idealismo de dos generaciones americanas. En *Ariel,* José Enrique Rodó comenta sus más bellas metáforas y González Prada en el Perú popularizó sus ideas sobre la muerte.

Nietzsche también tuvo sus discípulos y sus comentaristas. Traducido al castellano y vulgarizado, sus doctrinas fueron la biblia del egoísmo exacerbado. Sin embargo no perciben su estoicismo, su culto de la vida heroica y de la aventura trágica. Ministros concusionarios, mestizos ávidos de poder se creen sus seguidores porque acallan cualesquier escrúpulo para su inmoral ascenso. Una generación que está más allá del bien y del mal, practica en América el arribismo, disocia la política y la sociedad y atropella el código de la dignidad humana.

Ninguno de los tres, Fouillé, Guyau y Nietzsche reemplazan la filosofía positivista; siguen vigentes la superstición de la ciencia, el odio de las elucubraciones metafísicas, pero al mismo tiempo las nuevas doctrinas, el pragmatismo, el bergsonismo, la filosofía de Wundt y de Croce, filosofía de la contingencia, se propagan sin abrir nuevas perspectivas. ¿Quizá de la variedad de imitaciones surgirá un sistema americano? En el día, toda novedad intelectual es seguida con pasión: un juez argentino se inspiró para algunas de sus sentencias de las ideas de Tarde.

Una reacción comienza contra el positivismo dogmático, se abre un período de disolución y de crítica. Al aceptar influencias tan diversas, sajonas, francesas, alemanas, se va atenuando la antigua fe en la ciencia, en Comte y en Spencer. Dos jóvenes filósofos, Antonio Caso en México y Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo contribuyeron a este cambio. Inspirándose en las ideas de Emile Boutroux, la emprenden contra la estrecha interpretación de las leyes científicas.

Así después de treinta años, el positivismo pierde su prestigio. Ningún sistema riguroso lo va a reemplazar en las escuelas. Queda en lugar de un dogma intolerante, un libre examen cuyas consecuencias no se pueden anticipar. Algunos ensayos de Enrique Varona en sus conferencias sobre moral y psicología de Carlos Octavio Bunge en su *Psicología individual y social;* de Vaz-Ferreira en su crítica del problema de la libertad; de Déustua en Lima, en sus ensayos sobre la moral, demuestran que no se carece de una seria orientación filosófica. ¿Pero, la originalidad, la doctrina nueva, la escuela iberoamericana serán pronto realidad? Mientras estas naciones sigan en plan de organizarse, en medio del anarquismo y mientras el culto de la riqueza predomine por encima de cualquier esfuerzo desinteresado, no habrá otra filosofía que la adaptación provisional de sistemas extranjeros.

Pero en los nuevos movimientos, la especulación filosófica pierde su antigua llaneza; los estudios sobre psicología adquieren mayor difusión, el análisis se va haciendo más profundo, la sociología está adquiriendo una

enorme importancia y el rechazo a las viejas soluciones difusas es cada vez más terminante.

Hace medio siglo, los libros de ciencia política eran legión. La misma preocupación pragmática —la adaptación de las ideas científicas a la dirección de la vida social— perdura hoy en día.

Diversos sociólogos encuentran su orientación en la biología, la psicología o el materialismo histórico. Cornejo en el Perú adopta las teorías psicológicas de Wundt, su análisis del lenguaje, el mito y la costumbre: Letelier en Chile se inclina por el positivismo de Comte; Ramos Mejía en Argentina explica los fenómenos sociales por la biología. Sus libros, *Lo locura en la historia, Las masas argentinas,* atestiguan esta tendencia. Ingenieros estudia la historia de Argentina en relación con el factor económico. Su obra, *De la barbarie al capitalismo,* es un ensayo de sociología marxista.

En resumen, la sociología atrae más que la filosofía pura. No se conoce en América ni a los grandes idealistas alemanes ni a los pensadores críticos: Hume, Kant, Hegel; a pesar que los discursos del orador español Emilio Castelar difundieron en el continente un hegelianismo *ad usum delphini.* El pesimismo de Schopenhauer no cunde en el trópico donde reinan el eclecticismo, el positivismo y el espiritualismo.

LIBRO VI

EL ESPIRITU LATINO Y LOS PELIGROS ALEMAN, NORTEAMERICANO Y JAPONES

CIERTO QUE HABLANDO de raza no podríamos afirmar que las repúblicas americanas son naciones latinas. Serían más bien indo-africanas o afroibéricas. La cultura latina —ideas y arte de Francia, leyes de Roma, el catolicismo— originó en Sudamérica una forma de pensar análoga a la de los grandes pueblos mediterráneos, hostil o extraña a la civilización germánica o la sajona.

Las nuevas influencias de Alemania, de la América sajona y más aún del Japón son peligrosas para las naciones latinoamericanas si propenden a destruir sus tradiciones.

CAPITULO I

¿Son los iberoamericanos de raza latina?
La herencia española y portuguesa — la cultura latina— la influencia de las leyes romanas, del catolicismo, del pensamiento francés — El espíritu latino en América: sus cualidades y sus defectos.

Cuando en América se oponen a la República imperial del Norte las veinte democracias del Sur, se busca la razón del antagonismo existente entre ellas en un elemento esencial: la raza. Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos culturas. Los americanos del Sur

se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del Norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones. Pero si los Estados Unidos se formaron gracias al concurso de austeros emigrantes ingleses, en la colonización del Sur no hay intervención de elementos latinos puros. Navegantes originarios del *Latium* descubren un continente ignorado; españoles, portugueses lo conquistan y lo colonizan. Casi no se encuentra sangre latina en los hogares que forma la sensualidad de los primeros conquistadores en la América desolada.

Emigrantes de Extremadura y de Galicia, andaluces y castellanos, gente abigarrada de España y de Portugal, concurren todos a crear el primer mestizaje con las razas vencidas: son iberos, en quienes los antropólogos descubren analogías morales con los bereberes del Norte africano. Los vascos, rudos y viriles, que emigran de España para dominar América, no vienen del *Latium;* el elemento andaluz, de Sevilla o de Cádiz, es de origen oriental. Una España mitad africana, mitad germánica coloniza los vastos territorios americanos; dos herencias, la visigoda y la árabe, se unen en su raro genio.

Los colonos franceses e italianos no tienen la importancia de los de España y Portugal, por su inferioridad en número y en riqueza. Los iberos defienden celosamente sus prerrogativas de raza en estos estados aislados de ultramar. Tres siglos después y una vez abierto el continente al comercio europeo, los italianos invaden las ricas llanuras de la Argentina. Ellos contribuyen a la formación de una raza nueva, más latina que española.

No olvidemos, sin embargo, los innumerables sajones que aportaron la riqueza y fundaron familias en Argentina y en Chile; ni a los alemanes del Brasil meridional, ni a los asiáticos del litoral peruano. Iberos, indios, latinos, sajones y orientales se confunden en América, Babel de razas, a tal punto que no se llega a descubrir en ella las líneas definidas de un tipo futuro.

Inútil es buscar allí unidad de raza. Y en los Estados Unidos mismos la invasión confusa de judíos rusos y de italianos meridionales mina poco a poco, la primitiva unidad sajona.

Esta confusión de razas de Norte a Sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; sólo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del Sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana.

Leyes de origen español rigen a América. Ellas trazan el cuadro rígido de la vida civil. Y es de Roma que vienen estas leyes, a despecho de fuertes elementos feudales. Bajo la influencia del derecho latino, Alfon-

so X unifica la legislación española durante la primera mitad del siglo XIII. Tres siglos después, los españoles colonizan América. Los Partidas, vasta enciclopedia de derecho y colección de leyes castellanas, son un código romano. Afirman el sentido individualista de la propiedad contra las formas españolas del colectivismo; refuerzan el poder del *pater familiae* en la austera familia ibérica; consagran la igualdad, autorizando el matrimonio entre gentes de condición libre y siervos antes proscritos de la ciudad; adoptan el formalismo romano.

Después del eclipse de la época feudal, príncipes ambiciosos, desde Alfonso X a los Reyes Católicos y a Carlos V, imponen en política el sentido romano de la autoridad central. Estos monarcas son Césares. Concentran todos los poderes, centralizan, unifican, legislan. Semejante absolutismo real destruye los privilegios y nivela a los hombres. Se forma a la manera romana, una vasta democracia española sometida al César. El sentido latino de la autoridad y de la Ley se impone en las colonias españolas: la propiedad es individual, absoluta, la igualdad civil domina; a despecho de la diversidad de razas, se nivela teóricamente a indios y españoles; la familia, como la *gens* romana, reúne a hijos y esclavos bajo el sombrío poder paternal. El monarca lejano es señor formidable a quien se dirigen virreyes y capítulos, cortes judiciales y clericales en demanda de leyes y reglamentos, castigos y sanciones.

El catolicismo se une indisolublemente a la autoridad romana de los reyes. En España y en América, el príncipe es al mismo tiempo pastor de la iglesia. La religión es un instrumento de dominación política, una fuerza imperial, heredada del genio latino. Multiplica formas y ritos, disciplinando colonos, exigiendo la obediencia exterior, la uniformidad de la creencia y de las costumbres. "La Iglesia romana, dice Harnack, es un instituto jurídico". El catolicismo es también una religión social. En América, él creó la patria brasileña contra el peligro holandés; fundó repúblicas en tierras de indios hostiles a toda vida organizada; difundió la energía latina; favoreció de Norte a Sur, la constitución de sociedades y de gobiernos nuevos.

Bajo la doble presión del catolicismo y de la legislación romana, América se latiniza. Aprende a respetar las formas y las leyes, a soportar una disciplina tanto en la vida religiosa como en la vida civil. Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la Independencia hasta nuestros días.

Estas ideas constituyen una nueva presión latina. En los tiempos modernos, Francia es la heredera del genio de Grecia y del de Roma. Al imitarla hasta el exceso, los iberoamericanos se asimilan los elementos esenciales de la cultura antigua. Encontramos en el espíritu francés el sentido del gusto y de la armonía, el *lucidus ordo* de los clásicos, el amor por las ideas generales, los principios universales, los derechos del hombre, la repulsión a las brumas del Norte y a la luz demasiado violenta del

Mediodía; el racionalismo, el vigor lógico, la emoción ante la belleza y el culto a la gracia. Para las democracias americanas, Francia ha sido una maestra de sociabilidad y de literatura; su acción es ya secular. Voltaire y Rousseau fueron los teóricos del período revolucionario, Lamartine dio a conocer el lirismo y la melancolía romántica; Benjamín Constant, la teoría de la política; y Verlaine, las lamentaciones de la decadencia.

Ora indirectamente, por la influencia del pensamiento y de la literatura de España y de Portugal, ora directamente, estas repúblicas han vivido de ideas francesas.

Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es sólo ibérica, sino francesa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos. Los franceses, los griegos, los italianos, los portuguses y los españoles encuentran en ella los elementos fundamentales de su genio nacional, así como en la antigüedad las mujeres griegas encontraban en Helena los rasgos de su propia belleza. A esta síntesis espiritual España contribuye con su idealismo; Italia con el paganismo de sus hijos y la perpetua sugerencia de sus mármoles; Francia con su educación llena de armonía.

En las democracias ibéricas domina un latinismo inferior, una latinismo de decadencia: abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio, al igual que en España romana. Las cualidades y los defectos del espíritu clásico se revelan en la vida americana. El idealismo tenaz que desdeña a menudo la conquista de lo útil, las ideas de humanidad, de igualdad, de universalidad, a despecho de la variedad de razas; el culto de la forma, la vivacidad y la inestabilidad latina, la fe en las ideas puras y en los dogmas políticos se encuentran en estas tierras de ultramar, al lado de la inteligencia brillante y superficial, del jacobinismo y la facilidad oratoria. El entusiasmo, la sociabilidad y el optimismo son también cualidades iberoamericanas.

Estas repúblicas no están al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias de las razas latinas. El estado es omnipotente, las profesiones liberales se hallan excesivamente desarrolladas, el poder de la burocracia se torna inquietante. El carácter de sus ciudadanos es débil, inferior a su imaginación y a su inteligencia; las ideas de unión y el espíritu de solidaridad luchan contra la indisciplina innata de la raza. La vida interior falta en estos hombres dominados por las solicitaciones del exterior, por el tumulto de la política; entre ellos no se dan ni grandes líricos ni grandes místicos. Frente a las realidades vulgares, yerguen su individualismo exasperado.

Indisciplinados, superficiales, brillantes, los americanos pertenecen a la gran familia latina; son vástagos de España, de Portugal y de Italia, por la sangre y las tradiciones profundas, hijos de Francia, por las ideas

generales. Un hombre político francés, Clemenceau, ha encontrado en el Brasil, en la Argentina, y en el Uruguay "un latinismo de sentimientos, latinismo de pensamiento y de acción, con todas sus ventajas espontáneas, con todos sus defectos de método, sus alternativas de arrebatos y flaquezas en la conducción de los planes". Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles.

Es conveniente corregir los vicios de la raza iberoamericana sin salir del marco de las tradiciones que le son propias. Sin perder su originalidad como nación, Francia triunfa hoy día en las luchas deportivas y gasta sin medida energía y genio inventivo para la conquista del aire. Hace suyas victorias que parecían ser el privilegio de los anglosajones. Del mismo modo, para que las democracias latinas adquieran espíritu práctico, actividad tenaz y bella energía, no es necesario que renuncien a su lengua, a su religión y a su historia.

La defensa del espíritu latino es su deber primordial. Barrès, ideólogo apasionado, enseña contra los bárbaros el culto del yo: ninguna tutela extranjera debe turbar la revelación interior espontánea. Las repúblicas del ultramar, que progresan bajo las miradas hostiles e indiferentes, *bajo la mirada de los bárbaros,* deben cultivar su originalidad espiritual en contra de las fuerzas enemigas.

El peligro norteamericano, la amenaza de Alemania y la del Japón rodean el porvenir de la América latina, como esas fuerzas misteriosas que en el teatro de Maeterlinck dominan la escena humana y preparan en silencio las grandes tragedias. Para defender las tradiciones de un continente latino es útil medir la importancia de las influencias que las amenazan.

CAPITULO II

El peligro alemán
El imperialismo alemán y la doctrina Monroe - La Deutschtum y el Brasil meridional - Lo que piensan los brasileños.

La invasión tudesca preocupa a los escritores iberoamericanos. La protección tutelar de los Estados Unidos no basta para hacerles olvidar el peligro europeo: los recuerdos de la Santa Alianza, de la cruzada del absolutismo religioso y de reconquista quedan vívidos en América Latina.

Tres grandes naciones, Inglaterra, Francia y Alemania pretendieron establecer una duradera hegemonía allende el mar. Inglaterra, colonizadora en todos los continentes, quiso dominar Buenos Aires: la defensa de la ciudad por el virrey Liniers fue, dijo Onésimo Reclus, la revancha latina por la pérdida de Quebec. Francia atacó México y le impuso un emperador; Inglaterra y un monarca francés enviaron expediciones contra el dictador nacionalista Rosas. Lord Salisbury, en un duelo diplomático con el secretario de Estado norteamericano Olney, quiere desconocer la significación tutelar del monroísmo.

El éxito de estas tentativas hubiera establecido en América Latina colonias extensas, pobladas y orgullosas y contra aquéllas, los esfuerzos de las Repúblicas desorganizadas nada hubieran valido.

Eso significa para el nuevo continente la pérdida de su autonomía, pero la doctrina Monroe opuesta a todas las conquistas que no sean la de hecho de los Estados Unidos, y el repentino desacuerdo entre Francia e Inglaterra durante su campaña contra Rosas desbarataron estas tentativas. Las tres Guayanas. el Honduras británico y algunas islas antillanas quedan como testimonio de estas tentativas europeas: son los esparcidos fragmentos del imperio que el viejo mundo ambicionaba establecer. Pero pronto la invasión de capitales y líneas marítimas comerciales reemplazaron las escuadras.

Pero, calladamente, sin emplear medios guerreros, Alemania se viene imponiendo: por el comercio y la inmigración. Tesoneros colonos alemanes se dirigen hacia Brasil, Chile y Centroamérica y si bien el peligro europeo se alejó, subsiste la amenaza alemana. Ni Rusia que posee en Asia vastos territorios desiertos, ni Italia cuyas ambiciones se limitan a Africa, a Trípoli, consideran la posibilidad de conquistar el continente americano.

Contra las expediciones bien determinadas de invasores de toda procedencia, la tutela yanqui es una protección, pero contra la invasión lenta y desapercibida de los inmigrantes alemanes, el monroísmo se muestra impotente. Por sus capitales y sus aventureros, Alemania y los Estados Unidos ocupan la América meridional. Cerrados los demás continentes para

su ambición expansiva, establecen colonias en el Nuevo Mundo. Encontramos aquí negociantes y banqueros que son los tenaces emisarios de estas potencias comerciales. Americanos y alemanes se parecen por el espíritu y la raza. El Medio Oeste norteamericano fue poblado por inmigrantes alemanes y dos imponentes ciudades, Nueva York y Saint Louis parecen ser inmensos reservorios de energía tudesca. El nuevo imperio se conmueve bajo ambiciones idénticas a las de los conquistadores y plutocráticos Estados Unidos, y lo sacuden pasiones propias de pueblos jóvenes: la fe activa, el cristianismo práctico, el culto del oro, la sutileza para acumular gigantescos caudales, emprender obras ciclópeas y organizar monopolios, el optimismo, el ansia de improvisar bajo la presión del dinero, la obra civilizadora de los siglos. El Kaiser y Roosevelt, bíblicos pastores de razas, evangelistas de intensa vida, conducen esta ardiente evolución industrial y cimentan un imperialismo místico. De esta analogía de tendencias, surgirá en el futuro, el conflicto. Hoy las incesantes incursiones de los Estados Unidos en los asuntos sudamericanos y la inmigración alemana organizada son las formas diversas de una misma ambición.

En Guatemala y en Costa Rica, la influencia de Alemania es inmensa. La importancia de sus capitales en América Central no tiene comparación sino con los capitales ingleses en Argentina. Está evaluada en trescientos millones de marcos. Adquieren bienes raíces, construyen ferrocarriles, establecen bancos. En estas regiones, dos influencias preponderantes se enfrentan: el imperialismo alemán y el monroísmo. El Kaiser reconoce sin dilación al presidente Madriz en Nicaragua, mientras que los Estados Unidos ayudan a los revolucionarios a derribar su efímera autoridad. Dispersos en Chile, Venezuela, Perú, América Central, los alemanes se concentran en el Brasil meridional. Pretenden colonizar enteramente tres estados brasileños: Santa Catalina, Paraná y Río Grande do Sul. Desde 1825, una dilatada corriente humana ha venido invadiendo estas ricas provincias. 350.000 alemanes están establecidos allí. Señorean en los municipios, gozan de los derechos de *self government,* desprecian a los negros y a los mestizos y viven en un aristocrático aislamiento. Conservan su lengua, sus tradiciones y los prejuicios de la metrópoli. En algunas colonias del Sur, no vive sino un diez por ciento de brasileños y los alemanes representan la raza dominante, la nacionalidad de hecho. Su esfuerzo respalda las ambiciones territoriales de la *Deutschum.*

Los economistas recomiendan que la inmigración excesiva que invade con regularidad los Estados Unidos sea canalizada hacia América del Sur. La décima parte de la población norteamericana reconoce su origen alemán: son ocho millones de alemanes establecidos en la inmensa democracia del norte. Gracias a las afinidades de raza o quizá a la acción asimiladora del espíritu nacional, esta formidable colonia no forma un estado en el estado; sus miembros se adaptan a la vida americana y asimilan en las numerosas escuelas los elementos de la cultura sajona. No amenazan el desarrollo

normal de la República como los negros en el Sur y los asiáticos en el Oeste.

En el Brasil, los alemanes ocupan 8.000 millas cuadradas del territorio. Oponen orgullosamente los magníficos destinos de la *Vaterland* al federalismo atormentado de los estados brasileños. Compañías de colonización y sucursales de poderosos bancos, sobre todo el *Dutsche Uberseeiche Bank,* maravilloso instrumento de conquista, extienden en Brasil y en toda América Latina la prosaica hegemonía alemana. En Chile, dirigen la educación, organizan el ejército y como en todas las escuelas prusianas, enseñan un patriotismo intolerante y una historia insolente.

Mientras que los inmigrantes realizan su odisea imperialista, exigentes profesores niegan la doctrina de Monroe: en Harvard, el filósofo Hugo Münsterberg y el economista berlinés Adolfo Wagner tildan la tesis yanqui de improvisada y sin fundamento. El interés de Alemania exige que los Estados Unidos renuncien a su tutela, para que numerosas legiones germánicas invadan el continente meridional. Münsterberg escribe en su libro *The Americans,* que los Yanquis comprenderán pronto "el error y la locura de esta tesis" que él califica de doctrina moribunda. Ninguna colonia rusa, francesa, italiana en América del Sur, dice, podría causar dificultades a los Estados Unidos; sólo la doctrina que prohíbe su establecimiento explicaría los conflictos en el futuro. Si se librara a América del Sur de esta tutela, limitándola a América Central, las probabilidades de un enfrentamiento entre Estados Unidos y Europa disminuirían considerablemente. ¿Acaso este desinteresado consejo no oculta el deseo de fundar colonias sobre un continente desprovisto de la tutela de los Estados Unidos?

Gustavo Schmoller, otro economista que al igual que Treitschke y Sybel creía en la misión divina del imperio alemán, quería hacer del Sur de Brasil un país de veinte o treinta millones de habitantes.

Así concentrada en tres provincias de Brasil, una raza pura y hostil lucharía contra los mestizos brasileños y los sojuzgaría, según las enseñanzas de estos profesores de conquista. Esta fecunda invasión concretaría el sueño de los ricos banqueros de Augsburgo, los Velzers, quienes hace tres siglos compraron a Carlos Quinto una rica provincia venezolana. Herederos de este ambicioso plan fallido, los financistas alemanes de nuestra época intentan establecer una provincia extranjera en el corazón de los extensos territorios brasileños.

La élite intelectual brasileña protesta contra esta embozada maniobra conquistadora; están conscientes del peligro y desean conjurarlo. Silvio Romero sugiere medidas eficaces para limitar esta expansión: quisiera que elementos de diverso origen colonizaran el Brasil, preconiza un sistema educativo de tipo anglosajón que desarrollaría el sentido de la iniciativa, del esfuerzo y una emigración de proletarios brasileños que disputarían a los alemanes los territorios del Sur, y por fin el establecimiento de colonias militares en las regiones amenazadas. Es la lucha tradicional por la nacionalidad y la posesión de la tierra. El idioma siendo un instrumento

de conquista, es urgente imponer la enseñanza del portugués en estas escuelas del sur donde precavidos colonos enseñan únicamente en su propio idioma. Sindicatos extranjeros adquieren extensos y numerosos territorios: para contrarrestar esto, Romero quisiera que se prohíba estos monopolios y que se dé prioridad al establecimiento de centros indígenas entre las poblaciones alemanas para detener esta peligrosa invasión de una raza extranjera *. Onésimo Reclus aconseja a los lusitanos de América de la misma forma "que en cada Estado, en cada municipio, los encargados de repartir tierras no permitan el establecimiento de colonias polacas, alemanas, inglesas, irlandesas sino las de españoles, portugueses, brasileños, francesas u otras análogas; que ninguna colonia se forme con gente de una sola nacionalidad, al contrario se divida entre gente de diferentes idiomas, que esta ley sea estrictamente observada y América Latina podrá repeler los fatales embates de la Europa eslava o germánica **

La vida artística no está ajena a esta preocupación nacional: Graça Aranha describe en *Canaan,* el drama del contacto de razas. Es un anuncio doloroso de la conquista. "Por el momento, dice Milbau, somos tan sólo un elemento disociador de esta raza. Realizamos una conquista, nueva, lenta, tenaz, pacífica por los medios que emplea pero terrible por los fines que persigue". Hentz, su compañero, describe con orgullo el triunfo del hombre blanco, la expulsión del "hombre de color nacido en esta tierra". Profetiza el tremendo porvenir: "Los alemanes llegarán sedientos de posesión y de dominación, con su fragosa originalidad de bárbaros y sus infinitas legiones; matarán a los hombres sensuales y locos que formaron sus sociedades en esta espléndida tierra y la degradaron con sus ignominias".

Es la depuración de un territorio infestado de esclavos africanos. Alemania, madre de innumerables varones, *officina et vagina gentium,* invade con sus rubias legiones la patria de los hombres morenos; manda castos germanos a la conquista de la selva lasciva.

Sin negar la realidad de este peligro, debemos reconocer que sería difícil establecer en tierra brasileña y de un modo duradero, colonias que reflejen las glorias de la *Deutschtum.* Desde ya, 350.000 alemanes han sido absorbidos por la masa nacional, demográficamente, no son nada frente a diecinueve millones de brasileños. Para fundar un imperio colonial en el interior de la república lusitana, habría que disponer, según los teóricos de la expansión germánica, de dieciocho a veinte millones de emigrantes. Además la invasión alemana no se concentra todavía únicamente en el Brasil. Los Estados Unidos absorben el alud germánico y los mestizos brasileños siendo prolíficos, la desproporción numérica entre los naturales y sus rubios invasores será a la larga insalvable.

Por otra parte, el número de inmigrantes alemanes disminuye. Las modernas ciudades industriales de Alemania se multiplican y con ellas el

* Romero, Silvio, *A América Latina,* Porto, 1907, p. 323.

** Reclus, Onésimo, *Le Partage du Monde,* p. 278.

número de sus habitantes; atraen nuevos elementos a su vida artificial. Las multitudes rurales emigrantes cambiaron el rumbo de su penoso viaje: no abandonan ya su patria de tradición pero dejan los campos yermos por las ciudades deprimentes. Se refinaron y prefieren los atractivos de las ciudades a los de las aventuras. En la última década, apenas 30.000 alemanes abandonan cada año el *Vaterland* *. No será con estas ínfimas legiones repartidas entre los Estados Unidos, Centroamérica y Brasil que se podrá establecer un centro de dominación en los países americanos.

Los italianos, enriquecidos y soberbios invaden Argentina y el sur de Brasil. Es una corriente cada vez mayor: más de 50.000 latinos emigran cada año. Se adaptan a su nueva patria, adquieren inmensas extensiones de tierras, acumulan enormes caudales, imponen apellidos extranjeros en las letras argentinas y en los salones plutocráticos del nuevo continente. Transmiten la herencia latina a su numerosa prole. Contra estas razas cuyas afinidades coinciden con las de los naturales y que aportan aquí la sensualidad napolitana y el buen sentido milanés, nada podrá el grupo altivo de los colonos alemanes.

Cuando la emigración alemana en un determinado lugar no es excesiva, forma poblaciones asimilables e industriosas. El alemán aprende con más facilidad que el inglés el idioma de su nueva patria; estudia las costumbres locales y las adopta. En las democracias inquietas y turbulentas de América, contribuye con su pachorra, su industriosidad y su actividad metódica. En Argentina, Chile y Perú, en los países donde todavía no intenta sentar las bases de un imperio, su influencia es beneficiosa.

La tutela yanqui nos parece más peligrosa que la alemana.

CAPITULO III

El peligro norteamericano
La política de los Estados Unidos - El "Monroísmo": sus diversos aspectos - Grandeza y decadencia norteamericana - Oposición entre la América Latina y la anglosajona.

Para defenderse contra el imperialismo yanqui, las democracias americanas aceptarían la alianza alemana o la ayuda de las armas japonesas: en todas partes se teme a los americanos del norte. En las Antillas, en América Central, la hostilidad contra los invasores anglosajones reviste el carácter de una cruzada latina. ¿Merecen acaso los Estados Unidos este cúmulo

* Gonnard, René, *La emigración europea en el Siglo XIX*, París, 1906, p. 126.

de odios? ¿No son, como lo predica su diplomacia, los hermanos mayores, generosos y protectores? Además ¿no es ese su papel en un continente, desgarrado por la anarquía?

Es necesario delinear los diferentes aspectos de su acción en América del Sur: un examen breve de su influencia sería injusto. Conquistan nuevos territorios pero defendieron la independencia de Estados débiles; pretenden extender su hegemonía en el continente latino pero esta ambición ahorró a las naciones sudamericanas, numerosos y graves conflictos. La presión moral de los Estados Unidos es omnipresente, la República imperialista y maternal toma cartas en todos los conflictos internos de las democracias de lengua española. Suscita o ahoga revoluciones; desempeña una alta misión de cultura. Usa y abusa de un privilegio que no se puede contrarrestar. Para proteger mejor a los iberoamericanos, alzó orgullosas columnas de Hércules contra la ambición del viejo mundo.

A veces, esta influencia se transforma en monopolio y los Estados Unidos acaparan los mercados del Sur. Procuran realizar el trust de las Repúblicas Latinas, supremo sueño de sus multimillonarios conquistadores. Alberdi escribió que son el "Puerto Cabello" de la América nueva, es decir que al modo español, quieren aislar al continente meridional para llegar a ser sus exclusivos proveedores de ideas e industrias.

Su supremacía fue óptima cuando se trataba de asentar sobre sólidas bases la independencia de veinte repúblicas cuyo porvenir era incierto. Los neosajones no intervinieron entonces en las guerras del Sur, mantuvieron su neutralidad y respetaron la paz predicada por Washington. Proclamaron la autonomía del continente y contribuyeron a conservar la originalidad de la América meridional, prohibiendo la formación de colonias en sus territorios desiertos y protegiendo sus Estados republicanos y democráticos de las ambiciones de la Europa reaccionaria.

Pero ¿quién libertará a los iberoamericanos de los excesos de esta influencia? *¿Quis custodiet custodem?* Una supremacía irresponsable es peligrosa.

Naturalmente, en las relaciones entre los Estados Unidos y las naciones del Sur, no siempre los actos corresponden a las palabras; la oratoria derrocha un idealismo fraternal, pero recias voluntades imponen su ambición imperialista. Aunque atentos a sonoras promesas, los estadistas del Sur se niegan a creer en la amistad de los yanquis; sobresaltados por el recuerdo de antiguas y recientes conquistas, estos pueblos quizá exageran el peligro que pudiera surgir del Norte. Tanto una confianza ciega como un temor excesivo son estériles.

En 1906, en la conferencia de Río de Janeiro, el secretario de Estado, Root, fue, ante América reunida, el predicador laico del nuevo evangelio. "No queremos ganar victorias; no ambicionamos otro territorio que el nuestro, ni otra soberanía que la que deseamos conservar sobre nosotros mismos. Consideramos que la independencia y la igualdad de derechos de los menos y más débiles miembros de la familia de las naciones merecen

tanto respeto como las de los grandes imperios. No aspiramos a ningún derecho, privilegio o poder que no concedamos libremente a cada República americana". Estas son las solemnes declaraciones de un político puritano: El señor Root mantiene la misma noble tradición de Washington, de Jefferson y de Hamilton.

Diez años antes, otro secretario de Estado americano, el señor Olney manifestaba a Lord Salisbury, que la gran República sajona prácticamente señoreaba en el continente americano y que su *hágase su voluntad* era ley en los asuntos en los cuales intervenía. ¿Dónde está la verdad? ¿En la declaración imperialista del señor Olney o en el idealismo del señor Root?

Frente a la política de respeto a las libertades latinas, se alzaron los instintos de una soberbia plutocracia. El centro de la vida norteamericana se desplaza de Boston a Chicago: la ciudadela del idealismo le cede el paso al progreso material de la gran ciudad porcina. Diversas corrientes morales se enfrentan. La tradición puritana de Nueva Inglaterra parece inútil para la lucha violenta, el *struggle* del Far-West; la conquista del desierto exige otra moral, hecha de aspereza, de lucha y éxito. Los monopolios se alzan sordos al clamor de los débiles. La lucha entre nuevos hombres es fragorosa y brutal: como en los tiempos de la Roma imperial, los últimos republicanos retroceden ante una nueva casta llena de impetuosa energía. Es la lucha entre el idealismo y la plutocracia, entre la tradición de los *"pilgrim fathers"* y la moral de *Wall Street,* entre los patricios del Senado y los reyes del *Tammany Hall.*

Los grandes partidos políticos se dividen: mientras que los demócratas siguen fieles al idealismo de Washington y de Lincoln, los republicanos tienen los ojos puestos en el imperialismo.

¿Podrá una élite generosa resistir los embates de este impulso de la raza? Quizá, pero nada detendrá el avance de los Estados Unidos. Su imperialismo es un fenómeno inevitable.

La nación, con nueve millones de habitantes en 1820, tiene en los albores del nuevo siglo ochenta millones de ciudadanos; inmenso poder demográfico éste si, en diez años de 1890 a 1900, esta población aumentó en un quinto. Con el imperio del hierro, del trigo, del algodón, la pujanza de su industrialismo conquistador, esta democracia consciente de su fuerza pretende un papel preponderante en la escena mundial. El orgullo yanqui crece parejo con sus riquezas y el aumento de su población y el sentimiento patriótico alcanza tal intensidad que se transforma en imperialismo.

Los Estados Unidos compran a los países tropicales los productos que no tienen. Dominar estas regiones feraces les parece el ideal geográfico de un pueblo septentrional. ¿Acaso su industria no busca derroteros en América y en Asia? Además la vieja ambición mística se agrega a estas necesidades de progreso utilitario. Nación industrial, predican un cristianismo práctico a los continentes envejecidos como Europa, o todavía bárbaros como América Latina; profesan una doctrina de idealismo conquistador, extraña mezcla de tendencias económicas y fervor puritano. La

Muy Cristiana República impone a las razas inferiores su tutela que las va preparando para el ejercicio del *self government.*

Esta expansión utilitaria y mística es exactamente lo opuesto a la simplicidad primitiva del "monroísmo". En 1823, frente a los métodos políticos de la Santa Alianza, el presidente Monroe defendió la originalidad republicana de las antiguas colonias españolas. En el famoso mensaje, declaraba que no había en América tierras libres, condenando así de antemano, cualquier proyecto de establecer en el continente desierto, colonias europeas, y que los Estados Unidos limitaban su acción política al Nuevo Mundo, renunciando a intervenir en las pendencias de Europa.

Hacia fines del siglo, el absolutismo político de la Santa Alianza no era sino un recuerdo, la democracia progresa hasta en el seno de las más despóticas monarquías: Francia es republicana. Después de la trágica aventura mexicana, Europa renuncia a organizar expediciones conquistadoras. Y los Estados Unidos, renunciando a su primitivo aislamiento, intervienen en la política mundial: defienden la integridad de la China y participan a la conferencia de Algeciras; mantienen la paz en Oriente. Nada en el mundo deja de interesarles. Los dos postulados de la doctrina de Monroe, es decir, el absolutismo de Europa y el aislamiento de los Estados Unidos dejaron de ser actuales, pero el monroísmo persiste indefinidamente. "Si, dice el señor Coolidge, catedrático de derecho político en la Universidad de Harvard, por sus principios, el Americano llega a conclusiones que no le gustan, por lo regular se resiste, olvida sus promesas y parte en pos de conclusiones más convenientes". A la lógica de los latinos, americanos e ingleses responden con el instinto y el sentido de lo útil y práctico.

La doctrina de Monroe sufre esenciales transformaciones: pasa de la defensiva a la intervención. De una teoría que condenaba cualquier cambio de régimen político en las nuevas democracias, bajo la presión de Europa y prohibía cualquier adquisición de territorio, la transferencia del poder de una potencia débil a una potencia fuerte, nace la doctrina Falk que, en 1845, decreta la anexión de Texas por temor a las intervenciones extranjeras. En 1870, el presidente Grant pide lo mismo para Santo Domingo como medida de protección nacional, nuevo corolario del monroísmo. El presidente Johnson tiene los ojos puestos en Cuba, en nombre "de las leyes de gravitación política que atrae a los pequeños estados en la órbita de las grandes potencias". En 1895, el secretario de Estado, Olney, a raíz del litigio entre Inglaterra y Venezuela, daba por sentada la soberanía de los Estados Unidos sobre América. De Monroe a Olney, la doctrina defensiva se tranforma en tutela moral.

Si las teorías cambian, las fronteras también varían. La República va extendiendo sus dominios: en 1813 adquiere Lousiana; en 1819 Florida; en 1845 y 1850, Texas; en 1848 y 1852, las provincias mexicanas; en 1858 Alaska; 1898 Hawai. El mismo año, Puerto Rico, las Filipinas, Guam pasan bajo la dominación yanqui con el tratado de París. Los Estados

Unidos adquieren las islas Samoa en 1890, quieren comprar las Antillas danesas en 1902 y se instalan en Panamá en 1903.

Las intervenciones se multiplican con la expansión de las fronteras: en el territorio de Acre, para fundar una república de caucheros, en Panamá para desarrollar una provincia y construir un canal; en Cuba, con el pretexto de mantener el orden; en Santo Domingo, para vigilar las aduanas; en Nicaragua, para respaldar las revoluciones civilizadoras y derrocar a los tiranos; en Venezuela y en Centroamérica, para imponer a estas naciones desgarradas por la anarquía, su tutela financiera y política. En Guatemala, en Honduras, los empréstitos firmados con los señores de las finanzas norteamericanas condenan los pueblos a una nueva esclavitud. La vigilancia de las aduanas, los navíos pacificadores para defender los intereses del norte sajón, la paz y la tranquilidad forzadas, he aquí los medios empleados. El *New York American* anuncia que el señor Pierpont Morgan se propone encauzar las finanzas de América Latina en una vasta red de bancos norteamericanos. Los comerciantes de Chicago y los financistas de Wall Street maquinan el monopolio de la carne en Argentina. Los Estados Unidos ofrecen millones para convertir los empréstitos realizados en Londres el siglo pasado por los Estados latinoamericanos, en empréstitos yanquis. Quieren con ello obtener el monopolio del crédito. Anunciaron, a pesar de que la noticia parece improbable, que un sindicato norteamericano deseaba comprar inmensas zonas de Guatemala donde el inglés es obligatorio. La fortificación del canal de Panamá, la posible adquisición de las islas Galápagos en el Pacífico son nuevas manifestaciones de este avance imperialista.

El monroísmo se vuelve agresivo con el señor Roosevelt, el político del *big stick* y de la intervención a ultranza. Roosevelt está consciente de su sagrada misión; quiere un poderoso ejército y una marina de guerra para surcar majestuosamente dos océanos. Sus ambiciones encuentran un respaldo inesperado en los comentarios de Archibald Coolidge, el catedrático de Harvard, sobre los Estados Unidos como potencia mundial. En su libro, da a conocer el origen de la preocupación sudamericana frente al peligro del norte: "Cuando dos Estados contiguos, dice, están separados por una larga línea de fronteras, y que uno de ellos crece, rebosante de vigor y de juventud mientras el otro, despoblado y estremecido por incesantes revoluciones que lo enervan y lo debilitan, el primero se impondrá fatalmente sobre el segundo, como las aguas buscan su nivel.

Admite que la historia de los progresos logrados por los Estados Unidos no se presta para aquietar las inquietudes de América del Sur, "que el yanqui cree que sus vecinos son infantiles, vanidosos y sobre todo incapaces de gobernarse". Piensa que el ejemplo de Cuba, liberada de "la dominación española pero que no ha superado sus problemas internos, volverá a los yanquis escépticos sobre la aptitud de las poblaciones mestizas sudamericanas para gobernarse sin desórdenes"; y confiesa que la

"penetración pacífica de México" por los capitales americanos constituye una posible amenaza para la independencia de esta república, si con la muerte de Porfirio Díaz —cuando se publicó este libro, Porfirio Díaz acababa de morir en París y la revolución mexicana comenzaba— volvía la anarquía primitiva y la paz deseada por los millonarios del norte se veía trastornada.

Advertencias, consejos, menosprecio, invasión de capitales, planes de hegemonía financiera, todo aquello justifica la preocupación de los pueblos meridionales.

Los norteamericanos siguen pretendiendo establecer el *Zollverein,* unión aduanera de todas las Repúblicas; quieren detener en sus manos imperiales el Comercio del Sur y las producciones tropicales. De un *Zollverein* nació la unidad alemana y quizá mañana, se logrará con ello este imperio eterno, patriótico sueño del Sr. Chamberlain. Los Estados Unidos, según el sincero catedrático Coolidge, están frente a la América Latina, en la misma situación que Prusia frente a las naciones de *Zollverein.* Además su población es mayor y más imponente. "La historia enseña, dice, que al asociarse estrechamente estados débiles con estados fuertes, la independencia de los débiles está en riesgo". El ideal yanqui, es pues, fatalmente opuesto a la independencia latinoamericana.

Por razones geográficas y por su inferioridad misma, América Latina no puede renunciar a la influencia del norte sajón, a sus riquezas y a sus industrias. Necesita capitales, hombres emprendedores y exploradores atrevidos, los que Estados Unidos le manda con prodigalidad. La defensa del Sur radicará en evitar el establecimiento de monopolios y privilegios, tanto a favor de los yanquis como de los europeos.

Se debe conocer no sólo la base de la grandeza norteamericana sino también sus debilidades para liberarse de los peligros de una imitación excesiva.

Los anglosajones de América crearon una admirable democracia sobre una tierra pródiga. Múltiples razas sentaron sus reales desde el Atlántico hasta el Pacífico y han fecundado el desierto con su ardiente sangre. Holandeses, franceses, sajones, alemanes, gentes de todas las sectas, quáqueros, presbiterianos, católicos, puritanos mezclaron sus *credos* en una misma patria multiforme. Al contacto con la tierra nueva, los hombres sintieron el orgullo de crear y de vivir. La iniciativa, la afirmación de sí *(self assertion),* la confianza en sí mismo *(self reliance)* la audacia, el amor a la aventura, todas las formas de la voluntad conquistadora se reúnen en esta República de la energía. Un optimismo triunfante acelera el ritmo de la vida, una tremenda agitación creadora construye ciudades en el desierto, establece nuevas plutocracias en el vértigo de los mercados. Talleres, fábricas, bancos; desde la oculta efervescencia de *Wall Street,* la insolencia arquitectónica de los rascacielos, el Far-West abigarrado e incivil, se alza eternamente un himno bronco, testimonio de la lucha sin cuartel de la voluntad contra

el destino, de la vida contra la muerte. Los poetas exaltan la grandeza de la América perdurable.

Escuchad a Walt Whitman, el bardo de esta democracia en progreso:

"Mucho tiempo, demasiado América...
Porque, quién sino yo se dio cuenta
de lo que sus hijos en-masse *son realmente...?*
Haré la raza más espléndida sobre la que el sol
haya brillado jamás".

"¡O madre de una poderosa raza!".

Exclama Bryant, al celebrar las glorias de Norteamérica; y el exquisito Whittier quisiera que los Estados Unidos dominasen el mundo antiguo con su propia fuerza:

"Y vaciado en algún molde divino
dejad que el nuevo ciclo avergüence al viejo".

Conciliaron la libertad con la igualdad, tanto en las costumbres como en las leyes. El *fair play,* la igualdad de oportunidades que la República ofrece a sus ciudadanos, abriendo escuelas, estimulando la superación de los nuevos hombres (*self made man*) en la sociedad, constituyen las bases sólidas de la vida de una República. Equidad e igualdad iluminan esta caravana del progreso de los ciudadanos: igualdad en las luchas industriales contra los monopolios, igualdad entre las iglesias para contrarrestar la intolerancia, igualdad en las escuelas contra los privilegios, consecuencia de la riqueza. Esta recia exaltación de la libertad armoniza con el sentimiento de la disciplina social. Agrégase al individualismo sajón el sentido de la organización de los germanos; las asociaciones se expanden sobre todo el territorio como una red gigantesca: clubes, ligas, sociedades de cooperación y de producción e instituciones filantrópicas.

Pero esta civilización en la cual hombres fornidos conquistan la riqueza, inventan máquinas, edifican nuevas ciudades y profesan un cristianismo lleno de energía, no tiene la majestad de las construcciones armoniosas. Es la obra violenta de un pueblo heterogéneo, a la que le falta la página sublimadora de la tradición y del tiempo. En las ciudades que atareados obreros edifican apresuradamente, todavía no se ve una unidad definitiva. Antagonismos de razas trastornan la evolución norteamericana: los morenos invaden el sur, japoneses y orientales pretenden conquistar el Oeste. La civilización neo-sajona necesita definirse todavía, y mientras tanto fomenta la opulencia en medio de la indisciplina. "Se encuentra en los Estados Unidos, un sistema político, mas no una organización social", dice André Chevrillon. Las admirables tradiciones de Hamilton y de Jefferson tienen que sufrir la embestida de nuevas influencias, los avances de la plutocracia, la corrup-

ción de las funciones administrativas, la disolución de los partidos, el poder abusivo de los monopolios. El eje de la gran nación se desplaza hacia el Oeste, y cada nueva etapa es un nuevo triunfo de la vulgaridad.

Nueva York, ciudad tentacular podría ser el símbolo de esta nación extraordinaria: nos ofrece el vértigo, la audacia, la falta de mesura, propia de la vida americana. Lado a lado están la miseria de los ghettos, los espectáculos turbadores de Chinatown y la opulencia de la Quinta Avenida, los palacios de mármol, al estilo florentino. Por un lado el confuso tropel de inmigrantes apretujado en las dársenas, del otro, el lujo refinado de las residencias plutocráticas; aquí los majestuosos edificios de Broadway, allá las casas de las avenidas aledañas, parecidas a las tiendas de una feria provincial. Confusión, tumulto, inestabilidad son los rasgos más sorprendentes de la democracia norteamericana. No se oponen a la brutalidad plebeya, al optimismo excesivo y al individualismo violento, ni la ironía, ni la gracia, ni el escepticismo, dones de las viejas civilizaciones.

Todo contribuye al triunfo de la mediocridad; la multitud de escuelas primarias, los defectos del utilitarismo, el ensalzamiento del ciudadano medio, el Juan Pérez del nuevo mundo, la tiranía de la opinión, estudiada por Tocqueville; y dentro de esta vulgaridad sin tradiciones, sin aristocracia dirigente, la vuelta al tipo primitivo de piel roja, señalada ya por perspicaces observadores, amenaza la orgullosa democracia. Del exceso de tensión de las voluntades, del estado "primario" de la cultura, de la perenne agitación de la vida, de la aspereza de la lucha industrial, surgirán más adelante la anarquía y la violencia. De aquí a cien años, se rastreará el "alma americana" o el "genio de América" tan sólo en la fuerza bruta o en la violencia, desconocedora de las leyes mirales.

En las naciones anglosajonas, el individualismo se encauza en un hogar estable; puede también enfrentarse al Estado según la fórmula consagrada por Spencer: "el hombre contra el estado". Defiende celosamente su autonomía contra leyes excesivas, y la intervención del gobierno en la vida familiar y las pugnas económicas. Precisamente este sentido de la familia se va debilitando en América del norte bajo la presión de nuevas condiciones sociales. La natalidad disminuye y los hogares de inmigrantes extranjeros contribuyen poderosamente a la formación de las nuevas generaciones; el núcleo heredero de las buenas tradiciones de la raza parece anegarse bajo la marejada de los nuevos inmigrantes. Un funcionario norteamericano escribe que "el decrecimiento de la natalidad traerá cambios radicales en el sistema social de la República", * de donde resultará el abandono de la austeridad tradicional y el sentido del deber y del sacrificio. Los descendientes de las razas extranjeras constituirán los Estados Unidos de mañana. La herencia nacional está amenazada por la invasión de eslavos y orientales

* *Race Improvement in the United States.* Publicaciones de la Academia de Ciencias Sociales de Filadelfia, 1909; pp. 70-71 y ss.

y por la prolijidad de los negros: una dolorosa inquietud pesa sobre los destinos de la raza.

La familia carece de estabilidad, los divorcios aumentan vertiginosamente. De 1870 a 1905, la población se ha duplicado pero en el mismo lapso, los divorcios se han sextuplicado y los matrimonios son menos numerosos. No hay estabilidad en los elementos sociales y las causas de este estado no desaparecerán porque están íntimamente ligadas al desarrollo de la civilización industrial que trajo un nuevo ideal de felicidad. Emancipando a hombres y mujeres de los antiguos principios morales, modificó la moralidad sexual; al acelerarse el progreso social, las luchas humanas se tornan cada vez más fragosas y egoístas.

La inmigración excesiva, heterogénea impide las cristalizaciones definitivas: en los últimos diez años, 8.515.000 extranjeros entraron en el gran país hospitalario. Venían sea de Alemania, de Irlanda, sea de Rusia o de Italia meridional. Se calculó que los Estados Unidos pueden asimilar entre 150 y 200.000 emigrantes al año, pero seguramente no pueden acoger sin cierta desconfianza, tal alud de gentes.

La criminalidad va en aumento; la elaboración de un tipo común de entre estos hombres de tan diversos orígenes se hace más lenta. Sin duda, al abrigo de la federación política de los Estados, se irá formando una aglomeración confusa de razas, lo que justificaría la pregunta del profesor Ripley: "los americanos del norte, dice, fueron testigos de la desaparición de los indios y de los búfalos, pero acaso ¿podrían decir hoy día si los anglosajones les sobrevivirán?...".

Al pretender imitar a los Estados Unidos, no hay que olvidar que la civilización de los hombres del norte acusa estos síntomas de decadencia.

Europa ofrece a las democracias latinoamericanas lo que éstas piden a la América sajona, ella misma formada en sus escuelas. Encontramos espíritu práctico, industrialismo y libertad política en Inglaterra; en Francia, inventiva, cultura, riqueza, grandes universidades, democracia. El nuevo mundo latino debe recibir directamente de estos pueblos el legado de la civilización occidental.

Divergencias fundamentales separan las dos Américas. Diferentes lenguas y por ende, mentalidad diferente; oposición entre el catolicismo español y el protestantismo multiforme de los anglosajones; entre el individualismo yanqui y la omnipotencia del Estado en las naciones del sur. En su mismo origen, en la raza encontramos antagonismos esenciales: la evolución del norte es lenta, dócil a las enseñanzas del tiempo, a las influencias del hábito; la historia de los pueblos meridionales está repleta de revoluciones, de sueños irrealizables.

Los yanquis detestan a los mestizos, los matrimonios impuros que se realizan entre blancos y negros en los hogares del sur latino; ninguna manifestación del panamericanismo podrá erradicar este prejuicio enraizado al norte de México. Los mestizos y su prole gobiernan las democracias latinoamericanas y la República compuesta de alemanes e ingleses seguirá

mirando con el mismo desprecio a los hombres del Trópico y a los esclavos de Virginia, libertados por Lincoln.

Su amistad siempre estará teñida de repulsa y su política y sus adelantos encerrarán ambiciones de hegemonía. Es la fatalidad de la sangre siempre más poderosa que las afinidades políticas o los acercamientos geográficos.

En lugar de perseguir una fusión irrealizable, los neolatinos deben conservar sus tradiciones propias. El desarrollo de las influencias europeas que los enriquecen y los perfeccionan, la depuración del mestizaje, la inmigración para formar centros de resistencia contra toda posibilidad de conquista, son los diversos aspectos de este americanismo latino.

El sociólogo mexicano F. Bulnes escribió *: "Es harto probable que por 1980, los Estados Unidos tendrán una población de 250 millones de habitantes y cubrirán escasamente las necesidades de esta población. Consecuentemente no podrán ya ceder al mundo la enorme cantidad de cereales que ceden en este momento. Tendrán entonces que escoger entre los métodos de cultivo intensivo y la conquista de tierras extra tropicales de América Latina, aparentes por sus condiciones para la producción barata de excelentes cereales".

CAPITULO IV

Una experiencia política: Cuba
La obra española - Las reformas norteamericanas - El porvenir.

Alternativamente española y yanqui, a menudo estremecida por la lucha de dos americanismos, la historia de "la perla de las Antillas" fue una larga experiencia política. Su resultado, el éxito de uno u otro método probará la habilidad o incapacidad de los latinos de América para organizar un Estado y fundar una República.

Ultima colonia, vestigio del inmenso imperio español, continúa en ella, todavía a fines del siglo XIX, la influencia política y moral de la metrópoli. Exuberante tierra del tabaco y del azúcar, su opulencia tropical atraía pioneros y colonos, razón por la cual España luchaba por conservar este país que entregaba como recompensa de la audacia de sus aventureros y de la codicia de sus funcionarios.

Sobresale por su situación geográfica, su riqueza, su tradición. La raza, imaginativa y precoz, dio numerosos poetas, héroes y tribunos: generales

* Bulnes, F., *El porvenir de las naciones hispanoamericanas,* México, 1899, p. 122.

a los treinta años, líricos combatientes, irreductibles guerrilleros, oradores de abundante elocuencia tropical, peregrinos apasionados que denuncian a lo largo y ancho de América, las miserias de la tiranía española, tenebroso relato que despertará entre las democracias ya libertadas interés por el destino de la hermana cautiva, como en Europa, Polonia e Irlanda. Extraña osadía, la de estos soldados, los García, Maceo, Gómez, defendiendo con su vida la libertad nacional. De la misma estirpe de Bolívar y San Martín es Martí, el último de los "libertadores", poeta, estadista y guerrero y mejor aún, caballero medieval, enamorado de una ideal Dulcinea, la autonomía cubana.

Al igual que en las demás antiguas colonias, la influencia de España fue en Cuba, creadora y limitada, útil y funesta. ¿Qué más paradoja que entorpecer con monopolios y trabas la vida de estas ciudades que fueron su obra? Despótica, castiga cualquier afán libertario, y en la isla devorada por el odio de razas —ese viejo odio de conquistadores y criollos— responderá a las demandas de independencia con terribles represalias. No faltó un gobernador que dejara ensangrentadas huellas como el Duque de Alba en Flandes.

En Madrid, un gran ministro, Cánovas del Castillo, intransigente tradicionalista, creía que España debía tener un imperio colonial "para conservar su posición en el mundo". De allí que solamente una política enérgica en las islas alzadas podía salvar a la metrópoli. Ya en 1865, al iniciar su carrera, quiso limitar la representación de Cuba y Puerto Rico y en 1868, al estallar la Guerra Grande, respalda las exigencias de 9.000 españoles de la colonia de denegar cualquier reforma. * Ya en el poder, en 1876, afirma su posición todavía más: no hay solución al problema cubano sino por la fuerza. Al generoso Martínez Campos, suceden inflexibles gobernadores que transforman la maravillosa isla en un cuartel. Las tímidas libertades otorgadas en Zanjón fueron pronto suprimidas: ni elecciones populares ni libertades comerciales, en cambio, un general para apoyar a los españoles de la isla en su guerra contra mulatos y criollos.

En 1878 terminó la primera guerra civil pero en 1895 la revuelta es tan viva, tan popular, tan terrible que Martínez Campos abandona el gobierno de la isla, incapaz de ordenar "ejecuciones y cosas parecidas". Martí, trágico símbolo del alzamiento, es muerto. El general Weyler inicia el régimen del Terror y la isla se consume. Nadie puede desalojar a las guerrillas de las plantaciones de caña donde se esconden. Weyler ordena la "reconcentración" de mujeres, niños y ancianos en las ciudades fortificadas. Con la muerte se castiga el delito de opinar y se exige una sumisión que aísla. Sin embargo la intervención de los Estados Unidos obliga a España a otorgar en 1896 una quebradiza autonomía. El asesinato de Cánovas por un anarquista abre las puertas a una reacción contra sus ideas intransigentes y se ofrece la constitución de Cámaras, aunque sin autoridad sobre el gober-

* Piñeyro, E., *Cómo acabó la dominación de España en América*, París, s.d., passim.

nador mandado por la metrópoli, y de un consejo de administración donde tendrían acceso los cubanos, pero desatienden los intereses económicos y el azúcar y el tabaco no obtienen franquicia.

Cuba esperaba a su Lohengrin: los Estados Unidos van a jugar este papel. Atentos a los asuntos de la isla, negocian una intervención con agentes oficiosos. Nueva York es el puerto de las expediciones de filibusteros. Las peripecias de esta campaña yanqui dirigida contra España son conocidas, desde el incidente del *Maine* hasta el tratado de París. Una vez vencida su rival, ¿darán a Cuba esta libertad tan anhelada? Puerto Rico es conquistado y Cuba no obtiene sino una magra autonomía.

Difícil es decir qué es lo que —ambición imperial o arranque caballeresco como creen todavía muchos cubanos— arrojaron a los Americanos en esta aventura. La opinión de sus políticos fue siempre clara: anexión de la isla o *statu quo*. Tenían temor que España cediera a una potencia mejor armada, esta colonia que ellos, ya en tiempos de Jefferson, consideraban una de las comarcas que "una ley de gravitación política" debía entregarles.

Un eminente historiador y diplomático brasileño, Oliveira Lima, demostró que después del Congreso de Panamá, Bolívar quiso en 1826 libertar a Cuba como colofón a su epopeya libertadora; los Estados Unidos se opusieron, porque sabían que la independencia significaba la manumisión de los esclavos, y la orgullosa y opulenta Virginia los necesitaba. Estas tierras tropicales, Cuba y Puerto Rico, eran la presa prometida al futuro imperialismo federal, y España debía ejercer su tutoría hasta que el poderoso norte pudiera exigir su traspaso o conquistarlas.

Así, este mismo interés yanqui que impedía en 1826 la independencia de Cuba ofrecía a la altiva metrópoli la posibilidad de escoger entre la autonomía de la isla o la guerra, trágico dilema al que no podía sustraerse. Tan sólo aparente es la contradicción entre este reciente quijotismo y el áspero interés comercial de antaño: una oculta lógica guía la política norteamericana. Si se toma en consideración cuál es la meta: asegurarse el control incuestionable del Caribe, sea por compra o anexión de islas, la actitud de ayer, de un país todavía en proceso de poblar su territorio y la de hoy, del mismo país pletórico de riquezas, no parecen inconciliables.

Ya en 1845, se hablaba en Washington de la compra de Cuba. En el famoso manifiesto de Ostende (1854) los diplomáticos americanos, explicaban por qué tenían derecho a arrebatar la isla en caso de que España se negara a venderla. La decisión de participar en la independencia de un país que querían a toda costa comprar es indudablemente el punto final de una larga campaña.

No cabe duda que en 1898, la paz firmada y Puerto Rico conquistado, respetarán esta independencia aunque a medias: ocupan la isla, mandan gobernadores, reforman generosamente las finanzas, la instrucción, la higiene. Tutela provisoria, pronto seguida de la proclamación de la República. Pero ¿ésta era la independencia soñada por Martí? El tratado que la proclamaba la menoscaba también: la enmienda Platt insinuaba, al margen de un texto

liberal, que los Estados Unidos se reservaban el derecho de intervención en caso de una posible anarquía. Extraña severidad la de exigir de una República tropical inexperta, donde el odio de castas es muy vivo, una vida sosegada y apacible. La eventual ocupación militar para sofocar la rebelión, era, para la independencia, una peligrosa intromisión. La intervención dos veces repetidas en los asuntos públicos de la antigua colonia española fue siempre seguida, en la prensa amarilla, de una campaña de anexión. Es difícil prever si el imperialismo yanqui cada vez más sediento respetará, a pesar de las periódicas ocupaciones, la autonomía de la isla. Aconsejará más bien, cansado de la turbulencia de una democracia incapaz de gobernarse, el protectorado o la conquista definitiva.

¿Será la bella isla antillana, un estado de la Confederación anglosajona? En el orden político y social, el acceso de los cubanos en esta democracia causará igual revuelo que la inmigración japonesa en el Far West. Los plutócratas americanos desprecian demasiado a los mestizos y a los negros para aceptar diputados de una comarca donde la población recibió un fuerte aporte de origen africano. ¿Cómo una sociedad que odia al negro podría soportar otra, gobernada por mestizos indoafroespañoles? El protectorado sería un paso hacia este "control de los Trópicos" que el Sr. Kidd y otros sociólogos anglosajones suponen es atributo de su raza.

La obra civilizadora de los Estados Unidos es admirable. Una vez vencida España y conquistada su colonia, transformaron la enseñanza, las finanzas, la higiene, para preparar a un pueblo para la libertad que desconocen. Tardaron cuatro años en otorgársela, cuatro años de pedagogía a cargo del general de brigada Wood, jefe militar y civil, hasta el 20 de mayo de 1902 cuando "gracias a la buena voluntad del Presidente Teodoro Roosevelt reconocieron nuestra mayoría de edad. •

Cuatro años de extraordinaria actividad para transformar la isla exhausta en un país próspero y de la que tenemos conocimiento por las memorias del general Wood. Después de dos años de lucha, se erradicó la fiebre amarilla, azote de La Habana desde 1762. Los yanquis concentraron sus esfuerzos en aniquilar los mosquitos, vehículo del mal, y, en la ciudad saneada, la mortalidad decreció de 91.3 por mil en 1898 a 20.63 en 1902. En el mismo período, la mortalidad de las tropas americanas de ocupación bajó así mismo de 91.03 a 20.68. También lucharon contra la malaria y la tuberculosis hasta transformar La Habana, según uno de ellos, en una de las ciudades más sanas de América.

Pavimentaron las calles, instalaron los desagües, derrumbaron viejos edificios para construir nuevos: albergues, hospitales, cárceles dan a la isla una fisonomía moderna y sana. Los dineros del erario, antaño mal aprovechados por una burocracia incapaz, son ahora utilizados para fines más útiles; se señalan los despilfarros, los ferrocarriles reciben un estatuto. Los americanos hacen carreteras, sabedores de la importancia que tienen para

• Collazo, E., *Cuba intervenida,* Habana, 1910; p. 93.

la prosperidad de la isla: en 1906, segundo año de la ocupación, no había sino 610 kms. de carreteras afirmadas. ** En Jamaica cuya superficie es cinco veces menor, contaban con 10.113 kms.

Las comunicaciones así facilitadas, la industria azucarera ligada al destino de la isla, se desarrolló grandemente; tampoco descuidaron la inmigración ni la construcción de puertos.

El gobierno del señor Wood instala escuelas modernas en las viejas casonas españolas, manda edificar otras especializadas, nidos para niños y escuelas de artes y oficios en las ciudades grandes.

En tiempo de los españoles, la instrucción era sin duda obligatoria, pero los yanquis renovaron la ley obsoleta. La negligencia de los padres era castigada con multas. Un millar de maestros fueron enviados a Harvard el año 1900 para ponerse al día; nuevos métodos pedagógicos y una cultura más amplia modifican la vida política y social. Los yanquis dejaron en la isla diez veces más escuelas que las que encontraron y una educación adecuada a la raza, al temperamento del niño cubano "sensible, nervioso y furiosamente imaginativo".

El gobernador Wood pidió a su gobierno que redujeran a la mitad los aranceles para los productos de la isla, el café y el azúcar, como un primer paso hacia un *Zollverein* provechoso para ambos países. Se quejaba en su memoria de la indiferencia de los ricos por la vida comunal y la política que quería reactivar. Una ley, promulgada por él, reglamenta las elecciones en la nueva República.

Los cubanos reconocen de buena gana que los americanos realizaron una excelente obra de educación y de saneamiento de las finanzas, pero los acusan de haber ocasionado en la vida política una corrupción análoga a la que en *Tammany Hall,* forma líderes y reemplaza la violencia por el fraude. Es difícil pronunciarse sin duda, pero quizá la reacción contra estos peligrosos métodos fue demasiado blanda. En 1906, después de cuatro años de vida dependiente, el Presidente Estrada Palma pidió la intervención. Debemos reconocer que los americanos la realizaron con alguna preocupación: Roosevelt, en una carta al diplomático cubano Gonzalo de Quesada, le daba nobles consejos: "exhorto solemnemente a los patriotas cubanos, escribía, a unirse, a olvidar sus controversias y ambiciones personales y recordar que no tienen sino un medio de salvaguardar la independencia de la República: evitar a toda costa la necesidad de una intervención extranjera, para liberarlos de la guerra civil y de la anarquía".

Desatentos a la voz del bíblico Presidente, le piden que ponga término a las pendencias entre liberales y moderados. Los americanos ocupan la isla durante un año. El señor Taft, a la sazón presidente, fue uno de los pacificadores. ¿Quién podrá decir, si después de retirarse, los anárquicos habitantes de la Antilla, habrán progresado? Uno de sus más insignes políticos, Méndez Capote, cree que en Cuba —y de un modo general en

** Magoon, Charles E., *Informe del Gobernador,* Habana 1909, pp. 26 y 39.

cualquier país demasiado joven donde el gobierno necesita una fuerte autoridad para domar a los insurrectos— los representantes de uno o dos partidos políticos debieran formar parte del gabinete para equilibrar la vida política y evitar los altibajos *, lo que precisamente no se puede lograr en una democracia que pasa alternativamente de la revuelta a la dictadura.

Algunos cubanos, satisfechos con los progresos materiales, quisieran la anexión. Otros entre los cuales uno de los más notables escritores del país, Jesús Castellanos, no se cansan de dar a los Estados Unidos, en recuerdo de su feliz intervención, el título de "hermana mayor". Les dio por cierto la autonomía, pero ¿no sería un traicionero favor? *Timeo Danaos et dona ferentes.* El interés histórico de los norteamericanos por la Antilla se ve hoy en día acrecentado por sus miras imperialistas. Un profesor de la universidad de Harvard, el señor Coolidge escribió en un libro ya citado: "Una ojeada sobre el mapa basta para hacer entender cuánta importancia tiene la isla para los Estados Unidos. De mucho valor por sus numerosos recursos naturales y su clima temperado, es, estratégicamente, la llave del golfo de México, donde termina la cuenca del Misisipí, frente al Caribe y al futuro canal de Panamá. Situación comparable a la de Creta en el Mediterráneo oriental".

El peligro es pues grave para la isla, ya en la boca del león. Solamente una política sagaz podría mantener viva la esperanza de la liberación. La servidumbre ofrecida por el cíclope moderno no es más que una píldora dorada; para pasarla, los mercaderes de la isla olvidarían pronto el orgullo nacional. Al analizar un libro de Rodó, Jesús Castellanos subrayó el utilitarismo a ultranza de estos hombres, codiciosos y sin ideal: materialismo grosero que vuelve imposible un esfuerzo colectivo en pos de la unidad nacional. Los cubanos, poetas y soñadores deberían cambiar radicalmente para empezar a actuar y aprender a reconocer en medio de las luchas políticas dónde está el interés nacional y asentar la solidaridad donde reina la anarquía y morigerar su indolente confianza en los yanquis sustituyéndola por un escepticismo defensivo. ¿Llegarán a transformar sus dotes intelectuales en una menos brillante, pero más eficaz capacidad de lucha y de disciplina? ¿Aprenderán a ser realistas? Cuba sirve de experiencia para el nuevo mundo latino. Adolece del mal de la raza: el divorcio entre la inteligencia y la voluntad.

Contra la invasión anglosajona, opone, muy española todavía, pero también americana por el mestizaje entre vencidos y vencedores, las debilidades y las virtudes latinas. Perder su independencia significaría para las Repúblicas del Centro y para el mismo México, donde la anarquía abre las puertas a la servidumbre, una dura lección. Los Estados Unidos ofrecen la paz a cambio de la libertad. Dolorosa alternativa: independencia u opulencia, el progreso material o las tradiciones. Disyuntiva difícil entre

* Véase, Magoon, Charles E., ob. cit.

la dignidad y el porvenir. Solamente una inmigración amplia, bajo "buenos tiranos" con bastante autoridad para mantener la paz y dar una nueva orientación más realista y menos politiquera a la vida nacional, podría salvar este país del trágico sino que al parecer ha de ser el suyo.

Una nueva intervención, probablemente seguida de la anexión será una triste prueba de la incapacidad americana para gobernarse. La dominación sucesiva de los anglosajones y de los criollos evidenciará la superioridad de los primeros en el orden administrativo, económico y político.

CAPITULO V

La amenaza japonesa
Las ambiciones del Mikado - Los "shin Nihon" en América occidental - La invasión pacífica - Japoneses y americanos.

Frente a los Estados Unidos, en el misterioso Oriente, existe un vasto Imperio que manda hacia el Nuevo Mundo legiones de invasores pacíficos. Barruntando las victorias japonesas, el Kaiser previno a la somnolienta Europa del peligro amarillo: nuevas hordas, como las de Gengis Khan, debían destruir los tesoros de la civilización occidental. Este peligro, a raíz de la derrota rusa y de la alianza con Inglaterra, se hace presente en América desde Vancouver hasta Chile.

Dominar el Pacífico es la ambición tanto de la República norteamericana como la de la monarquía asiática.

Antes de llegar a gobernar América, los japoneses, blanco de la hostilidad de los californianos, librarán en el Norte la gran batalla que decidirá la suerte de su conquista. La doctrina Monroe a su tiempo destinada a liberar América Latina de la tutela de la Santa Alianza, quizá lo sea también para protegerla de la amenaza del Oriente. Los anglosajones no pueden tolerar que se vayan fundando colonias japonesas sobre la costa meridional de América. Para contrarrestarla, rompen el obstáculo que representa para ellos el Istmo, construyendo un canal y fortificándolo al ver que aumentan el número de sus navíos. Los Estados Unidos, comprenden que su porvenir se jugará en el Oriente, y al adquirir las Filipinas, se vuelven potencia asiática. Defienden la integridad de la China, asisten a la paz ruso-japonesa, exigen la neutralidad de los ferrocarriles manchúes reclaman una participación financiera en los empréstitos chinos y en las empresas de civilización material. La política del señor Taft tiende a asegurar para su país el control de las finanzas chinas.

La industria norteamericana quiere abrirse mercados en Asia porque América del Sur es todavía un feudo comercial de Europa. Por otra parte, la población japonesa crece a un ritmo tan acelerado que la emigración es un fenómeno necesario para este país: un pueblo de navegantes, apretado sobre un exiguo territorio tenía que entregarse a las aventuras fecundas. Además, el Estado estimula el éxodo; el socialismo le preocupa porque la densa población de proletarios crea implacables antagonismos de castas. Anarquistas, brillantes propagadores de las doctrinas occidentales difunden sus convicciones entre esta multitud que vegeta sobre una tierra miserable. El industrialismo, las transformaciones de la nación vuelven más airadas aún las protestas de los desheredados.

Esta corriente migratoria no es ni desordenada ni estéril. Más que el alemán, el japonés es un emisario de las miras imperialistas de su país. No se asimila a la nueva nación donde radica, no se naturaliza bajo la protección de leyes acogedoras: conserva su culto para el Mikado, sus tradiciones nacionales y su noble culto a los muertos.

Japón aspira a la dominación política y a la hegemonía económica en Corea, y China del norte. Anexa Corea y, enarbolando el pabellón imperial sobre esta península, se transforma en potencia continental. Recibió de la arcaica China lecciones de sabiduría, artistas y filósofos; y hoy el alumno quiere superar al maestro. Japón está transformando la China, transmitiéndole los métodos del Occidente, la filosofía de Heidelberg, las artes de París. En Manchuria quiere mandar por intermedio de sus industriales y sus banqueros.

"Asia para los asiáticos" proclamaron los japoneses, contestando con esta fórmula exclusivista a la de los yanquis "América para los americanos".

Ninguno de ellos respeta la autonomía de las naciones extranjeras. Los Estados Unidos conquistan económicamente Asia, y Japón, defensor de la originalidad oriental, invade lentamente el Far West americano. Las Filipinas para los Estados Unidos, Hawai para Japón son las avanzadas de la expansión comercial de una parte y del imperialismo del otro.

Estamos presenciando pues una lucha de razas y un choque de intereses inconciliables. Se nota en la orgullosa democracia norteamericana una preocupación que se evidencia por la exclusión hostil de los japoneses de la vida del Oeste e inconmovibles prejuicios raciales. El general americano Homer Lee, en un libro pesimista. *El Valor de la ignorancia,* dice que una nación heterogénea, donde los extranjeros constituyen la mitad de la población total, no podrá nunca vencer a Japón. Anticipa que el imperio insular después de eliminar a sus dos rivales, Rusia y China por sucesivas guerras, vencerá a los Estados Unidos y ocupará vastos territorios en el noroeste americano. Sólo la alianza con Inglaterra "ligada hoy a los destinos del Japón" podría salvar a la república norteamericana de las garras de sus rivales orientales. Tales presagios no tienen sin embargo, un carácter general. A la espera de la futura guerra, la lucha por el Pacífico sigue siendo tan enconada entre las potencias hostiles. Los emigrantes japoneses se

detienen en Hawai, se asimilan a los métodos americanos y emprenden nuevamente su éxodo hacia el Dorado californiano. En las islas son electores, dominan por su número, cambian con asombrosa facilidad de profesión y de industria; luego, regresan a la metrópoli o se afincan pero conservando el sentimiento inviolable de su nacionalidad. En California ejercen humildes oficios y se preparan secretamente para la conquista. Innumerables legionarios llegan así de Oriente: son audaces, especuladores, orgullosos. Aspiran a la dominación económica.

Allá en California, en esta áspera tierra de la aventura y del oro, el problema de la inmigración japonesa se complica. Louis Aubert explica que los japoneses constituyen en este estado una defensa necesaria contra la tiranía de los sindicatos *. Aceptan un jornal irrisorio y suministran a la oligarquía brazos útiles y estómagos sobrios. Mientras que los agrupamientos obreros exigen aumentos salariales y amenazan a las plutocracias ávidas con huelgas y reivindicaciones socialistas, el japonés soporta pasivamente la dura ley del capitalismo. Si en California por interés de raza lo exilan, por interés de clase, se le protege. El instinto de la democracia que defiende en el mundo la herencia civilizadora del hombre blanco, *the white man's burden,* es más fuerte que su egoísmo utilitario. La legislación local cierra las puertas de las escuelas a los japoneses, reduce su emigración o la prohíbe y los mantiene segregados. El inmigrante es acusado de ser descarado y servil. Sin embargo, la energía, la sobriedad, el respeto de sí, la paciencia triunfadora, el aislamiento hostil del japonés, tanto en Hawai como en California, preocupan a los americanos.

Rechazados pues en el Norte, estos conquistadores japoneses se refugian a lo largo del litoral de América del Sur. No renuncian a la bella California, pero quieren olvidar el desprecio de América del Norte, transigir con esta altiva democracia, preparándose en silencio para luchas futuras.

Se transformaron; renegaron de su propia historia en el Oriente milenario y extático y esta renovación tiene como consecuencia una fuerte ambición expansiva. El Japón que remeda a Europa no se olvida de las enseñanzas del imperialismo anglosajón. Sus estadistas, émulos de Disraeli y de Chamberlain quisieran constituir un inmenso imperio bajo la tutela de la Inglaterra asiática, orgullosa e insular como el Reino Unido. El conde Okuma decía que América Latina está comprendida dentro de la "zona de influencia" que legítimamente puede pretender el imperio nipón. ¿Acaso no es ese el lenguaje de los conquistadores europeos, para quienes tales "zonas de influencia" preparan el terreno para el protectorado, la tutela o la anexión? "América occidental, escriben en los diarios japoneses, es un campo favorable para la inmigración japonesa" **. Tesoneros emigrantes podrán edificar allá un nuevo Japón, el *"Shin Nihon"*. Es el mismo

* Aubert, Louis. *Americanos y Japoneses,* París 1908; pp. 151 y ss.

** Aubert, Louis. obra citada en la cual el autor publica numerosos recortes de periódicos japoneses sobre América Latina.

objetivo que persiguen los alemanes en el Brasil meridional: la creación de un Deutschtum de ultramar.

Los japoneses emigran al Canadá para sentar las bases de la invasión de los Estados Unidos; lo mismo hacen en México y se afincan hasta Chile, pero el Perú es la tierra predilecta de estos aventureros imperialistas. Para los estadistas, allí radica el *Shin Nihon,* de porvenir asegurado, un nuevo Hawai. "En el Perú, el gobierno es débil, como en la mayor parte de América del Sur, y poniendo el empeño necesario, no se podrá negar a aceptar inmigrantes japoneses", escribía un periódico de Tokio. "En este país hospitalario, los japoneses podrán educarse en las escuelas públicas, adquirir tierras y explotar minas". Es necesario, dicen en un diario de Osaka que estos emigrantes no vuelvan a Japón después de hacer fortuna; deben quedarse en el Perú y crear un *Shin Nihon.* Recuerdan a los inmigrantes japoneses que hay ya más de 60.000 chinos en las haciendas azucareras en el Perú y que esta República es una de las más ricas del Pacífico. Se les explica cuidadosamente cuáles son los productos agrícolas que se pueden obtener en México, Chile y Perú, cuáles son los privilegios otorgados a los inmigrantes en estos países: sin embargo, estas declaraciones contundentes no alteran a los estadistas de América. La fecha del primer éxodo japonés hacia El Dorado de los conquistadores es considerada como el comienzo de una era nueva, el año de 1899, "trigesimosegundo de Meiji", de la regeneración del Imperio. De acuerdo a recientes estadísticas, 6.000 japoneses trabajan en el Perú, en las haciendas, en las explotaciones de caucho y los cultivos de algodón; al igual que los chinos, se adueñan de los humildes oficios, superan a los mestizos y los mulatos en la lucha económica. Nuevas flotas con el pabellón imperial transportan estas tesoneras legiones. El Estado protege las compañías navieras que hacen servicio entre Japón y América del Sur y aunque de este comercio más se benefician Perú y Chile que el mismo Japón, el Mikado, previsor, alienta relaciones poco favorables hoy, que permiten sin embargo, desarrollar los intereses japoneses a lo largo del litoral del Pacífico y crear centros de población e influencia niponas en México, Perú y Chile *.

Los navíos orientales depositan su carga humana en el Callao y Valparaíso. La tierra, privada de la servidumbre china, es fecundada ahora por los inmigrantes japoneses y bien provista de mano de obra, las oligarquías terratenientes peruana y chilena se dan por satisfechas. El mismo Brasil atrae estos emigrantes oponiendo a la fecunda invasión italiana, sobrios obreros de raza hostil: van preparando en su propio territorio el establecimiento de dos grupos de tendencias similares, pero enemigos: el japonés y el alemán.

Descubrieron en Ecuador y México espías japoneses. En las celebraciones del Centenario, en México y en Argentina, en 1910, un crucero

* Las importaciones peruanas a Japón llegaron en 1909 a £ 101.000 y las de Japón a Perú, tan sólo a £ 4.400. Existe un tratado de comercio entre Chile y Japón.

japonés y un embajador del Mikado fueron los emisarios del saludo fraterno del Oriente. Preocupados por el peligro norteamericano, algunos escritores de las democracias latinas del Sur confían en la simpatía del Japón; quizá cuentan también con una alianza con el imperio del Sol Naciente. No coincidimos con el brillante escritor argentino Manuel Ugarte: la diplomacia latinoamericana no debe contar con Japón porque la hostilidad entre esta nación y los Estados Unidos podrá en un determinado momento ser utilizada con éxito. En las lides comerciales libradas por el dominio del Pacífico, el Japón no defiende la autonomía de América Latina: sus estadistas y sus publicistas consideran que el Perú, Chile y México son tierras de expansión nipona. Ya hemos citado opiniones terminantes sobre el tema que echan por tierra el optimismo del sociólogo argentino.

Aparte de los emigrantes y las compañías que alientan, los planes y objetivos del conde Okuma, jefe de los imperialistas nipones se evidencian en la prensa nacionalista que a veces los desvirtúa un poco. Hoy, frente a la opinión unánime de estos diarios, nadie puede negar los ambiciosos designios de Japón sobre América. La guerra futura nacerá del choque de dos doctrinas, de dos imperialismos, del ideal de Okuma y de la tutela de los seguidores de Monroe. Vencedores, los japoneses invadirían el occidente americano y convertirían el Pacífico en un inmenso mar cercado a las ambiciones extranjeras, *mare nostrum,* poblado de colonias japonesas. Quizá la emigración de los orientales hacia las dos Américas llegará a detenerse porque existe un Far West chino que se está poblando. El Japón desea asegurarse la dominación de Manchuria, y manda colonos a Corea, península anexada. La población excedente tiende a ocupar territorios donde el clima, la religión y la raza le son favorables.

La hegemonía japonesa representaría para las naciones de América un mero cambio de tutela. A pesar de esenciales diferencias, los latinos de ultramar tienen lazos comunes con los yanquis, una religión secular, el cristianismo, una civilización coherente, europea, occidental. Todo las separa de Japón: la historia desde sus más remotos orígenes, el milenario budhismo, veinte siglos de tradición romana y cristiana. Quizá exista una desconocida fraternidad entre el japonés y el indio americano, entre los japoneses amarillos y los broncíneos quechuas, pueblos disciplinados y sobrios. Pero la raza dominante, el señor de origen español que impuso la civilización del hombre blanco en América, esta raza, es hostil a todo el Oriente invasor.

La geografía del Imperio oriental no tiene ningún parecido con la de América. Ni extensas mesetas, ni caudalosos ríos, ni frondosos bosques. Al contrario, horizontes estrechos, suaves collados, islas minúsculas, mares cerrados, una extraña flora en un armonioso paisaje insular: lotos, acotiledones, bambúes, crisantemos, árboles enanos. Las creencias, usos y costumbres son totalmente diferentes de los de América. "Los Europeos, escribía Lafcadio Hearn, construyen pensando en la durabilidad, los japoneses, en la inestabilidad". Un sentimiento agudo de lo fugaz de la vida,

la angustia frente a la movilidad incesante de las cosas les hacen amar las apariencias efímeras. El budhismo habla de la fluidez de la vida. El arte japonés intenta fijar las impresiones pasajeras: el rocío, la luz pálida de la luna, los cambiantes matices del ocaso, los templos provisionales, las casitas de madera, los biombos de laca sobre los cuales las geishas proyectan sombras indecisas. Nada continúa en la vida japonesa: el habitante es errante y la naturaleza inconstante. Impasibles budhas, encaramados sobre flores de lotos azules contemplan la irresistible corriente de las apariencias. Movilidad, impudor, sentimiento, religioso del devenir, todos estos elementos serían factores disociadores en la América dividida.

Poderosa y tradicional, la civilización japonesa se impondría fuertemente sobre la democracia latina tan entreverada. El *Bushido,* culto del honor y fidelidad a los antepasados, son bases de un robusto nacionalismo; el desprecio a la muerte, el orgullo de un pueblo insular, la obediencia del individuo a la familia y a la patria, el ascetismo de los samurais les dan tal superioridad que en la lucha entre América mestiza y el Japón estoico, la primera perdería su autonomía y sus tradiciones.

LIBRO VII

LOS PROBLEMAS

GRAVES PROBLEMAS se presentan para estas democracias latinas en pleno desarrollo. Se desmembran a pesar de las tradiciones comunes; hay razas cuyos matrimonios no son felices. A despecho de los recursos naturales, de las riquezas fabulosas, los Estados viven de empréstitos. La vida política no está organizada; los partidos obedecen a líderes que no traen, en las luchas por el poder, ni ideal, ni programa de reformas concretas. La población es tan débil que se puede decir que América es un desierto.

Estudiaremos minuciosamente todos estos problemas: de la unidad, de la raza, de la población, el estado de la hacienda, la política.

CAPITULO I

El problema de la Unidad [1]

Los fundamentos de la unidad: religión, raza, idioma, analogías en el desarrollo - Ni Europa, ni Asia, ni Africa presentan como América Latina, esta unidad moral - Los futuros grupos de pueblos: América central, la Confederación de las Antillas, Gran Colombia, la Confederación del Pacífico, la Confederación de la Plata - Aspectos políticos y económicos de estas uniones - Los últimos intentos de federación en América central - El Congreso boliviano - La A.B.C., unión de Argentina, Brasil y Chile.

Un profesor de la universidad americana de Harvard, Coolidge, escribe que si hay alguna cosa que pruebe el espíritu político atrasado de los latinoamericanos, es precisamente la existencia de tantas democracias hostiles sobre un continente uniforme. Teniendo tantos puntos comunes, la misma lengua, la misma civilización, los mismos intereses esenciales, persisten en mantener las subdivisiones políticas debidas a simples accidentes de su historia *. Y, con toda sinceridad, él aconseja a estas naciones enemigas asociarse en grupos importantes, medio de defensa al cual nadie podría oponerse, ni los Estados Unidos, ni Europa. Si, por ejemplo, Bolivia, Uruguay y Paraguay se uniesen a la República Argentina; si los antiguos Estados Unidos de Colombia fuesen restablecidos y si, como antaño, Venezuela y Ecuador y, quizá el Perú formaran una confederación, si las repúblicas de la América central lograsen al fin organizarse en una federación durable y se uniesen, tal vez, a México, América Latina no comprendería sino algunos grandes estados, cada uno de los cuales sería lo bastante importante como para tener derecho a un bello lugar en el mundo moderno y para no temer ninguna agresión de parte de una potencia extranjera.

Las repúblicas latinas no prestan atención a la cordura de esta advertencia; se observa en ellas una tendencia a la desagregación, al fraccionamiento atómico. Desde el origen se había manifestado, sin embargo, un movimiento diferente y más amplio, orientado en el sentido de la unión estrecha de naciones semejantes. El principio contrario domina hoy y de él resultan la separación de provincias complementarias y los conflictos entre pueblos hermanos.

En un siglo de desarrollo político aislado y bajo la influencia del clima y del territorio, se han formado caracteres divergentes en las naciones de

[1] Traducido en parte *En torno al Perú y América*, Lima, 195 (A.M.J.).

* *Les Etats Unis, puissance mondiale*, París, 1908; p. 351.

América: México está privado de la elocuencia tropical que se observa en Colombia; la rigidez chilena contrasta con la rica imaginación de los brasileños; los argentinos forman un pueblo comercial; Chile es una república belicosa; Bolivia practica una política astuta, obra de un pueblo lento y práctico, que le da una fuerza nueva; el Perú persiste en sus sueños de idealismo generoso; América central permanece desgarrada por una anarquía que parece irremediable; Venezuela y las Antillas se inspiran todavía en un vano lirismo. [1] Algunas de estas repúblicas están formadas por pueblos prácticos y gobernados por plutocracias activas; otras, por pueblos soñadores que conducen presidentes neuróticos. En el trópico: guerra civil y pereza; sobre las mesetas frías, en las llanuras templadas y en las ciudades marítimas: riqueza y paz.

Pero tales divergencias no marcan separaciones esenciales. Ellas no pueden destruir la obra secular de las leyes, las instituciones, la religión, las tradiciones y el lenguaje. La unidad posee fundamentos indestructibles, antiguos y tan profundos como la raza misma.

De México a Chile, la religión es la misma; la intolerancia hacia los cultos extranjeros es idéntica, y también el clericalismo y el anticlericalismo, el fanatismo, el libre pensamiento superficial, la influencia del clero sobre el Estado, sobre la mujer, en la escuela y la carencia de espíritu religioso verdadero bajo las apariencias de una creencia mundana.

A este primer factor muy importante de unidad es preciso agregar la influencia permanente y poderosa de la lengua española, cuyo porvenir está ligado a la suerte de los pueblos latinos de ultramar. Sonora y arrogante, esta lengua expresa, mejor que cualquiera otra, los vicios y las grandezas del alma americana, su retórica y su heroísmo, la continuidad de un mismo espíritu, desde la gesta del Cid hasta las revoluciones republicanas. El español une íntimamente el destino de la metrópoli al de sus antiguas colonias y separa dos Américas: la una expresión del genio latino; la otra, del genio sajón.

Sin embargo, la lengua se ha transformado en estas democracias: los provincialismos y los americanismos abundan; la lengua popular difiere del castellano autocrático. Don Rufino Cuervo ha predicho que el español sufriría en América deformaciones esenciales, como sucedió con el latín en la época de la decadencia romana. Un escritor argentino, Ernesto Quesada, cree que un lenguaje nacional está en vías de formación en los bordes del Plata y que los barbarismos del habla popular son los presagios de una nueva lengua. En Chile, un patriota exaltado ha defendido en un libro anónimo la originalidad de la raza y de la lengua chilenas, derivados lejanos de un tronco gótico. Es así como se exagera la influencia del espíritu nacional. En las repúblicas iberoamericanas hay profundas semejanzas en la pronunciación y en la sintaxis de la lengua; ellas tienen los mismos

[1] Esto fue escrito entre 1910 y 1912. Las circunstancias han cambiado notablemente (1976). (L.A.S.).

defectos lingüísticos. El español de la Península pierde majestad en los países de ultramar: no es ya la lengua señorial por su belleza, solemne por sus ornamentos, de Granada, de Mariana, de Pérez de Guzmán; familiar, declamatorio, pronunciado con un acento acariciador, el castellano es uniforme de Norte a Sur.

Más fuerte todavía que la religión y la lengua, la identidad de raza explica las analogías entre los pueblos americanos y constituye una promesa de unidad duradera. La raza indígena, la raza española y la raza negra se han mezclado por doquier en proporciones semejantes, desde la frontera de los Estados Unidos hasta los confines del continente meridional. En las costas del Atlántico, la inmigración europea de rusos, italianos y alemanes ha dado la supremacía a la raza blanca; pero esta influencia se limita a pequeñas zonas, si se considera la inmensa extensión del continente.

Una misma raza mestiza, aquí con predominancia del negro y allá del indio, sobre el conquistador español, domina del Pacífico al Atlántico. Hay mayor semejanza entre peruanos y argentinos, colombianos y chilenos que entre los habitantes de dos provincias francesas alejadas, de la Provenza o de Flandes, de la Bretaña o de la Borgoña; que entre el italiano del Norte, positivo y viril, y el napolitano lánguido y sensual; que entre el norteamericano del *Far West* y el de la Nueva Inglaterra. Las débiles diferencias provinciales hacen comprender mejor la unidad del continente.

Esta identidad explica la historia monótona de América: sucesión de períodos militares y de períodos industriales, de revueltas y de dictaduras, perpetuas promesas de restauración política, tiranía de aventureros ignorantes y legislación complicada y engañosa.

Sometida a presiones uniformes: catolicismo, tradición española, hablando la misma lengua, unido por la raza y por la historia, el Nuevo Mundo latino forma realmente un continente desde el doble punto de vista geográfico y moral.

Es en las grandes crisis de su historia secular que esta unidad se ha revelado. Las guerras de la Independencia fueron un movimiento unánime, expresión de una profunda solidaridad. En 1865, después de un siglo de asilamiento, las democracias del Pacífico se unieron de nuevo contra las ambiciones de reconquista de España. Soldados de naciones diferentes, que habían ya luchado juntos en antiguos combates, combatieron unidos una vez más por la independencia común. Frente a diversos proyectos de conquista —expedición de Flores contra el Ecuador, de Francia contra México, alianza franco-inglesa contra Rosas, la misma unidad de inspiración vuelve a surgir.

En el segundo Congreso de La Haya en 1907, la América Latina reveló al mundo occidental la importancia de sus riquezas y el valor de

sus hombres, y defendió su ideal: el arbitraje *. A la doctrina de Monroe, opuso la doctrina de Drago, y afirmó, sin acuerdo previo, su unidad.

Ningún otro continente ofrece tan numerosas razones de unidad. Esta es la más grande originalidad de la América Latina.

En Europa, estados y razas se hallan en lucha y el equilibrio inestable no es mantenido sino por medio de alianzas. Las religiones, los sistemas políticos, las tradiciones y las lenguas difieren. La historia no es sino una sucesión de hegemonías turbulentas: de España, de Inglaterra, de Francia, de Alemania. Encontramos en ella naciones artificiales, como Austria; uniones de pueblos democráticos y teocráticos, como la alianza franco-rusa; rivalidades de imperios de la misma raza, como Inglaterra y Alemania; acercamientos políticos de razas extranjeras, como Alemania e Italia; dispersión de pueblos que buscan dolorosamente su unidad perdida, como los polacos, los irlandeses, los eslavos. La federación de Europa es una utopía.

Africa no ha llegado a la autonomía. Es un grupo inmenso de pueblos esclavos, de razas primitivas, colonizadas por las grandes potencias europeas. Allí, el genio inglés ensaya establecer una unión política entre sajones y holandeses, y quizá un día el imperio soñado por Cecil Rhodes se extenderá del Cairo al Cabo. Pero la unidad africana es imposible, porque los colonos llegan al continente negro en plan de conquistadores y al representar intereses hostiles no pueden sino disputarse Marruecos, Trípoli y el Congo.

Oceanía posee solamente una unidad parcial en el *Commonwealth* australiano, obra inglesa. En Asia es todavía imposible adivinar de dónde vendrá la unidad futura. Musulmanes y budistas se reparten la India; el Japón no ha conquistado sino una superioridad pasajera; China conserva su independencia irreductible; en Manchuria y en Corea los intereses rusos se oponen a los intereses asiáticos; en el Turquestán, en Persia, en el Tibet, los conflictos de raza y de religión son suficientes para alejar cualquier esperanza de unión.

En América y sólo en América, el problema político es relativamente sencillo. La unidad es a la vez una tradición y una necesidad presente, y, a pesar de ello, la desunión entre las democracias latinas se perpetúa.

Hace cuarenta años, Alberdi creyó necesario y juzgó posible rehacer el mapa de América. Hoy día las naciones latinas de ultramar son menos plásticas; las fronteras parecen definitivamente establecidas y los prejuicios demasiado arraigados para que se pueda realizar tal modificación. Pero la formación de grupos de naciones no es menos urgente. Si la unidad del continente por la vía de una inmensa confederación a la manera anglosajona, parece irrealizable, no por ello es menos necesario agrupar de una manera durable a las naciones latinoamericanas según sus afinidades. Respetando las fatales desigualdades geográficas, que dan a ciertos pueblos una superioridad evidente sobre otros, y las no menos fatales desigualdades

* Sólo México había sido invitado a tomar parte en la primera Conferencia de La Haya.

económicas, que crean uniones naturales, se podría fundar una reunión estable de naciones, un Continente.

Existe una jerarquía espontánea en el nuevo mundo latino: pueblos superiores y democracias inferiores, naciones marítimas y Estados mediterráneos. El Paraguay seguirá siendo inferior a la República Argentina; Uruguay al Brasil; Bolivia, a Chile; Ecuador, a Perú; Guatemala, a Méjico, tanto del punto de vista de la riqueza como de la población y la influencia. Sólo por la agrupación federativa podrá ser resuelto el problema de la preservación de la autonomía de repúblicas tan diferentes entre sí por la extensión y la situación de sus territorios. Oprimir y colonizar estos países es el deseo de los imperialistas de toda laya; pero la paz americana exige otra solución, no la síntesis impuesta por algún Estado fuerte, sino la cooperación de organismos libres. Agrupándose en torno de pueblos más avanzados, las naciones secundarias podrán conservar su autonomía amenazada.

América Central, agotada por la anarquía, puede aspirar a la unidad: cinco pequeñas naciones defienden contra los Estados Unidos una independencia precaria. Hasta 1842, América Central era un solo Estado y algunos ensayos posteriores de unificación demuestran que no fue una creación artificial de los políticos. Estas naciones junto con Méjico, formarán en el Norte, una verdadera fuerza española, de vanguardia cuando el Canal separará las dos Américas y aumentará el poderío norteamericano.

Además, se reunirían las islas libres del Caribe, en una Confederación de las Antillas, según el noble ideal de Hostos. Podrá reconstituirse la Gran Colombia, con la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela. Sus más preclaros estadistas querían la unión de estas naciones para contrarrestar su indefinido fraccionamiento y sus discordias internas. Sobre la base de tradiciones comunes y de razones geográficas profundas, estas tres naciones pueden formar una imponente confederación. Una vez terminado el Canal, este agrupamiento de pueblos, desde el Atlántico hasta el Pacífico, al norte del continente, sería un macizo bloque latino, tentador para los inmigrantes europeos y capaz de oponer a la invasión sajona, la resistencia de un vasto territorio poblado y unificado.

Bolivia, República mediterránea, privada de litoral por Chile, se unió ya dos veces al Perú, en 1837, bajo la autoridad de Santa Cruz, y en 1879, para contrarrestar la supremacía marítima de Chile en el Pacífico. ¿Qué podría en lo sucesivo separarla de un pueblo con el cual tiene tantos lazos históricos y económicos, similitud de raza y geográfica, desde el Cuzco hasta Oruro? Chile y Perú serán eternos enemigos o al contrario dos pueblos unidos por una útil inteligencia. Su proximidad geográfica, sus productos se complementan: frutos tropicales en Perú, producción de zonas temperadas en Chile pueden contribuir a agruparlos. ¿No son ésas las verdaderas armonías económicas? En el orden moral, las mismas causas que engendraron el odio de Chile contra Perú, desde Portales hasta Pinto, ¿no pueden ser acaso las mismas que cimenten una futura amistad? Perú, empobrecido por

la guerra con Chile, perdido el salitre no puede ya provocar la codicia ni el rencor de una colonia pobre contra el elegante virreinato. Chile aventaja a Perú en riquezas, además su pueblo es más fuerte, más enérgico, si bien menos imaginativo, menos señorial y elocuente. A la gracia, a la vivacidad peruanas, se opone la prosaica lentitud del chileno; a la anarquía de uno de ellos, la estabilidad política del otro; al idealismo del Perú, el sentido práctico de Chile. Física y moralmente, ambos pueblos se complementan. Las necesidades económicas de cada uno podrían sentar las bases permanentes de una alianza posible. La confederación del Pacífico conformada por Perú, Chile y Bolivia impediría futuras guerras en América. Desgraciadamente, Chile pretendería imponer su superioridad asentada sobre su victoria, como Prusia, guerrera y victoriosa, cuando la confederación alemana, aventajó a la artista Baviera.

La Confederación de la Plata, heredera de tradiciones de la época colonial podría constituirse con Argentina, Uruguay y Paraguay. Rosas quiso realizar esta extensa organización federal. En lo que va del siglo Uruguay se inclinó alternativamente hacia Brasil o Argentina y el Paraguay defendió denodadamente su aislamiento en épicas jornadas. La unión de estas Repúblicas fue pospuesta por las rivalidades nacionales y la ambición de los caudillos, pero algún día se concretará bajo el empuje del poderío argentino. Es cierto que en el orden intelectual, del punto de vista del liberalismo y de la instrucción, Uruguay destaca con una originalidad demasiado marcada; sin embargo, la futura federación no sería el resultado de la férrea hegemonía de un pueblo sobre los demás, sino la cooperación de Repúblicas con igualdad de derechos, que habrán entendido por fin que su aislamiento sólo trae miserias. El Paraguay, oculto y lejano, dominado ora por la dictadura de los jesuitas, ora por la dictadura civil necesita figurar en el consorcio de los pueblos civilizados.

Estos agrupamientos de naciones formarán así una nueva América, organizada y fuerte. Brasil, con su inmenso territorio y su densa población, la Confederación de la Plata; la Confederación del Pacífico, la Gran Colombia establecerán por fin en el Continente Sur el equilibrio tan afanosamente deseado. En el Norte, México, América Central y la Confederación de las Antillas serían tres Estados capaces de conjurar el movimiento envolvente de los anglosajones. En lugar de veinte repúblicas divididas, tendríamos así siete naciones poderosas. No sería la imprecisa Unión soñada desde Bolívar, por profesores de utopía, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por reales lazos geográficos, económicos y políticos.

Para realizar estas fusiones, existen métodos económicos y políticos. Las Convenciones apresuradas no lograrían arrancar de raíz los odios y el estrecho concepto de la patria que aquejan a los pueblos americanos. La organización del continente debe ser obra de pensadores, estadistas, pioneros de la industria: obra fortificada por el tiempo y la historia. A la tradicional discordia, es menester oponer otra tradición, la unión. Medios

apropiados de lograr esta unión son los tratados parciales de comercio, de navegación, de régimen ferrocarrilero, unión aduanera, congresos internacionales como los que tuvieron lugar últimamente en Montevideo y Santiago. Los ferrocarriles están llamados a crear un continente nuevo: el desierto y el aislamiento, he aquí los enemigos de la federación americana.

Hoy, estos pueblos se desconocen. París es su capital intelectual donde se reúnen poetas, pensadores, estadistas. En América, todo es motivo de separación: bosques, llanuras y la Cordillera... ¿Qué saben en Chile de Venezuela, de Perú en México, de Colombia en Argentina? Aun entre naciones vecinas, los dirigentes políticos no se conocen. La sicología del país vecino es un misterio, lo que perpetúa los errores tradicionales y engendra las guerras nefastas. La prensa americana está perfectamente enterada de la vida europea: sesiones de la *Douma,* crisis ministeriales de Rumania, nobleza del Gotha, escándalos de Berlín, pero sobre la vida pública de las naciones americanas, no publica sino noticias vagas, equivocadas. Al estimular los viajes y construyendo ferrocarriles, estos pueblos renunciarían a tan peligroso aislamiento. "Cada camino de hierro que atraviesa una frontera", decía Gladstone, "prepara la confederación universal". Así lo comprendieron los yanquis y por esta razón preparan la construcción de un ferrocarril panamericano que uniría las dos América bajo su cetro financiero.

También en el Sur, desde hace poco están conectados por vía férrea, las dos capitales Santiago y Buenos Aires, lo que permitió cimentar un sólido entendimiento chileno-argentino. Los ferrocarriles que unirán Lima y Buenos Aires, en un futuro cercano, llevarán la cultura argentina hasta el altiplano boliviano y Cuzco, centro de las tradiciones incaicas, y acercarán los pueblos ribereños de ambos océanos, el Atlántico y el Pacífico, y serán un poderoso agente civilizador y unificador. Los grandes ríos de la cuenca amazónica, desde el Putumayo hasta el Beni, los afluentes del río de la Plata, el Magdalena y el Orinoco, reunidos por vías férreas coadyuvarán también a la unidad continental, facilitando las interrelaciones entre pueblos. Puede repetirse en América, esta frase célebre, que gobernar es colocar rieles. Ellos son los que develan la barbarie, atraen al extranjero, pueblan el desierto y civilizan al aborigen. La organización política y la paz interna corresponden al desarrollo de los medios de comunicación. Con la aparición de los ferrocarriles, los caudillos pierden su influencia: se opera una doble transformación, una al interior, por la acción civilizadora de los intereses que se entremezclan, la otra, al exterior, por los acercamientos, consecuencia de la multiplicación de las vías férreas.

Las uniones aduaneras forjaron en Alemania la unidad imperial; el señor Chamberlain cree que un *Zollverein* vigorizará el imperio británico. El agrupamiento económico de las naciones prepara el advenimiento de las confederaciones, como así los congresos, reunidos periódicamente, unifican el derecho y la jurisprudencia y hermanan políticos, literatos y científicos. Aumentar el número de estas asambleas, cambiar las sedes de estas reunio-

nes, reemplazar los congresos panamericanos, cuyos planes son demasiado indefinidos, por congresos parciales de América Latina, es trabajar en provecho de la unidad económica e intelectual, de la armonía en política y en las leyes. Un derecho * y un régimen monetario únicos, este último igualmente alejado del proteccionismo y del libre cambio, la unificación de los métodos pedagógicos, la equivalencia de los títulos académicos son temas de posible discusión en estas asambleas generales. Cada nación tendrá en las demás repúblicas, ministros que serán a la vez emisarios intelectuales y propagandistas, mientras que hoy, los pueblos americanos que mandan representantes en Austria o en Suiza ni siquiera tienen misiones acreditadas en las capitales vecinas. Se agregaría a la ambición nacional que hoy satisface las aspiraciones de los políticos, un pensamiento más amplio y original que abraza el porvenir de todo un continente como hace un siglo.

En resumidas cuentas no se debe descuidar forma alguna de cooperación: convenciones y viajes, trabajos diplomáticos y congresos periódicos, agrupamientos parciales y tratados de comercio. Solamente una impotencia dolorosa puede perpetuar, frente a la unidad norteamericana, la división de los pueblos latinos.

No lo ignoran las naciones del Sur que tienden a reconstituir, después de un siglo de independencia, antiguas uniones. América Central, sacudida por repetidas guerras desea lograr una confederación. En 1895, un tratado entre Honduras, Nicaragua y El Salvador establece la república de Centro América con la exclusión de Guatemala y Costa Rica. En 1902, todas estas naciones, menos Guatemala aceptan una convención de arbitraje. En 1905, los presidentes de las cinco repúblicas se reúnen en Corinto para rendir homenaje a la obra de Morazán y de Rufino Barrios: espontáneamente o bajo la influencia de los Estados Unidos y de México, firman diversos tratados destinados a lograr la unidad de pueblos hermanos. Se crea con el mismo objetivo, el Instituto Pedagógico centroamericano y un Buró de las cinco Repúblicas. En 1907, después de nueve conflictos en el intervalo, estas mismas naciones se reúnen en Washington para una conferencia, donde se establece un tribunal de arbitraje centroamericano y se reconoce la neutralidad de Honduras. Este tribunal, con sede en Cartago, en Costa Rica, debe zanjar los conflictos entre los Estados y las reivindicaciones diplomáticas de los gobiernos y de particulares. Además, las Repúblicas de Centro América se comprometen solemnemente a desconocer cualquier gobierno de facto y a no intervenir en la política de los países vecinos.

La corte de arbitraje así establecida, zanjó ya en 1909 litigios que se habían presentado entre El Salvador y Honduras, entre Guatemala y Nica-

* Véase el libro de A. Alvarez: *El Derecho internacional americano* (París, 1910) en el cual se encuentra una interesante lista de los problemas de fronteras, inmigración, vías de comunicación que afectan particularmente a América Latina y que reciben en diversas ocasiones, soluciones parciales, bases de un nuevo derecho. (pp. 271 y ss.).

ragua, al rechazar las pretensiones tanto de Honduras como de Nicaragua. * En suma, Estados Unidos y México llevan estos pueblos en perpetua discordia hacia la unidad imprescindible para su desarrollo.

En el Sur, la A.B.C., la alianza entre Argentina, Brasil y Chile es tema de debates en la prensa sensacionalista y en las cancillerías rodeadas de misterio. Estas tres naciones, enriquecidas y militaristas, situadas en zonas distintas, aspiran a la confederación; quisieran ejercer en América una tutela, a su juicio indispensable. Ya los acuerdos del mes de mayo de 1902 habían limitado la compra de armamentos chilenos y argentinos y puesto fin a un largo conflicto. La rivalidad entre Argentina y Brasil, la antigua amistad entre éste y Chile que mudóse luego en celoso aislamiento, la competencia que se hacen Argentina y Chile en riqueza y poderío; las desavenencias, amenazas de guerra, la amistad recelosa no bastan para contener la ambición militarista de estas tres naciones. Es cierto que los estadistas de Buenos Aires, Río de Janeiro y Santiago están empeñados en lograr una alianza entre los tres pueblos más civilizados, organizados y desarrollados del continente. Esta unión, una vez verificada, se agregaría a la influencia indiscutible de los Estados Unidos, la acción moderadora de los tres grandes Estados del Sur cuyo resultado sería el equilibrio entre sajones y latinos.

No faltan en América escritores que defienden la autonomía patriotera de las pequeñas naciones contra la natural supremacía de tales alianzas. Sin embargo, éstas no entrañan una amenaza para los países involucrados: respetan su constitución interna, su organización histórica, se limitan a aunar los intereses generales y exteriores de comercio, paz y guerra. Estos defensores utilitarios de la independencia de cada pueblo no conciben el agrupamiento de las naciones: Gran Colombia, la Confederación del Pacífico, la Alianza Austral, sin la existencia de evidentes intereses comerciales. No cabe duda que el *Zollverein,* los lazos aduaneros permanentes echaron la base de la unidad alemana. Pero hay intereses morales tan poderosos, tan evidentes como los intereses económicos. Un peligro común, el peligro yanqui, en Panamá y en América Central, ¿no debe llevar los pueblos a federarse y unificarse?

Por lo demás, la federación no es siempre el resultado de lazos económicos. Nuestro siglo trabaja en el sentido de una síntesis. Así como las naciones modernas se formaron venciendo la anarquía feudal, metrópoli y colonias se reúnen en nuestros días en imperios formidables, que el interés comercial no sabría explicar por sí solo. ¿Qué lazo económico sirve de fundamento a la Federación Sudafricana, en la que se agrupan razas hostiles que conservan el recuerdo de su autonomía? ¿Acaso en los Estados Unidos, el Norte y el Sur no se libraron una terrible guerra de intereses y, a pesar de este antagonismo utilitario, Lincoln, fundador de la Unión, no es hoy día tan grande como Washington, fundador de la nacionalidad? El enorme

* Véase Alvarez, ob. cit., pp. 189 y ss.

poderío de la nación yanqui es la consecuencia de esta unidad. Si los patricios del Sur hubieran resultado victoriosos en la guerra de Secesión, si hubieran podido aniquilar los lazos federativos, en lugar de la república que inquieta a Europa y pretende americanizar el mundo, existirían dos Estados impotentes y enemigos: al Sur, una nación oligárquica, servida por esclavos; al Norte, un débil conjunto de provincias puritanas y el *Far West,* que sería incapaz de conjurar el peligro amarillo.

Pero entre las naciones latinoamericanas existen, además lazos económicos que pueden servir a la formación de uniones respetables. Entre Brasil y Chile, entre el Perú y Chile, entre Bolivia, Chile y Perú; entre Argentina, Paraguay y Bolivia hay verdaderas corrientes de intercambio comercial de productos agrícolas de zonas complementarias y en ellas puede encontrarse una base de unión.

América Latina no puede continuar dividida mientras sus enemigos construyen vastas federaciones, inmensos imperios. Sea en nombre de la raza, de los intereses comerciales, de la utilidad común o de su independencia verdadera, las democracias americanas deben agruparse en tres o cuatro Estados poderosos. El Nuevo Mundo latino es el único que resiste a la presión universal de ideas que quiere el establecimiento de sindicatos y federaciones, de *trusts* y de *trade unions,* de asociaciones y alianzas, de organizaciones, en fin, cada vez más vastas y poderosas.

CAPITULO II

El problema de la raza
Gravedad del problema - Las tres razas: europea, india y negra - Sus caracteres - Los mestizos y los mulatos - Las condiciones del mestizaje según el señor Gustave Le Bon - El retroceso al tipo primitivo.

El problema de las razas es de suma gravedad en la historia americana: explica el progreso de algunos pueblos y la decadencia de otros; es la llave del irremediable desorden que desgarra América y por último, de él provienen muchos fenómenos que son su consecuencia: la riqueza común, el régimen industrial, la estabilidad de los gobiernos, la firmeza del patriotismo. Es pues necesario que el continente goce de una política constante, basada sobre el estudio de los problemas planteados por las cuestiones raciales, lo mismo que existe una política agraria en Rusia, otra proteccionista en Alemania y librecambista en Inglaterra.

En Estados Unidos todas las variedades tipo europeo se mezclan: escandinavos e italianos, irlandeses y alemanes; pero, en las Repúblicas lati-

nas se forman extraños linajes: indios americanos, negros, orientales y europeos de todos los orígenes crean, en hogares muy mezclados, la futura raza.

En Argentina donde se confunden inmigrantes españoles, rusos e italianos, la formación social es muy compleja. A los indios aborígenes se unieron negros africanos, judíos españoles y portugueses, luego italianos y vascos, franceses y anglosajones; una invasión múltiple donde domina el elemento latino. En Brasil, alemanes y africanos se casan con indios y portugueses. En los pueblos ribereños del Pacífico, sobre todo en el Perú, un fuerte aporte asiático, chinos y japoneses viene a complicar todavía más el mestizaje humano. En México y Bolivia, predominante es el elemento indígena, el indio. En Cuba y Santo Domingo, son los negros. Costa Rica es una democracia de blancos y en Argentina y Chile desapareció todo vestigio de africano. En resumidas cuentas, no hay raza pura en América. El mismo indio aborigen es un producto de la mezcla de antiguas tribus y rancias castas.

Por el momento un indefinible mestizaje impera a la espera de que se vayan formando razas históricas.

Esta complejidad de castas y esta mezcla de sangres diversas suscitó numerosos problemas. Por ejemplo ¿es posible la formación de una conciencia nacional con elementos tan diversos? ¿Podrían democracias tan heterogéneas resistir la invasión de razas superiores? ¿Es el mestizaje sudamericano absolutamente incapaz de organización y de cultura?

No se pueden absolver estas preguntas con apresuradas generalizaciones: aquí la experiencia de los viajeros y la historia americana tienen más valor que las sentencias emitidas por los antropólogos. Primero, los mestizos no son todos híbridos y no es cierto que la unión entre españoles y americanos haya sido siempre estéril. De allí la clamorosa necesidad de estudiar el carácter propio de cada una de las razas que han formado la actual América.

Los españoles que llegaron al Nuevo Mundo eran oriundos de diferentes provincias: primera causa de variedad. Al mismo tiempo abandonaron España indolentes andaluces y adustos vascos, circunspectos catalanes y fogosos extremeños. Allí donde los descendientes de los vascos son más numerosos, como en Chile, la organización política es más estable, menos brillante quizá, pero se afirma una voluntad, la de trabajar y de superarse. Los castellanos traen a América su arrogancia y su estéril ademán señoril; cuando los andaluces son mayoría, la imaginación y la *dolce non curanza* entorpecen la continuidad y la seriedad de cualquier empresa. Los descendientes de los portugueses son más realistas, disciplinados y trabajadores que los descendientes de españoles. Los caracteres psicológicos del indio varían también: la prole de los quechuas no se parece a la de los charrúas, igualmente el temperamento del araucano difiere del azteca. En Chile, Uruguay y Argentina, hay poblaciones aguerridas que unidas a la raza conquistadora, engendraron mestizos viriles y formaron pueblos enérgicos. En

Chile, araucanos y vascos se mezclaron y acaso ¿de esta unión no resultó la tenacidad y el espíritu militar de la nación chilena? El aymará de Bolivia y del sureste peruano es duro y sanguinario; el quechua de las mesetas es pacífico y servil. No deja de tener importancia que el ciudadano moderno de las democracias latinas descienda de los guaraníes, de los aztecas, araucanos o chibchas; será según el caso, agresivo o indiferente, pastor nómada o silencioso agricultor.

El indio contemporáneo, consumido por el alcohol y la miseria, es libre según la ley, pero siervo en la realidad a causa de enraizadas costumbres autoritarias. Pequeñas tiranías lo esclavizan: trabaja para el cacique barón del feudalismo americano. El cura, el subprefecto y el juez, todopoderosos en estas nacientes democracias lo explotan y lo esquilman. Las comunidades, semejantes al *mir* ruso, desaparecen y el indio pierde su derecho tradicional a las tierras comunales. Desnutrido, sucio, degenera y muere; para olvidar la pesadilla de su existencia cotidiana, se emborracha, se vuelve alcohólico y su numerosa prole acusa rasgos degenerativos; * vive en la altura donde reina un clima gélido y la eterna soledad. Nada viene a alterar la monotonía de estas extensiones yermas ni rompe la línea inflexible de un horizonte ilimitado; allí, crece el indio, triste y cetrino como el desierto que lo rodea. Las importantes etapas de su vida: nacimiento, matrimonio y muerte son objeto de una explotación religiosa. Servil y supersticioso, termina por amar las tiranías que lo oprimen. Venera los dioses familiares de los cerros; es a la vez cristiano y fetichista. Cree encontrar en la naturaleza misteriosa, demonios y duendes, poderes ocultos ora hostiles, ora bienhechores.

Sin embargo, hay comarcas donde el despotismo encontró y desarrolló en el indio una suerte de resistencia pasiva. Allí es sombrío y fuerte, y por haberse adaptado completamente a la tierra que lo vio nacer, se volvió apático y rutinario. Detesta todo lo que podría disolver sus tradiciones seculares: la escuela, el servicio militar, la autoridad espoliadora. Conservador, melancólico, vive al margen de la República y de sus leyes. Huraño, se parapeta contra la tiranía que soporta a perpetuidad. La simulación, el servilismo y la tristeza son sus rasgos característicos pero el rencor, la hipocresía y la aspereza son sus energías defensivas. Soporta su esclavitud sobre esta tierra fría, pero a veces se alza contra sus amos, y en Huanta, Ayoayo, lucha encarnizadamente contra sus opresores como en los tiempos heroicos de Túpac Amaru. ** Después de esta cruenta epopeya, vuelve a su monótona existencia bajo un cielo indiferente. En sus cantos, maldice su nacimiento y su destino. Al atardecer, deja el angosto valle donde trabaja como peón de chacra, para subir al cerro y llorar su orfandad. Al

* Sociedades: "indianista" en México y "Pro indígena" en el Perú se fundaron para la protección y rehabilitación de los indios.

** El sociólogo boliviano A. Arguedas escribe sobre los indios aymaras: son duros, rencorosos, egoístas y crueles. Los indios pastores no tienen otra ambición que la de aumentar su ganado.

amparo de las sombras, se eleva una endecha que pronto llena el ámbito cordillerano, execrando la conquista y la guerra.

Los negros de Angola o del Congo se mezclan también con el español y el indio. La africana satisface el ardor de los conquistadores y ensombrece su sangre.

Los negros llegados a América como esclavos, vendidos *a usanza de feria* (como acémilas) son seres primitivos, impetuosos y sensuales. Ociosos y serviles, no contribuyen al progreso de la raza. En las casonas de la época colonial, son los criados, amas y ayos de los hijos del amo; en el campo, en los cañaverales, son los siervos que trabajan al compás del latigazo de los capataces. Conforman una población analfabeta que ejerce una influencia deprimente sobre la imaginación y el carácter de los americanos. Aumentan la intensidad voluptuosa del temperamento tropical, lo debilitan y dejan en la sangre de los criollos elementos de imprevisión, de ociosidad y de servilismo, a la larga inextirpables.

Las tres razas, íbera, india y africana, mezcladas, constituyen la población de América. En Estados Unidos, la unión con los aborígenes repugna al colono: en América latina, el mestizaje es una realidad irrebatible. La oligarquía chilena mantiene a raya a los araucanos, pero en este mismo país, los vínculos de sangre entre conquistadores y conquistados son numerosos. Mestizos son los descendientes de blancos e indios; mulatos, los de españoles y negros, y zambos, los de negros e indios, además de una multitud de subdivisiones sociales. Sobre la costa del Pacífico, chinos y negros también se cruzaron y encontramos todos los matices de color, desde el blanco caucásico hasta el negro retinto, de tamaño y de formas craneanas.

Sin embargo, el indio predomina y las democracias latinas son mestizas o indígenas. La clase dirigente adoptó los usos y costumbres y las leyes de Europa, pero el grueso de la población es quechua, aymara o azteca. En el Perú, Bolivia y Ecuador, el indio puro constituye la base étnica. En la Sierra, se habla quechua y aymara; allí también las razas vencidas conservaron su comunismo tradicional. Sobre la población total del Perú y de Ecuador, el elemento blanco llega tan sólo a 6 por ciento mientras que el elemento indígena representa el 70 por ciento de la población y el 50 en Bolivia. En México, el indígena es también mayoritario, con lo que podemos afirmar que hay cuatro naciones indias en este continente: México, Perú, Ecuador y Bolivia.

En los países donde la población indígena no ha podido conservarse pura, son mayoría los mestizos: forman la población de Colombia, Chile, Uruguay y Paraguay. En este último país, hablan tanto guaraní como castellano. El verdadero americano es el mestizo, descendiente de español y de indio, pero esta nueva raza que manda desde México hasta Buenos Aires, no es siempre un producto híbrido. Los pueblos guerreros, como los del Paraguay y de Chile, son descendientes de españoles y araucanos y guaraníes. Se encuentran entre los mestizos, jefes enérgicos como Páez en Venezuela, Castilla en el Perú, Porfirio Díaz en México, Santa Cruz en Bolivia.

Un antropólogo argentino, el señor Ayarragaray dice que "el mestizo primario es inferior al progenitor europeo, pero a menudo superior al ancestro indígena". Es altivo, viril y ambicioso, si sus antepasados fueron charrúas, guaraníes o araucanos; inclusive, los hijos del pacífico quechua son también superiores al indio. Aprenden castellano, asimilan las costumbres nuevas de una civilización superior y conforman la élite en la política y la abogacía. El mestizo, producto de un primer cruce no constituye un producto utilizable para la unidad política y económica de América porque conserva los defectos del indígena: es desleal, servil y a menudo haragán. Solamente después de nuevas uniones con el europeo es que se afirma la fuerza de carácter heredada del blanco. Heredero de la raza colonizada, de la raza autóctona, adaptado al medio, es muy patriota. El americanismo, hostil a los extranjeros, es su obra. Quiere conquistar el poder para arrebatar los privilegios de las oligarquías criollas.

Se puede decir que los cruces con la raza negra han sido desastrosos para estas democracias. Aplicando la ley de las variaciones concomitantes de Stuart Mill, al desarrollo de América española, se podría fijar una relación necesaria entre la proporción numérica de los negros y el grado de civilización. La riqueza crece y el orden interno se consolida en Argentina, Chile y Uruguay donde precisamente el porcentaje de negros es bajo, absorbidos por las mezclas con razas europeas. En Cuba, Santo Domingo, algunas repúblicas de América Central y algunos Estados de la Confederación brasileña donde los hijos de esclavos son los más, los desórdenes internos continúan. La incapacidad política de esta raza queda demostrada por la historia revolucionaria de una República negra, Haití.

El mulato y el zambo son los verdaderos híbridos de América. D'Orbigny creía en la superioridad del mestizo sobre los descendientes de los africanos importados como esclavos; Burmeister considera que los rasgos característicos de la raza negra dominan en el mulato. Ayarragaray afirma que los hijos nacidos de la unión de negro con zambo o indígena son generalmente inferiores a sus padres, mental y fisícamente. Los elementos inferiores de las razas que se mezclan tienen forzosamente que combinarse en su prole. Además se nota tanto en el mulato como en el zambo, algunas contradicciones internas: son abúlicos, obran por instinto y se dejan llevar por pasiones groseras. A esta debilidad de carácter corresponde una inteligencia poco lúcida, incapaz de análisis profundo, de método, de síntesis, pero sí, de retórica ampulosa. El mulato ama el lujo y el despilfarro, es servil y carece de sentido moral. La invasión de negros se extendió a todas las colonias ibéricas donde para rescatar al indio oprobiosamente explotado, ingenuos apóstoles importaron esclavos africanos. En Brasil, Cuba, Panamá, Venezuela, Perú, alcanzó un porcentaje elevado de la población total. En Brasil, 15 por ciento de la población es negra, sin contar los numerosísimos mulatos y zambos. Bahía es una ciudad mitad africana. En Río de Janeiro, los negros libertos son legión. En Panamá, los africanos puros llegan al 10 por ciento. De 1759 hasta 1803, Cuba recibió 89.000 negros. Estas cifras

acusan la enorme influencia de los antiguos esclavos en América moderna. Pero mezclar su sangre con la de sus antiguos amos representa un desquite para su servidumbre. Reacios al orden y al *self control,* son un factor de anarquía: la ostentación, la relumbrante fraseología les gusta. Se ufanan de sus funciones, de un grado, de un título académico o universitario. Como el indio no podía trabajar bajo el trópico, la inmigración negra se encauzó principalmente hacia estas regiones, y el clima enervante, la indisciplina del mulato, la debilidad del elemento blanco contribuyeron a la decadencia de las naciones ecuatoriales.

Se desprecia más al mulato que al mestizo porque acusa a menudo el envilecimiento del esclavo y la indecisión del híbrido: es a la vez servil y arrogante, envidioso y ambicioso. Su ardiente deseo de subir en la escala social, de acumular riquezas, poder y boato es, según el señor Bunge, una "hiperestesia de arribismo".

Los zambos no crearon nada en América, a diferencia de las lozanas poblaciones mestizas, mamelucos de Brasil, cholos peruanos y bolivianos, rotos chilenos que se distinguen por su virilidad y su orgullo. La inestabilidad, la apatía, el apocamiento, todos los signos de las razas agotadas, se encuentran más a menudo en el mulato que en el mestizo.

El europeo afincado en América se vuelve criollo, es la raza nueva, término de uniones seculares, que no es india, ni negra, ni española. Las razas se fundieron y de esta fusión surgió un tronco americano en el cual se distinguen los rasgos psicológicos de indios y negros, los matices del color y todas las formas craneanas que revelan un mestizaje lejano. Si todas las razas del Nuevo Mundo se fundieran un día, el criollo sería el verdadero americano.

Es ocioso y sutil. No le aqueja ningún exceso: todo en él mediano, mesurado y armonioso. Su ironía cáustica enfría de inmediato los entusiasmos exuberantes; vence, riéndose. Le gusta el salero, el chiste, la donosura verbal, las formas artísticas; desconoce las grandes pasiones y los ardientes deseos. En religión es indiferente, escéptico y alegador como en política. Nadie podría descubrir en su temperamento algún rasgo del abuelo español, aventurero y estoico.

¿Pero es la unidad realizable con tantas razas dispares? ¿Será necesaria la obra de varios siglos para que una población netamente americana se forme? La mezcla de sangre india, europea, mestiza y mulata sigue. ¿Cómo formar con todas estas variedades, una raza homogénea? Habrá, a este respecto un período de dolorosa inquietud: las revoluciones americanas acusan el desequilibrio de las razas y de los hombres. El mestizaje produce a menudo tipos humanos desproporcionados física y moralmente.

La resistencia de los neo-americanos al cansancio y la enfermedad mengua considerablemente. En la retorta tremendamente agitada del porvenir, los elementos de síntesis futura se combinan y se complican. Si las razas siguen divididas, no habrá unidad posible para oponerse a probables invasiones. "Tres condiciones son necesarias, escribe Gutave Le Bon, para que

las razas lleguen a fusionarse y formar una raza nueva más o menos homogénea. La primera de estas condiciones es que las razas sometidas a los cruzamientos sean numéricamente iguales, la segunda, que sus caracteres no sean demasiado opuestos y la tercera, que sean sometidas durante largo tiempo a las condiciones idénticas del medio". *

Al estudiar, conforme a estos principios, el mestizaje americano, vemos que el indio y el negro, numéricamente, aventajan en mucho al blanco: el elemento europeo no llega al diez por ciento de la población total. En Brasil y Argentina, numerosos son los inmigrantes alemanes e italianos pero en los demás países, la necesaria corriente migratoria es insignificante.

Hemos subrayado las diferencias profundas que separan el español audaz, del esclavo negro; hemos afirmado que el servilismo de la raza india contrasta con el orgullo de los conquistadores: es decir que la mezcla de estas razas rivales, íbera, india y negra tiene generalmente consecuencias negativas, exceptuando algunos felices mestizajes en Chile, el Brasil meridional, México, Colombia, Perú y Bolivia. Por último, el medio no ha podido todavía ejercer una decisiva influencia sobre las razas en contacto.

El francés y el sajón modernos son productos de cruzamientos entre antiguas razas sometidas durante siglos a la presión eficaz del medio. Las grandes invasiones que modificaron el tronco tradicional ocurrieron hace diez siglos: explicaron las terribles luchas del Medioevo. El nuevo tipo americano no tiene tan larga historia.

En suma, ninguna condición establecida por el psicólogo francés se da en las democracias latinoamericanas cuya población, al contrario, degenera.

Las castas inferiores aventajan al tradicional sojuzgador: el orden de antaño es reemplazado por la anarquía moral; las enraizadas convicciones, por un escepticismo superficial; la tosudez castellana, por la indecisión. La raza negra va obrando, y el continente retorna a la primitiva barbarie.

Esta regresión constituye una grave amenaza. En Sudamérica, la civilización depende de la dominación numérica de los conquistadores españoles, del triunfo del hombre blanco sobre el mulato, el negro y el indio. Una fuerte inmigración puede restablecer el desequilibrio de las razas americanas. En Argentina, el alud cosmopolita aniquiló al negro y alejó al indio. Hace un siglo, había en Buenos Aires, 20 por ciento de africanos; el antiguo esclavo desapareció y los mulatos son pocos. Por el contrario, en México, en 1810, los europeos representaban la sexta parte de la población, hoy no son sino la vigésima.

Pearson, * escribe: "A la larga, las civilizaciones inferiores hacen gala de más vigor que las civilizaciones superiores; los desheredados aventajan a las castas privilegiadas y el pueblo conquistado absorbe al conquistador". Declaraba también que Brasil caería pronto en poder de los negros mientras que los indios se desarrollarían en las inaccesibles regiones del norte

* Le Bon, Gustave, ob cit., p. 144.
* Pearson, *National Life and Character*, Londres, 1894, p. 73.

y del centro y los blancos, acosados por los progresos de estas razas, se replegarían en las ciudades y en las regiones salubres. Esta penosa profecía se habría realizado si, en la lucha de razas, la población blanca no hubiera sido robustecida por la llegada de nuevos colonos.

No basta un solo cruzamiento para que los caracteres de la raza superior sean comunicados al mestizo en forma duradera. "Son necesarias uniones de tercer, cuarto y quinto grado, es decir, tantos cruzamientos sucesivos entre un padre o madre de raza blanca para el mestizo esté en condiciones de asimilar la cultura europea", escribió un sociólogo argentino. Para que esta selección se concrete a favor del elemento blanco, sería menester, no sólo que las razas sometidas al cruzamiento sean numéricamente proporcionadas, sino que la masa europea domine y pueda imponer su mentalidad a las futuras razas. En resumidas cuentas, el problema de la raza depende de la solución dada al problema demográfico. Sin el aporte de una población nueva, la raza en América retrocederá y se agotará lamentablemente. La frase de Alberdi sigue actual: "En América, gobernar es poblar".

Los colonos traen las tradiciones y las costumbres de razas disciplinadas, una organización moral, obra de siglos de convivencia. Los campesinos que llegan a América, defienden intereses establecidos, el gobierno, la ley y la paz: trabajan, luchan y ahorran. Además, sólo los hombres emprendedores emigran y transmiten a las nuevas democracias un impulso vital, por ellas desconocido. A la segunda generación, los hijos de colonos extranjeros son argentinos, brasileños o peruanos: su patriotismo es a menudo tan ardiente y exclusivo como el de los nacionales. Adoptan completamente las costumbres locales después de haberse hecho al medio americano.

Vascos e italianos han transformado ya Argentina: llegan como obreros, empleados o comerciantes, establecen colonias agrícolas y se vuelven propietarios. Queman etapas: sus hijos serán banqueros y orgullosos plutócratas. De 1.000 individuos, 128 italianos y tan sólo 99 argentinos poseen tierras. Además, estos latinos son prolíficos: en 1904, 1.000 argentinas dieron a luz 80 niños; 1.006 españolas, 123 y 1.000 italianas, 175. * Los inmigrantes aumentan pues la riqueza nacional y pueblan el desierto. ** Por otro lado, sus hijos son figuras políticas e intelectuales. Prueba de ello, Pellegrini, ex presidente; Groussac, Magnasco, Becher, Bunge, Ingenieros, Chiappori, Banchs, Gerchunoff.

* Gonnard, V., *L'émigration européenne aux XIXe siècle.* París, 1906; p. 220 y ss.

** Para comprender la importancia de la inmigración, basta observar que en México hay 7 habitantes por km2; en Brasil, 1.7; en Argentina, 1.6; mientras que en Francia hay 72, 105 en Alemania, 110 en Italia, 120 en Inglaterra y 248 en Bélgica.

CAPITULO III

El problema político [1]
Los caudillos: su acción - Las revoluciones - Divorcio entre las constituciones escritas y las costumbres políticas - Los futuros partidos - La burocracia.

El desarrollo de las democracias iberoamericanas difiere considerablemente del admirable espíritu de sus cartas políticas. Estas encierran todos los principios de gobierno aplicados por las grandes naciones europeas: armonía de los poderes, derechos naturales, sufragio liberal, asambleas representativas. Pero la realidad contradice el idealismo de estos estatutos importados de Europa. Las tradiciones de la raza dominante han creado, de hecho, sistemas de gobierno simples y bárbaros. El caudillo es el eje de esta política. Jefe de un partido, de un grupo social o de una familia poderosa por la importancia de sus relaciones, impone su voluntad tiránica a la multitud. En él se concentran el poder y la ley. De su acción permanente depende el orden en el interior, el desarrollo económico, la organización nacional; su autoridad es inviolable, superior a la Constitución y a las leyes.

Toda la historia de América, la herencia de los españoles y de los indígenas, converge hacia esta exaltación del caudillo. El gobierno por medio de caciques, amos absolutos como los caudillos, es muy antiguo en España, como lo ha demostrado Joaquín Costa en su análisis de los fundamentos de la política española. En cada provincia, en cada ciudad, hay una personalidad central que encarna la justicia y la fuerza, a quien la turba admira, la opinión obedece, y que impone costumbres e ideas. Los indios de América obedecían a los caciques, y los primeros conquistadores comprendieron pronto que al atraer a los jefes locales someterían por este mismo hecho a las poblaciones indígenas. La existencia de estos caudillos puede explicarse también por influencias territoriales. Se ha escrito que el desierto es monoteísta: sobre la uniformidad árida se eleva en efecto un Dios imponente. Lo mismo vale para las estepas, las pampas, la mesetas de América, vastas y monótonas extensiones. Páez y Quiroga son las divinidades de estas regiones. Ninguna otra fuerza puede limitar su autocracia. Frente a la nivelación de los hombres, obra del llano, su firme voluntad de jefes adquiere atributos divinos. Las revoluciones americanas se ofrecen así como guerras moriscas conducidas por caídes místicos.

Rafael Salillas ha escrito que en España el cacique es una hipertrofia de la personalidad política: simboliza el exceso del poder y la ambición del individualismo español. En América, los primeros conquistadores se disputan la autoridad suprema. Las guerras civiles de la conquista provienen de

[1] Traducido en: *En torno al Perú y América*, Lima, 1954.

conflictos entre jefes frenéticos. Ninguno de ellos concibe el poder como real si no es ilimitado y despótico. Después de ellos, el virrey todopoderoso, semidiós por sus poderes, ejerce una dominación análoga. El Presidente sudamericano, heredero de las tradiciones de los gobernantes de la época colonial, posee también la plenitud de la autoridad. La Constitución le confiere poderes semejantes a los de los zares de Rusia.

El poder por sí mismo es el ideal de estas gentes: los jefes poco importantes están satisfechos de mandar a una provincia; los grandes aspiran a dominar una República. Las cuestiones de personalidad son el rasgo dominante de la política y los déspotas abundan. Cuando un "Regenerador" detenta el poder, se presenta un "Restaurador" para disputárselo; luego un "Libertador" y finalmente, un "Defensor de la Constitución". Los dioses menores luchan entre sí a porfía y la democracia acepta al vencedor en quien admira a un jefe representativo, robusta creación de la raza. No es el personaje ibseniano, fuerte en su aislamiento. En él los caracteres medios de la nación, sus vicios, y sus cualidades están mejor definidos, más acentuados: obedece al instinto y a las ideas fijas; no concibe ideal alguno; es imprescindible y fanático.

Ayarragaray distingue dos variedades de caudillos, el astuto y el violento. Este último fue propio sobre todo del período militar de la historia iberoamericana. Jefe de bandas que destruían como los hunos, domina por el terror y la audacia, imponiendo a la vida civil una disciplina de cuartel. El caudillo de tipo astuto ejerce una dictadura moral más larga; pertenece a un período de transición entre la época militar y la época industrial. Este nuevo amo conserva el poder gracias a la mentira y a los subterfugios. Tiranos semicultos, usan la riqueza, como los otros la fuerza, y, en lugar de imponerse brutalmente, emplean la corrupción tortuosa.

El régimen de los caudillos conduce al gobierno presidencial. Las constituciones establecen asambleas, pero, a despecho de estos marcos teóricos, la tradición triunfa. Desde la época colonial, la centralización y la unidad han sido formas americanas de gobierno.

En la persona del Presidente de estas democracias reside toda la autoridad que ordinariamente corresponde a los funcionarios públicos. El manda el ejército, multiplica los mecanismos de la administración, se rodea de doctores en leyes y de pretorianos. Los Congresos le obedecen; interviene en el curso de las elecciones y obtiene las mayorías parlamentarias que le convienen. La alta magistratura es a veces indócil a los deseos del gobierno, pero en la vida de provincia, los jueces dependen enteramente de los jefes políticos. La dirección suprema de las finanzas, del ejército, de la flota, de la administración, pertenece al Presidente como antes de la era republicana, pertenecía al Virrey.

Los partidos luchan entre sí, no solamente por la conquista del poder, sino además para detentar esta presidencia omnipotente. Comprenden que el jefe del Ejecutivo es el agente eficaz de todas las transformaciones y que ministros y parlamentos no son sino factores secundarios en la vida política.

Un sociólogo argentino, Joaquín González, ha escrito con mucho acierto que "cada período gubernamental está caracterizado por la condición y por el valor del hombre que lo preside. Esta modalidad del sistema de constitución presidencial, a falta de una educación política sólida y elevada, ha favorecido en una gran medida el retorno al régimen penal".

A este sistema corresponden grupos políticos sin programa: no se lucha por el triunfo de las ideas, sino por el de ciertos hombres. Los términos consagrados pierden su significación tradicional. Existen civilistas que defienden el militarismo, liberales que intentan reforzar la autoridad presidencial, nacionalistas que preconizan el cosmopolitismo, constitucionalistas que violan la Carta política. El personalismo agrupa a conservadores y liberales. Aun en Chile, donde la actividad de los partidos ha tenido una rara continuidad, los más antiguos se disuelven en facciones informes. El Presidente establece su autoridad despótica sobre la división de estos agrupamientos rivales; se esfuerza en disolver las pequeñas facciones, en dividir para reinar.

Sin ideal ni unidad en su acción, los partidos se convierten en bandas famélicas que se distinguen por el color de su banderín. Tal como ocurría en Bizancio, los azules luchan contra los amarillos en Venezuela; los blancos combaten a los colorados en el Uruguay, el punzó es el color distintivo de los federalistas argentinos. Una intolerancia agresiva separa a estos grupos: en torno a su gonfalonero y a su símbolo se reúnen en facciones irreductibles. Ningún interés común, a veces ni siquiera el de la patria, puede reconciliarlos. Cada partido defiende un jefe, un interés, un dogma; considera de un lado a los suyos, misioneros de cultura y de verdad; del otro, a sus enemigos, impuros y mercenarios. Cada grupo cree detentar el monopolio del desinterés y del patriotismo: Rosas llamaba a sus opositores "salvajes inmundos". Para la banda que posee el poder, los revolucionarios son malhechores; para éstos, los dirigentes no forman sino un gobierno de tiranos y ladrones. Hay buenos y malos dioses, como en las teogonías orientales. Educados por la Iglesia Romana, los iberoamericanos llevan a la política el absolutismo de los dogmas religiosos; no conciben la tolerancia. El partido dominante aspira a aniquilar a sus adversarios y a realizar la unanimidad completa de la nación. El odio a los contrarios es el primer deber del político consecuente. La oposición no puede ni siquiera pretender un puesto de control en las asambleas o conquistar lentamente el poder. No es sino por la violencia que los partidos pueden salir del ostracismo en que los mantiene la facción en el poder, y por este mismo medio, regresan a él. Fuera del régimen de los caudillos, la mentira política domina: la libertad de los sufragios no es sino una promesa platónica inscrita en la Constitución; las elecciones son obra del gobierno; no hay opinión pública. El periodismo, casi siempre oportunista, no hace sino reflejar la indecisión de los partidos. *Status* políticos y condiciones sociales se oponen: aquellos proclaman la igualdad y las razas son diversas; el sufragio universal, y las razas son iletratadas; la libertad, y los déspotas imponen sus poderes arbitrarios. Por me-

diación de sus prefectos y gobernadores, el Presidente dirige las elecciones, apoya tal o cual candidato, impone inclusive su sucesor: es el supremo elector

Las asambleas representativas se convierten en verdaderas instituciones burocráticas: diputados y senadores aceptan las órdenes del Presidente. Según L. A. de Herrera, se forman dos castas: "de una parte, las oligarquías que detentan el poder contra la voluntad popular; de otra, los ciudadanos privados de toda participación en el poder". Revoluciones frecuentes, pronunciamientos que siguen la tradición española, vienen a turbar a la clase dominante en el ejercicio del poder. Estos movimientos superficiales no pueden ser comparados a las grandes crisis europeas que hacen desaparecer un régimen político o imponen el advenimiento de una nueva clase social. No son sino el resultado de los conflictos perpetuos de los caudillos. Los jefes y las oligarquías cambian, pero el régimen político, con sus vicios seculares, subsiste.

Las revoluciones sudamericanas pueden ser consideradas como una forma necesaria de la actividad política. En Venezuela han estallado cincuenta y dos revueltas importantes en un siglo. El partido vencedor intenta destruir a los otros grupos; la revolución representa entonces un medio político para los partidos privados del sufragio y corresponde a las protestas de las minorías europeas, a las huelgas anarquistas del proletariado, a los grandes mitines anglosajones en que los partidos de oposición combaten al gobierno. A la excesiva simplicidad de la política, en donde la opinión no tiene otro medio de expresión que la tiranía de las oligarquías por un lado y la rebelión de los vencidos por el otro, son debidas las interminables luchas sangrientas de la América española. Estas continuas guerras internas se oponen al desarrollo económico y a la estabilidad de las repúblicas, arruinan el crédito exterior, preparan las intervenciones humillantes y suscitan las tiranías. Pero es preciso no olvidar que a menudo la revolución fue en estas democracias sin derecho de sufragio real, el único medio de defensa de la libertad. Contra los tiranos se sublevaron hasta espíritus conservadores y la rebelión se convirtió en reacción.

Por otra parte, las guerras civiles han perdido su antiguo carácter Antes simbolizaban el retorno al caos primitivo: multitudes vagabundas, bandas armadas asolaban los campos e incendiaban las ciudades. El asesinato, el robo, la devastación de las propiedades, la guerra civil sin cuartel, el fuego invasor, todos los poderes de destrucción estaban en lucha contra los débiles fundamentos de la nacionalidad. Era la misma selección al revés que, según Buckle, operaba la Inquisición española. Centauros brutales ocupaban las ciudades en que la civilización española alcanzaba su apogeo. Sarmiento ha descrito el asalto de las carretas nómadas que transportaban a través de las pampas argentinas los penates nacionales, especie de Odisea tártara en la infinita desolación de las llanuras. Aun cuando las clases sociales están ya organizadas y los intereses económicos definidos, la rivalidad de los jefes continúa y la política sigue siendo personal. Sin embargo,

la guerra civil no es ya el áspero choque de gentes sin ley ni fe, de *outlaws*. El drama reemplaza a la epopeya, la lucha de las pasiones y los intereses sucede a las batallas de personajes semidivinos, orgullosos de su misión trágica. Los votos se compran, los comités electorales falsean el sufragio, como en los Estados Unidos, por la fuerza del dinero. Es así como la plutocracia conquista las bancas del Congreso.

Si el continente crea espontáneamente los dictadores, ¿no es una invención ilusoria toda la ambiciosa construcción política de las democracias americanas: parlamento, ministros, municipalidades? En algunos Estados en que la vida económica es intensa, en Argentina, en Chile, en Brasil, en el Uruguay, los buenos déspotas no marcan el término del desarrollo nacional; allí pueden formarse nuevos partidos y los caudillos desaparecerán pronto. José Ingenieros prevé la creación en la Argentina de nuevos grupos políticos de tendencias financieras. La clase rural que domina en las provincias y posee las grandes riquezas nacionales, la ganadería y la agricultura, y la burguesía comerciante e industrial de las grandes ciudades formarán, como los agrarios y los industriales en Alemania, los *tories* y los *whigs* en Inglaterra, los dos partidos futuros. Una vez desaparecidos los partidos secundarios, dominarían sólo dos grandes organizaciones políticas. Esta transformación de los antiguos agrupamientos es desde luego lógica. En la época colonial las rivalidades por la posesión del poder, se desarrollaron dentro de los límites estrechos de la vida pública; los españoles estaban en mayoría en las audiencias y los criollos en los cabildos. Aquéllos defendían la intolerancia religiosa, el monopolio económico, el imperio exclusivo y universal de la metrópoli; éstos se esforzaron en obtener la igualdad económica y política, la desaparición de los privilegios, un gobierno nacional. Después de la revolución tales divisiones se complicaron; el federalismo y la unidad, las querellas religiosas y, a menudo, la hostilidad de las castas entre sí separan a los hombres en grupos inestables. La política se convierte en una guerra de clanes irreductibles. En las naciones organizadas de la zona austral, las antiguas disensiones pierden poco a poco su importancia y una indiferencia general sucede a los odios teológicos. Federales y unitarios batallan siempre, pero han perdido la dureza antigua de sus antagonismos. Por otra parte, las castas se confunden progresivamente por efecto del mestizaje.

Los factores económicos persisten, sin embargo, y su importancia se acrecienta a medida que industrias y ciudades se desarrollan. Las cuestiones financieras dividirán en el futuro a los ciudadanos de estos países convertidos en democracias netamente industriales: los agrarios lucharán contra los manufactureros, los librecambistas contra los proteccionistas. Así como los republicanos y los demócratas en los Estados Unidos, ciertos grupos aspirarán al imperialismo y otros a la neutralidad. A la agrupación que quiera estimular la influencia alemana o yanqui, se opondrá otra, partidaria de la acción francesa o italiana.

En Cuba existe ya hoy día un partido que pide la anexión a los Estados Unidos, y otro que defiende la autonomía nacional. Ciertos políticos aceptaron la inmigración sin reservas ni restricciones, mientras que otros, nacionalistas, defenderán la integridad de su herencia contra la invasión extranjera. América, como Francia moderna, tendrá sus metecos: serán los europeos, los yanquis y los amarillos.

Fuera de las naciones australes, no se han formado todavía ni clases ni intereses sociales. Ninguno de los problemas que agitan a Europa (extensión del derecho de sufragio, representación proporcional, autonomía municipal) tienen allí importancia inmediata. El Estado es el tutor necesario, especie de providencia social de donde provienen la riqueza, la fuerza y el progreso. Debilitar esta influencia sería fomentar el desorden interno. En América, sólo han sido útiles las constituciones que han reforzado el poder central contra la anarquía perpetua.

El progreso de estas democracias es obra de los capitales extranjeros, y cuando la anarquía política domina, el crédito periclita. Los gobiernos que se aseguran la paz, los tiranos paternales son por lo tanto preferibles a los demagogos. Un joven crítico venezolano, Machado Hernández, después de haber estudiado la historia de su patria desgarrada por las revoluciones, piensa que la mejor forma de gobierno para América del Sur es aquella que refuerza las atribuciones del poder Ejecutivo y establece la dictadura. En lugar del referéndum suizo y de la organización federal de los Estados Unidos, la autocracia es, nos parece, el único medio práctico de gobierno.

Aumentar la duración del poder presidencial, a fin de evitar las demasiado frecuentes luchas entre los partidos; simplificar la maquinaria política que transforma los parlamentos cada vez más numerosos en simples organizaciones burocráticas; prolongar el mandato de los senadores y de los diputados para impedir que elecciones frecuentes turben la existencia de los pueblos; renunciar, en suma, a los dogmas ingenuos de los estatutos políticos en nombre de las reformas concretas: tal parece ser el ideal que detendría en América tropical, en el Perú, en Bolivia, la acción disolvente de las revoluciones.

Es evidente que un Presidente provisto de una fuerte autoridad puede convertirse rápidamente en un tirano, ¿pero no es acaso el poder en estas naciones, una semidictadura que se tolera? Los jefes de Estado gobiernan cuatro años, según los términos de la Constitución, pero su acción continúa por intermedio de su sucesor. La verdadera duración de su influencia política es de veinte años.

Si un Presidente tutelar es necesario, no es menos conveniente el oponer a su autocracia un poder moderador que por su constitución recordaría al Senado vitalicio de Bolívar. Se puede concebir, asimismo, un Senado que representara los verdaderos intereses nacionales: cuerpo estable, reunión de todas las fuerzas de conservación social, asamblea serena, extraña a toda veleidad democrática, donde el clero, la universidad y el comercio,

las industrias, el ejército, la marina y los poderes judiciales podrían defender, contra los asaltos de la demagogia, contra los reformadores demasiado audaces, la Constitución, la tradición, las leyes. García Moreno quería que se extendiese a doce años el mandato de los senadores.

La dualidad de las cámaras legislativas es ineficaz en América. En efecto, al provenir ambas del voto popular, de las mismas mayorías electorales, la Cámara de Diputados vence siempre al Senado, que no representa ni intereses ni tradiciones. Existe así en realidad una asamblea uniforme dividida artificialmente en dos cuerpos independientes. En los congresos domina, sin el útil correctivo de las instituciones conservadoras, la voluntad anónima o jacobina de una multitud agitada por todos los intereses que dividen: ambición de poder, orgullo provinciano, pasión de cábala y de intriga.

El desarrollo de la burocracia es un hecho tan grave en la política americana como las revoluciones periódicas. En la vida todavía simple de la nación, los órganos de la administración pública se complican de una manera exagerada. El presupuesto hace vivir así a una clase estéril, reclutada principalmente entre los criollos, que prefieren la seguridad del funcionarismo a la conquista de la tierra. La energía y la esperanza disminuyen con el crecimiento del número casi infinito de los presupuestívoros. Los extranjeros monopolizan la industria y el comercio, de tal suerte que adquieren la propiedad de la tierra que heredaron los americanos desprovistos de energía.

Un observador norteamericano * escribe que las grandes fortunas de los argentinos nativos han sido constituidas por el valor cada vez más alto de los terrenos y se deben más al desarrollo natural del país que a su propia iniciativa o a su espíritu de empresa. Pero los sudamericanos están dilapidando estas riquezas y los colonos afortunados de España e Italia, los reemplazan poco a poco en la jerarquía social.

Según un estadísta mexicano, Justo Sierra, el gobierno en la América del Sur es una administración de empleados protegidos por otros empleados: el ejército. Estas naciones, que han de invadir inmigrantes activos, están dirigidas por un grupo de mandarines; y si una educación práctica no desarrolla en la juventud las vocaciones comerciales e industriales los colonos enriquecidos expulsarán al criollo de sus viejas posiciones. Algunos escritores defienden a la burocracia como el refugio de los espíritus selectos, escritores, artistas y hombres políticos, frente a la invasión cosmopolita: "si los extranjeros disponen de la fortuna material, dice un joven observador muy distinguido, Manuel Gálvez, ** es justo que nosotros los argentinos dispongamos de la fortuna intelectual". Noble idealismo que se satisface con una riqueza irreal. Pero desde el punto de vista de la vida nacional, esta falta de equilibrio es inquietante. Frente a los progresos de

* Citado por J. V. González en *La Nación* de Buenos Aires, 25 de mayo de 1910.
** Gálvez, M. *El Diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, 1910.

los conquistadores extranjeros que se convierten en amos de la tierra, encerrarse en una torre de marfil sería el más grande de los renunciamientos.

Es preciso no olvidar las sugerencias de Calibán en la organización de la América futura. Entre los innumerables burócratas que devoran los presupuestos, no siempre habrá escritores dignos de la protección oficial; ellos se reclutarán más bien entre la juventud indolente, reacia a todo esfuerzo sostenido.

El estímulo a los espíritus selectos no debe confundirse con el mantenimiento injustificable de una legión parasitaria. El caudillo multiplica los funcionarios para recompensar a sus amigos. El nepotismo domina en la política.

Las grandes transformaciones políticas del porvenir se deberán al desarrollo de la riqueza común. Nuevos partidos aparecerán, y la burocracia deberá disminuir considerablemente.

CONCLUSION

América y el Porvenir de los Pueblos Latinos. El canal de Panamá y las dos Américas - Las luchas futuras entre eslavos, germanos, sajones y latinos - Papel de América Latina.

UNA NUEVA ruta abierta al comercio humano está transformando la política mundial. El canal de Suez abrió a Europa las puertas del legendario Oriente y encauzó la emigración europea hacia Australia al mismo tiempo que permitía la formación en Africa del Sur, de una Confederación anglosajona. El canal de Panamá está llamado a alterar profundamente el equilibrio de las naciones del Nuevo Mundo. Humboldt lo anunciaba ya en 1804 *. "Las producciones de la China se acercarán en más de 2.000 leguas a Europa y Estados Unidos; grandes cambios tendrán lugar en la política de Asia oriental, porque este istmo (Panamá) es desde hace siglos, la avenida de la Independencia de la China y Japón".

El Atlántico es hoy el océano de la civilización moderna. La apertura del canal desplazará el eje de la política mundial. El Pacífico, océano separado de las corrientes civilizadoras de Europa, recibirá directamente del mundo antiguo, sus riquezas, sus productos, sus emigrantes. Hasta este momento, Estados Unidos y Japón compartían su dominación como *mare clausum* y luchaban por la supremacía en Asia y la costa occidental de América. Abierto el istmo, nuevos pueblos comerciantes invadirán con sus industrias los países encantados de Asia y las lejanas repúblicas americanas. Nueva York se acercará al Callao, pero al mismo tiempo, Hamburgo y Le Havre acortarán distancias con la costa peruana. Se calculó que por la nueva vía, el viaje entre Liverpool y los grandes puertos del Pacífico se acortarán entre 2.600 y 6.000 millas, según su respectiva posición y que entre Nueva York y los mismos centros de actividad comercial e industrial, la distancia disminuirá de 1.000 hasta 8.400 millas. Compañías navieras alemanas, francesas e inglesas harán el servicio directo con los grandes puertos de Chile y de la China. El comercio mundial cambiará de ruta y Panamá servirá de vía civilizadora al Asia oriental y la costa

* Humboldt, A., *Ensayo sobre el Gobierno de la Nueva España,* tomo I.

americana del Pacífico, como Suez, al Asia central, Africa oriental y Oceanía. El Atlántico será el océano de un mundo envejecido.

El comercio de la nueva era prepara revoluciones inesperadas. La influencia de Europa en China y en América occidental crecerá considerablemente. Alemania rivalizará con Estados Unidos por la supremacía comercial en Oriente y en América Latina. Sus navíos, agentes imperialistas, que ahora dan una larga vuelta por el estrecho de Magallanes, pasarán por el canal. Los buques de Japón, como antaño los navegantes fenicios, traerán a Europa los productos del exótico Oriente; Nueva York desplazará Hamburgo, Amberes y Liverpool y los ingleses perderán su histórica posición intermediaria entre Europa y Asia. Los Estados Unidos, amos del canal, establecerán en Nueva York una gran feria donde concentrarán las mercaderías de Oriente y Occidente, los tesoros de Asia, el oro de Europa y los productos de su pujante industria. Entonces habrán logrado la hegemonía comercial sobre el Pacífico, América del Sur y la China, donde competirán favorablemente con Inglaterra y Alemania. Entre Nueva York y Hong-Kong, Nueva York y Yokohama, entre Melbourne y el primer puerto norteamericano, se establecerán nuevas relaciones comerciales. Al acercarse a Nueva York, el Oriente se alejará de Liverpool y los puertos europeos: la ruta por Panamá favorecerá a los industriales yanquis en Asia y Oceanía. Ya podemos vaticinar que los Estados Unidos surgirán como terribles competidores para los negociantes ingleses en los mercados de Australia y Nueva Zelanda.

Difícil es adelantarse al futuro: demasiadas incógnitas intervienen en este drama de la historia de los pueblos. Pero no cabe duda, que de no mediar algún acontecimiento extraordinario que turbase la evolución de los pueblos modernos, las grandes naciones industriales europeas y Japón, defensor de la integridad asiática, se opondrán al formidable desarrollo de los Estados Unidos.

El canal alza una frontera a la ambición yanqui: es la línea meridional la South Coast Line, que poblaba los sueños de Jefferson. Ya en 1809, creía que Cuba y el Canadá debían incorporarse, como Estados de la Unión, a la inmensa federación; adelantándose al bronco lirismo de Walt Whitman, pensaba fundar "el más vasto imperio de la libertad que haya existido". Herederos del genio sajón, los norteamericanos quieren formar una federación democrática.

Lograron en Cuba lo que Japón en Corea: primero, la lucha por la autonomía, las intervenciones necesarias, luego el protectorado y quizá la anexión. Así se realizará la profecía de Jefferson. Entre el Canadá, colonia autónoma y los Estados Unidos, los intereses económicos se entrecruzan, los tratados de comercio crean tal complejidad de influencias que la evolución hacia la unión política parece fácil. La disgregación del imperio anglosajón será obra de los yanquis. La influencia norteamericana en el Canadá crece día a día: el capital americano invertido en diversas industrias alcanza los 100 millones de dólares. El comercio aumenta y en virtud

de nuevas convenciones, los EE. UU. aventajarán a Inglaterra en el mercado canadiense. En esta colonia libre, existe un Far West que poblaron. El Este es sajón, industrial y aristocrático; el Oeste, bárbaro y agrario, desea la unión con la democracia vecina. Hugo Münsterberg cuenta que un diario de Boston escribe todos los días en primera plana que el deber de los EE. UU. es anexar Canadá.

La amistad con Inglaterra y el entendimiento entre las naciones de habla inglesa, impedirán quizás el avance imperialista hacia el Norte; pero nada se puede contra el capital norteamericano que desarrolla y explota el oeste canadiense. Además, hombres de la talla de Goldwin Smith, aconsejan la unión con la gran República vecina. La libertad comercial que los radicales ingleses quieren conservar, aflojan los lazos económicos que podrían asegurar la continuación del Imperio Británico, e impiden la formación de un *Zollverein,* de esta unión aduanera entre Gran Bretaña y sus colonias, que era el gran proyecto de Chamberlain. Justamente para resguardar intereses económicos, comerciales e industriales, Canadá se acerca a los Estados Unidos y se aleja de Gran Bretaña.

México donde los capitales norteamericanos llegan a 500 millones de dólares; Panamá, república sometida al protectorado del Norte sajón; la zona del Canal que los yanquis adquirieron como una lejana posesión meridional; las Antillas que van conquistando poco a poco, América central, donde Repúblicas continuamente desgarradas toleran las intervenciones pacificadoras; y Canadá, rico y autónomo, forman para los soberbios estadistas de Washington y la prensa amarilla, el codiciado imperio. En dos siglos, las pequeñas colonias puritanas del Atlántico habrán logrado quizá dominar un continente, desde el polo hasta el trópico y crear, con el concurso de todas las razas, una nueva humanidad sajona, industrial y democrática. Así gobernaron el mundo, Roma y Gran Bretaña.

Para detener la marcha de los Estados Unidos, el Sur no tendrá el contrapeso necesario. En el conflicto entre los norteamericanos unidos y los sudamericanos desunidos, el Nuevo Mundo latino lleva todas las de perder.

El Pacífico será el escenario de guerras de razas y de emigraciones transformadoras. El canal abierto, es poco probable que los emigrantes europeos se dirijan sobre las costas del Pacífico. Sólo Brasil y Argentina atraen al aventurero moderno: el "El Dorado" es la pampa argentina o las selvas brasileñas. Venezuela, invadida por inmigrantes de raza germánica podrá renacer cuando una densa muchedumbre pueble sus valles, y Caracas será seguramente una gran ciudad latina. Pero en Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia, escasos son los centros de civilización en el interior: la sierra sigue triste y arisca y todo el progreso se concentra en las pequeñas ciudades de la costa, en medio del desierto. Los chinos y japoneses, contentos con un módico jornal, aventajan al obrero europeo. Las colonias japonesas poblarán la costa americana desde Panamá hasta Chile; además

sobre estas nuevas tierras, la fusión de la sangre japonesa con la india no es irrealizable.

Siempre habrá en América del Sur, dos regiones distintas, separadas por los Andes y divididas por el Trópico. La América Atlántica conservará su libertad y aumentará su poderío y sus riquezas. Es posible que el Sur de Brasil se vuelva alemán, pero Argentina, Chile, Uruguay y los grandes Estados brasileños defenderán la herencia latina. Al Norte y al Oeste, naciones despobladas y desunidas tendrán que hacer frente a la invasión de orientales y a las embestidas de un pueblo conquistador venido del Norte. Gracias a la protección de Japón, podrán liberarse de la tutela de los EE. UU., o si no alejar a los súbditos del Mikado, pero acogiéndose a la influencia norteamericana. Solamente la federación de todas las repúblicas latinas bajo la presión de Inglaterra, Francia e Italia que poseen importantes mercados en América, podrá salvar las naciones del Pacífico, como hace un siglo, Inglaterra pudo resguardar la autonomía de estos pueblos contra los designios místicos de la Santa Alianza.

La doctrina Monroe se opone a la intervención de Europa en los asuntos americanos, pero esta doctrina que irrita a los imperialistas alemanes como Münsterberg, puede perder actualidad. Si Alemania o Japón vencen a los EE. UU., la doctrina tutelar quedará para el recuerdo. América Latina saldrá del aislamiento impuesto por los EE. UU., formará parte del concierto europeo, de la combinación de fuerzas políticas —Alianzas y Acuerdos— base del equilibrio moderno. Se unirá por lazos políticos a las naciones que la enriquecen con sus capitales y le compran sus productos.

Japón no perdió su originalidad como nación asiática al unirse a Inglaterra por un tratado que conserva el *statu quo* oriental. Las Repúblicas latinas no renunciarán a su carácter de pueblos americanos al firmar acuerdos con las naciones de Occidente. Ya existen entre ellas y Europa, tratados de comercio, una armonía económica, afinidades intelectuales. Brasil y Argentina donde imperan las ideas francesas y los capitales ingleses, podrían unirse por una vasta red de alianzas con el grupo de naciones europeas que conquistaron, civilizaron y enriquecieron América, es decir, España, Francia e Inglaterra. ¿Acaso una comunidad de intereses en América no robustecería la unión de estos pueblos solidarios en Europa? Grandes cambios políticos resultarían de estas nuevas influencias: los latinos de América, al entrar a formar parte de la política europea, alejarían a Italia, cuyos intereses en Brasil y Argentina son considerables, de la Triple Alianza; respaldarían la alianza entre Francia e Inglaterra contra Alemania, su poderoso rival tanto en Europa como en América. Canning, el ministro inglés que combatía los designios de la Santa Alianza hace un siglo decía que había dado la libertad al Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio en el antiguo. Frente a pueblos teocráticos que pretendían presidir los destinos del mundo, fomentó la aparición de estas democracias libres señaladas para asentar firmemente las bondades de la libertad. Su esperanza fue prematura, porque sobre las ruinas del absolutismo español, era difícil

que surgieran espontáneamente repúblicas perfectas. Apenas si hoy, después de un siglo de intentonas constitucionales, algunos estados latinoamericanos, Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia parecen capacitados para responder al deseo de Canning.

Estos pueblos quisieran contribuir a la defensa del ideal latino. Pero ¿no es mucha pretensión de parte de naciones todavía semibárbaras? Las viejas razas de Occidente miran su arrebatado avance con el mismo desprecio que Roma observaba las turbulentas migraciones de godos y germanos. Y aun cuando la raza latina pudiera detener su decadencia, gracias a la riqueza y a la juventud de estos pueblos americanos, ¿convendría oponerse al triunfo de los sajones y los eslavos en nombre de una raza degenerada? Hace setenta años, Tocqueville visitaba los Estados Unidos y barruntaba su grandeza. Hoy Clemenceau, admirador de los Estados Unidos, elogia el vigor latino que pudo apreciar en Buenos Aires, en Uruguay, en Río de Janeiro. La República yanqui colmó los vaticinios del primero, nada extraño que las democracias latinas confirmasen el optimismo del segundo. Una nueva energía, un indiscutible progreso material, una fe creadora anuncian en el nuevo continente, el advenimiento, si no de "El Dorado" soñado por codiciosos aventureros, por lo menos de naciones de pujante agricultura e industria, de un mundo en el cual rejuvenecerá la gloriosa ancianidad del mundo latino. Cuando Emerson visitó Inglaterra, hace cincuenta años, dijo que el corazón de la raza británica estaba en los Estados Unidos y que la "isla madre" se llenaría de orgullo con la energía transmitida por sus hijos *. ¿Acaso, hablando de España y de Portugal, no podrían los argentinos, brasileños y chilenos afirmar lo mismo?

La decadencia de los latinos, evidente a los ojos de los sociólogos podría ser tan sólo un período de quebranto. Las aventuras que exigen un gran despliegue de energía y de heroísmo son seguidas de un período de recogimiento, de lasitud después del momento de creación. Al comienzo de la era moderna, en el siglo XVI, los indisciplinados ingleses se mostraban renuentes a la regularidad y monotonía de la vida industrial, y en el XIX, organizaron un poderoso industrialismo, volviéronse lentos y metódicos; luego en 1894, Charles Pearson se preocupaba por "la decadencia de la energía inglesa que se manifiesta con la adopción del socialismo de Estado y la pobreza de los inventos mecánicos" **.

En el porvenir, los latinos volverán a gozar de su antigua virilidad. Los *recorsi* de la historia, estudiados por Vico, demuestran que algunos pueblos que habían perdido su preeminencia, la recobraron y otros, un tiempo próspero, decaen: ningún privilegio es eterno, ni tampoco, el retroceso, el resultado de una irremediable fatalidad.

* Emerson, R. W., *Works;* T. II, p. 160.
** Pearson, Ch., *National Life and Character,* 1894, pp. 102 y ss.

Multa renascentur quoe jam cecidere, cadentque
quoe nunc sunt in honore...

La política imperial de Carlos V y de Felipe II, la conquista de un continente por los españoles, portugueses y franceses, la gloriosa fiesta del Renacimiento, el triunfo de Lepanto, el maravilloso imperio de Venecia, la política de Richelieu, el siglo de oro del clasicismo francés, la Revolución que proclamó los Derechos del Hombre, la epopeya napoleónica, la independencia de América española son cantos a las glorias de la raza latina. Hoy, Bélgica, Italia y Argentina dan señales del resurgimiento de una raza pretendidamente agotada.

Legatarios del espíritu latino en lo moral, religioso y político, los pueblos iberoamericanos desean conservar su gloriosa herencia. La idea de raza, es decir tradiciones y cultura, domina en la política moderna. Asistimos a un brote de paneslavismo, panislamismo, panasiatismo, pangermanismo, panlatinismo, palabras bárbaras indicadoras de las luchas futuras. Los esclavos de Dalmacia y de Alemania, Servia y Bosnia quisieran reconstituir, con los fragmentos de naciones divididas, un Estado que también sería una raza. El Islam reúne a diversos pueblos, con el fervor de un nuevo fanatismo, a instigación de califas o morabitos populares, desde el Sudán hasta Fez, de Bombay a Estambul. Vastas ligas de pueblos dispersos se están formando en nombre de una religión o de un origen común. Eslavos, sajones, latinos, amarillos se pelean el mundo. Así se simplifica el drama de la historia: por encima de conflictos entre naciones inestables, se alzan los profundos antagonismos de razas milenarias.

Onesime Reclus estudió en su libro el *Partage du Monde* la situación respectiva de cada uno de estos poderosos grupos humanos. Las conclusiones de su estudio son optimistas: frente a los sajones y los eslavos, los latinos conservan vastos territorios que les falta poblar. Su posición geográfica, a pesar del imperialismo anglosajón y la inmensa superficie de la Rusia europea y asiática, no está en desventaja.

Son cien millones de eslavos esparcidos sobre un inmenso territorio asiático y europeo, desde Vladivostock hasta el mar Báltico; dos millares y medio de millones de hectáreas a disposición de la prole de esta raza prolífica. Juntando los pueblos de Noruega, Suecia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza a los germanos de Austria, la raza alemana destinada a propagar por el comercio o la violencia el evangelio del pangermanismo, posee alrededor de 100 millones de hectáreas para 93 millones de habitantes. Los anglosajones, enemigos naturales de la expansión alemana, rivales de Deutschtum en Asia, Africa y América, señorean sobre una superficie casi ilimitada, 4 millares de millones de hectáreas: India, Canadá, Estados Unidos, Africa del Sur, Egipto, Australia, tierras conquistadas o reinos bajo tutela, con todos los credos y todas las razas. Más de 200 millones

de anglosajones pueblan esta "más grande Inglaterra" que no comprende la inasimilable India.

Los territorios ocupados por los pueblos latinos en Europa, América y Africa son de 3 millones 900.000 hectáreas, habitados por 250 millones de hombres: el número de latinos no es pues muy inferior al de los anglosajones, ni tampoco los son los territorios abiertos a la expansión latina. Llegan con las colonias francesas de Asia a los 4 millares de millones de hectáreas.

Los latinos aventajan a los eslavos y germanos por la extensión de sus territorios y por su número. Por otro lado, no son inferiores a los ingleses ni en potencial humano ni en abundancia de tierras explotables. E Inglaterra llegó ya al apogeo de su período industrial y de su desarrollo político. En las ciudades, el índice de natalidad disminuye y la emigración es nula, el Estado es el protector de la turba demagógica y decadente. Los Estados Unidos pretenden conquistar nuevas tierras, pero los latinos poseen en América del Sur un rico continente casi inhabitado y los franceses están cimentando un imperio colonial que competirá con Egipto en riqueza e importancia y se extenderá desde Marruecos hasta el Congo y de Dakar a Túnez.

Reclus calcula que América Latina podrá alimentar cien personas por kilómetro cuadrado. Mientras que la natalidad queda estacionaria en Estados Unidos y en las grandes ciudades sajonas del Atlántico, la población latinoamericana crece prodigiosamente; suma hoy 80 millones, cuando hace un siglo era aproximadamente 15 millones. Es posible que al terminar este siglo, los sudamericanos sean 250 millones, consecuentemente, los latinos aventajarán a los sajones.

América es pues un factor esencial en el porvenir de las naciones latinas. El destino de Francia, España, Portugal e Italia cambiaría si los 80 millones de latinoamericanos perdieran sus tradiciones de raza, si dentro de un siglo o dos, América se unificara bajo la hegemonía yanqui o si alemanes y anglosajones asfixiaran el núcleo de civilización formado por Argentina, Uruguay y el Sur de Brasil. Económicamente, perdería mercados; intelectualmente, dóciles colonias; del punto de vista práctico, centros de expansión. Hoy, sajones, germanos, eslavos y neolatinos son fuerzas equilibradas que pueden desarrollarse armoniosamente en el marco de la civilización cristiana, sin guerras de conquista ni monopolios. La unidad moral de América del Sur contribuiría a la realización de este proyecto. Un nuevo continente sajón, erigiéndose desde Alaska hasta el Cabo de Hornos sobre las ruinas de veinte repúblicas españolas sería para los herederos de la cultura romana el anuncio de una definitiva decadencia. En las luchas seculares entre la ciudad latina y los bárbaros, el catolicismo y el protestantismo, el genio francés y la mentalidad tudesca, entre el Renacimiento y la Reforma, los latinos habrían perdido la última batalla.

América es un laboratorio de hombres libres. Charles W. Eliott, rector de la Universidad de Harvard indagó qué papel tuvieron los EE. UU. en

la formación de la civilización moderna: el arbitraje, como principio universal, la tolerancia, el sufragio universal, el bienestar material, la libertad política le parecen ser los caracteres de la cultura norteamericana. En el Sur latino, encontramos principios análogos. El arbitraje es la base de las relaciones internacionales, la tolerancia religiosa está progresando. La libertad política existe en las constituciones más que en las costumbres, pero las cartas políticas, adaptadas a los principios de la civilización moderna constituyen el ideal de estas repúblicas. Cuando nuevas razas hayan poblado el desierto, las democracias crecerán dentro de este marco y el libre sufragio, los derechos individuales y la tolerancia serán realidad.

En América Latina, sobre todo en las naciones del Sur, no se concibe la restauración del antiguo orden social, despotismo e inquisición religiosa. El nuevo continente, el sajón y el latino, es democrático y liberal.

Si como en tiempos de la Santa Alianza, los pueblos teocráticos se coaligaran, Austria católica y guerrera, Alemania dominada por el feudalismo prusiano, Rusia, mística y formidable, América entera sería entonces la avenida de la libertad. Si alemanes y latinos, latinos y anglosajones luchan entre sí, las democracias ultramarinas coadyuvarían a la vitalidad latina. Si, en una Europa dominada por germanos y eslavos, los pueblos mediterráneos se ven obligados a replegarse hacia el mar azul poblado de islas griegas y de símbolos tan antiguos como el mundo, es probable que el mito antiguo se realice nuevamente y que la antorcha del ideal de la civilización latina pase de París a Buenos Aires, o Río de Janeiro, como pasó de Roma a París en la época moderna, y de Grecia a Roma, en la época clásica. América, hoy desierta y dividida, salvará la cultura de Francia e Italia, la herencia de la Revolución y del Renacimiento, y habrá justificado hasta el final la feliz osadía de Cristóbal Colón.

LA CREACION DE UN CONTINENTE

Dedicatoria

A la memoria de don Lorenzo García Calderón, diputado por Arequipa a las Cortes de Cádiz en 1812, dedica este libro, en reverente homenaje, el año del centenario,

Su bisnieto,

F. G. C.

París, Diciembre de 1912.

INTRODUCCION

NI LÍRICAS FRASES, ni gallardos sistemas, ni acentos de fervor tribunicio nos conmueven tan religiosamente como la emoción de la raza. Cuando sentimos que un grave pasado, que nimban doradas leyendas sostiene nuestra limitada individualidad, adquieren nuestros actos una significación trascendental. Colaboradores en el tiempo de una obra centenaria, agregamos afanosamente la obra propia a la herencia común. Por nosotros pasa una larga trepidación que viene de la tierra profunda. Repetimos la antigua leyenda, y del contacto del suelo nutricio donde duermen épicos abuelos, derivamos fuerzas de restauración o motivos de esperanza.

Estudiando la suntuosa historia del Perú en un libro devoto, hallé que el territorio materno era sólo fragmento de un mundo uniforme. En el subsuelo se juntaban las raíces imperiosas de árboles fraternales. Desde el siglo heroico de la conquista española una tenaz solidaridad agrupa a estas naciones semejantes: primero, la continuidad del régimen político; después la común inquietud y la batalla unánime por la libertad. En la perspectiva del continente, sólo difieren los pueblos afines por una originalidad provincial. Cuando un magno director de hombres domina el vasto escenario, reconstituyen las partes su antigua unidad, y del seno de la aparente discordia surge una vasta sinfonía. El patriotismo se une al americanismo en el nuevo mundo español. Si los antagonismos parciales oscurecen el pensamiento de las necesidades colectivas, disminuye la energía moral de la raza. En la inmensa caja sonora, notas hostiles disuelven el himno emersoniano de la Concordia

The foe long since in silence slept
alike the conqueror silent sleeps;
and Time the ruined bridge has swept
down the dark stream wich seaward creeps.

En la variedad de naciones desconcertadas, descubrimos una antigua armonía. Existe un continente, confederación sin pactos escritos, liga moral sin rudas sanciones, fatal congregación impuesta por el territorio y la raza. Trabajan contra la unión los hombres impotentes, consagran al odio piedras evocadoras; pero una presión formidable que llega de las tumbas subterráneas empuja a la raza anarquizada hacia la final agrupación. En el doliente crepúsculo de los Libertadores sólo la futura unidad consolaba sus ojos moribundos. Los grandes muertos tutelares reviven en nosotros y nos imponen, sobre provisionales disgregaciones, la visión del continente unificado.

Profesores de utopía, ambicionan para el antiguo mundo dividido esa imponente congregación de pueblos. Empero, Europa es solamente una expresión geográfica sin proyecciones morales. La historia es allí conflicto de hegemonías, tumulto de invasiones, hostilidad de credos, babélica diversidad de lenguas, complicación infinita de castas. Hallamos en Francia claro lenguaje, razón sutil, democracia niveladora, religión imperial, sonriente escepticismo; en Alemania, individualismo religioso que florece en activas sectas, feudalismo autoritario, lengua compleja y difusa, inquieto misticismo. La historia ha creado entre dos pueblos vecinos un antagonismo esencial. El mar circundante da a Inglaterra una hostilidad insular. Sólo la voluntad previsora de los políticos ha podido maridar el Austria teocrática y la Italia liberal.

Imitando el divorcio europeo, renuncian los americanos a la originalidad de su territorio y de su historia. En la Plata hallan la gravedad del problema balkánico; en el Pacífico, el conflicto ineludible de latinos y germanos. Si los Libertadores se comparaban perpetuamente con Napoleón y Washington y aspiraban a reproducir exóticas hazañas; si nuestros románticos se desesperaban a la manera byroniana; pretenden exasperar sus querellas los americanos, reflejando extranjeras divisiones o creando oposiciones artificiales. Los chilenos se consideran teutones por la voluntad. Pero ¿qué significa el germanismo sin Faustos desencantados, sin herencia mística, sin filosofías vastas y complicadas como catedrales góticas, sin propias ciencias ni orgullosa tradición de imperio? En armamentos, en barcos majestuosos, consumen mediocres presupuestos estas naciones imprevisoras. Construyen fervorosamente la paz armada, el equilibrio, buscan zonas de influencia en vecinos estados, cuando en el propio territorio inmensos desiertos reclaman una política creadora.

En frente del imperialismo vigilante, sólo la fusión de intereses complementarios puede dar a América la definitiva independencia. Roto el Istmo panameño, será el continente meridional un imponente bloque geográfico. Sobre esa base territorial se constituirá fácilmente la unión económica, intelectual y moral de pueblos solidarios. Comprendieron el beneficio de la unificación los más grandes caudillos, señores del caos: Rosas, Santa Cruz, Mosquera, Morazán. El dictador neroniano aspira a reconstruir el disuelto virreinato del Plata. Santa Cruz funde transitoriamente

los destinos homogéneos del Perú y Bolivia. Mosquera sueña con la Gran Colombia, cuya magnífica herencia se han dividido generales impíos. Morazán batalla hasta la muerte por la unidad centroamericana. Y Bolívar, guerrero vidente, comprende que, sin la unión, la autonomía es un don estéril y, después de ser el héroe magnífico de una Ilíada, se convierte en pacífico director de congresos de pueblos.

En América y en Europa, la historia exalta a los creadores de unidad: Cavour, Lincoln, Bismarck. Sobre las querellas dantescas de principados ambiciosos, levantó Cavour la fuerte unidad italiana. Cuando guerreaban los hombres del Norte y los hombres del Sur en pro y en contra de la esclavitud de una raza proscrita, Lincoln reunió a los Estados discordes y dio broncínea solidez a la obra washingtoniana. Bismarck fundó la hegemonía de Prusia y hundió en sangre enemiga, de la Francia elegante o del Austria señorial, las rudas columnas de una federación saludable. En todas partes, a la feudal división sucede la unidad moderna. Callan los exclusivismos locales ante la majestad de las fusiones realizadas. Como en la visión bíblica, al impulso de graves músicas, se juntan armoniosamente las piedras dispersas y forman el edificio futuro.

Nuestra edad organiza fuerzas aisladas en todos los órdenes del pensamiento y de la acción: la síntesis es su empeño tenaz. En la ciencia, no se satisface con análisis parciales; construye ambiciosas teorías, la evolución o la lucha darwiniana, y quiere encerrar el universo en fórmulas inflexibles. Las más extrañas disciplinas se confederan, y la filosofía sólo es, según la definición de Spencer, el saber completamente unificado. Grandes movimientos internacionales tienden a destruir las fronteras: el socialismo y el sindicalismo, las uniones de clases, los *trusts* del capitalismo feudal, desinteresadas agrupaciones científicas, florecen en un siglo hostil a la antigua división. Aspiran las razas a definir sus intereses y a conservar su unidad moral. Un libre imperio sajón, saludado por las olas sonoras de todos los océanos, es la más vasta construcción política de los tiempos modernos. Sólo nuestra América desconoce el universal beneficio de la unidad. Lucha contra la tierra y los muertos, sagradas presiones a que obedecen los pueblos vigorosos. Dentro de las repúblicas, combaten provincias y familias; en el Continente, se disputan los Estados el dominio ancestral. Antes de poblar las tristes soledades o de construir la fortuna nacional, ambicionan estas democracias agresivas el fraccionamiento atómico, la dispersión suicida o el caos final.

Cien años ha durado la obra disolvente de los patriotismos exacerbados. Mientras se formaba en el norte un coherente Estado tutelar, perpetuaban la inicial dispersión las naciones meridionales. El primer centenario de la libertad, pomposamente celebrado de Venezuela al Plata, impone una nueva actitud. Es la hora severa del examen de conciencia. En el horizonte indeciso, se percibe ya el negro vuelo de aves crepusculares. ¿Será el ocaso de la independencia conquistada, el término de una fraternidad eficaz? De las próximas direcciones de la política americana dependerá el futuro de

la raza. Ellas crearán un continente sobre el polvo de hostiles naciones o prepararán la final disgregación, trágicos colaboradores del desierto que aísla, de la cordillera que separa, de los instintos que aniquilan.

Este libro condena la enemistad artificial y renuncia a la utopía. Respeta los intereses creados, los límites centenarios y sugiere la formación de un continente armonioso. Traduce, en el orden moral, el imperativo geográfico. Aspira modestamente a continuar la obra de los que unificaron, con vigor formidable, la raza y la lengua, el derecho y la moral, la familia y la fe, el sistema político y el ideal necesario; de los Conquistadores y de los Libertadores, de los graves juristas y de los doctores minuciosos, de cuantos lucharon, con ardor quijotesco, a través de la hirsuta montaña, de los ríos violentos y de la planicie infinita, por la América, dueña y querida ideal.

Estudiamos primero la unificación en sus formas diversas: congresos americanos y asambleas que presiden los Estados Unidos; y analizamos dos grandes corrientes de acercamiento económico y moral: el panamericanismo y el paniberismo (Libro I). Una nueva raza, original, autónoma, crece en los territorios de ultramar: el americanismo es su firme ambición contra todas las influencias. Distinguimos esta fuerte tendencia de los excesos del espíritu nacional, agente de peligrosas divisiones (Libro II).

La América, celosa de su libertad política, no ha alcanzado aún la independencia intelectual y económica. Imita hasta el servilismo, endiosa al extranjero, olvida su actual originalidad. Sucesivamente, establecemos las bases de la autonomía en religión, en política, en educación, en literatura y arte (Libro III).

Surgen de nuestro examen conclusiones optimistas. No la vulgar satisfacción panglosiana, sino la precisa lección de Voltaire: cultivemos amorosamente nuestro jardín y hagamos de él un pequeño universo. El cielo clemente, la raza sutil, la libertad invencible, las riquezas de la tierra y de la piedra, de los bosques oscuros y de los ríos tumultuosos, constituyen un preciadísimo legado para la futura gente que levante frente al desierto millonarias ciudades fraternales.

LIBRO I

LA UNIFICACION

La INDEPENDENCIA fue, en América, un fenómeno de disgregación política. Al separarse rudamente de la metrópoli, rompen las colonias la antigua organización administrativa, el cuadro social. En vano guerrean juntos colombianos y chilenos, peruanos y argentinos: se adivina que será efímera esta solidaridad. Tumultuosamente se organizan naciones y se dividen provincias.

Y, sin embargo, al margen de esa frenética disolución, un terco movimiento hacia la unidad y la fraternidad, se traduce en importantes asambleas. Congresos latinoamericanos, conferencias panamericanas, ligas de pueblos, revelan que la tradición impone, a estas democracias anarquizadas, la congregación, quizá la unidad. Historiamos en este libro esos esfuerzos de unificación política.

Pero, no sólo se quiere reunir a naciones de raza, lengua y religión idénticas, sino que se pretende reconstruir, en el orden moral, la unión disuelta de España y de sus colonias de ultramar. El paniberismo se afana en fundar la "España mayor", análoga a aquella *Greater Britain* que es la imperial ambición de Mr. Chamberlain. Y concediendo a las vinculaciones geográficas mayor importancia que a la raza y a las tradiciones, ambicionan los Estados Unidos fundir a dos Américas bajo su cetro plutocrático. Estudiamos estas tendencias —paniberismo y panamericanismo— y establecemos los caracteres que dan a la América Latina frente a España y la República yanqui, evidente originalidad.

CAPITULO I

Los Congresos Latinoamericanos - Su historia. - La obra disolvente de dos guerras: la del Paraguay y la del Pacífico.

Desde los principios del siglo XIX, tienden a agruparse las informes repúblicas que batallan contra España. Las necesidades militares de la defensa imponen la unión política.

Ya, en 1810, el Directorio chileno proponía el establecimiento de una Confederación de los pueblos del Pacífico. En 1811, Venezuela y Chile aspiran a reunir ambos departamentos supremos, y la constitución de Chile de aquel año declara que los pueblos americanos deben aliarse para defender su seguridad exterior contra los proyectos de Europa y para evitar fratricidas guerras. El director chileno, O'Higgins, sugiere, en 1818, la idea de una confederación sudamericana.

En ese mismo año, afirma San Martín que la alianza y la federación perpetua de los pueblos de América les darán nueva estabilidad, y proclama la necesidad de un Congreso central en que figuren representantes de tres Estados: Perú, Chile y Buenos Aires. Firman Colombia y el Perú, en 1822, un tratado de íntima alianza y de amistad firme y constante que será la base de una futura congregación de pueblos. México y Colombia se unen por medio de análogo vínculo.

Las guerras de la Independencia fueron la revelación de una firme solidaridad americana. Un ejército argentino triunfa en Chile y contribuye a la libertad del Perú. Sucre, héroe colombiano, vence en Ayacucho. Bolívar, Libertador magno, avanza de Venezuela, su patria, a independizar naciones: el Ecuador, Colombia, el Perú y Bolivia. De Norte a Sur hermosa fraternidad, curioso intercambio de patrias, dan a los campos de batalla espléndida variedad de hombres. La conciencia de antiguos lazos, afirmados en estas gloriosas campañas de la libertad, suscita un sentimiento durable: el americanismo.

El Congreso de 1826, conferencia de plenipotenciarios en Panamá, expresó por vez primera esa tendencia. Bolívar, fundador de cinco repúblicas, quiso fundir a las naciones del Nuevo Mundo, creaciones de su genio guerrero y de su genio político, en una federación saludable. Era la formación de un nuevo sistema de pueblos, defendido contra el peligro de divisiones futuras por una asamblea permanente de plenipotenciarios que sirviera de "árbitro en los nuevos conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando surgieran dificultades" y que conciliara, en fin, las divergencias futuras entre Estados soberanos.

Bolívar solicitó de las flamantes democracias el envío de representantes a Panamá. Exclamaba, ante los resultados de la proyectada Asamblea: "¿qué será el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?".

Fueron invitados a la Conferencia México, Guatemala, Colombia, Buenos Aires y Chile. Inglaterra y los Países Bajos enviaron embajadores, y ofrecieron su concurso los Estados Unidos y el Brasil. Colombia indicó los caracteres esenciales del futuro acuerdo. No se limitaba la obra del nuevo Areópago a preparar convenciones comerciales y consulares: era necesario afirmar la unión de las repúblicas congregadas contra posibles ambiciones de España, formular las bases de un derecho de gentes americano, y confirmar las recientes declaraciones del presidente Monroe (1823) contra los proyectos de colonización en América.

El plenipotenciario peruano Vidaurre expuso, al inaugurar las sesiones del Congreso, los grandes lineamientos de la convención deseada. Le inquietaban ya el deseo de expansión de ciertos Estados "en detrimento de otros", el peligro de que la ambición de un hombre aspirara a "esclavizar a sus hermanos"; es decir, a través del lenguaje de la época, dos amenazas, el imperialismo en las relaciones internacionales, la anarquía en la política interior de los Estados. Anhelaba Vidaurre el advenimiento de una fraternidad ideal, unidad imprecisa contra la cual se revelarían pronto estos pueblos celosos de su reciente autonomía. "Formemos una familia, exclamaba el lírico embajador, concluyan los nombres que distinguen los países y sea general el de hermanos".

Difícil era formular, en una hora de romántico entusiasmo, deseos concretos. Amplio y generoso fue el tratado de unión, liga y confederación perpetua de las Repúblicas de Colombia, Centro América, Perú y Estados Unidos de México. Las altas partes contratantes pensaron en garantizar su existencia contra ataques de extranjeros; y, con tal fin, se comprometieron a auxiliarse mutuamente por medio de contingentes militares y marítimos, a recurrir a soluciones amistosas en sus disputas y a conceder los derechos y prerrogativas de sus nacionales a los ciudadanos de otras naciones americanas que se hubieran establecido en sus territorios. Las naciones confederadas se obligaban a renunciar al tráfico de esclavos y se garantizaban mutuamente la integridad de sus respectivos Estados.

Los ministros congregados en Panamá reconocen explícitamente la autonomía de las nuevas repúblicas. Declaran los artículos 28 y 29 del Tratado que la federación perpetua que fundan, no interrumpe ni interrumpirá jamás el ejercicio de la soberanía de cada uno de ellos en lo que se refiere a sus relaciones con potencias extrañas a la Confederación; y que, si alguna de las partes contratantes modificara esencialmente su forma de gobierno, sería excluida por este simple hecho del seno de esa congregación de pueblos, y "su gobierno no será reconocido ni ella admitida en dicha Confederación, sino por el voto unánime de todas las partes que la constituyen o constituyeran entonces".

La Asamblea de representantes de las naciones americanas debía reunirse cada dos años, para los fines siguientes: 1º negociar todos los tratados y demás actos que coloquen las relaciones de las altas partes contratantes sobre bases satisfactorias; 2º contribuir al mantenimiento de la paz y de una inalterable amistad, servir de consejero en los conflictos importantes, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados y conciliador en las divergencias que surgieran entre los Estados; 3º fomentar los hábitos de conciliación y de mediación entre las potencias aliadas y en las relaciones de éstas con naciones extrañas a la confederación; 4º concluir, durante las guerras comunes de las partes contratantes con potencias extrañas a la Confederación, aquellos tratados de alianza, subsidios y contingentes que aceleren su terminación.

Eran, en suma, votos platónicos en una hora grave de desunión, nobles ideales en frente de guerras prematuras. Sólo Colombia ratificó el Tratado. Conjurado el peligro de extrañas intervenciones, se desvanece la solidaridad americana. Domina a los nuevos gobiernos fraternales fuerte ambición de autonomía y aislamiento. La Gran Colombia se fracciona en tres Estados: Ecuador, Nueva Granada y Venezuela. Los generales de Bolívar olvidan el evangelio de unidad que éste predicó en medio de la discordia. No muere, sin embargo, la idea inicial. En 1846, el Gobierno del Perú, ante la amenaza de invasión y reconquista del Ecuador por España, propone a los siguientes Estados: Chile, Ecuador, Nueva Granada, México, Brasil y Estados Unidos, la reunión de nuevo Congreso. La asamblea había de tener un programa más amplio que el primero, de Panamá: en ella se congregaría la América toda como una sola familia *.

Las ideas fundamentales en esta segunda Asamblea no difieren de las de la primera, reunida por Bolívar: integridad territorial e independencia política de los Estados confederados; alianza defensiva contra cualquier agresión de potencias extranjeras; unificación del derecho de gentes americano; confirmación del *uti possidetis* de 1810 y 1824 que fija las fronteras de las nuevas repúblicas; solidaridad en la represión de la anarquía interior; defensa del régimen democrático, abolición de la esclavitud, ideal fraternidad. Bolivia, Chile, el Ecuador, Nueva Granada y el Perú asistieron a la Conferencia de 1847. Reconocieron estas naciones en el tratado, que "las Repúblicas americanas, ligadas por el vínculo del origen, el idioma, la religión y las construmbres, por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones, y, sobre todo, por sus comunes necesidades y recíprocos intereses, no pueden considerarse sino como partes de una misma nación".

Resolvieron los plenipotenciarios reunidos en Lima, como los que se congregaron en Panamá, que un Congreso formado por los ministros de

* Desde 1832, pretendió el gobierno mexicano instaurar un Congreso en Cuba. En 1838, el Perú, dócil al pensamiento de Bolívar, quiso reunir una Asamblea americana. Fracasó su empeño y, entre otros países, Chile se negó a enviar delegados a aquella.

los Estados contratantes se reuniera cada tres años o más a menudo, en sesión extraordinaria. El patriotismo celoso de estas naciones creyó hallar peligro para su autonomía en la permanencia de ese Congreso pacífico. Se le llamó "Asamblea" para no confundirlo con los congresos nacionales. Sus atribuciones, muy restringidas, consistían especialmente en la interpretación de los tratados que las potencias confederadas podían concluir entre ellas y en el derecho de intervención benévola en los futuros conflictos, a fin de proponer medidas conciliadoras. En suma, se fundaba así un *Poder Moral,* especie de Consejo anfictiónico, ineficaz y solemne, en la evolución americana.

Distingue, sin embargo, a esta conferencia, una tentativa práctica: "los productos naturales o manufacturados de cualquiera de las Repúblicas confederadas, dice la Convención, que en buques de una se introduzcan en otra de las mismas Repúblicas en que sean de lícito comercio, sólo pagarán la tercera parte de los derechos de importación impuestos a los mismos productos cuando pertenezcan a otra nación extranjera".

Así se establecía un *zollverein* sudamericano. La unidad platónica de las discusiones entre diplomáticos se convertía en unidad efectiva, obra de intereses solidarios. Medio siglo más tarde, el secretario de Estado norteamericano, Mr. Blaine, adoptaba dicho plan, necesario antecedente del panamericanismo.

Pero no llegaron a Lima, en 1849, a ratificar el tratado, los emisarios esperados de las naciones de América. Y otra vez, en 1856, el Perú, tradicional cruzado de estos idealismos generosos, convocó a nueva Asamblea. Sólo Chile, el Ecuador y el Perú firmaron entonces una convención que se denominó irónicamente "continental".

Era más sencilla que anteriores tratados. Establecía, con mayor precisión que éstos, el derecho de cada pueblo a conservar su autonomía y la integridad de su territorio; concedía a los ciudadanos de cada uno de los países que el tratado agrupaba, el derecho de gozar en el territorio de los otros a él vinculados, de los mismos derechos concedidos a los nacionales, con toda la latitud establecida por la constitución del Estado.

La Conferencia de 1856, suscitó la protesta de las repúblicas del Plata. Frente a la tradición unitaria, levantó Buenos Aires su propio ideal irreductible. "La América independiente, escribía el ministro Elizalde, es una entidad política que no existe ni es posible constituir por combinaciones diplomáticas. La América conteniendo naciones independientes con necesidades y medios de gobierno propios, no puede nunca formar una sola entidad política". La Argentina tenía ya conciencia de las ventajas de su situación geográfica: de Europa había de recibir capitales y hombres. Sentía a sus puertas el rumor del tumulto inmigratorio y pensaba que existen "más vínculos, más intereses, más armonía entre las repúblicas americanas de origen español con Europa, que entre ellas mismas". No teme a las agresiones de los pueblos monárquicos. En el orden internacional, se propone "evitar el antagonismo con los gobiernos y los pueblos

de Europa y atraer, por el contrario, todas las fuerzas y elementos que pueda para desenvolver nuestros medios de prosperidad y poder fomentar y consolidar la reconstrucción de las nacionalidades de América que imprudentemente se han dividido y subdividido, no ponerse en oposición de *(sic)* otros gobiernos porque no aceptan nuestra forma de gobierno; buscar la armonía con los Estados Unidos lejos de excluirlos y ponerse en distancia con ellos *(sic);* resistir a toda agresión a cualquiera de los Estados americanos para conquistarlos, y anular la forma de gobierno republicano; abandonar la idea de un Congreso americano imposible e inútil, y celebrar más bien tratados de alianza para la defensa o seguridad comunes".

En frente de la ambición colombiana de congresos platónicos, hallamos la creencia argentina en la utilidad de las alianzas, como de cara al generoso idealismo de Bolívar se distinguió San Martín por la visión concreta y limitada de sus talentos guerreros. Ni en 1856 ni hoy, es la América un continente unificado. Desierto, tierras ignotas, fatalidades geográficas separan a los pueblos. Imponer la unidad política a dispersas naciones sin crear intereses, sin vincular territorios, sin reconstruir naciones estérilmente divididas, era un designio utópico.

Pero la eficacia que atribuimos a un ideal es la primera etapa de su realización; la fe que en él se tiene es virtualidad creadora. El escepticismo de los políticos argentinos amenazaba destruir el noble americanismo de los Libertadores. Así observaba melancólicamente el ministro peruano: "es esta la primera vez, después de nuestra gran Revolución, que se levanta la voz de un Gobierno contestando lo que para los americanos ha venido a ser un principio y un dogma en que se fundan las glorias de su pasado, su esperanza en el porvenir y su fraternidad en todo tiempo". Olvidaba la Argentina que San Martín fue el héroe de la solidaridad continental. Decía el representante del Perú en enérgicas frases: "Ella (la República Argentina) fue el primer soldado de la independencia de América; y si hoy, cuando en la proximidad del peligro se buscan los medios de prevenirlo, prefiere desertar negando la base principal de su grandeza, no viendo en ella sino un conjunto de nacionalidades con intereses aislados y diversos, no se puede olvidar, sin mengua de su merecido renombre, que fue también la primera en reconocerla, por el órgano de sus más grandes ciudadanos, en su potente unidad, y en sacrificar sus tesoros y su sangre".

Pronto, condenando el optimismo platense dos conflictos sucesivos —la expedición de los filibusteros de Walker contra Nicaragua y la intervención de España, en 1864, contra Chile y el Perú— revelaron que existían, para la América, comunes amenazas. Ante éstas, fue otra vez estrecha la unión de los pueblos neo-españoles. En Washington protestaron sus ministros contra la agresión de Walker, ciudadano de Norteamérica. Nueva Granada, Guatemala, el Salvador, Costa Rica, México, el Perú y Venezuela firmaron un pacto de alianza, oponiendo así el americanismo latino al panamericanismo yanqui. Renunciaban a la inaceptable tutela de los Estados Unidos, condenaban su política disolvente. Dijo entonces la legación de Guatemala:

"se ha tratado de generalizar en estos Estados la idea peregrina de que la felicidad de los pueblos de todo el Continente de ambas Américas depende de su sujeción a esta República, sosteniendo que el *destino evidente* de ella es uniformar a sus principios e intereses los principios e intereses de todas las demás".

En 1864, invitó el Perú a las naciones americanas a un nuevo Congreso a fin de dar al Continente «una fisonomía particular». No eran nuevas las proposiciones sometidas a esta Asamblea: formar una familia de naciones; mantener la integridad de sus territorios, oponerse a la dominación extranjera; discutir cuestiones prácticas: convenciones comerciales y postales, curso legal de la moneda, cambio de productos. Se atenúa la creencia histórica en la misión de las democracias: un ministro reconoce, en el seno de la Conferencia, que la libertad no es desconocida ni bajo la monarquía ni bajo la república; y que se goza de ella lo mismo en la Inglaterra monárquica que en la más avanzada de las repúblicas. Se busca afanosamente la fecunda amistad europea. Inquieta a todos la natural preponderancia de un poder vecino. Va definiéndose la política del norte sajón y, ante su firme avance, pierden los estadistas americanos el entusiasmo de 1826.

Reunió el Congreso a hombres eminentes: un jurisconsulto peruano, Paz Soldán; Manuel Montt, fundador de un partido político y presidente de Chile; Antonio Leocadio Guzmán, político liberal de grande influencia en Venezuela; en fin, Sarmiento, potente director de la democracia argentina. El peligro español da un prestigio trágico a las deliberaciones de la Asamblea. Unánimemente rechazan los ministros las reclamaciones de España. Como en los tiempos de la gran Revolución, se robustecen los vínculos internacionales, y una alianza de Colombia, el Perú, el Ecuador, Venezuela, El Salvador, Bolivia y Chile para defender la propia forma política y la integridad territorial es la final decisión de esa imponente congregación de pueblos.

Después, en 1880, en 1881, en 1883, en Panamá, en Washington, en Caracas, se quiere reunir a la América. ¡Estéril empeño! Serán panamericanos los futuros congresos. Los presidirá la República yanqui, en quien reconocen las sumisas democracias del Sur el *alma mater* de sus deliberaciones y de sus acuerdos. Al margen de estas juntas platónicas, persisten en su obra los congresos americanos: una reunión de juristas, primero en Lima, en 1877, después, en Montevideo, en 1889, tiende a unificar el derecho. Posteriores conferencias científicas, brillantes asambleas de estudiantes universitarios, continúan la tarea iniciada en las antiguas citas fraternales.

Dos guerras han debilitado el impulso unitario. Conflictos entre pueblos semejantes, terribles querellas de hermanos, según la sentencia de Eurípides, han dividido en el Plata y en el Pacífico a naciones unidas por la historia y por la raza. La guerra del Paraguay (1865-1870) exacerbó el sentimiento patriótico de ese pequeño pueblo espartano y preparó el futuro divorcio entre el Brasil y la Argentina, entre la Argentina y la República

Oriental. Como se agitan los pueblos balkánicos bajo la codicia imperialista de Austria y de Rusia, allí, a orillas del río platense, el Paraguay y el Uruguay sienten amenazada su autonomía por dos fuertes naciones expansivas, la Argentina y el Brasil.

A este "problema oriental" se une el inconcluso debate del Pacífico. Si las potencias que vencieron al Paraguay (el Uruguay, el Brasil y la Argentina) respetaron, en parte, la integridad territorial del pueblo vencido, Chile, victorioso en la querella con Bolivia y el Perú, impuso la desmembración de las naciones derrotadas. Era la conquista, irónica respuesta a las asambleas fraternales. La larga protesta de las naciones mutiladas, la violencia del pueblo usurpador, han agitado durante treinta años a los pueblos del occidente americano.

Hoy parece que una lenta pátina va cubriendo las enhiestas columnas de odio. Al grave silencio, a la inquietud belicosa, ha sucedido el sabio pensamiento de una "entente". Al mismo tiempo, se estrechan las relaciones entre Brasil y la Argentina, entre la República Oriental y sus vecinos poderosos; y en el oeste de América, los pueblos fatigados se preparan a resolver cuestiones siempre palpitantes. Creen, como Goethe, que es necesario marchar adelante "por encima de las tumbas", y dóciles a tantas presiones uniformes de la religión, de la lengua y de la raza, construyen penosamente la unidad futura.

CAPITULO II

Panamericanismo y Paniberismo

Cerrado el ciclo de las asambleas continentales, inician los Estados Unidos una política panamericana. Reúnen en congresos periódicos a las discordes naciones del Sud.

No buscaron siempre los yanquis la unión política y moral con los pueblos de origen ibérico. Una confederación de las colonias inglesas y españolas fue, en 1809, el ideal de sus políticos. Pensaron en acoger a los diputados americanos en el parlamento, apenas hubieran proclamado las rebeldes colonias su independencia.

Después de aquella amistosa invitación, sólo hallamos reserva e indiferencia. Enemigos de toda alianza según la tradición washingtoniana, no se apresuraron los norteamericanos a reconocer la independencia de las repúblicas españolas. Siguieron con prudente simpatía la evolución liberal de estos Estados. Sólo en 1822 se dignaron reconocer la autonomía de Colombia, de Chile, del Perú, de las provincias del Plata y de México. Francia

contribuía a la independencia norteamericana con legiones afortunadas: ningún auxilio de dinero ni de hombres recibieron de la gran República los "hermanos del Sud".

Discutió aquélla largamente sobre las ventajas posibles que derivaría de su asistencia al congreso de Panamá. Designó representantes que no figuraron en la asamblea. En el gran conflicto entre americanos y españoles, afirmaba el gobierno neo-sajón su neutralidad. El presidente Monroe había condenado la política reaccionaria de la Santa Alianza; pero tampoco olvidaron sus sucesores el aspecto utilitario de la gran querella entre la América republicana y la Europa teocrática. Denunciaron los privilegios comerciales que pudieran conceder a las naciones europeas las flamantes repúblicas. "El cambio de un vecindario de colonos insignificantes por naciones soberanas e independientes, ha sido acogido por nosotros por un sentimiento de protección", declaraba ya el imperialismo previsor.

El Congreso reunido por Bolívar inquieta a los norteamericanos. Puede ser el germen de una gran federación; y ante esa formidable expectativa, precisan que la Asamblea es "puramente diplomática", sin que pueda revestirse de carácter legislativo. "La palabra Congreso —escribía un ministro—, es superfluo observarlo, no debe por ningún motivo ser tomada aquí en el sentido en que se toma respecto a Asambleas políticas de índole diferente". Sobre divididas naciones, era más fácil el señorío de un pueblo orgulloso que aspiraba, en el Nuevo Mundo, a la hegemonía.

Después de 1826, fueron invitados los Estados Unidos a los Congresos del Sud: se inclinaban las nuevas naciones ante la fuerza de su expansión política y sus altas enseñanzas de progreso democrático. Eran los "amigos sinceros e ilustrados" de que hablaba a Bolívar, Santander, presidente de Colombia. No dirigían todavía las discusiones en las asambleas, ni imponían su ideal. Los ocupaba el desarrollo de su propia nacionalidad: conquistan el desierto, defienden la libertad contra la esclavitud, dirigen la corriente inmigratoria, fundan industrias y ciudades. Los Estados Unidos no quieren imponer su autoridad a las democracias ibéricas: "no teniendo éstas viejos prejuicios que combatir —decían entonces los norteamericanos—, ni usos establecidos que modificar, ni códigos de guerra y de comercio que rehacer, gozan de una libertad absoluta para consultar la experiencia del mundo entero y adoptar sin parcialidad principios capaces de darles seguridad y felicidad, y de garantizarles la paz".

El primer Congreso panamericano se reunió en Washington, en 1889. Fue la gran obra política de Mr. Blaine, el célebre político de perfil cesáreo y ambición imperial. La guerra del Pacífico había arrebatado provincias al Perú y a Bolivia, y la República sajona quiso, en aquella hora trágica, ofrecer un principio de armonía al Continente dividido. Representó esta Asamblea, mejor que anteriores congresos a las tres Américas, de México a Buenos Aires, bajo la dirección moral de la nación protectora. En su discurso, formuló el secretario de Estado Blaine los principios que debían presidir a la unión de las democracias americanas. El idealismo sonoro de otras reu-

niones adquiere entonces precisión, firmeza y eficacia. Con excepción de Chile, aprueba América las conclusiones del proyecto de Mr. Blaine: todo principio de conquista queda excluido del derecho público americano mientras conserve su fuerza el Tratado general de arbitramento; serán nulas las cesiones de territorio que se hicieren mientras dure ese Tratado; si se efectuaren bajo la amenaza de guerra o como consecuencia de la presión ejercida por la fuerza armada, la nación obligada a tal cesión de territorio, tendrá derecho a exigir que se decida, por arbitramento, de su validez; carece de eficacia la renuncia a recurrir a ese medio pacífico, hecha en las mismas condiciones de violencia armada.

Sancionaba así el Congreso graves principios de derecho: el arbitramento, la independencia y la integridad nacionales. Al mismo tiempo, el sentido práctico de los hombres del Norte impuso la adopción de medidas utilitarias: el canal de Panamá, el ferrocarril panamericano... Desde 1889, eran las compañías de navegación importantes factores en el plan unificador de la política septentrional. Al monroísmo tradicional se agregaba, como eficaz corolario, el monroísmo económico. Se creó en Washington un *Bureau* de las Repúblicas iberas, con la misión de propagar, por todo el Continente, el nuevo evangelio del panamericanismo. Ha inquietado a nuestras democracias este órgano administrativo, que parece ser una creación imperialista, una oficina centralizadora, como el Ministerio de las Colonias, en la obra de Mr. Chamberlain.

En aquel Congreso de tendencias unitarias, definieron su ideal los americanos del Sud. A la fórmula yanqui: "la América para los americanos", opuso el ministro Sáenz Peña, hoy presidente de la democracia argentina, una nueva y más vasta ambición: "la América para la Humanidad". Fiel a sus tradiciones, defendía una vez más la Argentina la influencia europea contra los proyectos de federación continental.

Nuevos congresos panamericanos, el de México en 1902, el de Río de Janeiro en 1906, el de Buenos Aires en 1910, no presentan el mismo interés moral de la primera asamblea. Confiesan públicamente su entusiasmo las naciones ibéricas; su espíritu fraternal la república yanqui. Votos platónicos suceden a inútiles promesas. Empero, no avanza la fusión deseada de sajones y latinos. En Buenos Aires, denunció un delegado antillano, Américo Lugo, la expansión del Norte. En revistas y diarios, elocuentes pensadores condenaron a esas juntas retóricas que predicaban unión mientras la ambición sajona desmembraba Panamá, agitaba a Nicaragua y amenazaba a México.

Nuevas formas de la política norteamericana exigen minucioso examen. La tradición del partido democrático que gobierna hoy en la república sajona, puede enervar el fuerte avance imperialista. Mas, en virtud de la solidaridad que une a las generaciones, ni renunciará el flamante régimen al legado colonial del partido republicano, ni abandonará sus privilegios comerciales. Férreos vínculos atan lo presente a lo pasado. Poder engendra deber, según la sutil observación de un moralista, Guyau, y el exceso de la

fuerza adquirida impone a los Estados del norte una posición tutelar en el Nuevo Mundo. Son cruzados de la utilidad, misioneros de la cultura.

En la audaz proposición de un senador, Mr. Lodge, se estrecha el histórico sentido del monroísmo. La República del Norte considera agresiva a su soberanía la adquisición de tierras al Sud del Río Grande por sociedades europeas. Es la extensión de la enmienda Platt al nuevo mundo español. En los códigos que respetan el *jus utendi et abutendi* de los romanos, agregarán los legisladores un artículo parental: se prohíbe disponer de la propiedad en favor de sociedades extranjeras. Se limita así un derecho bajo la presión yanqui. Al mismo tiempo, gozan en el Canal de Panamá de ventajas comerciales los buques norteamericanos, y ello restringe la libertad comercial de los pueblos del Pacífico. ¿No podrá una futura declaración señalar el monto de los capitales europeos que puedan ingresar a cada república o determinar la importancia numérica de la corriente inmigratoria? Sucesivamente, se impondrá así a pueblos libres una dura tutela. A la presión moral se sustituye un catecismo imperativo.

Para alejar los recelos que en el Sud amenazado engendra la expansión yanqui, un brillante diplomático colombiano, el señor Pérez Triana, sugiere, en manifiesto a los pueblos de América, la ampliación de la doctrina de Monroe. Le inquieta el imperialismo de las grandes potencias europeas que se dividen Trípoli y Marruecos y fundan colonias en lejanos continentes. Condena la "recrudescencia del instinto predatorio". Agotados los dominios repartibles en Asia y Africa, avanzarán a América los pueblos colonizadores. ¿Qué los detiene hoy? Aquella histórica doctrina, "don que las nacientes nacionalidades encontraron en la cuna de sus libertades recién conquistadas". Pero los Estados Unidos se han convertido también en potencia imperial. En Cuba, en Nicaragua, en Panamá, en Puerto Rico, han constituido dominios sujetos a tutela. A la inquietud sudamericana o al odio tropical, propone el señor Pérez Triana la aceptación del tradicional monroísmo. La potencia sajona y las repúblicas de América, congregadas en asamblea propicia, declararán pomposamente que "la conquista quedará definitivamente proscrita del Continente americano".

No atribuyamos a las promesas escritas un sentido trascendental. También ofrecieron los Estados Unidos no inmiscuirse en negocios europeos, desde 1823, y el imponente desarrollo de sus intereses comerciales les obligaron, a fines del siglo, a repudiar aquella declaración puritana. Contra las realidades creadas por la fuerza o la formidable expansión de pueblos densos, nada significan los textos precisos de congresos fraternales. Declaran las naciones europeas que mantendrán el *statu quo* territorial en los Balkanes, y una guerra victoriosa anula hoy estos aventurados propósitos. La neutralidad de Bélgica, que garantiza pactos solemnes, se halla amenazada por el progreso alemán, y la nación protegida funda en legiones aguerridas su futura autonomía. Si se dirigiera a las tierras americanas, el voraz imperialismo europeo hallaría pueblos indomables. La experiencia enseña al Viejo Mundo que ninguna expedición de conquista pudo vencer, en ultra-

mar, la resistencia patriótica: ni ingleses y franceses coaligados derribaron a Rosas, ni la expedición española impuso al Perú y Chile la voluntad metropolitana, y en México el imperio napoleónico se hundió en un crepúsculo de sangre. En Africa hallan las potencias colonizadoras tribus errantes; en Asia, imperios caducos; en América, encuentran pueblos cristianos que se organizan. Allí la imperiosa acción de la tierra crea un celoso nacionalismo.

Un eminente historiador brasileño, el señor de Oliveira Lima, insinúa una política más útil que el generoso idealismo del señor Pérez Triana. En un gran banquete neoyorquino, consideró la educación como agente de panamericanismo eficaz. "Toda soberanía debe evidentemente ser respetada —dice;— pero es necesario también que ella merezca ese respeto. Las naciones no pueden ocupar el mismo rango si representan unas el más alto grado de civilización, mientras que otras ocupan un lugar más bajo". La cultura nivelará a los pueblos de ultramar; la cultura y la riqueza podrá decirse, como fuerzas solidarias. Se formaría así una confederación ideal en la que ingresarían sucesivamente los pueblos en progreso. Los primeros Estados de esta liga continental, la Argentina, y el Brasil, se unirían a la República norteamericana para una alta misión pedagógica: impedirían las guerras aniquiladoras, fecundarían con el oro nacional los vecinos territorios, enviarían maestros a sus escuelas e instructores a sus ejércitos.

Si se limitaran los Estados Unidos a evitar guerras, a transformar el Continente con la acción expansiva de sus bancos y la audacia frenética de sus aventureros, sería civilizadora su influencia.

Pero ¿cómo exigir de un pueblo dominado por activas plutocracias esa alta función jurídica? * La ambición conquistadora se sustituye a la fraternal vigilancia, y los congresos de las dos Américas recordarán pronto a esas asambleas sajonas donde las colonias discuten con la metrópoli los grandes intereses del imperio.

En el orden económico, conviene a los iberoamericanos la influencia del Norte. El canal de Panamá que dará a Nueva York y a Nueva Orleáns privilegiada situación comercial, acercará meridionales repúblicas sin capital propio a una gran nación pletórica de riqueza. Los norteamericanos han transformado Cuba y Panamá: obras de progreso material, higiene, orden financiero surgen repentinamente en la tierra discorde e insalubre. No les satisface la preponderancia: ambicionan el monopolio, y esa severa dependencia encierra el más grave peligro para las débiles naciones del Sud. La autonomía es un nombre vano, *flatus vocis,* si por convenciones estrechas como un anillo de hierro, los productos agrícolas de América van a los Estados Unidos solamente, y de ellos reciben las vastas tierras del Sud mercaderías y capitales que hoy les envían sajones, alemanes y franceses.

* En mi libro *Les Démocraties Latines de l'Amérique* (Paris 1912) he estudiado la oposición entre Estados Unidos y la América Latina y el desarrollo del imperialismo norteamericano (pp. 275 y sigtes).

En el dominio intelectual nunca alcanzaron primacía entre los hispanoamericanos, las escuelas y los maestros del Norte. Cuando se transforma el régimen de las prisiones en el Perú se piden modelos a los Estados Unidos; cuando Sarmiento quiere multiplicar escuelas contra la barbarie impuesta por Rosas, estudia el desarrollo de la instrucción popular en la democracia sajona. Pero, las grandes corrientes intelectuales llegan a América de España y de Francia, alguna vez de Inglaterra. La inquietud religiosa, el idealismo bostoniano, la formación de admirables universidades —el espectáculo de esa otra América sajona desdeñosa del violento materialismo y de la inmoral codicia de los hombres prácticos— es ignorado en el Sud latino.

Políticamente, ha sido funesto el ejemplo de los Estados Unidos para estas incipientes democracias. Explicando la grandeza de la república sajona por el carácter de sus instituciones, se apresuraron a imitar su constitución federal, análoga, escribe Tocqueville, "a esas hermosas creaciones de la industria humana, que colman de bienes a sus inventores pero que son estériles en otras manos" * Atribuyeron a las ideas políticas, a las constituciones, una acción misteriosa, olvidando que existe para el genio de cada raza un sistema adecuado de gobierno; que las formas políticas, las religiones y las lenguas son creaciones del espíritu de los pueblos. Ya, en 1823, un diputado de los primeros congresos mexicanos, el padre Mier, se oponía a semejante imitación del gobierno norteamericano. "El federalismo, decía, es un medio de unir lo que está desunido: en los Estados Unidos toda la historia colonial exigía el pacto federal, aquí (en México), sería desunir lo unido". Bolívar, Libertador de América, condenaba este sistema que llamaba *anarquía organizada.*

Al inspirarse en instituciones extranjeras, se cambió radicalmente su espíritu. En Norteamérica, poseen los Estados que constituirán una república, privilegios y cartas políticas. Se unen en libre federación, realizan un pacto social. En la América del Sud, las provincias que acaban de conquistar su autonomía, no aceptan entre sí lazos políticos, un contrato. Organizan el federalismo dentro de cada Estado; conceden a las provincias de que se componen las repúblicas un congreso, un presidente. Es una federación invertida que multiplica la anarquía por el número de Estados y aniquila el poder central. En los Estados Unidos, síntesis, creación de fuerzas nuevas; en las democracias latinas, división excesiva y despilfarro de fuerzas.

Geográficamente, es el panamericanismo una ficción que da a la vecindad territorial una significación trascendente y desdeña todos los antagonismos de raza y religión, lengua y tradiciones. Si ha sido nefasta la influencia de su sistema político, su acción futura encerrada dentro de límites precisos, puede transformar al continente meridional. Densos, ricos, poderosos, aspiran a una hegemonía incontrastable. Respetuosos del sentimiento nacional de las repúblicas vecinas, habrían completado la tarea impuesta por

* *La Démocratie en Amérique.* París, 1835. Tome I. p. 259.

el monroísmo: después de defender a inseguras democracias contra la Europa coaligada, las salvarían de las miserias de su pasado y de las angustias de un larga gestación.

La nación sajona pretende ejercer en el mundo una función pacificadora. Extiende más allá del océano el vínculo federal, en que es libre el concurso y plena la autonomía de los pueblos congregados. Tal es su ideal, según lo ha expresado un antiguo embajador, Mr. Hill: la formación de un Gran Estado internacional donde ella imponga la "paz americana" por la justicia, como fundaron los romanos otra larga paz por medio de la fuerza. El mismo Roosevelt, profesor de imperialismo, evita una guerra europea en Algeciras y sella el acuerdo de dos naciones enemigas —rusos y japoneses—, en Portsmouth.

Dentro del Continente, este alto arbitraje se opondría a fraternales conflictos. En el Sur, a donde no llega la ambición territorial de la democracia expansiva, tal ministerio de paz contribuiría al progreso común. Un escritor uruguayo, Luis Alberto de Herrera, aconseja a los orientales amenazados por el Brasil y la Argentina que pidan a los Estados Unidos mediación aquietadora. Cuando en el Pacífico iba a estallar una guerra entre el Perú y el Ecuador, la intervención de la república maternal evita aquel funesto desgarramiento. Al mantener el *statu quo* territorial, al afirmar vínculos tradicionales entre pueblos semejantes, al condenar hegemonías peligrosas, merecerá la actitud norteamericana la aprobación de un mundo propenso a la discordia.

Critican, sin embargo, la mediación de los Estados Unidos aquellos pueblos fuertes del Continente meridional que sueñan con futuras conquistas. Es conocida la hostilidad chilena contra la nación tutelar. Pero si el monroísmo desconoce posibles invasiones de Europa en el nuevo mundo español, ¿por qué había de tolerar la agresiva campaña de las repúblicas poderosas contra las débiles en los mismos territorios que defiende de exóticas codicias?

Cierto es que la nación protectora adquiere colonias, domina en el mar Caribe y practica un rudo imperialismo comercial. Sólo en Panamá se detiene su práctico avance. No puede negarse sin embargo que, al Sud del Istmo, son desinteresadas sus intervenciones pacificadoras. En vez de estimular divisiones, base de su futura dominación, aconseja o impone la paz. Contribuye de esa manera a la formación de fuertes democracias, de definitiva conciencia nacional. La política maquiavélica dice a los Estados Unidos que han de dividir para reinar: de Panamá al Plata, ellos unen y civilizan.

Si aceptamos la hidalga mediación entre pueblos enemigos, condenamos dentro de ciertos límites la intervención en los negocios internos de las repúblicas revolucionarias. La primera corresponde a generosas tradiciones del derecho internacional; la segunda ataca la inviolable soberanía de los Estados. Tal es la acción de la Enmienda Platt en la constitución cubana. ¿No es contradictoria la independencia obediente a extranjera tutela? Sin ejercer

coacción política, pueden los Estados Unidos usar de su autoridad moral en provecho de naciones desconcertadas. Representan la opinión internacional en una de sus más altas manifestaciones, y ante esa oscura presión cedería pronto la anarquía meridional. Se ha dicho que pretenden declarar que no reconocerán gobiernos creados por revoluciones ni aceptarán tiranías. Tan enérgica decisión, de ser sincera, traería para las democracias del Sud orden, cultura y progreso material.

El rebelde individualismo de las repúblicas no acepta semejante función pedagógica. Quiere plena autonomía, aunque de ella se deriven la disolución y el caos. Pero, robusteciendo la paz, ponen los sajones los definitivos fundamentos de la grandeza sudamericana. Su intervención se efectuaría en nombre del porvenir, y sería desinteresada, armoniosa, educadora. La temerán los caudillos voraces, pero la aclamarán los pueblos laboriosos. Mientras los Estados Unidos se limiten a educar en el Sud, este imperialismo que sirve a la cultura acercará a las democracias americanas en el más bello de los esfuerzos solidarios.

No será peligrosa la influencia neosajona, si el continente español busca afanosamente el equilibrio de todas las influencias civilizadoras. Contra agresiones del Norte, el oro y la gente de Europa; contra el Viejo Mundo agresivo, la intangible doctrina de Monroe. Colonias "sin bandera" que transformen la raza y se opongan al monopolio yanqui; capitanes de industria que traigan de los Estados Unidos el capital fecundante y luchen contra el banquero de Londres y el exportador de Hamburgo. Mientras se empeñan estas útiles batallas podrán las informes democracias unirse, armarse y rechazar el ataque de todos los imperialismos.

El panamericanismo tiene una significación territorial; sírvenle de base la casualidad geográfica y los provechos comerciales. El paniberismo es una tendencia de raza. Restaura antiguos vínculos morales oxidados por el tiempo. Congrega a Europa y a las repúblicas de ultramar en una federación ideal.

Tal fusión no pudo realizarse antes de que se olvidaran audaces expediciones de reconquista. Pareja y Mazaredo llevaron en 1866, al Perú y a Chile, el altanero mensaje de la metrópoli, y confirmó entonces su independencia la América como triunfaron dos veces los Estados Unidos de Inglaterra, en 1776 y en 1812. Mientras fueron Cuba y Puerto Rico colonias españolas, la fraternidad ibérica parecía un sarcasmo. Un Congreso reunido en Madrid, en 1890, definió, sin embargo, los ideales de esta nueva corriente internacional. Alejada España de América en el orden político, se inicia, en el orden moral, el acercamiento.

Nobles profesores, Leopoldo Alas, Altamira, Unamuno, Posada, contribuyen eficazmente a dicho movimiento. El viaje de Menéndez Pidal a América, en 1905, la odisea de Altamira, de Buenos Aires a México en 1909, la presencia de una Infanta española en las fiestas del centenario argentino, el fervor tribunicio de Blasco Ibáñez —un grupo de maestros, de conquistadores espirituales, que atraviesa el Océano en busca de América, perpetuo

Dorado de la ambición castellana—, revelan que España renuncia a su aislamiento.

Un largo esfuerzo ha consagrado a la citada tarea fraternal el gran maestro de Oviedo, Rafael Altamira. Noble ejemplar de la raza castellana, apóstol por la fisonomía tolstoyana, el acento y la actitud, expresa en libros y conferencias su tenaz esperanza. Una obra de generosa elocuencia, *España en América,* * resume sus trabajos en favor del Nuevo Mundo. Reconoce el profesor asturiano, la útil influencia dentro de la península de los españoles que vuelven de América. Son "una fuerza real" llena del "espíritu progresivo que traen de las tierras de América". Demuestra las ventajas de un acercamiento intelectual entre las democracias ibéricas, dice su inquietud ante la creciente influencia norteamericana. El también ambiciona renovar el espíritu de las universidades peninsulares para que la juventud de América se congregue en los claustros españoles a escuchar lecciones de sabiduría.

Altamira y sus compañeros ambicionan análogo destino para los pueblos de origen español.

Todas las tradiciones llevan a España hacia el Nuevo Mundo, donde ha dejado además huellas de su genio en las costumbres, en las ciudades y en las leyes. Han caído las columnas de Hércules y continúa el éxodo de los iberos a ultramar. La afinidad de raza es más fuerte que el océano y la diversidad de régimen político. Nuevas Españas divididas, heroicas, señoriales y quijotescas, perpetúan más allá del océano, la altivez española. Hacia ella van, tenaces emigrantes, los vascos, y fundan colonias prósperas. Diríase que España va a curar su anquilosis en América

Para las democracias que ella fundó en un vasto continente, volver a España y Portugal es defender la propia tradición, y alejar las fronteras del pasado. Privada de esta secular perspectiva, sería mediocre e inexplicable la historia americana. El pasado lleno de riquezas espirituales une a ambos mundos españoles.

Y, sin embargo, el paniberismo no puede ser una fuerza unificadora. Contrasta con el esfuerzo de una minoría intelectual, la ignorancia del pueblo español en los asuntos ultramarinos. El indiano es un personaje de zarzuela. En vano vuelven pletóricos de oro los emigrantes: la nación desdeña a aquellas antiguas colonias que oponen su abundancia de advenedizos a la orgullosa pobreza de los hidalgos. El nuevo continente no es todavía popular en la antigua metrópoli: es lejano, es distinto. Sólo cuando millares de españoles enriquecidos pregonen, al volver del Nuevo Mundo, el vigor de las jóvenes democracias, olvidará Sancho el gesto estéril del Caballero decadente, y la península buscará en América su renacimiento.

Contra los laicos predicadores de fraternidad, algunos escritores de Cuba han exagerado el nacionalismo. El señor Fernando Ortiz, catedrático de la Universidad de La Habana, halla, en la ambición española, un plan

* Valencia.

de "reconquista de América". * El señor Roque Garrigó, diputado cubano, condena la influencia ibérica. Su libro elocuente *América para los americanos* ** analiza menudamente los diversos aspectos de la decadencia española, el analfabetismo, el estancamiento de las industrias, la inercia moral. Contra la influencia de la antigua metrópoli exalta otra acción moral, el monroísmo

Para defendernos de un peligro utópico propone la amistad de una nación imperialista. Olvida la necesidad de mantener lengua, religión y tradiciones —la riqueza moral de la raza—, ante la invasión del exotismo. Depurar nuestra herencia española sin destruirla, contribuir a la transformación peninsular con el esfuerzo de veinte democracias remozadas, tal sería para las antiguas colonias de España el ideal necesario.

Ciertamente, no han de renunciar a otras influencias: a la energía yanqui, al oro inglés, a la tenacidad germana; pero nada sería más estéril que descastar a las naciones creadas por el esfuerzo ibérico. Si no fuera posible la unión con la España de hoy, lo sería con la futura España.

Heredera de las ambiciones de Costa, prepara una generación nuevos destinos para la gran nación fatigada. En el orden político y económico, no puede la antigua metrópoli aspirar a actual preeminencia. Sólo un fuerte renacimiento industrial, como el de Cataluña, será fundamento del *zollverein* con América. El Nuevo Mundo no hallará capitales en la península ni productos fabriles que destierren a los de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia. Y no pedirá el firme liberalismo de la Argentina, del Uruguay, del Brasil, lecciones políticas a una monarquía conservadora y militar. Subsisten en América los vicios españoles —el caciquismo, el poder de las oligarquías locales, el parasitismo burocrático. La condenación de estas tenaces realidades aleja a los americanos de la influencia peninsular.

En el dominio intelectual, es efectiva la fraternidad fundada en el vehículo supremo de la lengua. Empero, según la expresión de un polígrafo español, el señor Labra, se hallan en pie de igualdad la nación ibérica y las democracias americanas. España es solamente "la hermana mayor". Las antiguas colonias no imitan a la Península como en la época clásica y romántica: van conquistando lentamente su autonomía espiritual. Otras influencias modifican la lengua y el ideal americanos.

No existe hoy una filosofía ni una ciencia social españolas ni una intensa corriente mística: en literatura, algunos nombres solitarios se han impuesto a la atención europea. La Península restaura su vida intelectual, traduce e imita, como nuestras repúblicas. De uno y otro lado del océano, los españoles presentan, ante el movimiento intelectual europeo, una atención estudiosa. De ahí que los estudiantes americanos vengan a las universidades de Francia, de los Estados Unidos o de Alemania y no a los centros pedagógicos de España: buscan, como la juventud peninsular, la "europeización"

* Cf. *La Reconquista de América.* Ollendorff. París.

** New York, 1910.

soñada por Costa, más allá de los Pirineos. Para que el paniberismo sea una enérgica cruzada, es necesario que la cultura española adquiera fuerte originalidad, que a los claustros de sus universidades gloriosas llegue la ávida juventud europea, y que sus maestros enseñen, como en los tiempos de Vives, en Oxford, en Heidelberg o en París

Reconocen los jóvenes escritores de la Península el estancamiento de la cultura. Aspiran dolorosamente a la regeneración de la metrópoli aletargada. "Los españoles de hoy —escribe Juan Guixé— somos pesimistas, y creemos, sin vacilaciones, que todo *no está bien,* y que hay que someter a examen severo, a análisis escrupuloso, todos los viejos valores éticos y étnicos de España" *. Para el joven pensador, "la posición actual" de su patria se define así: "reposo, silencio, tristeza, defensa". Dice Ramiro de Maeztu: "nos hemos convencido de que nuestras clases intelectuales no existen, de que son retraídas o inmorales, porque no son intelectuales" **. Y al recordar las magnas enseñanzas de Costa, exclama: "Costa nos plantó Europa delante de los ojos como un ideal por conquistar. Se trata de europeizar a España; esto es, de que siga siendo España, pero además Europa" ***. Ortega y Gasset, el precoz catedrático de la Universidad de Madrid, lucha también por la cultura, condena la quietud espiritual de la Península.

Creo que uno de los aspectos más interesantes del paniberismo sería la conquista de España por América. Afectuosa cruzada, renovación que trae la prole dispersa al viejo hogar castellano. Mr. Stead ha escrito un libro sobre la americanización del mundo y especialmente de Inglaterra. Los Estados Unidos transforman a la metrópoli orgullosa: influyen en su periodismo, en su aristocracia, en la fe tradicional. La "americanización" de España sería el esfuerzo de las nuevas generaciones. ¡Qué magnífico empeño para los intelectuales de ultramar! Reunidos por una tarea ideal, a los pensadores ibéricos, contribuirían con su propio resurgimiento espiritual, a la "europeización" de la vieja nación colonizadora. Ya la poesía peninsular ha sido transformada por los americanos: Rubén Darío ha tenido discípulos y, en gran parte invadieron España a través de América las líricas novedades del simbolismo y del decadentismo. La misma prosa lenta, acompasada, sonora, ha sufrido transformaciones a que no es extraña la influencia del Nuevo Mundo. Pierde su académico rigorismo y su pureza —y esa es la continua acusación de los españoles a los americanos— pero se convierte en instrumento dócil de modernos pensamientos. Lengua rica en matices y nuevas armonías, ondulante y elegante, que será pronto merced al esfuerzo ultraoceánico, el español de ambos mundos. Según Ramiro de Maeztu, ha escrito Rubén Darío los mejores versos castellanos y el mejor libro en prosa Rodríguez Larreta: dos americanos ****.

* *Problemas de España.* Madrid, 1912, p. 178.
** *La Revolución y los Intelectuales.* Madrid, 1911, p. 38.
*** *Debemos a Costa.* Zaragoza, 1911, p. 71.
**** *La Revolución y los Intelectuales,* p. 19.

El mismo peninsular inactivo, orgulloso, en perpetua *non curanza,* se convierte en enérgico obrero al llegar al Nuevo Mundo. El emigrante español fecunda la tierra que invade. Reconocen las memorias oficiales la excelencia del trabajador ibérico en las rudas tareas del Canal de Panamá. En la Argentina y en Cuba, la colonia española conquista las posiciones industriales. En América continúa el intenso movimiento liberal de las Cortes de Cádiz, la obra reformadora de Carlos III. En España, tradiciones y prejuicios, graves fuerzas del pasado, luchan contra el impulso renovador.

El paniberismo significa, para los americanos, tradición, y para los españoles progreso. Limitado a las relaciones morales, corrige el espíritu revolucionario de ultramar e impide la lenta petrificación de la Península.

No ha de olvidarse, en este fraternal acercamiento, la influencia portuguesa. El Brasil ha adquirido un sentido más firme de la independencia que otras democracias americanas: el panlusitanismo no es de Pernambuco a San Pablo, ideal de un pueblo ambicioso de imperiales destinos. Pero, en el orden de las ideas, la obra de Portugal es tan notable como la de España: Eça de Queiroz y Pérez Galdós son los más grandes novelistas ibéricos; Oliveira Martins, el primero de sus historiadores, y Teófilo Braga disputa a Menéndez Pelayo el cetro de la crítica peninsular.

Unidos el Brasil y las repúblicas españolas a las dos naciones conquistadoras, influirán en los destinos de la Europa latina. El Nuevo Mundo devolverá su equilibrio al Antiguo, según el voto de Canning, y la preeminencia germana cederá pronto ante la imponente congregación de todas las fuerzas ibéricas. España abandona ya su melancólico aislamiento, colabora con Francia en Marruecos: su política tradicional la lleva a ingresar en la triple *entente,* a formar con Inglaterra y la democracia francesa un bloque occidental. En América se realiza ya esta fusión eficaz: el oro sajón, las ideas de Francia, la lengua, las tradiciones españolas transforman el Nuevo Mundo. De Ultramar, llegan a la metrópoli las sugestiones necesarias. Y cuando una definida cooperación acerque a estas fuerzas semejantes, y una España liberal y una Francia democrática e Inglaterra, que fundó la autonomía americana por obra de sus bancos expansivos, y una inmensa América millonaria de riquezas y de hombres, avancen a la defensa de sus intereses vitales, ninguna cruzada podrá vencer a estas naciones reunidas. España salvó la civilización cristiana en Lepanto; y quizás es su destino contribuir a la perpetuidad de la cultura latina, en las luchas futuras. El paniberismo adquiere así un admirable sentido humano.

CAPITULO III

La Nueva Raza Americana

Inquieta a don Miguel de Unamuno el nombre de democracias latinas aplicado a las repúblicas de Ultramar. Su intransigencia patriótica sólo se satisface con el de democracias españolas o ibéricas. Descubre en otras denominaciones la injusta renuncia a un vínculo ineludible. Pero, las nuevas sociedades americanas sin despojarse de la profunda herencia española, aceptan diversas influencias. No son exclusivamente ibéricas ni definitivamente. latinas. Al decir que son latinas se les opone en bloque a la gran nación sajona, indicando así que han intervenido en su formación espiritual no sólo España sino también Francia, y antiguas fuerzas morales que Francia y España derivaron de Roma: la legislación y el catolicismo. El latinismo de América no es directa importación de las influencias clásicas. España y Portugal le imprimieron el sello nacional y debilitaron su antigua virtud.

Para llamar democracias españolas * a las del Nuevo Mundo, habría que olvidar la inmensa influencia del indio y del negro en su formación social. Indoibéricas o indoafroibéricas: he aquí una fórmula que parcialmente expresa la creación de una nueva raza en esos inmensos territorios. Numéricamente es inferior el ibero conquistador al indio dominado, y si impone sus leyes, su credo exótico, su autoridad civilizadora, no puede vencer al formidable imperio de la sangre. El criollo, el mestizo, el mulato, descienden de españoles o de portugueses, pero también de indios de castas diversas, de negros de diferentes regiones. En esa complicada generación, la herencia española es un factor importante mas no único.

Holandeses y franceses invaden el Brasil colonial. Reconocida la independencia americana, una caravana de razas recorre sus inviolados dominios. Ingleses, italianos, alemanes, franceses y después rusos y orientales; protestantes, judíos y católicos construyen la ciudad futura. Subsiste la influencia hispánica, debilitada por innúmeras presiones. En la hirviente retorta, el tiempo, alquimista prodigioso, va creando una casta americana.

Si se quisiera designar a las naciones así fundadas con el nombre de las razas progenitoras, debería llamarse la Argentina, la gran democracia *indoiberoangloitaliana,* Chile la república *indoiberofrancosajona,* el Perú pueblo *indoafrisinoibero,* y el Brasil la inmensa nación *afroindofrancoholandogermanolusitana.* Bárbaros nombres que indican la excesiva complicación de los nuevos Estados. Ninguna clasificación europea los comprende. Son originales y autónomos, no sólo por la virtud de las constituciones políticas, sino por la profunda acción del territorio y de la raza.

* El constante éxodo español (se calcula que 70.000 inmigrantes llegan a América) robustece la herencia ibérica. Vigorosos colonos vascos o gallegos que destruyen en Ultramar otros hábitos: el ocio elegante de los castellanos y la alegre facundia de los andaluces.

Ni latinos ni iberos, pero sí americanos. El continente ha revelado su gran fuerza plasmante. Minuciosas estadísticas norteamericanas demuestran que las razas más irreductibles sufren la acción del medio americano. El cráneo del judío cambia lentamente de forma. En la segunda generación han perdido los inmigrantes el orgullo de su antigua patria. Se adaptan a la nación hospitalaria, profesan un nacionalismo agresivo. Al Norte y al Sud, en los Estados Unidos y en la Argentina, grandes laboratorios de razas, se observa igual transformación: el alemán se vuelve yanqui, el italiano se "argentiniza".

En las nuevas gentes se agrega al acervo tradicional, la herencia de otras castas y se enriquece el alma americana. De aquel abuelo tiene el vástago la virilidad, de otro progenitor el fervor artístico; el medio le dará el gusto de la libertad, el libro francés, claridad y sutileza; la lectura de los clásicos españoles, solemne elocuencia.

El descendiente de iberos e indios se latiniza. La emigración italiana se extiende a todos los pueblos del oriente americano: domina en la Argentina, en el Uruguay y en el Brasil. Hay más de un millón de italianos en los estados brasileños. Raza más prolífera que la criolla, como lo ha mostrado René Gonnaud en sus estudios sobre la emigración europea, crece por la virtud de la generación y por el perpetuo ingreso de nuevos colonos. Progresivamente se debilita en esas repúblicas el "iberismo". El realismo, la sensatez milanesa, el espíritu práctico, se sustituyen al desdén del hidalgo por el comercio y por la industria, serviles menesteres

Se pierde en el seno de vastas naciones, la corriente inmigratoria. A pesar de tal inferioridad demográfica, la acción del extranjero —inglés, italiano, alemán— es poderosa no sólo en la vida comercial, en la fundación de instituciones de crédito, en el desarrollo de las industrias, sino también en el orden intelectual y político. En la Argentina moderna, al grupo de escritores de abolengo castellano se unen no inferiores en número e influencia, los Groussac, Ingenieros, Bunge, Chiappori, Banchs, Gerchunoff. Notables presidentes americanos fueron hijos o nietos de franceses, ingleses o italianos: Pellegrini, en la Argentina; Montt, en Chile; Willman, en el Uruguay; Billinghurst, en el Perú. En la sociedad y en la política chilenas, ostentan curiosa preeminencia los nombres no castellanos: Subercasseaux, Mackenna, Walker, Edwards, Ross, Mac-Iver, Matte, Eastman. Estas repúblicas ignoran la xenofobia. El descendiente de comerciantes, de banqueros, de profesores o de colonos europeos, conquista en ellas altas posiciones.

A la sangre extranjera, se agrega el libro, inmigrante ideal. El francés se convierte en lengua auxiliar de estas repúblicas: textos de universidades y escuelas *, corrientes literarias y filosóficas llegan de París. A la litera-

* En Chile, decreta el gobierno que se estudien las ciencias en libros franceses por ser más claros y modernos; en el Brasil, en São Paulo, se fundan numerosas escuelas francesas. En el mismo país, según datos del señor Medeiros Albuquerque, se han importado 500.000 kilogramos de libros franceses y 60.000 de libros italianos, en un año.

tura española, omnipotente en la edad clásica, eficaz en los años del romanticismo, se sustituye parcialmente la inspiración francesa. Modernismo o decadentismo se inspiran en Verlaine o en Jules Laforgue, en Gautier y en Bainville. Los defensores de la tradición castiza, como Baralt, como Cuervo, depuran el español de América infestado de galicismos. Empero, es invencible la presión de ideas y ritmos franceses. París llega a ser la metrópoli ideal de los sudamericanos. Modas, artes e ideas se inspiran en la capital espontáneamente aceptada por una raza fervorosa.

Libros italianos en la Argentina y el Brasil, influencia norteamericana en Cuba, en Guatemala, en México, en la República Dominicana y en Puerto Rico, complican la ideología del Continente. Si en la América colonial conservó España el monopolio de las ideas a despecho de lentas infiltraciones europeas, en la América republicana, letras e industrias llegan de todos los grandes pueblos exportadores

Tierra de inmigraciones ideales y materiales, es la América un mundo en formación. Ninguna exótica clasificación la explica. Difiere de Europa por la inmensidad del territorio, de Africa por la libertad, del Asia por la raza, y de todos los continentes por la firme unidad espiritual. Es un microcosmos en el orden geográfico y moral. Colinas y montañas ciclópeas, desiertos como el Sahara y florestas de abrumadora fecundidad, hombres del Cáucaso y de Oriente, africanos e indios, todo se armoniza en la vasta patria multiforme.

Primero en la misteriosa Atlántida, oscuras emigraciones cubrieron la tierra original. Luchas de razas, confusión de tribus, organización de bárbaros imperios en las graves mesetas a lo largo de la Cordillera hierática; después la invasión blanca, el destierro del indio cobrizo, teogonías y gobiernos importados, transmutación de civilizaciones y mezcla de razas. Continúa la laboriosa unificación de discordes gentes bajo el poder creador de la tierra. Ninguna inmigración la vence, sea del Oriente milenario, de la mística Rusia, de la rubia Germania, de la Italia sensual o de la Inglaterra práctica. ¿Será la Babel maldita o Canaán ubérrimo este continente hollado por todas las civilizaciones? ¿Será una nueva España, una Francia de Ultramar, una colonia latina? Es sólo América, novedad en la flora y en la tierra, gestación de hombres nuevos, lenta fundación de una civilización liberal a la luz de nuevas estrellas. Es el "milagro americano" que asombrará al mundo como a la admiración erudita de Renán el inexplicable milagro griego.

LIBRO II

EL AMERICANISMO

Es UNA realidad geográfica y social. La definimos en relación con las democracias de ultramar, porque, en los Estados Unidos y aun en Europa, sufre el nombre de América extraña restricción en su alcance.

Brillantes pensadores han comprendido que existe un americanismo latino ante el cual son meras limitaciones provinciales las diferencias que separan a las repúblicas orgullosas de su autonomía. Otros escritores no menos vigorosos han defendido la idea de nacionalidad contra una unidad que juzgan demasiado vaga o utópica.

CAPITULO I

Significación del Americanismo

Tiene en Europa el "americanismo" un sentido estrecho: se refiere a los Estados Unidos, a sus imperfecciones y grandezas. Paul Adam exalta líricamente a la república sajona, y su libro se llama *Vues d'Amérique;* Wells analiza el porvenir de los Estados Unidos, y su ruda profecía se denomina *The Future in America.* En un inmenso continente, sólo la democracia de Roosevelt merece para estos apasionados observadores el nombre que legara a veinte pueblos un navegante medioeval.

Pero, existen dos formas de americanismo, sajón y latino, que es imposible reducir a unidad. Las repúblicas del Sud tienen tradiciones e historia que son también americanas. Lo son por el territorio en que se desarrolla

la vida política de estas democracias. Con mayor razón que en el Norte donde aniquiló el conquistador a las razas de la edad precolombina, llamamos americanas a las naciones ibéricas de cuyo inquieto desarrollo son autores indígenas y mestizos.

En otro sentido, simboliza el "americanismo" la vida nueva, indisciplinada y espontánea, en oposición a la armoniosa cultura europea, obra secular, obra clásica. Los Estados Unidos son, para los europeos refinados, un pueblo hostil al arte, a la medida y a la gracia. Conquistan estos bárbaros sin historia con el oro acumulado en luchas prosaicas la ideal riqueza humana. Los norteamericanos son aquellos *trasatlánticos* que describió Abel Hermant en notable sátira.

Reúnen en palacios de *bric-àbrac* los tesoros violados a las metrópolis griegas, y las audaces telas del impresionismo, íconos de Moscú y joyas de Florencia. Este americanismo se reduce al culto del oro, a la violencia monótona, al amor de lo desmesurado y grotesco, al utilitarismo que mide con un rasero nivelador, el dólar, todas las dignidades humanas, lo mismo la virtud de Lucrecia, que el genio de Newton o la belleza de la Venus de Milo.

Los yanquis de Hermant son grandes *bebés* atléticos y rosados que vienen a Europa para adquirir genealogías y oponer su juventud turbulenta a la vejez gloriosa de las naciones occidentales. Creen hablar mejor que los sajones de Europa "la pura lengua inglesa", aman el lujo excesivo, aspiran a realizar *todos los records* del despilfarro, del ruido, del escándalo. En América, dice Henry Shaw, el americano representativo, tenemos generalmente catástrofes dignas de tal nombre, "las más terribles catástrofes del mundo en lo que se refiere a inundaciones, incendios y multitudes".

Frente a los americanos del Norte, parecen los del Sur una raza en madurez. Son menos jóvenes y menos ingenuos. Instruidos por libros franceses y españoles, bajo latinas influencias, no ostentan ante la Europa maternal la actitud irreverente del yanqui enriquecido. La burla, la ironía, el periodismo ligero que Roosevelt atacaba en la Sorbona en nombre del optimismo y de la vida intensa, abundan en las democracias iberoamericanas.

Para el europeo que confunde con ignorante desdén a todos los pueblos, el yanqui es el rey brutal del dólar y el americano del Sud modelo perfecto del *rastacuero,* que pregona sin reserva sus riquezas y ama la excentricidad en adornos y vestidos. Es un bárbaro, un *meteco,* que quiere alcanzar, prodigando oro, la admiración del mundo antiguo. Lo mismo en las novelas de Daudet que en las comedias de Hermant figuran esos presidentes sudamericanos que erigen en los bulevares de París su trono calibanesco. Son personajes de un mundo extraño, reyes cobrizos, cargados de joyas y dones exóticos. Se han enriquecido en el poder con el dinero fiscal, han confundido el tesoro de la nación con la herencia propia. Representan grotescamente la corrupcción administrativa en América.

Hallamos, a despecho de esenciales diferencias, la misma ostentación, igual inmoralidad política entre los sajones y los latinos de ultramar. Se

repiten en Sudamérica los escándalos de Tammany Hall. Las depredaciones, el culto de la apariencia, *le besoin de paraître,* domina de Nueva York a Buenos Aires.

Es una forma de *esnobismo,* frecuente en los países sin tradición. La ha descrito en una colonia inglesa, francamente liberal, un observador excelente [1]. En América, a pesar de la nivelación democrática, atraen condecoraciones, distinciones y títulos a los advenedizos. Los republicanos aspiran a la desigualdad, a la jerarquía. Se improvisan ya genealogías en los Estados Unidos; y en los países más ricos de Sudamérica, aparecerá pronto frente a multitud de emigrantes enriquecidos una nobleza. Las familias de los fundadores de la independencia constituyen una aristocracia.

No se reducen a la ostentación vana los caracteres del americanismo latino, ni se explica con el imperio del oro toda la virtualidad del genio norteamericano. Es más complicada la psicología de estas jóvenes naciones. ¿Cómo juzgar a las antiguas familias de ultramar por el grupo de envanecidos *parvenus* que derrocha en París el oro de América? Hallamos en las democracias del Sud, otros rasgos genéricos: el idealismo verbal, el individualismo anárquico, la firmeza de la familia, el culto del valor, la envidia niveladora.

Idealismo, es decir, fe en los grandes principios sonoros: arbitraje, democracia, libertad. Idealismo verbal, porque no significa, como entre los sajones, la firmeza de una visión que modela la realidad a su imagen. Se satisfacen los iberoamericanos con la vaguedad generosa de los principios humanitarios. Aman un lirismo político, declamatorio y estéril. Herederos del espíritu español, practican un quijotismo heroico. Sacrifican el porvenir por la defensa de un principio, invocan la justicia pura en un mundo gobernado por intereses. Recuerda un escritor brasileño, Joaquín Nabuco, que la princesa doña Isabel, regente del Imperio en 1888, decretó voluntariamente la libertad de los esclavos. Se separó así de los conservadores, de los señores terratenientes, partidarios de la esclavitud, y contribuyó a la fundación de la república en el Brasil. Perdió por amor a un principio el gobierno de un imperio.

Domina en nuestra América un disolvente individualismo. Forma de anarquía contraria a todo propósito colectivo, a la organización y a la unidad, que engendra permanente discordia. Envidia niveladora, luchas personales, confusión de la libertad con la dispersión, de la organización con la tiranía, hallamos en las inquietas democracias. El orden y la ley parecen organizaciones injustificadas a este personalismo agresivo. Ignoran la solidaridad los egoísmos exasperados. Es herencia española semejante anarquía, degeneración del noble espíritu ibérico que defendió, contra los monarcas centralistas, sus fueros, sus municipios libres, la dignidad humana de que participan, en esa vasta democracia, caballeros, místicos, aventureros y pícaros.

[1] André Siegfried. *La démocratie en Nouvelle Zélande.* París, 1904, p. 242.

El individualismo degenerado quiere la nivelación forzosa de los hombres. La envidia es vicio esencial de la psicología española, al decir de Unamuno y de Altamira. En las ciudades provinciales de América engendra odios eternos: democracia significa allí igualdad, uniformidad. La opinión, cuya acción formidable en las repúblicas estudió Tocqueville, impone las ideas, la moral, las costumbres y las modas. Es una tiranía silenciosa y anónima. Son "enemigos del pueblo", como en el drama de Ibsen, quienes destruyen con ásperas verdades el perpetuo convencionalismo. Se olvida la inmoralidad y la traición, pero no se perdona la franqueza de los austeros reformadores que traen a las ciudades coloniales una novedad agresiva: los acompaña el odio hasta después de la tumba.

El individualismo americano se revela en el culto al coraje *. Distingue al hombre el valor personal, la audacia romántica. El caudillo es una individualidad heroica. La política es un asalto, los partidos son bandos militares; los jefes, generales afortunados. En muchas repúblicas, la vida tiene aspectos de perpetua aventura: se defiende la libertad, la propiedad y el honor de hombre a hombre en luchas sangrientas, al margen de las convenciones y de las leyes. Dominan la violencia y el coraje en los primeros cuarenta años de la historia americana. En los grandes tiranos, Rosas, García Moreno, López, el rasgo esencial es el valor.

Puede oponerse a la anarquía política la solidez de la familia americana. El hogar prolífico, la virtud de la mujer, la hostilidad puritana de la opinión contra la libertad amorosa, son universales en estas democracias. Un discípulo de Le Play elogiaría esta firmeza de la familia, "célula social". En la edad colonial, el amor era la intriga amable de la monótona comedia: Lima antigua tuvo un encanto versallesco. La república profesa una moral austera del amor. La corrupción administrativa, el fraude en política no llegan a desorganizar la familia. Tienen el culto del hogar, caudillos que usurpan funciones públicas o saquean el erario público.

En los Estados Unidos la familia es provisional: el *flirt* y el divorcio la destruyen. En el Sur, constituye evidente superioridad latina la estabilidad de las relaciones familiares. Un político francés, el señor Clemenceau, lo ha observado en la Argentina. «La tranquila satisfacción que engendran las buenas costumbres, paz en el hogar, regularidad en la vida», son para este eminente viajero los rasgos fundamentales de la existencia sudamericana. La mujer, según las tradiciones españolas que vienen de Arabia y de Oriente, es madre de prole numerosa y señora de hogar cerrado. «El lazo familiar, escribe el viajero francés, parece más estrecho en la Argentina que en cualquier otro país. La gente adinerada, al revés de lo que sucede en otras partes, se complace en tener numerosa prole».

* Ha estudiado sus manifestaciones en la Argentina el señor J. A. García (hijo) "Es la medida de los valores sociales, escribe en su notable libro *La ciudad Indiana*, que sirve para pacificar a los hombres, juzgar los amores; da la norma de la moralidad y estimación públicas, crea las distintas jerarquías", p. 55.

El americanismo es un sentimiento cada día más enérgico: el territorio modela a los hombres y les infunde el orgullo de la nueva patria. Un yanqui no quiere ser inglés: condena, en nombre de la libertad americana, a la metrópoli envejecida. No comprende los privilegios aristocráticos, la sumisión extática al monarca, la sabia lentitud de un pueblo tradicionalista. Un argentino no quiere ser español: olvida la parda llanura de Castilla y ama la pampa maternal. En los Estados Unidos es más activa, más la raza inquieta, más brutal que en Inglaterra: se desarrolla en energía y rudeza. En el Sud se afinan los vástagos de España. Pierden la dura virilidad ibérica: es más suave el lenguaje, más flexible la mente. El liberalismo estrechado en España por la actitud de una teocracia vigilante, se extiende en las repúblicas americanas. Consagra la independencia de la enseñanza, la libertad del pensamiento y la tolerancia religiosa.

Exagera estas diferencias el optimismo americano hasta convertirse en megalomanía irrespetuosa. En los Estados Unidos y en el Sur sienten los hombres, al saludable contacto de la tierra nueva, una fe violenta en la grandeza del propio destino. Olvidan las limitaciones del presente, para cantar, frente al porvenir indeciso, el «Salmo de la vida» de Longfellow.

Imperfectos en el dominio de la acción, sin la indómita energía de los norteamericanos, hostiles a la asociación, incapaces de larga paciencia y trabajo ordenado, se distinguen los iberoamericanos por brillantes cualidades intelectuales. Asimilan con rara vivacidad, son curiosos de toda novedad, aman las ideas, aprenden sin esfuerzo, imitan apasionadamente. No inventan aún, en ciencias, en filosofía y en literatura. Constituyen, en el orden intelectual, una colonia. Su pensamiento es un reflejo, su literatura importación, su arquitectura una copia, sus leyes extractos de códigos extranjeros, sus libros vulgarizaciones elocuentes de una ciencia exótica. Improvisan en finanzas y en política *. Prefieren estas democracias a la ciencia sólida, la declamación improvisada; al análisis lento que agota un problema, la apresurada adivinación que simula resolverlo.

Cuando los americanos olvidan extranjeros modelos, de su esfuerzo surgen tratados de política, libros de derecho y sociología, códigos y textos gramaticales. Su inteligencia es pragmática: la apasionan los problemas de la acción. Allí alcanza relativa personalidad. En Alberdi, en Hostos, en Sylvio Romero culmina este impulso científico, lo mismo que en Bello y en Rufino J. Cuervo: les debemos la visión precisa de la realidad social y de sus problemas, el análisis de la lógica del lenguaje, de la evolución del castellano. También en los Estados Unidos, la disciplina original es la sociología, con Giddings y Lester Ward, y *El Federalista* de Hamilton representa verdadera creación en el orden político.

* No olvidemos, sin embargo, cierta originalidad en los estudios gramaticales y jurídicos, y el curioso desarrollo de las ciencias médicas y biológicas en el Brasil, en México, en la Argentina. Es evidente en ellas la novedad.

La misma poesía obedece a esta preocupación utilitaria. Al margen del lirismo crece viciosamente el canto político. El bardo civil que ejerce supremo magisterio y canta a la democracia y a la libertad, es el personaje representativo en la edad clásica y romántica. El aeda de la democracia y de la tierra madre es en los Estados Unidos, Walt Whitman; en Sudamérica, Chocano.

El Estado-Providencia, mal de los pueblos latinos, domina en América, a despecho del individualismo tradicional. Sin la presión unificadora de los reyes hispanos, sin el absolutismo austriaco; en el Norte y en el Sur, entre los sajones y entre los españoles, hubieran crecido democracias irreductibles. Los iberos fundaron cabildos contemporáneos de la conquista que recuerdan a los *townships*. El español del siglo XV, navegante, nómada, guerrero, era como el inglés, una voluntad servida por órganos. Como él individualista, como él fanático, fundaba comunas autónomas a la sombra de la cruz invasora y del heráldico estandarte de los reyes. El territorio exaspera, en las colonias puritanas y en los Estados ibéricos, el individualismo y la altivez de los aventureros. La larga tutela de virreyes y clerecía deprime en el Sud español ese espíritu o lo transforma en personalismo hostil al orden y a la jerarquía. La Revolución halla en Norteamérica libertades: mantiene contra "toda innovación reaccionaria la continuidad histórica" *. Entre los Sudamericanos, disuelve todo lo que encuentra, tutela despótica, monopolios, luchas de criollos y peninsulares; y sobre la nivelación de todos, crece el Estado heredero del Virrey y del Cacique indio, que corrige, estimula o contraría la iniciativa de los hombres e imprime invariables moldes a la vida nacional. De la lucha entre el gobierno tutelar y el hombre anárquico se derivan las perpetuas revoluciones americanas.

Vence el individualismo: el trabajo, la industria, la conquista de la tierra, dan, en las repúblicas prósperas, una base a la independencia. Triunfan las doctrinas liberales. No se concibe, en el Nuevo Mundo, la regresión al fanatismo inquisitorial o la imitación del feudalismo prusiano La libertad es el rasgo esencial de las leyes y de las costumbres. Bajo gobernantes despóticos, persiste en cartas generosas. Es el cuadro ideal del desarrollo futuro. Abandonada la primera etapa de discordia política, en las democracias que se organizan y progresan, existen todas las libertades: la prensa agresiva, el *meeting* contra el poder, la tolerancia para todas las religiones. América es un continente liberal.

La igualdad es la aspiración de estas repúblicas dominadas por oligarquías o plutocracias. Entre los americanos, alcanzan popularidad las doctrinas niveladoras. Y la fraternidad, fragmento del evangelio revolucionario, se revela en el afán de promulgar leyes en favor del trabajo aun antes de que existan luchas de clases. Repúblicas liberales, igualitarias, fraternales

* Barrett Wendell. *Liberty Union and Democracy*. New-York, 1907 p. 85.

como en la promesa romántica, van surgiendo en Ultramar de la antigua anarquía.

Tal es el americanismo español y latino que profesa dos cultos contradictorios, del hombre diverso y del Estado tutelar, e ignora la virtud de las grandes y pequeñas asociaciones, de la paciencia creadora y de la continuidad silenciosa.

CAPITULO II

La Corriente Americanista. Historia y Crítica

Un pensador argentino, Alberdi, estudió hace cuarenta años, en obras de firme dialéctica pero de fatigosa exposición, las inquietudes americanas. Después de haber consagrado un libro a su patria, análogo en la evolución argentina al *Federalista* de Hamilton en el desarrollo norteamericano, explicó en las excesivas páginas de su ensayo sobre el Gobierno de América "según las miras de la Revolución fundamental", el pensamiento monárquico de los fundadores de la independencia, los vicios de la república, y la excelencia del protestantismo en democracias enfermas de abulia.

Otros esfuerzos contemporáneos —geniales intuiciones de Sarmiento, románticos ensayos de Vigil y de Lastarria, algún capítulo de un escritor eminente, Eugenio M. de Hostos—, representan la contribución de los pensadores en relación con las cuestiones palpitantes del Continente. Un largo silencio sucede a aquellos graves exámenes de conciencia. Diríase que se relajan antiguos vínculos: los últimos congresos americanos de 1846 y 1864 se clausuran sin dejar en el ambiente promesas de unión. La discordia creada por guerras internacionales exaspera el patriotismo y mantiene tenaces rivalidades. De 1860 a 1890, hallamos escasos libros de sociología americana.

Surge entonces una nueva escuela que analiza los problemas colectivos. No propone remedios o los formula vagamente: critica, desmenuza, discute con noble pasión americana. Su fuerza está en el despiadado estudio de males comunes, tradicionales. Prepara los elementos de la reconstrucción futura, anuncia al "cirujano de hierro" o "al civilizador formidable". Y como según la fórmula clásica, oponerse es afirmarse, la observación de posibles enemigos, bárbaros que amenazan nuestra independencia, ha servido para señalar los caracteres que distinguen al Nuevo Mundo, y defender con espléndida energía su autonomía moral.

César Zumeta es el precursor de estos excelentes críticos. Inició la reacción contra la antigua indiferencia. Su libro sobre *El Continente enfer-*

mo, estudia los peligros internos y externos que preocupaban a América, el malestar de la raza, el inquietante porvenir. Ante el imperial avance de los Estados Unidos, el citado escritor y sus sucesores en igual tarea proceden a un severo análisis. Condenando la ambición yanqui, empezaron los iberoamericanos a conocer sus vicios y energías. Fue generalmente esta investigación, contraria a los propósitos de la gran democracia del Norte, estudio de las oposiciones de tradición y de raza entre las dos Américas. De ese fatal antagonismo, esperaban en el Sud la unidad de dispersas naciones.

Un escritor mexicano, Francisco Bulnes, consagró un libro acerbo en 1899 a examinar el porvenir de la América Latina en relación con el progreso de los Estados Unidos. Aplicaba ideas de M. Le Bon y de sociólogos sajones, con la rudeza de los antiguos profetas, en un estudio desordenado y vigoroso. Destructor de leyendas, no cree Bulnes en las pregonadas riquezas de México, del Perú, del Brasil. Según él, la "maldición de la América Latina" está en ser tropical: de las ondas cálidas no nacieron nunca fuertes razas, industrias y civilizaciones expansivas. Allí abunda el alcohol que envilece, la pereza que prepara futuras esclavitudes. Comparando la producción de las minas de oro y de plata en esos países con la intensa riqueza de California, Australia y Africa del Sud, halla en América mediocres tesoros. El nuevo continente necesita inmigrantes y capitales, y debe irrigar sus desiertos para no desaparecer en este siglo ante grandes naciones imperialistas. Sólo la Argentina, Chile, México, los Estados del Brasil que están fuera del trópico, podrán mantener su autonomía en las futuras luchas. La América Septentrional, desde Cuba hasta Bolivia, habrá perdido hacia 1980 —anuncia el augur— su independencia.

Es excesivo tal vaticinio. Si el Trópico deprime, no aniquila el esfuerzo humano. En el Brasil central, viajeros que esperaban hallar una perpetua holganza, contemplaron el terco avance de una raza orgullosa que fecunda la tierra núbil, improvisa ciudades, sanea y embellece la capital brillante, Río de Janeiro. Bolivia es un país de frías mesetas donde se mantiene incólume la humana energía. En el Perú, una larga obra de progreso se realiza en la costa, y la sierra poco habitada, dura, austera, espera a sus dominadores. En los mismos países tropicales, Colombia, Venezuela, Ecuador, la desigualdad del territorio permite el éxodo a las regiones elevadas donde el clima estimula a la acción. Las profecías de Bulnes yerran por excesiva generalización.

No puede negarse, en cambio, que ningún libro examinó con tan viril franqueza los vicios americanos, la megalomanía, el «canibalismo burocrático», el jacobinismo. Excelente aplicación de las doctrinas sociológicas europeas hallamos en su estudio de las condiciones materiales de la nueva América. Ha condenado la fe de los republicanos de ultramar, la eficacia de las constituciones políticas. Recordando enseñanzas de Le Bon en su libro sobre las *Leyes Psicológicas de la Evolución de los Pueblos,* escribe que «deben hacerse hombres para las instituciones y no instituciones para

los hombres» y que «no está en el poder de un hombre transformar durante su vida a una nación, obra de centenares de siglos».

La evolución mexicana confirma estas sentencias. La larga dictadura de Porfirio Díaz, no vence la discordia, y una trágica serie de revoluciones es el epílogo de su tiranía silenciosa. El sombrío dictador no había formado hombres aptos para la vida democrática. Perfectas leyes escritas fueron impotentes para reformar costumbres seculares.

Bulnes ha dado la verdadera explicación económica de las revoluciones sudamericanas. Como no existen industrias, el Estado alimenta a las clases medias, y si no satisface sus ambiciones, aumentando los puestos burocráticos, estallan revueltas. De su libro se levanta un inflexible pesimismo. No halla en estas repúblicas ninguna de las virtudes democráticas: ni la veracidad, porque se exageran riquezas y grandezas; ni la justicia, porque dominan la desigualdad y la intolerancia, ni la previsión —"en los países latinoamericanos toda la clase media ha tenido abuelos ricos y toda la clase rica ha tenido abuelos pobres"— ni finalmente, la cooperación al bien público, porque la envidia que heredaron de España los americanos ataca a cuantos se distinguen en política, ciencias o finanzas.

Algunas de estas críticas, que condenan a una nación o a un régimen político abundan no sólo en los países latinos, en Francia, en Italia, en España, sino también entre los sajones y en Alemania, a pesar de la intolerancia prusiana. Los monarquistas franceses critican a la república con la misma dureza con que atacan a la monarquía los republicanos españoles: para aquéllos la primera es un régimen de escándalo y de ruina; para éstos la segunda, una institución decadente, viciosa, parasitaria. No se puede juzgar a la América española por opiniones de un escritor apasionado. Naciones en progreso como la Argentina, el Brasil, Chile, el mismo México, no merecen la vibrante reprobación del sociólogo. Notable en el estudio de los defectos, el libro de Bulnes no analiza las cualidades de la raza americana: en sus rudas sentencias se sustituye al pensador el periodista. Es útil la bíblica indignación que se resuelve en esperanza. La realidad en los pueblos que la inmigración fecunda, que el oro europeo enriquece, revela profundas transformaciones. ¿Será comparable la Argentina actual a la nación bárbara y violenta de Facundo y de Rosas, el Perú de hoy a la república indisciplinada del año 4º, la Bolivia de Montes a la de Melgarejo, Chile en firme progreso a la república federal del año 28? En la inquieta región tropical, la estabilidad de Costa Rica, república densa y homogénea, el progreso político de Cuba, son ejemplos de renacimiento. Contra las tradiciones de Le Bon, surgió el Japón renovado y triunfador; contra el escepticismo de Bulnes, una nueva América se levanta ordenada, rica y progresiva.

Después de Bulnes, un literato uruguayo, a quien saludan como maestro los jóvenes escritores de América, José Enrique Rodó, pronunció, según la tradición de los diálogos de Renán un sermón laico a las nuevas generaciones. Su libro *Ariel* (1900) ha sido comentado y elogiado de uno a

otro extremo del Continente. Libre discípulo de Renán y de Guyau, predica un noble idealismo en cinceladas frases. El ritmo de su prosa elegante refleja la armoniosa ondulación de sus ideas. Enseña a una juventud atormentada, atenta a las solicitaciones de la política, a la anarquía, a la violencia, al culto de la vida interior, la fe en la multitud, en la democracia, en la función de la *élite* futura que surgirá libremente en las democracias. Invoca a Ariel, *genio del aire,* para que presida a sus coloquios. Su ideal para América es la conservación de las tradiciones latinas, su ensueño o su utopía en la prosaica edad moderna, la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo.

Enseña a los jóvenes, como lo hace Guyau, que la primera confesión es la de ser hombres. "Aspirad, les dice, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de nuestro ser".

Este culto de la individualidad no ha de confundirse con la improvisación temeraria o el vago enciclopedismo de hoy. La América necesita de especialistas en hacienda, en historia, en política. No desconoce Rodó la actual primacía de esta dirección utilitaria. Señala como ideal para repúblicas en progreso la formación de hombres armoniosos, vástagos de libre democracia, tolerantes, activos, curiosos de ideas generales, apasionados por la belleza. No desdeña las ideas democráticas. Precisa su significación, critica sus excesos, comprende que no puede renegar el Nuevo Continente de su tradición republicana. "Toda igualdad de condiciones, dice a los que sueñan con violentas nivelaciones, es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza un equilibrio inestable". La igualdad es provisional, la desigualdad constante y necesaria. Un prematuro socialismo que reemplaza las antiguas revoluciones por huelgas ambiciosas, confunde en algunas repúblicas la democracia con la confusa autoridad de la muchedumbre. El Estado jacobino nivela y deprime, y la evolución igualitaria conduce a la más estéril de las uniformidades.

La democracia norteamericana, que servilmente endiosan algunas naciones de ultramar, no realiza la selección necesaria. La vulgaridad y el utilitarismo son todavía algunos de sus atributos esenciales. Analiza el maestro uruguayo los vicios y grandezas de la gran nación federal. Son las mejores páginas de su sermón laico, serenas, precisas, armoniosas. Pero no halla en el Norte la ciudad perfecta, la civilización definitiva. Le inquietan, en la cultura norteamericana, los excesos de la actividad práctica, el poder de ambiciosas plutocracias, la mediocridad, el mercantilismo. Personifica en *Ariel* la sutil esencia de su magisterio: desinterés, nobleza, culto del arte y de las ideas.

Oponiendo a la utilitaria democracia sajona el ideal latino, ha hecho comprender a las nuevas generaciones americanas la dirección necesaria de su esfuerzo. Parece su enseñanza prematura en naciones donde rodea a la capital, estrecho núcleo de civilización, una vasta zona semibárbara. ¿Cómo fundar la verdadera democracia, la libre selección de las capacidades, cuando domina el caciquismo y se perpetúan sobre la multitud analfabeta antiguas

tiranías feudales? Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enemiga del estrecho dogmatismo, parece extraña en estas naciones abrumadas por una doble herencia católica y jacobina. Aunque no corresponda al presente estado de estas democracias la noble doctrina de *Ariel,* ella señala la dirección futura a pueblos enriquecidos y poblados por inmigrantes. De la misma manera, en los discursos de Fitche, halló la Alemania anarquizada las firmes líneas del renacimiento, el evangelio de la unidad y del patriotismo.

Otros escritores estudiaron después de Rodó el porvenir de América. Manuel Ugarte en diarios y revistas europeas; Rufino Blanco Fombona en artículos y en un libro reciente sobre la evolución política de América; Oliveira Lima en una obra sobre los peligros del panamericanismo defendido por los Estados Unidos; Carlos Octavio Bunge en un estudio pesimista, *Nuestra América.*

Manuel Ugarte ha expresado sus ideas sobre el *Porvenir de la América Latina* en un libro notable que han elogiado sin reserva los diarios y los escritores de Ultramar. Su idea esencial es la unión del Continente, la realización del proyecto de Bolívar. La América dividida será impotente para resistir a los yanquis. Ninguna razón profunda justifica la discordia entre los latinoamericanos a quienes imponen durable unión raza, creencias, y tradiciones. Ugarte cree en el peligro norteamericano, lo analiza con rara precisión. No teme a la conquista directa, sí a la lenta infiltración de los neosajones hasta dominar el Sud. Comprende que es utópica la fusión de las dos Américas, anglogermana y latina. "Nadie negará, escribe, que de acuerdo con la teoría de M. Tarde, que ha definido los conceptos del moderno imperialismo comercial, en algunas repúblicas sudamericanas los medios de transporte y las grandes empresas empiezan a estar en poder de los norteamericanos. En otras, la acción envolvente reviste formas sutiles porque no es posible emplear el mismo lenguaje y los mismos procedimientos con el gobierno de Buenos Aires que con el de Panamá. Pero el fondo y los resultados son los mismos".

Desde hace diez años, denuncia Ugarte en revistas europeas la amenaza del Norte. No se limita su esfuerzo a defender contra ambiciosos tutores la juventud de quince repúblicas. En su libro estudia el pasado, la formación de las nuevas democracias, su composición étnica, el personalismo disolvente que es el eje de la política, el verbalismo que es la clave de la enseñanza. Un sano optimismo se desprende de sus conclusiones. El sociólogo argentino cree en su raza con el entusiasmo que llevaban a la lucha social los revolucionarios del 48. Su fe es fervor de iluminado, voluntad de vivir y de triunfar. "La América Latina, dice, es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero". Podrá criticarse en ese libro elocuente la impresión de las últimas páginas sonoras. En religión, en arte, en moral, da el sociólogo vagas lecciones: el reino de la

justicia, el deísmo no dominado por ritos ambiciosos, la verdad y el bien, la unión de todas las juventudes de América para imponer a los gobiernos hostiles el nuevo evangelio. Esta fe lamartiniana se opone, como reacción necesaria, a los rudos vaticinios de Bulnes.

La enseñanza central del citado libro no corresponde a la dirección invariable del Continente. Espontáneamente, aspiran los pueblos de América a la discordia. No saben conciliar la idea federal con la autonomía. En los antiguos congresos americanos, un celoso nacionalismo disolvía pronto las confederaciones necesarias. Si los sajones construyen rotas asociaciones de Estados, los iberos dividen afanosamente como si un curioso atavismo los llevara a reconstituir la tribu autónoma. Entre los perpetuos conflictos americanos, sólo es posible pensar en conglomerados de dos o tres naciones afines. La vasta congregación del Continente parece irrealizable *.

A la historia política y social de América ha consagrado Rufino Blanco Fombona, un estudio: *La evolución política y social de Hispano América* (1911). El sociólogo venezolano descubre, en el abigarrado desarrollo de las democracias americanas, ideas y direcciones generales. Su libro, brillante síntesis donde sirve a las consideraciones filosóficas muy sólida erudición, ofrece el resumen del agitado avance de veinte naciones que se organizan. Después de estudiar la lucha de castas durante la dominación española, el régimen político y eclesiástico en las colonias de ultramar, personifica en Bolívar, héroe venezolano, la independencia y la organización de América. Al fundar repúblicas en territorio español, Bolívar "salvaba de nuevo los principios de 1789 y, con ellos, la República y la Democracia, precisamente cuando una coalición de monarcas, en alianza llamada Santa, ahogaba en Europa los sentimientos liberales y amenazaba a esos mismos pueblos americanos".

Las guerras civiles de América, tan exageradas en Europa, se explican, según Blanco Fombona, por el mestizaje, la poca densidad de población y la escasez de vías de comunicación, por la falta de libertad y por la ignorancia. Del mestizaje se deriva la discordia entre castas, la inharmonía en los individuos; la falta de caminos y ferrocarriles perpetúan una edad feudal en que dominan caciques; el despotismo engendra violentas manifestaciones de la opinión que han podido expresarse en libres asambleas o municipios. A pesar de esa imperfecta organización política, cree el escritor venezolano en los grandes destinos del Continente. Su fe se funda en la estadística: "ciudades de 45.000 habitantes como Buenos Aires tienen un siglo después, millón y cuarto... Los 15 millones (población de América en 1810) alcanzan al presente a 50 millones, sin contar los 20 millones del Brasil. En países donde Europa no tenía un céntimo invertido hace poco tiempo, invierte hoy cantidades fabulosas. Los extranjeros a quienes

* He explicado en mi libro «*Las Democracias Latinas*», el sentido necesario de estas federaciones parciales.

un siglo atrás les impedía España establecerse en América, ocupan hoy toda la extensión del Nuevo Mundo".

De este sano optimismo, fundado en el estudio de los progresos americanos, participa el eminente historiador brasileño, señor de Oliveira Lima. Su libro *Pan Americanismo* (1907) analiza uno de los problemas que inquietan a las repúblicas latinas, los proyectos de hegemonía yanqui. Ni exagera la amenaza sajona, ni cree que la expansión norteamericana respete en lo futuro, en nombre de un quijotismo heroico, la precaria independencia de las naciones tropicales. Si acepta la doctrina de Monroe, quiere limitarla, *latinizarla.* "Qué necesidad hay, pregunta, de que se perpetúe la doctrina de Monroe una vez que las naciones latinoamericanas puedan disponer todas de sus destinos y resistir, con las alianzas que entre sí realizarán según las circunstancias políticas, a cualesquiera agresiones extranjeras?". Inquietan al diplomático brasileño los modernos aspectos del monroísmo, el *zollverein,* el pretendido desinterés sajón, la dura hegemonía que ambiciona la gran República.

Son dos los ideales del Sr. de Oliveira Lima *: la unión más estrecha entre los latinoamericanos y Europa, de la que reciben aquéllos civilizadoras corrientes, el reconocimiento de vínculos tradicionales que dan a la América española y portuguesa la necesaria unidad moral. "Dejaría de ser el predominio norteamericano, escribe, una realidad si entre los países latinos del Continente reinase el espíritu de solidaridad a que deberían aspirar y que no es forzosamente opuesta a la cordialidad y aun a la unión con el elemento anglosajón". Por otra parte, reconoce el historiador brasileño "los beneficios de la expansión europea, explicable en naciones poderosas llenas de savia, exuberantes de población y de producción industrial"; pero no en "los Estados Unidos que no tienen población que exportar, brazos que suministrar, actividades que ofrecer, ni aun capital con que contribuir ampliamente a la grandeza de los demás países del Continente, esperándolos del empleo del Continente".

El libro de Bunge, *Nuestra América,* recuerda en cierto modo a los *panfletos* de Carlyle: lírico, a ratos, científico en otros, erudito, brillante, a menudo superficial, estudia las razas de América y el más grave de sus problemas políticos, el caciquismo. Ha escrito páginas definitivas sobre algunos vicios americanos, sobre la psicología del criollo, del mulato, sobre los grandes caciques, Rosas, García Moreno, Porfirio Díaz. Falta a su libro la simplicidad latina, la armonía, la ordenación francesa. Es un estudio en que se agitan muchas ideas sobre el pasado y el presente de América.

La carencia de sentido moral le parece "rasgo distintivo y capitalísimo, común a indios y negros, a mulatos y mestizos"; el cruzamiento de españoles, indios y negros, antecedente de terribles degeneraciones. Triste

* En brillante odisea, ha recorrido el Sr. de Oliveira Lima las universidades norteamericanas, de California a Nueva York, dando hermosas conferencias y explicando a la democracia del Norte la vitalidad del Sud latino.

psicología la de criollos y mulatos, según el sociólogo argentino. Carece el mulato de valor personal, es "irritable y veleidoso como una mujer, aunque desaforadamente ambicioso, verdadero *arribista,* no tiene *esprit de suite,* es parásito y oportunista, vive de la política de expedientes, del *chantaje.* Rápido y locuaz, sabe a veces simular talento". Si el mulato presenta caracteres de degeneración, son lamentables los rasgos más salientes del criollo. La pereza en primer término, "falta innata de actividad", cuyos aspectos expone con gran precisión Bunge. Todo lo explica, este vicio, en las repúblicas de Ultramar: "la pequeñez de nuestra clase grande, la pobreza psicológica de nuestra clase rica que no funda institutos progresistas, ni dota universidades, escuelas, bibliotecas o museos; y también, la verbosidad de la literatura y, en el comercio y la industria, el monopolio extranjero".

A la pereza se unen la mentira criolla, constituida por "la exageración tartarinesca, imaginativa, propia de molleras andaluzas caldeadas por el sol del Mediodía, y al poco-más-o-menos, el *à peu près* de los pueblos decadentes que no fijan sus ideas"; la tristeza, la arrogancia, rasgo español que se revela en el desprecio a la ley, en el culto del coraje, analizado por otro sociólogo argentino, Juan Agustín García.

A pesar de tan despiadado análisis, cree Bunge en el progreso sudamericano. "Una vez corregidos los defectos que en este libro esbozo —escribe—, seremos los hispanoamericanos, respecto de europeos y yanquis, no iguales, los mejores".

Idéntica fe en su raza expresan todos los sociólogos americanos. El pesimismo se refiere al presente, en que no se han fundido todavía las castas, ni abundan los inmigrantes europeos. Bulnes, el más radical en sus condenaciones, cree en el porvenir de México, de la Argentina, de Chile. "A pesar de las circunstancias desfavorables en que se ha desarrollado la América Latina, escribe Blanco Fombona, su balance al fin del siglo XIX, es decir, en menos de una centuria de vida independiente, arroja un saldo inmenso a su favor". Por el libro de Ugarte pasa, dando a los períodos una larga trepidación, el soplo de una fe indestructible. "La prosperidad inverosímil, el progreso fantástico y el estado social superior de la Argentina, del Brasil, de México y del Uruguay", son para el sociólogo argentino, hermoso anuncio de lo que podrá revelar el continente americano regido por "una doctrina única". A despecho de la inferioridad de los mestizos, piensa Bunge que esa deficiencia, *relativa a la civilización europea,* pero no definitiva ni absoluta, podrá salvarse, ya sea porque las gentes de América se asimilen la cultura europea, ya porque produzcan una civilización propia, según el ejemplo de los japoneses. De la armoniosa oración de Rodó surge también una creencia tenaz. Existen ya, en nuestra América Latina, afirma, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acerca con acelerado paso a participar del primer rango del mundo.

De la obra concorde de estos escritores nace una activa esperanza. Todos exclaman, como Walt Whitman,

Long, too long America.

La crítica de la instable realidad presente es, en ellos, superior a la construcción del futuro. Aspiran a curar el "continente enfermo"; pero no traen remedios infalibles. Condenan el panamericanismo engañoso, el deprimente caciquismo, la burocracia parasitaria, el patriotismo exclusivista que olvida los intereses continentales. Abandonan a los políticos la tarea reformadora, olvidando que en la visión precisa de Alberdi se inspiraron los creadores de la democracia argentina. Afirma Bunge que, corregidos los defectos hispanoamericanos, será la nueva raza, superior a yanquis y europeos. No indica cómo podrán evitarse esos vicios hereditarios; y al conferir a dichos países discordes futura superioridad sobre Europa archiculta y la impetuosa América sajona, no explica las bases en que funda su profecía. Incurre así en el "poco-más-o-menos de los pueblos decadentes", que despiadadamente analiza. El libro de Blanco Fombona es un estudio histórico; el de Rodó un discurso a la juventud. A aquél interesa el pasado, a éste la sugestión melodiosa de Ariel, sobre las almas inquietas de la nueva generación. Bulnes pronuncia anatemas. Ugarte termina como poeta un libro que comenzó como sociólogo. Oliveira Lima sólo discute una faz del problema americano.

Realizada la penosa obra crítica, conviene analizar las reformas y las direcciones necesarias del porvenir americano, descubrir los medios de sustituir la discordia por el orden, la imitación por la autonomía, la confusión de castas por una definida conciencia de raza.

CAPITULO III

El Nacionalismo

Al americanismo que unifica las patrias y olvida las querellas, se oponen los intereses nacionales. Existe en muchas repúblicas un principio hostil a la fusión o a la alianza con las vecinas democracias. Grandes y pequeños Estados defienden orgullosamente su autonomía.

Ya en el origen, apenas libres de España, renuncian las nuevas naciones a sus antiguos vínculos. Obedecen a un nacionalismo prematuro. Son todavía confusos los límites, iguales las tradiciones y las costumbres. Y, sin embargo, estallan guerras entre estas colonias sometidas durante tres siglos a disciplina uniforme. En 1824, se da la última batalla contra el poder español, y en 1829 luchan Colombia y el Perú por la posesión de Guayaquil. Naciones formadas con provincias de antiguos gobiernos españoles,

Bolivia, el Paraguay, adquieren pronto un enérgico sentimiento de independencia. Es más fácil, en América, crear nuevas repúblicas que organizar las ya constituidas en confederaciones. Un indefinido fraccionamiento sería el ideal del continente anarquizado. Panamá se separó de Colombia, el Acre gozó de efímera independencia. Yucatán en México, San Pablo en el Brasil, Loreto en el Perú aspiraron alguna vez a ser libres naciones. Mientras que entre los norteamericanos, la federación extiende sus límites y absorbe nuevos Estados, entre los españoles del Sud, ambiciosas provincias destruyen la unidad nacional. Hispanoamérica acepta sin reserva al extranjero o lo atrae fervorosamente; y las naciones que la componen se dividen, no obstante, en nombre de regionales disputas.

Esta contradicción persiste durante el primer siglo de vida autónoma. A pesar de las intervenciones europeas en Buenos Aires y en México, se busca la colaboración del inmigrante y del hacendista extranjero. El enemigo es el vecino invasor: Chile para el Perú y Bolivia, Argentina para el Paraguay, México para Guatemala. Crecen frente al Atlántico dos grandes pueblos, la Argentina y el Brasil, bajo el aluvión deseado de italianos y germanos.

Empero, en esas democracias abiertas a la influencia europea, inquieta a los espíritus selectos la inmigración de gentes diversas. Como en Francia ante la invasión de semitas y *metecos,* se plantea allí el problema de la originalidad nacional. No satisface a todos la riqueza adquirida y dirigida por extranjeros. Comprenden que el tumulto de colonos exóticos impide la formación de una definida conciencia nacional.

Una nueva dirección intelectual, más firme que el americanismo, se impone a la nueva juventud. Es la reacción del espíritu nacional contra la excesiva influencia extranjera. Se funda este nacionalismo en el estudio de la historia, en el respeto a las tradiciones. Después de un siglo de apresurada existencia, en que se perdía en revoluciones e imitaciones, la herencia moral de cada pueblo, esta regresión a lo pasado devolverá a las repúblicas americanas el sentido de la continuidad.

En todas ellas, se desarrollan los estudios históricos, no sólo en forma de menuda erudición, sino como amplia evocación de los tiempos muertos y escuela de patriotismo. Coincide con la intensidad del espíritu nacional la abundancia de las obras de historia. En Chile, por ejemplo, se ha estudiado el desarrollo de las instituciones, las guerras de la independencia y de la vida colonial con minuciosidad germana. Una escuela de eruditos, entre los cuales es eminente don José Toribio Medina, ha agotado los archivos. Un historiador que describe con el color y el lirismo de Michelet o de Thierry, Vicuña Mackenna, ha evocado las grandes épocas de la evolución, lo mismo la dictadura de los Carrera que el gobierno de Manuel Montt. Una obra tan vasta como la de Mommsen sobre Roma, consagró Don Diego Barros Arana a estudiar la vida de Chile desde la conquista hasta la república. No sé si este florecimiento de los estudios históricos explica el progreso chileno, o si la raza enérgica busca en el pasado motivos de heroísmo.

De la continua evocación de sus tradiciones, derivan seguramente allí políticos e historiadores el odio a las revoluciones destructoras, la lentitud que ponen en cualquier reforma, el orgullo que explica las exageraciones del patriotismo.

Desde México hasta la Argentina, cronistas e historiadores reconstituyen el pasado más remoto. Grandes eruditos, como el mexicano Joaquín García Ycazbalceta, el peruano Pablo Patrón y el boliviano René Moreno, estudian con firme sentido crítico viejas narraciones y leyendas. Los atrae la edad colonial con su fausto, sus rojos autos de fe y sus milagrerías. Al lado del investigador de archivos, figuran el historiador y el sociólogo. Con nuevo espíritu ambicioso de síntesis se examina la vida pretérita. A Mitre, a Lucas Alamán, a Saldías, a Paz Soldán, a López, a Varnhagen, a Restrepo, a los notables cultivadores de la historia americana sucede lentamente una generación que busca tras el hecho la ley, en el pasado un determinismo aplicable a la vida contemporánea. Abundan entre estos escritores, discípulos de Taine, de Fustel de Coulanges, de Buckle, de la escuela positiva italiana y del materialismo histórico alemán.

Después de los grandes cuadros de Sarmiento, se perdió la historia en el meticuloso relato de los hechos pasados. Con la nueva escuela, la síntesis readquiere su antiguo prestigio y la realizan espíritus que no desdeñan los métodos de las ciencias modernas. Un libro como el de Juan Agustín García, *La Ciudad Indiana,* sobre la evolución argentina antes de la independencia, es un modelo en este género de monografías, ni superficiales como una generalización retórica, ni indigestas por el exceso de erudición ostentosa. En todas las repúblicas americanas, algún escritor emprende esta seria reconstrucción del pasado. Tanto en los libros de Carlos Arturo Torres, malogrado pensador colombiano, en *Idola Fori,* que tienen sólidas bases históricas, como en los estudios del dominicano García Godoy, de Oliveira Lima, notable historiador brasileño, del mexicano Francisco Bulnes, apasionado y retórico en su mismo esfuerzo científico, como en la notable historia de Venezuela escrita por un cerebro equilibrado y sereno, Gil Fortoul, en los brillantes estudios de Lorenzo y Hugo D. Barbagelata, o en los muy eruditos libros de Carlos A. Villanueva y la obra tan notable del boliviano Alcides Arguedas, se revela el uniforme empeño de renovar la concepción de la historia. Con ellas entra la crítica en el dominio de los hechos pasados. Se analizan los testimonios escritos, las tradiciones, la personalidad y la acción de los héroes. ¡Cuánto va de los ensayos de historia romántica de Larrázabal o de López a estos severos estudios críticos!

Tan amplio desarrollo de la historia corresponde, pues, a una reacción nacionalista. Gana el movimiento a las repúblicas como Cuba, donde imperó España hasta fines del siglo último. Allí se protesta contra lo que se llama la "conquista espiritual" de América por la antigua metrópoli. En las Antillas, las ambiciones de los Estados Unidos suscitan el mismo sentimiento de violenta autonomía.

En otras repúblicas, amenazada la una por abigarradas inmigraciones, inquietas las otras por la hostilidad de vecinos Estados, en la Argentina, en el Perú, en el Uruguay, escritores de la nueva generación americana fijan el sentido y los límites de "la restauración nacionalista".

Ricardo Rojas ha consagrado un libro a defender en la Argentina * esa renovación. Analiza los sistemas pedagógicos europeos, el papel que en ellos desempeñan la historia y las humanidades, los aspectos de la enseñanza cívica. "El patriotismo, dice, que tiene por base territorial y política la nación, es lo que llamo el nacionalismo". Son sus elementos la solidaridad, la conciencia de la tradición y el lenguaje. Al estudio sin carácter castizo quiere sustituir una enseñanza argentina, en la que la patria sea el centro geográfico e histórico.

Se observa en la Argentina actual un lamentable cosmopolitismo. A él han contribuido "factores activos de la disolución nacional", las escuelas judías donde se dan lecciones en hebreo, los colegios de congregaciones religiosas, los establecimientos protestantes, los institutos de enseñanza germanos e italianos que obedecen a gobiernos extranjeros. En los Estados Unidos, la escuela, imponiendo tradiciones y lenguaje, lucha contra la dispersión que traen los inmigrantes. Los pedagogos argentinos que imitan, desde la época de Sarmiento, los métodos norteamericanos, creen en la eficacia de la educación nacional.

Rojas ha escrito acertadamente que "la vida no histórica, la falta de trascendentalismo, son el carácter de la evolución sudamericana. Se ha perdido la antigua fe invulnerable: una perezosa indiferencia la reemplaza. Ninguna clase social mantiene enhiestas las tradiciones, asegura la continuidad en estas naciones anárquicas. Faltan ideales, falta el noble culto de los muertos". Melancólicamente, describe el escritor argentino los rasgos de esta época de transición en su patria amenazada: "el cosmopolitismo en los hombres y en las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulo, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoledor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla".

¿Quién sospecharía en la grandeza argentina, en su riqueza, en su avance triunfal semejantes gérmenes de decadencia? El patriotismo de Ricardo Rojas los descubre y quiere detener la inquietante bancarrota moral. Aun en el progreso económico encuentra fragilidad: "una cantidad exorbitante de brazos italianos trabaja nuestros caminos, dice, una cantidad extraordinaria de capitales británicos mueve nuestras empresas". En suma, la fortuna argentina es creación extranjera: le falta el sello nacional, la contribución de previso-

* *La restauración nacionalista.* Buenos Aires, 1909.

ras generaciones que se transmiten, con la religión y el lenguaje, la riqueza castiza.

La escuela es, para el escritor argentino, el único baluarte del nacionalismo, la presión educadora eficaz. La Iglesia está en crisis, la familia no es todavía un factor poderoso. Una escuela netamente argentina realizará el milagro de la transformación nacional. El Estado pedagogo, el Estado inquisidor que no tolera extrañas doctrinas ni hostiles patriotismos dentro del territorio, exigirá del inmigrante el heroico tributo de la renuncia a sus viejos lares. Confesemos que no es tan rudo este cambio porque, en América, se adaptan pronto los extranjeros a la tierra nueva. Una ciencia oficial, basada en el culto de la historia, en el conocimiento de la doctrina laica de la democracia argentina, creará, con noble intolerancia, el tipo nacional del porvenir.

Dentro de ciertos límites, es útil la restauración nacionalista. Tolerar en las escuelas, como idioma principal, una lengua exótica, considerar el cosmopolitismo como estado definitivo en el Plata y en otras democracias americanas, olvidar lo nacional por lo extranjero, la tradición por las modas importadas, es aceptar un suicidio moral. El libro de Rojas, moderado y previsor, corresponde a profundas inquietudes argentinas. Los excesos del nacionalismo, del *chauvinismo* son, en cambio, peligrosos en América. En ellos incurre otro brillante escritor argentino, Manuel Gálvez. Nacionalista como Ricardo Rojas, cree que, ante la amenaza extranjera, sólo la guerra con el Brasil dará a su patria la unidad deseada, el ideal que la liberte de las brutales imposiciones del mercantilismo. Este nacionalismo agresivo es condenable, porque, entre brasileños y argentinos, religión, raza y tradiciones son comunes. Pertenecen a la misma familia de naciones. ¿Cómo podrá aspirar la República del Plata a ejercer una función civilizadora en el Continente, si considera tan hostiles a sus hermanos de raza como a los judíos rusos, si aspira a no confundirse con las repúblicas vecinas, si en vez de propagar la cultura que su situación y su riqueza le permiten desarrollar en su suelo, se aísla para defenderla de profanas miradas? Este estrecho nacionalismo hubiera sido condenado por Sarmiento, Alberdi, Mitre y Pellegrini.

Más serena es la doctrina de José de la Riva Agüero. Se inspira también en el culto del pasado. El epílogo de su libro *La Historia en el Perú* es un elocuente llamamiento a la juventud peruana para que robustezca su patriotismo en los archivos silenciosos, evocando muertas edades, depurando tradiciones y leyendas.

No inquietan al Perú, como a la Argentina, exóticos invasores, ni lo agitan propósitos de conquista o de hegemonía. El nacionalismo es allí defensivo. La diversidad de sus razas, su situación geográfica, una larga costa que facilita las agresiones, la vecindad de repúblicas hostiles o émulas, debilitan su unidad y amenazan su porvenir. Al mismo tiempo, el recuerdo de grandezas pretéritas —el fausto de la Colonia, la imperial tradición de los Incas— suscitan en el actual estancamiento nacional enérgicos deseos de renacimiento. Por una larga labor literaria e histórica, Riva Agüero se

ha convertido, como Ricardo Rojas, en profesor de restauración nacional. Por eso ama la historia, porque su relación con el patriotismo "es de evidencia tal que constituye un lugar común". "La patria, escribe, es una creación histórica. Supone no sólo la cooperación de todos los compatriotas contemporáneos, sino la mancomunidad de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero". A los altares de ambos cultos necesarios lleva el escritor peruano sus ofrendas votivas. Del estudio de la antigua grandeza deriva motivos de optimismo. Renovando la historia de los Incas o evocando el rutilante pasado español, enseña a la generación presente la necesidad de la renovación. Proyecta en el futuro indeciso la imagen de viejas hazañas. Su nacionalismo no sugiere venganzas: va de una a otra época en busca de esperanzas y de ideales.

El Uruguay es un pueblo incrustado entre dos naciones orgullosas. Estado *tampon* le llamó un político francés, Mr. Clemenceau. En su estrecho territorio, combatieron siempre dos imperialismos; pero ni el Brasil ni la Argentina doblegaron a la raza inconquistable. Un escritor contemporáneo, Luis Alberto de Herrera, analiza en un libro inquieto, * los peligros que amenazan a la independencia uruguaya. "Oprimido por enormes vecindades, declara, sólo a precio titánico hemos realizado una ascensión libre, fácil en el caso de otras soberanías acosadas por menos angustias". En la Argentina contempla "el peligro naciente": nación avasalladora que condena, en los lejanos vástagos de Artigas, la rebeldía provincial.

Cien mil orientales viven en el Plata y se argentinizan. Este éxodo debilita a una democracia de tan escasa población como la uruguaya. Lentamente, se establecen los ricos vecinos en la pequeña patria emancipada. El gran río civilizador se convierte en monopolio argentino. Diversas presiones morales y materiales estrechan a la nación Oriental. Recordando ilustres ejemplos de minúsculos Estados, aconseja el Sr. Herrera a sus compatriotas la concordia, el patriotismo vigilante, el deber militar, una política de equilibrio entre las potencias vecinas.

Este nacionalismo defensivo es útil en pueblos divididos. La política anarquizada, el conflicto de los intereses y de las castas, el personalismo impiden la deseada concentración. El patriotismo es allí agente de unidad contra posibles imperialismos. El primer deber de los pueblos americanos es la *self-reliance:* bastarse a sí mismos en el orden internacional, fundar su autonomía en una diplomacia activa, en ejércitos disciplinados, en grandes reservas financieras, favorecer por tales medios el equilibrio y la paz. El grave periódico londinense, *The Times,* decía a los franceses en recientes debates que, una nación orgullosa no debe confiar a inciertas alianzas la defensa de sus tradiciones. Así, los pequeños pueblos de América pueden robustecer la fraternal herencia del pasado, manteniendo su personalidad

* *El Uruguay Internacional.* París, 1912.

esencial. La futura armonía se funda en la cooperación de fuertes organismos políticos.

En tal sentido, la propaganda nacionalista corresponde, dentro de los límites de las diversas patrias, a la corriente de firme americanismo. De estos movimientos concordes surgirá un Continente armonioso. El verdadero regionalismo no destruye la unidad de la patria, y el nacionalismo eficaz contribuye a la solidaridad americana. Una feliz compensación concede a los pequeños Estados del Continente un intenso sentimiento nacional de que todavía carecen las vastas naciones turbadas por el aluvión inmigratorio. Afirmando ese exclusivo patriotismo en fuerzas militares y financieras, se presentarán ante los pueblos dominantes como útiles factores de equilibrio continental.

Conviene no exasperar, con injusto orgullo, ese nacionalismo. Para los profesores de la nueva doctrina, el amor a la patria se transforma en agresiva megalomanía. Un libro anónimo defendió la originalidad de la "raza chilena", derivada de lejano tronco gótico, halló en los defectos de la pronunciación del pueblo araucano signos de noble abolengo y estableció curiosísima filiación entre chilenos y germanos. Para Manuel Gálvez, ninguna literatura americana iguala en variedad y en riqueza a la argentina. Escribe Luis Alberto de Herrera, de la democracia oriental: "nuestra raza es la flor de las razas americanas; ningún núcleo continental la excedió en desesperaciones redentoras; nadie ha sembrado más sangre honrada en el surco de las instituciones libres". Y José Ingenieros, en un libro notable sobre la evolución sociológica argentina, * declara que sólo a su patria corresponde por "su extensión territorial, su fecundidad, su población y su clima templado, el ejercicio de la función tutelar de la futura raza neolatina en el continente sudamericano". Ciertamente, el nacionalismo es una dirección necesaria en la política y en la vida nacional. Como la conciencia en los organismos, unifica y define la personalidad. Opone a la difusa realidad exterior enérgicos centros de acción y reacción. Con el crecimiento material y espiritual, surge esta invencible afirmación de la autonomía conquistada. Núcleos diversos, aisladas capitales, han constituido, en la América hollada por sucesivas invasiones, patrias celosas de sus fueros.

Este sentimiento de independencia puede desarrollarse contra el inmigrante que fecunda la tierra o el americano que vive más allá de los límites territoriales de la nacionalidad. La primera tendencia combate el vago cosmopolitismo y crea una cultura y una industria castizas. A la edad de imitación en lo intelectual y en lo económico, al período colonial, sucede así la época de necesaria libertad. Es el término deseado de la actividad americana. Primero, la sumisión a presiones extranjeras; después, la originalidad. Este oportuno nacionalismo es peligroso por los excesos que engendra. El Continente necesita de inmigrantes y capitales. Europa se los envía pródigamente. El colono enriquece su nueva patria y depura la raza. ¿Cómo

* *Sociología Argentina*, Madrid, 1913.

cerrar al activo invasor las puertas de la nacionalidad? La débil densidad demográfica impone invasiones exóticas: nadie detiene la periódica corriente humana que avanza a conquistar el desierto. Y si en las regiones orientales, en el Plata y en el Brasil, llegara a detenerse la inmigración de obreros ambiciosos, en el occidente americano, en el Perú, en Bolivia y Chile, en los países del trópico, el extranjero sería siempre el colaborador necesario del resurgimiento nacional. Donde pueden convivir cien millones, sólo ocupan el territorio tres millones de hombres: vastas soledades esperan al dominador. Para poblar la sierra inhabitada o la costa desierta, estimulan gobiernos tutelares la invasión inmigratoria. El extranjero vence lentamente el desequilibrio entre la tierra y el hombre.

Conviene encauzar la invasión, impedir la formación de colonias hostiles, de pequeños Estados dentro del Estado. Corresponde esa tarea al nacionalismo vigilante. Distintos y prolíficos, amenazan los negros la unidad de raza en Estados Unidos. En Europa se oponen a la unidad de la patria grupos coherentes incrustados en la nación, lo mismo los polacos en Rusia y en Prusia que los catalanes en España o los irlandeses en el Reino británico. Disuelven el vínculo político o detienen la unificación necesaria. No puede tolerarse en el Nuevo Mundo la formación de colonias rusas o germanas, japonesas o judías que agreguen a la anarquía nativa un nuevo fermento de discordia. Lentamente se transforman esos obscuros centros de resistencia en factores de disgregación. La América ha fundido las razas más diversas y debe continuar en su vasto laboratorio de hombres, su obra eficaz.

Siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, atraerá inmigraciones de razas afines. Al italiano proletario prefieren los yanquis el irlandés asimilable, mientras que para los americanos del sud, españoles y gentes diversas de Italia constituyen la colonización preferida. Con elementos semejantes se forma el conglomerado de diamantina resistencia. El Nuevo Mundo hostil a determinados invasores, puede recibir sin pueriles reservas al inmigrante de sangre española, de religión católica o de tradición latina. Contra ellos una política de exclusión recordaría la extraña ambición del tirano paraguayo: formar una patria silenciosa y reclusa, cerrada a los vientos del mundo.

Aunque se pudiera detener la corriente de útiles colonos, invadirían estas tierras nuevas, capitales e ideas, sutiles inmigrantes. No hallamos, en los países más avanzados de América, en la Argentina y en el Brasil, los caracteres de una civilización original. Imitan las grandes ciudades el fausto de las metrópolis europeas; modas y libros llegan del Viejo Mundo magistral. El arte, la literatura, la filosofía nacionales suponen una larga gestación, y si los Estados Unidos no han podido renunciar a la influencia intelectual de Europa, las naciones del Sud todavía son colonias intelectuales donde lentamente florece una literatura castiza. La invención nacerá, como enseñaba Tarde, del entrecruzamiento de las imitaciones. Multiplicando las ideas exóticas, uniendo a las influencias francesa y española otros modelos, el lirismo inglés o el realismo ruso, el pragmatismo sajón o el idealismo me-

tafísico de los germanos, prepararemos la originalidad futura mejor que estrechando el horizonte ideal de las escuelas e ignorando repentinamente la diversa producción europea.

El capital extranjero que vence al desierto con rieles eficaces e improvisa ciudades frente al mar civilizador o funda industrias que favorecen la independencia económica, no puede ser desterrado del nuevo mundo español. El ha creado en la América informe la civilización: primero, la autonomía y después la paz social. Calibán sumiso que llegaba de la *City* omnipotente o de París tacaño, llamado por los primeros servidores de Ariel en ultramar: Miranda, Bolívar, Rivadavia. El paso de la época de anarquía militar a la edad industrial, se dio siempre merced al impulso del banquero o del industrial pacificador. Los intereses creados que establece la paz son obra de la áurea invasión.

La independencia económica, sin la cual es precaria la autonomía política, sólo puede fundarse en el ahorro fiscal, en la acumulación de reservas financieras que constituyan un capital nacional. Temen economistas alemanes, como Hillebrand, que dentro de veinticinco o treinta años, los pueblos nuevos de América se basten a sí mismos: exportan profusamente y satisfacen, con productos de fábricas flamantes, a las necesidades nacionales. Alejando el término de tan optimista vaticinio, diremos que dentro de un siglo, se invertirán quizá los términos del intercambio mundial. La Europa industrial, pletórica de hombres, no podrá pagar las importaciones agrícolas de los grandes países de América en pleno desarrollo manufacturero: se vaciarán las arcas de sus bancos en cambio de frutos que antes adquiría con el producto de sus industrias prósperas. Declinará la riqueza acumulada en siglos de previsión y de ahorro y se enriquecerá la América a expensas del Viejo Mundo decadente.

Si la escuela plasmante, si el lenguaje que uniforma las mentes, y el culto de la historia que prolonga en el pasado legendario las raíces del patriotismo, son las bases de un nacionalismo previsor, la protección a las fábricas, a las industrias, a las modas castizas preparan, frente al extranjero, la completa independencia de los Estados americanos.

Pero, allí se detiene la obra nacionalista. Necesaria contra la tutela exótica, tórnase nefasta dentro del Continente. Facilitando divisiones y enervando vínculos hereditarios, prepara la conquista extranjera. Destruye la autonomía que pretende fundar. Existe en América, una unidad superior a los límites que separan naciones y a previsorios antagonismos o celos regionales: unidad de lengua y composición social, de religión y tradición que Europa ni Asia presentan. Un patriotismo agresivo contradice esta unión moral que es la gran originalidad del Nuevo Mundo. Impone la paz armada y agota por consecuencia, la fortuna pública en pueblos sin reservas fiscales. Crea perpetuas inquietudes donde el desarrollo nacional exige una larga paz. Sugiere imperialismos simiescos a pueblos sin exceso de hombres, sin industrias expansivas, sin comercio invasor. Europa se agita en perpetuas querellas, Asia presenta junto a naciones libres vastas colonias, Africa

es un continente dominado por grandes naciones imperialistas: contraria a estos mundos discordes, se presentará una América formidable, si las naciones que la habitan no olvidan comunes intereses y tradiciones seculares.

En el Viejo Mundo, se renuncia al aislamiento por medio de alianzas y de *"ententes"*. Donde ni la religión ni la lengua ni las tradiciones ni las razas ni el régimen político son uniformes, sueñan los utopistas con la constitución de los "Estados Unidos de Europa". Buscan activamente, en el seno de las divergencias, el equilibrio, la paz, la unidad. Los socialistas aspiran a fundar la vasta patria europea en los intereses de una clase social. Unión quieren los pensadores europeos ante el peligro asiático, y en lo pasado sólo hallan clamores de invasión y de guerra. Todo es hostil en la realidad y en la leyenda. En América, donde todo clama por la congregación de entidades semejantes, se lucha por la división, se vuelve al caos.

Los Estados Unidos afirman la antigua unidad. Las pequeñas colonias del Atlántico forman una inmensa nacionalidad que concilia la autonomía de los Estados con la firmeza de la unión americana. Si, en el Sud, cultivan las democracias fraternales hostiles sentimientos que pueden convertirse en tradiciones; si confunden, en el mismo odio, cosmopolitismo y americanismo, sobre las ruinas de un continente anarquizado se levantarán dos o tres naciones hostiles a su propia casta y avanzará a castigar su estéril egoísmo la fuerte república sajona.

Los pueblos en progreso deben contribuir al desarrollo de las naciones afines, menos ricas o menos cultas. Es una faz de la solidaridad continental. En la conquista de la libertad, se unieron hasta vencer al dominador. Realizada la independencia política, reclaman otras tareas el esfuerzo concorde de veinte naciones. La casualidad geográfica, el esfuerzo de la raza o la protección de deidades elementos han conferido a determinados pueblos la hegemonía moral o material. En esa vasta experiencia política, han conquistado algunos Estados eminentes posiciones. ¿Por qué no se empleará el oro argentino o brasileño en ferrocarriles chilenos, bolivianos o peruanos? Hoy envían algunas repúblicas instructores militares a los ejércitos de otros pueblos americanos: conviene unir al oficial el maestro, el conferencista, el administrador, el médico, el estanciero o hacendado. Son "catecismos edificantes", según la frase de Alberdi, ejemplares humanos de un pueblo semejante. La escuela o la universidad, la minería o la ganadería, las industrias, el ejército, la marina se desarrollan diversamente en estos pueblos, afines en armonía, con la riqueza, con la población, con las condiciones del territorio: utilizan la experiencia europea, la adaptan a las necesidades nacionales hasta conquistar efectiva preeminencia. En vez de pedir maestros y técnicos a Europa y Estados Unidos, podemos ya solicitar de pueblos americanos la instrucción necesaria. Allí encontramos la ciencia explicada en nuestro propio idioma y desarrollada en relación con las necesidades de un país de la misma raza y tradición.

El nacionalismo debe conciliarse con el americanismo, el desarrollo autónomo de las diversas patrias con lineamientos definidos de unión moral.

Pactos de limitación de armamentos como los que unen a la Argentina y Chile, la solución pronta de viejos pleitos de fronteras, la multiplicación de los ferrocarriles internacionales, los vínculos intelectuales y económicos impiden la funesta disgregación. Ante el extranjero que explota las riquezas nacionales, se explica la hostilidad o la reserva; dentro del continente, la xenofobia aplicada a pueblos semejantes es un empeño suicida.

LIBRO III

LA AUTONOMIA

LIBRES EN EL orden político continúan las repúblicas americanas su vida parasitaria. Son colonias en el orden intelectual y moral. No ha terminado aún la lucha por la independencia. Se imita en política y en literatura, se importan ideas y modas, los códigos y las artes son reflejos de la obra europea y norteamericana. El oro extranjero domina en las finanzas, los libros llegan de París, importadas máquinas sirven a la industria incipiente, conflictos sociales y conflictos dramáticos parecen la reproducción apresurada de ajenas inquietudes y de teatros lejanos. Contra semejante dependencia defendemos, en religión, en sistema de gobierno, en letras, en educación, una progresiva autonomía.

CAPITULO I

La Religión Americana

Venció a las teogonías indígenas un credo extranjero y fue el catolicismo la religión del Nuevo Mundo español. En los desolados templos del sol se levantaron íconos, y en los rojos altares aztecas se celebraron sacrificios incruentos. Se bastardeó en la lucha con los americanos la creencia extraña, y la nueva Iglesia asimiló en curiosa síntesis todas las tradiciones. El indio practica un culto semipagano, confusión de dos religiones. En las clases populares se simplifica la fe católica: es adoración de santos tutelares y de genios maléficos. En las castas dominantes de criollos y mestizos, se con-

vierte en credo elegante, aristocrático, institución de Estado y fórmula necesaria para los grandes actos de la vida civil. La vida ha sido dominada por la religiosidad hereditaria: moral privada, código social, luchas políticas, todo lo explica la antigua fe. Es rito indispensable, es solución providencial al drama de la vida que pide la pereza criolla. El catolicismo, credo heredado de los españoles, molde secular en que se forman las nacionalidades, infunde convicciones idénticas, actitud uniforme ante la muerte, crea un culto pomposo y nuevos funcionarios. No hallamos en Ultramar un escepticismo elegante, una religión puritana, ni un misticismo como el español, que da intensidad a la vida y vigor a la acción. Adecuado al alma criolla incapaz de continua exaltación, el catolicismo americano es religión tímida y oficial.

El clericalismo y el anticlericalismo fueron igualmente funestos en la historia de estas democracias latinas. Agregaban a la inestabilidad política una nueva inquietud. Comunicaban un ardor jacobino a las guerras civiles. A aquellas contiendas que ensangrentaron a Colombia, al Ecuador, a México, sucede hoy la indiferencia en el orden religioso. Fatiga de batallas estériles o resultado inmediato de la lucha por la riqueza.

Asistimos a la decadencia de la religión tradicional. La Iglesia se convierte en institución burocrática. Los conventos atraen únicamente a las clases inferiores. La robustez de las convicciones creadoras, que es la fuerza de los hombres bíblicos de Norteamérica, la preocupación del destino humano, el sentido trágico del deber, la conciencia de la seriedad de la vida no turban al catolicismo americano, sensual y linfático.

En el orden económico y político esta indiferencia religiosa es causa de indecisión en las opiniones, de odio a las ideas y de inmoralidad. Los hombres educados por España tenían convicciones rigurosas en moral, en religión, en política. La decadencia de la fe unida a la extensión del mestizaje, explica la flexibilidad moral de las nuevas generaciones. Falta un credo a estas repúblicas indiferentes; las antiguas costumbres estaban ligadas a una religión severa; en ella encontraban explicación y sanción. El abandono del catolicismo en democracias sin cultura moral es la regresión a la barbarie.

Se ha adaptado, pues, la religión secular a la vida americana. Nuevo ejemplo de esa admirable flexibilidad del catolicismo que explica su fecunda vitalidad. Ha perdido su rigidez cristiana para convertirse en suntuoso credo de una raza imaginativa y sensual. Se ha desarrollado viciosamente el culto externo en pueblos que no sienten el tormento de la duda ni el entusiasmo de la fe. El credo secular es allí un instrumento de unidad política: enseña el respeto a las jerarquías, el orden necesario; predica una moral, suiere una esperanza; condena la anarquía y une las castas sociales. A esa función histórica se agrega su acción necesaria hoy, ante los avances del industrialismo.

Un franco renacimiento de la fe antigua será útil a la moral de las clases dirigentes y a las direcciones de la evolución económica. La conquista de lo útil apaga en las fauces satisfechas la sed de lo infinito. La

riqueza transforma a los pueblos de América, es la base del orden interno, del desarrollo político, del crédito nacional. Empero, ¿favorece la cristalización de una moral, se opone a la corrupción administrativa, al despilfarro fiscal?

En los Estados Unidos, el puritanismo tradicional es la perpetua defensa contra la inmoralidad plutocrática. En el Sur latino sólo una fe renovada y profunda puede dar a las riquezas acumuladas un sentido nacional. Una América sierva de Calibán, sin perspectivas ideales, fríamente atea por pereza mental o indiferencia, sería un inmenso continente mediocre, que podría sumergirse, como la Atlántida, sin dejar en los anales humanos el recuerdo de una sagrada inquietud, de una teogonía, o siquiera del ateísmo apasionado y de la duda trágica.

Comprendieron siempre los grandes políticos americanos que el catolicismo estaba profundamente vinculado a la nueva raza. Bolívar llegaba a la intolerancia en su afán conservador. Y cuando Portales en Chile, Francia en el Paraguay, García Moreno en el Ecuador, y Núñez en Colombia quisieron vencer la anarquía y crear estables democracias, soñaron con la fundación de repúblicas cristianas. Querían que la Iglesia fuera esencialmente americana Guzmán Blanco ambicionaba una religión venezolana ligada al Estado paternal. Según la tradición española, eran los presidentes generosos tutores de la Iglesia. El regalismo conquistó a clérigos y a doctores, y ante Roma defendieron juristas sutiles los privilegios de la Iglesia americana. Fue condenado un gran polemista peruano, Vigil, quien, sin abandonar el sacerdocio, escribió libros eruditos contra las ambiciones del poder eclesiástico.

En el rito, en el precepto, se había modificado el catolicismo americano. Eran más flexibles sus disposiciones *, más tolerante su espíritu.

Persiguiendo la misma adaptación a las costumbres del Nuevo Mundo, reformadores celosos pretendieron despojar al catolicismo de su carácter internacional. Exigieron en Centroamérica enérgicos dictadores el juramento de fidelidad al clero y suprimieron el celibato eclesiástico. Consideraron otros políticos que el Trópico es hostil a la rigidez del celibato y, como protesta contra la abundancia de familias irregulares que forman los curas en las sierras solitarias de América, impusieron el matrimonio a los sacerdotes. Fracasó aquella rebelde tentativa, pero aun hoy subsiste el patronato que une profundamente la Iglesia al Estado; y la protección al clero nacional, que es el desiderátum de muchos políticos, contribuye a americanizar el credo nacional.

No podrá exagerarse esa tendencia, porque el catolicismo, heredero de la ambición romana, une a todas las razas y sólo tolera débiles privilegios. En la unidad de la Iglesia universal se disuelven todos los provincialismos. Pero, dentro de esa necesaria uniformidad, puede la religión americana

* Duras prácticas religiosas, como el ayuno, se suavizaron, por ministerio de la Iglesia, en los climas enervantes de Ultramar.

preferir los sacerdotes nacionales, a congregaciones extranjeras, perpetuar la suave tutela del Estado que hace de la Iglesia una institución castiza, sustituir los santos, las leyendas y las tradiciones del Continente a una milagrería importada.

En los Estados Unidos, un movimiento condenado por la Iglesia, el "americanismo" del Padre Hecker, pretendía dar a la religión romana nuevos caracteres impuestos por la vida yanqui. Una creencia más activa, más tolerante que el catolicismo europeo, en el que el dogma desterraba a la acción, surgió en el seno de una raza enérgica, y, a pesar de la oposición de Roma, hoy mismo repudia la fe de los norteamericanos, las bizantinas discusiones teológicas, y aspira a fraternizar con todas las sectas cristianas que luchan en contra del materialismo invasor. Un agudo observador, Henri Bargy, llama *positivismo cristiano* a esta fusión de morales activas, y halla en esa «escuela de energía práctica» el sincero deseo de luchar por el bien, olvidando sutiles investigaciones sobre el dogma. Cabe también en el Sud latino un limitado americanismo religioso.

Necesitan repúblicas de nuevos pobladores. Una Iglesia intolerante se opondría al desarrollo económico. El catolicismo es el credo de la colectividad política, pero los inmigrantes traerán nuevos cultos que es preciso respetar. La libertad de conciencia y de cultos son artículos necesarios a las constituciones americanas. Atraen al colono extranjero y desarrollan el sentido de la tolerancia.

No se opone a la existencia de una religión nacional esta libertad de creencias. Lucharán las doctrinas diversas en las futuras democracias enriquecidas por inmigrantes. Es preferible la querella religiosa que promueve ideas y afirma convicciones a la plebeya quietud de las almas indiferentes. Privilegiada e inviolable, la Iglesia americana se debilita. Engendra odios jacobinos, disputas con el poder civil, un clericalismo estéril. La libre discusión religiosa, dentro de la más perpetua tolerancia, despojará al catolicismo de ritos parásitos para convertirlo en religión activa y conquistadora.

Ni Iglesia privilegiada ni Iglesia separada del Estado: tal parece el ideal americano. Cuando, a ejemplo de los Estados Unidos, se ha buscado el divorcio entre las dos grandes fuerzas sociales, eclesiástica y política, ni ha sido perpetuo tal alejamiento, ni verdadera la libertad de la Iglesia en relación con los gobiernos hostiles a la idea religiosa. Espontáneamente se unen de nuevo ambas influencias, y el Estado, según la tradición latina, usa del catolicismo como de un seguro instrumento político.

Alberdi pensaba que el protestantismo es la religión de las repúblicas. Un joven crítico uruguayo, discípulo de Ruski, Alberto Nin Frías, propaga en América la religión del individualismo y del deber austero. Cree en los beneficios de una Reforma protestante. Pensaba Juárez, que el indígena mexicano hallaría en esa religión, idólatra de santos y de curas voraces, una vida moral superior, el sentido de la obligación y del esfuerzo.

Si es benéfica la discusión religiosa y la variedad de credos y teologías cuando la política no se convierte en lucha dogmática, en la América inquieta, donde coexisten tantos elementos de discordia, la batalla religiosa sería, como en Colombia y Chile, seguro agente de disolución o regresión. No es tampoco el protestantismo religión adecuada a estas democracias sometidas a una disciplina católica tres veces secular. Ha perdido la raza el antiguo individualismo que inclina a la fe protestante, y la austeridad calvinista o puritana es extraña a la imaginación tropical y a la castiza sensualidad.

Aun en los conquistadores americanos domina la educación de la Iglesia: son intolerantes y dogmáticos, católicos al revés, rojos inquisidores. Lo ha explicado Unamuno, profundo observador de la tradición española. La inteligencia americana es católica, en religión y en política. No se concibe la conversión en masa de un continente español y latino a una religión extranjera por su individualismo, por su ardor místico y por su tristeza.

Juan Enrique Lagarrigue, en Chile, y algunos positivistas de México y del Brasil, predican en América la religión de Augusto Comte. Adoptan el culto de la humanidad, el calendario y los santos del positivismo. Es impopular este esfuerzo en América. Olvidan sus apóstoles que el positivismo integral es un catolicismo sin dogmas, mero cambio de ritos y de fetiches. Estas democracias inclinadas a endiosar caudillos, no aman a los grandes hombres lejanos de la religión de Comte. Prefieren símbolos tangibles y ritos sensuales. El renacimiento religioso únicamente podrá realizarse dentro del catolicismo, religión tradicional, matriz de ideas y costumbres, imponente presión a la que no escapan ni el indio servil ni el español hidalgo.

CAPITULO II

La Educación y el Medio

Un "baño de realismo" pedía un gran maestro francés para la pedagogía nacional. En Alemania, a la instrucción clásica, que forma eruditos y filólogos, se agrega, en las *realschule,* una enseñanza práctica adaptada a un siglo industrial. Las transformaciones del medio se reflejan en estos grandes cambios de escuelas y programas. En América, la conquista de la tierra y la apresurada creación de la riqueza, exigen también una pedagogía realista. El clasicismo no es allí profunda tradición, ni constituyen elocuentes doctores el ideal de pueblos embrionarios.

El clero ha gobernado con universidades y escuelas. Ha enseñado con silogismos. Fueron sus discípulos en sutileza los abogados y los políticos. Filosofía escolástica, teología, retórica, ciencias en reducido cuadro, derecho natural, derecho romano, representan desde el siglo XVII hasta la primera mitad del siglo XIX, las predilectas disciplinas de la juventud elegante.

Hallamos en esa enseñanza todos los vicios de la educación latina analizados por el doctor Gustavo Le Bon: el memorismo, el menosprecio de la observación, cultura literaria sin profundas bases clásicas, dogmatismo, fácil retórica, ausencia de educación del juicio y de educación de la voluntad. El enciclopedismo es hasta hoy el vicio dominante en los programas. Abundan universidades y faltan escuelas. Las profesiones liberales conquistan a las antiguas familias y a la burguesía enriquecida en la industria y el comercio. El título de doctor, no sólo en medicina, sino en jurisprudencia y ciencias sociales, se convierte en suprema ambición de la juventud. Nuevos mandarines, aspiran los doctores a la política y a la burocracia. Gozan de todos los privilegios en el orden civil, como los coroneles en el orden militar. El diploma universitario es símbolo de sabiduría y de virtud. El doctor en leyes puede ser juez, diputado, hacendista, diplomático, maestro, ministro y presidente.

De ahí que en todos los dominios de la vida americana, la ostentosa improvisación reemplace a la austera preparación científica. Los juristas resuelven con fórmulas inflexibles los diversos problemas sociales. Multiplican constituciones y leyes, extienden el formalismo y transforman la política en juego de sutilezas. El colono práctico se enriquece y explota; el criollo togado, juzga, discute y legisla.

En pueblos que luchan con la miseria y el desierto debe extenderse la instrucción utilitaria. Necesitan de una *élite* directora y de multitudes ávidas de independencia y de riqueza. Tienen ya, como los viejos países de Europa, bachilleres proletarios, abogados y médicos parásitos. Crece la turba de profesionales sin fortuna, y los presupuestos no bastan para alimentarlos. Los hijos de mercaderes e industriales ambicionan también el doctorado: para ellos, la universidad significa ascensión social y aristocracia. No pretenden conquistar posiciones independientes, sino gobernar el país. Les atrae el brillo vano de los parlamentos o el estéril fausto de los ministerios. La política, pues, no representa intereses sino ambiciones. Ha perdido el grave sentido que enseñó Aristóteles. Las nuevas generaciones se olvidan que sólo por el trabajo y la fortuna se conquista la libertad necesaria de la opinión y de la actitud. Renuncian al esfuerzo, degeneran y claudican.

Solamente una enseñanza con base práctica, en abundantes escuelas, puede crear nuevas generaciones independientes. Un pensador portugués, Oliveira Martins, ha dicho refiriéndose al porvenir del Brasil, que "las ciudades marítimas son las mejores universidades, el comercio un profesorado excelente, las escuelas comerciales e industriales son más necesarias que las academias, los ingenieros, geólogos, naturalistas y artífices superan

en importancia a los abogados y teólogos". La instrucción elemental transformará a estas repúblicas analfabetas. Escuelas agrícolas y escuelas industriales, sin carácter universitario, en las que se cultive la voluntad, se enseñe los medios eficaces de adquirir posiciones activas en la vida nacional, se predique el evangelio del esfuerzo, el sentido del deber, la independencia económica como base de la libertad.

La formación del «average man», del ciudadano medio, que preocupa a los sajones, es indispensable en nuestras democracias. A la burocracia excesiva, a las profesiones liberales, se opone esta educación concreta, popular. Herederos de la arrogancia española, son todavía hostiles los sudamericanos a la industria y al comercio. La enseñanza debe condenar enervantes prejuicios, demostrando que con el advenimieno del industrialismo y de una acertada división del trabajo, hay muchas tareas necesarias que contribuyen armoniosamente a la evolución nacional. El antiguo hidalgo aventuraba su vida en las batallas, conquistaba dominios para el monarca, era duro y estoico. No heredan su altivez los doctores sumisos a un caudillo, sino los industriales que consiguen con duradero esfuerzo la riqueza y la independencia.

Defienden el "sentido práctico" muchos políticos y profesores americanos. Pero esta expresión a que atribuyen la grandeza norteamericana tiene, en el Sud, un sentido peligroso. La práctica es el empirismo sin reglas, el buen sentido vulgar o la indisciplinada ambición de dinero y la inmoralidad. Elogian estos maestros de turbia energía la violencia del Far West sajón, donde conquistadores frenéticos se disputan, fuera de la sociedad y de las leyes, el oro legendario.

En débiles Estados tan irregular ambición disolvería la nacionalidad. Fueron hombres prácticos los caudillos que se enriquecieron con la fortuna fiscal, los impuros negociantes que especularon con la deuda pública en México, con el guano en el Perú, con las tierras libres en la Argentina.

El espíritu utilitario, sin ideas científicas, sin ideales, sin disciplina del carácter, es más vicioso y voraz que la burocracia. En las futuras escuelas técnicas se huirá de la educación retórica y se someterán a una disciplina necesaria los futuros industriales. Los hombres que en ellas se formen crearán fortunas en la minería, en la agricultura o en el comercio. Unirán al culto de la profesión el sentido del deber cívico. El extranjero es hoy, en América, enérgico agente de progreso material. A su acción decisiva agregarán las nuevas generaciones el esfuerzo propio.

Se han fundado ya colegios especiales en América, graves institutos que forman semisabios sin iniciativa, y nuevos burócratas. Al exceso de abogados y médicos, corresponde la superabundancia de ingenieros industriales, electricistas y agrónomos. Esta casta es impropia para las pequeñas tareas. En vez de capataces, jefes de taller, modestos agricultores, obreros especialistas, mineros instruidos, abundan los ingenieros orgullosos de su ciencia estéril.

Escuelas de artes y oficios, escuelas elementales en que reciban los industriales, los comerciantes, los agricultores los principios esenciales de las técnicas respectivas, extensa cultura primaria, escasos colegios secundarios, poquísimas universidades necesita la América española. Invirtiendo el orden del desarrollo humano, ha querido primero filosofar y soñar, después vivir. Es necesario recordarle el *primum vivere* de la sentencia clásica. La transformación industrial necesaria se ha de operar en modestas escuelas, en *realschule,* de imitación alemana.

Inquieta a espíritus perezosos la inmoralidad que puede engendrar esa férvida lucha por la riqueza. Pero, ¿será mayor la corrupción del industrialismo que las depredaciones de los burócratas y de los caudillos? En Inglaterra, en los Estados Unidos y en Alemania, el progreso industrial ha creado la grandeza pública, y en la dureza de las nuevas batallas reinaron alguna vez el vértigo, la impureza y la crueldad. Son aspectos ineludibles del avance humano. Surgirán en América civilizaciones turbias y tumultuosas, fatal etapa de trabajo, competencia y escándalo. Es brutal y sangrienta la conquista del oro, como en la leyenda wagneriana. En la evolución del Nuevo Mundo, Tiro y Cartago precederán a Atenas y Roma. Dominada la tierra, construida la fortuna nacional, vendrán las complicaciones, el lirismo, la filosofía, la euritmia de los mármoles, y, en una hora que soñamos lejana, el verde jaspeado de la decadencia que evocaba Gautier. Tal es el destino universal de las naciones.

Por virtud de ese desarrollo lleno de grandeza y de impureza, las mediocres repúblicas se transformarán lentamente en naciones fuertes y ricas: se habrá complicado la organización interior, se habrán creado intereses durables, grupos independientes, industriales, comerciantes y banqueros, clases conservadoras y clases medias. La educación práctica, limitando la extensión de la burocracia y de las profesiones inútiles; la educación moral y cívica formadora de caracteres; la educación del juicio en vez del vano enciclopedismo, darán al Nuevo Continente elementos de sólida grandeza.

No se forman modernas democracias bajo la acción de negociantes y banqueros. Una aristocracia tutelar preside al desarrollo nacional. La formación de esa élite es, pues, tan necesaria como la educación de la multitud, principalmente en América, donde no existen tradiciones políticas ni antiguos cuadros inviolados. En todas partes suceden a los antiguos estadistas improvisadores temerarios; y emergen de la mediocridad plebeya, por la acción de las revoluciones o incapacidad de las antiguas clases dirigentes, administradores ignaros, incultos pedagogos, hacendistas que sólo dirigieron estancias o *fazendas.*

Una degeneración lamentable es el resultado de semejante usurpación de las funciones públicas. No hallamos en los directores la persistencia de un largo esfuerzo, la nobleza de un firme ideal, la vocación para el gobierno, el fervor de un patriotismo consciente. Si perecen estas repúblicas en un continente magnífico, se explicará su bancarrota no por la

pobreza de la tierra o la hostilidad de pueblos conquistadores, sino por la mediocridad de sus políticos.

Ciertamente, es más difícil en los pueblos nuevos la dirección de los negocios públicos. Carecen de esas históricas direcciones que imprimen tanta armonía al desarrollo europeo. La tradición por todos respetada en las viejas naciones es, en América, olvidada enseñanza o herencia española contra la cual reaccionan orgullosas democracias. Todo está por crear: leyes, instituciones, política interna y externa. La antigua barbarie combate los débiles fundamentos de la nacionalidad, y, sin embargo, inconscientes hombres de gobierno, sin seriedad y sin ideal, ambicionan dirigir estas repúblicas informes. Figuran en el parlamento a los veinte años, en la diplomacia y en los ministerios a los treinta. Legislan y disertan con viciosa precocidad.

Funciones y profesiones se confunden: el hacendista enseña filosofía griega, y el diplomático ocupa un sitial en las cortes de justicia. Es el reino de la improvisación agresiva. Contra ella deben luchar las universidades, creando especialistas y formando la futura aristocracia intelectual. Como las cuestiones económicas superan en importancia a los otros problemas, urge educar doctores en finanzas que sepan establecer un régimen tributario, dar provechosa aplicación a los frecuentes empréstitos, discutir las ventajas del proteccionismo, establecer el presupuesto nacional y organizar la recaudación de los tributos. Junto a ellos, especialistas en diplomacia, en administración, en enseñanza, formarán el grupo necesario de consultores técnicos utilizados por los gobernantes.

Abundan literatos en las democracias de Ultramar y faltan especialistas. En la evolución nacional, la decadencia llega antes de la madurez, precede el bizantinismo a la riqueza y a la fuerza. Esas generaciones de poetas y estilistas innecesarias en pueblos semicultos, sufren un melancólico destino. La implacable Némesis las obliga al ostracismo como si quisiera demostrar que el refinado culto de la forma sólo conviene a naciones enriquecidas y vigorosas. Ejercen altas funciones estos escritores: condenan a los tiranos y exaltan la belleza. Pero, la abundancia de prosadores y poetas, y el escaso número de técnicos, administradores y hacendistas se opone al progreso americano. No olvidemos que si la mediocridad es siempre utilizable en los puestos burocráticos, al arte y a la filosofía sólo debe llegar la superioridad indiscutible:

Mediocribus esse poetis
non di, non homines, non con cessere columnae.

En síntesis, un doble movimiento de cultura de las clases superiores y de educación popular transformará a las naciones hispanoamericanas. La instrucción de la muchedumbre en escuelas de artes y oficios, la superioridad numérica de ingenieros, agricultores y comerciantes sobre abogados y médicos; especialistas en todos los órdenes de la administración, hacen-

distas de seria cultura, una élite preparada en las universidades, poetas y prosadores resultado de severa selección: tal es el ideal para nuestras democracias.

CAPITULO III

La Transformación Social

En el orden social, América no copia a los pueblos feudales de Europa, a las despóticas monarquías de Asia, a reyecías constitucionales o colonias sumisas. Es un continente original. No existen allí graves tradiciones ni clases ligadas a un orden secular, ni un inmenso proletariado que anhela reformas quiméricas. Libres pueblos hostiles a toda firme jerarquía pueden constituir, en el Nuevo Mundo, verdaderas democracias.

La independencia política respetó las formas sociales: las oligarquías disfrutaron siempre del trabajo de los esclavos, y en las graves mesetas se escuchó la melodiosa protesta del indio contra los dioses inclementes. Entre 1850 y 1860, se suprime el tributo del indio y la servidumbre del negro. Doctrinas igualitarias preparan la mezcla de todas las razas. La revolución de 1848, que amenazó a los reyes en Europa, fundió las castas en América. Esa confusión democrática impidió la organización de clases sociales. Si las formas políticas americanas presentan curiosa complicación, es simple la constitución social. Estas repúblicas, admirables en el orden doctrinal, son extremadamente imperfectas en cuanto a sociabilidad. Ni una aristocracia con seculares privilegios, ni una clase media ambiciosa, ni la oposición entre los intereses agrícolas e industriales, o una multitud asalariada que combate a la burguesía enriquecida. Un partido importante que ambiciona los puestos burocráticos, una multitud analfabeta, tal es, en la ausencia de jerarquías históricas, el informe cuadro social. Sólo la riqueza separa a los hombres y crea divisiones provisionales, aun en la Argentina, escribe Manuel Gálvez, donde "la veneración fetiquista hacia el dinero reemplaza el culto de los valores morales e intelectuales".

Marqueses peninsulares, doctores llenos de criolla ambición, diversas castas sociales, cabildo liberal y audiencia conservadora, formaban, en las colonias americanas del siglo XVIII, sociedades complicadísimas. A fines del siglo XIX, ávidas plutocracias, burócratas y obreros, simplificaron el cuadro tradicional. ¿Será más republicana tan pobre formación social que aquel vasto escenario de pasiones e intereses hostiles?

La Revolución impuso a América un ideal: la democracia igualitaria. No discutimos la excelencia o el error de tal empeño; no podemos negar,

sin embargo, su originalidad. Frente al pasado colonial o a la Europa teocrática, surgían naciones de fervoroso liberalismo. Pero, en el Continente todavía desierto no pueden constituirse verdaderas democracias. Una escuela sociológica francesa * ha demostrado la influencia de la densidad social, de la cantidad de unidades humanas, en el desarrollo de las ideas igualitarias. Con el crecimiento de la población se complican las relaciones humanas, y esa complicación engendra ideas y costumbres democráticas. Entre la expansión del igualitarismo y la extensión de los grupos sociales, escribe el señor Bouglé, "parece que existiera una coincidencia constante". En la vida romana se oponen patricios y plebeyos, persiste una áspera jerarquía. Cuando se extiende la influencia política de la gran ciudad ambiciosa y domina a gentes innúmeras, nace el derecho natural y concede un emperador a sus súbditos la igualdad civil. A medida que en las aglomeraciones urbanas y en los pueblos densos, trata cada persona con mayor número de diversas gentes, abandona los prejuicios de clase, "piensa la humanidad", concibe la igualdad de los hombres. Las grandes ciudades democratizan, y ya escribía Benjamín Constant, citado por el sociólogo francés, que, en los Estados poblados, disminuye la importancia política de cada individuo.

¿No es sugestiva esta observación desde el punto de vista americano? La democracia depende en el Nuevo Mundo, del aluvión inmigratorio. No sólo diremos con Alberdi "gobernar es poblar", sino también "poblar es democratizar". El caudillo, el oligarca, perderá su excesiva influencia en densos territorios. El pequeño grupo cerrado que gobierna, se renovará con el concurso de nuevas gentes enriquecidas. Serán más flexibles las jerarquías, efectiva la democracia. El inmigrante, más enérgico que el criollo, se adapta a la nueva patria americana, se eleva socialmente; sus nietos intervienen en la política, son ministros, terratenientes, banqueros. Clases agotadas que pierden su influencia política y moral, nuevas generaciones que conquistan las posiciones de aquéllas, orgullosos patricios, libre ascensión social, equilibrio entre el progreso y la tradición, entre las fuerzas de conservación y los agentes de renovación, ¿no es éste el ideal de antiguas y modernas democracias?

Como en los Estados Unidos, gobiernan la América española plutocracias ávidas. Pero esta casta ambiciosa de monopolios comprende en el norte sajón su deber social. Los multimillonarios yanquis protegen la instrucción, dotan universidades y colegios, premian el esfuerzo, el valor y la virtud. Según una noble doctrina sobre la función civilizadora de la riqueza, no se creen propietarios de ella a la manera romana, sino depositarios de la fortuna común. Concentran en sus manos una energía derivada de la industria o de la tierra, que ha de volver a la nación creadora convertida en obras de cultura y de belleza.

* Cf. Durkheim. — *De la división du travail social Paris,* 1893. Bauglé. — *Les idées Egalitaires,* Paris, 1899.

Ignoran esta acción trascendente los millonarios hispanoamericanos. Mejoran a veces a la Iglesia, a las órdenes monásticas; y su riqueza, que no se debe al esfuerzo propio, sino al admirable desarrollo de la tierra, al concurso de los inmigrantes, a protecciones fiscales, permanece estéril desde el punto de vista nacional. No han fundado cátedras, creado universidades y premios literarios, o escuelas para indígenas. Es limitada y mezquina su ambición. Quieren el poder por el poder, presiden orgullosamente la vida monótona de ciudades provinciales.

Semejantes plutocracias, que nada crean en el país, son peligrosas. Un escritor del Brasil, Silvio Romero, las llama *oikocracias,* porque reposan sobre el antiguo concepto de la familia con sus parientes y adherentes, a imitación de los clientes romanos. * Un cuadro de Watts presenta a Mammón, de testa vulgar y abultados músculos, sentado en trono macizo que aplasta a dos mujeres armoniosas: la virtud y la belleza. Bajo la pesada autoridad de los nuevos oligarcas de América pueden ceder las débiles bases sociales, la tradición, la alta cultura, la integridad moral de los antiguos patricios. Siempre dominaron castas en América, militares después de la independencia, conservadoras en Chile y Venezuela, más castizas que este grupo plutocrático enamorado del cosmopolitismo y del fausto europeo. Las arcaicas familias sólo conservan su prestigio cuando poseen riquezas.

Una clase media educada, económica, independiente, sin el egoísmo de las clases ricas ni la violencia de los demagogos, está destinada a conquistar las posiciones usurpadas por estrechos grupos, a ser todo, como el Tercer Estado francés, después de haber sido nada. La fortuna irá pasando de antiguas a nuevas manos, como las antorchas de la leyenda clásica, y en la tabla de valores humanos, el arte, la inteligencia, la cultura vencerán a la fortuna improvisada y al ostentoso rastacuerismo.

En Chile, en la Argentina, va constituyéndose lentamente esta nueva clase social. La forman los intelectuales de provincias, los hijos del extranjero inmigrante o comerciante, los profesores, los pequeños propietarios. Un historiador uruguayo, el Sr. Bauzá, creía en la necesidad de un tercer grupo "capaz de contrabalancear las aspiraciones de la primera clase social y de la última". Sin él, "el equilibrio desaparece y la anarquía se presenta para recoger el fruto de la victoria". Describe el estado social de estas democracias: —"Ignorancia o despotismo arriba, esclavitud o miseria abajo: he aquí lo que perdió a la Grecia republicana y lo que puede perdernos a nosotros" **. El desarrollo de industria y la riqueza organizaría espontáneamente esa deseada entidad social sin la cual "han de ser inútiles todos los esfuerzos que se hagan para conquistar la libertad política".

Se cumplirán pronto los vaticinios del Sr. Bauzá, aunque no sin graves luchas sociales. La oligarquía imperante funda su poder en la tierra, en vastos "latifundia" lo mismo en la Argentina que en México. Las inmensas

* *Provocações e Debates.* Porto 1910, p. 412.

** *Ensayo sobre la formación de una clase media.* Montevideo, 1876, p. 3 y sigtes.

propiedades, hatos, estancias, haciendas, *fazendas,* están concentradas en pocas manos. Son verdaderos bienes feudales donde obedecen los colonos al señor absoluto. El amo es, en esas vastas extensiones, juez, industrial y gobernante. Tiene guardia propia, impone castigo, es cacique. Tanto el economista argentino Sr. Martínez como el sociológo mexicano Sr. Bulnes, condenan semejante organización de la propiedad. No puede coexistir el régimen democrático con ilimitadas heredades en que abundan tierras inexplotadas. "La agricultura aristocrática no es de las repúblicas", escribe el Sr. Bulnes. * Critica el dominio de esos propietarios terratenientes, naturalmente conservadores y rutinarios, esclavos del clero y de la propia riqueza. Para él, como para el historiador Bauzá, sólo los comerciantes y los industriales forman la clase laboriosa, liberal y enérgica. El gobierno de una sola casta —pueblo envidioso u oligarquía absorbente—, es la más dura de las tiranías.

En algunas repúblicas, en México, en el Perú, en Bolivia, esos *latifundia* perpetúan la esclavitud del indígena. Los "gamonales" explotan a la raza vencida. El desarrollo democrático impone la división de estos grandes dominios. Multiplicar las pequeñas propiedades, aumentar el número de los poseedores del suelo, tal parece el ideal agrario de la política americana. Tal es, también, la ambición radical de Lloyd George en Inglaterra y de Canalejas en España. En América, el impuesto sobre las tierras no cultivadas, los préstamos hipotecarios que facilitan al colono la adquisición de pequeñas heredades, el desarrollo de todas las fuerzas productivas, de la industria, del comercio, de la minería, contra el monopolio político y social de los agricultores, son eficaces medios de resolver el problema social. La inmigración crea rápidamente, en la Argentina, en el Brasil, la transformación democrática. Quizá se realiza, en viciosa forma, el cambio esperado. En la primera, por ejemplo, no se divide la propiedad, sino que los terratenientes venden grandes estancias a compañías extranjeras que pueden constituir un peligro nacional. Se evita un mal social y nace un amenaza política. La conservación de la tierra para los americanos es el primer deber de un nacionalismo previsor.

No existen en el Nuevo Mundo fuertes clases conservadoras. Las antiguas familias de colonial abolengo, los descendientes de los fundadores de la Independencia, los hijos de los presidentes y grandes funcionarios forman, a falta de una nobleza organizada en clase social, la actual aristocracia. Falta a su acción un ideal. Fácilmente abandona las posiciones adquiridas y acepta en su seno a los hombres enriquecidos, sin discutir el origen de la fortuna o de la familia. Una confusa plutocracia se sustituye así a la nobleza esencial: sólo la aparición de una clase media coherente podrá obligarla a depurar sus elementos constitutivos y a representar, en inciertas democracias, una austera tradición. No de otro modo, piensa Georges Sorel, surgirá de la lucha con el proletariado, más pura y más activa la burguesía europea.

* *El porvenir de las naciones hispanoamericanas,* p. 280.

En suma, civilizar es complicar, y conviene a estas naciones uniformes la organización de diversas clases que trabajen armoniosamente dentro de la unidad nacional. Distinguir la aristocracia de la plutocracia y entrambas de la clase media, los agricultores de los industriales y comerciantes, establecer en todos los grupos escalones según su importancia, dar al intelectual y al artista una función nacional, favorecer la libre renovación de las agrupaciones sociales y condenar todos los monopolios, tal parece la obra que ha menester la vida en estas naciones. En suma, ni forzosa nivelación ni feudal tiranía: libre selección en que se imponen el talento y la energía, y perpetuo remozamiento de las aristocracias. Ese es el destino del Nuevo Mundo.

El mismo servil espíritu de imitación que implantó en América la federación como régimen político, lleva hoy a esas tierras de entusiasmo el socialismo y el anarquismo como doctrinas de regeneración social. Los jacobinos, que legislan para el hombre abstracto, aplican así teorías exóticas a un medio distinto, crean conflictos artificiales entre el capitalista y el artesano, provocan huelgas generales y asesinatos. En Buenos Aires y en Lima han votado los socialistas la huelga general; y en todas partes, se dictan leyes sociales, a ejemplo de Alemania, Inglaterra y Francia. Se importan de esta suerte inquietudes ajenas a libres democracias donde la tradición no pesa sobre el presente, ni luchan rígidas clases sociales. El colono que llega a América hospitalaria puede convertirse en estanciero o banquero. Sin esa paciente elaboración del tipo humano que permite, entre los sajones, el ennoblecimiento del lejano descendiente de un mercader, desde la primera generación ingresa en la oligarquía dominante el vástago enriquecido del colono y se casa con la nieta de un rancio español. Ninguna pasión de raza aleja, como en Europa, al judío, al inmigrante de extraña nacionalidad. Se confunden todos los individuos y se mezclan todas las clases en curiosa fraternidad. Existen grandes fortunas que se disuelven en la segunda generación, al dividirse entre prole numerosa. A la riqueza aspiran y llegan obreros y pequeños burgueses. La imprevisión castellana empobrece a los descendientes de antiguas familias poderosas. Una inquieta renovación transforma todos los cuadros sociales

Abunda la tierra, y falta el habitante, el dominador, mientras que en el Viejo Mundo reina una áspera competencia en densos grupos humanos. No se observa aquella miseria irredimible que rodea como un círculo dantesco a las metrópolis europeas. El obrero impone su salario y adelanta en el orden social. Estadistas impetuosos lo defienden contra una tutela que no existe, estimulan sus reclamaciones y olvidan las tristezas de la clase media vergonzante. En la organización política de estas democracias, se justifica la existencia de un partido liberal que represente las aspiraciones de comerciantes e industriales o del Tercer Estado ambicioso que lucha con la gente patricia; se explica el vigor de un partido democrático que combate,

como en Chile, a una oligarquía poderosa. El radicalismo, el nacionalismo, pueden simbolizar direcciones necesarias en la vida republicana. El socialismo es todavía, en América, ideología importada; el anarquismo un crimen social.

CAPITULO IV

La Independencia Económica

Sin ella, la libertad política es ambiciosa construcción de estadistas ilusos. En el Nuevo Mundo, la historia justifica las ambiciones doctrinarias del materialismo. La interpretación económica explica el obscuro desarrollo de inquietas democracias. Primero, atrae el espejismo del oro a los conquistadores famélicos. Su proselitismo religioso disfraza tenaces apetitos. En torno de los tesoros descubiertos, batallan hidalgos y pícaros, y una audaz cruzada utilitaria derriba tronos y viola riquezas en América absorta. El mundo antiguo transmútase merced al oro de ultramar: los reyes pagan a sus legionarios con el dinero extraño, se fundan bancos voraces, y se agita Europa miserable en la orgía de las riquezas importadas. Un caudaloso río de oro colma las arcas desiertas y robustece los tronos. Humboldt apunta minuciosamente las inmensas sumas con que satisface el Nuevo Mundo a la ambición europea.

La Independencia y la República vinculan los destinos del continente español a la Banca occidental. Sin el dinero inglés, no habría conquistado su autonomía la América Latina. En el afán libertador, figuran ya motivos económicos. Los cabildos reclaman franquicias comerciales. El doctor Moreno, representante de los hacendados argentinos, condena los privilegios españoles. En el plan reformador de Nariño hallamos la protesta de intereses olvidados.

La historia posterior opone ambiciones utilitarias. Por el presupuesto combaten los partidos. La hacienda fiscal atrae a los caudillos. Las continuas revoluciones ocultan el motivo económico bajo fáciles ideologías y entusiasmos sonoros. Prolongados conflictos se explican por idéntica ambición: así la lucha entre Buenos Aires y las provincias argentinas. La metrópoli posee el tesoro nacional y las aduanas, y el federalismo quiere derribar tales monopolios. Puede la capital empobrecer a las provincias y perpetuar, en provecho propio, aquellos privilegios. Desde Rivadavia hasta Urquiza, la discordia argentina obedece a vital querella de intereses.

Una guerra internacional, bárbara y heroica, la del Pacífico, se inspira también en consideraciones utilitarias. El Perú y Bolivia poseen la inaudita

riqueza del salitre que Chile desea para dorar su pobreza tradicional. El conflicto de aquellos pueblos hermanos sólo termina con la conquista de los territorios fecundos. En la nueva era de las democracias americanas, debería elevarse, como homenaje a un dios tutelar, un templo a Mammón, la plúmbea divinidad que guarda los tesoros.

El derroche del oro castizo, la depravación de políticos rapaces, la acumulación de empréstitos estériles, el papel moneda que cubre, con engañoso hacinamiento, la desnudez de las arcas públicas, explican la decadencia financiera de nuestras democracias. El acreedor extranjero impone una tutela que destruye la independencia política. En la República Dominicana, hallamos el término fatal de los errores fiscales. Vigilan las aduanas censores norteamericanos, y un fantasma de libertad subsiste en medio de la dependencia económica. En algunas repúblicas centroamericanas observamos ya la acción exterior. En Venezuela, sin el agresivo nacionalismo de Cipriano Castro, se hubiera realizado la intervención extranjera. El desorden económico prepara la servidumbre. Tal correlación explica la importancia de la doctrina Drago, salvaguarda continental contra las finanzas europeas. Condenando el apoyo militar que prestan dóciles gobiernos a las reclamaciones de sus súbditos, ha fijado un aspecto eficaz de la doctrina de Monroe: es posible la colonización de América si la invasión financiera no respeta las libertades conquistadas.

No puede corregirse repentinamente la inferioridad económica de los pueblos americanos. Sin reservas nacionales, esperan del oro europeo ferrocarriles que crucen el desierto; puertos hospitalarios, servicios municipales, saneamiento en las ciudades, irrigación en los campos estériles. Multiplicando exóticas influencias, conservarán su autonomía. Transitoria etapa de vinculaciones necesarias que debe preparar la definitiva independencia, tan esencial en hacienda como en arte, en literatura y en política.

La formación del capital nacional es la base de una segura libertad. Y la constitución de reservas útiles está ligada a la evolución industrial. El pleno desarrollo de la riqueza agrícola no puede satisfacer a los espíritus previsores. Sin industrias propias, subsistirán la dependencia y la incertidumbre financieras. En Rusia, en Alemania, en los Estados Unidos, prudentes estadistas estimularon la formación de industrias castizas en medio de la plenitud agrícola: crearon nuevos intereses, complicaron la vida económica, prepararon el advenimiento de una edad fabril, orgullosa, expansiva, imperial. En el país del mujik y de las grandes heredades señoriales, el conde Witte crea un vigoroso industrialismo que explica el renacimiento económico de Rusia. En Alemania, Bismarck, *junker* prusiano ligado por tradición a los intereses agrarios, funda una nueva política que protege a las fábricas y enriquece así el erario imperial. El agresivo proteccionismo de Mac-Kinley suscita, en los Estados Unidos, ese imponente desarrollo industrial que sorprende a los viejos países aletargados. En el crecimiento de fuertes naciones, el poder de la tierra es sólo una fuerza provisional. El

desarrollo manufacturero completa esa primera etapa necesaria y establece sólidamente la autonomía financiera.

Ya el Brasil conquista, con industrias nacientes, su libertad. ¿Cuál será la actitud de Europa y de la república norteamericana cuando fábricas audaces detengan en el Nuevo Mundo las ingentes importaciones? La América será siempre el continente exportador de frutos indispensables para la vida occidental, del café y del azúcar, del trigo, del tabaco y de las carnes frígidas, de esa abundante producción tropical o semitropical que falta al mundo antiguo extenuado. Para mantener esta útil invasión, no bastarán a los pueblos europeos fábricas que produzcan artículos similares a los de la futura industria americana: se abrirán las arcas de sus bancos tentaculares no para especular en empréstitos que cercenan el crédito de Ultramar, sino para pagar la producción del Nuevo Mundo. La balanza comercial será cada vez más favorable a la América agrícola e industrial. Crecerán las reservas fiscales y el tesoro de los bancos, disminuirá el costo de la vida, y habrán conquistado naciones sumisas la definitiva independencia.

Este ideal es el lejano término de un lento progreso. Por sucesivas etapas se pasará del régimen de la agricultura extensiva a la cultura intensiva de la tierra, de la completa servidumbre industrial a parciales ensayos de autonomía fabril, y, bajo la tutela del Estado previsor, la libertad económica se confundirá, en la mente de los espíritus positivos, con el humo ascendente de las fábricas y la agitación imperiosa de motores y calderas estridentes.

Países explotados que luchan por la libertad, como la heroica Polonia, buscan afanosamente en el florecimiento industrial la futura energía. Entre los polacos dominados por Rusia, y sobre todo en Galicia, en la Polonia austríaca, se han fundado fábricas a pesar de la enemistad metropolitana, y en ellas y en escuelas tenaces se mantiene enhiesto el sentimiento nacional. La importancia de Cataluña frente a Castilla, en la España quijotesca ¿no se debe a su renacimiento industrial? El instinto de estos pueblos activos les sugiere la unión de las dos grandes manifestaciones del progreso económico: intensa agricultura e industrias diversas. Fatigados de tutelas centenarias, aspiran a bastarse a sí mismos, y la agricultura incierta, sometida a la dura competencia mundial y al capricho atmosférico, no funda la libertad integral.

A ejemplo de estos pequeños pueblos irreductibles, las vastas naciones americanas deben multiplicar los aspectos de su desarrollo financiero. Cuando se abandonan a la influencia extranjera, sin cuidado y sin prudencia, llegan como Santo Domingo, a entregar sus propias aduanas a la vigilancia de extraña gente. No puede conciliarse la autonomía política con esta minuciosa tutela. Evitando el déficit de presupuestos informes, acumulando pequeñas reservas en el tesoro nacional, estimulando modestos ensayos fabriles, irrigando las tierras desiertas, favoreciendo el desarrollo agrícola de zonas complementarias, evitando los monopolios de compañías invasoras,

contribuyen los gobiernos a afirmar el sentimiento nacional contra exóticas ambiciones.

Dentro de cada Estado, no han alcanzado los nacionales la autonomía económica. Gente parásita agota los estrechos presupuestos, y la burocracia creciente despoja a la política local de seriedad y de independencia. A la libertad nacional en el ardor económico, corresponde la formación de clases ricas en cada república: fuerte grupo conservador ligado a la tierra, al comercio o a la industria, que congrega todas las fuerzas tradicionales del país y restringe el ilimitado poder de los caudillos. En la Argentina, en México, en Chile se forman parcialmente, con el concurso de antiguas familias, generaciones que depuran la política castiza y, proyectando sus ideales de reforma interior en la vida internacional, pueden imprimir a repúblicas apenas seculares la grave fisonomía de los Estados constituidos.

En el porvenir americano, será ineficaz el esfuerzo de restauración que olvide la primacía de los intereses económicos y crea reformar vicios hereditarios con elocuentes cátedras o leyes abigarradas. Sin el tosco apoyo de Calibán, sin el fuerte aliento de la tierra feraz, se fatigarán los novadores en estériles himnos al ideal. Un vengador materialismo destruirá, en países imperfectos, su generosa utopía.

CAPITULO V

La Política Castiza

En vez de seguir direcciones autónomas, se limitó a copiar extranjeras cartas constitucionales la política americana. Propuso Bolívar formas que unían la tradición del Nuevo Mundo con útiles aspiraciones europeas Pero los hombres de estado, improvisados en la guerra libertadora, imitaron sin reserva, se entregaron al vértigo de las creaciones artificiosas. Parlamentos, federación a la manera norteamericana, presidencia de cuatrienios, apresurada importación de ideas e instituciones, dieron a los primeros años de la república abigarrado aspecto. En naciones semibárbaras, la perfección de inadecuados estatutos. Coronando rudos puntales levantados sin concierto sobre la tierra temblorosa, la elegancia complicada de capiteles jónicos.

Existían gérmenes de federalismo en la Argentina: lo ha demostrado Alberdi. La fuerte unidad impuesta por los virreyes se armonizaba en el sistema español con cierta autonomía regional. Mas, no imperó aquella organización heredada en la América independiente, sino el vicioso plagio de la obra norteamericana, extraña a nuestra historia y a nuestra raza.

Los Parlamentos, las presidencias de breve duración, eran contrarias a la situación política. Fueron aquéllos, generalmente, cuerpos consultivos como la Duma rusa bajo la dura vigilancia de los caudillos; y los cortos períodos presidenciales provocaron, como reacción, la tiranía o fueron impotentes en el caos.

En tanto, al margen de esta vana ideología, se imponen las tendencias nativas. Trabajan contra la discordia federal y los parlamentos, caudillos retóricos y tiranos. La política es centralizada y dictatorial. Todo anunciaba esta exasperación de la autoridad, lo mismo el espectáculo de divisiones prematuras que la profunda tradición de caciques y virreyes. Tanto las tribus indias como las colonias ibéricas sufrieron la dura presión de jefes indiscutibles. En el presidente se juntan estas fuerzas históricas. * Dentro de los límites constitucionales, es un autócrata. En la práctica, concentra todos los poderes.

El hombre —conquistador, déspota o caudillo— es personaje representativo en el desarrollo americano. A su exaltación contribuyen todas las fuerzas sociales. De la excelencia de un presidente, de la larga influencia de un caudillo, depende el porvenir de una república. La creación del superhombre debería ser el esfuerzo secular de semejantes naciones, donde el poder confuso de la multitud necesita encarnarse en individualidades poderosas.

Contra la influencia omnímoda del virrey batallan los cabildos. Constituyen, si no las comunas democráticas, al menos formas de solidaridad provincial, ensayos de rebeldía que preparan la conjuración final. En ellos se inicia la revolución y, sin embargo, Rivadavia desvirtúa su influencia en la Argentina, y, en todas partes, se olvida la función de los municipios. Más felices que las autoridades españolas, gobiernan los presidentes sin escuchar las protestas de esos cuerpos altivos, y la centralización absoluta llega a ser el término de la evolución política.

El parlamentarismo ha conquistado algunos pueblos americanos: Chile, expuesto a perpetuas crisis ministeriales, revela el error de tan serviles imitaciones. En lugar del fuerte poder tradicional, gobierna allí una asamblea voluble. El descrédito de los congresos en Europa no inquieta a nuestras democracias. Diputados y senadores americanos son muchas veces funcionarios dóciles a la voluntad presidencial o miembros de camarillas ambiciosas que perturban la continuidad del gobierno.

La condenación de las asambleas representativas es ya un lugar común de la psicología de los grupos sociales. Le Bon, Tarde, Sighele han demostrado la inferioridad esencial de esas agrupaciones dominadas por el instinto gregario del hombre. En el seno de vastas congregaciones declinan la voluntad y la inteligencia individuales y dominan bajos intereses, pasiones de

* He estudiado este aspecto de la política americana en mi libro *Les Démocraties Latines de l'Amérique*, Paris, 1912.

la multitud, intolerancia de las mayorías. Al convertirse en legión el individuo, degenera y se esteriliza.

A este vicio del parlamento, se agregan los graves defectos de su organización. No representa a la colectividad sino a una clase voraz: la burocracia. Vota una fracción en cada república y los designados por ella legislan en nombre del pueblo soberano. Se constituyen en los Congresos mayorías que convierten las leyes en capricho de grupos absorbentes. Sobre cien diputados, bastan cincuenta y uno para imponer su voluntad dominadora. ¿Qué relación existe entre la pregonada soberanía nacional y esas mayorías de ocasión? Acude a las urnas sólo pequeña parte de la población electora; de suerte que el Parlamento no puede ser la adecuada expresión popular. Dentro de él, la fracción imperante no representa ni al congreso en cuyo nombre legisla ni a la nación que es indiferente a tan espuria función. Son estas asambleas evidente manifestación de la mentira política. No desaparecerán los congresos ligados en el Nuevo Mundo a la fundación de la república, pero podrá evitarse el advenimiento del parlamentarismo. Tan funesta como la dictadura de un cacique es la omnipotencia de una asamblea irresponsable; y la historia americana demuestra que fue más útil la firme acción de los caudillos que la fatigosa declamación de los parlamentos. Un presidente benéfico y patriota secundado por asambleas parasitarias ha dado a los pueblos americanos largos períodos de progreso material. Esa es la tradición que, modificada, renovada, debe guiar a la política castiza.

Cuando presidentes inspirados en el liberalismo inglés, *dejan hacer* en el orden eleccionario e invitan a los partidos a la lucha activa, reaccionan contra esa prematura tolerancia los mismos grupos políticos. Al místico idealismo de Madero, presidente mexicano, responden la cruel agresión y el engaño florentino; ante la actitud distante y respetuosa del primer magistrado colombiano Restrepo, exclaman sus censores que la república no está bastante gobernada. El presidente Sáenz Peña se convierte en árbitro elegante de las luchas políticas argentinas, y su abstención inquieta o desconcierta a las agrupaciones. Espontáneamente buscan las mayorías un tutor o un tirano.

La reforma de nuestras asambleas debe inspirarse en el ejemplo inglés. Recordaba Desmoulins, en un libro célebre sobre la superioridad sajona, que los congresos latinos estaban formados por abogados y burócratas, mientras que predominaban en las cámaras de Inglaterra agricultores, industriales, comerciantes y banqueros. Organizadas las clases sociales, enviarán a los futuros congresos americanos, enérgicos representantes de sus intereses. Cesará entonces el bizantinismo de las discusiones, y el ardor de las querellas utilitarias se substituirá a la vaga oratoria o a la obra menuda de organizar y derribar ministerios.

Se impondrá en Ultramar la corriente moderna de ideas que fija los grupos profesionales, en armonía con una fecunda división del trabajo.

Reemplazarán a los clubs jacobinos y a los parlamentos anónimos activas clases que no tendrán la rigidez de las antiguas castas, e impondrán direcciones concretas a la nueva política. Entre las actuales asambleas y este ideal aún no realizado en Europa, existe una serie de términos provisionales. Sin renunciar a la influencia de las mayorías, conviene robustecer el aspecto económico de los parlamentos y conceder parcial representación a las instituciones existentes, clero, universidades, comercio, agricultura, industrias.

Un gobierno eficaz utilizará mejor las decisiones precisas de las clases congregadas que la elegante disertación de los doctores. Antes que disolver el poder entregándolo a congresos incoherentes, urge, en democracias inclinadas a la anarquía, dar prestigio a la autoridad necesaria. Esa es la política nacional y tradicional: conservación del orden por la acción del poder central; desarrollo de la riqueza bajo gobiernos tutelares; aniquilación de nuestro legado de discordia; organización de grupos sociales que opondrán durable resistencia a futuras tiranías.

Los cabildos representan, mejor que los parlamentos, el vigor provincial que lucha contra los excesos posibles de la centralización y del gobierno. Va desapareciendo la vida municipal en América, y es preciso restaurarla porque ella fue la matriz de la libertad política. Contra las capitales congestionadas, defienden esas instituciones los intereses nacionales y preparan, con la práctica de los negocios locales, a la administración de los asuntos comunes. Son escuelas de solidaridad harto necesarias en pueblos divididos. Simbolizan para el criollo lo que la comunidad para el indio: levantan sobre el agudo personalismo la noción del interés colectivo.

Al remozamiento de los municipios, a la reforma de los congresos, corresponde también la disolución del actual federalismo. En naciones escasamente pobladas, los Estados provinciales, con parlamentos y burocracia, representan la obra funesta del plagio político. Una política sagaz seguiría dos direcciones complementarias: dentro de cada pueblo, la centralización; en el continente, vínculos que preparen la federación. Repúblicas sólidamente constituidas servirían así de base a la imponente congregación de pueblos soñada por Bolívar, equivalente meridional de la robusta creación sajona. Una progresiva coordinación de esfuerzos creará la unión moral, intelectual, económica y acaso política: primero, la restauración del municipio autónomo; después, la unidad nacional contra la antigua discordia; y, finalmente, la amistad política de vigorosas unidades, la gloriosa creación de un continente.

CAPITULO VI

La Originalidad Intelectual

Ideas e imágenes llegan a América de la Europa maternal. También allí se canta el misterio de las catedrales góticas y los armoniosos parques de Versalles. Clásicos y románticos se inspiran en modelos españoles y franceses. No obstante, al margen de la literatura importada, crece un arte americano, poesía que describe el prodigio tropical y novelas que reflejan la vida de ciudades silenciosas, teatro embrionario que presenta la lucha entre el inmigrante y el criollo, entre la sociedad colonial que declina y la confusa democracia que avanza.

Francia descubrió en América un capital literario. Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand narraron las maravillas de la flora exótica, y en la literatura del mundo antiguo sucedió al paisaje clásico, limitado y armonioso, el paisaje romántico, desproporcionado, melancólico, digno escenario de amores vesánicos y de orgullos irreductibles. De Saint-Pierre, iniciador de este exotismo literario, decía Sainte-Beuve que fue el primero en reproducir y descubrir ese nuevo mundo sorprendnte, que dio su verdadero nombre a las magnificencias, las felicidades y tormentas, al grande y original idilio que aquél encerraba.

El clasicismo olvidó la selva, los ríos, las cataratas, estrechó el horizonte poético. Ya, durante el período colonial, en algunos raros poemas como la *Rusticatio mexicana* del padre Landivar, escrito en latín, la *Araucana* de Ercilla, en los ingenuos relatos de los cronistas hay vestigios de americanismo, descripciones, evocaciones, asombro lírico ante el nuevo mundo que descubren los conquistadores. Pero, el gongorismo, antes de la independencia, y el clasicismo decadente, en los primeros años de la república, dominan en la literatura de Ultramar. En vano buscamos en ellos el sentimiento de la naturaleza. Los poetas imitan en vez de describir el vasto escenario que los rodea. Raza individualista la española, aventurera y luchadora, no quiere églogas ni aspira a confundirse con la tierra pródiga en un delirio panteísta.

Un poeta venezolano, de admirable cultura clásica, imitador de Virgilio, Andrés Bello, nacido a fines del siglo XVIII, canta en una silva la abundancia de la zona tórrida, hace el elogio del campo y de las faenas agrícolas: es el poeta bucólico de un mundo ignorado. Inicia una poesía americana y espera un Virgilio que exalte líricamente los rebaños y las mieses de América. Se ha dicho acertadamente que son analíticas sus descripciones. Con ricos epítetos, en menudos cuadros precisos, evoca el paisaje

donde tremola el algodón su nieve,
bajo su dulce carga desfallece el banano,
y el cacao cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Son pinturas de naturalista enamorado de la tierra tropical. Reproducen parciales bellezas en versos perfectos; pero no dan la impresión total, solemne, abrumadora de la zona ubérrima, desde los Andes hieráticos hasta las inmensas florestas rumorosas. Bello, que conocía profundamente la lengua maternal, que fue gramático insigne, ha escrito clásicas poesías por la inspiración y por la forma. No es espontáneo; erudito y reflexivo, aplica al elogio de la naturaleza americana recuerdos de vastas lecturas, imágenes virgilianas, un grave sentido moral que lo lleva a descubrir en el Trópico sanas lecciones de sencillez.

Honrad al campo, honrad la simplicidad
del labrador y su frugal llaneza,
así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.

Más impetuoso y rotundo que Bello es un poeta romántico nacido en 1803, muerto a los treinta y cinco años, el cubano Heredia, cantor del Niágara. En él la descripción del conjunto, intensa, rápida, se sobrepone al detalle pictórico. A la manera de los demás románticos, considera el paisaje como un "estado de alma", revela su impresión religiosa ante el vértigo de una catarata o el misterio del bosque. La naturaleza no es un escenario pasivo: se agita, dominada por un genio interior. Creyente como Bello, descubre acentos divinos en la tempestad, y en una pirámide azteca contempla la vanidad del esfuerzo humano. Dice al huracán:

Yo en ti me elevo
al trono del Señor; oigo en las nubes
el eco de una voz: siento a la tierra
escucharle y temblar.

Animando la naturaleza, derivando de su contemplación religiosas meditaciones, no olvida la evocación magistral. Nadie ha superado en América sus cantos a la tormenta, al sol, al Niágara.

En alas de los vientos suspendido
vedle rodar por el espacio inmenso,
silencioso, tremendo, irresistible,
como una eternidad. La tierra en calma
funesta, abrasadora,
contempla con pavor su faz terrible.

dicen sus versos "escritos en una tempestad".

Ante la gran catarata recuerda que siempre ansió sublimes y terribles espectáculos, y se prepara a describir el vértigo del agua:

Sereno corres, majestuoso, y luego
en ásperos peñascos quebrantado
te abalanzas violento, arrebatado
como el destino irresistible y ciego.

El paisaje americano suscita, en otros poetas, entre 1830 y 1850, sin esa intensidad, ni ese movimiento, la misma impresión de excelsitud. Abunda en los románticos el sentimiento de la naturaleza: la fe los salva, en frente de un mundo imponente y selvático, de la melancolía de René y de la desolación byroniana. El argentino Echeverría, describe el desierto, la pampa infinita; Mármol, en la Plata canta a los trópicos. Dos mexicanos, José Joaquín Pesado, que se inspira en la Biblia y Rodríguez Galván, lírico ardoroso, se distinguen por el acento descriptivo.

En el Brasil, un gran poeta, Gonçalves Días, cultiva el americanismo que es el tema central de sus cantos. Como Heredia, traza vastos cuadros, escribe himnos al mar, a la noche, a la tempestad. Evoca la vida indígena, canta a la raza proscrita. Es el iniciador de una literatura nacional americana que cultivarán otros poetas finiseculares, Zorilla de San Martín, Díaz Mirón, Chocano. Bello, Heredia, Mármol se inspiran en el paisaje y olvidan al indígena moldeado por la tierra. El lírico brasileño une ambos cultos de la tierra pródiga y del hombre cobrizo. Canta en versos musicales la tristeza del Trópico. Melancolía lamartiniana, patrimonio de los románticos, que justifican en América la languidez y la exuberancia de las tierras cálidas. Siente el orgullo de la naturaleza:

Nosso céo tem mais estrellas,
nossas varzeas tem mais flores,
nossos bosques tem mais vida,
nossa vida mais amores.

Ha exaltado a los héroes de las tribus bárbaras en su lucha contra el invasor portugués, el choque de dos razas en la tierra brasileña, el valor de los caudillos castizos "hijos de la selva". Es el poeta épico de los indígenas, de los tymbiras "esbeltos como el tronco de la palmera, flexibles como la flecha bien tallada". Pero, la amplitud de estos cantos no excluye amorosas descripciones de la flora tropical, la selva inviolada, de los amores y leyendas que viven a su sombra. Describe una india enamorada de la vida extraña del bosque

E sob a copa da mangueira altiva
nosso leito gentil cobri zeloza
con mimoso tapiz de folhas brandas,
onde o frouxo luar brinca entre flores.

Da tamarindo a flor abrio-se, ha pouco
ja solta o bogari mais doce aroma
como prece de amor, como estas preces,
no silencio da noite o bosque exhala.

Brilha a lua no céo, brilhão estrellas,
correm perfumes no correr da brisa
A cujo influxo magico respira-se
un quebranto de amor, melhor que a vida.

Zorrilla de San Martín narra en un hermoso poema, *Tabaré,* el épico conflicto de indígenas y españoles; su obra recuerda a *Los Tymbiras* del precursor brasileño. Convierte la batalla de las razas en noble símbolo. El indígena es el hombre de la naturaleza evocado por Rousseau, cuya bárbara simplicidad destruye el conquistador en nombre de la civilización cristiana. Leyendas y cantos de amor dan al bello poema uruguayo un romántico prestigio que los años respetan.

Poetas contemporáneos, de México, Salvador Díaz Mirón; de Venezuela, Rufino Blanco Fombona; de Chile, Diego Dublé Urrutia; del Perú, José Santos Chocano, han escrito memorables versos de americana inspiración. Díaz Mirón abandona ese género poético, dejando en libros robustos y sonoros que domina una indisciplinada fantasía, cuadros definitivos de la naturaleza mexicana. Es bardo a la manera de Kipling, cantor de primitivas pasiones y de una tierra original e indómita de espontánea sensualidad.

En ensayos, en novelas y en cantos, traduce un americanismo esencial Rufino Blanco Fombona. Defiende nerviosamente las glorias patrias y, extendiendo el horizonte de sus inquietudes y sus amores, siente, sobre sus hombros ágiles, la gravitación moral de un continente. Cantó, en su primera juventud, el fervor de Don Juan y el beso sensual de la primavera, y dijo líricamente las impresiones de su alma vagabunda y nostálgica. Ya, en aquellas poesías, encontramos un fuerte optimismo, la necesidad de la acción, la exaltación pagana de la vida, signos de precoz americanismo. En la misma canción del hastío leemos una viril confesión: devora al poeta "la nostalgia del dolor". Ante la vida que espera a su dominador, pide a las hadas benévolas "en el brazo músculos y ambición en el alma".

En los *Cantos de la Prisión y del Destierro* vibra la nota, tan castiza, de cívica rebeldía contra los caciques triunfantes. Y, levantándose sobre los clamores de la tierra, el himno exaltado a Bolívar, Héroe Magno, ante el cual se estremecen las montañas "de envidia y dolor".

Y cuando el Chimborazo, prepotente y erguido,
bañado en célico esplendor,
miró al Emulo en torno, dio un tremendo rugido...
rugía de envidia y dolor.

Como un heroico *leit-motiv,* atraviesa sus páginas el recuerdo sonoro del Libertador, desde el juramento de Roma hasta la victoria de Boyacá. Después de Olmedo, nadie había evocado tan intensamente a la más alta de las figuras americanas: guerrero, ideólogo y profeta.

En un hermoso libro primigenio, *Del Mar a las Montañas,* ha cantado el poeta chileno, Diego Dublé Urrutia, el amor de la tierra maternal y el culto orgulloso de los lares. Descubre "el alma hirsuta" de la montaña y escucha el lírico éxtasis, la voz profunda de la raza. Un inspirado criollismo, como en las leyendas gauchescas, lo lleva a evocar ingenuas fiestas populares, fragmentos de un curioso *forklore.* (sic).

Chocano quiere ser el poeta de América. "Walt Whitman tiene el Norte, pero yo tengo el Sur", exclama para definir su ambición. Cantor de la selva, como Gonçalves Días, de las antiguas epopeyas de los conquistadores, del moderno tumulto democrático, aspira a revelar todos los aspectos del nuevo mundo español. *Alma América* se denominan sus poemas, publicados en 1906. En ellos encontramos las parciales descripciones que amaba Bello, las orquídeas "tristes como cabezas pensativas", el maíz cuyos granos "fingen hileras de apretados dientes", la piña que se destaca entre hojas punzantes como si "se encastillase entre cincuenta espadas"; y los grandes cuadros épicos donde se confunden cumbres, cataratas y abismos en una poesía vertiginosa. Chocano imita a Hugo, y su fantasía es, como la del poeta de *La leyenda de los siglos,* grandiosa, amplificadora. El ha escuchado el salmo de las cumbres:

Silencio y paz.
El monte de agrias puntas
que en afilar las cúspides se afana,
es un titán con las dos manos juntas
en la actitud de una oración cristiana.

Describiendo el Niágara, es más audaz que Heredia

Como en supremo arranque de heroísmo
brinca el tropel de espuma alborotada
de peñón en peñón, de grada en grada,
y revienta en perpetuo cataclismo,

se revuelve el caudal sobre sí mismo;
y finge ante la atónita mirada,
la flotante melena enmarañada
de un león enjaulado en el abismo.

Llama a las estrellas "condecoraciones de los abismos", ha visto dilatarse sus pupilas. Es un gran animador, personifica los rayos y los vientos, adivina gestos humanos en las cimas hieráticas, en las selvas, en el mar.

En las nevadas crestas de los Andes,
bajo un golpe de sol el agua brota
y palmotea entre peñascos grandes
como una carcajada que rebota.

El agua *bosteza* en las charcas, el sol *se desespera,* los montes son héroes membrudos,

Que se alzan con graníticos escudos
y con cascos de plata refulgente;

los rayos "arrastran sus espuelas de oro".

Con frecuencia, degenera la imagen en audacia gongorina; pero nadie supera a Chocano cuando da a lo inaminado una vida extraña y magnífica. Su canto sonoro, elocuente, armonioso, evoca un mundo desmesurado y épico como la India de Kipling. En él pasea Chocano su ensueño latino, y magnolias y cóndores le dicen su secreto, como en las leyendas de Oriente. Es el poeta dinámico, si es permitida la expresión. Canta la vida en formación y la batalla humana: en *Alma América* están mejor sentidas y descritas las fases de la conquista con su tumulto, su heroísmo y su inquietud, que los aspectos apacibles y monacales del período colonial. Como en las páginas de Thierry, se siente el trotar de los normandos vencedores, y en el poema de Guérin sobre el *Centauro,* se escucha la marcha triunfal de los dominadores de la carne núbil y de la tierra madre, así parece que, en los poemas de Chocano, se vuelve a librar entre choques de audacia, de ambición, y de aceros, y brillo de armaduras bajo el nuevo sol, la vibrante epopeya de los conquistadores.

En la novela, pretendieron algunos escritores revelar el paisaje y sentimiento americanos. *Guarany,* del romántico brasileño, José de Alencar, fue popular porque describió las tristezas del indígena vencido, como lo hizo Gonçalvez Días en *Os Tymbiras.* Han sido raros estos ensayos en prosa. En vez de estudiar costumbres de las antiguas tribus o de los imperios extintos, una escuela de tradicionalistas ha evocado dos épocas de grandísimo interés, la conquista y la colonia. Maestro incontestable en este género, admirado en España y en América, es el escritor peruano Ricardo Palma. Otros autores, Obligado, en la Argentina; Batres Jáuregui, en Guatemala; González Obregón, en México; Miguel Luis Amunátegui, en Chile, o se inspiran en las *Tradiciones* de Palma o no igualan la gracia y la belleza de sus cuadros. Admirable conocedor de la lengua española, antigua y moderna, de los refranes y modismos, cristalizaciones del habla tradicional, narra la vida cortesana y fastuosa de las ciudades coloniales. Parece a veces ingenuo cronista, otras novelador libertino, como en los tiempos de Boccacio. Una fina ironía pasa por esos menudos cuentos dejando un sabor volteriano. Con leyendas, murmuraciones, símbolos, chácharas de viejos, poéticas tradiciones,

ha tejido rápidos relatos que, a defecto de largas historias son, en América, amable archivo de cosas añejas. Escritor abuelo, como Mistral, a él piden los jóvenes estímulo y enseñanza.

Es también uno de los más genuinos representantes del *criollismo*. Mientras que el americanismo significa evocación de indígenas costumbres, de razas vencidas o descripción de la naturaleza tropical, el criollismo es el amor a la vida regional, a los usos del vástago de españoles crecido y educado en las ciudades adormecidas. Gracia, suave escepticismo, agudeza en la crítica, ingenio, brillante indisciplina, constituyen algunos de los rasgos de este ingenio que revelan vestidos y refranes, comidas y bailes. Existe ya una literatura criolla principalmente en la Argentina y Venezuela, aunque en ella abunden improvisaciones; el teatro y la novela aspiran a fijar, antes que los destruya el cosmopolitismo invasor, los caracteres de la vida castiza.

Algunos de esos ensayos se han convertido en literatura popular. Al cantar a una figura criolla, han cristalizado la tradición, han levantado sobre la imprecisa leyenda que repiten los americanos a la prole devota, una visión tan intensa que a ella se dirige hoy el entusiasmo de la muchedumbre. Santos Vega, el payador, vive en el poema de Obligado. En otro poema ha inmortalizado José Hernández la figura, muy española y muy argentina, del hombre en lucha con las convenciones sociales, el individualismo no domado, que vive al margen de las leyes, agresivo y solitario. La literatura criolla, que reflejaba antes el conflicto entre el gaucho y el hombre de las ciudades cultas, expresa hoy las luchas entre el artesano criollo y el inmigrante en la inmensa pampa argentina.

No han alcanzado el criollismo y el americanismo la importancia de esa otra literatura que adapta al continente nuevas corrientes exóticas. Empero, todo anuncia un cambio favorable a las inspiraciones nacionales, una reacción, que puede ser excesiva, contra noveladores y poetas desdeñosos de la tradición y del paisaje americanos. En la novela, jóvenes escritores describen intensamente la vida de las ciudades y de los campos. Fijan, ante la disolución que trae la vida nueva, los finos rasgos de la sociedad que muere, el dulce arcaísmo, la intriga política, el amor romántico. Citemos en la flamante escuela a Rufino Blanco-Fombona, maestro en el género, a Carlos Reyles, a Tulio M. Cestero, a Alcides Arguedas, a Martín Aldao, a Federico García Godoy, a Rodríguez Mendoza, novísima falange que va escribiendo la "Comedia Humana" de América.

Para el arte futuro existen vastísimas canteras inexplotadas. Ostenta el Nuevo Mundo firme originalidad en el orden geográfico y moral. Si en él no hallamos la grandiosa fauna asiática y africana, en cambio es la naturaleza tropical pródiga y suntuosa. Recuerdan a los bosques indostánicos las tupidas florestas americanas. Los árboles centenarios se enlazan con lianas indescifrables. Una vegetación voraz cubre su áspera desnudez. Fermenta un inmenso mundo parasitario sobre la tierra húmeda, en las hojas caídas que forman un muelle lecho amarillo. Insectos y pájaros de variedad insólita

ponen los colores de un matiz violento sobre la gris uniformidad de los troncos. Cada bosque simboliza un derroche de energías creadoras. Los grandes ríos majestuosos, el Amazonas con su familia de afluentes, los altos páramos, las cordilleras donde la nieve es un prodigio eterno, la riqueza que se oculta en el flanco reacio de las montañas, dan a la América frente a Europa, novedad imponente. Del Nuevo Mundo volvió Chateaubriand enfermo de infinito, como si hubiera celebrado en los bosques sombríos los ritos de un culto secreto.

Esta naturaleza exuberante domina al hombre, crea un americanismo literario. Sometiéndose a la influencia de la tierra, viviendo en las edades muertas, según la enseñanza de Barrés, artistas y escritores crearán una pintura, una poesía, una música, una arquitectura independientes. Después de la fervorosa edad de las imitaciones, surgirá la producción autónoma.

En el arte corre débilmente la vena regional vencida por la impetuosa corriente de las imitaciones. Se pierde en la confusión democrática de las metrópolis el sentido de los viejos monumentos. Impías restauraciones despojan a los templos coloniales de su noble vetustez. Sin el respeto de lo pasado, crecen tumultuosamente ciudades donde es inútil buscar la austera huella de los siglos. Ni el gusto, ni la idea de continuidad, ni el culto de la historia pueden formarse en medio de tal barbarie irrespetuosa.

Se impone, en arquitectura, la conservación de los monumentos coloniales, la modernización lenta de las ciudades, la conciliación del estilo español y del estilo moderno en las construcciones futuras. Mientras en los Estados Unidos sólo Boston conserva su fisonomía secular y se improvisan en el desierto ciudades sin historia, la América Latina ostenta diversas metrópolis tres veces centenarias, centro del fausto y del poder antiguos. México y Lima, Córdoba y Chuquisaca, Guatemala y Bahía, el Cuzco y Quito, Santiago y Buenos Aires, Caracas y Santo Domingo, Bogotá y Concepción conservan magníficos restos de su pretérita grandeza. Ciudades interiores y ciudades de la costa, con vastos patios rumorosos, severos claustros, templos de ornamentación profusa y bizantina, inmensas plazas rodeadas de portales bajos donde se hallan congregadas todas las fuerzas de ayer, la Iglesia tutelar, el Cabildo, el arcaico palacio de los virreyes o de los gobernadores. Alrededor de este núcleo tradicional podrán crecer las capitales armoniosamente. Como la acrópolis de las ciudades griegas conserva la "plaza mayor", los penates de la nacionalidad.

La naturaleza americana espera un Turner. Desde Chateaubriand que comprendió su majestad, se ha renovado el paisaje en la literatura europea. Hemos dicho ya que el sentido romántico de la naturaleza vino de América: sensación de lo infinito, exaltación mística producida por la soledad de las planicies inmensas y la vida prodigiosa de las florestas. En pintura y en literatura, debe existir un arte americano. La técnica puede ser europea, pero el asunto será castizo. La descripción minuciosa de Bello, el fervor romántico de Gonçalves Dias, de Chocano, de Díaz Mirón, son antecedentes de esa literatura continental. Poemas americanos, nuevos estados senti-

mentales ante el paisaje, lirismo desesperado o creyente que la naturaleza, abrumando al hombre, suscita en los poetas absortos.

Una edad que es en América tradición majestuosa, la colonial, no ha sido aún evocada en novelas o cuentos. Existen sólo las admirables narraciones de Ricardo Palma, menudos cuadros de volteriana ironía. Se juntan en esa época española, aspectos versallescos, comedias de capa y espada, dramas florentinos de lujuria y de muerte. Grandes novelas arqueológicas a la manera de Walter Scott, cuentos como los de Anatole France, de sapiente ingenuidad, tragedias medioevales, narraciones macabras, con la angustia del sacrilegio y del pecado, como en Barbey d'Aurevilly, pueden surgir de la contemplación artística de esa época originalísima.

En la misma historia republicana, informe y plebeya, encierra la primera edad de los caudillos elementos legendarios. Son grandes personajes románticos, Rosas o Facundo, héroes byronianos al margen de la sociedad y de las leyes. Podría escribirse sobre los creadores imperiosos de estas nacionalidades, biografías heroicas en el estilo de Carlyle. La individualidad exacerbada, elemento artístico explotado por el romanticismo, sugiere comentarios dramáticos. Y, en la vida actual, abunda la materia novelesca. Falta el poeta de la democracia en marcha, un Walt Whitman que descubra la poesía bárbara del tumulto inmigratorio. Chocano ambiciona serlo, describe la fundación de las ciudades coloniales y la belleza áspera de la selva.

En el perpetuo conflicto de dos culturas, europea e indígena, en el escabroso avance de nuevos conquistadores, de Alemania y de Italia, hallo la intensidad de un drama inevitable. Ya Graça Aranha ha descrito en *Canaán,* el choque de germanos y brasileños ante la tierra prometida. En la Argentina, el teatro criollo ha presentado la tragedia cotidiana del gaucho expulsado de la tierra materna por altivos inmigrantes. El drama y la novela pueden revelar estas contradicciones innumerables. Asistimos a la creación de una raza nueva. No se realiza sin choque y sin tragedia, esa fundación. Una literatura dolorosa puede surgir del análisis de tales conflictos. El indio explotado por los conquistadores recuerda a los "ex-hombres" de Gorki. Su amor a la tierra, a la comunidad, su estéril lamento, su larga servidumbre, pueden inspirar a una escuela de novelistas americanos.

Finalmente, la vida tumultuosa de los bosques, la conquista del caucho, donde reina un individualismo brutal, crearán en lo futuro una literatura realista que recuerde los cuadros californienses de Bret Harte. Frente a un arte pulido y elegante traerán magnífico acento estas descripciones de la existencia bravía, de los *outlaws,* de la lucha por la mujer, por el caucho, por los esclavos indios, entre aventureros frenéticos.

Si el arte imita febrilmente, en otras disciplinas ha revelado originalidad el ingenio americano. En ciencias sociales ¿cómo no recordar los estudios de Sarmiento y de Alberdi que traen soluciones adecuadas a los problemas del Nuevo Mundo? No faltan en Ultramar juristas y codificadores que imponen cuadros a la vida social y, sin olvidar el derecho español o las leyes

napoleónicas, adaptan la ciencia extranjera a la realidad presente. Gramáticos admirables como don Andrés Bello y don Rufino J. Cuervo, estudian profundamente el castellano de América y renuevan el análisis lógico del lenguaje. Rivalizan con los más grandes filólogos europeos, un Littré, un Bopp, un Gastón París.

En filosofía, se limitan los americanos a importar sistemas. Es tan fervorosa la asimilación de éstos, que muchas veces se convierte la doctrina extranjera en dogma intangible. Urge también conquistar, en este orden, la independencia. Será tal vez un pragmatismo como el de los sajones, la especulación msá adecuada a la gente americana; es decir, un pensamiento hostil a estériles ideologías que abandone el culto jacobino de la verdad abstracta y estudie las condiciones originales de la vida social. No sería popular el idealismo germano en estas naciones: las doctrinas imperantes, el positivismo, el benthamismo, presentan siempre aspectos políticos. A pesar de la naturaleza abrumadora, no fue el panteísmo, como en las orillas del Ganges sagrado, doctrina de Ultramar. Ni un estrecho materialismo, ni un escepticismo desdeñoso, ni un desolado pesimismo parecen corresponder a las inclinaciones de la nueva raza. Un optimismo metafísico como el de Hostos, un *armonismo* como el español expresado en el Renacimiento por Fox Morcillo y en el siglo último por el éxito peninsular de la filosofía de Krause; en suma, teorías conciliadoras que establecen la realidad sustancial y la evidencia del bien, del progreso, de la libertad, de la perfectibilidad humana, surgirán en América, cerrado el ciclo de las imitaciones.

Para alcanzar la completa autonomía, ideal de estas democracias, es tan importante la originalidad del arte, de la filosofía, de la literatura, como la independencia económica. Capital de ideal o riqueza bancaria salvan al Nuevo Mundo de deprimente tutela. En el Brasil, donde parece más enérgico el sentimiento nacional, ha triunfado el americanismo: se describe la selva ubérrima o se canta al indio vencido por la civilización. Allí también encauza una Academia las corrientes literarias. Es institución nacional mientras que análogos centros americanos de cultura se denominan tímidamente "correspondientes de la Real Academia Española".

Fatalmente se transforma el castellano en América, y tales asociaciones que hoy sólo tienen existencia parasitaria, están destinadas a depurar el idioma del Nuevo Mundo, a adaptar los provincialismos a las leyes del habla tradicional. Las academias que aspiran al bizantinismo elegante en los pueblos archicultos detendrán, en nuestras democracias, la barbarie lingüística.

Les corresponde también una alta función: la publicación de los clásicos americanos. Nos enorgullecemos ya de una tradición continental. De su culto tenaz surgirá una literatura vernacular. En Bello, en Olmedo, en Andrade, en Montalvo, debemos buscar castiza inspiración: son los abuelos literarios en cuyo hogar crece la exuberante juventud. Béranger y el mismo Quintana nos son extraños, Byron o Espronceda sólo nos interesan porque cantan el dolor humano. Nuestros clásicos y nuestros románticos, aun imitando

lejanos modelos, evocan glorias y leyendas de América, las notas particulares que se agregan, en distintas sociedades, al lamento o a la exaltación universales.

Por la continuidad de la inspiración, por el respeto de tradiciones que ya son seculares, por la sumisión a las voces profundas de la raza, por la exaltación de los héroes y de los fastos de la tierra materna, serán originales el arte y la filosofía de Ultramar, nuevos avatares en la eterna lucha del espíritu por conquistar la verdad y alcanzar la belleza.

CAPITULO VII

Hacia la Autonomía: la Argentina, el Brasil

En algunas naciones americanas se lucha por la definitiva autonomía. Ambicionan gobernarse a sí mismas en lo político y en lo moral, tienen arte e industrias propias, asombran a la Europa iniciadora con la civilización y la literatura castizas. Si los Estados Unidos "americanizan" el mundo, según la frase de Mr. Stead, ¿por qué no han de "americanizarlo" también en sentido análogo, las jóvenes democracias del Sud?

En dos pueblos, la Argentina y el Brasil, se agrega a la libertad política, al orden estable, la creación de industrias, el criollismo en la novela y el teatro, el culto de las tradiciones nacionales, la formación de un arte propio, el orgullo fabril que sustituye el "made in England" o el "made in Paris" por productos argentinos o brasileños. Allí contemplamos ya el afán de originalidad, el americanismo. En Chile o en México, en el Perú, en Cuba, en Bolivia, en el Uruguay, nótanse parciales manifestaciones de independencia moral; en otras repúblicas, domina un fervoroso nacionalismo; pero sólo en los dos grandes pueblos del Atlántico la cruzada en favor de la libertad integral, va conquistando todos los dominios, desde la industria incipiente hasta la poesía que vivía de inspiraciones extranjeras.

Surge la ambición imperial tanto en el Brasil como en la Argentina; pero es un imperialismo de formas pacíficas. No profesa el Brasil doctrinas de conquista. Su firme diplomacia obtiene vastos territorios, al norte y al oeste, con implacable tenacidad. Sirvió allí a las ambiciones nacionales un canciller, el Barón de Río Branco, que tenía la audacia bismarckiana y el patriotismo exaltado de Chamberlain. Acusan los "orientales" a la nación platense de propósitos invasores: adivinan ya, en un tenebroso porvenir, la constitución de "la más grande Argentina" con que soñaron los profesores de nacionalismo desde Rosas.

Aun sin adquirir nuevas provincias, alcanzarán la buscada preeminencia estas dos grandes repúblicas. Pueden aspirar a una noble función civilizadora en el Continente; la Argentina, por la superioridad de su raza y de su riqueza; el Brasil, por la densidad de su población, su pasado imperial y su inmenso territorio. De ambos Estados, suprema creación de la estirpe americana, fecundada por el oro europeo, deben recibir las naciones tropicales y mediterráneas lecciones de organización y de cultura. Suya es esa misión de *heroísmo* que exaltaba Carlyle en los grandes conductores de razas, Napoleón, Lutero o Mahoma. Si unen la fuerza a la gracia, el desinterés a la cultura, podrán contemplar alguna vez, como Grecia en el mundo antiguo y Francia en la edad moderna, un anfiteatro de naciones dóciles a su magisterio armonioso.

La Argentina y el Brasil concentran en ciudades hospitalarias la ciencia y el capital de Europa. En medio de los tanteos de quince repúblicas, ostentan el prestigio de la riqueza y la potencia del éxito. Representan económicamente un poder supremo. El capital inglés colocado en ambos países es las tres cuartas partes del empleado en América meridional entera. El ochenta por ciento del comercio sudamericano corresponde al Brasil y la Argentina reunidos. Situados frente al Atlántico, el océano civilizador, son para el Nuevo Mundo los canales necesarios de la cultura occidental.

El desarrollo material ha alcanzado, en la Argentina, grandiosas proporciones. Rápidamente se convierte la nación del Plata en potencia mundial. Su crecimiento, en un siglo, es, como el de los Estados Unidos, un canto al triunfo. Empieza en 1878 a exportar trigo, y en 1887, el éxodo de este cereal es de 240 millones de kilogramos. En siete años, de 1888 a 1895, aumenta la producción del trigo en 151%; de 1895 a 1902 en 80%. En tanto, el lino y la alfalfa crecen con fantástica progresión: aquél, en el período de 1888 a 1895 en 219%; en los siete años siguientes en 238%; ésta en 79 y 147% respectivamente.

El valor de la tierra es quince y veinte veces superior al primitivo. La pampa se puebla en veinte años. Desde 1891, las exportaciones superan a las importaciones. En quince años (en 1878 empieza la salida del trigo) la balanza comercial es favorable. La exportación de este cereal es diez mil veces superior a la de hace treinta años. El comercio argentino es superior al de cualquier otro pueblo de igual densidad. En 1840, era de diez y ocho millones de libras esterlinas; ha llegado en los últimos años a la enorme cifra de ciento veinte millones de la misma moneda. Se duplican las exportaciones en diez años, 1899 a 1908: pasan de 36 a 73 millones de libras. En esa misma década, suben las importaciones de 23 a 54 millones de libras.

La Argentina es un Estado agrícola. Representan los productos de la tierra la mitad de las exportaciones. Como país ganadero, le disputa a los Estados Unidos, a Australia, a la India inglesa la primacía. Ocupa el segundo o tercer lugar en la producción del mundo. Las carnes congeladas conquistan el mercado británico.

Avanzan con la misma rapidez los dividendos de los bancos, las entradas fiscales, el capital extranjero invertido en el país. De 1895 a 1910 se duplican las rentas del Estado, los dividendos de algunos bancos han sido del 20%. Sociedades industriales han pagado a sus accionistas el 50% de dividendo. El capital inglés, que aumenta constantemente en la Argentina, es de más de 30 millones de libras.

Crece la población bajo el doble influjo de la inmigración y de la natalidad; tiene hoy seis millones un pueblo que sólo contaba, en 1810, con 500 mil habitantes. Hace un siglo, Buenos Aires era un puerto mediocre de 45.000 habitantes. Hoy encierra esta ciudad, de intensa vida moderna, un millón doscientos mil habitantes. La mortalidad decrece, la raza se depura, el capital humano aumenta en calidad y en número.

La Argentina representa, en el Sud de América, el renacimiento latino, como los Estados Unidos, en el Norte, la transformación en un nuevo medio imperioso y de viejas razas humanas, sajones, eslavos y germanos. Pellegrini, político platense, formulaba una triunfal esperanza. Creía que la República del Plata sería, al finalizar el siglo XX, lo que son hoy los Estados Unidos, porque ya representa actualmente lo que significó hace cien años, la democracia norteamericana. Pensaba Sarmiento que Buenos Aires llegaría a ser la ciudad más gigantesca de ambas Américas.

No son aventurados presagios. Se observa en la Argentina el mismo acelerado ritmo vital del Norte. Crece la tierra hospitalaria bajo la presión constante de hombres nuevos. El patriotismo se hace más altivo con la enseñanza del éxito. El avance es desmesurado y tumultuoso. Del gaucho nómada heredan nuevas generaciones la confianza indomable. Italianos y vascos, aplican su voluntad y su realismo a la conquista de la pampa. Ingleses selectos, dominan en los negocios. El desierto y la mar exaltan en los hombres la antigua energía. Se forma en la hirviente retorta, el tipo latino del porvenir. Buenos Aires será pronto la capital artística del Continente, la metrópoli civilizadora por excelencia. Unirá la pasión italiana al refinamiento de París, la abundancia española a la euritmia de Francia. En su movimiento de ciudad máxima, en sus avenidas y palacios, en su prensa multiforme hallarán los hombres de América perpetuos motivos de orgullo latino.

De la riqueza, del fausto, de la juventud, de la epopeya de razas que chocan y se mezclan, de la doble influencia de la sangre y del ideal extranjero, del refinamiento progresivo de la plutocracia, del arte apasionado, de las avenidas armoniosas, de la intensa agitación de la vida nueva, del confuso y creador tumulto, del triunfal enjambre latino arrojado a la conquista de tierras no violadas surgirá, antes de un segundo centenario, una ordenada nación moderna. El instinto mercantil de las repúblicas italianas preparó el advenimiento de una edad de belleza. La audacia de inmigrantes enriquecidos creará un renacimiento argentino, apasionado y artístico como el de Florencia.

Sólidamente progresa el Brasil. No se ha cumplido allí el vaticinio de Buckle: "en medio de la pompa y del esplendor de la naturaleza" ha habido lugar para el hombre. * Es el centro geográfico de América. Su superficie es mayor que la de los Estados Unidos. Su población —veinte millones— supera a la de todos los Estados Americanos. Vecino de ocho repúblicas, tiene inmensas fronteras. Son un prodigio su fauna y su flora, vegetación suntuosa del Trópico, majestad oceánica de los bosques, paisajes de extraña grandeza, y de este a oeste, el Amazonas, vasto y solemne como los padres ríos del mito antiguo. La pródiga naturaleza brasileña, abrumadora y diversa, es un verdadero microcosmos.

En treinta años, desde 1880, se triplica la exportación de café, se quintuplica la del caucho, es nueve veces mayor la producción de cacao. Las transacciones comerciales alcanzan la imponente cifra de ochenta millones de libras esterlinas. El Brasil llega a ser grandísima potencia agrícola como los Estados Unidos y la Argentina. Domina los mercados europeos con el café y se impone con el caucho.

La prosperidad económica concede a estos pueblos relativa independencia. Aunque son siempre tributarios del oro europeo, el exceso de las exportaciones sobre las importaciones permite la constitución de un capital nacional. La creación de industrias propias, anuncia la definitiva liberación.

No rivalizan con el desarrollo financiero el avance político, el orden interno, la organización. En la Argentina no están divididas las tierras agrícolas. Persisten los *latifundia* hostiles a la democracia. Viven sin ideales los partidos. El socialismo y el anarquismo flamantes preparan crisis sociales para el futuro. El régimen federal favorece la anarquía, crea revoluciones provinciales. En el Brasil el territorio ilimitado se opone a la unidad. La autonomía de los estados explica el desorden político. El mestizaje, la herencia de los esclavos negros, pesan sobre los destinos de la raza, la enervan y degeneran. El militarismo amenaza con dictaduras pretorianas.

Mas, la fuerza económica es la base de un desarrollo continuado. Distinguen ya a las naciones australes todos los elementos de una cultura imperfecta pero efectiva: desarrollo de la instrucción, densidad de la masa humana, paz interior, riqueza privada, extensión de la cultura, periodismo magistral. Influyen en ese avance la situación geográfica en relación con Europa, la proporción inferior del mestizaje, la acción de la turba inmigratoria.

La civilización vendrá en América de oriente, como en las antiguas inmigraciones humanas. Llegará hasta los pueblos del Norte la influencia del oro, del fausto y de la belleza, acumulados en ciudades millonarias de hombres. Una fraternal emulación empujará a las democracias rezagadas a la conquista de la independencia espiritual. Coexistirán largo tiempo diversas etapas de cultura, desde la anarquía feudal hasta el refinamiento vecino de la decadencia. Progresivamente se uniformarán los pueblos diversos, se

* Buckle negaba esa posibilidad. Cf. *History of Civilization in England*, vol. 1º pp. 77 y 78. La obra se publicó en 1857.

unificarán todas las razas, se conciliarán la variedad provincial con la unidad de la nación, la fecunda diversidad de las repúblicas con la fuerte unión de Estados fraternales. Se habrá creado un continente contra la vieja discordia y la extranjera amenaza.

CONCLUSION

En la monótona sucesión de revoluciones y dictaduras, en la discordia civil, en la incertidumbre internacional hallan observadores superficiales de los asuntos de América el anuncio de una irremediable decadencia. El desorden contemporáneo puede interpretarse como crisis de formación o lamentable signo de decrepitud. Un lento análisis descubre, más allá de la indisciplina y de la violencia, rara vitalidad. Nuestras democracias pletóricas buscan, en el tumulto, su forma definitiva. La anarquía del Nuevo Mundo es el trágico despilfarro de energías superabundantes.

Pululan los elogios de los Estados Unidos, república estable y progresiva por excelencia; pero nadie ha escrito aún la defensa de la América española. Se olvida, en el poder norteamericano, tempranas regresiones y errores evidentes; se desconoce en el Sud latino el avance formidable. Simplificando la diversa riqueza de veinte naciones, se admira en ellas inagotables depósitos de trigo, de azúcar, de café, inmensas tierras que esperan el grano eficaz y multiplican el oro ambicioso que las fecunda. En el orden moral, son siempre obscuras regiones donde la anarquía es un mal incurable. Nadie distingue el trópico de las zonas templadas, el Pacífico recluso del Atlántico abierto a europeas influencias. Diríase que veinte repúblicas no han tenido estadistas y poetas, que en estos pueblos anónimos sólo es pródiga y suntuosa la tierra.

Escritores generosos reconocen que el extranjero redime a estas inciertas democracias. Ante el progreso argentino o la estabilidad chilena, recuerdan orgullosamente la acción de los banqueros de occidente. Pero el inmigrante que conquista la tierra, el capitán de industrias, el hombre de negocios, se adaptan a la nueva patria, se asimilan a sus costumbres y forman permanentes hogares. Sus descendientes son argentinos, venezolanos o peruanos: renuncian al Viejo Mundo tutelar y dominan los negocios en la política, en la sociedad de Sudamérica. Se pueden citar indefinidamente nombres ingleses, franceses, alemanes, italianos, que figuran en las finanzas y

en las letras. Tres presidentes, de la Argentina, del Uruguay, de Chile, fueron descendientes de extranjeros: Pellegrini, Willman, Montt.

Bajo estas eficaces presiones crece la energía humana en Ultramar. Hijos de portugueses y españoles, vástagos de la fría Albión, de la Italia exuberante, de la Francia armoniosa, de la Alemania comercial, fundan otra Europa más allá del Océano. Es transitoria la inferioridad americana. La misma obra que realizaron entre el Mediterráneo y los mares brumosos, antiguas y enérgicas razas, va a derivarse en las nuevas naciones de su esfuerzo tenaz. Ciertamente, el indio, el mulato, el negro, retardan esa transformación. Pero, desaparecen ante la inmigración triunfadora, abandonan en penoso éxodo las ciudades de la costa que la civilización conquista. Y aunque el mestizaje es el más grave problema de las democracias latino-americanas, no es siempre híbrida gente los hijos de europeos e indígenas, y la raza mezclada se transforma al contacto de poderosas inmigraciones.

Con tan varios elementos no se ha formado aún la definitiva casta, la nación homogénea. Luchan en las almas inquietas diversas influencias, y el divorcio interior se expresa en prolongada discordia política. No puede condenarse semejante desorden en nombre de la actual civilización europea. La América reproduce estados anteriores de la evolución occidental. Según una ley formulada por Aquiles Loria, el desarrollo de las colonias presenta, en resumen, las mismas etapas que el progreso de las metrópolis. Tal sucede con las repúblicas españolas. Hace medio siglo reinaba en ellas la anarquía del feudalismo: no diferían los caudillos de los barones medioevales. La noción de la unidad nacional era vaga, teórica. Ejércitos de bárbaros jefes combatían rudamente por el predominio, por el tesoro que rutilaba ante sus ojos alucinados. Bajo la influencia del capital europeo y de negociantes audaces, se construyen hoy, como en Europa después de la batalla feudal, naciones modernas. Banqueros como los de Italia y de Flandes que prestaban a los reyes el dinero necesario para vencer a la nobleza rebelde, llegan a América, de Londres, de París, de Francfort, y robustecen por medio de empréstitos el poder central. Los grandes dictadores, Rosas, Porfirio Díaz, Guzmán Blanco, destruyen la autoridad de los pequeños tiranos. Es absoluto su gobierno como el de Felipe II o el de Luis XIV, en la decadencia de los privilegios señoriales. La república parlamentaria, la democracia, serán nuevas etapas sociales del porvenir americano. Durante tres siglos gobernaron en occidente reyes despóticos. Imperarán en nuestros pueblos pesados tiranos por una o dos centurias. Y se habrá repetido en un nuevo escenario el largo drama europeo.

En la Argentina, en el Perú, en Bolivia, en el Uruguay, en el Brasil, en Chile, el conflicto interior ha tenido un desenlace, una catástrofe purificadora. Si no es perfecta la organización de esas repúblicas, de ellas se aleja progresivamente la amenaza revolucionaria. La anarquía se convierte en recuerdo, como la barbarie medioeval para los grandes Estados modernos. En otras democracias, donde es débil la invasión inmigratoria y complicado el

mestizaje, la constante discordia revela el trágico desequilibrio de las tradiciones y de las castas.

No rivalizan con las profundas luchas europeas estas revoluciones superficiales. Se exagera la anarquía americana que se reduce a efímeros conflictos por el poder. Abundan revueltas, pronunciamientos a la manera española; pero no graves crisis que signifiquen la caída de un régimen, la bancarrota de un estado social.

En su *Historia política de la Europa contemporánea,* ha escrito Mr. Seignobos que el siglo XIX fue, en el Viejo Mundo, una edad de revoluciones. ¿Cómo condenar sin atenuantes los conflictos americanos que no alcanzan en su rápido desenlace la seriedad de las crisis europeas? En algunas repúblicas de Ultramar se suceden en el poder, desde hace veinte años, sin violencia revolucionaria, gobernantes civiles: tal es el caso de Costa Rica, de la Argentina, de Bolivia, del Uruguay, del Perú, de Chile, de Brasil. Allí las luchas parlamentarias no llegan a perturbar los fundamentos del orden político. En el Trópico no ha concluido la batalla interior, ¿pero no será ella, como en la Argentina, provisional inquietud que vencen la inmigración y la riqueza?

Si se compara la pregonada estabilidad europea con la situación de aquellas democracias temblorosas, se evidencia que no se han librado de la antigua anarquía las naciones occidentales. La caída de un régimen en Turquía, el asesinato de un monarca y la fundación de una república en Portugal, los terribles desórdenes de Barcelona que evocan rojas escenas de la Comuna, el terror ruso, la tiranía de la Liga militar en Grecia, las tentativas de huelga general en Francia, Inglaterra y Suecia, son siniestras manifestaciones de una agitación universal. No se batalla en Europa por el poder, por las posiciones burocráticas, pero graves choques sociales anuncian la futura Revolución.

Y precisamente, en los Estados de Ultramar que han alcanzado la deseada quietud, se inician ya las luchas de clases. Ha habido en la Argentina grandes huelgas y atentados anarquistas. Es, pues, evidente el paralelismo entre el desarrollo europeo y americano.

La anarquía no es privilegio del Nuevo Mundo. No lo es tampoco la inmoralidad; la familia es más firme que en los Estados Unidos, tan sólida, tan virtuosa, como el hogar burgués en Inglaterra y Francia. Todavía se enriquecen los caudillos con el oro fiscal, las elecciones son formas diversas de la mentira política, la burocracia agota las riquezas nacionales. ¿Puede denunciarse en Europa estos vicios de impuras democracias? Frecuentes escándalos que la prensa explota, nos dicen que los Estados ibéricos no tienen el monopolio de la miseria moral. El proceso de un ministro concusionario en Italia, las revelaciones de Harden sobre el homosexualismo de algunos aristócratas alemanes, los métodos de la policía secreta en Rusia, los despilfarros de la corte en Portugal, aquellos históricos *affaires* revelados por los nacionalistas franceses, presentan la misma gravedad que los fraudes y los desórdenes sudamericanos.

Consideran las naciones occidentales que la libertad es su exclusivo patrimonio. En el ágil periodismo de Ultramar y en sus violentos ataques al poder, en la agresiva actitud de las minorías parlamentarias, hallamos el mismo culto de la independencia. Son más liberales las costumbres políticas en la Argentina, en el Uruguay, en el Perú, que en la Alemania feudal o en la Rusia teocrática. Sólo Francia e Inglaterra superan en inteligente tolerancia a las democracias que formaron con las ideas de sus universidades y el oro de sus bancos. A quienes confunden, en idéntica condenación, a todas las repúblicas, parecerá esta afirmación una curiosa paradoja. Recordarán que no han desaparecido de América los tiranos. Aun donde ellos dominan, subsiste una prensa hostil, una cruzada tenaz que concluye por derribarlos; y, al sud del Trópico, desde Lima hasta el Plata, se llega en el ardor de las luchas civiles a la calumnia, al *panfleto* infamante, a la licencia, a todas las formas de una libertad indisciplinada y excesiva.

Este liberalismo, el espíritu generoso de las constituciones políticas, la solidez del hogar, no impiden que el aspecto sea aún contradictorio y anárquico. En el Nuevo Mundo se realiza un vasto experimento social, como en los Estados Unidos, el Japón y Australia. Su tumultuoso avance parece hostil al orden, a la armonía, a la rigidez de moldes clásicos. Pero no es definitiva esta actitud. Sugiere el examen de sus progresos un limitado optimismo. Obscuras fuerzas preparan allí el advenimiento de la nueva sociedad, de la nueva humanidad. Del maridaje entre la tierra y el hombre, surge lentamente una casta americana.

El ejemplo de la Argentina, del Perú, de Chile, del Uruguay, de algunos Estados del Brasil, el progreso todavía indeciso pero cierto de Colombia y de Bolivia, demuestran que la civilización es invariable consecuencia de la depuración de las razas, de la abundancia de inmigraciones viriles, del desarrollo de la vida industrial. No se detendrá en el Sud este múltiple desenvolvimiento: se impondrá a las naciones tropicales, por la influencia del éxito, por la imitación, por reacción necesaria contra el antiguo desorden.

La educación puede también reformar a esta América dividida. Dominan en el Continente los mestizos, índoles neutras, de voluntad casi nula, que fácilmente se inclinan en el sentido del impulso que reciben. * Lo que la escuela no pueda crear, lo realizará el cruzamiento de las razas agotadas. Es, escribe Mr. Le Bon, "el único medio infalible que poseemos para transformar de manera fundamental el carácter de un pueblo, puesto que sólo la herencia es bastante poderosa para luchar contra la herencia".

Sin duda, son bárbaros la agresiva juventud, el excesivo optimismo, el individualismo exasperado de estas democracias, si se les compara con las grandes naciones europeas cuya complicada civilización tiene la majestad de una obra milenaria. No se avergüenzan de su fuerte y robusta primitividad los americanos. "Que somos bárbaros —ha escrito uno de los más notables ingenios de Ultramar, Rufino Blanco Fombona.— Pues bien: sí, somos

* Le Bon. *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples.* Paris 1900, p. 29.

bárbaros; pero como lo fue la Italia de las repúblicas. Damos rudos guerreros, como Milán; pero también ricos mercaderes, como Génova, y prodigiosos artistsas como Florencia. Esa pluralidad es nuestra barbarie". De la indisciplinada abundancia han de surgir el gusto, el orden, la armonía clásica.

Si en el actual desorden de algunas repúblicas fundan su escepticismo exóticos observadores, comparando los dos términos de la evolución centenaria, el confuso origen y la actual robustez, los progresos de un siglo de vida autónoma son un hermoso canto de victoria. Donde ardieron hogueras inquisitoriales luchan hoy altivas generaciones en defensa de la libertad; donde el extranjero fue proscrito, llegan los inmigrantes y conquistan riqueza y preeminencia. Setenta millones de hombres se asimilan la civilización latina; e inquietas juventudes de América se congregan en París, en el barrio latino, a escuchar lecciones de sabiduría. La pasión del arte, el culto de las ideas generales, el entusiasmo por la belleza los mueve más que la codicia del oro o el fervor industrial. Ya ha surgido en el desierto una ciudad tentacular, la primera metrópoli latina después de Lutecia, Buenos Aires, con un millón de gentes que levantan, frente al océano que prolonga el rumor de sus agitaciones, palacios de mármol donde albergar su ensueño de hegemonía continental.

Críticos y poetas, escultores y pintores, juristas y neurólogos, dibujantes y novelistas, sociólogos e historiadores abundan en las escuelas americanas; y de su esfuerzo por adoptar los métodos europeos, van surgiendo una ciencia y una literatura originales. Un gran entusiasmo empuja al Continente hacia nuevos Dorados donde buscan modernos conquistadores el secreto del arte propio. No les satisfacen el prestigio de Tiro, el poder de Cartago: ambicionan —¿y no los redime este empeño de la mediocridad?— la gloria de Atenas, la supremacía de Francia.

Por eso, sin desconocer las imperfecciones actuales sin olvidar las ásperas costumbres políticas, no es posible negar que América es una de las más grandes esperanzas de la estirpe latina. Su agitada historia demuestra que son estériles las ideologías, los prejuicios igualitarios, el romántico liberalismo. Confirma las leyes psicológicas formuladas por el doctor Gustave Le Bon: función deprimente del mestizaje, impotencia de las instituciones para transformar el alma de los pueblos. Una política fundada en el estudio de las razas puede redimir a estas naciones desconcertadas. De la sumisión a leyes inflexibles dependerá su futura grandeza. Y quizás se realizará algún día, en las Indias de Colón, un nuevo avatar del genio latino que creó en Roma el derecho y la ambición imperial, en España el quijotismo heroico, en Florencia una armoniosa expansión de las energías humanas, en Francia la razón serena, el lenguaje sutil y el donaire conquistador.

Una extraña predestinación parece reservar al Nuevo Mundo la gloria de futuros inéditos. Lo anuncia un poeta en la serenidad de las noches áticas: es la Atlántida de Platón. Lo adivina un visionario en la loca incertidumbre de sus carabelas. Allí comienza, como en la profecía virgiliana, un nuevo

orden de siglos. Atrás, en el pasado brumoso, quedan las castas irreductibles y los tronos macizos. La América es tierra de libertad, el ensayo final de un planeta fatigado que aspira a redimirse de sus primeras creaciones. Todas las razas se congregan para realizar en el Continente el milagro esperado. Nuevas estrellas violan el misterio de las selvas confusas, y en la tierra amorosa centuplican su virtud generadora los antiguos gérmenes. Se suceden en este mundo absorto rutilantes epopeyas, desde la odisea de una raza hidalga, hasta la guerra a muerte por la libertad. A orillas del Plata heráldico, Buenos Aires tentacular, Montevideo reformadora; en la rumorosa majestad del Trópico, Río de Janeiro dominadora, anuncian por su imponente avance la futura grandeza de las naciones fraternales: sobre lentas crisálidas adivinamos ya el dorado vuelo de alas audaces. Crece el capital de gloria humana: la romántica locura, el desinterés, la anarquía viril, que es la embriaguez de la libertad, la ambición de dominar el aire, de violar con rieles audaces el flanco de las cordilleras, todas las formas del heroísmo vesánico florecen en esta América desmesurada y pródiga. Quizás está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus amplias mesetas nazca, hijo del Sol, como en la leyenda de los Incas imperiales, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, avasallador y solitario, el Superhombre.

Diciembre de 1912

CRONOLOGIA

1883 El primogénito de Don Franciso Calderón, que llevará su mismo nombre, nace en Valparaíso el 8 de abril, donde se encontraba internado quien fuera el último presidente del Perú, aprisionado y trasladado a Chile por los vencedores de la guerra del Pacífico: "lo que tantas veces escuché referir a mi madre con los ojos llenos de lágrimas; al hijo que nace en Valparaíso le dan por cuna ilusoria un cajón de Burdeos; el Arzobispo de Santiago, olvidando sus deberes y la caridad evangélica exige que el niño por bautizar sea inscrito en el registro bautismal como ciudadano chileno y por eso mi hermano Francisco sólo pudo ser cristianizado en Buenos Aires" (V.G.C.): prol. *Memorias del cautiverio.*

A fines de julio la familia es transportada a Rancagua, donde vivirá nueve meses. Un periodista del *New York Herald* lo visita (VII): "alojado en lo que se llama 'Club de los Bomberos', un edificio de adobe, de un solo piso, con un patio empedrado de piedra de río, húmedo, mohoso y con una caballeriza pantanosa, llena de inmundicias de hombres y animales con un hedor pestífero. A un lado del patio había una cantina, un salón de billar y un comedor para los bomberos y el público. Al otro lado había tres piezas en que él y su familia estaban alojadas".

1884 Se permite a la familia pasar en marzo a Valparaíso, visto el avanzado estado de gravidez de doña Carmen Rey Basadre. Allí nace (el 31/III) el segundo hijo del matrimonio: María.

Francisco García Calderón es autorizado a salir del país con su familia, obligándosele a que viaje a Europa y no al Perú. El 27/V sube al barco inglés "Britannia" rumbo a Buenos Aires, vía canal de Magallanes: "llevaba conmigo dos tiernos hijos nacidos en el destierro".

Luego de una escala en Montivideo, desembarcan en Buenos Aires. Allí don Francisco comienza sus *Memorias del cautiverio* que dejará incompletas. Las publicará póstumamente (Lima, 1949) su hijo Ventura.

1886 Nace en París, Ventura (23/II) quien ha de ser compañero permanente de Francisco en la vida intelectual: poeta, cuentista, ensayista, *chroniqueur,* autor de una vasta obra, la mitad de la cual escrita originariamente en francés.

La familia retorna al Perú pasando por España donde don Francisco, como miembro correspondiente de la Real Academia Española, concurre a la recepción del padre Miguel Mir. En ausencia es elegido (21/V) Rector de la Universidad y senador por Arequipa (2/VII). Llegan a Lima (21/VII), se le ofrece un banquete (25/VII) y es electo presidente del Senado (28/VII). Representará allí a Arequipa hasta 1893.

"Su entrada a la capital, el 21 de julio de 1896, es apoteósica. Tres cuadras compactas de elementos representativos de la ciudad, de grandes señores vestidos de levita y sombrero alto, encabezan otras tantas de pueblo. Hombres y mujeres vivan al héroe civil, al invencible defensor de su soberanía, al guardián severo del territorio patrio" (Luis H. Delgado: "Homenaje a Francisco García Calderón en el primer centenario de su nacimiento", en *La vida y la obra de Francisco García Calderón.* París, Desclée de Brouwer, 1946).

1887 Don Francisco instala en Lima la Academia Peruana, autorizada por la Real Academia Española. Es designado director de la Academia Peruana (31/VIII).

1888 Nace el cuarto hijo de don Francisco, José (22/VII). Naturaleza de artista altamente dotado, hará en Europa estudios de arte y arquitectura y morirá a los 28 años de edad en el frente de batalla de Francia durante la Primera Guerra Mundial.

1889 Nace el quinto y último de los hijos de don Francisco García Calderón y Carmen Rey Basadre, Juan (2/VII) quien hará estudios de medicina en Francia, especializándose en radiología.

1893 Alumno del famoso Colegio de la Recoleta, "destinado a larga influencia en los destinos espirituales del Perú". Allí se inicia su larga amistad con José de la Riva Agüero: "El tenía ocho años y yo diez. Eran pocos los alumnos y numerosos los profesores. De esta suerte se estableció pronto lo que llamó Platón una cadena magnética entre los discípulos y los maestros que ejercieron sobre nosotros una acción personal directa, persuasiva, formadora". *(José de la Riva Agüero. Recuerdos.* Lima, 1949).

1895 Su padre se consagra a las tareas educativas desde el Rectorado de la Universidad de San Marcos. "Con el gobierno que inicia Piérola el 95, permanece al margen de la política, dedicado a su estudio de abogado y al rectorado de la Universidad que desempeña desde su regreso al Perú. En esa misión no desmaya durante quince años, reconstruyendo el claustro universitario que la guerra había convertido en cuartel del enemigo. (...) Forma cátedras, levanta salones de práctica, enriquece la biblioteca, regulariza el me-

canismo de las rentas, paga con puntualidad los sueldos de los profesores, le imprime un sello de alto respeto a la enseñanza, y bajo su paternal consejo se educa la más brillante generación peruana" (L.H. Delgado, en *La vida y la obra de Francisco García Calderón).*

1900 "La generación de este joven peruano torció el cuello a la elocuencia. Asesinato criollo que merecía por sí sólo un veredicto favorable de las generaciones subsiguientes, asesinato oportunísimo cuando toda la lengua española estaba enferma de pomposidad" (V.G.C.: "Cómo era un adolescente peruano al comenzar el siglo XX").

1901 Ingresa a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, junto con su hermano Ventura. A pesar de su visión pesimista del estudiantado, conforma un pequeño grupo en el que participa su fraternal Riva Agüero. "Deambula en el patio de los naranjos del claustro sanmarquino un joven alto y fuerte, prematuramente miope por las largas lecturas, modesto y casi tímido pero cordial y discreto... ingresaba como alumno a la casa de la cual era Rector aquel insigne patricio que en las noches y tardes del hogar modelo daba a su hijo las mejores enseñanzas mereciendo que él le llamase en la emocionada dedicación del *Perú contemporáneo,* "El más dulce maestro de mi juventud". (Víctor Andrés Belaúnde, en *Mercurio Peruano,* Nº 316, Lima, 1953).

Considerable influencia sobre su formación filosófica ejerce Alejandro Deustua: "Un gran maestro, por el impulso y la ciencia, por el esfuerzo de dirección y la adhesión a la nueva juventud", "recuerda entre nosotros la acción de los maestros franceses, de un Lavisse o de un Liard" *(Le Pérou Contemporain).*

También lo recuerda en sus recuerdos de Riva Agüero: "Una vez, nuestro maestro el doctor Deustua nos opuso en justa breve. Yo defendí la libertad contra el determinismo, inspirándome en la filosofía de la ideas-fuerza de Fouillée. El me combatió en nombre de la *Etica* de Espinoza.

1902 "Hacia 1902, cuando mi padre y mi hermano Francisco fueron a visitar a Piérola en su casa en la calle del Milagro, el famoso caudillo palmeando el hombro de Francisco le dijo con su voz gangosa y dulzona: 'Siga usted las huellas de su ilustre padre'" (V.G.C. prol. *Memorias).*

1903 Obtiene la contenta del grado de doctor en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos.
Publica la que quizás sea su primera colaboración en la prensa, en la revista *América Literaria:* "Una página sincera".
A partir de 1904 se incorpora a *La Prensa* de Lima como colaborador permanente, escribiendo sobre temas de filosofía y política, con especial atención por las novedades europeas. Artículos sobre Labriola, Kidd, Taine, Frinor, Michelet, Renouvier, Tarde, Jaurès y Babel, análisis de las ideas contemporáneas, las tendencias del derecho, la protección de los trabajadores, las corrientes religiosas y las doctrinas socialistas.

1904 Aparece su primer libro, *De Litteris,* para el cual había recabado un prólogo de José E. Rodó, acerca de quien este volumen incluye un elogioso homenaje en su artículo "Una nueva manera de crítica". Dice Rodó: "García Calderón empieza manifestando cualidades del juicio, o más generalmente, de la personalidad, que suelen ser el premio de largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu. Este escritor nuevo, sin dejar de ser muy juvenil por su hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabores de madurez (...) Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana. Es a la crítica adonde le destinan, claramente, las disposiciones de su espíritu". (Artículo recogido, posteriormente, en *El Mirador de Próspero).*
Con motivo de inaugurarse la biblioteca de la Universidad escribe en *La Prensa* (16/X) sobre "La Biblioteca y la Universidad": "La inteligencia nuestra —hecha para improvisación, para la intuición brillante, para asimilación amena, para el discreteo imaginativo— se adapta difícilmente a las exigencias científicas. En este sentido, nunca se le predicará bastante el esfuerzo, el reposo creador, la tranquilidad reflexiva, para que la labor oscura de las fuerzas inconscientes produzca en el cerebro alguna combinación feliz, traiga a la plena luz de la conciencia algún boceto de grandes creaciones".

1905 "Para festejar la llegada de Menéndez Pidal a Lima, ante la ciudad congregada en el Palacio de la Exposición, pronuncia mi hermano Francisco su famoso discurso de bienvenida y recita Chocano su *Canto a España* (V.G.C.. "Generación sin maestros"). Su conferencia, *Menéndez Pidal y la cultura española* es recogida en el folleto que edita el Ateneo de Lima y en segunda edición, aparecerá en Santiago de Chile, ciudad a la que viaja F.G.C. y donde permanece hasta el mes de septiembre. Rodó, (carta de 28VI/06) lo felicita: "Lo sólido y bien pensado del fondo corresponde dignamente en ella a la magistral elocuencia de la forma".

Muere su padre luego de una tenaz enfermedad (21/IX). Llega de Chile al día siguiente para las exequias solemnes que decreta el gobierno como Ministro de Estado. Junto a las autoridades, habla en el entierro, José de la Riva Agüero.
Francisco, que ha cumplido 22 años, vive un período de intensa depresión anímica.

1906 La familia resuelve trasladarse a Francia, país que será residencia permanente de Francisco durante cuarenta años, hasta su retorno, enfermo, en 1947. Llega a París con sus hermanos Ventura, José y Juan (26/IV): "No han faltado quienes han censurado la decisión que los cuatro hermanos adoptaron en 1906. Ignoran que, tras de ella, hubo razones muy graves de orden íntimo y familiar. Alejarse de Lima fue entonces, para ellos, una solución quirúrgica. Por lo demás, no se trataba de hombres que partieran en el camarote de lujo de los mimados por la fortuna. Los cuatro García Calderón se fueron a luchar con la vida, cara a cara, en un medio extraño" (J. Basadre). Francisco llevaba nombramiento de canciller de la Legación del Perú en París; Ventura ingresará al consulado peruano en París; José se incorporará a la Escuela de Bellas Artes, sección de Arquitectura y Juan optará por la carrera de medicina con especialización en radiología.

1907 Voraz participación en la vida intelectual francesa: cursos de Henri Bergson sobre Spencer, conferencias de G. Ferrero, reuniones en cada de Emile Boutroux ("un sugestivo cosmopolitismo preside a estas reuniones"), curiosidad y reprobación por el socialismo: "es quizás la última de las formas religiosas y se verifica la tesis de Le Bon", "una igualdad monótona e imposible bajo una autocracia, la de la Confederación del Trabajo".
Publica *Le Pérou Contemporain* en París, con prólogo de Gabriel Séailles, que obtiene al año siguiente el premio Fabien discernido por la Academia Francesa. Por este libro Mariátegui lo homologará a Riva Agüero, al colonianismo y al positivismo conservador de la generación "futurista". Jorge Basadre le replicará: "García Calderón representaba, por cierto, la superación del negativismo de González Prada. Pero no representaba a una aristocracia feudal, como decía Mariátegui. Menos aún a la plutocracia en creciente desarrollo cuando escribió este libro y contra la cual tuvo palabras admonitorias. Lo que trata de articular en este libro juvenil es el llamamiento a una burguesía moderna, progresista, ilustrada" (prol. *En torno al Perú y América,* 1954).
En Valencia aparece *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (227 pp.) con prólo-

go de Boutroux. Se trata de "una selección de los artículos míos publicados en diarios y revistas de Lima de 1904 a 1907" a los cuales el autor agregó algunos inéditos.

1908 Año europeo: en París conoce a Fouillée y a Fogazzaro y visita a Rufino José Cuervo; en Londres, hace amistad con Ramiro de Maeztu y conoce al barón Von Hügel ("paseos en los jardines de Kensington en Londres con el barón von Hügel y el Padre Tyrell, corifeos del modernismo católico"); en Berlín concurre a la conferencia Internacional para la protección de la propiedad intelectual y en Heidelberg (IX) participa del Congreso de Filosofía al que concurren Benedetto Croce, Emile Boutroux, Josiah Royce, Wilhem Windelband. Presenta su ponencia "Les courants philosophiques dans l'Amérique latine" que publica en la *Revue de Metaphysique et de Morale* y edita en separata. Su amigo Pedro Henríquez Ureña lo traduce con anotaciones críticas en la *Revista Moderna* (México, XI/08) y esa traducción con esas notas serán recogidas por F.G.C. en su libro *Profesores de idealismo.*
Interpretando este perído del pensamiento occidental, anota: "renace hoy, como en todas la épocas, el idealismo. Pero es un idealismo que se inspira en nuevos resultados científicos, es un idealismo constructor, pero también crítico" *(P. de I.)* Con el fin de contraer matrimonio viaja a Lima, adonde llega el 27/XII.

1909 Casa con la dama peruana Rosa Amalia Lores que devotamente le acompañará hasta el fin de su vida y retorna a Francia (28/I) vía Estados Unidos. Contrata aquí algunos profesores (Alberto Giesecke) por encargo del Ministro de Educación, M. V. Villarán; visita en Cambridge a William James ("Me parece que el bergsonismo en Francia y el pragmatismo sajón serán la filosofía del porvenir"); registra la renovada presencia española en Estados Unidos con la conferencia de Menéndez Pidal y la exposición de Sorolla y Zuloaga, aprecia el clima intelectual de New York, "metrópoli que va abandonando a Calibán o haciéndolo trabajar todos los días en favor del espíritu". La librería Ollendorf publica sus ensayos reunidos sobre las tendencias espirituales de la época: *Profesores de idealismo* (306 pp.).

1910 Ocupa el puesto de segunda secretario de la Legación peruana en París, ciudad donde residirá hasta 1919, cuando sea ascendido y trasladado a Bruselas.
Viene desarrollando una persistente colaboración intelectual en periodicos

de la América Latina. Desde ahora irá agregando a sus artículos para *El Comercio* de Lima, copias (u otros artículos excepcionalmente) para el *Diario de la Marina* y *El Fígaro* de La Habana, y *La Nación* de Buenos Aires.

1911 Prepara su libro *Les démocraties latines,* proponiéndole a Gustave Le Bon que lo incorpore a su famosa "Biblioteca de filosofía científica": "En sus conversaciones Le Bon repetía, discutía, se negaba a consagrar un lugar por modesto que fuera a los países de ultramar en la colección (...) Yo explicaba y defendía mi fe. Al fin, creyendo sin duda halagarme, me pidió para el volumen una garantía de orden intelectual, el prólogo de un gran escritor (...). Pedí entonces consejo a un filósofo, Emile Boutroux, que me honraba con la más delicada y constante amistad (...). M. Boutroux era primo de Poincaré por su esposa (...) presentado por aquél en carta elogiosa fue admirablemente recibido por el ilustre abogado. Largamente hablamos de mi proyecto. Le envié el manuscrito (...) Fue grande mi sorpresa al saber pronto que, en medio de absorbentes labores, había hallado lugar para anotar página por página mi trabajo. Me convocó, me pidió explicaciones complementarias, se refirió a ciertas expresiones francesas que era necesario revisar (...). Escribió un bellísimo prólogo, claro y generoso, y me lo entregó. Pocos meses después fue llevado a la Presidencia del Consejo de Ministros" *(La herencia de Lenin y otros artículos).*

1912 Año triunfal. Aparece, con prólogo de Raymond Poincaré, presidente del Consejo de Ministros, su libro *Les démocraties latines de l'Amérique,* dentro de la Biblioteca dirigida por Gustave Le Bon. El éxito del volumen acarrea su inmediata traducción al inglés y al alemán: "Yo proponía en este volumen que se formaran en el continente, en vez de la Confederación de todas las repúblicas que fue el sueño de Bolívar, Federaciones parciales" (J.R.A. *Recuerdo).*

En el mes de junio aparece el primer número de *La Revista de América,* bajo su dirección. La revista publicó cinco entregas, dos en 1912, dos en 1913 y una, correspondiente a los meses de enero a abril en 1914, en vísperas de la Gran Guerra Mundial. En su editorial expresa: "aspiramos a reunir, en una publicación libre, abierta a todas las direcciones del espíritu moderno, curiosa, flexible, de rica información, a los mejores escritores del nuevo mundo latino. Tal ambición es un acto de fe. Creemos en los admirables destinos del continente, en la raza ardiente, curiosa, liberal, que creará mañana genios como ayer, caudillos y libertadores" y agrega: "A la violencia anárquica opongamos el estudio, la tolerancia, la serena razón".

1913 Año de consagración de la tarea intelectual. Publica *La creación de un continente* (editorial Paul Ollendorf, 264 pp.), "el más bello libro que escribió en castellano Francisco García Calderón. La prosa tiene un vigor y una elegancia que serán clásicos" (J. Basadre). Aparece la traducción inglesa de *Les démocraties de l'Amérique* (London, Fisher Unwin, 400 pp.) y también la alemana (Leipzig, K. F. Koehler, 288 pp.).
Atiende la dirección de la *Revista de América*. En el editorial de la entrega de año II, vol. 1, enero/abril reconoce una nueva orientación estética en las letras hispanoamericanas: "Enérgicamente se impone en nuestras democracias una literatura vernacular. Reniega de aspiraciones exóticas para cantar la selva autóctona, el criollo altivo, los andes ciclópeos, el tumulto de naciones en crecimiento. Seguiremos esta invencible dirección".

1914 En vísperas de la Guerra Mundial, es ascendido a primer secretario de la representación diplomática peruana en París.
Al declararse la guerra su hermano José se enrola en la Legión Extranjera. Será citado tres veces a la Orden del Día y condecorado con la Cruz de Guerra.
Francisco reparte su tiempo entre las tareas diplomáticas y los ensayos que en este período estarán consagrados a los problemas de América Latina en relación con los Estados Unidos. Comienza a alejarse de los asuntos filosóficos para consagrarse plenamente a una ensayística sobre el proceso político de las sociedades occidentales.

1915 El segundo ciclo de su producción intelectual, que corresponde a la Primera Guerra Mundial y a la posguerra y que estaía dominada por su atención a la evolución política de Occidente, se inicia con el estudio sobre *El panamericanismo. Su pasado y su porvenir* que escribe en este año y se publicará en 1916 en la *Revue Hispanique* (tomo XXXVII), editándolo asimismo en separata. En él se registra un distanciamiento respecto a la concepción "arielista" de Rodó sobre los Estados Unidos: "El porvenir del panamericanismo se confunde así con los grandes intereses de Occidente y el legado moral de los pueblos que formaron el alma moderna, claro helenismo, cristianismo de moral profunda y sutil psicología, organización romana del derecho, reconocimiento francés de la libertad y la igualdad humanas, orden inglés en que se desarrolla la energía individual sin externa presión, democracia de voluntades autónomas presididas por reyes...".

1916 El 5 de mayo de 1916, siendo observador en aeroplano y en globo cautivo, muere en el campo de Verdún, José García Calderón. "Cuantos le conocieron hablan de él como de un espíritu quijotesco y genial, capaz de asumir, lo mismo que Leonardo Da Vinci, que fue su constante modelo, todas las disciplinas humanas" (V.G.C.) Como homenaje los tres hermanos varones, Francisco, Ventura y Juan, publican en su homenaje un volumen titulado *Reliquias,* donde reúnen fragmentos de su diario íntimo, los apuntes de un proyectado libro sobre la guerra, su ensayo sobre Wagner publicado en la *Revista de América* (seud. Alonso Panza), las viñetas que hacía para la misma revista y una selección de sus dibujos. Una segunda edición del libro, titulada *Páginas y dibujos selectos,* aparecerá en Ginebra en 1947.

1917 Reúne artículos aparecidos en el diario *La Nación* de Buenos Aires, bajo el título *Ideologías* (París, Editorial Garnier hermanos, 489 pp.).
Ha venido colaborando con la Editorial América, que había fundado, en Madrid, Rufino Blanco Fombona y para cuyos títulos escribirá algunos prólogos: a *Teatro argentino* de Juan Pablo Echagüe, a *Los ídolos del Foro* de Carlos Arturo Torres.

1918 Es nombrado oficial de la Legión de Honor de Francia.

1919 En Madrid aparece *Ideas e impresiones,* en la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales de la Editorial América, con prólogo de Gonzalo Paris. Es una selección "de los diversos libros que integran la obra múltiple y admirable del admirable Francisco García Calderón" a quien la editorial (¿Rufino Blanco Fombona?) presenta con estas palabras: "Muerto José Enrique Rodó, ha heredado Francisco García Calderón por su inmenso valer y con el consentimiento unánime de las democracias latinas del Nuevo Mundo, el puesto de director central que aquel dejó vacante".
Tras un amplio elogio de su obra, Paris adelanta algún reparo: "no faltará quien le censure cierta complacencia, cierta medio velada simpatía por el *porfirismo* que parece saltar de algunas de sus frases armoniosas".
Se publica en español y en francés su libro *El dilema de la gran guerra* (Ediciones literarias, 291 pp. y Bernard Grasset, 307 pp.) "libro donde el actual minitro del Perú en Bruselas estudia con orientación generosa, con visión amplia, con jugoso estilo, el conflicto de ideales o de tipos de civilización que fue fondo esencial de la vasta lucha" (P. Henríquez, en *La Prensa,* New York, 8/I/20).

Se le acredita como Ministro Plenipotenciario de Bélgica, trasladándose a Bruselas donde residirá hasta 1921, cuando renuncia a la actividad diplomática.
Es nombrado Ministro pleniponteciario del Perú en la Comisión de Paz de Versalles.
Es miembro de la Delegación en Europa que se encargó de reunir toda la documentación sobre Tacna y Arica. El gobierno de Venezuela le otorga la condecoración del Busto del Libertador.

1920 Actúa en la Liga de las Naciones como representante del Perú, renunciando a su investidura (31/V).
La Biblioteca Latino-Americana que dirige Hugo Barbagelata, publica su ensayo *El wilsonismo,* con una semblanza de Gonzalo Zaldumbide: "Extraordinaria cosa, que un intelectual sudamericano haya podido llegar a este dominio de Europa y del mundo moderno, a esta resonancia como de cúpula excelsa en que repercuten las voces universales. Y más de admirar aún, que este perfecto europeo, continuando en ser por lo alto un auténtico latinoamericano, no guarde rezago ninguno de la inferioridad nativa".

1921 Renuncia a su puesto como Ministro Plenipotenciario del Perú en París (11/III) consagrándose por una década al trabajo intelectual exclusivamente. Es el período de su intensa actividad como politólogo y colaborador de *La Nación* de Buenos Aires.
Le atrae la situación de la Alemania vencida: "Después de la guerra mundial, en 1921 y 1922 visité Alemania y observé su extraña actitud de pueblo desesperado. Vencida en Occidente, aspiraba a refugiarse en Asia. Estudiaba con fervor a Dostoiesvski, enemigo de Europa, traducía a Laotsé, místico chino. *Siddhana* (sic) novela del célebre escritor Hermann Hesse que exalta al budismo, me pareció la expresión de un Reich sin esperanzas" (J. R. A. *Recuerdos).* De estas observaciones surgirá su libro *El espíritu de la nueva Alemania.*

1922 Prologa el libro de Hugo Barbagelata *Para la historia de América* (París, Imp. y Encuadernación Vertongen, 188 pp.).
Sus colaboraciones en periódicos americanos propugnan la unidad europea y la integración de Alemania en el conjunto de las naciones del continente. Colabora desde su aparición en la *Revue de l'Amérique Latine.* Colabora asimismo en *Variedades* de Lima. "No es inverosímil suponer que su altiva re-

nuncia de la diplomacia entre 1921 y 1931 lo obligó a ser, a veces, un jornalero de la pluma". (J. Basadre).

1923 Sus artículos registran su atención por el movimiento nacionalista en los países europeos (la influencia de Drieu la Rochelle, Charles Maurras) y sobre la ascensión del fascismo en Italia (ideas de D'Annunzio y Mussolini). En un artículo para *Revue de l'Amérique Latine* (que aparecerá en 1924) examinará los vínculos de Maurice Barrès y América Latina.
Cuatro ensayos ("Hacia el porvenir", "Ariel y Calibán", "Por ignoradas rutas", "Bolívar") son publicados por "La literatura peruana", Año I, vol. VII, en Lima, bajo el título *Ensayos selectos.*

1924 Con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, escribe su artículo examinando la obra de Bolívar *(Boletín de la Unión Panamericana,* LVIII, N° 12, Washington).
Con motivo de los sucesos españoles ofrece un panorama de su actividad intelectual y anota admirativamente la obra de Miguel de Unamuno.

1926 Una nueva recopilación de sus artículos sobre la política occidental aparece en España: *Europa inquieta* (Madrid, Editorial Mundo Latino, 298 pp.). Prologa el libro de José G. Antuña *Literae* (París, A. Febre, 249 pp.) y el de Alvaro Melián Lafinur *Figuras americanas* (París, Casa Franco-ibero-americana, 191 pp.). En sus artículos examina a los pensadores italianos (Giovanni Gentile, Benedetto Croce) en relación a la situación política de Italia, entrevista a Georges Duhamel, y reconsidera la obra de reforma social de Rudolf Steiner.

1928 Aparece *El espíritu de la nueva Alemania* (Barcelona, Editorial Maucci, Colección de Escritores Americanos dirigida por Ventura García Calderón, 238 pp.) donde examina el pensamiento de sus escritores e ideólogos (Rudolf Eucken, Walter Rathenau, Oswald Spengler, Heinrich Mann, Rudolf Steiner) a la luz de la situación nacional, propiciando un entendimiento europeo ante la aparición del bolcheviquismo. "Urge, en consecuencia, defender con armas rutilantes la vieja civilización amenazada. Diríase que la predicación en favor de la unidad vendrá esta vez, no solo de Roma o de Ginebra, sino de Berlín también (...). O aceptarán los latinos, inclinados a la división y el abandono, la hegemonía del Reich, y se afirmará la unión en Euro-

pa sin ellos, en nombre de un espíritu hostil, porque no supieron prepararla; o de la fusión del germanismo y del eslavismo surgirá una fuerza satánica que disolverá la civilización apolínea en que vivimos, de mesura, de armonía, de optimismo y de luz. Este libro tiende a esclarecer tan importante problema".

1929 Da a conocer *La herencia de Lenín y otros artículos* (París, Casa Editorial Garnier hermanos, 303 pp.) en que reúne y amplía algunos de sus artículos. Especial atención es concedida a la situación soviética luego del triunfo de Stalin y sobre todo a la vida intelectual española (L. Araquistain, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Alomar) cuyo acercamiento a América le parece ya posible.
Dentro de la serie de impecables ediciones de las obras de Montalvo, dirigidas por Gonzalo Zaldumbide, aparece *El regenerador* (dos volúmenes) con un atento prólogo de García Calderón sobre el Montalvo político.

1930 Es designado Ministro Plenipotensiario del Perú en Francia, cargo que ocupará por una década.
Continúa su colaboración con periodicos americanos, analizando los problemas políticos (los ingleses en la India, el milagro norteamericano, europeismo y germanismo, las ideas de Foch).

1931 "La obra de García Calderón quedó realmente interrumpida por la dolencia que hizo presa de él desde 1931 (acaso desde mucho antes). Todo lo que se publicó a partir de esa época corresponde a intervalos en la vida sin reposo de un hombre gravemente enfermo. Su mal se acentuó en forma patética cuando, siendo Ministro en Francia, en 1940, llegó a ser apresado por los alemanes y enviado a un campo de concentración donde, por algún tiempo, no pudo recibir asistencia alguna. Esa enfermedad fue la némesis implacable y pavorosa que acabó con su disciplina interior, desvió, desmoralizó y malogró su vida y le infundió una acedia infinita" (J. Basadre, prol. *ET aPyA).*
Es designado delegado peruano a la XV Conferencia Internacional del Trabajo que se reúne en Ginebra.

1933 En la *Revue Hispanique* (T. LXXXI) aparece su homenaje a su director, extinto investigador de las letras españolas: un hispanista francés, D. Ray-

mundo Foulché-Delbosc, que es recogida luego en una separata.
Es designado representante del Perú en la asamblea de la Liga de las Naciones, en Ginebra.
A partir de esta fecha disminuye notoriamente su producción intelectual y deja de atender a sus columnas en los periódicos latinoamericanos.

1937 En representación de la Universidad de San Marcos, participa en el Congreso Jurídico Internacional que se reúne en París (VII).

1938 Como representante del Perú es llamado a presidir la 103ª Sesión del Consejo de la Sociedad de las Naciones. Con tal motivo pronuncia un discurso (16/IX) titulado *L'Avenir de la Societé des Nations*, que se publica en un folleto (París, Editions A. Pedone, 13 pp.): "nosotros defendemos el espíritu de universalidad. En una época en que los nacionalismos afirman con exceso su ambición, conviene que haya centros en que se evoque que el mundo, tal como enseñaron los estoicos, se transforma en una Ciudad, una sola y gran Ciudad (...) Preparamos, es verdad que lentamente, el advenimiento de una edad de la razón y la luz de una nueva "Aufklärung". Lo instintivo, lo irracional, tienen demasiado imperio sobre las almas. La humanidad conoció en el pasado épocas semejantes a la nuestra, extraviadas por la pasión, y siempre ha visto formarse, después de ese interregno, períodos de dulzura y de claridad". En sus Cuadernos de política extranjera, el Instituto de Estudios Americanos, París, publica su artículo *Transformations en Amérique Latine.*
Los artículos escritos entre 1927 y 1933, publicados en *La Nación* de Buenos Aires y en *El Comercio* de Lima, son objeto de una última recopilación por el autor: *Testimonios y comentarios* (Bruselas, Societé Belge d'Imprimerie Sobeli, 149 pp.). Es su último volumen de este tipo, también su último libro, salvo los folletos de homenaje que aparecerán en 1944 y 1949.

1940 Al constituirse el gobierno de Vichy, es acreditado como Ministro Plenipotenciario del Perú ante él. Entre sus pocas actividades intelectuales, se encuentra la carta que dirige a Víctor Andrés Belaúnde como motivo de su Bolívar. *(Mercurio peruano).*

1942 Junto con otros diplomáticos latinoamericanos, al producirse las rupturas con Alemania, es detenido por las autoridades nazis en Aud Godesberg. Su

estado de salud se agrava, por lo cual se procura trasladarlo a otra capital (neutral) de Europa.

1944 Al saber la noticia de la muerte de José de la Riva Agüero, escribe y publica un folleto de homenaje: *In Memoriam* (Ginebra).
Dice Jorge Basadre: "corresponde a una franca crisis de su enfermedad mental como lo revelan la incoherencia de las ideas, las frecuentes desviaciones hacia temas distintos, las citas en varios idiomas, la repetición de unos conceptos sobre el suicidio, la tendencia a hacer revelaciones íntimas escabrosas, la confusión entre Micaela Villegas y Manuelita Sáenz" *(ETaPyA)*.
El libro se abre con el telegrama que F.G.C. dirigió a *El Comercio* de Lima: "Profundamente entristecido por la muerte de Riva Agüero, les envío mis condolencias a Ud. y a la nación entera. Fue el más grande de los peruanos desde la Conquista. Inteligencia soberana, cultura prodigiosa, carácter noble y altivo. Desde hoy pesará sobre nuestro destino histórico el error inmenso de no haberle rogado que rigiera nuestros destinos. El nos habría engrandecido, ennoblecido".

1947 Enfermo, regresa al Perú, junto con su esposa (29/VIII), cerrando cuarenta años de vida europea: "Hemos de cultivar amistad profunda con Francia que tanta influencia ha tenido en nuestro destino: nación suprema que ha sabido conciliar lo que parecía inconciliable, la santidad y el pecado, el jansenismo y la vida jubilosa, la risa de Rabelais y la angustia de Pascal, la duda de Descartes y la afirmación de Bossuet, la filosofía de Bergson y la filosofía de Renouvier, la sociología de Tarde y la de Durkheim, las vastas sinfonías de Berlioz y Fauré y la levedad acariciadora, la sutil melodía y el ímpetu faunesco de Debussy y de Ravel, el titanismo de Bourdelle y la gracia de Puget" (J.R.A. *Recuerdos)*.

1948 Es internado en la casa de salud Víctor Larco Herrera, en Magdalena, cerca de Lima.

1949 Aparece su folleto *José de la Riva Agüero. Recuerdos.* (Imprenta Santa María, 30 pp.) que reproduce la conferencia que había dictado en el Instituto Riva Agüero el (22/XI/47) en homenaje a su amigo muerto: "Con Riva Agüero teníamos a la vez a Barros Arana y a Vicente Fidel López, a Baralt y

a Justo Sierra". Explica Basadre: "fue dictado varios meses después de pronunciada la conferencia, sin una nota, en una corta mejoría que tuvo, mientras estaba ya internado" *(ETaPyA)*. Agrega en ese prólogo: "Sea por influjo de su cariño y admiración juveniles, sea por una esencial solidaridad ahondada después de los ataques que había recibido la llamada "generación de 1905" en 1934 y 1935 (y que a él y a su hermano Ventura les afectaron en demasía) sea por otras razones, García Calderón se empeñó en los opúsculos que publicó en desdeñar o disminuir las posibles antítesis que hubieran podido señalarse entre él y Riva Agüero" *(ETaPyA)*.

1951 Vista la precariedad de su situación económica, el Poder Legislativo dispone un aumento en su jubilación de diplomático.
Su esposa, Rosa Amalia Lores, con la ayuda de sus familiares intelectuales (Jorge Basadre) intenta la publicación de un libro con ensayos de F.G.C. Ese proyecto sólo se hará posible un año después de su muerte, con la publicación por Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva del volumen *En Torno al Perú y América* (pp. 338) con prólogo de Jorge Basadre y con la contribución de Carmen Ortiz de Zevallos, Augusto Salazar Bondy, Pedro Ugarteche. En él se hace antología de sus diversos libros y por primera vez se traduce al español un fragmento de *Les démocraties latines de l'Amérique*.

1953 Muere el 1°/VII. En su entierro habla Víctor Andrés Belaúnde, Leoncio de Mora y Luis Humberto Delgado. Sus discursos y otros textos se recogen en el *Mercurio peruano* Año XXVIII, N° 316, julio y asimismo se le consagrará un número especial de homenaje por la revista *Realidad*, Año II, Nº 8, julio. "Tras de su cadáver ilustre no velaron ni el poder económico ni el poder político que, entre nosotros, para los efectos de la cotización pública, son los únicos valores que, en verdad, cuentan. No había, por otra parte, descendientes que se encargaran, con habilidoso orgullo familiar, de hacer la propaganda de su nombre, ni camarillas, sectas, bandos o partidos dispuestos a utilizarlo para sus propios fines. Las nuevas generaciones intelectuales y universitarias peruanas casi no habían leído los libros de escritor tan prolífico. El gobierno no rindió homenaje oficial a un diplomático que durante muchos años se había distinguido al servicio del país. La Universidad (...) no se hizo presente en forma alguna en el sepelio..." (J. Basadre).

BIBLIOGRAFIA

OBRAS DE FRANCISCO GARCIA CALDERON

DE LITTERIS (CRÍTICA). (Pró'ogo de José Enrique Rodó). Lima. Librería e Imprenta Gil. 1904. 134 pp.

MENÉNDEZ PIDAL Y LA CULTURA ESPAÑOLA. 2ª ed., Santiago de Chile, 1905.

HOMBRES E IDEAS DE NUESTRO TIEMPO. (Prólogo de Emile Boutroux). Valencia F. Sempere y Cía., 1907. 227 pp.

LE PEROU CONTEMPORAIN: ETUDE SOCIALE. (Prólogo de G. Séailles). Paris. Dujarric et Cie., 1907. 337 pp.

PROFESORES DE IDEALISMO. Paris, Paul Ollendorf. 1909. 306 pp.

LES DEMOCRATIES LATINES DE L'AMERIQUE. (Prólogo de Raymond Poincare). París. (Trad.): Ernest Flammarion (Bibliothèque de Philosophie scientifique), 1912. 383 pp. LATIN AMERIQUE: IST RISE AND PROGRESS. London, T. Fisher Unwin, 1913. 400 pp. DIE LATEINISCHEN DEMOKRATIEN AMERIKAS. Leipzig. K. F. Koehler, 1913. 288 pp.).

LA CREACIÓN DE UN CONTINENTE. París, Paul Ollendorf, 1913. 264 pp.

EL PANAMERICANISMO, SU PASADO Y SU PORVENIR. New York, París, 1916. 60 pp. "Extrait de la *Revue Hispanique*, tome XXXVII".

IDEOLOGÍAS. París. Garnier Hermanos, 1917. 489 pp.

IDEAS E IMPRESIONES. (Prólogo de Gonzalo París). Madrid. Editorial América (Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, t. XXVII), 1919. 256 pp.

EL DILEMA DE LA GRAN GUERRA. París, Ediciones literarias, 1919. 291 pp. (Trad.: LE DILEMME DE LA GUERRE. Paris, Bernard Grasset, 1919. 307 pp).

EL WILSONISMO. (Con una semblanza por Gonzalo Zaldumbide). París, Imprenta Vertongen (Biblioteca Latino Americana), 1920. 68 pp.

EUROPA INQUIETA. Madrid, Editorial Mundo Latino, 1926. 298 pp.

EL ESPÍRITU DE LA NUEVA ALEMANIA. Barcelona. Editorial Maucci (Colección de Escritores americanos). s. f. [1928?]. 238 pp.

LA HERENCIA DE LENIN Y OTROS ARTÍCULOS. París. Garnier Hermanos, 1929. 303 pp.

UN HISPANISTA FRANCÉS: DON RAYMUNDO FOULCHE-DELBOSC. New York, París, 1933. 12 pp. "Extrait de la *Revue Hispanique*, tome LXXXI".

TRANSFORMATION EN AMERIQUE LATINE. Paris, Institut des études américaines (Cahiers de Politique etrangêre Nº 49), 1938. 3 p.

L'AVENIR DE LA SOCIETE DES NATIONS. Paris. A. Pedone, 1938. 13 pp.

TESTIMONIOS Y COMENTABIOS. París. Imprimerie Sobeli, 1938. 149 pp.

IN MEMORIAM. Genève. Editions de la Frégate, 1944. 60 pp.

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO (RECUERDOS). Lima. Imprenta Santa María, 1949. 30 pp.

EN TORNO AL PERÚ Y AMÉRICA (Páginas escogidas). (Prólogo de Jorge Basadre). Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, 1954. 338 pp.

ESTUDIOS SOBRE FRANCISCO GARCIA CALDERON

ALZAMORA VALDEZ, MARIO. "La herencia de Lenin, por Francisco García Calderón" *Nueva Revista Peruana.* Lima, Año II, Nº 5, 1º de abril de 1930.

BASADRE, JORGE. *Perú: problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú.* Lima, Librería Francesa Científica, 1931.

"Realce e infortunio de Francisco García Calderón", prólogo a *En torno al Perú y América.* Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, 1954.

Historia de la República del Perú. t. IX. Lima, Ediciones Historia, 1964.

BEDOYA, M. A. "Francisco García Calderón". *Ilustración Peruana.* Lima, Año I, Ng 2, 21 de enero de 1909.

"Algo de cirugía literaria. El escritor Francisco García Calderón". *Norte.* Trujillo, 9 de marzo de 1924.

BELAÚNDE, VÍCTOR ANDRÉS. "La última obra de Francisco García Calderón". *El Ateneo.* Lima, segunda serie Nº 43, 1907.

La realidad nacional. París, Editorial "Le Livre Libre", 1931.

"Francisco García Calderón". *Mercurio.* Lima. Nº 316, julio de 1953.

"Francisco García Calderón". *La Crónica.* Lima, 28 de julio de 1953.

BUSTAMANTE Y RIVERO, JOSÉ LUIS. *La ideología de don Francisco García Calderón.* París, Desclée de Brouwer, 1949.

CÁNEPA SARDÓN, ALFREDO. "Evocación de Francisco García Calderón". *La Prensa,* Lima, 28 de julio de 1977.

CARBONELL, DIEGO. *Comentarios y críticas.* La Paz [1939], 256 pp.

CARRIÓN, BENJAMÍN. *Los creadores de la nueva América: José Vasconcelos, Manuel Ugarte, F. García Calderón (y) Alcides Arguedas.* Prólogo de Gabriela Mistral. Madrid. Sociedad General Española de Librerías. [1928] 217 pp.

CLOUARD, HENRI. *Histoire de la littérature française du symbolisme à nos jours.* París, Albis Michel, 1947-49.

CRAWFORD, W. REX. "En torno al Perú y América. Páginas escogidas, por Francisco García Calderón. *The Hispanic American Historical Review.* Durham, North Carolina, agosto de 1954.

DARÍO, RUBÉN. "Cabezas, Don Francisco García Calderón". *Mundial.* París, Vol. II, Nº 12, 1912.

DELGADO, LUIS HUMBERTO. "Francisco García Calderón" *El Comercio.* Lima, 3 de julio de 1953.

GARCÍA CALDERÓN, VENTURA. *Nosotros.* París. Casa Ed. Garnier Hnos. [1946], 148 pp.

GARCÍA GODOY, FEDERICO. *La Literatura de nuestros días (Páginas efímeras).* Madrid, Sociedad Española de Librería, [1915]. 305 pp.

Americanismo literario: José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco Fombona. Madrid, Editorial América (Biblioteca Andrés Bello. XXXVII), 248 pp.

GUERRA, JESÚS L. "Recordando al pensador F. García Calderón". *La Crónica.* Lima, 4 de julio de 1953.

HOMEN, CHRISTO F. DE. "Escritores peruanos juzgados en el extranjero". *Variedades.* Lima, 23 de febrero de 1924.

JIMÉNEZ BORJA, JOSÉ. "Grandeza y aticismo en la obra de Francisco García Calderón. *Letras.* Lima, [Nº 50-53], 1954.

"Gravedad y armonía en la obra de Francisco Calderón". *El Comercio,* Lima, 18 de septiembre de 1954.

JULIÁN, JULIO. "La idea de juventud de Francisco García Calderón" *La Crónica.* Lima, 26 de septiembre de 1954.

LAFOREST, ARMAND. "Francisco García Calderón y su último libro". *Cultura Venezolana.* Caracas, año II, Nº 10, enero de 1920.

LEGUÍA, JORGE GUILLERMO. "Francisco García Calderón". *Germinal.* Lima, 23 de enero de 1919.

LESCA, CHARLES. "La vie littéraire et l'Europe d'aujourd' hui". *Revue de l'Amérique Latine.* Paris. T. XIX, Nº 99, 1930.

LÓPEZ MERINO, CLODOALDO. "Con un maestro de juventudes" *Mundial.* Lima, 13 de junio de 1924.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* Lima, Editorial Minerva, 1925. (Décimo tercera edición en Biblioteca Amauta, 1968).

MORE, ERNESTO. "Francisco García Calderón". *Cultura Peruana.* Lima, Nº 61 julio de 1953.

MORE, FEDERICO. "Francisco García Calderón, hombre de dos generaciones". *El Comercio.* Lima, 3 de julio de 1953.

PALMA, CLEMENTE. "De Litteris, por Francisco García Calderón". *Actualidades.* Lima, Año II, Nº 74, 28 de julio de 1904.

"Hombres e ideas de nuestro tiempo, por Francisco García Calderón". *El Diario.* Lima, 2 de febrero de 1908.

PARÍS, GONZALO. "Francisco García Calderón". *Cultura.* Bogotá, mayo de 1917.

PEÑALOZA, AUGUSTO C. "Francisco García Calderón". Lima, *La Crónica,* 12 de julio de 1953.

RAMOS SUCRE, JOSÉ ANTONIO. "El dilema de la gran guerra, por Francisco García Calderón". *Studium.* Lima, año I, Nº 3, 2 de marzo de 1920.

RECAVARREN, JORGE LUIS. "Francisco García Calderón" *La Prensa,* Lima, 4 de julio de 1953.

RIVERA, IGLESIAS. "Al margen de 'El Nacionalismo' de García Calderón". *Sudamérica.* Lima, año I. Nº 6, 26 de enero de 1918.

RODÓ, JOSÉ E. "Francisco García Calderón y la crítica peruana", prólogo a *De Litteris,* Lima, Librería e Imprenta Gil, 1904.

RONZE, R. "L'esprit de la nouvelle Allemagne jugé par Francisco García Calderón". *Revue de l'Amérique Latine.* Paris, T. XIV, 1927.

RYAN, E. (Sobre) "Latin America: its rise and progress" *The Catholic Historical Review.* Washington D. C., 1930, IX (4): 463-67.

SALAZAR BONDY, AUGUSTO. *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo.* Lima, Francisco Moncloa, 1965.

SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. *Escritores representativos de América.* Tomo I. 3ra. serie. Madrid, Gredos, 19.

Balance y liquidación del novecientos. Santiago de Chile, Ercilla, 1941. (Ed. argentina: *¿Tenemos maestros en América?).* Buenos Aires, Raigal, 1952.

Literatura Peruana. Lima, Villanueva, 1975.

TAMAYO VARGAS, AUGUSTO. *Literatura Peruana.* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, t. 2, 1957.

TAURO DEL PINO, ALBERTO. *Elementos de la Literatura Peruana.* Lima, 1947.

TORRES RIOSECO, ARTURO. *La gran literatura iberoamericana.* Buenos Aires, Emecé Editores S. A. [1945].

UGARTECHE, PEDRO. "Francisco García Calderón maestro y amigo de la juventud". *Mercurio Peruano.* Lima, Nº 316, agosto de 1953.

URTEAGA, HORACIO. "La inquietud de don Miguel de Unamuno, por Francisco García Calderón". *La Crónica.* Lima, 13 de febrero de 1914.

VALLE, RAFAEL HELIODORO. "La América de García Calderón". *Mercurio Peruano* Lima, Nº 316, agosto de 1953.

"Bibliografía de Francisco García Calderón" *Mercurio Peruano.* Lima, Nº 316, agosto de 1953.

VARGAS LLOSA, MARIO. "Francisco García Calderón". *Cultura Peruana.* Lima, Nos. 97 y 98, julio y agosto de 1956.

VILLANUEVA PINILLOS, ALFONSO. "El espíritu de la nueva Alemania, por Francisco García Calderón". *Boletín Bibliográfico.* Lima, Año VI, Nº 3, marzo de 1928.

VITIER, MEDARDO. "Francisco García Calderón". *Ipna,* Lima, Año V. Nº 3, 7 de diciembre de 1949.

ZALDUMBIDE, GONZALO. "Semblanza". *El Wilsonismo,* París, Imprenta Vertongen, 1920.

INDICE

PROLOGO, por *Luis Alberto Sánchez* IX
CRITERIO DE ESTA EDICION XXI

LAS DEMOCRACIAS LATINAS DE AMERICA

Dedicatoria 3
Prólogo 5
Libro I. La formación de las Sociedades Americanas 7
Capítulo I. La raza conquistadora 7
Capítulo II. Las colonias allende el mar 16
Capítulo III. Las luchas por la independencia 25
Capítulo IV. La anarquía militar y el período industrial 40
Libro II. Los caudillos y la democracia 49
Capítulo I. Venezuela 49
Capítulo II. El Perú 56
Capítulo III. Bolivia 61
Capítulo IV. Uruguay 64
Libro III. El principio de autoridad en México, Chile, Brasil y Paraguay 77
Capítulo I. México 77
Capítulo II. Chile 86
Capítulo III. Brasil 95
Capítulo IV. El Paraguay 101
Libro IV. Las formas de anarquía política 107
Capítulo I. Colombia 107
Capítulo II. Ecuador 114
Capítulo III. La anarquía del trópico, América Central -Haití-Santo Domingo 119

Libro V. La evolución intelectual 125
Capítulo I. La ideología política 125
Capítulo II. La literatura de las nuevas democracias 133
Capítulo III. La evolución filosófica 147
Libro VI. El espíritu latino y los peligros alemán, norteamericano y japonés 153
Capítulo I. ¿Son los iberoamericanos de raza latina? 153
Capítulo II. El peligro alemán 158
Capítulo III. El peligro norteamericano 162
Capítulo IV. Una experiencia política: Cuba 171
Capítulo V. La amenaza japonesa 177
Libro VII. Los problemas 183
Capítulo I. El problema de la unidad 183
Capítulo II. El problema de la raza 193
Capítulo III. El problema político 201
Conclusión 209

LA CREACION DE UN CONTINENTE

Dedicatoria 219
Introducción 221
Libro I. La unificación 225
Capítulo I. Los Congresos latinoamericanos 226
Capítulo II. Panamericanismo y Paniberismo 232
Capítulo III. La nueva raza americana 244
Libro II. El Americanismo 247
Capítulo I. Significación del americanismo 247
Capítulo II. La corriente americanista. Historia y crítica 253
Capítulo III. El Nacionalismo 261
Libro III. La autonomía 273
Capítulo I. La religión americana 273
Capítulo II. La educación y el medio 277
Capítulo III. La transformación social 282
Capítulo IV. La independencia económica 287
Capítulo V. La política castiza 290
Capítulo VI. La originalidad intelectual 294
Capítulo VII. Hacia la autonomía: la Argentina, el Brasil 304
Conclusión 309

CRONOLOGIA 317
BIBLIOGRAFIA 335